-93

TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA
III

DICCIONARIO
APOSTÓLICO
3

BV4217
T4
v.3
1871-93

008536

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080015274

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

PRIMERA PARTE.

TOMO III.

DIVISION DE LA OBRA.

CUATRO COLECCIONES, CADA UNA DE LAS QUE CONSTITUYE UN COPIOSÍSIMO REPERTORIO, FORMAN ESTA GRANDIOSA OBRA, EL TESORO DE ORATORIA SAGRADA. LAS CUATRO COLECCIONES, Ó PARTES DE LA OBRA, INDEPENDIENTES ENTRE SÍ, SON LAS SIGUIENTES:

1.ª DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL. Comprende de 500 á 600 SERMONES COMPLETOS, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, Pasages y Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para CUARESMA, ADVIENTO, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS, y un FLORES DOCTORUM mas completo que todos los conocidos hasta el dia.

2.ª VARIEDAD completísima de PANEGÍRICOS DE LA SMA. VÍRGEN, relativos á todos sus MISTERIOS, sus VIRTUDES, los HECHOS todos de su vida, y á los principales TÍTULOS y ADVOCACIONES con que la honran los fieles; distinguiéndose por el gran número de Sermones propios para el mes de MAYO, y acomodados á las diferentes clases de auditorios y demas consideraciones locales ó accesorias que convenga tomarse en cuenta.

3.ª SERMONES panegíricos y doctrinales sobre los MISTERIOS DE LA VIDA, PASION Y MUERTE DE N. S. JESUCRISTO; sobre la EUCARISTÍA, SAGRADO CORAZON DE JESÚS, festividades principales del Año Cristiano, Octavarios y Novenas dedicadas á las mas notables advocaciones de N. S. Jesús.

4.ª SERMONES morales; EJERCICIOS ESPIRITUALES para Religiosas y diferentes clases y categorías sociales; MISIONES dispuestas al alcance de todas las inteligencias; NOVENARIO DE ANIMAS, y demas séries de índole análoga.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los mas sobresalientes autores nacionales y extrangeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Lector franciscano.

Comede volumen istud, et vadens loquere ad filios Israel. Ezech. III. 1

PRIMERA PARTE.

Tomo III.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
LIBRERÍA CATÓLICA de los editores Pons y C.ª, Archs 8, y Capellans 3.
1872.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
45167
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T4
v.3
1871-93

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de M. Gonzalez, Cendra, núm. 14.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA,
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

PRIMERA PARTE.
DICCIONARIO APOSTÓLICO:

Comprende de 500 á 600 Sermones completos, y dispuestos de modo, que, con ayuda de los títulos, Planes de Sermon, Divisiones, Pasages, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para la Cuaresma, Adviento, etc.; siendo esta obra, por su estructura especial, un THESAURUS BIBLICUS y un FLORES DOCTORUM.

2.ª EDICION
CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA
POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,
bajo la direccion
del R. P. Ramon Buldú,
Lector franciscano.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. MARCH. XVI, 15.

Tomo III.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

CARNAVAL.

I.

Filius omnis tradetur...., et illudetur, et flagellabitur.

El hijo del hombre será entregado...., y escarnecido, y azotado.

(*Luc.* XVIII, 32.)

Cuando considero los ultrajes y la ignominiosa muerte, que anunció Jesucristo debia padecer, y que, efectivamente, padeció sobre el Calvario, la razon humana se rebela; y á no constar por la fe, se haria increible, que un Dios, que posee solo la inmortalidad, descendiese del seno de su Padre al de una Vírgen, á tomar un cuerpo humano para exponerlo á los tormentos, con solo el fin de redimir al hombre. Sin la fe, ¿quién creeria, que el Verbo eterno, Dios de majestad, que con sola su palabra crió todos los seres visibles é invisibles, se anonadase y humillase, hasta el extremo de dar la vida entre afrentas? Pero, si consideramos, que á ello se ofreció voluntariamente por un efecto de su amor al linaje humano, y que así lo anunció por sus profetas, cesará, en parte, nuestra admiracion; y ésta desaparecerá enteramente, si atendemos á que la escena del Calvario ha venido á ser el espectáculo favorito de nuestros dias. ¿Quién creyera, á no constar por una triste experiencia, que los cristianos, más criminales aun que los mismos judíos, los cuales, segun el Apóstol, si hubiesen conocido al Rey de la gloria, jamás le hubieran crucificado; ¿quién creyera, que los cristianos habian de renovar, principalmente en este tiempo, las ignominias y afrentosa muerte de Jesucristo en el Calvario? Y para que no penseis, que esta es una paradoja, hija de mi entusiasmo, os haré ver, que los placeres á que os abandonais en estos dias, renuevan la pasion del Hijo de Dios; por manera, que si fuera capaz de padecer despues de su resurreccion, sufriria

098536

por vuestras manos los mismos ultrajes y muerte que padeció en el Calvario. Dos reflexiones breves, que dividen la materia de este discurso, objeto de vuestra atencion y de mis endebles conatos. Pidamos las luces del Espíritu santo: A. M.

1. Basta un momento de atencion sobre las diversiones de este tiempo, para ver renovados los ultrajes que sufrió Jesucristo en el Calvario. Cuando la Iglesia, nuestra madre, se prepara á lamentar los dolores y afrentas de su Esposo; cuando empieza á revestir sus altares y ministros de ornamentos lúgubres, para que entonen tristes cánticos análogos á la pasion y funeral de Jesucristo; cuando va á publicar la ley solemne del ayuno, mortificacion y penitencia, para que sus hijos obtengan la remision de sus pecados por medio de los sacramentos, y se dispongan á resucitar espiritualmente con Jesucristo en la solemnidad de la Pascua, ¿qué es lo que vén nuestros ojos? ¡Ah! vuestros ultrajes, ¡oh mi Dios! me hacen estremecer. Si os considero sobre el Calvario, os veo entregado á los judíos por un discípulo pérfido, puesto en paralelo con Barrabás, sedicioso y homicida, é insultado con todo género de oprobios. Pero si examino, á primera vista, lo que pasa en estos dias de carnaval, veo renovada vuestra pasion por los cristianos, vuestros hijos, con mayor ignominia. Os veo, en efecto, entregado y abandonado por infieles discípulos; en paralelo con el mundo y preferido éste á vos por hijos vuestros, ciegos y rebeldes; expuesto á los insultos del libertinaje más escandaloso. Hé aquí los execrables crímenes, á que se abandonan la mayor parte de los cristianos en estos dias.

¿Pondero yo, señores? Nada ménos. ¿Qué es lo que registran nuestros ojos, sino un comercio de iniquidad? ¿Qué es lo que ves? dijo Dios á un profeta. Veo una olla encendida, que denotaba el fuego á quien adoraban por Dios los caldeos y los persas. Y nosotros, ¿qué es lo que vemos en el carnaval? Otra olla encendida en el fuego violento de la sensualidad y de la gula, que son las divinidades á quienes ofreceis incienso en estos dias; pues toda inmundicia ó torpeza, como dice el Apóstol, es servidumbre ó esclavitud de los ídolos; y el ébrio, ó guloso, no tiene más Dios que su vientre, como dice el mismo. ¿Con qué podreis, pues, cohonestar este comercio de iniquidad, en que ocupais estos dias de luto y de preparacion para la penitencia? Hablo de estas juntas, comparables á los bacanales, lupercales y florales del gentilismo, donde como carbones os encendeis mútuamente en el fuego de la lascivia; juntas abominables, en que presiden Vénus y Baco; es decir, la embriaguez y la desenvoltura; juntas detestables, donde el pudor falta, la inocencia perece, la liviandad se celebra, y donde todo es lícito ménos la modestia. Díganlo vuestros juegos del secreto á placer, vuestras danzas entrelazadas, y demás incidentes criminales, que no me es lícito pronunciar. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¡oh vergonzosa confusion!

¿Quién os ha fascinado, cristianos, para que en el tiempo mismo en que la Iglesia os convida á compadeceros, con espíritu de contricion, de las afrentas y dolores de su Esposo, que nos anuncia el Evangelio, os entregueis á las pompas y vanidades del mundo, que renunciasteis en el sacro bautismo? ¿No es esto renovar, en cuanto es de vuestra parte, los insultos del Calvario, añadiendo dolor á sus dolores? ¿No es esto, segun el Apóstol, burlarse y pisar al Hijo de Dios por medio de vuestros enormes crímenes? *Quanto magis putatis deteriora mereri supplicia, qui filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit?* Hebr. x, 29. ¿No es esto poner en paralelo á Jesús y á Barrabás, dando la preferencia á este último, á imitacion de los judíos? *Petistis virum homicidam donari vobis, auctorem verò vitæ interfecistis.* Act. apost. iii, 14.

¡Ah! ¿cuántas veces preferís el crímen á la inocencia, el vicio á la virtud, las tinieblas á la luz, Belial á Jesucristo, el demonio al mismo Dios? Por manera, que si en este momento os digo: ¿á quién quereis poner en libertad, á Jesús, ó al ídolo favorito de vuestro placer? me parece oigo resonar una voz acorde, de la mayor parte de mi auditorio, que muera Jesucristo, con tal que viva el torpe objeto de vuestros sensuales apetitos: *non hunc, sed Barrabam;* pues, aunque vuestros labios no lo pronuncien, vuestras obras lo manifiestan.

Nosotros, oigo decir á algunos, no pretendemos otra cosa en estas diversiones, que seguir el uso y la costumbre del siglo. Nosotros no hemos establecido estas diversiones, y solo nos acomodamos á ellas. ¡Ridícula excusa! ¡miserable pretexto! ¿Juzgais, por ventura, que el uso y la costumbre, ó por mejor decir, la corruptela, formen prescripcion contra las leyes divinas? ¿ó qué el Evangelio, que prohibe estos placeres criminales, prescriba con el tiempo? Porque muchos caminan por esta senda espaciosa y tortuosa á su perdicion, ¿os será lícito abandonar el camino estrecho y directo, que os señaló Jesucristo para conseguir la vida eterna? Cuando os veais en el tremendo juicio, y próximos á rodar bajo el trono de Dios, ¿osaréis decir: Nosotros, Señor, hemos blasfemado vuestro santo nombre, porque lo hacian otros muchos; hemos asistido á las asambleas y juegos profanos, por seguir la costumbre de los demás; hemos violado la

decencia, la modestia y la templanza, por acomodarnos al uso y no pasar por beatos? ¡Ah, hombres ciegos y guia de otros ciegos! vosotros mirais con preferencia á Barrabás en el paralelo con Jesucristo, y caminais al abismo, insultando á este divino Salvador con los mayores oprobios.

Consideradle sobre el Calvario, os ruego, expuesto á la irrision de un pueblo tumultuado, entre gritos confusos y algazara, pidiendo á voces la crucifixion de este inocente Cordero, tratado como rey de burlas, vestido de púrpura, con una caña por cetro, coronado de espinas, y entregado á discrecion de los judíos. ¡Qué lastimoso espectáculo! Mas ¿quién creyera verlo reproducido en nuestros dias entre una multitud de cristianos, que, entregados á una licencia desenfrenada, abren su corazon á los vicios más vergonzosos, beben la iniquidad como agua, insultan con obras y palabras al Dios de majestad, que los crió, y, á manera de libertinos, profanan lo más sagrado de la Religion?

Llamo libertinos, con un sábio, á todos aquellos que, miéntras resuenan en los templos las eternas verdades del Evangelio, profanan una infinidad de lugares con blasfemias y abominaciones: llamo libertinos á los que se disfrazan, por medio de máscaras, tan infames como ridículas, en el tiempo mismo en que aparece Jesucristo sobre los altares, condenando el crímen, y exigiendo la adoracion en espíritu y verdad: libertinos llamo á los que colman la medida de sus pecados, miéntras los ministros del Señor ofrecen sacrificios de expiacion, y publican indulgencias para separar á los hombres del inminente riesgo de condenacion. ¿No es esto renovar las causas de los insultos, burlas y oprobios que sufrió Jesucristo sobre el Calvario? ¿No es esto blasfemar su santo nombre? *Polluerunt nomen sanctum meum in abominationibus*. Ezech. xliii, 8. ¿No es esto, para decirlo de una vez, renovar la muerte del Salvador? *Et postquam flagellaverint, occident eum*. Segunda reflexion, que paso á exponer con brevedad. Seguidme atentos.

2. No me atreveria yo á calificar de horrendo deicidio los escandalosos desórdenes, que cometeis en estos dias, si antes no lo hubiera hecho san Pablo. Reprendiendo este Apóstol de las gentes á los hebreos, y en ellos á todos nosotros, dice expresamente, que por sus pecados crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos, por el desprecio con que le miran: *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei, et ostentui habentes*. Ad hebr. vi, 6. Para quedar convencidos, basta reflexioneis sobre los derechos incontestables que Jesucristo tiene sobre nosotros. La Fe nos enseña, que es nuestro principio, nuestro último fin, y nuestro soberano bien. Derechos sagrados é inviolables, que despreciais solemnemente con vuestras diversiones, máscaras y juegos profanos.

En efecto; considerando á Jesucristo como primer principio y criador, no tenemos facultad de disponer de nosotros inocentemente á nuestro arbitrio. Abandonados, pues, al culto de Baco y de Vénus, es decir, á la destemplanza y sensualidad, violais la santidad de este primer principio, que, al criaros, os intimó el precepto de obrar en todo conforme á su divino beneplácito: quiso, que respetarais y adorarais la mano benéfica, que os sacó de la nada por un efecto de su bondad infinita, para comunicaros una eterna felicidad. Como obra de sus manos, debemos someternos á su autoridad legítima, y el adorable respeto de criador nos obliga á una eterna obediencia. A este fin nos manda, que seamos perfectos como lo es nuestro Padre celestial, que está en los cielos; sin olvidarnos, que nos sacó de la esclavitud del pecado y de las densas tinieblas de la ignorancia y del error á su admirable luz.

¿Denotan, os ruego, estos puros sentimientos, vuestras diversiones bacanales y profanas? ¡Ah! si en el momento que aquí hablo, revelára Dios los pecados que cometeis en vuestras asambleas de carnaval, como lo hará en el dia de la ira, diriais con anticipacion como los réprobos: caed, montes, sobre nosotros, para no ver la horrible deformidad de nuestros crímenes: *Cadite, montes, super nos*. Oseæ. x, 8. ¡Oh, cuánto (clamariais), oh, cuánto hemos errado el camino de la verdad! *Ergo erravimus à via veritatis*. Sap. v, 6. ¡Oh, cuánto más reprensibles somos que los judíos, pues ellos crucificaron al Rey de la gloria, que no conocieron, y nosotros, conociéndole y confesándole, renovamos, cuánto es de nuestra parte, su crucifixion por medio de nuestros pecados, sin adorarle como á Hijo de Dios! *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes*. ¿Ignorais, por ventura, que estais cometiendo una especie de rebelion contra el Señor y su Cristo, menospreciando á vuestro principio y fin último? *Ego sum Alpha et Omega, principium et finis*. Apoc. i, 8.

Esta última cualidad, señores, os obliga á vivir para Dios, y á referirle todas vuestras obras, para que presida en ellas y sean dignas de su divino beneplácito. Esta es la oracion contínua, que Jesucristo nos manda en su Evangelio; y aludiendo S. Pablo á ella, dijo: ya sea que comais, ya que bebais, ya que hagais cualquiera otra cosa, referidlo todo á la gloria de Dios. I. Cor. x, 31. Ahora, pues, ¿osareis referir al Señor vuestros bailes entrelazados, vuestras máscaras y juegos indecentes, vuestras palabras y acciones impuras, vues-

tras embriagueces é inmodestias? Y si no os atreveis á proferir semejante blasfemia, ¿cómo osais ocuparos en acciones tan bajas y vergonzosas, renovando las causas de la crucifixion de Jesucristo? *Rursum crucifigentes Filium Dei.* ¡Qué estupidez! ¡qué ceguedad! ¡qué delirio, querer restablecer el imperio del demonio, y sacudir el yugo de la Religion, para doblar la cerviz al de Satanás! No os engañeis, señores; Dios no será burlado. Sabed, dice S. Agustin, que esta vida mole y sensual que manifestais, es indicio claro de una fe moribunda; y estos juegos, que mirais como pasatiempos, tienen al demonio por autor, como se explica S. Efren, y os conducen á la idolatría: *Magister omnis iniquitatis, qui docuit idola colere, docuit etiam ludere.*

¿Podreis, despues de este desórden, lisonjearos de que vivís solo para Dios? ¿Es vivir solo para Dios, dice un sábio, ocuparse en obras del demonio? ¿es vivir solo para Dios presentarse escandalosamente al público? ¿es vivir solo para Dios, cometer acciones, que no pueden referirse al Señor? ¡Ah! ¿dónde estais, felices siglos de la Iglesia primitiva, en que huian los cristianos de todo género de espectáculos profanos; en que reinaba la modestia y el amor de Jesucristo, nuestro benéfico Salvador? Vosotros habeis ya desaparecido, la caridad se ha resfriado, y solo reina la ingratitud para renovar la crucifixion del Señor: *Rursum crucifigentes Filium Dei.*

Como Dios nos amó desde la eternidad con un amor sincero, puro, verdadero y benéfico, nos intimó, por su primer precepto, que le amásemos de por vida con todo nuestro corazon, nuestra alma, nuestras fuerzas y potencias, por ser quien es, y en señal de gratitud á sus inefables beneficios: *Diliges Dominum Deum tuum ex tote corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua.* Deut. vi, 5. Examinad, os ruego, sin indulgencia, vuestro interior, y decidme de buena fe; ¿si serán compatibles las obras en que ocupais estos dias, con el amor y espíritu de reconocimiento á Jesucristo, que la ley os intima, sin distincion de tiempos? ¿Decidme, si en medio de vuestros placeres y asambleas de carnaval, estais animados del amor de Dios, ó abismados en el del mundo? ¿Decidme, si amais, en esta última hipótesis, de todo corazon á Jesucristo, con toda vuestra alma y vuestras fuerzas, ó si es el mundo y sus placeres vuestro ídolo? Pero, sabed, entretanto, decia un Padre de los tiempos primitivos, que el que quiera divertirse con el siglo, no se gozará con Jesucristo. Ni olvideis lo que á nombre del Salvador decia S. Bernardo: más grave es para mí la cruz de los pecados, en que sin querer estoy pendiente, que la que sufrí (voluntario) por un efecto de misericordia contigo:

Gravior apud me peccatorum crux, in qua invitus pendeo, quam illa in qua tui misertus ascendi.

Todo, señores, conspira á manifestarnos, que los juegos y placeres en que ocupais el carnaval, vuestras reuniones, en que presiden la gula, la embriaguez, la inmodestia y la licencia, solo son á propósito para renovar, cuanto es de vuestra parte, los insultos, oprobios, y afrentosa muerte de Jesucristo: *Rursum crucifigentes Filium Dei, et ostentui habentes.* Ruégoos, pues, por las entrañas del Salvador, por su terrible venida, por su reino inmortal, que repareis el horrible deicidio de que os habeis hecho reos, por medio de una verdadera penitencia en vida, para no sufrirla despues por una eternidad.

¡Omnipotente y sempiterno Dios, que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois más árbitro de ellos que sus mismas voluntades! sujetad la rebeldía de estos corazones profanos, que desacreditan vuestra Religion; iluminad sus tinieblas con un rayo de vuestra luz, para que os conozcan, os amen, y confiesen, que solo á vos se debe el honor, la virtud, el amor y la accion de gracias, por los siglos de los siglos. Amen.

CARNAVAL.

II.

Omnia consummabuntur quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis.

Se consumará todo cuanto los profetas han escrito del Hijo del hombre.

(Luc. xviii.)

La Iglesia, nuestra madre, hace, por decirlo así, un esfuerzo, para apartarnos de los peligros en que ponen á muchos cristianos las diversiones de orígen gentílico, á que suelen entregarse en estos dias de carnaval. Muchos de ellos corren ciegos en pos de los ídolos del

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

placer y del libertinaje, á la manera que los israelitas corrian en el desierto tras el becerro de oro; creen, que, en estos dias, todo les es lícito, y de ahí, la multitud de horribles culpas que inundan la tierra, y son causa de la perdicion de las almas. Para evitar tan grande ruina, la Iglesia nos presenta á Jesucristo en el acto de subir á Jerusalen, para que en él se cumpla todo cuanto acerca del Hijo del hombre anunciaron los profetas.

Y ¿qué es lo que éstos vaticinaron del Salvador? ¿Acaso, glorias? ¿Acaso, conquistas? ¿Delicias y placeres, tal vez? Nada de esto. Lo que vaticinaron, lo que iba á cumplirse al subir Jesucristo á Jerusalen, eran escarnios, ignominias, azotes, espinas, y muerte horrible: *Tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur, et postquam flagellaverint, occident eum.* Esto era lo anunciado, y esto iba á cumplirse. Y esto mismo es lo que la Iglesia pone en estos dias ante nuestros ojos, para apartarnos de los peligros y males que traen consigo los goces mundanos. Ella no duda, que si hay algun resto de fe en el espíritu de sus hijos, el recuerdo de la pasion del Salvador será suficiente para retraerles de las pecaminosas diversiones mundanas, y conducirles al templo á meditar sobre los dolores y angustias sin cuento, que Cristo quiso padecer por nosotros.

Con efecto: la memoria de la pasion del Señor debe obligarnos á no tomar parte en las diversiones pecaminosas del carnaval. Esto es lo que voy á demostraros, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Nadie puede darse el nombre de cristiano, si no imita la vida de Jesucristo; y toda la vida del Salvador se reduce á padecer y morir. Los apóstoles no entendieron lo que el Hijo de Dios les decia, que habia de suceder en Jerusalen, fuese porque el amor que le tenian no les permitia presumir, que habia de pasar por tan crueles pruebas, ó fuese porque carecian de valor para tomar parte en sus trabajos é ignominias. Lo cierto es, que el lenguaje de su divino Maestro fué para sus entendimientos un lenguaje oscuro y desconocido. No entendieron, ó no se prestaron á entender aquello que entónces pensaban no poder sufrir. Hay en nosotros una marcada resistencia al sufrimiento. Queremos gozar, queremos deleitarnos, queremos desvanecernos en los placeres, y huimos de los padecimientos y del sacrificio. Sin embargo, el cristiano debe llevar la cruz, como la llevó su divino Maestro; las mortificaciones han de ser su pasto, su vida ha de ser una vida crucificada. Esta es su profesion, este su destino; y quien rehusa la mortificacion, quien huye de la penitencia, quien no quiere llevar la cruz, falta á su condicion de cristiano, y no puede tener parte en la felicidad que Jesucristo nos compró con su sacrificio.

2. Y si el no seguir á Jesucristo con la cruz á cuestas es faltar á la condicion de cristiano, ¿qué será entregarle á sus enemigos, y escarnecerle, azotarle, escupirle y crucificarle? Pues esto es, amados oyentes, lo que hacen todos aquellos que toman parte en las criminales diversiones del carnaval. Ellos le entregan en manos de sus pasiones; le escarnecen con sus inmodestas é indecentes transformaciones; le azotan con sus palabras y acciones inmorales; le escupen en el rostro con sus voluptuosidades; y con sus abominables escándalos le dan la muerte, porque, como dice el Apóstol, los que despues de haber sido iluminados por la fe, y hechos participantes de los divinos misterios, se entregan á los excesos del vicio, vuelven, en cuanto de ellos depende, á renovar las ignominias y la crucifixion del Hijo de Dios.

Se dirá, tal vez, que hay en estos dias algunas diversiones honestas, á las cuales se puede concurrir sin ofender á Dios; pero, si al presente, casi en todas las diversiones públicas está el alma rodeada de graves peligros, ¿cuánto mas lo estará en las del carnaval, en cuyos dias se supone lícito lo que en lo restante del año se mira como abominable? El demonio tiene ahora echadas, digámoslo así, sus más espesas redes por toda la tierra, para que no pueda salirse de ellas ni aun el hombre sensato, si ha tenido la desgracia de acercarse á gustar el cebo de las diversiones ordinarias. Con efecto, examinad bien las diversiones en semejantes miserables dias, y vereis, que todo en ellas se cree permitido, y que los más, despues de haber comparado las unas con las otras, se deciden á ir adonde hay ó suponen haber mas facilidad de pecar. Pero quiero suponer, que solo concurrís á las diversiones que conceptuais honestas; aun en este caso ¿quién puede aseguraros, que refrenareis vuestros sentidos, de manera que no se propasen á lo vedado? Si siempre es difícil señalar el punto de separacion entre lo lícito y lo prohibido, mucho más lo es en estos dias, porque á proporcion que se enciende el fuego de las pasiones, van amortiguándose las luces del alma, que se queda por fin envuelta en la oscuridad. La débil llama del fervor cristiano, que en otras ocasiones arde en los pechos de los mundanos, está apagada en estos dias. Todo lo espiritual desaparece en esas fiestas profanas. No queda allí más que tentaciones y flaquezas; mundo, demonio y carne; peligros de pecar y pecados gravísimos. Allí la imaginacion hierve; prende en las venas un fuego lento, que bien pronto, asomando por los ojos, se comunica á otros con las miradas. ¿Qué es lo que podrá impedir los

progresos de este incendio? ¿Acaso, el pensamiento de la eternidad? No; que este no es tiempo de pensar en el rigor del juicio, y en lo tremendo de las penas del infierno. ¿Tal vez la memoria de nuestro Salvador? Mucho ménos, porque en estos centros de mundana diversion se tendria por falta de urbanidad el hablar de lo que por nosotros hizo el Dios del Calvario. ¿Pensais, por ventura, que el respeto humano os preservará de incurrir en pecados graves? Ya sé que el mundo suele merecer mayores sacrificios que nuestro amabilísimo Criador, y que si mil veces no se le ofende, es más por miedo de la censura del mundo que por temor de los divinos juicios. Pero esto no sucede en los dias de carnaval, en que la religion se ve desatendida, y en que se prescinde enteramente de ciertas consideraciones sociales, que, en otros tiempos suelen reprimir los impulsos pecaminosos. Bien puede el mundano soltar la rienda á sus pasiones; armar lazos á la inocencia; despeñarse de delito en delito; hacer, en una palabra, cuanto le sugiera su malicia; pues nada tiene que temer del mundo, que le prodigará aplausos por aquello mismo que, en otras circunstancias, le haria incurrir en la nota de libertino. Los mismos ojos que, en otro tiempo, saben descubrir defectos en las virtudes mas acrisoladas, no saben ver ahora la fealdad de los vicios mas groseros.

Mirad, hermanos mios, mirad con horror estas diversiones, que escandalizan á la Iglesia, y atraen sobre nosotros el azote de la ira divina. No juzguemos de los pecados, que tales diversiones ocasionan, por los pecados que se cometen en otros dias; porque si en otros dias caeis en alguna flaqueza, habrá algunos de vosotros que, desengañados de la vanidad de los deleites, derramarán amargas lágrimas para lavar sus pecados. La Iglesia bien pronto nos recordará la hora de la muerte, que nos ha de reducir al polvo de que hemos sido formados. Algunas almas afortunadas, aprovechándose de los pasajeros momentos de la gracia, detestarán el amor que tuvieron á los placeres, y con dolorosos gemidos implorarán la divina clemencia. Pero, en los presentes dias, nada de esto acontece; casi todos sacuden el yugo del Señor; y para no temer el furor de su ira, pasan del juego al banquete, del banquete al baile, del baile á la maledicencia, y á todos los excesos y escándalos.

En otro tiempo, como dice David, asomóse el Señor desde su excelso trono, para ver si entre los hijos de los hombres habia alguno juicioso que buscase á Dios; y el mismo profeta nos asegura, que todos se habian apartado de él, y que no habia quien se ocupase en cosa buena. Lo propio sucede en estos dias. No olvideis, empero, hermanos mios, que miéntras los hombres sueltan la rienda á sus

apetitos y pasiones, el Señor, justamente irritado por tantos excesos, prepara los castigos á que se hace acreedora la humana iniquidad. Dios es sumamente bueno y misericordioso; pero, cuando todos conspiran á provocar su ira, y no hay quien impida con sus ruegos el escarmiento que tiene premeditado, el castigo no se hace esperar. Cuando todos se apartan de Dios, Dios se aparta de todos: cuando todo un pueblo crucifica á Jesucristo, sobre aquel pueblo cae la sangre de este Justo. Ahora bien; al ver las licenciosas costumbres, que entre nosotros imperan en estos dias ¿quién diria, que estamos en medio de un pueblo cristiano? Ese escandaloso tumulto, que se observa en nuestras poblaciones, ¿no es por muchos conceptos comparable al tumulto, que levantaba el pueblo judío cuando conducia á Jesucristo al Calvario, y pedia á gritos que fuese crucificado? ¡Oh, hermanos mios! temamos el justo enojo de Dios: el castigo de tantos escándalos vendrá, no lo dudeis. Esos banquetes en que reina la gula, son anuncios de grandes calamidades; esas diversiones sensuales acarrearán enfermedades, muertes violentas, y trastornos; el desprecio que se hace de la voz de los ministros del altar, será castigado con una ceguedad general, que ocultará á la vista de los hombres los caminos de la divina misericordia, y hará que paren en una final impenitencia.

Amados oyentes, por el amor de nuestro Señor Jesucristo os ruego, que no tomeis parte en las diversiones del carnaval, tan contrarias á lo que la santidad de nuestro estado reclama. La Iglesia, en los presentes dias, nos recuerda la pasion de nuestro Redentor: meditémosla, y de este modo aprenderemos á conocer, cuán inmensa es la grandeza de un Dios, que no ha podido ser dignamente honrado, sino con el sacrificio de su Hijo; cuán grande es su santidad, pues ni á su Hijo perdonó, viendo en él la figura y apariencia del pecado; cuán rigurosa es su justicia, que no ha podido ser aplacada sino con una víctima de infinito valor; cuán grande es su misericordia, pues para hacernos eternamente dichosos, condenó á muerte á aquel en quien tiene todas sus complacencias; aprenderemos, por último, á conocer toda la entrañable caridad de Jesucristo, que dió su vida por nosotros, y toda la perversidad del pecado, que causó la muerte del Hijo de Dios.

¡Dios mio! disipad las tinieblas que oscurecen el entendimiento de los infelices cristianos, que en estos dias os desprecian é insultan; haced que se arrepientan de todo corazon, para que algun dia merezcan entrar en la eterna gloria. Amen.

CARNAVAL

(DESÓRDENES DEL).

III.

Væ vobis, qui ridetis nunc; quia lugebitis et flebitis.

¡Ay de vosotros los que ahora reis! porque dia vendrá en que os lamentareis y llorareis.

(*Luc.* VI, 25.)

Tal es la sentencia, que el Hijo de Dios pronunció contra los que no buscan en este mundo más que locas alegrías, placeres culpables, diversiones profanas; contra los que cifran todo su consuelo en los goces de esta vida: ¡Ay de vosotros! dice el Señor, porque teneis vuestro consuelo en este mundo: *Væ vobis, quia habetis consolationem vestram.* Luc. VI, 24. Recuerdo ahora este temible anatema, porque han llegado ya los dias de la alegría del mundo: *Mundus autem gaudebit;* los dias de las pompas y obras de Satanás. ¿Podrá haber algunos de vosotros, amados hermanos mios, que desertando en estos infaustos dias de la bandera de Jesucristo, vayan á agruparse bajo la de Belial? Hijos queridos de la madre más tierna, de la santa Iglesia, que os ha regenerado y os ha recogido en su seno; ¿os atreveris ahora á volveros contra ella, á despreciar sus consejos, á hollar el Evangelio, y enarbolar el estandarte del escándalo? No, yo me prometo mucho más de vuestra fe y religion; me prometo mucho más de la nobleza de vuestros sentimientos; porque, ¿no es envilecerse, el descender á las denigrantes locuras á que hoy se entregan los hijos del pecado? Así, pues, lo que me propongo en este discurso, es únicamente aumentar más y más la aversion, que ya teneis á los excesos que se cometen durante los dias de carnaval. Imploremos antes, etc. A. M.

1. El papa S. Gregorio ha dicho, que entre las diversiones mundanas hay muy pocas permitidas é inocentes: que las honestas son raras, y que las más son culpables. Entre estas últimas deben contarse las que tanto preponderan en estos infaustos dias; pues si bien se consideran, obsérvase, que todas, ó casi todas, consisten en provocaciones á una alegría loca, en disfraces ménos decentes, en bailes insensatos, y en excesos de gula, que degeneran en escándalo.

¿Qué hace el mundo á estas horas? Olvidando que se acerca el tiempo de la penitencia, que van á amanecer los dias de salvacion, y cerrando los oidos á la voz del Salvador, que llama á los fieles al pié de los altares para reconciliarse con él, ocúpase tan solo en vanidades y extravagancias, suspende los negocios, anuncia reuniones y fiestas ruidosas, y prepara banquetes, atrayendo de este modo á la juventud, tan ávida siempre de placeres: Ven, la dice, este es el tiempo de la alegría; ven, corre, toma la copa que te ofrezco, y saciate de deleites. Léjos de aquí las palabras austeras, los pensamientos tétricos, las prácticas religiosas; ¡quédese para otros dias la lúgubre memoria de la muerte y de la eternidad! Jóvenes, apresuraos á gozar de la vida, que se disipa como los vapores de la mañana: los que por vuestra edad, libertad y fortuna podeis entregaros á los placeres, aprovechad los presentes dias. Así habla el mundo en estos dias de locura. ¿No es este, hermanos mios, el lenguaje del mal? Esta provocacion á las diversiones, á los banquetes, á las reuniones peligrosas, ¿no es del todo pagana é impropia de los hijos del Evangelio?

En los tiempos del paganismo habia dias consagrados á la más escandalosa licencia. Entregados entónces los pueblos á las más torpes pasiones, olvidados de su celestial orígen y de su fin, dormian en las tinieblas, como dice la Escritura, y despertábanse, por decirlo así, en brazos de la más vergonzosa y frenética sensualidad. Pues esas son, amados hermanos mios, las calamitosas épocas, esas las deplorables costumbres que recuerdan los que en estos dias se presentan en público, cubiertos con ridículos é innobles disfraces: tambien ellos quieren consagrar dias á la licencia, levantar altares á las malas pasiones, sacrificar en aras de la carne y de los sentidos, como dice el Apóstol. En efecto, oid sus discursos, y vereis en ellos, á cada palabra, menospreciada la caridad, ofendida la honestidad, holladas las buenas costumbres; observad su continente, y vereis la dignidad de la criatura formada á imágen de su Criador, convertida en la más degradante humillacion; contempladles en la mesa, y los vereis comer y beber sin moderacion, cantar, reir y gritar como unos insensatos.

¿Quiénes son esos hombres, que se complacen cada año en contristar de tal manera á la sociedad humana? ¡Oh Iglesia, madre nuestra! ¿son éstos tus hijos? Dios mio, ¿son éstos los que se glorian de conoceros?

A los disfraces sigue el furor de los bailes. Cada cual quiere hacer alarde de su desenvoltura, disfrutar á su sabor de la desenfrenada libertad del dia, y provocar los aplausos con sus extravagancias, con sus rarezas y chocarrerías, encaminadas á enardecer y extraviar los ánimos. ¡Ay de aquellos, que despues de un dia de loca agitacion, continuan embriagándose con la voluptuosidad de la danza, en medio del ruido, poseidos de una exaltacion febril, y en una atmósfera ardiente, donde todo conspira á sobrescitar los sentidos!

La destemplanza es otro, y quizá el mayor de los males, que, por desgracia, tenemos que deplorar en estos dias de pecado. Una mesa servida, como suele verse en estos dias, con profusion de manjares y bebidas estimulantes, provoca los cantos licenciosos, los dichos obscenos, las libertades culpables, y predispone grandemente para esas mascaradas y esos bailes, enemigos mortales de la inocencia y de las buenas costumbres. Hé ahí la série de ruines placeres, que forman en estos funestos dias las delicias de los mundanos. Entregarse á estas diversiones, es faltar á las promesas más solemnes. Cuando la Iglesia se dignó admitiros en su gremio, ¿no prometisteis renunciar á Satanás, á sus pompas y obras? De Satanás son, pues, las obras y las pompas, ó desórdenes que estoy reprobando.

Y ¿qué dias se escogen para entregarse á esos desórdenes? Precisamente la víspera del santo tiempo de penitencia; la víspera de un dia en que, con la ceniza en la frente, se suplicará á Dios, que perdone á su pueblo: *Parce Domine!* ¡Qué irrision! Para prepararse á las austeridades del ayuno y de la penitencia, el hombre se entregará á la destemplanza; para disponerse al arrepentimiento de sus iniquidades, se arrojará en brazos de la iniquidad misma! ¡Oh, temblad por los terribles castigos, que os acarreará indefectiblemente semejante conducta, si no procurais evitarlos con un pronto y sincero arrepentimiento! Esa conducta, que en el púlpito vituperamos, ya la ha vituperado antes la generalidad de los fieles. Decid, amados oyentes: ¿no es verdad, que esas locuras y liviandades os desagradan, que las deplorais secretamente, que amonestais vivamente á los que las cometen, cuando teneis sobre ellos alguna autoridad? Y, por otra parte, ¿quiénes son los que las cometen? ¿Son por ventura personas graves, hombres sensatos, morigerados y piadosos? Muy al contrario, son cabezas extravagantes, hombres distraidos, que blasonan de despreocupados, pero, que así y todo, vénse obligados á taparse la cara por respeto á la dignidad humana.

2. Se ha de huir de las diversiones profanas. Tal vez, amados hermanos, alguno de vosotros me dirá: Si nos privamos de las diversiones, la vida será muy triste. A esto contestaré, repitiendo aquellas palabras del Salvador: *Mundus gaudebit, vos vero contristabimini; sed tristitia vestra vertetur in gaudium.* Joann. xvi, 20. En efecto; todas esas desatentadas alegrías acabarán é irán seguidas de severos castigos, al paso, que vuestras efímeras penas se trocarán en una felicidad perfecta. Hay, con todo, diversiones y recreos honestos, á los cuales podeis entregaros sin peligro, con tal que useis de ellos con la debida moderacion. Los primeros cristianos tenian tambien sus dias y sus horas de solaz, pero de un solaz cristiano, esto es, prudente, comedido, inocente y conforme con su profesion. Concretaos á esto, y nada habrá que reprenderos en este punto.

Vuestros placeres y desahogos serán honestos, si tienen lugar en *familia*, en el seno de la union y de la paz; serán honestos, si se disfrutan entre personas *de igual sexo*, á fin de alejar toda sombra de peligro; serán honestos, si se gozan con *medida*, sin perder tiempo, sin grandes dispendios, sin riesgo para la salud; serán honestos, si se disfrutan con espíritu *de piedad: Gaudete in Domino.* Pero buscad especialmente, amados hermanos mios, aquel regocijo interior y espiritual, de que Dios colma al alma, que solo le busca á él, que solo á él aspira, y que solo en él quiere descansar; aquel regocijo superior á todos los sentidos, que el hombre terreno y carnal no puede comprender, y que hallareis, no en los juegos y espectáculos del mundo, sino en el silencio de la soledad, en el sosiego de una vida santa, y particularmente al pié de los tabernáculos del Salvador, á donde este digno Señor os llama durante esta devocion de las Cuarenta Horas. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Non sequeris turbam ad faciendum malum. Exod. xxiii, 2.	No sigas á la muchedumbre para obrar mal.
Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere. Ibid. xxxii, 6.	Sentóse el pueblo á comer y beber, y levantáronse despues todos á divertirse.
Beatus vir qui non abiit in concilio impiorum, et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pes-	Dichoso aquel varon, que no se dejó llevar del consejo de los malos, ni se detuvo en el camino de

tilentiæ non sedit. PSALM. I, 1.

Ibunt in adinventionibus suis. PSALM. LXXX, 13.

Usquequo facies peccatorum sumitis? PSALM. LXXXI, 2.

Risum reputavi errorem; et gaudio dixi: quid frustra deciperis? ECCL. II, 2.

Væ vobis qui saturati estis... væ vobis qui ridetis nunc! LUC. VI, 25.

Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia quæ scripta sunt per prophetas de Filio hominis: tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur, et conspuetur. LUC. XVIII, 31.

Tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in inmunditiam. ROM. I, 24.

Tradidit illos Deus in passiones ignominiæ. IBID., 26.

Abjiciamus ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis, sicut in die honeste ambulemus, non in commessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudicitiis, non in contentione et æmulatione, sed induimini Dominum Jesum Christum. ROM. XIII, 12.

Obsecro vos fratres, per misericordiam Dei, ut exibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum, et nolite conformari huic sæculo. ROM. XII, 1.

los pecadores, ni se sentó en la silla pestilente *de los libertinos.*

Irán en pos de sus invenciones ó de sus devaneos.

¿Hasta cuando guardareis respetos á los pecadores?

A la risa la tuve por desvarío, y dije al gozo *ó los deleites mundanos:* ¡Cuán vanamente te engañas!

¡Ay de vosotros los que estais hartos!... ¡Ay de vosotros los que ahora reís!

Ya veis, que subimos á Jerusalen, donde se cumplirán todas las cosas, que los profetas dejaron escritas acerca del Hijo del hombre: porque será entregado á manos de los gentiles, y escarnecido, azotado y escupido.

Dios los abandonó á los deseos de su *depravado* corazon, á la crápula.

Dios los entregó á pasiones infames.

Dejemos, pues, las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz: andemos con decencia *y honestidad*, como se suele durante el dia, no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas ni envidias; antes revestíos de nuestro Señor Jesucristo.

Ahora, hermanos *mios*, os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos, como una hostia *ó víctima* viva, santa y agradable á sus ojos, que es el culto racional que debeis ofrecerle, y no

querais conformaros con este siglo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Véanse: Bailes.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Athleta ante certamen exercetur; jejunator ad jejunandum temperantia præparatur, ne velut ulciscens venial dies judicii. S. BASIL. HOM. 1 DE LAUD. JEJUM.

Non est per temulentiam aditus ad jejunium, nec ad justitiam iter per fraudem, nec ad sobrietatem per lasciviam, nec per malitiam ad virtutem. ID. IBID.

Nullus servus, hero suo reconciliari cupiens, hostem illius patronum habet. Ebrietas inimica est Deo. Itaque si cupis per confesionem reverti ad Deum, fuge temulentiam, ne magis abs te Deum alienes. ID. IBID.

Si medici pharmaca dare volentes, jubent interea temperanter agere, ne minus pharmaca operentur, multo magis jejunium suscepturos mentem expurgare, et leviorem reddere oportet. S. CHRYSOST. HOM. 1 IN GENES.

Ubi citharæ et cori, ac plausus manuum, ibi virorum tenebræ, et mulierum perditio, angelorum tristitia, et diaboli festum. SAN EPHREM, DE ABSTIN.

Nullus palmam spiritualis cer-

El atleta, antes de la lucha, se ensaya; y el que ayuna, se prepara por medio de la templanza; no sea que venga inpensadamente el dia del juicio *estrechísimo.*

La embriaguez no es el camino que conduce al ayuno, ni por el engaño se va á la justicia, ni á la sobriedad por la lujuria, ni á la virtud por medio de la maldad.

No hay esclavo que, deseando reconciliarse con su señor, ponga por abogado á un enemigo de éste; y como la embriaguez es enemiga de Dios, si deseas volver á él confesando tus culpas, huye la embriaguez, que aun te alejaria más de Dios.

Si los médicos al aplicar las medicinas, mandan entretanto la abstinencia, para no impedir el efecto de aquéllas, mucho más los que han de ayunar deben purificar el entendimiento, y hacerlo más despejado y pronto.

Allí donde oís instrumentos, cantos y aplausos de manos, solo hay ceguedad en los hombres, ruina en las mujeres, tristeza en los ángeles, y gran fiesta para el demonio.

Ninguno alcanza la palma en

taminis apprehendit, qui non in semetipso prius per afflictam veneris concupiscentiam carnis incentiva devicerit. S. GREG. LIB. 10 MORAL.

Est tempus hoc tempus descendendi de peccato in peccatum, et perducens ad infernum, et ideo dicitur: tenent tympanum et citharam, et ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad infernum descendunt. S. VINCENT. FERR. SERM. 3. QUING.

Vide retia inextricabilia quæ dæmon inimicus noster hoc tempore nobis tendit... vide innumerabilium animorum prædam, quam hoc tempore sibi surripit; idque non solum quoad plebeios toto anno vitæ vanitatis deditos, verum etiam persæpe quoad illos, qui alio anni tempore bonam habent animæ suæ custodiam. SAN CAR. BORROM. ACT. MEDIOL., 1151.

los combates espirituales, si antes no doma los incentivos de la carne, castigando en sí mismo los deseos lujuriosos.

Este es el tiempo (el carnaval) de precipitarse los hombres de un pecado á otro, y de acercarse al infierno, verificándose aquello de Job: *tocan el pandero y la vihuela, pasan en delicia los dias de sú vida, y en un momento bajan á lo profundo.*

Observad los enredados lazos que en ese tiempo nos tiende el demonio enemigo..... mirad las innumerables conquistas de almas que en él hace, no solamente sobre aquellos, que todo el año se avezan á una vida profana, sino aun sobre los que en el restante tiempo vigilan por su alma.

EJEMPLOS.

Santa Gertrudis, habiendo merecido una vez tener á Jesucristo reclinado sobre su pecho como enfermo, durante el tríduo del carnaval, nada procuraba con más ahinco en este tiempo, que rogar por la conversion de los mundanos, entregada á la oracion, al silencio y á toda clase de mortificaciones. (In ejus vita.)

Santa María Magdalena de Pazzis, con frecuencia y particularmente en los dias de carnaval, saltaba de la cama á cualquier hora de noche, y dirigiéndose al Santísimo Sacramento, postrada en su presencia, lloraba inconsolablemente los muchos y grandes pecados que se cometian contra la divina Majestad, y rogaba y sufria durísimas penitencias por la conversion de los ciegos pecadores. (In ejus vita.)

Santa Catalina de Sena, en el mismo tiempo, pasaba toda la noche en profunda oracion. (Mansi disc. 13.)

Véase: BIENES TEMPORALES Y ETERNOS; I.

CASTIDAD.

I.

Glorificate et portate Deum in corpore vestro.

Glorificad á Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo.

(*Cor.* VI, 20.)

Tal es, hermanos mios, el consejo saludable que S. Pablo daba á los primeros cristianos para infundirles el amor de la pureza, que tan encarecidamente les habia recomendado. Huid, les decia este grande apóstol, de la fornicacion; porque el que la comete, peca contra su cuerpo. Sabed, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros; y que no os perteneceis á vosotros mismos, supuesto que habeis sido redimidos á gran precio. Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo. Esta doctrina nos enseña, que el pecado contrario á la santa virtud de la pureza es más vituperable en un cristiano que en los demás hombres. Toda vez que el cristiano pertenece á Dios de una manera particular, y que su cuerpo ha sido consagrado por el bautismo y convertido en templo del Espíritu Santo, deber suyo es conservarle en un estado de pureza perfecta, desterrando de este templo místico todo lo que pueda empañar su belleza. Así, pues, la pureza debe ser la virtud predilecta de todo cristiano; porque siendo, como lo es en realidad, uno de los más bellos ornamentos del cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia,

taminis apprehendit, qui non in semetipso prius per afflictam veneris concupiscentiam carnis incentiva devicerit. S. GREG. LIB. 10 MORAL.

Est tempus hoc tempus descendendi de peccato in peccatum, et perducens ad infernum, et ideo dicitur: tenent tympanum et citharam, et ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad infernum descendunt. S. VINCENT. FERR. SERM. 3. QUING.

Vide retia inextricabilia quæ dæmon inimicus noster hoc tempore nobis tendit... vide innumerabilium animorum prædam, quam hoc tempore sibi surripit; idque non solum quoad plebeios toto anno vitæ vanitatis deditos, verum etiam persæpe quoad illos, qui alio anni tempore bonam habent animæ suæ custodiam. SAN CAR. BORROM. ACT. MEDIOL., 1151.

los combates espirituales, si antes no doma los incentivos de la carne, castigando en sí mismo los deseos lujuriosos.

Este es el tiempo (el carnaval) de precipitarse los hombres de un pecado á otro, y de acercarse al infierno, verificándose aquello de Job: *tocan el pandero y la vihuela, pasan en delicia los dias de sú vida, y en un momento bajan á lo profundo.*

Observad los enredados lazos que en ese tiempo nos tiende el demonio enemigo..... mirad las innumerables conquistas de almas que en él hace, no solamente sobre aquellos, que todo el año se avezan á una vida profana, sino aun sobre los que en el restante tiempo vigilan por su alma.

EJEMPLOS.

Santa Gertrudis, habiendo merecido una vez tener á Jesucristo reclinado sobre su pecho como enfermo, durante el tríduo del carnaval, nada procuraba con más ahinco en este tiempo, que rogar por la conversion de los mundanos, entregada á la oracion, al silencio y á toda clase de mortificaciones. (In ejus vita.)

Santa María Magdalena de Pazzis, con frecuencia y particularmente en los dias de carnaval, saltaba de la cama á cualquier hora de noche, y dirigiéndose al Santísimo Sacramento, postrada en su presencia, lloraba inconsolablemente los muchos y grandes pecados que se cometian contra la divina Majestad, y rogaba y sufria durísimas penitencias por la conversion de los ciegos pecadores. (In ejus vita.)

Santa Catalina de Sena, en el mismo tiempo, pasaba toda la noche en profunda oracion. (Mansi disc. 13.)

Véase: BIENES TEMPORALES Y ETERNOS; I.

CASTIDAD.

I.

Glorificate et portate Deum in corpore vestro.

Glorificad á Dios y llevadle siempre en vuestro cuerpo.

(*Cor.* VI, 20.)

Tal es, hermanos mios, el consejo saludable que S. Pablo daba á los primeros cristianos para infundirles el amor de la pureza, que tan encarecidamente les habia recomendado. Huid, les decia este grande apóstol, de la fornicacion; porque el que la comete, peca contra su cuerpo. Sabed, que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros; y que no os perteneceis á vosotros mismos, supuesto que habeis sido redimidos á gran precio. Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo. Esta doctrina nos enseña, que el pecado contrario á la santa virtud de la pureza es más vituperable en un cristiano que en los demás hombres. Toda vez que el cristiano pertenece á Dios de una manera particular, y que su cuerpo ha sido consagrado por el bautismo y convertido en templo del Espíritu Santo, deber suyo es conservarle en un estado de pureza perfecta, desterrando de este templo místico todo lo que pueda empañar su belleza. Así, pues, la pureza debe ser la virtud predilecta de todo cristiano; porque siendo, como lo es en realidad, uno de los más bellos ornamentos del cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia,

cualquier miembro de este cuerpo, manchado con el vicio contrario, debe considerarse como un miembro podrido é inútil, que merece ser cortado.

Sin embargo, amados hermanos mios, con dolor lo decimos, cuanto más necesaria es esta virtud en un cristiano, tanto más raro es que le veamos adornado de ella. Esta bella flor ha perdido todo su brillo en medio de un mundo perverso, que difunde por todas partes la corrupcion de que está inficionado. ¿De dónde proviene tamaña desgracia? Del poco aprecio que generalmente se hace de la virtud de la castidad, y del olvido en que se tienen los medios más á propósito para conservarla. Este es el asunto de que voy á tratar en el presente discurso. Prestadme, os ruego, vuestra atencion.

La castidad es una virtud preciosísima; luego debemos tenerla en grande aprecio. Primer punto. La castidad es delicadísima, y, por lo tanto, hay que usar de muchas precauciones para conservarla. Segundo punto. ¡Que no pueda yo hablar hoy con el lenguaje de los ángeles para infundir el amor á una virtud, que hace á los hombres semejantes á estos puros espíritus! Pidámosle por la intercesion de la Reina de las vírgenes. A. M.

1. Una virtud venida del cielo, que ha hecho descender al Hijo de Dios del cielo á la tierra, que eleva el hombre al cielo por la semejanza que le da con los ángeles, y aun con el mismo Dios, y por la seguridad que, en algun modo, le infunde de su eterna felicidad, ¿no merece, hermanos mios, el título de virtud preciosa y digna de toda nuestra estimacion? Pues tal es la virtud de la castidad. Sí; la castidad es hija del cielo, de donde trae su orígen. Solo Dios podia enseñar é inspirar á los hombres la práctica de una virtud tan sublime y perfecta: los hombres carnales distaban demasiado de ella para dar lecciones de pureza. Con efecto; ¿de qué manera el hombre, á quien el pecado habia hecho enteramente sensual, hubiera podido alcanzar la perfeccion de una virtud tan contraria á las inclinaciones de la naturaleza? Necesitaba para ésto el auxilio de lo alto, que le elevase sobre sí mismo, que le librase de sus sentidos y de sus naturales inclinaciones. Así lo reconoció el más sábio de los hombres, cuando dijo, que no podria ser continente si Dios, de quien procedia este don, no se lo otorgaba; y que por esto acudia al Señor y se lo pedia de todo corazon: *Scivi quoniam continens esse non possem, nisi Deus det.* Sap. viii, 21. Así tambien nos lo da á entender Jesucristo, cuando dice en su Evangelio, que no todos son capaces del mérito y de la resolucion de la castidad, sino aquellos á quienes se les ha con-

cedido de lo alto: *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.* Matth. xix, 11. Verdad es, que la antigüedad pagana ofrece algunos ejemplos de castidad; pero ésta no era entónces comunmente, sino una virtud de ostentacion ó de mera apariencia, que servia de velo para ocultar vicios groseros, y nunca se pareció en nada á la que la perfeccion cristiana inspira á sus discípulos.

Pero, el aprecio en que debemos tener la castidad por ser un precioso don del cielo, sube de punto al considerar, que el Hijo mismo de Dios, que por amor nuestro descendió á la tierra, nos dejó un ejemplo prodigioso de la estimacion particular que profesa á esta virtud. Con efecto; habiendo Dios resuelto, para redimir al hombre, tomar una naturaleza semejante á la suya, escogió á una vírgen por madre. Solo por una vírgen podia ser concebido un Dios de toda pureza, pues cualquiera otra concepcion hubiera, en cierta manera, empañado el brillo de su santidad. Así como el Hijo de Dios habia sido engendrado desde toda la eternidad por un Padre vírgen, así tambien, en calidad de hombre, debia ser concebido por una madre vírgen; y así como una vírgen no podia tener por hijo sino un Dios, así tambien Dios no podia tener por madre sino una vírgen. Más ¿quién fué esta criatura privilegiada en la cual puso el Señor los ojos para elevarla á tan sublime dignidad? Fué la incomparable María, que, colmada por Dios, desde el instante de su concepcion, de las más inestimables gracias, correspondió á ellas con tal fidelidad, que desde su más tierna edad se consagró enteramente al Esposo de las vírgenes por el sacrificio que le hizo de su cuerpo y de su alma; sacrificio que renovó en el templo del Señor, cuando en él fué presentada por sus padres; sacrificio el más santo y perfecto, que hasta entónces se hubiese hecho á Dios en los altares; sacrificio, en fin, que María sostuvo constantemente, conservando con una fidelidad inviolable su pureza, y evitando todo cuanto pudiera empañar su brillo. La Vírgen María estimaba tanto esta virtud, que por grande y gloriosa que fuese á sus ojos la dignidad de madre de Dios, hubiera preferido renunciar á ella antes que sacrificarle su virginidad. ¡Cuán grande no ha de ser, pues, el aprecio, que debemos hacer de una virtud, que á la inapreciable circunstancia de haber sido, en cierto modo, consagrada en la persona de la Vírgen Santísima, reune el imponderable mérito de elevar al hombre al cielo por la semejanza que le da con los ángeles y con Dios mismo!

No, hermanos mios, las almas castas no pertenecen á la tierra: esta virtud las eleva hasta los cielos; pues haciéndolas triunfar de las debilidades humanas, y desviándolas de los deleites sensuales, las

coloca sobre nuestra naturaleza corrompida, de manera que, por sus sentimientos y deseos, una alma casta vive la vida de los ángeles. Esto es lo que nos enseña Jesucristo en su Evangelio, cuando, hablando del estado de incorruptibilidad á que pasaremos en el dia de la resurreccion, dice, que seremos como los ángeles de Dios en el cielo: *Erunt sicut angeli, qui neque nubent, neque nubentur.* MATTH. XXII, 30. La razon de esto nos la da el mismo Jesucristo, y es, que despues de la resurreccion de los hombres no habrá entre ellos vínculo conyugal; de donde se sigue, que la castidad, que nos libra de los vínculos del matrimonio, representa, en este mundo de miserias y de destierro, el dichoso estado que alcanzaremos en la gloriosa inmortalidad; con la diferencia, sin embargo, de que los ángeles de la tierra, es decir, las almas castas, tienen por virtud lo que los ángeles del cielo tienen por naturaleza; por cuyo motivo, dice S. Juan Crisóstomo, la pureza de los hombres, aunque inferior á la de los ángeles, la aventaja sin embargo en mérito. Los ángeles, siendo de naturaleza puramente espiritual y sin mezcla de carne, y no conversando con los hombres, no tienen pasiones que combatir, ni están expuestos á los peligros que éstos tienen que evitar para conservar el tesoro de la castidad; pero nosotros, rodeados de tentaciones y asechanzas, que á cada instante amenazan arrebatarnos esta preciosa virtud, tenemos que vivir en un estado de lucha y de violencia contínuas para no perderla; pero si sabemos conservarla, no solamente nos hace semejantes á los ángeles, sino que nos da tambien un carácter de semejanza con el mismo Dios. Sí, hermanos mios; las almas castas son en la tierra imágenes vivas de Dios, porque cuanto más una alma se desprende de su cuerpo, tanto más se une con Dios; y como Dios es todo espíritu, quien se une con él, es con él un mismo espíritu, dice el Apóstol: *Qui adhæret Deo, unus spiritus est.* I. COR. VI, 17. Y por una feliz correspondencia, Dios se une tambien al alma casta, la considera como á su esposa querida, hace de ella el objeto de sus complacencias, y se deleita en habitar en ella como entre azucenas: *Qui pascitur inter lilia.* CANT. VI, 2. De ahí la firme seguridad de la felicidad eterna que la castidad da á una alma. De ahí tambien esos buenos impulsos que la inducen al bien; esa devocion tierna, esa facilidad, que encuentra en el servicio del Señor, esa fidelidad, en fin, á la divina gracia, que perfecciona y consuma la obra de su santificacion.

El alma casta está en la disposicion mas feliz para la santidad y la perfeccion. Es un alma dotada de todas las virtudes cristianas, ó que tiene, á lo ménos, una gran facilidad para practicarlas; por-

que para ser casto, hay que hacerse suma violencia, y desde que se ha conseguido esto, lo demás no cuesta casi nada. El alma que tiene tanto imperio sobre su cuerpo sensual, vence sin dificultad cuantos obstáculos encuentra en el camino de la santidad. ¿Qué sacrificio le será difícil despues del que tiene hecho? ¿Qué enemigo se le puede presentar más formidable que el que ya ha encadenado, consagrándose á su Dios como víctima pura y sin mancha? ¿Será el demonio y sus tentaciones? Más éstas no son de temer, sino cuando el ángel de las tinieblas está de acuerdo con el enemigo doméstico, para hacernos caer en sus asechanzas; pero, desde el momento que la carne, que es el enemigo doméstico, está reducida á la servidumbre, caen por tierra todos los planes del demonio. ¿Será acaso el mundo con sus bienes y deleites? Más este aliciente no tiene la menor eficácia contra una alma pura, á quien la castidad ha desapegado de los placeres sensuales, porque no ve en ellos más que un peligro necesario, que le ha de acarrear un triste naufragio; y como el amor á las riquezas y honores es una consecuencia del deleite que en ellos se encuentra, desde el instante que se menosprecian los deleites del mundo, se hace muy poco caso tambien de esos falsos bienes, y se les considera, como el Apóstol, cual basura indigna de ocupar un corazon consagrado á Dios; de manera, que la castidad sale triunfante de todos los vicios y de todas las tentaciones. Por otra parte, ella es la compañera de todas las virtudes, supuesto que, para llegar á este punto, es menester poseerlas todas: es necesario ser humilde y mortificado, menospreciar todos los objetos sensibles, elevarse sobre sí mismo, renunciarse y crucificarse en fin incesantemente; condiciones todas de la perfeccion que Jesucristo nos ha enseñado en el Evangelio. Así notamos, que los verdaderamente castos son los cristianos más perfectos: ellos son reservados en sus palabras, modestos en sus ademanes y movimientos, sóbrios en sus comidas, respetuosos en los lugares santos, edificantes en toda su conducta: parécense á los lirios, que se elevan hácia el cielo, y que difunden á su alrededor un suave perfume: su sola presencia inspira amor á la virtud. La castidad es un camino seguro para llegar á la santidad más perfecta, especialmente para las almas que hacen una profesion particular de la virginidad. Esto se comprende muy fácilmente, si se considera, que desde el momento que una alma ha escogido á Jesucristo por esposo, se desprende de una infinidad de objetos que la distraen del camino de la perfeccion; y, ocupada tan solo en complacer á su divino esposo, está libre, como dice el Apóstol, de todos los cuidados, de todos los embarazos que estorban á las personas que tienen dividido su co-

razon con algunos otros objetos: *Virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu.* I. Cor. vii, 34. Ella no piensa más que en unirse con Dios por una vida más perfecta; el amor divino encuentra más lugar en un corazon porque no está dividido; y este corazon, enteramente inflamado, posee en el mismo amor divino la prenda segura de su predestinacion.

Bien es verdad, que la castidad, de que aquí habla el Apóstol, bajo el nombre de virginidad, no es una virtud propia de todos los estados; porque no es dado á todo el mundo el llevar un género de vida tan perfecto como el de las personas que se consagran á Dios por el celibato, en la religion, ó en el mundo; pero si es una castidad comun, que conviene y es necesaria en todos los estados; es decir, que en cualquier género de vida que se hubiere abrazado, debe evitarse todo cuanto pueda empañar esta bella flor; porque la castidad impone tambien algunos deberes, así á los que están unidos con el vínculo del matrimonio, como á los que no lo están. No me he propuesto explicar en este discurso, en que consisten tales obligaciones; diré, solamente, en general, que todo cristiano, cualquiera que sea su estado, debe estimar la castidad como una virtud, que constituye uno de los más bellos ornamentos de la religion cristiana; que todo cristiano, convertido por el bautismo en miembro de Jesucristo y en templo del Espíritu Santo, debe profesar un gran respeto para consigo, y no profanar este templo con ninguna mancha que pudiera menoscabar su belleza; que debe desterrar de su espíritu y de su corazon todo objeto extraño, toda inclinacion desordenada, todo pensamiento contrario á la santa virtud de la pureza. Si alguno, dice el Apóstol, profanare el templo del Señor, perderle ha Dios á él: *Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus.* I. Cor. iii, 17. ¿Qué precauciones, pues, deberán tomarse para evitar tamaña desgracia? Voy á manifestároslo en la segunda parte de este discurso.

2. Ante todo, conviene tener muy presente, hermanos mios, que la castidad es tan difícil de conservar como fácil de perder. No hay virtud más expuesta á las asechanzas de los enemigos de nuestra felicidad eterna. Todo cuanto nos rodea, así en lo exterior como en lo interior, nos pone á cada instante en peligro de perderla. En el exterior, ¿qué de objetos no existen, cuyas gracias y atractivos son otros tantos tiros asestados contra ella, y tanto más temibles, cuanto más se ocultan á nuestros ojos? Y ¿á qué peligros, sobre todo, no está expuesta esta virtud en las relaciones que se contraen entre personas de diverso sexo; en las visitas premeditadas que se hacen, so color de una inocente amistad, bajo la cual arde un fuego que, no por ser oculto es ménos vivo, y que se manifiesta, frecuentemente, por las libertades que se toman ó permiten, sin hacer el menor escrúpulo de ellas, porque se consideran como señales de puro afecto; pero que, á los ojos de Dios, son libertades culpables, que concluyen con graves desórdenes? Pero, aun cuando ningun objeto exterior le hiciese mella, tenemos dentro de nosotros mismos el principio y la causa de su ruina: llevamos este tesoro encerrado en vasos quebradizos. Nosotros sentimos en nuestro cuerpo la influencia de una ley funesta, que batalla de contínuo contra la del espíritu, y de la cual, aun la más sólida y severa virtud apenas puede triunfar. Así nos lo atestigua el grande Apóstol, al lamentarse de que, á pesar de todas las austeridades con que mortificaba el cuerpo, aun tenia necesidad de la gracia para rechazar los asaltos del espíritu impuro. Así nos lo atestiguan tambien los Jerónimos, los Bernardos y los Benitos, quienes se azotaban duramente, se revolvian sobre espinas, ó se arrojaban en lagos helados para extinguir el fuego naciente de la concupiscencia. Ahora bien; si los mismos santos han experimentado tan temibles y humillantes asaltos; si alejados de las ocasiones, extenuados por los rigores de la penitencia, han llorado tanto tiempo por la aflictiva necesidad en que se hallaban de sentir los estímulos de la carne; ¿cómo podremos nosotros asegurarnos la victoria en medio de las ocasiones que nos rodean, viviendo una vida afeminada y sensual, que enerva las fuerzas de nuestro espíritu? No lo olvideis, hermanos mios: basta un lijero soplo para empañar el espejo de nuestra pureza; y un solo pensamiento impuro, desde el momento que nos detenemos voluntariamente en él, causa en nuestra alma una herida mortal. Las otras virtudes no siempre corren riesgo; pero la castidad peligra en todo tiempo y en todo lugar: ni aun en la soledad estamos al abrigo de los ataques del tenaz enemigo, que llevamos siempre con nosotros mismos en una carne rebelde á la ley de Dios.

Hay virtudes que pueden y deben mostrarse en público para edificacion del prójimo; más á la castidad no le es dado hacerlo, sin exponerse á padecer detrimento. Es tan difícil conservarla en un mundo corrompido, como andar sobre áscuas sin quemarse, ó sobre puntas de espada sin herirse. ¿Qué debemos, pues, inferir de esto? ¿Habremos de solicitar á toda costa la posesion de esta virtud, ó tendremos que desalentarnos á vista de las dificultades que ofrece, para entregarnos á la inclinacion de una naturaleza corrompida, que nos conduce á la satisfaccion de sus apetitos y pasiones? No permita Dios, hermanos mios, que sigais las máximas perniciosas de esos hombres impuros y voluptuosos, que haciéndose una necesidad del vicio, po-

nen todo su conato en destruir la virtud, y falsamente persuadidos de que ni el uno ni la otra proceden de actos libres, se abandonan á sus pasiones. Más, supuesto que esta virtud es tan delicada, hay que concluir, que debemos valernos de muchas precauciones para conservarla. ¿Cuáles son estas precauciones? ¿cuáles estos medios? Yo los reduzco á tres principales, á saber, la fuga de las ocasiones, la mortificacion de los sentidos, y la oracion.

Hay virtudes que atacan al enemigo de frente, como la fortaleza y la caridad; y las hay tambien, como la castidad, que no pueden vencer sino con la fuga. En efecto; si los enemigos de esta virtud son ya de suyo tan formidables, aun cuando se presentan sin buscarlos, ¿que sucederá cuando se tiene la temeridad de provocarlos al combate? Ponerse en ocasiones peligrosas para la pureza, es declararse ya medio vencido, es estar de inteligencia con el enemigo, es capitular con él para rendirle la plaza. Por tanto, si quereis, hermanos mios, salir victoriosos de estos combates, es menester que eviteis las ocasiones peligrosas, como son sin duda los espectáculos, los bailes, la lectura de malos libros, ciertas relaciones, especialmente con personas de sexo diferente, en una palabra, todos los objetos que, más ó ménos directamente, puedan estimular el vicio contrario á la virtud de la castidad. Yo sé, amados hermanos, y debo decirlo para consuelo de las almas que aman á Dios, que no siempre puede adoptarse el partido de la fuga para evitar los peligros: hay ciertas compañías honestas, á las cuales no estamos obligados á renunciar desde que la virtud no corre riesgo de naufragar en ellas; pero sí tenemos todos la obligacion de evitar las ocasiones próximas, es decir, las que por su naturaleza son capaces de hacernos caer en pecado, ó que no siendo tales por naturaleza, lo son por efecto de una mala disposicion de las personas que á ellas se exponen.

Sobre todo, es necesario, que las personas que tienen contraidas ciertas relaciones de amistad ó afecto, renuncien á ellas, aunque parezcan ó sean inocentes en sí mismas, desde el momento que se consideren peligrosas para la castidad; y aun á veces, por más que no haya en tales relaciones peligro alguno para los que las cultivan, es menester interrumpirlas á fin de evitar el escándalo que de ellas puede originarse. Finalmente, para librarnos del peligro en que, á cada paso, nos vemos, de perder el inestimable tesoro de la castidad, es necesario que mortifiquemos los sentidos, que son las puertas por donde la muerte entra en nuestra alma. Porque, ¿quién se admirará, hermanos mios, de ver al enemigo dueño de una plaza, sabiendo que ésta no solo se hallaba indefensa, sino que estaba en secreta

inteligencia con el invasor? Nosotros tenemos dentro de nosotros mismos un enemigo doméstico, que es nuestra carne; una naturaleza corrompida, que nos inclina á los objetos sensibles; por lo tanto es menester, que sojuzguemos este enemigo, y reduzcamos esta carne á la servidumbre, mortificando los sentidos con el cercenamiento de todo lo que puede satisfacerlos con agravio de la ley de Dios. Es necesario, principalmente, cerrar los ojos á los objetos peligrosos; porque de todos los sentidos, el de la vista es el más difícil de refrenar, el que se nos desliza más imperceptiblemente, y el que encuentra más facilidad para conseguir su objeto.

Cerremos nuestros oidos á los cantos profanos, á los discursos obscenos, á las conversaciones libres; mortifiquemos nuestro paladar, y seamos parcos, sobre todo, en la comida de aquellos manjares capaces de estimular nuestras pasiones. La castidad es una flor rodeada de espinas, que jamás nace entre las delicias de una vida afeminada y sensual. La modestia, que es una consecuencia de la mortificacion, sirve tambien de defensa á la castidad; pues refrena todos nuestros sentidos y regula todos nuestros actos exteriores de manera, que no menoscabemos con ellos nuestra propia honestidad ni la del prójimo. La modestia detesta esas consideraciones mundanas, esos modales seductores y provocativos, esos trajes indecentes, que denotan un corazon corrompido y llevan el contagio al corazon de los demás.

Pero como toda nuestra fortaleza viene de Dios, solo á él debemos recurrir para asegurarnos la victoria. Acudamos, pues, con frecuencia al pié de los altares, y roguemos fervorosamente á Dios, diciéndole con el Profeta: Crea en mí, oh Dios, un corazon puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud: *Cor mundum crea in me, Deus: et spiritum rectum innova in visceribus meis.* PSALM. L, 12. Acudamos tambien á la Reina de los ángeles, dirigiéndole todos los dias algunas oraciones para alcanzar la gracia de la pureza. Lleguémonos con frecuencia á los sacramentos, que son el manantial de la divina gracia. La penitencia nos servirá de remedio contra la ponzoña de la voluptuosidad; y la santa Eucaristía, uniéndonos á la carne virginal de Jesucristo, nos conservará en una inviolable pureza. Bienaventurados los que tienen puro su corazon, dice Jesucristo, porque ellos verán á Dios. Amen.

CASTIDAD.

II.

Sicut in die honeste ambulemus... non in cubilibus et impudicitiis.

Andemos como de dia, honestamente.... no entre sensualidades y disoluciones.

(*Rom.* XIII, 14.)

El Apóstol, en las palabras que acabo de citar, nos da un pequeño compendio de las virtudes que han de adornar al cristiano, y de los vicios que debe evitar. Diciendo, que andemos como de dia honestamente, nos significa, que ha de pensarse, hablarse y obrarse cual se pensaria, hablaria y obraria en caso de que todo el universo, á la luz del dia, pudiese leer los más recónditos pensamientos del alma. A continuacion, en enérgicas, aunque breves frases, condena los vicios que mayores estragos hacen en el mundo, y, entre otros, uno cuya rápida propagacion en la tierra llena de consternacion á cuantos con seriedad y fe meditan sus consecuencias. Las leyes de la honestidad yacen actualmente olvidadas; los grandes afectos del corazon se hallan extraviados: toda carne ha corrompido sus caminos; y parece que la sociedad entera se ha vuelto pura, ó mejor dicho, impura materia. No se diria sino que retrocedemos á los tiempos más abyectos del paganismo, ya que el corazon de las gentes es como un altar consagrado á la más vil y asquerosa de las pasiones.

Urgente es, por cierto, que los ministros del Señor opongan un dique á tan grave mal. Confiando en que la gracia ha de hacer fructificar en unos, ó en otros, más ó ménos tarde, la semilla de la divina palabra, voy á defender los derechos de Dios, derechos que villanamente conculca el que á los lúbricos desórdenes se entrega. Un vicio puede ser atacado de dos maneras, ó ponderando su fealdad, y los daños que al pecador infiere, ó inculcando la virtud contraria: hoy

quiero hablaros de la castidad, demostrándoos, que los derechos que Dios tiene sobre nuestro cuerpo exigen seamos castos. Para el buen éxito imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cuerpo humano es obra de Dios, miembro del cuerpo de Cristo, templo del Espíritu Santo; títulos todos que dan á Dios derecho, para que ese cuerpo jamás se mancille con sensualidades y disoluciones, antes sea siempre puro y santo, como puros y santos son sus destinos. Vosotros no ignorais de que manera el hombre fué formado: mirando Dios la creacion, que saliera de la virtud de su palabra, vió que correspondia á los últimos fines de su sabiduría infinita y de su providencia admirable; pero, haciendo falta un soberano para tan inmenso reino, formó al hombre á su imágen y semejanza. La tierra, que en las manos de Dios sirvió de materia para crear el cuerpo de Adan, era pura, y en este cuerpo puro, el Señor con su purísimo y vivificador aliento inspiró el espíritu de vida. Puro, pues, de necesidad fué todo el hombre, tanto como cumplia á la última obra de Dios, destinada á ser como su lugar-teniente, y si cabe espresarme así, su representante en el mundo creado. Ahora bien: conforme el cuerpo del hombre vaya alejándose de aquella pureza, que es inseparable de su formacion; conforme vaya manchando aquel espíritu que, desde el labio del Altísimo, salió puro para animar su carne, esa criatura desciende del alto puesto que ocupa en la escala de la creacion, y se hace indigna de ser contada entre las obras preciosas de Dios.

En efecto; al hombre que no es casto, ya no se le puede llamar obra de Dios hecha á su imágen y semejanza, ni representante suyo en este mundo de visibles maravillas; ni tampoco le cuadran las denominaciones de rey destronado, y proscrito ilustre, porque, bajo cierto aspecto, le serian aun asaz honrosas; el nombre que le conviene es el de esclavo de la carne rebelada, y representante del infierno. Dios quiere que solo al hombre puro sirva de trono una creacion pura, condenando al que no es casto á ser exacerbado en sus desórdenes por las mismas maravillas que él debia dominar, y que debieran inspirarle himnos eternos en alabanza del Criador: quiere que su imágen y semejanza tenga en el hombre un solio inmaculado; pero al que no es casto le hace no sólio, sino lodazal donde viva la imágen del Altísimo: quiere que el sér humano, como obra predilecta suya, ocupe en la escala de la creacion un lugar inmediato á los ángeles; pero al que no es casto lo relega al lado del jumento y del mulo, que carecen de inteligencia: quiere que en el conjunto de las

cosas producidas reine la armonía, hija del órden, y que toda creacion sea una visible copia de sus atributos divinos; pero el que no es casto trastorna esta armonía, haciendo que el espíritu se sujete á la carne, en lugar de someter la carne al espíritu. Así, pues, el hombre que no es casto, destruye, en cuanto de él depende, toda la obra de Dios, perturba la universal armonía, y él mismo queda como destruido.

2. Nuestros cuerpos, por otra parte, son miembros de Jesucristo, y de consiguiente no deben mancharse con impuras profanaciones. Tomando Jesús nuestra naturaleza, la purificó y ennobleció, elevándola, en cierto modo, sobre la angélica; con juntar Dios á su divina naturaleza, aunque sin el pecado, la sangre pecaminosa que corria por nuestras venas, y la carne de corrupcion en que vivíamos, la humana naturaleza quedó tan enaltecida, que quedamos hechos miembros de Cristo, conforme antes lo éramos de Adan. Somos tambien miembros del Salvador con relacion al alma, á la que comunica fe, gracia y vida divina y espiritual. De aquí el Apóstol arguye, que hemos de ser castos y evitar los excesos impuros de la carne: *Tollens ergo*, dice, *membra Christi, faciam membra meretricis? Absit..... Fugite fornicationem.* Jesucristo es nuestra cabeza, por consiguiente, nuestros cuerpos son miembros de Cristo; y siendo así, ¿nos convertiremos en miembros de una mujer impura? *Absit!* no mentemos siquiera tal sacrilegio! Así como Jesucristo puede decir en la Eucaristía: este es mi cuerpo natural, en virtud de la transubstanciacion; así tambien puede decir del cristiano: este es mi cuerpo místico por la adopcion. ¿Quién de vosotros dejaria de horrorizarse si supiese, que la Hostia consagrada hubiese sido arrojada á un lodazal? Pues lo mismo debemos horrorizarnos de hacer miembros de una mujer impura los miembros de Jesucristo.

3. Finalmente, nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, razon más para que no los manchemos con impuras profanaciones. Recordad, amados oyentes, la santa ira que el Hijo de Dios mostró al ver convertido el templo en mercado de negociantes. ¿Qué es esto? les dijo, arrojándoles apresuradamente del lugar de la oracion; vosotros haceis de la casa de mi Padre una guarida de ladrones. ¿Qué es esto? podemos preguntar tambien nosotros á los impuros: ¿no sabeis, que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros? ¿No sabeis, que teneis obligacion de llevar siempre á Dios en vuestro cuerpo, conservando éste puro, en obsequio de su Espíritu? ¿Por qué profanarle pues? ¿Por qué haceis de este templo una cueva de horrendos vicios? Eso es querer glorificar y llevar en el cuerpo

un vicio infame, antes que glorificar y llevar á Dios: ¡abominable trastorno de todos los derechos, y atroz injuria inferida á la sacra majestad del Altísimo!

Hermanos mios, proceded en todo honestamente, como nos manda el Apóstol: reprimid vuestros sentidos, y especialmente el de la vista, que es por donde la muerte suele entrar en el alma: si por desgracia arde en vuestro corazon el fuego sacrílego de la impureza, no dilateis convertiros un solo momento, porque mañana podria faltaros el tiempo, la gracia, ó la voluntad; y ¿quién sabe hasta que fecha están contados los dias é instantes de vuestra vida?

Señor misericordiosísimo, secundad estos propósitos con tesoros de gracias; compadeceos de nuestra flaqueza, y perdonad nuestra malicia. Favor, Dios mio, y no rehuseis tender una mano generosa á los que desean salir del abismo de sus culpas. Hacednos á todos castos, y salvadnos por eternidades de siglos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La castidad es como un espejo. Con el espejo se descubren los defectos de la cara; con la castidad los defectos del alma; para el espejo son indispensables dos cosas, el mercurio y el cristal; para la castidad son necesarias: 1.° La humildad, 2.° El recato del cuerpo.

I. Se necesita la humildad. El mercurio es un metal pesado, que siempre va al fondo; la humildad nos hace ahondar siempre en el abismo de nuestra nada, despreciar las alabanzas, renunciar á la vanidad, que pone en peligro la castidad.

II. El cristal es muy frágil, pero lo es todavía más nuestra condicion. Por esto nos dice el Apóstol: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* (II. Cor. IV, 7.) A la manera que se empaña el cristal, se empaña la castidad: 1.° Con el polvo, esto es, con ver y ser visto, oir, no recatarse, y con los pensamientos impuros. 2.° Con el aliento, ó sea, con las palabras deshonestas. 3.° Con las manos, es decir, con las obras carnales.

II.

Dice el Espíritu Santo: *Omni custodia serva cor tuum* (Prov. IV): con estas palabras puede probarse, «que el mejor medio de guardar la castidad es huir de los peligros.»

Las sagradas páginas nos repiten con frecuencia, que evitemos los peligros. Las caidas estrepitosas de Sanson, de David, de Salomon, etc...; como tambien el triunfo de José y de otros, que huyeron del peligro, nos demuestra cuanto hay que temer de ellos. Estos peligros son principalmente la ociosidad, las compañías perversas, los libros amorosos, el baile, los cortejos, etc.

DIVISIONES.

CASTIDAD.—Para ser casto delante de Dios, es preciso serlo en el espíritu y en el cuerpo.

Para ser casto delante de los hombres, conviene ser modestos en nuestro exterior.

CASTIDAD.—Por esta virtud, triunfan de la concupiscencia los que están unidos con el vínculo del matrimonio.

Los dos sexos deben ser émulos en la práctica de dicha virtud.

PASAGES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Confortatum est cor tuum, eo quod castitatem amaveris, et post virum tuum alterum nescieris, ideo eris benedicta in æternum. JUDITH. XV, 11.

Has tenido un corazon constante, porque has amado la castidad, y no has conocido á otro varon que á tu *difunto* marido, por esto mismo serás bendita para siempre.

Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine. JOB. XXXI, 1.

Desde jóven hice pacto con mis ojos de *no mirar*, ni siquiera pensar, *con mal fin*, en una vírgen.

Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem. PROV. XXII, 11.

Quien ama la candidez de corazon, gozará la amistad del rey.

Incoinquinata, quæ nescivit thorum in delicto, habebit fructum in respectione animarum sanctarum. SAP. III, 13.

La *mujer* sin mancilla, que ha conservado inmaculado su lecho, recibirá la recompensa *de su castidad*, cuando *Dios* visitará á las almas santas.

O quam pulchra est casta generatio cum claritate! inmortalis est enim memoria illius; quoniam apud Deum nota est, et apud homines. SAP. IV, 1.

¡Oh cuán bella es la generacion casta con esclarecida *virtud!* Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres.

Incorruptio facit esse proximum Deo. SAP. VI, 20.

La perfecta pureza une con Dios.

Scivi quoniam aliter non possem esse continens, nisi Deus det. SAP. VIII, 21.

Llegué á entender que no podria ser continente, si Dios no me lo otorgaba.

Averte faciem tuam à muliere compta, et ne circumspicias speciem alienam. ECCLI. IX, 8.

Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada, y no mires estudiosamente una hermosura ajena.

Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius. ECCLI. IX, 5.

No pongas tus ojos en la doncella, para que su belleza no sea ocasion de tu ruina.

Ne respicias in mulieris speciem, et ne concupiscas mulierem in specie. ECCLI. XXV, 28.

No mires *solo* el buen parecer *ó hermosura* de la mujer, ni de la mujer te enamores por su belleza.

Omnis ponderatio non est digna continentis animæ. ECCLI. XXVI, 20.

No hay cosa de tanto valor que pueda equivaler á una alma casta.

Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt. MATTH. V, 8.

Bienaventurados los que tienen puro su corazon, porque ellos verán á Dios.

In resurrectione neque nubent, neque nubentur, sed erunt sicut angeli Dei in cœlo. MATTH. XXII, 30.

Despues de la resurreccion, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán marido, sino que serán como ángeles de Dios en el cielo.

Dico autem non nuptis et viduis: bonum est illis si sic permaneant, sicut et ego. I. CORINT. VII, 8.

Pero sí que digo á las personas no casadas y viudas: bueno les es si así permanecen, como tambien permanezco yo.

Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus. II. COR. IV, 7.

Más este tesoro le llevamos en vasos de barro *frágil* y *quebradizo*.

Fornicatio et omnis immunditia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos. EPHES. V, 3.

La fornicacion y toda especie de impureza, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á *quienes Dios ha hecho* santos.

Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra, ut abstineatis vos à fornicatione, et sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione, et honore. I. THESSAL. IV, 3.

Esta es la voluntad de Dios, *á saber*, vuestra santificacion: que os abstengais de la fornicacion, que sepa cada uno de vosotros usar del propio cuerpo, santa y honestamente.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

En todo el antiguo Testamento no hay ejemplo más grande de castidad, que el que nos presenta el patriarca y salvador del Egipto, José. Odiado de sus hermanos por haberlos acusado de un crímen nefando, como opinan muchos sagrados expositores, y vendido por los mismos á unos mercaderes extranjeros, vióse solicitado asídua y eficazmente por su señora. ¡Ah! ¡cuántos hubieran sucumbido colocados en la posicion de José, esclavo, jóven, desamparado, atraido con halagos, promesas, amenazas y castigos! Más el santo jóven, antes que faltar á la ley de Dios, prefirió arrostrar las venganzas de una mujer desairada y furiosa, y hasta dejó su capa en manos de su perseguidora, para evitar, dice S. Gregorio Niceno, que aquella ropa, tocada por manos obscenas, comunicase á su corazon la llama de la lujuria. (GEN. XXXIX.)

No fueron tantas las pruebas á que Job, modelo insigne de paciencia, vió expuesta su castidad; no obstante, su vigilancia en apartar la vista de los objetos peligrosos, manifiesta su fidelidad, la pureza de su corazon, y el gran aprecio que hacia de esta hermosa virtud: *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine.* (JOB. XXXI.)

No es ménos admirable la castidad de Susana. Grande hubo de ser, en efecto, el amor que tuvo esta heroina á tan preclara virtud, cuando prefirió morir pública é infamemente en la opinion de los hombres, antes que manchar su pureza con un crímen secreto, visible tan solo á los ojos de Dios: *Melius est,* contestó á aquellos viejos lujuriosos, *mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini.* (DANIEL XIII, 23.)

Si consultamos las grandes maravillas que obró Dios en el antiguo pueblo de Israel, veremos que las obró casi siempre por medio de las almas castas. La castidad fué la virtud que más fortaleció á Judith, para obtener la victoria contra Holofernes: *Confortatum est cor tuum,* le dijo el pontífice, *eo quod castitatem amaveris.* (JUDITH. XV.) Sanson, miéntras casto, es el terror de los filisteos; apenas entregado á los amores lascivos, es el oprobio de los mismos. Salomon, miéntras guarda la castidad, es el rey más sábio del mundo, el más poderoso y amado de sus vasallos; pero desde el momento que se entrega á la lujuria, es estúpido, cruel, y aborrecido de su pueblo.

Omitimos hablar aquí de la perfectísima castidad de Jesucristo, y de su santísima madre María, modelos acabados de pureza, á quienes debemos imitar.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Eas, quæ in virginitate degunt, in pretio habete veluti Christi sacerdotes: viduas in pudicitia permanentes, ut altare Dei. S. IGNATIUS M. EP. AD TARSENS 7 ET 9.

Apreciad á las que viven en la virginidad como á los sacerdotes de Cristo, y á las viudas que guardan continencia como altares de Dios vivo.

Circumduc vallum verecundiæ, murum sexui tuo strue, qui nec tuos emittat oculos, nec admittat alienos. TERTULL. LIBR. DE VELAND. VIRGIN.

Pon á tu alrededor el vallado de la honestidad, levanta á tu sexo un muro, que te impida ver y ser visto de los otros.

Pudicitiæ christianæ satis non est esse purum et videri; tanta enim debet esse plenitudo ejus, ut emanet ab anima ad habitum, et eructet à conscientia in superficiem. ID. LIB. II DE CULT. FŒMIN.

No basta á la castidad cristiana el ser y parecer puro; sino que ha de ser tal la plenitud de esta pureza, que del alma se comunique al semblante, del interior al exterior.

Facilius est pro castitate, quam cum castitate mori. ID. LIB. DE PUDICIT.

Es más fácil dar la vida por la castidad, que morir con ella.

Pudicitia est honor corporum, ornamentum morum, vinculum pudoris, fons castitatis, pax domus, concordiæ caput. S. CYPRIAN. DE BONO DISCIPL. ET PUDICIT.

La castidad honra los cuerpos, adorna las costumbres, es el freno del pudor, el orígen de la pureza, la paz de las familias, y la primera condicion de la concordia.

Beata ipsa et beatos efficiens (castitas), apud quoscumque habitare dignatur. ID. IB.

La castidad, dichosa en sí misma, y que hace dichosos á los que la guardan, se deja poseer de cuantos la desean.

Felix conscientia, et beata virginitas, in cujus corde nullus alterius amor, quam ipsius Christi incenditur. S. HIERON. IN EPIST.

Dichosa la conciencia y feliz la virginidad, en cuyo corazon interior no arde otro amor, que el del mismo Jesucristo.

Castitas angelos facit; qui eam servavit, angelus est. S. AMBR. LIB. I DE VIRG.

La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel.

Inter omnia certamina christianorum, duriora sunt prœlia castitatis: nam ibi continua pugna, et rarior victoria. S. AUGUST. LIB. DE HONESTAT. MATRIM. CAP. II.

Entre todos los combates que deben sostener los cristianos, los más terribles son los de la castidad; porque aquí la lucha es contínua y muy rara la victoria.

Per humilitatis custodiam servanda est munditia castitatis. S. GREGOR. LIB. XIX MORAL., CAP. 12.

Guardando la humildad, se conserva la pureza de la castidad.

Per Moysen luxuria perpetrata, per Christum authorem pudicitiæ luxuria cogitata damnatur. ID. IN MORAL.

Por la ley de Moisés se prohibe la lujuria de obra; más por la de Cristo, autor de la castidad, se prohiben hasta los pensamientos lujuriosos.

Castitas sine charitate, lampas sine oleo: subtrahe oleum, lampas non lucet; tolle charitatem, castitas non placet. S. BERN. IN EPIST.

La castidad sin caridad, es una lámpara sin aceite: quitad el aceite, y la lámpara no arderá; quitad la caridad, y la castidad dejará de ser agradable.

Véase: VIRGINIDAD.

CASTIGOS: Véase: CALAMIDADES PÚBLICAS.

CATECISMO.

Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo?

Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?

(*Luc.* x, 25.)

Por culpable que fuese la maliciosa intencion con que preguntó un doctor de la ley á Jesucristo, qué debia hacer para conseguir la vida eterna, con todo, no dejaba al mismo tiempo de enseñarnos, cuán loable es el deseo de instruirnos en los medios más útiles para alcanzarla. No debemos imitar la hipocresía de aquel sábio presumido; pero tenemos obligacion de enterarnos de lo que debemos practicar, para conseguir la felicidad eterna. Aquél le llamó maestro, y, sin embargo, no quiere pertenecer al número de sus discípulos: nosotros, empero, debemos reconocer su magisterio, sometiéndonos ciegamente á todo lo que nos diga. Aquél, dándole exteriormente el honor que le es debido, le despreciaba en su interior: nosotros debemos acompañar con la obediencia y docilidad interior el culto exterior que le tributamos. Aquél se jactaba de saber lo bastante, y aun más de lo bastante: nosotros debemos confesar en alta voz nuestra ignorancia. ¡Infeliz hipócrita el fariseo, que preguntaba lo que presumia saber, y en realidad ignoraba! ¡Felices los cristianos, que convencidos de que jamás saben demasiado lo que les importa para su salvacion, procuran con empeño instruirse bien! Más ¿quiénes son estos cristianos? ¿Quiénes son los que, conociendo la obligacion y la necesidad que tienen de saber lo que deben practicar para conseguir la vida eterna, procuran instruirse? Unos dicen: tenemos muchas ocupaciones; éste es el pretexto de los mundanos. Otros creen que ya saben bastante; ésta es la ilusion de los soberbios. ¡Infelices! ¿Qué excusa podreis alegar cuando el Salvador os llame á juicio? ¿No somos criados y redimidos para alcanzar la suma felicidad de ver á Dios? Y ¿cómo hemos de verle, si no le servimos en esta vida? Más ¿cómo hemos de servirle,

Felix conscientia, et beata virginitas, in cujus corde nullus alterius amor, quam ipsius Christi incenditur. S. HIERON. IN EPIST.

Dichosa la conciencia y feliz la virginidad, en cuyo corazon interior no arde otro amor, que el del mismo Jesucristo.

Castitas angelos facit; qui eam servavit, angelus est. S. AMBR. LIB. I DE VIRG.

La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel.

Inter omnia certamina christianorum, duriora sunt prœlia castitatis: nam ibi continua pugna, et rarior victoria. S. AUGUST. LIB. DE HONESTAT. MATRIM. CAP. II.

Entre todos los combates que deben sostener los cristianos, los más terribles son los de la castidad; porque aquí la lucha es contínua y muy rara la victoria.

Per humilitatis custodiam servanda est munditia castitatis. S. GREGOR. LIB. XIX MORAL., CAP. 12.

Guardando la humildad, se conserva la pureza de la castidad.

Per Moysen luxuria perpetrata, per Christum authorem pudicitiæ luxuria cogitata damnatur. ID. IN MORAL.

Por la ley de Moisés se prohibe la lujuria de obra; más por la de Cristo, autor de la castidad, se prohiben hasta los pensamientos lujuriosos.

Castitas sine charitate, lampas sine oleo: subtrahe oleum, lampas non lucet; tolle charitatem, castitas non placet. S. BERN. IN EPIST.

La castidad sin caridad, es una lámpara sin aceite: quitad el aceite, y la lámpara no arderá; quitad la caridad, y la castidad dejará de ser agradable.

Véase: VIRGINIDAD.

CASTIGOS: Véase: CALAMIDADES PÚBLICAS.

CATECISMO.

Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo?

Maestro, ¿qué debo yo hacer para conseguir la vida eterna?

(*Luc.* x, 25.)

Por culpable que fuese la maliciosa intencion con que preguntó un doctor de la ley á Jesucristo, qué debia hacer para conseguir la vida eterna, con todo, no dejaba al mismo tiempo de enseñarnos, cuán loable es el deseo de instruirnos en los medios más útiles para alcanzarla. No debemos imitar la hipocresía de aquel sábio presumido; pero tenemos obligacion de enterarnos de lo que debemos practicar, para conseguir la felicidad eterna. Aquél le llamó maestro, y, sin embargo, no quiere pertenecer al número de sus discípulos: nosotros, empero, debemos reconocer su magisterio, sometiéndonos ciegamente á todo lo que nos diga. Aquél, dándole exteriormente el honor que le es debido, le despreciaba en su interior: nosotros debemos acompañar con la obediencia y docilidad interior el culto exterior que le tributamos. Aquél se jactaba de saber lo bastante, y aun más de lo bastante: nosotros debemos confesar en alta voz nuestra ignorancia. ¡Infeliz hipócrita el fariseo, que preguntaba lo que presumia saber, y en realidad ignoraba! ¡Felices los cristianos, que convencidos de que jamás saben demasiado lo que les importa para su salvacion, procuran con empeño instruirse bien! Más ¿quiénes son estos cristianos? ¿Quiénes son los que, conociendo la obligacion y la necesidad que tienen de saber lo que deben practicar para conseguir la vida eterna, procuran instruirse? Unos dicen: tenemos muchas ocupaciones; éste es el pretexto de los mundanos. Otros creen que ya saben bastante; ésta es la ilusion de los soberbios. ¡Infelices! ¿Qué excusa podreis alegar cuando el Salvador os llame á juicio? ¿No somos criados y redimidos para alcanzar la suma felicidad de ver á Dios? Y ¿cómo hemos de verle, si no le servimos en esta vida? Más ¿cómo hemos de servirle,

si ignoramos lo que nos manda? Por esto Jesucristo, respondiendo al fariseo, nos dice: *In lege quid scriptum est?* Abrid los ojos, mirad lo que contiene mi santa ley.

Todo lo que debemos practicar, todo lo que nos conviene evitar para conseguir la felicidad eterna, se encuentra reunido en un libro pequeño, pero en verdad el más útil, compendio de toda sabiduría, principio y fin de toda instruccion religiosa y moral; hablo, oyentes, del catecismo. De este libro me propongo hablaros; porque no solo estamos obligados á saber las verdades que contiene, sí que tambien á meditarlas. Es esto lo que vereis en este discurso. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El catecismo!... A esta palabra veis vagar la sonrisa en los labios de cualquiera que haya salido de la primera niñez. Ella provoca el desden de la necedad soberbia como de la sabiduría burlona! ¿Abrir un catecismo? El sabio creeria rebajarse; el hombre maduro, la mujer de mundo, el jóven, que ayer se levantó de los bancos de la escuela, apenas se persuadirian de que esta proposicion fuese formal; y hasta el ignorante, hecho ya hombre, se parapeta orgullosamente en su misma ignorancia, considerándola como un privilegio de sus años. Porque este libro se pone desde luego en manos de la primera edad, nadie se figura que pueda y deba estar en nuestras manos en edad más adelantada. En los primeros años se recorrieron superficialmente sus páginas, condicion precisa para llevar el vestido de la adolescencia. Esto basta para la vida, y léjos de estudiarlo detenidamente y con ahinco, pronto se procura olvidar lo poco que en la memoria se conservára.

Tales son, hermanos mios, las preocupaciones del mundo, y, muchas veces, hasta de una clase de cristianos que se creen perfectos con respecto á este repertorio de verdades y enseñanzas. ¡Preocupaciones ciegas, preocupaciones injustas, como ninguna otra! ¿Qué libro, sin exceptuar el mismo Evangelio, merece más la atencion, el respeto, la admiracion, no diremos solamente del cristiano fervoroso, sino de todo hombre razonable y cuerdo, como quiera que, el catecismo no es sino el sublime compendio de sus dogmas y su moral, redactado metódicamente y puesto al alcance de las inteligencias ménos aventajadas? ¿Qué obra humana comprende en un volúmen menor y más armónico, con mejor método, bajo fórmulas más sencillas, y en un conjunto más armonioso, más verdades sobre Dios, sobre el hombre, sobre la sociedad y las relaciones que unen entre sí estos tres grandes objetos de las investigaciones y meditaciones filosóficas?

Reúnanse los escritos de los más profundos pensadores antiguos y modernos, extráigase de sus conceptos lo más elevado que ofrecen sobre la naturaleza de Dios, sobre el principio y el destino del hombre, y dígasenos, si con estos fragmentos se logrará formar un todo más acabado, más sustancial, un cuerpo de doctrina más completo, que el formulado en el catecismo. ¡El catecismo! El catecismo es la más sublime filosofía, es la religion, la teología, la ciencia de Dios, la reina de las ciencias. ¡Y es posible, que desprecieis este libro, sin tener en cuenta que, en pocas páginas, encierra todos los tesoros de la sabiduría de Dios, de la sabiduría de la Iglesia, de la sabiduría de los siglos! Supongamos que este catecismo, del que apartais la vista, hubiese llegado de improviso á manos de un Sócrates, de un Platon, de un Aristóteles, de un Ciceron, infatigables investigadores de la verdad; juzgad vosotros mismos, si aquellos grandes hombres no habrian quedado confundidos de asombro, mudos de admiracion, enajenados de la complacencia que trae consigo la curiosidad satisfecha, ante la gran luz de que súbitamente hubieran gozado, en presencia de esta magnífica síntesis, que explica todos los enigmas, resuelve todas las dificultades, enlaza tan maravillosamente al hombre con Dios, la tierra con el cielo, las cosas temporales con las eternas; y todo eso con sobriedad de palabras, sin ambages ni rodeos, con tal claridad y lucidez de lenguaje, que basta tener oidos para oir, y un corazon dócil para creer y amar!

En los libros de los sábios, mézclase mucha paja inútil con el buen grano, y aun crecen las plantas parásitas ó venenosas, que destruyen ó corrompen la verdadera semilla. En el catecismo no hay más que trigo puro, la verdad pura y sin disfraz. El filósofo investiga, vacila, tantea como en las tinieblas, y, á veces, se aproxima á la verdad; mas en el momento en que creeis que va á encontrarla, retrocede y huye al extremo opuesto, ya por el miedo que su vista le causa, ya por la inconsecuencia y debilidad de su espíritu: tal es el achaque de la razon humana abandonada á sus solas fuerzas. El catecismo no se presta á dudas, ni disputas, ni contradicciones; es pura y simplemente una afirmacion ingénua y autorizada por la certeza que produce la conviccion; tal es la palabra de la verdad eterna. Un Dios, espíritu puro, criador de todas las cosas visibles é invisibles; un Dios cuya unidad de sustancia no obsta para la trinidad de las personas; un Dios feliz en sí mismo y por sí mismo, que, desde la eternidad, se goza en la contemplacion de su propia grandeza, y que manifiesta en el tiempo sus atributos por medio de su amor, no ménos que de su gloria;... el hombre, criado en estado de inocencia,

libre, inteligente y sensible, animado con un soplo divino é inmortal, caido luego de este estado de inocencia y felicidad por el abuso de su libertad, y condenado á los padecimientos, al trabajo, á la muerte;... el Mediador, Dios y hombre, que vino á este mundo para acercar y reconciliar estos dos extremos; que se apiada de la naturaleza humana, hasta el punto de nivelarse con ella para elevarla hasta él, glorificarla en su persona, regenerarla con su sangre, rehabitarla en sus fines sublimes de conocer, servir, amar á Dios, y poseerle para siempre como recompensa, dando inmortalidad á su cuerpo y á su alma, y dejando en pos todos los medios de alimentar esta nueva vida, que él vino á dar al mundo; una Iglesia, *columna de la verdad;* la oracion y los sacramentos, medios por los cuales se nos comunica la gracia; un ministerio que continua su sacerdocio; un sacrificio, que perpetua su expiacion, cuyos frutos utiliza hasta la consumacion de los siglos: ved aquí el catecismo! ¿Dónde está el nuevo profeta, que se levantará entre nosotros, para establecer un sistema religioso más digno de la justicia, de la sabiduría y bondad de Dios, y que más satisfaga al corazon y á la razon del hombre?

Todos los hombres descendientes de un solo hombre... ¡Así que, la humanidad es una sola familia; todos los hijos de Adan son hermanos sin distincion de pueblos, de razas, de colores; no más judíos y gentiles, no más griegos y bárbaros, ni dueños y esclavos: todos tenemos un solo Maestro y Señor, ó más bien, un Padre comun en el cielo! Empero, en esta igualdad fraternal de orígen y destino, hay desigualdades de condicion, ó por mejor decir, contrastes armonizados, que cooperan al bien comun del cuerpo social, como en el cuerpo humano las diversas funciones señaladas á cada miembro..... De aquí procede la superioridad en el órden doméstico, religioso é intelectual; superioridad que, sin embargo, trae consigo más cargos que derechos; de aquí procede la inferioridad de ciertas clases y posiciones que, sin embargo, impone ménos deberes que ventajas trae; de aquí procede la reciprocidad de servicios en los diversos grados de la jerarquía social, que restablece la igualdad; de aquí, finalmente, proceden las relaciones de subordinacion y autoridad, sin las cuales no son posibles el órden ni la sociedad humana: tambien esto lo comprende el catecismo!... ¿Y dónde está el poderoso organizador, que establezca la sociedad sobre bases más sólidas? ¿Y dónde el sistema económico, social, *humanitario*, que pueda sustituir ventajosamente al nuestro? Sí; el catecismo es el libro por excelencia, el libro de los grandes y los pequeños, de los ignorantes y los doctos; el libro de los pueblos y los reyes; el libro de los desocupados y los laboriosos, de los amos y los operarios, de los productores y consumidores, de los hacendados y proletarios; y no extrañeis, amados hermanos, que insista en este punto capital, porque, olvidados de sus santas páginas, y preocupados por el malestar de que se quejan las sociedades modernas, muchísimos espíritus están elaborando un sinnúmero de proyectos de mejoramiento, restauracion social, emancipacion y progreso. ¡Triste trabajo, estéril obra, molesta pesadilla de que hasta ahora solo han surgido monstruosas teorías, que tienden, nada ménos, que á trastornar completamente el órden que Dios estableció en el mundo moral! Maravilla causa el ver, que hombres entendidos y casi todos animados de generosas intenciones, busquen muy léjos, para los males de la sociedad, un remedio, que tienen á la mano; estén tocando á la verdad, y sigan adelante como si no la vieran; esperando, que combinaciones odiosas ó extravagantes den de sí lo que les ofrecen los primeros elementos de la doctrina cristiana, y corriendo por mares desconocidos los riesgos de las tempestades y de los naufragios, con peligro de echar á pique su esquife, para coger el fruto sazonado desde mucho tiempo por el sol de la fe; ¡cómo si en punto á progreso moral, religioso y social pudiera esperarse algun descubrimiento fuera de los alcances del cristianismo! ¡Ah! dedíquense esos ilusos, esos hombres de talento reconocido y de respetable carácter, dedíquense, repito, al sencillo y humilde estudio del catecismo: lean solamente con atencion este libro, sin prevencion, con el celo y buena fe que consagran á la investigacion de los medios convenientes para curar las llagas del linage humano, y se admirarán de que en sus tristes sueños hayan ido inútilmente en pos de una solucion, que la religion de Jesucristo dió á sus problemas diez y ocho siglos há. Con la Fe, la Esperanza y la Caridad, que nos enseña el catecismo: la Fe, que presenta á nuestras adoraciones un Dios, nacido en un pesebre, pobre, perseguido y muerto en una cruz; la Esperanza, que nos promete en una vida mejor el premio de lo que habremos padecido en esta; la Caridad, que reproduce para con el indigente, el enfermo y el huérfano, los cuidados que se toma la Providencia por las aves del cielo y el lirio del valle; con estas tres virtudes, repito, sincera y religiosamente practicadas, enjugareis más lágrimas, cicatrizareis más heridas, y calmareis más dolores que con todas las panaceas universales, que los supuestos regeneradores nos pregonan desde su cátedra, como un bálsamo supremo para todos nuestros padecimientos!

2. Todavía no hemos hablado sino del catecismo considerado en sí mismo, como un compendio de la doctrina cristiana. Si ahora lo

miramos como una enseñanza, bajo este punto de vista, ofrece más vasta materia á la admiracion del sábio, y al agradecimiento de los pueblos. Enseñanza del catecismo, enseñanza moralizadora y civilizadora. El hombre sale imperfecto del seno de su madre; para conseguir el complemento de su sér, *es preciso*, segun la significativa expresion del Evangelio, *nacer otra vez: Oportet vos nasci denuo.* Joan. III, 7. Hay una *luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: Lux quæ iluminat omnem hominem venientem in hunc mundum,* Joan. I, 9; luz sin la cual su espíritu y su conciencia no serian más que tinieblas. Esta luz es la palabra, no una palabra cualquiera, una palabra humana, que bastaria, á lo más, para las necesidades y relaciones de la vida de los sentidos, nó; sino la palabra de Dios, que dá la vida, el sentimiento, la inteligencia al alma; y esta palabra requiere predicadores; pues *¿cómo oirá hablar de ella si no se predica? Quomodo autem audient sine prædicante?* Rom. X, 14. Al salir del seno materno el hijo, que teneis á la vista, posee todas las condiciones de la vida material; pero si no le ilumina un rayo del cielo, no se elevará sobre el irracional, y tal vez descenderá un grado más; falto de ese instinto, que suple en el bruto la facultad de juzgar y raciocinar, no es un hombre, sino ménos que un animal. Multiplicad los séres de esa especie, y tendreis parejas de macho y hembra con sus pequeñuelos; pero no familias y sociedad. Ved ahí, pues, el grande, el inmenso servicio que la enseñanza del catecismo presta á la sociedad humana: ingiere en el sér puramente material y orgánico, el sér moral, religioso y social; y forma, no solamente cristianos, sino hombres y ciudadanos.

Algunos escritores hostiles, ó poco reflexivos, que nada ven fuera del movimiento político, científico é industrial, que los absorve exclusivamente, preguntan, á veces, con mal disimulada ironía: ¿qué hacen nuestros sacerdotes? Y especialmente ahora, que se ha dado en pretender que el clero ejerce menor influencia, se persuaden de que el catolicismo ha caducado, que ha muerto para siempre, y que ya solo falta levantar el acta auténtica de sus funerales. ¿Qué hacen los sacerdotes? preguntais. Preguntadlo á las islas de la Oceanía, á las costas del Tonquin y de la Conchinchina, donde, para eterna gloria del cristiano, levantan á costa de su sudor y de su sangre el estandarte de nuestra salvacion, y la bandera de nuestra civilizacion. Pero, prescindiendo de estos casos en que despliega toda su grandeza y eficaz energía el carácter del sacerdote católico; ¿no veis la accion fecunda y contínua que ejerce en su ministerio ordinario sobre la sociedad, sin ruido ni ostentacion, pero dando frutos, que nunca la

naturaleza humana agradecerá bastante? Preguntais: *¿qué hacen nuestros sacerdotes?* Escuchad. Miéntras con vuestros ingeniosos procedimientos y con la aplicacion de vuestras sabias teorías, trasformais las máquinas en hombres, y los hombres en máquinas, los sacerdotes, diseminados por todos los puntos del globo, se ocupan en formar séres morales, religiosos, sociales. A medida que las generaciones van naciendo, y sucediéndose, estas generaciones pasan por delante de ellos, y de ellos reciben la luz de la verdad. Toda creencia religiosa, toda idea moral, todo sentimiento de lo bello, de lo justo y de lo bueno; toda nocion precisa de derecho y de deber, con relacion á las masas populares, todo eso es fruto de esta primera iniciacion. Y no digais, que tambien lo pueden deber á la sociedad, á la educacion privada ó pública, á las luces naturales de la razon; con esto aplazariais la cuestion sin resolverla; porque, ¿quién ilumina la razon? y la sociedad, y vosotros mismos, los que hablais en su nombre, ¿de quién habeis recibido estas ideas, estas nociones, estos principios? y lo que de ellos conservan aun vuestras escuelas, ¿de dónde lo han sacado? ¿Los veis despuntar espontáneamente en la razon de los cafres y hotentotes? ¿Los veis transmitidos por la educacion á los groenlandeses y esquimales? ¿Los veis germinar y florecer en las sociedades del Cáucaso y del Thibet? *¡Qué hacen nuestros sacerdotes!* Con el catecismo en la mano, enseñan la resignacion á los pobres, la moderacion y la compasion á los favoritos de la fortuna; forman hijos dóciles y respetuosos hácia los autores de sus dias, amos humanos, criados fieles, súbditos pacíficos y obedientes á los magistrados; forman ciudadanos ilustrados y religiosos, que, dando fielmente *á Dios lo que es de Dios*, aprenden más y más á pagar los tributos que deben al Estado, en cambio de la proteccion á sus derechos concedida, y de la seguridad garantida á sus bienes y personas.

Esto hacen los sacerdotes. Ponen los fundamentos del órden público, sostienen sus columnas, y conjuran las tempestades que amenazan conmoverlas. Porque esta mision se retrae de la pública ostentacion y se aparta de las miradas y de los aplausos, apenas la creeis digna de atencion; porque las generaciones se suceden ya enteramente formadas, saturadas de verdad y penetradas del elemento divino, no haceis caso de la mano que preparó tales frutos. Empero, intentad suprimir esta esencial y primera enseñanza, solo por espacio de veinte y cinco años; tened una sola generacion formada y crecida sin la palabra del sacerdote, del catequista, ó, por mejor decir, sin la palabra que Dios puso en sus labios; una generacion sin idea de un Dios criador, salvador, remunerador y vengador; una sola generacion

sin conciencia ni fe, sin otra ley que vuestras leyes, sin otro juez que vuestros jueces, sin más temor, con respecto al porvenir, que la amenaza de vuestras sentencias, y los preparativos de vuestros suplicios, y abiertas todas las puertas y portillos á su impaciencia; y vereis, que pasiones van á desbordarse, que tempestades van éstas á levantar, que abismos van á abrir, y que nuevos mónstruos van á salir de las entrañas de una nacion atea, para despedazar á su madre, y disputarse sus ensangrentados miembros. ¡Hecha está, por desgracia, tan cruel y lastimosa experiencia! ¿Quién no se estremeciera á la sola idea de su repeticion?

Por lo demás, no pretendo, que sin esta primera instruccion tomada de la enseñanza de la doctrina cristiana, no pudieseis obtener una civilizacion ficticia, apariencias de costumbres y de virtudes, una sociedad elegante y fina, envuelta en las galas de la ciencia, de la literatura, de las bellas artes, y expléndidamente dotada de cuanto puede hermosear la existencia material. Tendreis formas, accesorios brillantes, vana decoracion de teatro; pero el fondo, lo real, el alma, la vida, esto os faltará. Tendreis una multitud de sábios, de literatos, poetas, políticos, moralistas, artistas distinguidos, obreros hábiles, en el sentido en que S. Agustin llamaba animales de gloria, *animalia gloriæ*, á los antiguos romanos; pero esto tampoco es el hombre, tampoco es la sociedad. Tendreis el alimento perecedero, el pan que no impide morir; pero no tendreis el pan vivo, que hace respirar la fe á las naciones como á los individuos. Supongamos, por un momento, que merced á vuestros profesores de moral y á sus lecciones, hallan algunos en una naturaleza más elevada, en su interés personal, en un sentimiento de honra ó de temor, un contrapeso á sus pasiones, y un suplemento á la instruccion religiosa; ¿qué hareis con la inmensa mayoría de la poblacion, abandonada á sus ciegos instintos, á sus groseros apetitos, agriada por las privaciones y el sufrimiento, devorada por la envidia, aun más que por las necesidades? Juzgadlo por esos grupos de míseros obreros, arruinados, perdidos de cuerpo y alma, que ya no abren el catecismo en razon á que la máquina y el taller les absorben todas las horas para ganar su subsistencia. Jóvenes plantas, desecadas por falta de aire y de luz antes de producir sus flores, empiezan á despedir un hedor de corrupcion y de muerte, porque sus hojas no se desplegan á los rayos de la fe, y el rocio de la palabra divina no ha humedecido sus raices. Aun lo juzgareis mejor por esas gentes embrutecidas, confusamente amontonadas en los barrios bajos de las grandes capitales, que nacen, viven y mueren en sus sombrías madrigueras, no como el salvaje en su tugurio, sino como los animales de los bosques en sus antros y cubiles, sin idea de Dios, de moral, de familia, de patria; cáncer espantoso, que invade sucesivamente los campos más cercanos, destruyendo las tradiciones santas, los sentimientos religiosos, los principios de virtud, semejante á las arenas del Egipto superior, que avanzan sobre los terrenos fértiles, como si las animara cierto espíritu de destruccion; dejando en pos el desierto, cubriendo con sus acumuladas olas los templos, las columnas, los mausoleos, admirables monumentos de la antigüedad, y amenazando con una próxima esterilidad la más rica y magnífica vegetacion del universo. En épocas de tranquilidad, un barniz de civilizacion, una apariencia de decoro y de costumbres sociales disimula el horroroso vacío, la negra realidad de esas almas degradadas; pero en cuanto sopla el viento abrasador de los motines, se presentan cuadros, de que solo pueden dar una idea los horrores y rugidos de los abismos infernales. Ved aquí el mal, que el sacerdote, con la enseñanza del catecismo, impide propagarse y generalizarse. En medio de la efervescencia y del desórden casi universal de los ánimos, nuestra sociedad vive aun, en el fondo, de ideas trasmitidas por esta enseñanza, de este depósito de sabiduría y de doctrina. Dejad, pues, de preguntar, qué hacen los sacerdotes. Con las nociones de lo justo y lo injusto, con el conocimiento y sentimiento de Dios, de su temor, de su amor, inoculados en edad temprana por sus desvelos en el ánimo y en el corazon de la juventud, preparan generaciones honradas, laboriosas, pacíficas, y salvan del olvido los pocos principios conservadores que nos quedan.

3. La enseñanza del catecismo es una enseñanza popular y verdaderamente liberal, en la genuina acepcion de esta tan noble palabra, de que tanto se ha abusado. Los cultos antiguos encerraban los misterios en los templos, y los tenian, en cierto modo, bajo sello, como cosas prohibidas á las miradas y á los oidos del vulgo. Los filósofos, así antiguos como modernos, se han reservado tambien el monopolio de la verdad. Pitágoras, Sócrates y Platon daban sus lecciones á un círculo de discípulos escogidos, con prohibicion de divulgarlas. Uno de los más célebres sofistas decia: « Si tuviese la mano llena de verdades, me guardaria bien de abrirla. » Tal es el desprecio que una supersticion celosa ó una sabiduría egoista hacia del pueblo, de los pobres y de las clases inferiores de la sociedad. El cristianismo, ó la Iglesia, que es su expresion y su palabra viva, ha procedido con mayor generosidad. La Iglesia no tiene dos enseñanzas, pública la una para el vulgo profano, y privada la otra para adeptos privilegiados. La verdad dejó de ser patrimonio exclusivo de algunos sacer-

dotes interesados, de algunos sábios egoistas, que la hacian adorar de léjos, tras una densa nube, por una muchedumbre estúpida y tímida. Los misterios más elevados son predicados y anunciados á todos los hombres, sin distincion de clases. Los que acusan al sacerdocio cristiano, de mantener al pueblo en la ignorancia, para subyugarlo más fácilmente, están muy equivocados, son muy olvidadizos, ó muy injustos. El sacerdocio es quien proporciona diariamente la instruccion, no ya tan solo á los que gozan de las felicidades de la tierra, á los privilegiados de la fortuna, á la flor de la juventud de las metrópolis y ciudades, sí que tambien á los *mendigos*, á los *vagabundos*, á los *ciegos*, á los *cojos*, que la filosofía, tan altiva como mezquina, habia dejado al olvido; y aun á los niños más pequeños, cuya inteligencia ilustra, y á cuya lengua da facundia: *Intellectum dat parvulis... linguas infantium facit disertas.*

¿No es admirable ver en las más pobres campiñas, lo propio que en nuestras más opulentas ciudades, una mesa accesible á los que tienen hambre y sed de verdad, en la que todos pueden comer el pan de la palabra, y comprar sin dinero *la leche y la miel de los consuelos divinos?* ¿No es admirable ver en las más humildes iglesias, una cátedra de enseñanza pública, y en esta cátedra á un doctor, que expone en lenguaje familiar, para que todos le oigan y comprendan, las cuestiones, ante las cuales se inclinaban los más claros ingenios de Grecia y Roma, y junto á este doctor, grupos de niños, de pobres é ignorantes, á quienes, léjos de juzgarles indignos de sus lecciones, les considera como la parte más preciosa y bendita de su grey?

Cierto, que los gobiernos cristianos se han ocupado tambien en la instruccion del pueblo, multiplicando las escuelas y los maestros de la juventud, y merecen, por lo mismo, que se les agradezca sus generosas intenciones y laudables esfuerzos; pero tambien debemos observar, al propio tiempo, que sus cuidados han sido tardíos, puesto que la Religion atendió mucho antes á esta necesidad. No olvidemos, que así sobre éste como otros muchos puntos de mejora y perfeccionamiento social, los gobiernos no han hecho más que seguir las huellas de la Iglesia, que les ha precedido en este camino; y que la idea misma de popularizar la instruccion, no ha podido inspirársela sino el principio cristiano, fuertemente impreso en las costumbres é instituciones de las naciones modernas; principio, que levantó al pueblo del estado de abyeccion en que gemia, hasta que le anunciaron la buena nueva de que los *pobres iban á ser evangelizados.* Véase la diferencia; y todo hombre razonable no puede ménos de ver la que

hay entre una enseñanza, que es la vida misma, la vida esencial del hombre, y la que no tiene más objeto que las ventajas de comodidad ó utilidad. Cuando el sacerdote ha hablado, ha soplado el espíritu, se ha encendido el fuego celestial, el hombre ha nacido para Dios, para la virtud, para la sociedad. Ya solo falta colocar sobre esta base los detalles adecuados á las conveniencias ó al lujo del edificio. Desde la edad de doce años, el niño, que ha escuchado las lecciones del catecismo, ha aprendido más verdades divinas, morales, históricas y sociales, que los hombres mejor dotados de los dones de la inteligencia y del ingenio pueden aprender, desde la misma edad, durante una larga vida, y despues de estudios y constantes desvelos.

4. La enseñanza del catecismo es una enseñanza llena de autoridad, y va acompañada de aquella persuasion que cautiva el entendimiento y la voluntad. El que enseña en su propio nombre, solo puede dar á sus lecciones la autoridad humana. Un profesor, en su cátedra de literatura, de filosofía, de historia, de legislacion; un autor, en sus libros; un publicista, desde la tribuna que se ha erigido con sus publicaciones periodísticas, comunica á sus oyentes, al público, á sus lectores, su pensamiento, sus conceptos, sus raciocinios y, á veces, sus devaneos. Sus juicios pueden ser falsos, sus meditaciones vanas y huecas, sus conclusiones mal deducidas; pero aunque estas diversas operaciones de su mente fuesen verdaderas, rectas y lógicas, cada cual queda libre de negarles su asentimiento, y aun de impugnarlas, porque la palabra del hombre nunca es una autoridad para el hombre. Su valor depende de la confianza que inspira, de la idea que se ha concebido del talento, saber, carácter y probidad del orador ó de sus escritos.

No sucede así con la enseñanza del catecismo. Cada sacerdote, ó catequizante, puede decir, con verdad, á su auditorio, á ejemplo del divino Maestro: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado: *Mea doctrina non est mea, sed ejus, qui misit me.* Joann. vii, 16. Aquí ya no es un hombre el que habla en su nombre; es un eco, que solo repite los acentos de una voz soberana; es un embajador, que trasmite las instrucciones que de su príncipe recibiéra; y si le pedís sus credenciales, os contestará: Yo hablo; pero conmigo hablan todos los tiempos, todos los lugares, los hombres todos que abarca el orbe inmenso de la unidad católica; pero conmigo hablan todos los padres, todos los doctores, todos los concilios, las tradiciones todas; pero conmigo y como yo hablan todas las iglesias particulares, los pastores todos de primero y segundo órden, desde la Cabeza suprema de la jerarquía al humilde sacerdote, que ocupa el último

grado; pero conmigo y como yo hablan las Escrituras interpretadas por la grande Iglesia, la Iglesia universal, que, aun considerada bajo un aspecto humano, nos presenta la autoridad más eminente, más fuerte, más imponente entre los siglos y las naciones; Iglesia que se declara, además, juez infalible de las controversias de la fe, y lo prueba por la sabiduría de su Fundador, y con la solemne promesa que la hizo de estar con ella enseñando y bautizando, no en un tiempo dado, sino todos los dias, y hasta que el siglo actual sea absorbido en la eternidad de los siglos: *Euntes docete... baptizantes... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usquè ad consummationem sæculi.* MATTH. XXVIII, 19 et 20. O mejor, ya no es el sacerdote quien habla: aquí el hombre se oculta y desaparece; Dios, el mismo Dios, es quien instruye y exhorta por su boca: *Tanquàm Deo exhortante per nos.* II. COR. V, 20. Sí, pues, cada cual es el dueño de declinar la autoridad de la palabra del hombre, ¿qué razon se atreverá á competir con la razon de Dios? y desde que Dios ha hablado, ¿qué falta ya, sino adorar, obedecer y creer?

5. La enseñanza del catecismo es una enseñanza universal. Una de las altas prerogativas de la Iglesia es, la de imprimir en todas sus obras el carácter de su catolicismo, destinada, como está, á abrazar y reunir en su seno á la humanidad entera. En el ejercicio de su poderosa influencia, procede con la generosidad y grandeza, que en vano se busca en las humanas instituciones. En ella nada hay mezquino, parcial, local ni exclusivo, como en los negocios políticos, civiles y comerciales de las naciones. Al verla obrar, se conoce que es madre, porque no tiene límites en las expansiones de su ternura; y á ninguna criatura de Dios considera ajena á las efusiones de su caridad. Cuando la Iglesia procedió á construir sus catedrales, trazó los planes en tan vastas proporciones, que, al parecer, queria reunir en ellas toda la tierra; y como si hubiese aspirado á encerrar en las mismas las tres Iglesias militante, paciente y triunfante, que componen su magnífica unidad, pintaba en sus ricas vidrieras, entre los explendores del cielo, el feliz descanso de sus Santos, que han llegado al término de la gloria; y bajo las piedras sillares de sus naves y pórticos, inundados por el torrente de fieles, que aun andan peregrinando por la tierra, cerraba la sepultura de los muertos, consolados y aliviados por sus sufragios. Para llamar á sus hijos á la oracion, al sacrificio de la misa, y á las congregaciones santas, se vale, como para convocar toda la muchedumbre de los pueblos, de la voz del bronce, que se oye á mayor distancia que el sonido del bronce de las batallas, y que solo puede compararse á la voz de Dios, cuando truena en la inmensidad de los espacios. Al bendecir con la mano del Sumo Pontífice, desde el templo augusto, que supera á los demás en magnificencia y dignidad, envia su poderosa bendicion *á la ciudad y al mundo.* Lo mismo sucede con la enseñanza de su doctrina. En todos los puntos del globo, en todos los climas, en todas las lenguas por los hombres habladas, reparte la verdad á los que la piden. Si admite alguna preferencia, es toda en favor de los débiles y de los pequeños. Sus sábias lecciones se repiten en la cabaña del indio, en la capilla de cañas del salvaje, como bajo las bóvedas de S. Pedro de Roma. Como quiere, que todos los hombres lleguen á conocer la verdad, en todas partes multiplica sus intérpretes; y á imitacion de la bondad divina, que pone al lado de cada hombre un ángel para guardarle, envia á cada pueblo, á cada tribu, á cada colonia, un doctor que la instruya. La Grecia antigua, escuela brillante del mundo sábio y culto, no contaba más que un liceo y un pórtico; y la Iglesia cristiana cuenta tantos pórticos y liceos como oratorios hay, en que pueden reunirse algunos fieles para oir la explicacion de la ley de Jesucristo. La forma literal del catecismo puede variar, segun las diversas iglesias; pero la doctrina es la misma: los hijos de Dios reciben el mismo pan de la palabra, el mismo alimento espiritual.

La enseñanza universal, es una enseñanza perpétua, otro de los carácteres que la Iglesia imprime en todas sus obras. Hace diez y ocho siglos, se dijo: Id por todo el mundo: predicad el Evangelio á todas las criaturas; y desde que se dió esta mision, no ha cesado de cumplirse; y el torrente de la predicacion evangélica ha corrido sin cesar sobre todas las épocas de la humanidad. Pero, si desde sus fuentes elevadas ha regado las montañas, tambien ha derramado sus tesoros en los humildes valles; pues de aquella época, en adelante las jóvenes generaciones han recogido siempre de boca del sacerdote las primeras palabras de vida, de verdad y amor: los pueblos han debido al sacerdocio su primera educacion religiosa y moral; y lo mismo sucederá hasta la consumacion de los siglos, hasta que cesarán las lenguas, y las profecías, y la ciencia para abrir paso á la verdad, que se manifestará en toda su plenitud, sin sombra alguna que la encubra. Si se objeta, que no consta que se diese la instruccion pública á los jóvenes en los primeros siglos de la Iglesia, la respuesta es fácil: la enseñanza apostólica no era en sí más que un catecismo, una exposicion sumaria y sustancial de los elementos de la fe. Con efecto; ¿qué eran los apóstoles y sus inmediatos sucesores, sino unos catequistas, que explicaban á los neófitos, á los catecúmenos, en lenguaje sencillo y familiar, la historia de la creacion, de la caida original, y de la re-

008533

dencion, explanándoles la doctrina de los sacramentos, los mandamientos de la ley de Dios, la necesidad de la oracion, y de las buenas obras? Y las homilias de los Padres más renombrados por su saber y elocuencia, los escritos de S. Juan Crisóstomo, de un Clemente de Alejandría, de un S. Gregorio, ¿qué son, en su mayoría, sino la explicacion pura del dogma y de la moral cristiana, acomodada á las necesidades de las personas ménos ilustradas de su auditorio?

En verdad, no es una de las menores pruebas de la excelencia de la enseñanza católica, esa serie de grandes hombres y santos doctores, que han dedicado su voz y su pluma á esta modesta enseñanza; y á los que siembran la divina semilla en el campo del Padre de familia, no deja de alentarles y honrarles la idea de haberles precedido en su piadoso ministerio los varones más insignes por la fe, el talento y la virtud, que florecieron en los mejores siglos de la Iglesia. Y estos gloriosos ejemplos se encuentran tambien en edades más recientes; y estos ejemplos son tan numerosos, que no se sabe cuáles escoger y citar con preferencia; si á los fundadores de las grandes órdenes monásticas, como un Sto. Domingo y un S. Francisco de Asís; ó á los varones apostólicos, como un S. Vicente Ferrer, un Francisco Javier, un Francisco Regis, que recorrian las calles y plazas públicas con la campanilla en la mano para llamar al pueblo á la explicacion de la doctrina; ó á un Francisco de Sales, que á pié y con su baston de viaje, iba recorriendo las ciudades y aldeas del Chablais para catequizarlas; ó á un Fenelon, que hacia volver al gremio de la Iglesia, con la misma enseñanza y con igual celo evangélico, á los pueblos extraviados de las Cevenas; ó á un Bossuet, que redactó un catecismo para su diócesis, con la misma pluma que le sirvió para trazar con tanta valentía la historia de las naciones, y los designios de la Providencia en las revoluciones y desaparicion de los imperios.

Así, pues, oh sacerdotes de Jesucristo, pastores de las almas, os decimos como S. Pablo á Timoteo: Desempeñad el oficio de evangelista: *Opus fac evangelistæ*. De evangelista á catequista no hay diferencia alguna. En todas épocas, pero particularmente en nuestros tiempos, la religion solo tiene una desgracia que temer: la de ser ignorada ó imperfectamente conocida, ó conocida tan solo por los falsos y odiosos colores que la prestan sus enemigos. Es tan grande esta religion, es tan santa y pura; recomiéndase á nuestra fe, á nuestro amor, admiracion y reconocimiento con tanta dignidad y una autoridad tan persuasiva, con tan imponentes recuerdos, victorias, beneficios, consuelos y esperanzas; satisface tan perfectamente nuestras necesidades y flaquezas, que nos parece imposible, que una parroquia, una provincia ó un pueblo, sólidamente instruido en su doctrina, se aparte jamás de la bandera de la religion. Pero respecto del mayor número de los que no tienen ocasion ni facultades para buscarla en largos y profundos estudios, el conocimiento de la religion no es asequible, sino mediante la enseñanza del catecismo. Humillémonos, amados colaboradores; deletreemos los elementos de la doctrina con los niños, y aun con los hombres que todavía son niños, ya que la ignorancia es una infancia para todas las edades; no temamos desagradar con la ingenuidad de nuestro lenguaje á los más descontentadizos y delicados de la parte ilustrada de nuestro auditorio. Un catecismo bien hecho, concienzudamente preparado, presentado con la verdad y variedad de incidentes, con el interés de hechos, costumbres y comparaciones, que el asunto permite, puede cautivar la atencion de las inteligencias más ilustradas, que preferirán siempre lo verdadero, lo natural, una instruccion nutrida, sustancial, llena de ideas prácticas, á frases huecas y retumbantes, á disertaciones campanudas, á todos aquellos esfuerzos estudiados y formas rebuscadas del arte de escribir, cuyo artificio saben distinguir y cuyos secretos poseen más que nosotros.

6. No pretendo trazar á los que, por deber, enseñan el catecismo, las reglas sobre el mejor modo de catequizar, despues de tantos hábiles maestros que nos han dado el ejemplo en este punto. Solo nos permitiremos decirles: La religion en que debeis instruir á los pueblos es una historia, la sencilla y sublime historia de las relaciones de Dios y del hombre; enseñadla históricamente. Sin excluir la instruccion propiamente dogmática y doctrinal, una explanacion más especial y explícita de los principales misterios de la fe, de la ley de Dios, de los sacramentos de la Iglesia, dedicaos á ilustrar vuestras explicaciones con la narracion, á vivificarlas con los ejemplos, en conformidad á lo prescrito en el catecismo del santo Concilio de Trento, y por S. Agustin, en su admirable tratado sobre el método que ha de seguirse para iniciar á los nuevos catecúmenos en las verdades de la fe. La historia interesa á todos los hombres, y tiene un encanto particular para la primera edad; al paso, que la aridez de los preceptos, las ideas simples, las deducciones lógicas y las fórmulas abstractas difícilmente se inoculan en la memoria de los niños, ó dejan en ella una impresion pasajera. Los hechos históricos se graban en su mente de una manera indeleble.

Expongamos, pues, á nuestros jóvenes discípulos toda la historia de la religion, desde su orígen, que se confunde con el del mundo, hasta aquel dia supremo en que, completado el número de los esco-

gidos, la religion volverá á los cielos de donde descendió. La primera idea que debemos fijar en su mente, para esclarecer todas las demás, es la de Dios: dadles á conocer este Dios omnipotente y bueno, y por decirlo así, dejad que lo vean, oigan y toquen en la obra de los Seis Dias. Adoren su grandeza en las maravillas manifiestas de su palabra; su sabiduría, en el buen órden que hace reinar en ellas; su paternal prevision, en el cuidado que se toma de dar á cada planta, á cada sér animado de que puebla los aires, la tierra y las aguas, el alimento propio y el gérmen de reproduccion. Conozcan por esta primera leccion el honor, amor y gratitud que deben á su Criador, y el respeto que exige el séptimo dia, en que quiso, para ejemplo nuestro, descansar de todas sus obras. Refiramos entónces circunstanciadamente la creacion del hombre y de su compañera; su felicidad en el paraíso terrenal miéntras duró su inocencia; luego su caida á la voz de la antigua serpiente, y su destierro del jardin de las delicias. Y como cada rasgo de esta sencilla historia es una enseñanza, aprovechemos la ocasion para hablarles del alma, emanada del soplo de Dios y hecha á su imágen; de la constitucion de la familia, primera base de la sociedad; de la santidad de la ley, de la severa justicia, que vela por su observancia, del orígen del mal, que no es de Dios, sino de la rebelion del ángel, y del abuso del libre albedrío del hombre; y, en seguida, de todas las calamidades que acarrea una primera falta, una mancha hereditaria, el sufrimiento, las malas inclinaciones, la ignorancia, y la doble muerte del cuerpo y del alma. Pero en medio de tan espantosa ruina, colúmbrase á lo léjos un rayo de esperanza: es la promesa de un Redentor. Miéntras los hijos de los hombres se pierden y extravian cada vez más en los caminos del primer fratricidio, hagámosles ver esta promesa, recibida con amor, y conservada con fe en la memoria de los hijos de Dios, desde Seth hasta Noé; renovada más expresamente á Abrahan, á Isaac, á Jacob, de quienes debe descender el Deseado de las naciones; revelada aun más explícitamente á Moisés, y siempre más clara y más universalmente difundida, á medida que se acercan los tiempos de la restauracion. No les representemos aquellas grandes y venerandas figuras de los patriarcas, de los profetas, de los justos, de las mujeres ilustres del pueblo escogido, sin tomar de su santa y gloriosa vida las instrucciones convenientes, para sembrar en los corazones semillas de piedad, abnegacion y virtud. Hagámosles admirar la fe y obediencia de un Abrahan, la paciencia de un Job, el generoso perdon de José, la dulzura y fidelidad de Moisés, el valor de Débora, de Judith, y de Ester; la penitencia de David, la castidad de Susana, la sabiduría de

Daniel, la constancia de Eleazar, la valentía de los Macabeos, armados en defensa de su pueblo y de su ley. En las principales predicciones de Isaías, de Jeremías y del Rey Profeta, leerán la historia anticipada del Evangelio; y aleccionados en el descubrimiento de la verdad en las figuras, adorarán en la serpiente de bronce, en el maná del desierto y en el sacrificio de Melquisedec la augusta realidad de nuestros misterios.

Dediquémonos, pues, amados oyentes, al estudio de la doctrina, y á las lecturas santas; estudio y lecturas que conservan y ensanchan el conocimienio de la religion. Enviad á vuestros hijos á las escuelas públicas, pero procurad, ante todo, que aprendan el catecismo, primera leccion, que no puede sustituirse con ninguna otra, y que, en caso necesario, puede reemplazar á las demás; escuela, que no se reduce al cultivo del entendimiento, sino que ilumina el espíritu, ennoblece y santifica la voluntad, forma y regula la conciencia, y da á los niños la inteligencia y la cordura de los ancianos. Madres de familia, á vosotras principalmente han confiado la naturaleza y la religion, la educacion de la primera infancia. Luego que los tiernos vástagos, que con tanto cariño estrechais en vuestros brazos, puedan ver, conocer y sentir, y que sus primeras miradas se dirijan á la imágen de Jesús y de su santa Madre, haced que sus tiernos lábios empiecen por balbucear alguna oracion. Sea su primera palabra una invocacion al Padre, que está en el cielo, y la grande idea de Dios, la primera que se inculque á su inteligencia con todos los sentimientos de amor, temor, respeto y confianza que despierta. Así nunca se olvidarán del Dios, que hubieren aprendido á bendecir en vuestro maternal regazo, halagados por vuestras sonrisas y besos, ó si llegaren á olvidarle en los insanos goces de las pasiones, su memoria se reproducirá en ellos como una esperanza con la de vuestras virtudes, cuando los sufrimientos y los apuros los pongan en situacion crítica.

Padres cristianos, despues de los trabajos del dia, cuando las sombras de la noche os invitan á dejar vuestros campos y talleres, reunid á vuestros hijos y criados en vuestros hogares, y á vuestra mesa, y allí á los ojos del que es Maestro y Señor de la ciencia; de aquel cuyo espíritu sopla donde y como él quiere, ante la imágen del Crucificado, que constituye por sí sola un admirable compendio de toda ciencia, ciencia tan eminente, que el doctor de las naciones no queria estudiar otra, abrid el catecismo, y haced recitar sus lecciones á todos los individuos de la familia, santamente ávida de este alimento celestial. Estas piadosas pláticas endulzarán vuestras veladas, y os reposarán de vuestros sudores y fatigas; por la noche dormireis más

tranquilos, y al despertaros, vereis con más resignacion reaparecer la aurora, que trae para vosotros los trabajos y los afanes.

Soberano Señor, vos, que nos habeis dado un vivo deseo de conocer la verdad, haced que todos procuremos instruirnos en las cosas más importantes; que todos aprendamos las sublimes verdades que nos habeis revelado; que las meditemos con frecuencia, que las practiquemos constantemente en la tierra, para que todos seamos un dia felices en el cielo.

CATOLICISMO.

(SU DIVINIDAD.)

I.

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon malvado de incredulidad.

(*Hebr.* III, 12.)

La vista del universo, las luces del entendimiento, el testimonio de nuestro corazon, las costumbres y prácticas de todos los pueblos, el clamor de nuestra conciencia, todo nos anuncia, todo nos demuestra, que el hombre está sometido á una religion, quiero decir, á una regla divina dada por Dios para nuestra creencia, nuestro culto y nuestras costumbres, la que nadie puede ignorar, ni desobedecer sin delito. Pero, ¿cuál es esta religion, que el cielo ha dado al hombre, y que une al hombre con Dios? Es la religion, que vosotros, amados cristianos mios, profesais; es la Religion santa, católica, apostólica y romana.

Esta sola tiene un carácter de divinidad, que falta en todas las demás que se conocen; esta sola es la religion que Dios ha dado á los hombres; esta sola es la únicamente verdadera. Dos principios luminosos van á demostrarlo. Es evidente, que la religion de un Dios verdadero debe ser pura y santa en su doctrina, porque el Dios, que la revela, es la verdad, la sabiduría y la santidad por esencia, y nada puede prescribir que sea falso ó vicioso. Es evidente tambien, que la religion de este verdadero Dios debe ser una religion antigua y permanente, que abrace todas las edades, porque Dios ha debido ser adorado y servido en todos los tiempos, y la religion enseña el modo de servirle y adorarle. Será, pues, evidentemente la única religion verdadera aquella que reuna estos dos caractéres de divinidad: *la pureza de la doctrina, y la perpetuidad de su existencia.* Sola la Religion católica los reune; luego sola ella es la verdadera. Temamos, cristianos, deshonrar una religion tan pura por nuestras malas costumbres. Temamos perderla por nuestras incredulidades. Vedlo bien, hermanos, diré con el apostól san Pablo, no sea que se encuentre en alguno de vosotros un corazon incrédulo á las verdades eternas, que trato de demostraros. *Videte fratres...* No hagais violencia á vuestra razon, y á vuestra fe; y si ellas se os presentan, seguidlas con la seguridad de los que caminan por la senda de la verdad.

Dios inmortal, justo, sábio, santo y omnipotente; iluminadme, sostenedme, conducidme con vuestros auxilios, por la intercesion de María Santísima, con cuyo soberano patrocinio pretendo demostrar las dos verdades, que acabo de proponer. A. M.

1. La verdadera Religion del Dios verdadero ha de ser pura en su doctrina; pura en lo que enseña, y pura en lo que manda; pura en sus dogmas, pura en sus preceptos. Solamente la Religion católica, apostólica, romana goza de estos admirables privilegios; ella solo es la religion de un Dios verdadero, de un Dios sábio, y de un Dios santo.

Sí, cristianos; vuestra religion es pura en lo que enseña. Levántese el impío contra sus dogmas, y sirva su incomprensibilidad de pretexto á los incrédulos. Yo lloraré su ceguedad, si hablan de buena fe, ó detestaré su maldad, si obran contra su conciencia y sus luces. ¡Dogmas venerables, objeto eterno de las contradicciones del impío! vosotros sois los que me dais ideas verdaderas, ideas sublimes, ideas sostenidas y consiguientes de la naturaleza de Dios y del hombre. Vosotros, dogmas sagrados, conciliais la providencia, la

tranquilos, y al despertaros, vereis con más resignacion reaparecer la aurora, que trae para vosotros los trabajos y los afanes.

Soberano Señor, vos, que nos habeis dado un vivo deseo de conocer la verdad, haced que todos procuremos instruirnos en las cosas más importantes; que todos aprendamos las sublimes verdades que nos habeis revelado; que las meditemos con frecuencia, que las practiquemos constantemente en la tierra, para que todos seamos un dia felices en el cielo.

CATOLICISMO.

(SU DIVINIDAD.)

I.

Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon malvado de incredulidad.

(*Hebr.* III, 12.)

La vista del universo, las luces del entendimiento, el testimonio de nuestro corazon, las costumbres y prácticas de todos los pueblos, el clamor de nuestra conciencia, todo nos anuncia, todo nos demuestra, que el hombre está sometido á una religion, quiero decir, á una regla divina dada por Dios para nuestra creencia, nuestro culto y nuestras costumbres, la que nadie puede ignorar, ni desobedecer sin delito. Pero, ¿cuál es esta religion, que el cielo ha dado al hombre, y que une al hombre con Dios? Es la religion, que vosotros, amados cristianos mios, profesais; es la Religion santa, católica, apostólica y romana.

Esta sola tiene un carácter de divinidad, que falta en todas las demás que se conocen; esta sola es la religion que Dios ha dado á los hombres; esta sola es la únicamente verdadera. Dos principios luminosos van á demostrarlo. Es evidente, que la religion de un Dios verdadero debe ser pura y santa en su doctrina, porque el Dios, que la revela, es la verdad, la sabiduría y la santidad por esencia, y nada puede prescribir que sea falso ó vicioso. Es evidente tambien, que la religion de este verdadero Dios debe ser una religion antigua y permanente, que abrace todas las edades, porque Dios ha debido ser adorado y servido en todos los tiempos, y la religion enseña el modo de servirle y adorarle. Será, pues, evidentemente la única religion verdadera aquella que reuna estos dos caractéres de divinidad: *la pureza de la doctrina, y la perpetuidad de su existencia.* Sola la Religion católica los reune; luego sola ella es la verdadera. Temamos, cristianos, deshonrar una religion tan pura por nuestras malas costumbres. Temamos perderla por nuestras incredulidades. Vedlo bien, hermanos, diré con el apostól san Pablo, no sea que se encuentre en alguno de vosotros un corazon incrédulo á las verdades eternas, que trato de demostraros. *Videte fratres...* No hagais violencia á vuestra razon, y á vuestra fe; y si ellas se os presentan, seguidlas con la seguridad de los que caminan por la senda de la verdad.

Dios inmortal, justo, sábio, santo y omnipotente; iluminadme, sostenedme, conducidme con vuestros auxilios, por la intercesion de María Santísima, con cuyo soberano patrocinio pretendo demostrar las dos verdades, que acabo de proponer. A. M.

1. La verdadera Religion del Dios verdadero ha de ser pura en su doctrina; pura en lo que enseña, y pura en lo que manda; pura en sus dogmas, pura en sus preceptos. Solamente la Religion católica, apostólica, romana goza de estos admirables privilegios; ella solo es la religion de un Dios verdadero, de un Dios sábio, y de un Dios santo.

Sí, cristianos; vuestra religion es pura en lo que enseña. Levántese el impío contra sus dogmas, y sirva su incomprensibilidad de pretexto á los incrédulos. Yo lloraré su ceguedad, si hablan de buena fe, ó detestaré su maldad, si obran contra su conciencia y sus luces. ¡Dogmas venerables, objeto eterno de las contradicciones del impío! vosotros sois los que me dais ideas verdaderas, ideas sublimes, ideas sostenidas y consiguientes de la naturaleza de Dios y del hombre. Vosotros, dogmas sagrados, conciliais la providencia, la

bondad y la justicia de Dios con esta universalidad de males que nos afligen, y con esta propension espantosa que nos inclina al mal. Sin vosotros, yo seria el sér más incomprensible y el misterio más inexplicable de todos. Vosotros me explicais las contradicciones eternas, que experimentamos en nuestra naturaleza, entre nuestros pensamientos y nuestra razon, entre el hombre carnal y el hombre espiritual. Sin vosotros, yo no conoceria á mi Dios con las ideas que de él me dais; yo tampoco conoceria al hombre entre las contrariedades que en él siento. Nada descubriria en toda la naturaleza más que tinieblas horribles, más espesas y palpables que las que cubrieron el Egipto. La naturaleza de Dios y la naturaleza del hombre volverian á quedar abismadas en aquel cáos impenetrable á los filósofos y á los hombres más ilustres del paganismo.

Abramos los ojos para ver el universo, y en este gran libro, escrito con carácteres indelebles, veremos la existencia de Dios, principio de todo, conservador de todo, y primer motor de todo. ¡Qué grande, qué magnífico se presenta! ¡qué sabiduría tan infinita preside á sus consejos! ¡qué omnipotencia brilla en sus obras! Yo siento su presencia; yo tiemblo delante de él; yo le amo y le adoro. Sobre el mismo mundo que habito, veo millones y millones de hombres de la misma naturaleza que la mia. Conocerme á mí es conocerlos á todos: trato de conocerme, reflexiono sobre mi naturaleza; pero ¡Dios inmortal, qué oscuro laberinto se presenta de repente á mi imaginacion! Mis ideas se pierden y se confunden: cuanto más me considero, más me abismo. ¿Por qué me veo rodeado de miserias, cuando siento en mí una inclinacion poderosa á la felicidad? ¿por qué me veo castigado en mi tierna infancia, antes de saber lo que es delito? ¿por qué experimento en mí una atraccion grande hácia el mal, cuando mi razon me manda imperiosamente obrar el bien? ¿por qué suspiro por mi verdadera y completa felicidad, no hallando vestigios de ella aquí en la tierra? ¿por qué Dios me entrega á un mar borrascoso de aflicciones y calamidades, sabiendo yo que es esencialmente bueno y que me ama infinitamente? ¿por qué permite que la virtud gima oprimida, y que el vicioso viva prosperado, no pudiendo yo dudar, que ama la virtud y aborrece el vicio? ¿por qué...? más no prosigamos. Basta lo dicho para conocer el abismo de incertidumbre y de ignorancias en que me envuelvo, si calla la Religion.

Pero apenas esta bella aurora muestra su luz, apenas habla, las nubes se disipan, la claridad aparece y todo se descubre. Yo soy desgraciado, por haber nacido de una sangre infecta por la primera culpa. Tengo inclinacion al mal, porque mi naturaleza viciada en su

orígen, no está como salió de las manos del Criador. Yo suspiro por la felicidad, porque soy formado para el soberano bien. Experimento batallas, porque Dios me prepara las coronas. Dios es santo, prohibiendo el crímen; justo, castigándole; misericordioso, perdonándole. Dios es bienhechor, y nos colma de sus dones; es santificador, y nos previene con sus gracias; liberal y magnífico, y nos recompensa con una gloria eterna nuestras virtudes. El hombre dichoso no se abandona á una indolente gratitud; respeta la mano que le dispensa su felicidad, y que puede despojarle de ella: el hombre desgraciado no se entrega á una escandalosa desesperacion: si es culpable, se humilla, conociendo que Dios misericordiosamente le castiga para sacarle de sus extravíos; si es inocente, sabe que Dios le prueba para purificarle y multiplicar sus merecimientos. La Religion habla, y á su voz la divinidad aparece siempre justa, y la razon queda ilustrada y satisfecha. ¡Qué verdaderos, qué irrefragables son estos dogmas augustos! ¡qué conformes los descubro con las ideas que yo formo de Dios y de mí mismo! Pero ¡ay! si no habla la Religion, todo me es desconocido. Dos métodos se conocen para llegar á la certidumbre: el uno nos lleva de una verdad evidentemente conocida, á consecuencias que con la misma evidencia se demuestran; nuestros dogmas incomprensibles no son de esta clase: el otro nos conduce desde una verdad desconocida á una verdad evidente y confesada de todos. Este segundo método ilustra mucho la respetable oscuridad de nuestros santos dogmas, que, á primera vista, parecen inaccesibles á nuestra penetracion. Expliquémonos con varios ejemplos, para hacer perceptible esta verdad. ¿Es cierto, que hay un pecado original? Ved ahí una verdad oscura en sí misma; pero ella se demuestra segura y cierta, por la conexion con el principio conocido de la bondad, de la omnipotencia y de la santidad de Dios. Mi alma se acerca al santuario de la Divinidad, y descubre un Dios esencialmente bueno, esencialmente enemigo de todo delito, esencialmente amante de la virtud, esencialmente sábio y todopoderoso: no es posible comprender, que nos haya formado con un espíritu tan ciego, con un corazon tan corrompido, con un cuerpo sujeto á tantas miserias, y con una naturaleza tan viciada en su sustancia. Sin duda no salimos tan miserables de la mano del Criador: nuestra naturaleza se degradó, y se pervirtió despues; algo hicimos que mereció este castigo, que todos experimentamos. Ved ahí el pecado original: ved ahí una verdad antes ignorada, y ahora conocida.

Hagamos otras preguntas. ¿Hay otra vida despues de la presente? Esta es otra verdad oscura en sí misma; pero se demuestra clara y

cierta por la conexion que tiene con el principio conocido de la sabiduría y la justicia de Dios. Coloquémonos con el pensamiento en la inmóvil eternidad: ¿qué descubrimos? Una perpétua inconstancia en la escena del mundo y de los tiempos. Vemos cómo aparecen y desaparecen las generaciones humanas; vemos crímenes sin castigo, y virtudes sin premio. Y decimos: Dios es justo, Dios es santo; ama la virtud y aborrece el vicio: luego éste ha de recibir castigo y aquélla premio: muchas veces no le recibe en esta vida; luego hay otra en que le reciba. ¡Qué! un Dios justo, un Dios infinitamente sábio y santo, ¿no habia de criar millones y millones de hombres para otro fin, que hacerlos juguete de las pasiones, los crímenes y las desgracias? El hombre, la mejor criatura de cuantas vemos, que salieron de sus manos, ¿no ha de tener otro destino, que pasar rápidamente sobre el teatro del mundo, lleno de calamidades y miserias, para sumergirse despues en la nada eterna? ¿Este ha de ser el término del caritativo y el envidioso, del bienhechor y el avaro, del homicida y el pacífico, del hombre virtuoso y el malvado? Mi razon lo repugna; la santidad de Dios lo contradice; es evidentemente un imposible. Luego hay otra vida en que tendrá la virtud un premio eterno, y un castigo eterno el pecado.

Eso es verdad, dicen los impíos, que una cosa oscura se prueba y hace clara por un principio claro con que está unida; pero en vuestros dogmas, añaden, hay lo repugnante de ser contrarios á la razon. Y en vuestras imposturas, responderemos nosotros, hay lo ridículo é injusto, de hallarse mil veces confundidas y mil veces vueltas á proponer, sin que vosotros queráis ver la luz, ni usar con rectitud de vuestra razon, para confesar con ingenuidad y franqueza las verdades demostradas. Millares de veces se os ha dicho, que no es lo mismo ser superior á la razon, que contrario á la razon. Nuestros dogmas superan el alcance de la razon natural, porque de otro modo ni fueran misterios, ni la fe tuviera mérito en su creencia; pero no son contrarios á la razon. Esta luz natural nada halla en los dogmas, que la sea evidentemente repugnante ó imposible. Idlo escuchando. No solo no es contrario ni repugnante á la santidad de Dios, sino muy conforme á ella, el que siempre aborrezca lo que siempre es pecado, y siempre ame lo que siempre es virtud. ¿No es verdad? Pues ahí teneis la posibilidad y la verdad de las penas y recompensas eternas en los que salen de esta vida en pecado ó en gracia. En el uno siempre Dios verá y aborrecerá el pecado; en el otro siempre verá y amará la virtud.

Ved ahí el infierno eterno con que castiga al pecador, y el cielo eterno con que premia al justo.

El linage humano no tenia un derecho imprescriptible al estado de la justicia y felicidad original. Dios le crió en ella por un puro efecto de su gracia, de su bondad y de su beneficencia: los hijos han podido, sin injusticia, ser privados de este beneficio, y castigados por el delito de sus padres. Ved ahí la posibilidad del pecado original, que tan oscuro le parecia á la razon. Entre la naturaleza humana y otra naturaleza superior no hay oposicion esencial; puede, pues, muy bien efectuarse su union, aunque no se comprenda por la razon; como realmente no se comprende la union de la naturaleza del alma inmortal al cuerpo mortal: ved ahí la posibilidad de la encarnacion del divino Verbo. Los accidentes no están necesariamente unidos con la materia; pueden separarse: aquí teneis la posibilidad de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. La separacion del alma y el cuerpo no impide en manera alguna su nueva union: ved ahí la posibilidad de la resurreccion general. La naturaleza no exige necesariamente estas ú otras leyes; el que las puso puede interrumpirlas ó dispensarlas: aquí teneis la posibilidad de los milagros. La unidad de naturaleza, ¿se opone, por ventura, á la multiplicidad de las personas? No, por cierto. Pues ¿en dónde está la imposibilidad ó repugnancia del adorable misterio de la Trinidad? Acabemos de confesar de buena fe, que nuestros santos dogmas nada tienen que sea contrario á la razon. Si el que no los comprende, no debe creerlos, tampoco debemos creer que vivimos, porque, á la verdad, no comprendemos como vivimos. Tampoco debemos creer que pensamos, porque no alcanzamos á conocer cómo sea nuestro pensamiento. ¿Quién negará que caminamos, nos sentamos, nos movemos, hablamos, vemos y oimos? Y ¿quién explicará como el alma espiritual imprime su accion y movimiento en el cuerpo? Nó, señores: no es solamente en la armonía del universo, en el movimiento periódico de los astros, y en la naturaleza de los elementos, donde nuestras fuerzas naturales se estrellan, y nuestras luces se ofuscan; dentro de nosotros mismos hallamos abismos insondables. No hay enigma más incomprensible para el hombre, que el hombre mismo: neguemos ya nuestra existencia, pues que no la comprendemos. ¡Miserable ceguedad, querer someter los misterios de la Divinidad, las maravillas de la creacion y las operaciones de la Providencia, á las débiles luces de la humana inteligencia, que se confunden en una yerba, en una flor, en una arena, sin llegar jamás á comprenderlas!

2. Vuestra Religion, cristianos mios, no solo es pura en lo que

enseña, lo es tambien en lo que manda. El culto y la moral son el objeto de sus preceptos. Considerad, católicos, vuestro culto, y le vereis puro y santo; reflexionad sobre la moral del Evangelio, y vereis la humildad, el desinterés, el reconocimiento, la sumision, la caridad, y, en una palabra, todas las virtudes. Las ceremonias exteriores son santas y augustas; todo respira en ellas la magestad de Dios, á quien se dirigen, y el celo respetuoso del hombre que las ofrece. Por el ejercicio interior de la confianza, de la obediencia, de la adoracion, de la conformidad de nuestra voluntad con la divina, y las demás virtudes, procuramos delinear en nuestras almas la imágen de las que practicó nuestro divino Salvador: ved un culto de imitacion. Por nuestros himnos y cánticos, publicamos sus grandezas y perfecciones: culto de admiracion. Por las ofrendas que le presentamos por la tierna memoria, que conservamos de sus beneficios, confesamos que todos los hemos recibido del Señor como fuente y manantial inagotable de todos los bienes: culto de reconocimiento. Por nuestra sumision á las leyes que nos han intimado, respetamos sus órdenes y su soberana voluntad: culto de obediencia. Por el arrepentimiento de nuestros extravíos, por la dolorosa confesion de nuestras faltas, por los tiernos suspiros con que clamamos, le reconocemos por nuestro Padre y nuestro único y sumo bien: culto de esperanza y de amor. Por nuestras oraciones, por nuestras súplicas, por nuestro humilde abatimiento en su adorable presencia, imploramos sus misericordias, reconocemos su omnipotencia y su soberano dominio: culto de dependencia. Por el sacrificio de la víctima sacrosanta expiamos nuestras faltas, aplacamos sus enojos, agradecemos sus beneficios, y conseguimos sus socorros: culto de adoracion, de expiacion, de impetracion y accion de gracias. El culto interior es el alma del culto exterior; éste ayuda, manifiesta y sostiene á aquél, y el uno y el otro forman el verdadero culto, que debe dar el hombre con su cuerpo y su alma al omnipotente Criador de su alma y de su cuerpo: culto razonable, culto que la Religion manda, y culto que Dios aprueba. ¿Puede imaginarse un culto religioso más puro ni más santo?

Para hablar de la moral del Evangelio, fuera menester escribir grandes libros: digamos solamente, que condena todos los vicios, y manda todas las virtudes. Los vicios que la razon desaprueba, nuestra Religion santa los proscribe por el temor de un Dios vengador de sus ofensas: las virtudes que á la razon agradan, nuestra Religion las anima y perfecciona con la esperanza de unas recompensas eternas, con que Dios justo las premia. Las virtudes paganas tenian necesidad de aparato y exterioridad para sostenerse: las virtudes cristianas pueden practicarse en el estado de elevacion y en el de humillacion; de dia claro y en la noche oscura. Dios, que es el objeto á quien miran, y el testigo que desean, lee igualmente en los corazones humanos, así en la luz, como en las tinieblas, porque todo está claro y desnudo á la penetrante vista del Señor. Las leyes humanas regulan las acciones exteriores: que vuestra intencion sea ó no conforme á la ley, que vuestro espíritu y corazon sean lo que quieran, poco las importa. Nuestra santa é inmaculada ley penetra hasta el interior, llega hasta el corazon para prevenirle contra todo deseo vicioso, y le manda desterrar todo pensamiento desordenado ó impuro. Nuestra santa ley trata de hacer hombres virtuosos interior y exteriormente, y quiere que sean más religiosos á los ojos de Dios que á los de los hombres. Una moral, pues, tan pura y santa; una moral, que prescribe nuestras obligaciones en todos los tiempos, en todas las situaciones, y en todas las circunstancias; una moral, que nos instruye por máximas las más sanas y más sublimes; una moral, que reprime el vicio por el temor de los más terribles castigos, y anima á la virtud por la esperanza de las más magníficas recompensas; una moral, que une los hombres entre sí por medio de las virtudes más sólidas; una moral, que nos enseña á sacrificar generosa y constantemente todos nuestros intereses á la justicia, nuestros resentimientos á la caridad, nuestras pasiones á la razon, nuestras fortunas nuestro honor y nuestra vida, á la inviolable obligacion de la divina ley; ¿podrá una moral semejante no ser la moral divina?

Soberbios políticos, que todo lo quereis reducir al cálculo del interés temporal, abrid los ojos para ver la feliz trasformacion, que causaria en el universo la observancia de esta Religion pura y divina. Dadme su práctica en los espíritus y corazones de los hombres, y yo os mostraré desterrados el fraude, la violencia, la ambicion y la avaricia, que tantas veces han perturbado la tranquilidad de los estados. Dadme la observancia de mi Religion católica en los hombres, y no volvereis á ver la espantosa discordia, turbando la paz de las familias; la tenebrosa calumnia, denigrando la inocencia; la miserable envidia, persiguiendo el mérito y á la virtud; la destemplada embriaguez, alterando la naturaleza y el temperamento; las enormes crueldades é injusticias, atrayendo sobre la tierra las justas, pero formidables venganzas del cielo; las guerras sangrientas, desolando las ciudades y provincias. En todos los reinos reinarian como padres los monarcas; los vasallos obedecerian como hijos por amor y por

principios de su santa Religion; los pobres hallarian socorro en el corazon de los ricos, y éstos serian el consuelo y el descanso de los pobres; la buena fe reinaria en el comercio, la equidad en los tribunales de justicia, la fidelidad y mútua union en los casados. La ley de Jesucristo, religiosamente observada, haria brillar sobre la tierra aquellos primitivos tiempos de inocencia y felicidad, para los que Dios nos habia criado, y que perdimos por la inobediencia de nuestro primer padre.

¿Qué otra religion es capaz de dar estos resultados? ¿la del idólatra? Sus puntos de creencia son absurdos y extravagantes; su culto infame y cruel; su moral favorece á todos los vicios y degrada la razon. ¿Puede ser esta la religion de un Dios santo? ¿Será la religion del mahometano? ¿Fué más que un impostor atrevido Mahoma, que se hizo obedecer con las armas? ¿Es más su Alcoran, que un tejido de fábulas y de errores, los más absurdos y extravagantes? su culto ¿no es frívolo y supersticioso? ¿no fomenta su moral las pasiones más obscenas? ¿no es su gloria animal, sensual y torpe? ¿Podrá ser esta la religion y doctrina de un Dios puro, santo y justo? ¿Será la religion del deista? Pero, ¿qué secta es esta tan extravagante é inconsecuente, que confiesa la existencia de un Dios estúpido é inerte, que ni se disgusta por nuestras blasfemias, ni le agradan nuestros cultos? ¿qué ni tiene castigos para el vicio, ni premio para la virtud? ¿qué entretenido en sus perfecciones, mira con indiferencia todos los cultos, tolera todos los crímenes más infames, que el pudor no permite siquiera nombrar, y no prohibe sino los delitos civiles y políticos? Si no hemos perdido enteramente el entendimiento; ¿puede una doctrina semejante dejar de horrorizarnos? ¿Y será esta la doctrina de un Dios santo? ¿Será la religion de Calvino y Lutero, y la de todas las ramas infectas con el veneno de estas emponzoñadas raíces? ¿Un Dios tirano, que condena al hombre por crímenes decretados por él mismo, y que la necesidad le obliga á cometer? ¿Un sistema de religion variante y sin firmeza en sus dogmas esenciales? ¿un culto sin sacrificio? Por último; ¿será la religion de aquel pueblo, antes tan amado del Señor, y ahora hecho la execracion de todos los pueblos? ¡Oh Israel! ¡oh desgraciada decadencia de una nacion, tan favorecida del cielo en otros tiempos! ¿Dónde están tu templo, tus altares, tus sacrificios, tus leyes y tus sacerdotes? ¡Qué contraste entre tus antiguas é ilustres profecías, y los modernos delirios de tus rabinos y talmudistas! ¿Es posible, que aquel Dios omnipotente, que crió los cielos y la tierra, y trastornó tantas veces, por favorecerte, las leyes de la naturaleza, no sea ya más, en nuestros dias, que un

Dios débil y sin fuerza, que llora inconsolable tu depravacion y tu pérdida, sin tener poder para remediarte? ¿Es posible, que este Dios santo y fiel, cuyas palabras eran siempre oráculos verdaderos é indubitables, cuyas promesas se cumplian siempre con prodigios y maravillas estupendas, no sea más, hoy, que un Dios impostor, que ha engañado á su pueblo, alimentándole por tantos siglos con la ilusion y la mentira? ¿Es posible, oh pueblo israelítico, que aquel Dios sapientísimo, que todo lo ve, todo lo conoce, y que penetra con su vista hasta lo más oculto de los corazones humanos, no es hoy más que un Dios estúpido y necio, que emplea las cuatro primeras horas del dia en estudiar la ley, para comprender su inteligencia? ¡Oh prodigio de extravagancia y de ceguedad! Pobre razon humana, reconócete. Cuando te ilumina la revelacion, marchas con rectitud por el camino verdadero y honesto; cuando la revelacion te abandona, nada hay en tí más que tinieblas, extravíos y errores. Contempla las extravagancias del idólatra, las torpezas del musulman, la terquedad del hereje, y la obstinacion del hebreo: contémplalas, y hallarás la verdadera, y únicamente verdadera Religion en el católico, apostólico, romano. Sola ella posee esta doctrina santa é inmaculada en sus dogmas, en su culto y en su moral. Solo ella arroja de sí, á la manera del mar Océano, todo lo extraño, todo lo impuro, quedando siempre incorruptible.

Pero, cristianos mios, ¿con qué virtudes honramos una Religion tan santa? ¡Ay! con qué vicios no la deshonramos? ¿Qué idea se formarian de nuestra Religion, los que solo juzgasen de ella por las costumbres de innumerables cristianos? ¿Creerian, que era una religion de amor, aquella en que tantas enemistades se advierten, tantas disensiones se presentan, tantos ódios se perpetúan entre padres é hijos, hermanos y hermanas, maridos y mujeres, criados y amos, vecinos y vecinos? ¿Creerian, que es una religion de equidad, rectitud y justicia, aquella en que se ven tantos fraudes, engaños, usuras, simonías, hurtos, traiciones é injusticias? ¿una religion de templanza y de modestia, en la que se advierten tantos excesos en las mesas, tanto lujo en los vestidos, tanta superfluidad y preciosidad en los muebles, cuando están clamando al cielo las deudas atrasadas, los lugares deteriorados, y sin pagar el salario de los criados, artesanos y jornaleros? ¿una religion de compasion y caridad, en la que hierven tantas envidias, se escuchan tan malignas murmuraciones, y se mira con tanta indiferencia y frialdad á los necesitados? ¿una religion de desinterés y abnegacion, con tan ambiciosas pretensiones, con una ansia insaciable de riquezas, y una detestable avaricia en conservar-

las, sin utilidad del que las posee? ¿Cómo comprenderian una religion, que modera las pasiones, que refrena los desordenados apetitos; con tanta sensualidad, tanta inmodestia, tanto libertinaje en los que dicen que la observan? ¡Ay, Dios! ¿de qué nos sirve vivir en medio de la luz, si somos hijos de las tinieblas?

Nuestros vicios deshonran la Religion santa, que profesamos; pero no la alteran, no la manchan, no la corrompen. Á la manera que el sol pasa siempre sus rayos puros y su luz brillante sobre las lagunas cenagosas y los vapores infectos, sin contaminarse jamás, así nuestra santa Religion siempre reprueba, siempre condena nuestros vicios y nuestros desórdenes, quedándose siempre pura é inmaculada: *Lex Domini immaculata*. Tenemos, pues, el primer carácter de divinidad en la Religion católica, que es la pureza de su doctrina. Veamos si tiene el carácter de perpetuidad.

3. Es menester confesar como una verdad indisputable, que la verdadera Religion debe haber tenido principio con el mundo, y durar hasta el fin y consumacion de los siglos. Si no abrazase todos los tiempos, habria habido algunos en que Dios no tuviese culto legítimo en la tierra, ni el hombre medios para honrar á su Dios y llegar á su fin. Dios, en aquel tiempo, habria exigido de los hombres un imposible, como seria pedir al hombre un culto sin religion que le prescribiese. Esto seria querer Dios un fin, y no querer los medios; lo que evidentemente repugna á la sabiduría y santidad de Dios. Este carácter de divinidad, en la perpetuidad de su duracion, brilla en nuestra santa Religion católica, y la distingue de todas las demás.

Sí, amados cristianos mios; la Religion, que profesamos, comenzó con Adan, siguió en Abel y en los primeros patriarcas antediluvianos. Dios mismo les hablaba y confirmaba sus oráculos por los testimonios más auténticos é indubitables. En los primeros dos mil años, hasta el diluvio, ella fué la única religion de todas las familias y pueblos que componian el género humano. Dios, que en las santas Escrituras se queja de la corrupcion de sus corazones, no se lamenta de la prevaricacion de su fe. No podemos dudar, que fué la infidelidad de sus costumbres, y no la infidelidad de su creencia, la que castigó la tierra con el más formidable de los azotes del cielo, que fué el diluvio: *Omnis quippe caro corruperat viam suam*. La Religion, que profesamos, se conservó en Noé y su familia despues del diluvio, y se propagó por el mundo en la dispersion de las gentes, pues todas, entónces, por una tradicion nunca interrumpida, llevaron consigo la creencia de una revelacion, el conocimiento de una ley divina, la persuasion de un pecado original, la esperanza de un Redentor, la obligacion y la costumbre de un sacrificio. A esto se reducia entónces toda la Religion, y ella bastaba y hubiera sido suficiente hasta la venida del Mesías, como lo fué para Noé, para Lot, para Job, para Melchisedech y otros varios. La Religion, que profesamos, quiso Dios renovarla con solemnidad en tiempo de Moisés sobre el monte Sinaí, dando la ley escrita en dos tablas de piedra, que el mismo Moisés bajó del monte, lleno de gloria y majestad. No se hizo esta publicacion á algunos particulares, sino á todo un pueblo, á una grande nacion, compuesta de millones de personas. Todo Israel veia los milagros sensibles, palpables, permanentes, que confirmaban la palabra del Señor: todo Israel estaba encargado por órden de Dios de ser el depositario de esta revelacion, como habia sido el testigo: en todo Israel se perpetuó esta santa Religion con los descendientes de Abrahan, Isaac y Jacob. Una série ilustre de profetas destina el cielo para recordar á Israel sus obligaciones, para aterrarle con amenazas y moverle con recompensas. La Religion se conserva en los tiempos de la gloria de Israel y en los de su afliccion. En Jerusalen, centro de la tierra prometida, y en los bellos dias de la república, ó monarquía hebrea, se conservó, como en Babilonia, en Ninive y en Egipto, en los de su trabajoso cautiverio. La Religion, que profesamos, apareció en todo su explendor en los dias de Jesucristo. Este amable Redentor, por tan largo tiempo prometido, tan ardientemente deseado, viene al mundo: las figuras ceden á la realidad; la ley antigua, segun sus mismos oráculos, cede el lugar á la ley evangélica. Prodigios sin número, obrados en Judea, y repetidos en todas las naciones, anuncian de nuevo, que ella es obra del cielo: doce pobres Apóstoles, sin armas ni aparato faustoso, la comunican con la rapidez del relámpago, y la establecen en el universo. A los Apóstoles suceden los santos Padres; á éstos siguen nuevos discípulos, nuevos ministros, nuevos Pontífices, que por una brillante y nunca interrumpida série nos la presentan á nosotros. Esta Religion, sea que se la mire perseguida ó triunfante, humillada ó victoriosa, siempre se la ve la misma, siempre una, siempre permanente. Semejante á un peñasco enorme en medio de las aguas, ve cesar las tempestades que la combatian, con la misma estabilidad que en la más inalterable calma. Semejante al sol, no reparte sobre todos los climas la misma luz, ni el calor mismo; pero en todos se deja percibir lo bastante su calor y su luz, para que puedan conocerla y abrazarla; y en todos se la abrazaria, si se diese á la verdad, como era justo, más

imperio sobre nuestros corazones, que á la mentira, que nos adula y engaña.

Estable y permanente la Religion de los Apóstoles y Profetas, participa de la inmutabilidad de Dios: el tiempo, que todo lo destruye, en nada la perjudica. La escena del universo ha mudado sus decoraciones innumerables veces: se han visto ciudades destruidas y ocultas bajo las yerbas del campo; imperios trastornados y puestos en olvido; montañas calcinadas y arrancadas de su asiento; fuentes y rios que se han secado; fértiles campiñas sumergidas y convertidas en lagos; fondos de mar trasformados en áridos desiertos: la Religion sola es la que no ha experimentado alteraciones ni mudanzas. Los misterios, que creemos, son los mismos que se han anunciado y creido en los pasados siglos: la ley, que regula nuestras costumbres, es la misma que en los primeros dias del mundo fué grabada en los corazones de los hombres: la misma que se publicó despues sobre el monte Sinaí, escrita por Dios en las dos tablas de piedra: el Redentor, que nosotros adoramos, es el mismo Redentor que esperaron los Patriarcas, que anunciaron los Profetas, y que desearon ver los siglos: el sacrificio, que ofrecemos, es el mismo sacrificio que nos representaron los sacrificios de Abel, Melchisedech, Abrahan, y los holocaustos de los hijos de Aaron: los sacramentos, que producen en nosotros las gracias, son los mismos sacramentos figurados en los de la ley antigua, que nos los representaban. Dios ha mudado los signos y las ceremonias, segun que la cosa significada era pasada, presente ó futura; pero, en el fondo y en la sustancia, la Religion siempre es la misma. La única variacion que se le puede hallar, es la mayor luz, la mayor explicacion de una verdad, más ó ménos oscura, segun que las circunstancias de los tiempos lo pedian. La Religion, pues, de las primeras edades, llegó hasta el nacimiento del Redentor, que no vino para dispensarla, sino para cumplirla y mandar su observancia; y la Religion, que dejó establecida con su ejemplo y su doctrina, es la misma que ha llegado hasta nosotros, y que se perpetuará hasta el fin y consumacion de los siglos.

Esta Religion, siempre permanente, ve presentarse y desaparecer delante de sí todas las generaciones, todos los gobiernos, todas las supersticiones, todas las sectas, todas las persecuciones. Ella es la Religion de los Patriarcas de los más remotos siglos; de los Profetas, que vieron arruinarse delante de ella las fabulosas divinidades de Egipto, Babilonia, Nínive y Persépolis; de los Apóstoles, que, en medio de las más violentas persecuciones, arruinaron los vanos templos de los dioses de la Grecia, de la Asia, de la África, de la Italia, y de los bárbaros del Norte; de los discípulos y sucesores de los Apóstoles, que con trabajos inmensos, atravesando los mares, abatieron las pagodas y los ídolos de la una y otra India, plantando en tan remotos países el estandarte de la cruz, y estableciendo el culto del verdadero Dios sobre las ruinas del que aquellos feroces habitantes daban á los demonios. Semejante á los cedros del Líbano, las tempestades y uracanes la afirman y robustecen. Si el cisma, si la herejía, el escándalo y el libertinaje disminuyen su imperio en una parte, ella le recobra con grandes ventajas en otras. ¿Podremos desconocer en estas señales á la Religion cristiana? ¿podremos negar ser obra de Dios? ¡Ay! las obras de los hombres son perecederas como los mismos que las fabricaron; solo vuestras obras ¡oh gran Dios! son estables y permanentes como vos lo sois. Nacida mi santa Religion, con los primeros hombres, confirmada por los Profetas, perfeccionada por Jesucristo, Dios y hombre verdadero, sellada con un prodigioso número de milagros patentes, públicos é incontestables, predicada por los Apóstoles, atestiguada por millones de Mártires, perpetuada por los discípulos y sucesores de los Apóstoles, cuenta en su duracion todos los siglos, desde el principio del mundo hasta nuestros dias, y contará inalterable los que restan hasta el fin y consumacion del universo.

¿Qué otra religion, amados cristianos mios, hallareis fuera de la vuestra, marcada con el sello de la perpetuidad? ¿Será la religion del idólatra, tan absurda y extravagante, tan torpe y tan cruel, que no se conoció en el mundo por más de dos mil años despues de su creacion? ¿será la de los mahometanos, de la que ninguna idea se tenia en el mundo hasta el séptimo siglo de la era cristiana? ¿será la de los luteranos, calvinistas y demás ramas de estas envenenadas raices, que solo cuentan tres siglos de duracion? ¿será la de los cismáticos, cuya existencia es tan moderna? ¿será, por fin, la religion del judío? ¡Oh casa de Israel, que oscura y prolongada noche ha sucedido á aquellas luces de tu antiguo explendor! ¿Qué has hecho? ¿qué pecado has cometido, para que tu magnífico templo ya no exista, y tus altares, tus sacrificios y tus profetas hayan desaparecido? El horrendo crímen de tu idolatría fué castigado con setenta años de destierro. ¿Qué has hecho, para que seas el oprobio y execracion de las naciones, por más de diez y ocho siglos? ¿cómo el Omnipotente, que te defendió con prodigios y maravillas, ahora te abandona? ¿cómo al carácter de tu divinidad ha sucedido un carácter de reprobacion? Tú pediste la maldicion, y ha venido sobre tí; no quisiste la bendicion, y se apartó de tí. Fuiste oida, oh casa de Israel, en tu sacrílega ora-

cion: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros!* No lo dudemos; la sola Religion católica es la que muestra su divinidad por su perpétua permanencia.

Pero, cristianos, ¿estamos seguros de que no perderemos esta Religion divina, santa y perpétua? ¿podrá suceder, que se nos quite este reino de Dios, y se traspase á otras naciones? ¡Oh, Dios! yo sé que el infierno no prevalecerá contra ella, pero puede prevalecer contra nosotros. La Religion no perecerá, porque el Señor Dios la ha prometido una estabilidad perpétua; pero puede perecer en nosotros en castigo de nuestras infidelidades. Sí, cristianos: temblemos nosotros, y pidamos á Dios que ilumine á los incrédulos, para que crean al Señor, cuando nos dice: *Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Pero, ¿por qué causas se viene á perder la Religion? Escuchadlas, y temblemos, vuelvo á decir tercera vez. El desórden de las costumbres y el libertinaje en el pensar hacen perder la santa Religion. De la corrupcion del corazon se levantan las nubes que ofuscan el espíritu; y miéntras el corazon no se vicie, permanece el espíritu religioso. Tambien se pierde por la lectura de los libros impíos y libertinos. Al principio se leen por curiosidad y por pasatiempo, y la ponzoña, diestramente preparada, va comunicándose á la sombra de la ignorancia y la pasion del que la toma: el escritor astuto enreda con principios capciosos el entendimiento de sus lectores, oscurecido con los vicios; no le permite discernir la mentira y la verdad, porque todo se le presenta envuelto con el velo de la ilusion; y ya desde entónces caminan las pasiones de acuerdo con el espíritu, y siguen el errror y la impiedad, que las conviene establecer. ¿Porqué más medios se pierde esta luz divina? Por la omision de los ejercicios santos, que la misma religion prescribe. Se empieza por abandonar las obligaciones de la Religion, y se acaba perdiendo la Religion misma. Ved cómo se pierde, ved cómo la han perdido muchos, que han vivido en nuestros dias, y ved cómo la podemos perder tambien nosotros.

¡No lo permitais, gran Dios! Haced, que esta Religion santa, que heredamos felizmente de nuestros padres, la conservemos y trasmitamos pura á nuestros sucesores. Ellos padecieron por sostenerla tribulaciones y combates terribilísimos. Nuestra España está abundantemente regada con la sangre de innumerables Mártires, que ahora os bendicen y alaban eternamente en el cielo. Trasmitid de padres á hijos esta preciosa herencia, sin que jamás se interrumpa. Castigad nuestros pecados con todos los azotes, que vuestra soberana justicia dispusiere; pero no dejeis de iluminar los ojos de nuestra alma

con la santa luz de la fe, para que no duerman abismados en la incredulidad: conociendo con ella nuestras culpas, las detestaremos, las lloraremos, y vos, Padre de las misericordias, nos perdonareis. Conceded tambien esta gracia á los que viven de asiento, por ignorancia ó malicia, en las tinieblas del pecado, para que ellos y nosotros cantemos eternamente vuestras misericordias en el cielo. Amen.

CATOLICISMO.

(SUS BENEFICIOS RESPECTO DE LOS INDIVIDUOS.)

II.

Beati sumus, quia quæ Deo placent, manifesta sun nobis.

Dichosos somos, porque sabemos las cosas que son del agrado de Dios.

(Baruch. IV, 4.)

La Iglesia católica posee exclusivamente los medios propios para asegurar la práctica de los principios religiosos, y atraer á los que se han separado de ella. Madre tierna y celosa, sostiene y anima al fiel; madre compasiva y solícita, llama, amonesta, recibe, y reviste de una fuerza sobrenatural al que sacude por más ó ménos tiempo, el dulce yugo de la ley. Y sino, decidme; ¿qué se propone en su ministerio? ¿cuál es el fin, el único fin de todos sus actos, en medio de vosotros? Nuestra perfeccion y nuestra felicidad. Esto es, lo que vamos á demostrar. A. M.

1. Tan luego como el niño acaba de nacer, la Iglesia lo toma, y le administra el bautismo. Habia perdido la justicia original por con-

secuencia de la prevaricacion de nuestro primer padre; estaba despojado de su divina herencia; pero desde el momento que recibe el primero de nuestros sacramentos, queda restablecido en toda la plenitud de su derecho: más; ¿bajo qué condiciones? veámoslas. En su nombre se han contraido obligaciones, que durarán perpétuamente; y esté niño regenerado, hijo de Dios y de la Iglesia, tiene que pagar á Dios su deuda, á la vez, que á todos los miembros de la sociedad cristiana, á que pertenece.

Crece el niño bajo la vigilancia maternal, desarróllase su inteligencia, ábrese su corazon á las pasiones. ¿Quién dirigirá sus primeros pasos en la vida? Quién llevará la antorcha para alumbrar su marcha incierta en medio de las tinieblas, que levantan la ignorancia, las preocupaciones y pasiones? La Iglesia, ó el sacerdote su delegado, que, envejecido en la contemplacion y estudio de la ley, esperará en su templo á este niño, cuya paternidad espiritual le ha conferido la Providencia: balbuceará con él durante muchos años los elementos de la ciencia cristiana, grabará á fuerza de perseverantes cuidados en su alma tierna, las verdades santas de la fe, y le habituará insensiblemente á cumplir con gusto su deber.

¿Qué hace todavía la Iglesia en el dia consagrado por la ley de Dios, sancionado por la tradicion de todos los pueblos, dia de descanso, casi tan necesario al hombre como al animal, que sirve su industria? Os convoca al santo templo... ruega por vosotros; ofrece el sacrificio de un Dios, que se inmola por la salvacion del mundo, por vosotros, por vuestro bien espiritual y temporal. ¿Qué pide además por estas oraciones y sacrificios? Que venga el reino de Dios sobre la tierra; es decir, que la verdad, la justicia y el amor penetren las inteligencias, y abrasen los corazones.

¿Qué hace el sacerdote en la cátedra católica? Os recuerda la ley, os explica sus obligaciones, os anuncia la sancion con que le ha sido dada; las penas y recompensas eternas. Estimula á la práctica de vuestros deberes, al recuerdo de vuestros padres en la fe, que fueron servidores de Dios y bienhechores de la humanidad, que, hoy, ciudadanos de los cielos, vivieron sobre la tierra, sujetos á las mismas condiciones que vosotros; y que la misma corona de gloria os está reservada. ¡Ah! no habeis experimentado la necesidad de exclamar más de una vez con S. Agustin: ¿No he de poder yo, Señor, lo que éstos y aquéllas han podido hacer? *Non potero quod isti et istæ?*

Sin embargo, la ilusion es fácil, y móvil la voluntad del hombre; las impresiones se suceden en su corazon, como las olas suceden á las olas: ¿qué hace entónces la Iglesia para alentar y sostener al neófito? Le enseña la oracion, haciendo de ella una obligacion personal y cotidiana; y el hombre, este sér débil, bajo el punto de vista moral, cuando se halla abandonado á sí mismo, rogará á Dios como un niño ruega á su padre, con toda confianza. Y su oracion ¿no es llevada sobre las alas de los ángeles, no se eleva en union con la oracion de los santos esparcidos en el mundo, en union con la sangre de Jesucristo, ofrecida cada dia sobre los altares católicos? Pues bien, esto es lo mismo que decir, que su oracion es oida, que ha sido agrádable á Dios.

No es esto solo: el Hijo de Dios encarnándose en la Vírgen inmaculada, no ha sufrido los oprobios y la muerte para vernos vegetar en el camino de la salvacion; ha querido comunicarnos una vida fuerte y poderosa, y que su espíritu de santidad pasase en nosotros, como él es en sí mismo. La Iglesia, fiel depositaria de todos los tesoros de la redencion, está ahí para perpetuar el misterio de amor y de la munificencia de un Dios.

Todos los dias abre su santuario, y nos convida al banquete de los ángeles, donde el cuerpo y la sangre de Jesucristo deben ser nuestro alimento y nuestra bebida: vosotros no lo ignorais; en determinadas épocas, la ley obliga bajo pena de muerte espiritual. El fiel se presenta y el sacerdote lo acoge en nombre de Aquel, que ha dicho: *Venid á mí todos los agoviados con trabajos.* Pero como juez, y mandatario de Dios hecho hombre, de defensor de los derechos de la sociedad, de guarda de los sagrados tabernáculos, es necesario que el sacerdote abra este corazon, donde un Dios debe descender. Debe examinar sus disposiciones más secretas, para conocer el amor que le ha mantenido fiel, ó el arrepentimiento que ha expiado el crímen. Ved porqué interroga y dice al cristiano: Hijo de Dios y de la Iglesia, ¿has llenado el deber, que te impone esta doble cualidad? ¿No tienes nada que condenarte como jefe de familia, como esposo, como padre, como hijo, como ciudadano? ¿Has sido justo, casto y bueno? Si el cristiano, despues de haber escudriñado los pliegues de su conciencia, puede responder, que, gracias á Dios, nada grave tiene de que reprenderse, ó que ha hecho penitencia de los errores de su vida, el sacerdote, entónces, le da la paz, y queda admitido á vivir de la vida de Dios, participando del misterio inefable, cuya realizacion deberia hacer un cielo de la tierra.

El Egipto fué alabado por haber establecido un tribunal, que juzgaba despues de la muerte del mérito ó demérito del hombre. Más, ¿qué era aquel tribunal, que pronunciaba sobre un cadáver, en presencia del establecido por Jesucristo, al que estais citados en todas las

épocas de vuestra vida, y al que debeis responder hasta de los íntimos secretos de vuestra alma, tomando por prenda de la vida y de la muerte el cuerpo del Dios, que será vuestro juez?

Con todo, la accion del sacerdote católico por el bien social, no está limitada al estrecho círculo de su basílica. Si el universo, despues de la creacion, fué el único templo de la divinidad, el sacerdote católico, á defecto de monumentos levantados por la mano del hombre, no será por eso ménos ministro de la divinidad. Si su palabra no pudiese resonar sobre la cátedra, se haria oir sobre las plazas públicas, y sobre el techo de vuestras mismas casas; si el sacrificio no se pudiese ofrecer sobre los mármoles de vuestros altares, una piedra cualquiera lo recibiria, y el fiel no quedaria ménos regenerado para la gloria de Dios y el bien de la sociedad, como nuestros padres en la fe aprendieron en las catacumbas á conocer á Dios; y allí, en las catacumbas, recibieron los principios de esta civilizacion cristiana, de que nos glorificamos y estamos justamente orgullosos.

¿Qué hace, pues, el sacerdote, cuando recorre las calles de vuestras ciudades, ó los senderos de vuestras aldeas? Os recuerda por la modestia de su paso y la severidad de su traje, que es el apostól del deber.

¿Qué hace cuando os visita en vuestros salones, ó bajo los halagos de vuestras habitaciones campestres? Implorar vuestra caridad en favor del pobre, que está desnudo y sin pan, ó llevar consuelos á un hermano en Jesucristo, que se halla en los brazos del dolor. El deber que cumple os persuade el vuestro.

¿Qué hace á la cabecera del enfermo? ¿qué hace en vuestros hospitales, presidios, cárceles y calabozos al lado de esos hombres, que la ley ha condenado, y á quienes no quedan más que algunos instantes para pasar de este mundo de un dia, al mundo de la eternidad?

Sin duda, ministro del Dios de las misericordias, lleva palabras de paz y de esperanza á los que no hallan en la vida sino motivos de aborrecimiento y de desesperacion. Sin duda, levanta el velo de un mundo mejor para todos los hijos de Dios, haciéndolo entrever al moribundo como el precio de su resignacion y de su penitencia. Más, defensor implacable de los derechos de la sociedad, no será el instrumento de la reconciliacion con Dios hasta que el perdon salga de tu corazon ulcerado, hombre vengativo; hasta que hayas devuelto el último óbolo, hombre avaro, y hasta que, por tus enormes crímenes hayas satisfecho la sola reparacion posible, pidiendo perdon á Dios y á los hombres.

Dios solo, y el sacerdote católico saben las reconciliaciones y restituciones, que se operan á los primeros resplandores de la eternidad. Sobre ciento de esos hombres, que la cuchilla de la ley separa de la sociedad, noventa, á la voz del sacerdote, mueren confesando su arrepentimiento; y por esta confesion alejan del abismo del crímen, donde han caido, á la multitud que los rodea en este momento terrible y solemne.

2. Tales son nuestros principios y medios de accion; así son enseñados y puestos en práctica todos los dias sobre toda la extension del mundo católico.

Direis, que no son bastantes, que la corrupcion hace progresos, que el egoismo domina, que la avaricia agota la fuente de nuestros beneficios, que el pobre sufre, que al obrero le falta su salario. ¿A quién debe atribuirse tal estado de cosas? ¿A la doctrina y á los que la enseñan?

¿No debe, por el contrario, imputarse á los calumniadores, que hacen oficio de imbuir y predisponer al pueblo contra una Religion hecha por Dios, para labrar la felicidad de todos? ¿A los que inventan y repiten sin cesar los hechos más erróneos, para separar de la influencia católica á los fieles que nos han sido y están confiados? ¿A los que pretenden, que, ante todo, debe el hombre ocuparse exclusivamente de sí mismo, de su bienestar, de sus gozos temporales, porque la tumba es la última palabra de la sociedad humana? ¿A los que paralizan la influencia del sacerdote, desnaturalizando sus actos, envileciendo su carácter y sentimientos; que predican la profanacion del domingo por un trabajo escandaloso, alejando de la frecuentacion de los sacramentos, por el desprecio y el desden que prodigan á estas fuentes fecundas de todas las virtudes cristianas y sociales? ¿Qué quereis que hagan en vuestras canterías, en vuestros talleres y tiendas de comercio los jóvenes de ambos sexos, que no tienen para alimentar su fe y costumbres sino los primeros rudimentos de la ciencia religiosa; que cesan de oir los motivos de su creencia, de comparar su conducta á la regla del deber, que les enseña el maestro que la Religion les ha dado; de inflamar su corazon tibio en el fuego del amor de Dios, é inspirarse de los ejemplos de virtud, que la Iglesia proporciona á todas las edades; y que, en cambio, presencian todos los dias unirse la blasfemia á la irrision y burla de las cosas santas, conspirar contra su virtud, harto debilitada ya por la inexperiencia y el ruido de las pasiones, por los escándalos que les rodean, y por la perseverancia en celebrarlos y glorificarlos?

Estado tan lamentable no puede ménos de producir resultados funestos. A una primera caida, sucede inmediatamente otra más gra-

ve, orígen, á su vez, de una série de faltas, que los precipitan en el cieno del desórden, hasta que de abismo en abismo sean arrastrados al último abismo, donde no hay remordimientos, donde la virtud no inspira sino lástima, y donde, en fin, se burlan del cielo y del infierno. El despertamiento seguirá al sueño hecho en los brazos impuros de las pasiones; pero ¡terrible despertamiento! ¡La Religion, huida de estas almas, no puede levantarlas por la penitencia, tan dulce cuando la esperanza la acompaña! La fe no reflecta ya sus rayos; se ha roto el lazo entre el presente y el porvenir. La desesperacion solo tiene acceso en sus corazones; y como mala consejera, abre la puerta á todos los crímenes, al robo, al asesinato y al parricidio. Arrastra con ella la venganza, que prepara el veneno, afila la espada contra sus corruptores, y el suicidio con que se hacen justicia á sí mismos. ¡Ah! quiera el cielo, que este cuadro triste y sombrío, desarrollado á vuestra vista, sirva para prevenir el exceso de los males, en que el olvido de los principios católicos sumerge las sociedades!... Pero, como nosotros, teneis ojos para ver, oidos para oir, y sino la historia de vuestros tribunales, la crónica de la prensa están ahí, presentando la desconsoladora demostracion de los hechos, que deploramos.

Así, pues, si os interesais en la dicha de vuestras familias, en el respeto de la paternidad, en la fidelidad de vuestras esposas, en la obediencia y amor de vuestros hijos; si quereis, que las bendiciones celestes desciendan sobre ellos de generacion en generacion; que el labrador, que cultiva vuestros campos, el obrero, que construye vuestras casas y hace vuestras vestiduras, y que los criados, que proveen á vuestras necesidades domésticas, sean fieles y celosos; si quereis un gobierno justo, que administre con equidad, y haga dichosos á los súbditos que dirige, uníos á nosotros, tributad homenaje á nuestra Religion, que es la de nuestros padres, y el principio de todos los bienes que reconocemos en la civilizacion moderna; secundad por vuestros ejemplos el celo de vuestros pastores. Desmentir con nuestra conducta los sentimientos del corazon, la conviccion del espíritu, es una cobardía, una traicion, un lazo tendido á la sencillez, á la ignorancia; una arma que damos á los enemigos de la fe, y de que se sirven para inocular la incredulidad en los pueblos. Absteneos, pues, cuidadosamente de distinguir entre la ley y la ley, de admitir un precepto y de repudiar el otro, ó de dejar su cumplimiento á los que se hallan bajo condiciones más favorables, ó que creeis llamados á mayor perfeccion, porque en la ley de Dios todo se encadena y se liga, y cada precepto es una piedra angular del edificio, puesto que

Dios, autor de todas las partes que le constituyen, no nos ha dejado la libertad de añadirlo, alterarlo ni modificarlo.

Existen hombres, sin embargo, que provocan y han provocado en los precedentes siglos algunos cambios en la ley de Dios, adoptando una parte y desechando otras. ¿Qué ha resultado de ello? La anarquía en la doctrina, en las inteligencias y en la familia cristiana; tantas sectas como aldeas, tantas religiones y símbolos como individuos; qué decimos, ¡símbolos!... cuando se anatematiza hoy lo que se adoraba ayer, se destruirá y se zapará mañana todo, hasta que no quede del Cristianismo ni aun la existencia de su divino Autor. Tal es la consecuencia negativa del principio del libre exámen, el abismo predicho por Bossuet; y tal es la razon porque las elevadas y puras inteligencias de Inglaterra y Alemania se separan por todos los lados de esas tristes ruinas, refugiándose en la barca de Pedro, que hemos visto, durante diez y ocho siglos, combatida por las olas de la impiedad y de la herejía, que, sin cambiar sus velas ni arboladura, sigue su curso al través de las edades, hasta que haya conducido á todos sus hijos al puerto de la eternidad.

CATOLICISMO.

(SU INFLUENCIA EN LA FAMILIA).

III.

Beata gens, cujus est Dominus Deus ejus.
Feliz la nacion, cuyo Dios es el Señor.
(*Sal.* XXXII, 12.)

Hay un bien superior á todos los bienes: ¡la Religion! y este bien se da á conocer por la fe, por la esperanza, por la caridad. ¡La fe! esta fe sublime, que con fuerza sobrehumana trata de rasgar el

velo tras el cual se esconde la *verdad:* ¡la esperanza! esa virtud, que desdeña con valor la tierra para fijar sus miradas en los bienes eternos: ¡la caridad! vínculo de amor y de fraternidad celestial, que enlaza entre sí al linage humano, y á éste con Dios. Una fe, que revuelve, que levanta al mundo; una esperanza, que fija su porvenir en el cielo; fe y esperanza que no son nada sin la caridad. Hé aquí las tres virtudes, cuya mision divina es hacer al hombre feliz en la tierra, y prepararle una felicidad inmortal en la eternidad.

Es nuestro intento concretarnos hoy á lo que la Religion influye en el seno de la familia, que es la cuna del hombre, así como es tambien su existencia y punto de partida para su destino eterno: pues que el hombre nace necesariamente en la familia y de la familia, vive en la familia y por la familia, y al fin de sus dias, padre ya de familias, la deja para ir á tomar posesion de su sitial en la familia de la eternidad. Y como esta benéfica influencia no puede realizarse sino por el desarrollo de la caridad, y que esta virtud no puede subsistir sin sus hermanas, al tratar de la influencia del Cristianismo en la familia, no hacemos sino poner de manifiesto el desarrollo y eficacia de esas divinas virtudes.

Mucho se discute, mucho se afanan hoy los modernos filósofos, para establecer en bases sólidas el principio constitutivo de la sociedad: este trabajo no solo es impío, sino absurdo, desde el momento en que Jesucristo ha instruido al mundo. No hay, pues, que ir mendigando á locas teorías la felicidad del hombre y de la familia: el principio de todo lo que es bueno y grandioso, de todo lo que es santo y útil, de todo lo que es divino en el universo, es, la *caridad.*

Demostraremos, pues, hoy, lo que este principio ha obrado en favor de la familia, y os diremos, por consiguiente, lo que ha hecho nuestro divino Salvador para regenerarla, para constituirla sobre sus verdaderos cimientos; os haremos presentes los títulos que se ha granjeado para nuestro reconocimiento. Interesa sobremanera poner á nuestros ojos ese beneficio, para rebatir las impías blasfemias, que han enseñado y enseñan en nuestra época hombres temerarios y ciegos. Examinemos, pues, la influencia del catolicismo sobre la familia, considerándola en su constitucion y en su desarrollo, despues de haber invocado el patrocinio de María. A. M.

1. Fuera del cristianismo, no existe la familia en su verdadero estado primordial. Ajustemos, en cuanto nos sea dado, el sentido de las palabras.

¿Qué es la sociedad? ¿Es por ventura el encuentro fortúito, ó, si

se quiere, premeditado, de algunos hombres en un mismo terreno, reunidos para llenar sus deberes y satisfacer sus necesidades?—No; es mucho más que esto. La sociedad es la *union;* y la union no puede concebirse sino con un principio viviente que la mantiene y constituye, que vincula á las almas, que las penetra de una misma vida, que les imprime una fraternidad misteriosa, una personalidad moral que da á la palabra—*Patria*—ese encanto indefinible, ese poder mágico, que conmueve nuestras entrañas, y que nos haria marchar con gozo á la muerte, si fuera necesaria la nuestra, para conservarla libre y gloriosa. Pero no puede haber sociedad sino entre las almas.

Ahora bien; ¿quién une á las almas?—¿La fuerza?—Esta puede, en efecto, sujetar, magullar, pulverizar los cuerpos; puede amedrentar á los caracteres pusilánimes, arrastrarlos temblando á sus piés, hacerlos esclavos... hé aquí todo: y aun hay hijos, que han aprendido de sus padres á menospreciar la fuerza, y mantenerse tiesos ante todas las tiranías.

¿Será, pues, la instintiva simpatía, que se despierta á la vista de hermosuras frágiles y débiles, fuerza ciega, que gobierna los sentidos y sofoca frecuentemente al alma; fuerza, que se lleva en pos de sí todos los rubores, todos los dolores, todos los remordimientos? No, mil veces no: el vil egoismo, felicidad miserable, que se disgusta á sí misma, y que se muere en su propia satisfaccion, no puede ser, no, principio vital de la sociedad.

Piénsenlo en hora buena otros, y escríbanlo así diariamente: por lo que toca á nosotros, en nombre de la dignidad humana, protestamos: la ley mecánica, que gobierna á un animal, no es la nuestra; almas inmortales somos: protestamos contra una ley que nos embrutece.

No; no hay sino un principio que pueda unir las voluntades, que pueda constituir la sociedad y la familia; porque la familia no es sino la sociedad en sus elementos constitutivos; y este principio es la caridad, dando á esta palabra toda su extension en lo que tiene de grande y de santa. Y, en efecto; ¿en dónde se desenvuelve el corazon del niño, esto es, el hombre?—En la familia. Al modo que la flor tiene necesidad del sol para abrirse, las calidades nobles del corazon, cual inmortales semillas, no brotarán, no se abrirán hácia el cielo, sino bajo la influencia del más puro y santo amor del mundo, del amor de la familia.

Ahora bien, amados hermanos mios; ¿cómo estaba el lazo de familia antes de Jesucristo? ¿En dónde hallais vosotros estos senti-

mientos de amor en las almas de la antigüedad; esos sentimientos, que son tan dulces é imperiosos para nuestros corazones? Cuando se ve el alma angustiada y maltratada por el mundo, cuando os hallais cansados y entristecidos de lo exterior, os volveis atrás, un instinto natural os hace pensar en vuestras familias, y deciros á vosotros mismos: allí, en ella, y solo en ella encuentro mi consuelo; y cual viajero sobrecogido por la tormenta, os regocijais pensando en este apacible albergue, en el cual encontrais remedio á todas vuestras llagas, en el cual enjugan vuestras lágrimas manos amigas, reaniman vuestro ánimo, resucitan vuestro amortiguado valor.

Pero nada semejante pasaba antes de Jesucristo. La madre era esclava, esclava la mujer, y el hijo esclavo: el carácter de padre y esposo desaparecian ante la ferocidad y dominio absoluto del *amo*.

Por otra parte, la poligamia ó simultaneidad de mujeres introducia la envidia, el ódio y la perturbacion en el hogar doméstico: el divorcio rompia, por el capricho impune del más fuerte, el nudo que habia formado el amor: los hijos que nacian desgraciados se destinaban al matadero; y hasta el venerable anciano, padre y jefe de numerosas familias, veia abreviado el término de su carrera, desde el momento en que la vejez le hacia inútil para los suyos.

Y no solo en la antigüedad se repetian de ordinario escenas tan dolorosas: en el siglo actual, á pesar de las grandes luces que por do quiera han penetrado desde el foco del catolicismo, se ven fenómenos no ménos tristes entre los países ó idólatras, ó anticristianos.

Jesucristo, Dios y Hombre, se presenta en el seno de la humanidad para renovarlo todo, para volver su integridad y hermosura primitiva á la estátua divina mutilada y caida por su base. La familia va á reconstituirse en su órden divino, bajo las miradas del Todopoderoso.

¿Os habeis hecho cargo, alguna vez, de las relaciones armoniosas que unen la familia á Dios? El Señor, amados hermanos mios, ha impreso en el hombre el sello de su semejanza, y de tal modo, que lo que es Dios, lo somos tambien nosotros en nuestro grado y manera relativa; su ley es la nuestra; y aun puedo adelantarme á decir, que, en cierto sentido, no tenemos nosotros otras obligaciones que las suyas, ó sea, las que le impone su infinita santidad.

¿Por qué tenemos que ser santos nosotros? *Quoniam ego, Dominus, sanctus sum;* porque yo, el Señor, soy santo, dice en la Escritura. Llevamos, pues, en nosotros mismos el reflejo, la semejanza de Dios. Ahora bien; la fe nos descubre, que la Familia divina es el tipo, el origen de la familia en la tierra.

Cuando pronunciais estas palabras: «En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» inclinaos, porque la Religion ha puesto en vuestros labios el más augusto misterio. «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.» Hé aquí todas las personas divinas de la divina Familia. Su única ley es la santidad; su único lazo es el amor; y este lazo es tan indisoluble, que la eternidad misma no hará sino ponerlo más y más de manifiesto. Ved en este prototipo la ley, el modelo de la familia en la tierra; ved lo que nos ha enseñado Jesucristo, lo que ha venido á consumar proclamando la santidad, la unidad indisoluble de la familia.

Lo que el sensualismo gentil, lo que las pasiones humanas celebraban en los himnos licenciosos de los poetas, lo que el hombre no podia concebir sino como sensualismo, Jesucristo viene á elevarlo á la santidad. Esta union, ¡ah! no la profaneis, no; porque la ha bendecido la Religion, la ha consagrado con su mano: la Religion misma trae esas dos almas, que desean unirse, á los piés del altar, y allí consagra sus juramentos; y al salir de su boca la palabra que los empeña recíprocamente, se confiere el sacramento.

¿Os haceis cargo de toda la grandeza de esta palabra? Notad, que nada ménos es, que abrirse el cielo, que descender de él una gracia sobrehumana para unirlos; y la Familia divina deja desprenderse en favor suyo una emanacion de su vida y de su caridad. El mundo se detiene y sonrie gracioso, al ver á estos dos viajeros nuevos entrar, apoyados, uno en el otro, en los escabrosos senderos de la vida; pero la Religion les mira con respeto y solicitud. Id, les dice; los gozos son efímeros y escasos, los senderos tortuosos y ásperos, el peso de la jornada duro de llevar; pero ese sentimiento más fuerte y poderoso que todos los sinsabores, ese sentimiento que os ha de sostener al través de las borrascas y de las flaquezas, si le conservais puro y santo, y si lo renovais con reiterado fervor en su manantial divino, ese sentimiento, no lo dudeis, ha sido puesto por Jesucristo en el corazon del hombre.

Esa caridad, que del cielo baja á la tierra, es el lazo espiritual y sagrado, el augusto símbolo de la libre union de Jesucristo con su Iglesia. Este es un beneficio del catolicismo, un prodigio de la Religion. ¿Por qué, pues, profana el mundo lo que es santo como Dios? ¿por qué se marchita mañana lo que habrá de ser inmortal? ¿por qué lanzais amargas quejas por engaños de vuestras ilusiones?

¡Por qué! Porque no habeis comprendido, ni la grandeza, ni la santidad del matrimonio. En lugar de cumplirse en las altas regiones de la fe, en la atmósfera sosegada y serena en donde se respiran

perfumes del cielo, vuestra union se cumple en la tierra en unas regiones inferiores, en donde se apaga toda luz pura; porque en lugar de caer la gracia en un corazon sediento de amor eterno, cae en una alma que corre azorada en pos de culpables deleites.

¡Ah! ciertos moralistas echan en cara á la Iglesia el intentar destruir la armonía en la familia: pero ¿cuánto no tuviera ella que decirles, cuando en sus principios apagan en el inmundo fango la divina llama que les ha dado la Iglesia? ¿Cuánto no tuviera que echarles en cara, cuando del velo, que ella ha bendecido al ponerlo sobre la frente de los desposados, han hecho ellos un velo de ignominia?

Acabamos, pues, de ver, que el primer beneficio del Cristianismo, respecto de la familia, fué proclamar la unidad y santidad del matrimonio; y de este beneficio tenia que salir un órden entero de hechos nuevos.

Y, en efecto; á ese lazo, que habia elevado á la altura de sacramento, ha prescrito una indisolubilidad, que le impone un augusto carácter de eternidad. Sabia muy bien el catolicismo, que cuanto toca con las profundidades del alma, pide ser inmortal; que el amor santo, puro, infinito, más fuerte que el tiempo, toma principio en las lágrimas de la tierra, para perfeccionarse en los inmensos gozos de la eternidad.

No se pretenderá, sin duda alguna, que dé yo aquí pruebas de que el divorcio destruye las cosas de la familia: la Iglesia, que lo ha proscrito en nombre del Evangelio, ha luchado con firmeza infatigable contra los numerosos adversarios de la indisolubilidad de la familia: háse interpuesto con la espada espiritual en la mano, entre el poderoso irritado, y la víctima injusta y sacrílegamente abandonada: los Papas, en particular, han luchado en la edad media contra la cólera implacable de los príncipes, en tiempo que las costumbres bárbaras gemian y bramaban bajo el yugo hostil de la moral cristiana.

Cuando Lutero firmaba la célebre y escandalosa consulta del Landgrave de Hesse, en el momento en que contraia Enrique VIII segunda alianza con Ana Bolena, el papa Clemente VII excomulgaba al rey de Inglaterra; y es gloria de la Iglesia católica haber sucumbido en lo temporal, sosteniendo la inviolable unidad de la familia.

Se han oido en estos tiempos algunos hombres, que reclaman la franquicia de una porcion del género humano, que gime, dicen ellos, bajo el yugo de las odiosas preocupaciones de un despotismo legal. Si, para su propia desgracia, llegasen á realizarse las funestas teorías de esos hombres, que no sueltan de la boca el nombre de *libertad*, traerian á la sociedad todos los despotismos imaginables.

Su proyecto no puede conducir sino á esclavizar la esposa cristiana, no solo en sus actos exteriores, sino en su alma, en su conciencia, en sus más sagrados derechos: lo que intentan esos hombres, es que no haya más fe que la que haya decretado el amo, más prácticas ó ejercicios religiosos y morales que los que prescriba el amo, ó lleve á bien tolerar el amo: y, ¿por qué? Horrorizaos, católicos, de la razon que alegan estos mónstruos de perfidia.

Porque no queremos, dicen, que nuestros desórdenes secretos de familia se descubran al ministro de la Religion..... porque tras de los misterios de la Religion se esconden misterios de conspiracion contra nuestros naturales derechos.....; porque.....; pero detengámonos, y no prosigamos en tan infernales pretextos. El odio contra el catolicismo, la licencia escandalosa, brutal, libertina de las pasiones; ésta y no otra es la causa de las calumnias que se prodigan tan descaradamente contra la Iglesia.

¡Ah! con lágrimas de dolor deploramos tamaños extravíos; y nos lamentamos y compadecemos de esas almas bajas, pequeñas, que no pudiendo sino pensar en otros el mal que les corroe, tienen el triste valor de arrojar inmundo lodo al rostro de las madres cristianas, al rostro mismo de sus propias madres. Lo que ellos hacen, es, destruir los lazos de la familia, pidiendo cadenas para la conciencia de las esposas cristianas; y esclavitud por esclavitud, nosotros preferimos la que sujeta al cuerpo y deja libre al alma.

Lo digo con santa y cristiana franqueza, gloria es para nuestra Religion el verse atacada por tales hombres. ¿Qué es, en efecto, la esposa cristiana, tal como la concibe la fe, tal como la ha hecho la Religion? Los incrédulos pervertidos hacen de ella pinturas imaginarias; y oponiendo á esos sueños de la irreligion y de la sensualidad, la realidad religiosa de la vida de la esposa cristiana, voy á manifestar, no ya su alabanza, sino más bien su deber.

Esposa cristiana es aquella que ha comprendido, que el acto más grande en el órden natural es aquel en que, á la faz de Dios y de los hombres, enlaza su destino; aquel en que, arrodillándose al pié del altar pronuncia, extendiendo su mano, los juramentos y promesas severas que emiten en su nombre los ángeles en el cielo. La Religion le dice, que las alegrías locas duran poco, que los sentimientos que no están acrisolados por lo divino, se marchitan pronto, más pronto que las flores de esa corona que se pone en su frente el dia de su desposorio, y que, ¡ah! esconde numerosas espinas.

Vedla arrojada en la triste arena de la vida, luchando á brazo partido con realidades tan diferentes de lo que antes creia. ¿En dónde, en dónde están aquellas ilusiones tan acariciadas en los cándidos años de su juventud? ¿En dónde el sentimiento puro, respetuoso, desinteresado? Si la Providencia le ha reservado un alma digna de la suya, la bendice; pero si ha decidido de otra suerte, si cada dia va robándole una de sus queridas y santas ilusiones, ¿quisierais que, cómo la mujer mundana fuese á mendigar al mundo, á su laxa moral, á sus locas diversiones, la dicha, que tiene derecho de exigir, pero que no ha encontrado?

No, no: ella ha comprendido con su fe su dignidad: ábrese ante ella un camino, comienza una vida de sacrificio é inmolacion de que Dios solo será testigo, y cuyo secreto heroismo enseña solo la Religion. Nada, nada será capaz de perturbar su paciencia; sabrá sacrificar sus gustos predilectos, sus más íntimas repugnancias al bienestar, al capricho, tal vez, de su consorte: y cuando su corazon se quebrará tal vez de dolor y despecho, se la hallará con la sonrisa en los labios.

Ignore en hora buena el mundo este oscuro martirio; abrigue, como sucede de ordinario, sospechas injuriosas acerca de la piedad y devocion de esta mujer; ¿qué le importa á ella? Va á descargar todo ese peso de padecimientos amontonados en su corazon al pié del Crucifijo, uniendo sus penas á las del Salvador, y recibiendo consuelos y fuerzas en la sagrada comunion. ¡Ah! lástima es, que esos hombres ciegos no sepan cuántas lágrimas enjugan nuestros altares, nuestros confesonarios, nuestro perdon, nuestra Eucaristía; ¡cuán nobles pensamientos sugieren, cuántas flaquezas animan, cuánta dulzura saben hacer sacar de las penas mismas!

Las plegarias subirán más y más fervorosas al cielo; y la fiel esposa cristiana, que las dirige en secreto, saltará un dia de gozo infinito, de un gozo que borrará hasta las menores reliquias de las amarguras pasadas: un corazon rebelde, á quien siempre amó, se abrirá, por fin, un dia á las secretas esperanzas de la afligida esposa; verá ésta cumplido, en fin, su mayor deseo; y con la conversion de un corazon querido, nada le quedará por desear en la tierra.

Entónces el ángel tutelar suyo, que velaba solícito por sus dolores, volverá sus miradas hácia el cielo, que la llama; y mucho tiempo despues de haber desaparecido de la tierra, señalará sus pasos una ráfaga de luz. Su recuerdo, su nombre, serán benditos de todos los que tuvieron la dicha de conocerla aquí abajo. Esta es la esposa

cristiana, estos los rasgos característicos de una vida admirable, solo conocida de Dios. Y éste es tambien uno de los mayores beneficios del catolicismo.

En lugar de profanar un tipo, un modelo tan hermoso y tan santo, paréceme que harian mucho mejor ciertos autores, en describirnos con sus doctas plumas sacrificios tan sentimentales é interesantes. Y no se crea, que cuanto acabamos de exponer sea una novela, una historia ideal: cada dia se están presentando á nuestros ojos escenas tan vivas y sublimes; y apelo á vosotros, católicos, de la realidad de mi asercion, pues que, sin duda alguna, sois testigos más de una vez de vidas tan dignas de respeto é interés.

Algunos espíritus fuertes, no pudiendo cerrar los ojos á tanta luz, ni desconocer virtudes que ceden en tanto provecho suyo, dicen sonriéndose: ¡Bueno! eso quiere decir, que la Religion es buena para mujeres! Y bien, católicos, acepto de grado esa proposicion, por más sardónico que sea su intento. Sí; la Religion es buena para las mujeres; ¡corriente! y yo me vanaglorio de ello por la Religion misma.

¿No querria decir eso por ventura, que el corazon llega más pronto y más fácilmente á la verdad, que el espíritu? ¿No querria decir eso, que el amor engañado por las criaturas, y que se arroja en el seno de Dios, le encuentra mejor que el orgullo, que se pone á disputar con Dios mismo?

¡La Religion es buena para mujeres! —¿Y quién es el que así habla? Por lo regular, el que así se expresa es un hijo, cuya niñez enfermiza se robusteció y se sostuvo por indecibles y contínuos desvelos de su madre, y que debe á los sentimientos religiosos de ésta, la salud, la vida; y la brillante posicion que ocupa. El que así habla, es de ordinario un marido sin conducta, que sacia de amargura y lágrimas á su esposa, y no encuentra en esta su víctima sino una resignacion angélica, una fidelidad y amor jamás desmentidos.

¡Callad, infelices é insensatos! Sin la Religion, que enseña á sacrificarse, tú, hijo, hubieras sido tal vez abandonado, en un momento de fastidio atroz, por un camino, á la lástima de un transeunte: sin la Religion, que prescribe á la esposa inmolarse en silencio, ese vínculo conyugal hecho por causa tuya, oh cruel é insoportable marido, hubiera sido roto violentamente; y en lugar del perdon y del silencio, habrias encontrado en tu hogar el ódio, las rencillas, la simulacion, la venganza! ¡Insensatos, aun más que ingratos! no blasfemeis, pues, del principio de este amor, que os salva á pesar vues-

tro! Y si alguno ha de maldecir la mano que dá, que no sea al ménos el que lo recibe todo.

2. No hemos examinado hasta ahora sino la primera fase de la constitucion de la familia.

La influencia del catolicismo va á apareceros como una nueva maravilla en su desarrollo, bajo esos nombres suaves de *Padre*, *Madre*, *Hijo*.

Y desde luego, vosotros, padres, ¿qué sois? — Vosotros representais á Aquel de quien en la tierra y en los cielos saca su nombre toda paternidad: vosotros sois los depositarios de la autoridad de Dios, á quien toda criatura inteligente saluda cada dia con el nombre de PADRE. Y ese Hijo, esa criatura delicada y suave, en quien se reflecta vuestra imágen, es un alma vuestra, rescatada con la sangre de Cristo.

La Religion ha tendido su mano sobre la frente de este niño, encorvado bajo el peso del anatema; le ha enderezado, le ha ennoblecido y vuelto á depositar en vuestras manos: os ha fiado un gran cargo, el de velar por el desarrollo de su razon. Vuestra solicitud, oh padres de familia, vuestros esfuerzos como hombres, son preservar al fruto de vuestra bendicion conyugal de todo error, de toda ocasion de extravío funesto. Otra, otra velará sobre su corazon, lo hará palpitar con sus primeras emociones, enjugará sus primeras lágrimas, calmará su primer lloro, responderá á sus primeras exclamaciones ininteligibles para vosotros, más adivinadas por tan celestial maestra: otra, otra será, quien velará con amor sobre la pureza de su manto de inocencia.

Cuando, ya crecido, comenzará el niño á preguntarse á sí mismo, cuando acosado por esa sed de conocer y de saber, se irá por la region peligrosa de la verdad, pensadlo, pensadlo bien y sin cesar; acompáñeos este pensamiento todo el dia, acompáñeos al través del reposo de vuestras largas noches; esa inteligencia, que os despierta y agita, será lo que le hayais hecho, será lo que le hayais dejado hacer; y si, en cierto dia, privado ese niño, ó jóven, de vosotros, afrentado por vosotros, no tiene fe, esa maldicion vuestra la hará caer Dios sobre vuestras cabezas; y en su dia, en el tribunal divino, os será pedida cuenta de la sangre de vuestro hijo.

Lo que os estoy diciendo ahora, lo que se os ha dicho mil veces antes, eso mismo es lo que nos manda la Iglesia repetir. La sabiduría gentil tiene dicha una expresion tan verdadera como profunda: «Se debe un gran respeto á la niñez; gran respeto y mayor cuidado á la adolescencia.» Jesucristo, el buen Pastor, nos tiene tambien dicho: «El que escandalizare á uno de mis pequeñuelos, valdria más que muriese...»

Se acusa á la Iglesia de querer apoderarse de las almas; se la acusa de apoderarse de la educacion: entendámonos!

¿Se quiere decir con esto, que la mueva á ello algun motivo humano? ó que espera con ello engrandecer su influencia política? ó que espera sacar de vuestras manos oro para las suyas? Entónces, si así fuere, oponeos en hora buena á las ambiciones de la Iglesia.

Pero lo que ella pide con tanta instancia ¿es solamente, que la fe del niño católico no se vea amenazada? ¿qué su moralidad no sea presa de doctrinas impías y sensuales? ¿Qué el que desea transmitir pura é intacta á sus descendientes la creencia antigua, lo pueda hacer con libertad entera? — En este caso, no reclama ella en nombre de los padres y de los mismos niños, sino lo que es un derecho de todos tres; entónces la Iglesia no hace sino cumplir con un deber.

Y si por cumplir esta santa funcion ó facultad, no recoge en retorno sino insultos y ultrajes, á vosotros, padres, toca levantar, sostener y cubrir vuestra madre con vuestro sufragio; porque lo que reclama es libertad para el alma, lo que reclama es la inviolabilidad de la familia, y, por consiguiente, la garantía del sosiego y felicidad del porvenir.

Pero en lo que se manifiesta y da á conocer la influencia de la Religion en la familia, con marcas más positivas y sensibles, es en la madre, en los sentimientos que la inspira. No sé yo si Dios ha hecho nada tan sublime y hermoso como el corazon de una madre. ¿No es verdad, que aquí en la tierra, ese corazon es la imágen que más se aproxima y que mejor retrata los sentimientos divinos de Piedad, de Ternura, de Misericordia, de Amor? — Ahora bien; es para mí de toda evidencia, que solo la Religion puede desarrollar, conservar, levantar á su altura el corazon de la madre.

Veamos y observemos á la que no es cristiana, si es dable la haya aun fuera del catolicismo, — pues, que en éste, la naturaleza entera es cristiana. — Esta madre ama en efecto á su hijo; le ama, es cierto, con un amor exclusivo; le ama hasta cerrar los ojos á las peligrosas y dañinas pasiones del jóven; pero lo que ama es el fruto de sus entrañas, ama el cuerpo, y ni piensa en el alma: no ha comprendido esta madre su funcion augusta de madre, la de comunicar al hijo vida espiritual. No le ha enseñado, teniéndolo en sus rodillas, no le ha enseñado á levantar los ojos al cielo: primer suspiro, perfume pri-

mero, que se exhala de un alma tiernecita, y que sabe atraer esas bendiciones, que son prendas de un porvenir venturoso.

Esta madre ha presentado á su hijo el pan, que alimenta el cuerpo; pero ese otro pan, preparado para su alma tiernecita, que solo ella podia y debia ofrecerle, impregnado de su ternura, empapado en sus maternales lágrimas, ese pan no ha sabido dárselo! Para ella, ¡cuántas tristezas le oculta el porvenir! ¡cuántos lloros tendrá que sollozar! ¡cuántas veces le sucederá no saber dónde ir á buscar un alivio á inevitables padecimientos de un corazon amargado! Porque, ¿en dónde encontrar consuelo, para la que no tiene Dios? ¿para la que no lo ha dejado como en herencia inmortal á sus hijos?

Pero, ¿qué diremos de la madre cristiana, de su influencia en la sociedad? Algunos modernos, paseando sus miradas por los males inmensos que por do quiera nos cercan, han propalado expresiones desalentadoras, han desesperado del porvenir. Yo pienso, sin embargo, que no han examinado bastantemente el estado social: han visto los elementos, los principios de guerra que existen — y, en efecto, son numerosos; — pero no han visto los elementos, los principios de paz que residen enérgicamente en la moral, y que han de salir triunfantes.

¡Madres cristianas! si hubieran dirigido sus miradas sobre vosotras, habrian esperado: y, en efecto, es principio admitido por los más célebres moralistas, que el hombre moral, en la parte superior de sí mismo, se forma en las rodillas, en el regazo de su madre: los gérmenes de bien ó de mal, que se le han inoculado entónces, se irán desarrollando más tarde progresivamente, pero con energía, á ménos de verse neutralizados por una influencia excepcional.

Si la madre ha tenido cuidado de grabar profundamente el divino signo en la frente de su hijo, puede estarse seguro de que no lo borrará jamás la mano del vicio. Muchos jóvenes, es cierto, á quienes prodigaba cuidados religiosos la maternal ternura, se vuelven infieles á la fe de su infancia, se dejan penetrar por el aire contagioso del siglo, y llegan hasta ultrajar con sus propias palabras la Religion, que consagró sus sentimientos primeros.

Pero, aguardad que la borrasca de las primeras pasiones se calme, y se verá como llevan, sin percibirlo tal vez, un principio *imperecedero*, que, á su tiempo, va á despertarse y volver á traer la virtud por medio del remordimiento: su fe no ha muerto; y no les creais cuando os dijeren que sí: cuando una vez llegó á echar la fe raíces profundas en el alma, no se desarraiga como quiera, ni se arranca la planta divina: cuando la antorcha celestial llegó á alumbrar nuestra

inteligencia, encendida por el soplo del amor de una madre, no se le apaga tan fácilmente como parece: la fe está adormecida, parece amortiguada, es verdad; pero tarde, ó temprano, recobrará su imperio: ilustres ejemplos de personajes contemporáneos comprueban nuestro aserto.

Madres cristianas, llena está de vuestras obras la historia de lo pasado. ¡Ah! Me hago cargo de que los que no tienen fe, y aborrecen cuanto nosotros amamos, traten de sustraeros á la benéfica influencia del Evangelio; pero miéntras vosotras esteis firmes, miéntras que podais estrechar en vuestros brazos al hijo de vuestras entrañas, miéntras que de vuestros labios se vaya desprendiendo é infiltrándose en el infantil é inocente corazon la doctrina de la Iglesia, todos sus sofismas, toda su habilidad y superchería vendrán á estrellarse contra esa misma fe, que hayais insinuado en su alma.

Vosotras nos atribuís, á nosotros predicadores de la sagrada palabra; nos atribuís, algunas veces, esas victorias espirituales. La gloria interior es de Dios, que mueve y toca el corazon; pero la gloria humana es vuestra, y yo os la devuelvo en pública voz y razon. Nuestra palabra no hace sino despertar el eco de vuestras palabras de otro tiempo. Nosotros hemos tocado en una roca, en una peña, pero bajo cuya dureza aparente se esconde un manantial de vivas aguas: ese manantial brotó y llenó esa alma, y nació de ella una flor de arrepentimiento, y nació una fe sincera, efectiva, estable, duradera, porque ha recibido la experiencia de la desgracia y de lo malo.

Si hay en la tierra sitio alguno en donde more la dicha humana, en donde se respire el perfume de la caridad de Dios, en donde se enjugan todas las lágrimas y se curan todas las llagas, es, sin duda, en una familia reunida y cobijada bajo las alas de la Religion; en una familia, en donde los sentimientos divinos vienen al socorro de los sentimientos humanos, en donde la virtud es una necesidad más bien que un deber.

Vosotros, los que estais cansados de los placeres de la vida, vosotros, que vais á buscar muy léjos, tal vez, lo que encontrariais tan cerca de vosotros mismos, yo os invito á la vida de familia: ahí, os lo digo con la mayor energía; ahí, no solamente existe la humana felicidad, sino la *verdad* misma. La familia es necesariamente cristiana, porque comprende y entiende instintivamente, que no puede haber buena union sino por medio de la fe.

Si por ventura penetrase alguna vez en este santuario la incredulidad, entónces... entónces fuera necesario desesperar del porvenir: pero no lo permitirá el Señor. En la puerta de este Eden afortunado,

está de vela un Angel revestido de un poder superior al de todos los sofismas, y de una fuerza á la que no puede hacer resistencia todo el genio del mal; y este Angel es EL CORAZON DE UNA MADRE CRISTIANA.

CATOLICISMO.

(SU INFLUENCIA EN LA SOCIEDAD HUMANA.)

IV.

Beata gens cujus est Dominus Deus ejus.
Feliz la nacion, cuyo Dios es el Señor.
(*Sal.* XXXII, 12.)

Hay una verdad, amados hermanos mios, muy propia para regocijar el corazon del justo, y para confundir al impío, y es: Que nuestra santa Religion, que parece no haber sido fundada sino para hacernos felices en la otra vida, nos hace ya dichosos aun en ésta; porque esta divina Religion, que se presenta demostrada á la razon con pruebas irresistibles, se deja persuadir aun mejor por el corazon, con la sencilla relacion de sus beneficios innumerables.

Una y mil veces venturoso el justo, que vive bajo su dulce influencia; florecerá como la palma, y descollará como el cedro en el Líbano: *justus ut palma florebit, sicut cedrus Libani multiplicabitur*. Dichosa tambien una y mil veces la generacion, el pueblo, la nacion, que se acoja bajo su égida, y que haya escogido á su Dios por Señor suyo; será como la sociedad celestial, que vive en el seno del órden y de la paz: *beata gens cujus est Dominus Deus ejus.*

Muy sabido teneis, hermanos mios, que segun las ideas de sana filosofía, la felicidad consiste en la satisfaccion de nuestras más no-

bles facultades; á saber, de nuestra inteligencia y de nuestro corazon. Ahora bien; en cuanto es permitido esperar, el espíritu del justo queda satisfecho desde esta misma vida, y su corazon se ve ya inundado de alegría. El justo es dichoso, sí, respecto de su inteligencia y de su corazon, aun en esta vida, porque á más de la esperanza de la eterna felicidad de la patria celestial, el catolicismo le hace gozar, aquí abajo, de toda la felicidad que se puede disfrutar en este lugar de destierro.

Y, en efecto; miéntras que, por un lado, el temerario filósofo, ansiando satisfacer su espíritu, anda buscando vanamente la verdad en doctrinas tristes y desconsoladoras, alejándose de los principios sagrados de la revelacion; miéntras que, azorándose, como el demonio de que habla el Evangelio, anda corriendo por una tierra árida y desierta, cayendo á cada paso de error en error, de abismo en abismo; miéntras que, bogando de contínuo en un piélago de incertidumbres, no sabiendo á dónde agarrarse, en dónde fijar sus plantas, experimenta el alma del filósofo insensato, en cada instante, angustias de duda y destrozo de desesperacion; el justo, al contrario, apoyado en la fe, como en base inmutable de verdad eterna, contempla con ojos serenos la luz de las inteligencias. No mira sino á Dios; pero en Dios ve los principios de todos nuestros conocimientos; ve en ÉL el pensamiento inmenso que ha concebido este vasto universo; ve en ÉL la sabiduría infinita que ha fijado leyes á todos los séres.

Miéntras, que, por otra parte, y para contentar su corazon, el hombre mundano se abandona locamente al amor de las criaturas, á pasiones fementidas, á todo deleite de los sentidos y de la imaginacion; en tanto, que embriagado por el humo pasajero de vanagloria, trata de hacer ruido al derredor del sepulcro, que lo ha de devorar inevitablemente; en tanto, que ansia con furia la felicidad, demandándosela á todo lo que le rodea, y por do quiera no encuentra sino angustias y espinas crueles; el justo, guiado por la Religion del cristianismo, ha encontrado el bien verdadero, y su corazon se siente abrasado del amor más puro, así como su alma inundada de castas é inefables delicias.

¡A Vos, oh divina Hermosura, siempre antigua y siempre nueva, á Vos adora, á Vos ama y por Vos suspira el alma justa! ¡A Vos implora, á Vos os invoca desde el rayar del alba hasta el ponerse del sol; y Vos, oh encantadora beldad suprema, le pareceis cada vez más amorosa, cada vez más tierna y deliciosa!

Entra el justo en relaciones íntimas con su Dios; y en esta comunicacion bebe el néctar divino, que sabe á celestial ventura; tiene

ya desde esta vida un sabor de la felicidad eterna; y si le acontece padecer algunas tribulaciones, resalta en el cuerpo el gozo interior del alma; exclama con san Pablo: Yo estoy embriagado de alegría en medio de mis tribulaciones: *superabundo gaudio...*

Este fenómeno, que se experimenta, hermanos mios, con harta frecuencia, vosotros mismos no lo podeis ignorar; y eso mismo os demuestra, que la Religion constituye aun en la tierra la felicidad del justo, llenando de satisfaccion su espíritu y corazon, suavizando todos los males, y ennobleciendo todos los bienes de esta vida.

Pero es mi intento presentaros hoy esta misma verdad, bajo un punto de vista mucho más elevado, haciéndoosla ver como la base del órden y de la felicidad de toda la sociedad humana. Ved aquí la verdad que os he de probar.

Estadme atentos; y para el acierto. A. M.

1. ¿Qué seria necesario, teóricamente hablando, para alcanzar á formar una armonía universal, feliz, perfecta, y hacer reinar en el mundo ese órden, ese acuerdo admirable, que caracterizan la felicidad suprema de la celestial Jerusalen? Bastarian dos leyes generales, dos leyes sencillas, pero perfecta y cabalmente observadas: *ley de subordinacion*, *ley de amor recíproco*. Ley de subordinacion, que colocára y contuviera á cada uno en la clase y rango que le es propio; ley de amor, que uniera todos los rangos de la humana sociedad sin confundirlos ni alterarlos.

Ley de subordinacion, por la que viéramos nosotros, que los amos ó señores mandasen con dignidad, y á los súbditos ó subordinados obedecer con respeto; y unos y otros conservar fiel é inalterablemente su puesto respectivo de superioridad ó de inferioridad: ley de union y amor, en virtud de la cual todos los hombres á quienes colocára y contuviera, por decirlo así, á distancia respetuosa unos de otros, se aproximáran, se unieran, se estimáran y ayudáran mútuamente.

La sumision, sola, hermanos mios, y sin el amor recíproco de los superiores y de los inferiores, no produciria en el mundo sino esclavitud y tiranía: así como el amor, sin subordinacion, no engendraria sino confusion y desórden.

Pero imprimid, arraigad en todos los corazones estas dos leyes de *subordinacion* y de *amor*; entónces, ¡ah! comprendo ya una sociedad perfecta, universal: los inferiores llenos de sumision y respeto por la autoridad, que los domina, se aproximan á ella en el órden

moral con el poderoso vínculo del amor, de la dulce confianza.

¿No veis á un hijo obedecer con amor á un padre, á quien estima, un criado á su amo; al ciudadano, obedeciendo sinceramente al magistrado, y al súbdito á su soberano? ¿No veis á los príncipes y magistrados, á los padres y amos mandar con bondad, imprimir respeto, sin hacerse temer, derramar sobre sus inferiores toda suerte de bienes, toda especie de favores, todos los dones de una amistad y caridad inagotables?

¿No veis, desde luego, como todos los miembros de cada sociedad forman entre sí una jerarquía admirable? Paréceme estar viendo á todos los hombres colocados por órden, segun sus diferentes grados y consideraciones, en derredor del Jefe supremo, que los dirige; y á gobernantes, por otra parte, postrados ante el trono del Eterno, tributando á la divinidad homenaje de todos los honores que reciben? ¡Qué órden! ¡qué concierto!

Habitantes del empíreo; ¿no es así como en la mansion del Eterno estais subordinados unos á otros; Dios sobre todos vosotros, y respetándoos y amándoos recíprocamente? Astros hermosos, que nos contais de consuno la gloria del Eterno, Todopoderoso; estrellas, soles innumerables; ¿no es así como sois conducidos por los espacios etéreos, en virtud de las dos fuerzas de atraccion y de separacion respetuosa; no es así como gravitais todos juntos al rededor del sol único, que os domina y atrae, que os ilumina y vivifica?

Y ¿no es tambien así, hermanos mios, como estaban puestas en órden, en otro tiempo, las tribus de Israel, cuando el impío Balaam, llamado para maldecirlas, no pudo ménos de bendecirlas y de exclamar con admiracion: *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentoria tua, Israel?* ¡Oh, y cuán hermosos son, Jacob, tus tabernáculos; y cuán hermosas tus tiendas, oh Israel!

Pues bien; en eso consiste el órden: en la *subordinacion* y *amor* entre todos los hombres, entre todas las clases de cada sociedad, y entre todas las distintas sociedades de la humanidad; y ese órden, que tanto os encanta, amados hermanos mios, es el que trabaja constantemente por hacer reinar en el seno de la sociedad humana nuestra divina Religion cristiana.

Porque, enseñando á los hombres las dos leyes fundamentales de la sociedad, la *subordinacion* y el *amor*, establece poderosamente la subordinacion, consagrando la *autoridad*, y prescribiendo la *obediencia*. Derrama tambien, al propio tiempo, en todos los corazones el amor, la union, la dulce confianza, simbolizándolo y reuniéndolo to-

do en la *Caridad;* y así es como, desde luego, y, en primer lugar, establece ó funda la subordinacion.

Dirigiéndose, además, á todos los superiores, de cualquier órden que sean, ya amos y padres de familias, ya príncipes y jefes de naciones: «Escuchad, les dice, vosotros todos los que gobernais á »otros. Sabed, que Dios es quien os ha otorgado el derecho de man»dar, y vuestro poder viene del Altísimo: *data est à Domino potes»tas vobis, et virtus ab Altissimo.* Todo poder, toda autoridad, viene »de Dios; por él reinan los reyes, por él mandan los legisladores. »*Non est potestas nisi à Deo.*»

Nosotros creemos, dice san Agustin, que solo el verdadero Dios es quien da el reino y el imperio. Él es quien comunica su autoridad á los padres sobre sus hijos, á los señores sobre sus criados, á los magistrados sobre las ciudades, á los gobernadores sobre los pueblos, que les están encargados.

Entended, pues, oh vosotros todos, que teneis mision de gobernar á vuestros hermanos, entended cuánto os eleva el Catolicismo. Este constituye y declara sagrada y divina vuestra autoridad, pues, que es una participacion de la autoridad misma de Dios: vosotros sois, respecto de vuestros inferiores, lo que Dios respecto del universo: sois nada ménos que dioses por participacion ministerial: *dii estis et filii excelsi omnes.*

Sí; vosotros, padres, amos, magistrados, que me escuchais; sois dioses: la Religion me lo enseña: *dii estis.* A vosotros, pues, la gloria, el poder, la majestad de Aquel, cuyos representantes sois en la tierra; pero á vosotros toca tambien dar á vuestros inferiores los ejemplos de sabiduría, de firmeza y de bondad que Dios da al universo. Ordenad siempre lo bueno, y prohibid lo malo: mandad siempre con razon y dignidad, nunca por pasion, capricho ni terquedad. Dioses sois; ¿lo entendeis? ¡Ah! no perdais de vista esta alta dignidad, de que os hallais revestidos, así como tampoco las graves obligaciones que os impone!

No echeis tampoco en olvido, ni menosprecieis esa cualidad augusta de vuestros superiores, oh vosotros todos, que les debeis respeto y obediencia. Rebelándoos contra ellos, os rebelariais contra el mismo Dios. Estad sumisos, os dice la Religion; someteos á las potencias superiores. El que resiste al Poder, resiste á la órden de Dios y merece condenacion. Prestad obediencia á quien obediencia se debe; pagad tributo á quien tributo se debe; tened temor santo á quien se debe temor; y honrad al que honor se debe; dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Hijos, criados, súbditos, obedeced todos á vuestros superiores: vuestra obediencia nada tiene de bajo, nada de despreciable: no os detengais ni pareis en el hombre que manda, y que, tal vez, sea indigno por su persona de vuestros homenajes: la Religion tiene las miras más altas; y más arriba del *hombre* os muestra al Rey de los reyes. A éste, no á aquéllos, como criaturas, se refiere vuestra sumision; y ante Él os acatais, cuando os inclinais ante el visible depositario de su poder.

Así es, hermanos mios, como ennoblece el Catolicismo la obediencia á los ojos de los inferiores, á pesar de recomendarla tan imperiosamente: y ved por que prescribe para las leyes del Estado una obligacion de conciencia, y á todos los superiores una autoridad sagrada é inviolable; estableciendo, de este modo, en la sociedad, la subordinacion, que es su primer principio constitutivo.

Pero, sobre todo, estadme atentos ahora, hermanos mios. — Hemos dicho, que el *amor* es el segundo principio de órden y de felicidad en la sociedad: ahora bien; el amor, harto lo sabeis, es el gran precepto, el mandamiento por excelencia de nuestra religion; porque el amor es el espíritu mismo, la vida misma del Catolicismo.

El mandamiento, que os doy yo, nos dice Jesucristo nuestro Bien, mi mandamiento especial, característico, el que es propiamente mi mandamiento por excelencia, es, que os ameis unos á otros. Amaos, y con esto habreis cumplido cabalmente con toda la ley: *qui diligit, legem implevit.*—Amaos, y sereis verdaderos hijos de vuestro Padre celestial, que no es sino caridad: *Deus charitas est.* — Amaos; y en eso se reconocerá que sois mis discípulos: *in hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

No hay sino una sola familia en la tierra, y un Padre en el cielo: amaos, pues, como hermanos, y á Dios sobre todas las cosas. Todos teneis un orígen mismo, una misma naturaleza, una misma destinacion: uno mismo es el Dios que os ha dado la vida del alma, y el mismo Adan os ha dado la del cuerpo: una misma es la sangre que circula por vuestras venas, uno mismo el sol que os alumbra, una misma la tierra que os sostiene y alimenta, uno mismo el aire que refresca vuestras entrañas. ¿Es, que no aspirais todos á un mismo cielo, á la misma inmortalidad? ¿No tendreis que pasar todos, grandes y pequeños, el mismo umbral de la muerte? — Amaos, pues, unos á otros.

El que no ama, mora en la muerte, dice S. Juan: *qui non diligit, manet in morte.* «Aunque hablára yo lenguas de ángeles y de hom-

bres, palabras del cielo y de la tierra, dice S. Pablo, si no tengo caridad, me semejo al metal que retiñe, á la campana que suena; y aun cuando tuviera yo el don de profecía, el conocimiento de los misterios más altos y la ciencia de todas las cosas; aun cuando tuviera yo tal fe, que hiciera trasportar montañas; si no tengo caridad, nada soy: aun cuando invirtiera yo todos mis bienes en alivio y socorro de los pobres, entregára mi cuerpo á ser quemado; si no tengo caridad, de nada me sirven estos sacrificios. »

¿Quién podrá desconocer, amados hermanos mios, el espíritu de la Religion, despues de expresiones tan claras y enérgicas? Más, para quedar aun más convencidos de que no respira sino amor y caridad, repasemos muy sumariamente las últimas palabras, y, por decirlo así, el testamento de su Fundador divino.

En la última cena que Jesucristo celebró con sus Apóstoles, y que fué el más hermoso y sublime triunfo de su caridad para con nosotros, al punto mismo de dejar, de separarse de aquellos á quienes habia amado hasta el mayor extremo á que pueda llegar el amor de un Dios, dándoles, por decirlo así, su despedida, y comunicándoles los últimos secretos de su amor, se dirige á su Padre, y le pide.....

¿Qué pensais, hermanos mios, qué pensais va á pedirle? —¿Qué crezca y persevere en su reino la abundancia de la paz?—No, esto no basta... ¿Qué será, pues? ¿qué estemos unidos como lo están entre sí los Serafines en la celestial Jerusalen? —No; aun esto es poco. ¿Qué irá, pues, á pedir? —¡Ah! preste atentamente oidos el que los tenga, y aplique su atencion el que sea capaz de comprender! *Oro, Pater, ut unum sint, sicut et nos unum sumus:* os suplico rendidamente, oh Padre mio, que mis discípulos, que mis creyentes, que todos los hombres á quienes vengo á rescatar con mi sangre, estén unidos entre sí, y que sean todos *uno*, como yo soy *uno con vos!*

¡Oh union sublime! ¡oh caridad inefable de la ley cristiana! ¿Quién será capaz de decirnos ahora toda la perfeccion; todos los felices resultados que estás llamada á producir? Pues, que eres tú, Caridad divina, la que forma la sociedad eterna del Padre con el Hijo, y que de las tres Personas divinas no haces sino un solo Dios, ¡qué paz, qué union, qué órden, qué armonía no harias tú reinar en nosotros, si descendieras de tu mansion augusta; si nos hicieras ver un solo instante tu hermosura encantadora!

Queda, pues, demostrado, por los principios mismos de la Religion, que el Catolicismo tiende á formar una sociedad perfecta, y

que *es, de derecho*, el bienhechor de la humanidad en general. Pasemos ya á probar esta misma verdad por los *hechos*.

2. Hermanos mios, ¡cuán propicia se nos muestra la historia para evidenciarnos esta verdad! Hechos incontestables, tradiciones no interrumpidas, monumentos indelebles, todo, todo ha sido conservado por la mano providencial del Omnipotente para demostrarnos, que en todo tiempo y lugar, en toda edad y pueblo, el Catolicismo ha sido el constante bienhechor de la sociedad. Y si no temiera yo abusar de vuestra piadosa indulgencia, ¡qué cuadros tan magníficos no pudiera presentaros de prodigios de beneficencia obrados por la Religion en provecho de los hombres!

Abramos y registremos los anales de nuestra santa fe. Y ¿qué vemos desde la primera página? Una religion que toma nacimiento, ó más bien, una nueva forma de su desarrollo en Jesús, nacido en Belen: y nace ella en medio de milagros, pero milagros que son otros tantos beneficios, precursores de otros mayores, que no cesarán jamás.—Jesucristo, su Autor divino, trae consigo ese siglo de oro cantado por los poetas; esa paz profunda y universal, que celebran los ángeles en sus conciertos: *et in terra pax hominibus;* paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Muy pronto va obrando nuevos prodigios; no ya señales en el cielo, como pedian los Judíos, sino milagros de bondad, más bien que de poder: da vista á los ciegos, oido á los sordos, facultad de andar á los cojos y tullidos, salud y robustez á los enfermos. A su voz, salen del sepulcro los muertos y abren de nuevo sus ojos á la luz; entre sus manos bienhechoras, unos cuantos panes se multiplican sobreabundantemente á las necesidades de un pueblo inmenso que le sigue: imágen sentimental de esa misma bondad, que da todos los años á la simiente esa grande fecundidad que admiramos.

Adelantemos un paso más en la historia; y ¿qué vemos?

Sale del Calvario la Religion, llevando consigo la cruz del Salvador: rodeada de Apóstoles, marcha animosa é intrépida, nada ménos que á la conquista del mundo: adelántase en su camino, derramando en torno suyo inefables beneficios, y va pasando por todas partes haciendo bien.

Muchedumbre de pueblos le va saliendo al encuentro, los enfermos se agrupan en su derredor, y su sombra sola da salud á los enfermos: con lo que se comprueba que, desde su aparicion en el mundo, la Religion se ha dado á conocer por los efectos de su inmensa caridad.

Mucho cuesta á mi corazon el no poder pintaros nuestra Religion

santa atravesando las edades siguientes, sembrando en todos los corazones la dicha y la esperanza, derramando en el seno de la sociedad mil y mil beneficios inestimables; sosteniendo con su mano poderosa el viejo imperio romano, cuyas plantas flaquean; destruyendo esa infame idolatría, que cual plaga hedionda habia invadido á todo el género humano. ¡Beneficio inmenso, triunfo glorioso del Catolicismo!

Esta misma Religion divina derroca, por do quiera, los dioses impuros y crueles del paganismo; desmorona esos altares, de donde manaba á torrentes sangre humana; destruye ese culto envilecedor, bajo cuya influencia la razon del hombre se habia convertido en madriguera de errores, y su corazon en un foco encendido por todas las pasiones inmundas.

Representaos, amados hermanos mios, al género humano de entónces como un gran cuerpo enfermo: su cabeza desfalleciente y perturbada por los vapores de la mentira; su corazon, un volcan apagado, que devasta cuanto está á su alcance, y todo su interior una llaga asquerosa y dolorida. Ved al enfermo: ¿y quién le curará?—¿La filosofía?—¿El Areópago?

¡Cómo! ¿la filosofía? Pues ¡si es cómplice y aun instigadora de tantas maldades!—¿El Areópago? Pero ¿en dónde está el principio de sus doctrinas, pues, que ni aun conoce quién es Dios? *¡Ignoto Deo!* hé aquí su lema. ¡Ah! ¡Vergüenza eterna á la política, á la filosofía, á la sabiduría de los prudentes del siglo! La sabiduría del hombre ha sido convencida de impotencia y de necedad: y la demencia de la cruz va á triunfar por sí sola.

Apóstoles del Hombre-Dios, levantad los ojos y mirad: ved esas inmensas playas calamitosas; ved tantos y tantos pueblos sepultados entre sombras de muerte, en cuyo seno fermenta fria calentura del sepulcro: Id; id y enseñad: id á volverlos á la vida; vosotros sois la sal conservadora, la sal preservadora de la corrupcion; vosotros sois la luz del mundo: id á hacer que brille sobre ellos.

Y estos humildes discípulos de un hombre crucificado, parten, y van á evangelizar por todas partes, y por todas partes se desmorona el viejo edificio del paganismo á su presencia, á los golpes del martillo de su predicacion y de sus virtudes. Cae, se desploma, por fin, del todo este edificio de errores, del cual no habian podido arrancar ni una sola piedra la sucesion de tantos sábios, durante miles de años: cae, cae en un momento, como los muros de Jericó al son del clarin evangélico. Y el universo se salva, y la cruz se muestra brillante en la cima del Capitolio, y todo lo atrae á sí.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio de la Religion! Más tarde, cuando enjambres de bárbaros salidos del Norte vinieron á extenderse por toda la superficie de la Europa, y vinieron á caer sobre nuestras provincias como un torrente devastador, cual una lluvia de fuego que todo lo abrasa y consume, como espantosa tromba que abruma los pueblos; la Religion fué quien detuvo y sorprendió desde luego tan terribles destrozos. El furor de Alarico y de sus soldados espira á las puertas de nuestras iglesias, á donde todo el mundo va á buscar asilo. Atila, el azote de Dios, ante quien marchaba el terror y el espanto; Genserico, no ménos terrible, se detienen sobrecogidos ante el gran papa san Leon: y si es cierto, que los bárbaros se hacen dueños del imperio, la Religion se hace señora de ellos.

Háblales ésta de los castigos de la otra vida, de los derechos de la humanidad ultrajada, de los encantos de la virtud: con la augusta pompa de sus ceremonias hiere vivamente sus imaginaciones salvajes, y consigue tocar sus corazones: con reiterados milagros logró convertirlos, y con su doctrina los civilizó y suavizó poco á poco, y los cuenta despues entre sus hijos, que se admira de ver cambiados en corderos á estos lobos.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio de nuestra santa Religion! Ella salvó al género humano de otro azote no ménos terrible que la barbárie, de esa espesa ignorancia, ó mejor, de esa noche tenebrosa, de esa caverna profunda en que se habia sepultado el espíritu humano, durante los siglos IX, X y XI. La Religion conservó entónces en sus monasterios el precioso depósito de las ciencias, de que tanto nos gloriamos hoy; y volvió á traer al mundo la luz de la inteligencia, que habíamos perdido.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio del catolicismo! La abolicion de la esclavitud. ¡Ah! pueblos infortunados, se os amarraba con cadenas, se os vendia, se traficaba con vosotros como vil mesnada: amos, lo más de ordinario duros y crueles, tenian sobre vosotros derecho de vida y muerte.

Bendecid una y mil veces al Catolicismo, á quien debeis vuestra libertad.

Y, en efecto; la Religion hizo decretar la primera ley para la manumision de los esclavos; vendió hasta sus propios vasos sagrados para rescatarlos; y proclamó, la primera, en el mundo, la libertad, la fraternidad, la igualdad de todos ante Dios; ella fué quien rompió ese yugo cruel, bajo el que gemia más de la mitad del género humano.

Hemos visto, pues, que la Religion del cristianismo ha librado al

mundo de la *idolatría* pagana, de la barbárie del Norte, de la *ignorancia* de la edad media, y de la *esclavitud*, tan inveterada en la sociedad: es decir, que nos ha libertado en los tres mayores azotes que puedan afligir al linaje humano.

Aun hay más; pero como tenemos que estrecharnos tanto, solo notaremos algunos hechos de más trascendencia. —Seguid, seguid á esta divina Viajera universal, á esta Religion santa; seguidla en su marcha al través de los siglos, y observad cuántos beneficios va sembrando por todo á su paso: seguidla en esas cruzadas lejanas, á donde va á oponerse á una nueva avenida é irrupcion de bárbaros, de esos terribles musulmanes, los más crueles enemigos de la civilizacion.

Seguidla en el descubrimiento del Nuevo Mundo: ¡con qué celo va arrancando de mano de los vencedores, crueles por necesidad, la espada de sangre! con qué amor y compasion dulcifica la suerte de los vencidos! y cómo derrama el bálsamo precioso y vital de la caridad para todas sus llagas!

Seguidla, seguidla en sus misiones evangélicas, en las islas, en paises salvajes y desconocidos, á donde va á recordar al hombre su dignidad, la razon, la civilizacion, la salvacion eterna, y la felicidad verdadera: ¡cómo hace penetrar estas verdades en pueblos degradados y salvajes!

Pero ¿qué necesidad tenemos de ir tan léjos? Echad una mirada en torno de nuestras mismas moradas, y considerad esas innumerables instituciones y establecimientos fundados para bien de la humanidad.—Hospitales, hospicios, enfermerías, en que el enfermo y desgraciado recibe todo socorro de cuerpo y alma; esas casas de asilo y caridad, en donde centenares de miles de niños y niñas encuentran un albergue; esas casas de refugio, donde, ó la inocencia, ó la penitencia, encuentran asilo; esas escuelas, colegios, universidades, seminarios, en donde la juventud se inicia en la ciencia y en la virtud bajo la égida de la Religion. Considerad, además, esos coros angélicos de vírgenes y de matronas cristianas, que se consagran al servicio del prójimo en todas sus necesidades corporales y espirituales.

Ved á esas heroínas cristianas correr con tierna solicitud por todas partes, bajar á los aposentos bajos, subir á los desvanes en busca del desvalido y del menesteroso, para sacarlo de entre los horrores del hambre y de la desesperacion, y depositar en sus corazones un rayo de esperanza y amor.

¿Y á quién son debidos tantos y tantos establecimientos de beneficencia? ¿Y á quién esas trazas sublimes para descubrir las miserias ocultas, esa prevision para prevenirlas? ¿A quién si no á la sabiduría y caridad cristiana? ¿A quién debemos la conservacion de las sanas doctrinas en el seno de un siglo corrompido y perverso? ¿No es evidentemente al Catolicismo?

Religion sagrada; tú eres digna de todo nuestro reconocimiento y homenajes, pues que tú eres la que alivias sin cesar la humanidad paciente, la que sostienes el edificio social en la pendiente de su ruina, la que fortaleces nuestros pasos en esta tierra siempre movediza, siempre resbaladiza! Pues que tú eres para el hombre en particular el tesoro más precioso, el mayor beneficio del cielo, el orígen y principio de su felicidad aquí abajo, sé una y mil veces bendita para siempre jamás.

Te juramos, oh Religion divina, eterno amor y agradecimiento; nosotros te adoraremos y veneraremos en todos tiempos, en todos lugares: te respetaremos en la persona de tus ministros, en tus templos, en tus sacrificios: abrazaremos con gozo tus preceptos, y practicaremos fielmente tus dos leyes de subordinacion y amor.

Religion santa; mis más queridas delicias; si te llegare á olvidar nunca, olvídeme yo antes de mi mismo! ¡Quédese antes yerta mi diestra é inmóvil á mi costado! ¡Quédese pegada mi lengua á mi paladar si jamás pudiera quitarte de mi pensamiento! Religion, sé nuestro amor, sé nuestra guia tutelar durante la vida; sé el consuelo nuestro en la muerte, y nuestro gozo inefable en la eternidad. Amen.

CAUDAL Ó CAPITAL.

(MEDIOS Y OBLIGACION DE ADQUIRIRLO.)

DISCURSO DIRIGIDO PRINCIPALMENTE Á LA JUVENTUD.

Facite vobis thesaurum.
Haceos un tesoro.
(*Luc.* XII, 33.)

Hoy, hermanos mios, me he propuesto explicar un gran principio de vida; pues el primer destino del hombre es vivir. Asunto es éste que interesa á todos; pero que se refiere especialmente á los jóvenes, á quienes me dirijo hoy en particular. Acaso os parecerá esto una tarea por demás sencilla, para lo cual os basta seguir haciendo lo propio que hasta ahora. Pues, qué; ¿creeis, tal vez, que la vida, no considerándola exclusivamente con respecto á este mundo, sino tomándola en su acepcion más lata y general, se reduce á levantarse por la mañana, disponer el trabajo que ha de hacerse durante el dia, comer y descansar, y alternar las ocupaciones graves con las distracciones? ¿creeis, que estamos destinados á un fin tan pobre como éste? La vida es una difícil tarea que se nos ha impuesto; difícil, digo, y os convencerá la experiencia propia, la experiencia de los que han empezado á conocer en su juventud la necesidad de crearse una posicion, más ó ménos humilde, y de constituirse en una ú otra de las clases de la sociedad. Ved aquí porque en nuestro siglo, que descuella por la actividad con que se afanan todos en adquirir capitales y recursos propios, conviene que la juventud, destinada á reemplazarnos, sepa acomodar su actividad á los preceptos de la doctrina cristiana y de la Sagrada Escritura, en la cual nos previene Jesucristo, que procuremos adquirir un tesoro: *Facite vobis thesaurum.*

La palabra *tesoro* debemos considerarla como una imágen, que representa varios conceptos: lo que el Evangelio llama un *tesoro*,

palabra que se usa con bastante frecuencia en la Sagrada Escritura, y particularmente en el nuevo testamento, traducido á nuestra moderna habla, significa lo que entendemos por caudal. Así cuando Jesucristo nos dice: *Facite vobis thesaurum*, quiere decir: procurad reunir un caudal. Un tesoro es una coleccion de preciosidades, que se han recogido cuidadosamente; pero el caudal significa otra idea más concreta, sin que por esto deje de ser profunda. La palabra caudal es sinónima de otra, la de *capital*, formada de la voz latina *caput*, que significa cabeza: así, pues, el capital ha de ser un principio de vida, principio que lo dirige todo, lo combina todo, lo arregla todo, y hace que todo desaparezca, cuando desaparece este principio. Vamos, pues, á examinar á la luz de la doctrina del Evangelio la gran ley del capital, que es la ley de la vida, ley que se limita á este único artículo: *Facite vobis thesaurum.*

Pero, veamos, ante todo, que debe entenderse por la palabra caudal. El caudal es una parte de la vida, ajena á nuestra naturaleza; pero que se transforma, dejando que la sometamos, en cierto modo, á identificarse con nosotros mismos. El caudal es un principio de vida, ajeno á nuestra naturaleza, si bien lo sometemos á nosotros mismos, lo convertimos en propio y personal; de suerte, que las palabras de Jesucristo: *Facite vobis thesaurum*, debemos entenderlas en este sentido: Tomad todo lo posible de la vida exterior, para agregarlo á la interior. Ved aquí precisamente, lo que en mayor ó menor grado haceis todos los dias, sin apercibiros de ello, segun os permiten respectivamente vuestra posicion y vuestra capacidad. Esta tarea, de la cual depende nuestra existencia, será precisamente el objeto de este discurso, en el cual voy á demostraros, que el caudal es el principio que lo regula todo; y, al propio tiempo, pondré á vuestro alcance esta verdad, explicando los medios de adquirir, de colocar y de conservar este caudal.

Dispensadme, hermanos, que haya dado semejante interpretacion á las palabras de Jesucristo, quien se sirvió de la frase *Facite vobis thesaurum*, para explicarnos la conducta que debemos observar en este punto. Las vicisitudes de los tiempos y el carácter de las variables circunstancias de las sociedades humanas exigen, que se dé á las ideas una forma acomodada á la comprension vulgar y aplicable á nuestras costumbres, para dirigirlas por el buen camino. Ved aquí, pues, el objeto que me he propuesto explicaros, si me favorecen los auxilios de la divina gracia. Implorémoslos por la intercesion de la Vírgen. A. M.

CAUDAL Ó CAPITAL.

(MEDIOS Y OBLIGACION DE ADQUIRIRLO.)

DISCURSO DIRIGIDO PRINCIPALMENTE Á LA JUVENTUD.

Facite vobis thesaurum.
Haceos un tesoro.
(*Luc.* XII, 33.)

Hoy, hermanos mios, me he propuesto explicar un gran principio de vida; pues el primer destino del hombre es vivir. Asunto es éste que interesa á todos; pero que se refiere especialmente á los jóvenes, á quienes me dirijo hoy en particular. Acaso os parecerá esto una tarea por demás sencilla, para lo cual os basta seguir haciendo lo propio que hasta ahora. Pues, qué; ¿creeis, tal vez, que la vida, no considerándola exclusivamente con respecto á este mundo, sino tomándola en su acepcion más lata y general, se reduce á levantarse por la mañana, disponer el trabajo que ha de hacerse durante el dia, comer y descansar, y alternar las ocupaciones graves con las distracciones? ¿creeis, que estamos destinados á un fin tan pobre como éste? La vida es una difícil tarea que se nos ha impuesto; difícil, digo, y os convencerá la experiencia propia, la experiencia de los que han empezado á conocer en su juventud la necesidad de crearse una posicion, más ó ménos humilde, y de constituirse en una ú otra de las clases de la sociedad. Ved aquí porque en nuestro siglo, que descuella por la actividad con que se afanan todos en adquirir capitales y recursos propios, conviene que la juventud, destinada á reemplazarnos, sepa acomodar su actividad á los preceptos de la doctrina cristiana y de la Sagrada Escritura, en la cual nos previene Jesucristo, que procuremos adquirir un tesoro: *Facite vobis thesaurum.*

La palabra *tesoro* debemos considerarla como una imágen, que representa varios conceptos: lo que el Evangelio llama un *tesoro*,

palabra que se usa con bastante frecuencia en la Sagrada Escritura, y particularmente en el nuevo testamento, traducido á nuestra moderna habla, significa lo que entendemos por caudal. Así cuando Jesucristo nos dice: *Facite vobis thesaurum*, quiere decir: procurad reunir un caudal. Un tesoro es una coleccion de preciosidades, que se han recogido cuidadosamente; pero el caudal significa otra idea más concreta, sin que por esto deje de ser profunda. La palabra caudal es sinónima de otra, la de *capital*, formada de la voz latina *caput*, que significa cabeza: así, pues, el capital ha de ser un principio de vida, principio que lo dirige todo, lo combina todo, lo arregla todo, y hace que todo desaparezca, cuando desaparece este principio. Vamos, pues, á examinar á la luz de la doctrina del Evangelio la gran ley del capital, que es la ley de la vida, ley que se limita á este único artículo: *Facite vobis thesaurum.*

Pero, veamos, ante todo, que debe entenderse por la palabra caudal. El caudal es una parte de la vida, ajena á nuestra naturaleza; pero que se transforma, dejando que la sometamos, en cierto modo, á identificarse con nosotros mismos. El caudal es un principio de vida, ajeno á nuestra naturaleza, si bien lo sometemos á nosotros mismos, lo convertimos en propio y personal; de suerte, que las palabras de Jesucristo: *Facite vobis thesaurum*, debemos entenderlas en este sentido: Tomad todo lo posible de la vida exterior, para agregarlo á la interior. Ved aquí precisamente, lo que en mayor ó menor grado haceis todos los dias, sin apercibiros de ello, segun os permiten respectivamente vuestra posicion y vuestra capacidad. Esta tarea, de la cual depende nuestra existencia, será precisamente el objeto de este discurso, en el cual voy á demostraros, que el caudal es el principio que lo regula todo; y, al propio tiempo, pondré á vuestro alcance esta verdad, explicando los medios de adquirir, de colocar y de conservar este caudal.

Dispensadme, hermanos, que haya dado semejante interpretacion á las palabras de Jesucristo, quien se sirvió de la frase *Facite vobis thesaurum*, para explicarnos la conducta que debemos observar en este punto. Las vicisitudes de los tiempos y el carácter de las variables circunstancias de las sociedades humanas exigen, que se dé á las ideas una forma acomodada á la comprension vulgar y aplicable á nuestras costumbres, para dirigirlas por el buen camino. Ved aquí, pues, el objeto que me he propuesto explicaros, si me favorecen los auxilios de la divina gracia. Implorémoslos por la intercesion de la Vírgen. A. M.

1. Al nacer, no traemos á este mundo caudal ni tesoro alguno; desnudos venimos á este mundo. El hombre, al nacer, trae un gérmen de vida, que son sus facultades; pero, si estas facultades se dejasen paralizadas por un breve tiempo, el hombre dejaria de ser hombre. Es preciso, que en el mismo punto en que se le dá el movimiento interior y exterior, busque fuera de sí los elementos de vida; es preciso, que se apropie una vida que le es ajena, y que siga apropiándosela desde el primero hasta el último dia de su existencia.

El hombre, que no allega tesoros ó caudal, es, en nuestro concepto, un salvaje. El salvaje es un hombre que no tiene caudal alguno, ni material, ni intelectual, ni moral; no lo tiene material, porque carece de propiedad, anda errante por los bosques y á orillas de los rios, y se proporciona su sustento, abandonándose á las contingencias que la Providencia le depara, ó que pone en sus manos la naturaleza al hacer que caiga herido de una flecha un animal, que tal vez no ha buscado. No tiene caudal intelectual, porque admira el movimiento de los astros en el firmamento, sin examinar la ley que lo regula, ni las que rigen la tierra que le sustenta. No tiene caudal moral, pues está sobre la tierra, é ignora porque ha venido á ella; sabe, con cierta vaguedad, que hay un Sér supremo, porque la tradicion se lo ha dicho, y le adora y le venera, pero de un modo original é incompleto. En el salvaje no busqueis más que carne y sangre: mata cuando por necesidad ó por placer se siente incitado á matar; abusa de sus facultades, ó mejor, de su fuerza, contra sus enemigos vencidos; y aun puede decirse con mayor propiedad, que no tiene enemigos, pues la amistad y la enemistad es una idea moral, que para él no existe. Si encuentra algun obstáculo, lo arrolla; si le aqueja algun deseo frenético, lo satisface, sin imponerse límites, sin atender á que exista el bien ni el mal.

Pues bien; todos los jóvenes se encuentran en una edad, en que se trabaja por sacarlos de ese estado salvaje; puesto que, si nuestros padres no nos hubiesen cuidado desde la infancia, si nos hubiesen abandonado, suponiendo que de esta suerte hubiésemos podido vivir, si, en fin, la Iglesia no nos hubiese proporcionado en el bautismo el primer elemento de una vida superior, seríamos en realidad unos salvajes. Sin embargo, hay hombres de esta índole, que nos rodean y apremian á todas horas para seducirnos; y para convenceros de esto, no teneis más que fijar la vista en la degenerada sociedad, donde abundan, por desgracia, los ejemplos de esta clase. El hombre se engrandece por la propiedad, por su caudal, por su familia; se engrandece al someterse á la tierra, de la que es el monarca, por virtud de

la creacion; y aun cuando el hombre no adquiera más que la propiedad de un campo para abrir en él su tumba; aun cuando solo tenga la facultad de pisotear ese campo, que será su sepultura; el mero concepto de propietario basta para engrandecer al hombre. Y esta tendencia es general, puesto que, si bien algunos no aspiran á ser propietarios en vida, todos desean serlo en muerte, para disponer de algunos palmos de terreno en que depositar sus restos hasta el dia del juicio universal.

El capital intelectual del hombre no se reduce exclusivamente á la propiedad territorial, sino que comprende el conocimiento de la tierra, el conocimiento de su propio cuerpo, el conocimiento del cielo y el de la misma sabiduría. Pues bien: es evidente que hay tambien una clase de propiedad, que constituye la dignidad del hombre. Explicaré esta idea. Para subordinar nuestra inteligencia al estudio de los astros, para examinar sus leyes y trazar en un papel las órbitas, que recorren en el movimiento admirable que les ha dado la sabiduría divina, es preciso, que la limitada inteligencia del hombre siga á la inteligencia infinita hasta conocer sus planes, y adquirir un conocimiento personal de los mismos; ved aquí, hermanos, la dignidad del hombre, que ve y examina las obras de Dios, como Dios las ve y examina; dignidad del hombre, que puede decir: Dios ha creado el mundo, y yo conozco las leyes por las cuales se rige. Esta ciencia hace al hombre, intelectualmente considerado, propietario de la tierra, del aire, de la luz, del mismo modo que es propietario de una parte material de la tierra.

Los conquistadores se disputan el terreno, pero la ciencia no tiene disputas con nadie; y cuando se ha descubierto la verdad, pertenece á dos, á tres, á mil; en una palabra, pertenece á todos por entero. Por esto, cuando poseamos á Dios, poseeremos lo infinito, y lo poseeremos por entero.

Por último, hermanos mios; el capital moral, que es la virtud, constituye la dignidad de nuestra alma. El hombre, que desde su nacimiento está sujeto á mil tentaciones, se abandona á los mayores excesos y á los instintos del orgullo, llega, sin embargo, por medio de la virtud, á ser casto y humilde; del egoismo pasa á la caridad; llega á imponer respeto al cuerpo, y á someterle al imperio del espíritu; y, en último resultado, logra subyugar sus sentidos, que constituyen su aguijon constante. Ser fuerte en medio de la debilidad, es la obra maestra de la virtud; la virtud es la fuerza en medio de la debilidad. Así pues, toda nuestra vida se reduce al caudal material, representado por la propiedad; al caudal intelectual, represen-

tado por la ciencia, y al caudal moral, representado por la virtud. Así como el individuo, en su cualidad de propietario, debe considerarse bajo estos tres aspectos, lo propio debe hacerse con respecto á las familias.

¿Qué es una familia? Un hombre, una mujer, un niño, los criados: estos son los individuos que constituyen la familia. El hombre es un sér libre, que, en cierto modo, y en mayor ó menor grado, es propietario; un sér, que no se sorprende de lo que pasa á su alrededor, porque lo ve; un sér, que ha reprimido sus pasiones, que se gobierna á sí propio, que gobierna su casa, que gobierna todo lo suyo; un sér, que abriga pensamientos nobles, grandes y generosos. La muger es más débil que el hombre, tiene ménos conocimientos, y se distingue, acaso, por rasgos ménos brillantes de virtud; pero, en cambio, está dotada de más gracias y dones, y se hace admirar por una virtud, tanto más grande, en cuanto constituye su verdadera grandeza en medio de la debilidad. El hijo de familia participa en sus tiernos años de las respectivas cualidades de sus padres; participa de las gracias de su madre, llora como ella; pero en su juventud, adquiere el vigor de su padre, y, siguiendo sus pasos, está destinado á sucederle. El criado, es acaso el sér que tiene ménos ciencia y propiedad, pero que reune quizás mayor caudal de virtud, porque está obligado á obedecer, haciendo el sacrificio generoso de su propia voluntad ante el mandato del hombre, de la mujer ó del hijo, para que, reuniéndose algun dia en la vida futura, puedan presentar á Dios el modelo de una familia. Ved aquí, pues, como en la familia encontramos tambien la propiedad, la ciencia y la virtud.

¿Quereis que os presente ahora el ejemplo de las naciones? Hay naciones indignas, que nunca han sabido defender su independencia, que nunca han sabido proporcionarse una civilizacion regular; naciones esclavas, que se atraen el desprecio de la historia, y son el oprobio del género humano. Naciones hay, que no por el fraude y la violencia, sino por el derecho de conquista, habian adquirido un territorio que no supieron, no digo conservar, pero ni aun proteger; naciones, que tenian una patria, que han cedido sin resistencia, ó que no han sabido defender hasta la muerte—en tanto, que á orillas del Atlántico, como dice un autor, un grupo de pescadores de arenques han defendido su territorio, invadido por las aguas, contra las principales potencias de Europa;—naciones hay, repito, que viven como extranjeras en su propio suelo; pues bien, todas esas naciones son indignas, porque no han cultivado el espíritu ni adquirido la práctica de la virtud.

En otras naciones, empero, encontramos los tres grandes síntomas de toda civilizacion, el caudal material, el intelectual, y el moral: el caudal material consiste en su propiedad nacional, defendida hasta el presente; el capital intelectual lo forman el foco de conocimientos que han ilustrado al hombre, difundiendo la verdad por todos los pueblos de la Europa; el capital moral consiste en la virtud, más que sea puramente humana, que comprende la ancianidad y la infancia. Los judíos, los griegos, y los romanos, estos tres grandes pueblos de la antigüedad, tuvieron en alto grado esos tres caudales, síntomas inequívocos de vida para las naciones.

Ved tambien lo que sucede con la religion. Si no tuviese un caudal moral, intelectual é histórico, no hubiera podido resistir á los ataques de la ciencia humana. La gran fuerza del catolicismo, consiste, precisamente, en que posee el mayor caudal histórico, material, intelectual y moral; prueba infalible de que es la verdadera religion. Así, pues, el caudal es el principio de toda dignidad y vigor en el individuo, en la familia, en los pueblos, y en las religiones, que se disputan el predominio en la opinion. El caudal es el juez de todo, de los hombres y de las instituciones; y por esto cabe decir, que Jesucristo nos ha descubierto el secreto de la vida al decirnos: *Facite vobis thesauros.*

2. Examinemos, ahora, de qué modo puede adquirirse ese caudal. Es un hecho incontestable, que venimos á este mundo sin poseer caudal alguno, contando solo con un gérmen de vida intelectual y moral. ¿Cómo sucede, pues, que luego lo adquirimos? El primer medio para adquirir el caudal material es el fraude y la violencia, lo cual caracteriza el estado de barbárie. En el estado de salvajéz, ni los hombres, ni los pueblos se cuidan de adquirir propiedad alguna, pues consideran indigna de su independencia la sujecion á un territorio determinado.

Algo más allá del estado salvaje, empieza la barbárie, que es un instinto por el cual conocemos las ventajas de poseer algo sobre la tierra. Como el hombre bárbaro solo tiene á su disposicion los brazos, y como carece de toda idea de derecho, ó á lo ménos solamente lo conoce de un modo imperfecto, apela á la fuerza, y llama suyo lo que ha conquistado, y lo que se ha circunscrito con la punta de su espada. En semejante estado, el hombre desatiende el caudal intelectual y el moral; y reduce el caudal moral á la propiedad, conquistada con el fraude y la violencia. Al contrario, el hombre debe apelar á otros medios para civilizarse, para adquirir naturalmente y sin violencia ese caudal, con la aprobacion de Dios, y sin los remordimientos de la conciencia.

Sereis propietarios cuando hayais producido algo; entónces el caudal es legítimo, porque es una produccion, una creacion; porque es vuestro todo cuanto haceis. Cierto es, que no cabe en el hombre la facultad de crear; pero de sus manos, de su trabajo depende la produccion: los campos no fueran un terreno productivo sin el trabajo del hombre. La tierra, de sí propia, solo produce, como dice la Sagrada Escritura, abrojos y espinas: por esto, si fuese posible paralizar ahora en todo el mundo el trabajo del hombre, se paralizaria casi por completo la produccion.

Tal es, hermanos mios, la ley que se nos ha impuesto; es preciso que trabajemos. Nosotros comemos por instinto, y fijad la atencion en este hecho que os cito, aunque os parezca sencillo. Si examinais la procedencia del pan, y lo que suda el hombre para ganarlo, nunca podreis comerlo sin estremeceros. El cristiano, que por tradicion tiene un signo, del cual se sirve para conocer el valor de todas las cosas, antes de comer el pan, que le dá sustento, hace sobre sí la señal de la cruz; porque el pan está amasado con el sudor del hombre, con la sangre de un crecido número de vuestros hermanos. ¡Cuántos hombres gastan su vida en las fatigas del campo, y mueren sin dejar un pedazo de pan para sus hijos! Pero no hay medio; es preciso trabajar y sudar para proporcionarse el indispensable alimento del pan. Cuando en el dia del juicio universal se compare el peso del pan que ha consumido el hombre sobre la tierra, y el de la sangre, de las lágrimas y de los sudores que habrá costado, el cielo y la tierra, los ángeles y los santos exclamarán asombrados: Grande, ¡oh Dios! has hecho al hombre, cuando por él han sido necesarios semejantes sacrificios. Pues bien; la idea que está envuelta en el pan, está envuelta en la sangre, en los sudores, en las penalidades, y en la virtud del hombre. Por consiguiente, el caudal material, intelectual y moral consiste en la virtud, y solo se adquiere á fuerza de trabajo.

Ved, aquí, hermanos, como todos los caudales se consiguen por medio de la virtud; de suerte, que cuando se piensa en un medio para ser pronto propietario sin ser virtuoso, sin que esa propiedad se pueda adquirir por medio del trabajo y de la virtud, sin que estemos convencidos de que la virtud es la que produce el caudal; cuando se concibe un medio de ser en breve propietario, ó se diga, que pueden crearse y aumentarse extraordinariamente los caudales por un medio, que no sea la asiduidad del trabajo y la virtud, entónces se incurre en un dislate, que no tiene calificacion bastante expresiva en ninguna lengua. El que no asocie la idea de caudal á la de virtud, se engaña

á sí propio, é incurre en una aberracion monstruosa, como quiera que, el caudal no es sino la produccion de la propiedad por la virtud.

Pero no basta, hermanos mios, la produccion; es necesaria, tambien, la conservacion; pues si el consumo es igual á los productos, será imposible reunir caudal alguno. El vicio es lo único que, consumiendo tanto y más de lo que produce, resulta completamente improductivo: al contrario, la virtud es el único medio de conservacion; el único medio que nos proporciona ahorros. Para ahorrar, es indispensable la sobriedad, de suerte; que si todo el trigo, todo el aceite y demás artículos que el trabajo puede proporcionaros, los gastais en beneficio vuestro, no os quedará el menor caudal, porque no os resultará producto alguno. Así, pues, se necesita ahorrar: las economías producen en todos sentidos el caudal; de modo, que hasta en el órden intelectual, es preciso ahorrar el trabajo y la actividad de las facultades mentales. La demencia no es más que la súbita sustraccion del ejercicio de nuestras facultades intelectuales, de los talentos, del caudal intelectual.

Lo propio sucede con la virtud: no basta adquirirla; es preciso conservarla por medio de la práctica y de la perseverancia. Así es, que cuando un hombre, en todos sus actos, se rige por los deberes de la justicia y de la verdad, emplea en bien todo lo bueno, útil y justo; emplea en bien todas las virtudes que ha adquirido; las conserva y las guarda en depósito; y usándolas con arreglo, asegura su perpetuidad.

De esta suerte, hermanos mios, se adquieren todos los caudales físicos, intelectuales y morales; la virtud los produce, la virtud los conserva. Pero ¿se reduce á ésto por ventura el deber de todo hombre civilizado? No; pues el que solo adquiere capitales para sí, es un egoista. Si este caudal, empero, lo reunís para haceros más agradable la vida, para hacer frente á las eventualidades de la vida sembrada de peligros y azares, solo revelareis una civilizacion puramente humana; y digámoslo de una vez; no hay civilizacion humana, que pueda hacer á todos los hombres partícipes del caudal material y del intelectual, aunque todos pueden tener participacion en el caudal moral. La pobreza es el grande escollo de la civilizacion puramente humana.

Como, empero, de todos modos es necesario un caudal para vivir, y la mayor parte de los hombres están condenados á no tenerle, la gran mayoría, las tres cuartas partes de la humanidad no sabrian de qué vivir, pues no hay civilizacion alguna que pueda dar á todos una verdadera propiedad material, ni intelectual. Todos pueden instruirse,

más ó ménos, y aun se les puede obligar á ello por medio de la ley; pero ¿constituirá esto por ventura un verdadero caudal intelectual? La naturaleza humana, ó sea, la inmensa mayoría de los hombres, está condenada á carecer de las dos primeras clases de caudales; y esto os demuestra claramente, que la civilizacion humana es una civilizacion incompleta, si no se funda en la adquisicion de caudales: *Facite vobis thesauros.* Adquiríos caudales intelectuales y morales, que no son limitados por el espacio ni por el tiempo; pero adquirid caudales materiales ilimitados, que pueden proporcionar el sustento á todo el mundo; adquirid caudales intelectuales, que puedan proporcionar la ciencia á vuestros semejantes; y para esto recordad que en el bautismo se os dió el gérmen de esta riqueza.

En la historia, el caudal intelectual de todos los pueblos y de todos los hombres es la fe; y la fe es tambien el caudal material de todos los pueblos y de todos los hombres. La fe nos ha dado á conocer, no solo el curso de los astros, sino tambien la ley que les ha dado el Señor; nos ha dado á conocer la ciencia de lo finito, tomada del seno de lo infinito. Si yo conozco y veo á Dios, no sustancialmente, sino en el secreto de su propia idea, en sus designios y operaciones; ¿qué me importa que ignore la ciencia de lo finito? ¿qué importa que yo no sepa como se compone y descompone el polvo, y otros secretos de la química, de las cosas creadas, si conozco los secretos de la química divina? ¿qué importa que yo no conozca todas las consecuencias, si conozco el principio supremo, el principio único, que está en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿Qué me importa que yo no posea nada en este mundo, si en otro superior, que no tiene oriente ni occidente, septentrion ni mediodía, poseo espacios, que carecen de límite, como dice la Sagrada Escritura? Soy rico, porque tengo disponibles mis brazos; comeré miéntras pueda cultivar la tierra, y cuando no pueda, me sustentaré del caudal de la caridad. En la sociedad humana hay otros brazos, que trabajarán por los mios. Yo no calculo el tiempo ni los años como un hombre rudo; pero por un opuesto camino consigo el propio objeto, y adquiero una ciencia sobrehumana; en mis trabajos, sudores y sufrimientos me abandono á la providencia de Dios, cuyos tesoros son inagotables; á la providencia de Dios, que cuida de mi existencia, hasta el punto de que no se arranca siquiera un cabello sin que él lo disponga.

Ved aquí el caudal de la ciencia universal; la fe, la esperanza, y la caridad, que establecen entre los hombres comunicaciones que los consuelan. Tal vez, hermanos mios, llegue á faltaros un dia el pan, que os sustenta; acaso os veais privados de la libertad, y

quizás se os quite con violencia la vida. Precisamente en nuestros tiempos, sembrados de vicisitudes, nadie puede asegurar cuál será su porvenir; pero en vida y en muerte, en la riqueza y en la miseria, podreis disponer constantemente de un tesoro; el tesoro de la fe, por medio del cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os comunicarán todas sus riquezas; tesoro que pondrá la cruz en vuestras manos. Teniendo en frente las adversidades y á Jesucristo, depondreis todo temor, pues, cuando se abraza la cruz, y se cree en ella, se puede hacer frente á todas las contrariedades y sufrimientos, y vivir, no solo con tranquilidad, sino con una satisfaccion precursora de la que nos espera en el otro mundo. Amen.

CEGUEDAD ESPIRITUAL.

I.

Ducam cæcos in viam, quam nesciunt.
Guiaré á los ciegos por un camino que no saben.
(*Isai.* LIII, 16.)

No hay materia sobre la cual se haya explicado la Escritura con términos más diferentes, y aun muchas veces más contrarios, en la apariencia, que sobre la ceguedad espiritual. Porque ya la atribuye á la malicia de los hombres: *Excæcavit illos malitia eorum.* SAP. II, 21. Ya á castigo de Dios: *Excæca cor populi hujus.* ISAI. VI, 10. Ya al demonio, á quien llama el Dios del siglo: *In quibus Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium.* II. COR. IV, 4. Unas veces se lamenta de esta ceguedad interior, como de una desgracia; y otras la detesta como delito. Unas veces la toma por excusa: *Dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*, LUC. XXIII, 34, y otras por materia de

más ó ménos, y aun se les puede obligar á ello por medio de la ley; pero ¿constituirá esto por ventura un verdadero caudal intelectual? La naturaleza humana, ó sea, la inmensa mayoría de los hombres, está condenada á carecer de las dos primeras clases de caudales; y esto os demuestra claramente, que la civilizacion humana es una civilizacion incompleta, si no se funda en la adquisicion de caudales: *Facite vobis thesauros.* Adquiríos caudales intelectuales y morales, que no son limitados por el espacio ni por el tiempo; pero adquirid caudales materiales ilimitados, que pueden proporcionar el sustento á todo el mundo; adquirid caudales intelectuales, que puedan proporcionar la ciencia á vuestros semejantes; y para esto recordad que en el bautismo se os dió el gérmen de esta riqueza.

En la historia, el caudal intelectual de todos los pueblos y de todos los hombres es la fe; y la fe es tambien el caudal material de todos los pueblos y de todos los hombres. La fe nos ha dado á conocer, no solo el curso de los astros, sino tambien la ley que les ha dado el Señor; nos ha dado á conocer la ciencia de lo finito, tomada del seno de lo infinito. Si yo conozco y veo á Dios, no sustancialmente, sino en el secreto de su propia idea, en sus designios y operaciones; ¿qué me importa que ignore la ciencia de lo finito? ¿qué importa que yo no sepa como se compone y descompone el polvo, y otros secretos de la química, de las cosas creadas, si conozco los secretos de la química divina? ¿qué importa que yo no conozca todas las consecuencias, si conozco el principio supremo, el principio único, que está en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿Qué me importa que yo no posea nada en este mundo, si en otro superior, que no tiene oriente ni occidente, septentrion ni mediodía, poseo espacios, que carecen de límite, como dice la Sagrada Escritura? Soy rico, porque tengo disponibles mis brazos; comeré miéntras pueda cultivar la tierra, y cuando no pueda, me sustentaré del caudal de la caridad. En la sociedad humana hay otros brazos, que trabajarán por los mios. Yo no calculo el tiempo ni los años como un hombre rudo; pero por un opuesto camino consigo el propio objeto, y adquiero una ciencia sobrehumana; en mis trabajos, sudores y sufrimientos me abandono á la providencia de Dios, cuyos tesoros son inagotables; á la providencia de Dios, que cuida de mi existencia, hasta el punto de que no se arranca siquiera un cabello sin que él lo disponga.

Ved aquí el caudal de la ciencia universal; la fe, la esperanza, y la caridad, que establecen entre los hombres comunicaciones que los consuelan. Tal vez, hermanos mios, llegue á faltaros un dia el pan, que os sustenta; acaso os veais privados de la libertad, y

quizás se os quite con violencia la vida. Precisamente en nuestros tiempos, sembrados de vicisitudes, nadie puede asegurar cuál será su porvenir; pero en vida y en muerte, en la riqueza y en la miseria, podreis disponer constantemente de un tesoro; el tesoro de la fe, por medio del cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo os comunicarán todas sus riquezas; tesoro que pondrá la cruz en vuestras manos. Teniendo en frente las adversidades y á Jesucristo, depondreis todo temor, pues, cuando se abraza la cruz, y se cree en ella, se puede hacer frente á todas las contrariedades y sufrimientos, y vivir, no solo con tranquilidad, sino con una satisfaccion precursora de la que nos espera en el otro mundo. Amen.

CEGUEDAD ESPIRITUAL.

I.

Ducam cæcos in viam, quam nesciunt.
Guiaré á los ciegos por un camino que no saben.
(*Isai.* LIII, 16.)

No hay materia sobre la cual se haya explicado la Escritura con términos más diferentes, y aun muchas veces más contrarios, en la apariencia, que sobre la ceguedad espiritual. Porque ya la atribuye á la malicia de los hombres: *Excæcavit illos malitia eorum.* SAP. II, 21. Ya á castigo de Dios: *Excæca cor populi hujus.* ISAI. VI, 10. Ya al demonio, á quien llama el Dios del siglo: *In quibus Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium.* II. COR. IV, 4. Unas veces se lamenta de esta ceguedad interior, como de una desgracia; y otras la detesta como delito. Unas veces la toma por excusa: *Dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*, LUC. XXIII, 34, y otras por materia de

reprension: *Væ vobis duces cæci.* MATTH. XXIII, 16. La diversidad, pues, ó aparente contrariedad (si así os parece) de estas expresiones, es la que ha excitado tantas dificultades en este punto, y le ha hecho tan difícil de explicar. Más, por aclararme en cuanto pudiere, y concordar juntamente todos estos textos de la Escritura, ved aquí la idea que me propongo, y os pido, que os entereis bien de ella. Hago distincion de tres especies de ceguedad: una ceguedad, que por sí misma es pecado; otra ceguedad, que es causa del pecado; y otra, que es efecto del pecado. Ceguedad, que es pecado; ésta es la que nos declaran estas palabras de la Sabiduría: *Excæcavit illos malitia eorum.* SAP. II, 21. Ceguedad, que es causa del pecado; ésta fué la del apóstol S. Pablo, que decia de sí mismo: yo fuí blasfemo y perseguidor de la Iglesia; pero, al fin, lo fuí por ignorancia: *Ignorans feci.* I. TIM. I, 13. Ceguedad, que es efecto del pecado; ésta es de la que habla Isaías, pidiendo á Dios que cegase el corazon de su pueblo: *Excæca cor populi hujus.* ISAÍ. VI, 10. Vereis la relacion que tienen con estos tres puntos todas las cuestiones que pertenecen á la ceguedad espiritual. Pero antes de esto, fundo tres proposiciones, que me parecen de suma utilidad para la edificacion de vuestras almas. Digo; que la ceguedad, que por sí misma es pecado, es lo más pernicioso y contrario á la salvacion que hay en todos los pecados. Digo; que la ceguedad, que es causa del pecado, comunmente es la escusa más frívola y que ménos debe admitirse para servir al pecado de pretexto. Digo; que la ceguedad, que es efecto del pecado, es el castigo más terrible con que puede Dios castigar al pecador en esta vida. Ceguedad: colmo del pecado, vana excusa del pecado, y último castigo del pecado en esta vida. Prestad toda vuestra atencion á estos tres importantísimos puntos. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ya sea que consultemos con la fe, ó ya que juzguemos por los principios de la razon, es cierto, que hay una ceguedad por sí misma culpable, porque es voluntaria, y aun afectada tambien. Es decir, que hay una ceguedad que conservamos en nosotros, una ceguedad de que no queremos salir, y que preferimos secretamente á todas las luces de la verdad. Una ceguedad, que hace que tema el pecador tener demasiada vista, y que evite el conocimiento del mal que hace, y del bien que no hace, y está interiormente determinado á no hacer. Como si dijera: no quiero tener más luz de la que tengo; ignoro mis obligaciones, pero quiero ignorarlas, ó, por lo ménos, no quiero ahondar en ellas: mi ceguedad me gusta, y me está bien. Y en lugar de

darme cuidado y querer corregirla, la convierto en materia de un sosiego y una paz de que depende todo el gusto y falsa felicidad de mi vida. Esta es la naturaleza de este pecado. Más, ¿hay en el mundo almas tan sin juicio, que puedan llegar á este extremo? Sí, amados oyentes mios; está el mundo lleno de ellas; y lo que declara mucho más la corrupcion del mundo es, que hay quien llegue á ese extremo, sin ser tenido por falto de juicio. Porque si este pecado, en la opinion comun de los hombres, fuera infame, y estuviera reconocido por locura, fuera más raro y ménos contagioso; pero el dia de hoy es un desórden comun, y aun ha sabido, de algun modo, autorizarle el genio pervertido del mundo por el número y calidad de los que se dejan llevar de él.

Este es el pecado de los sensuales y dados á deleites, los cuales, por gozar con ménos inquietud sus gustos infames, no quieren oir hablar de las verdades eternas, y tienen osadía de decir á Dios: apártate de nosotros, y deja de inspirar en nuestras almas aquella ciencia divina, que, á nuestro pesar, nos muestra los caminos de salvarnos: esta es una ciencia enfadosa; y segun la posesion en que estamos, de vivir al albedrío de nuestras pasiones y dar gusto á nuestros sentidos, no serviria sino de inquietarnos. Reserva para otros esas luces vivas, en que consisten los dones preciosos de tu gracia. No estamos aun dispuestos para recibirlas; cuesta demasiado poseerlas y no seguirlas: mejor nos está, para nuestra quietud, carecer de ellas.

Este es el pecado de ciertos espíritus llenos de sí mismos, que, por un efecto de su soberbia, digno de compasion, no pueden llevar en paciencia la verdad, luego que empieza á humillarlos; se obstinan, desde el mismo instante, en huirla, siendo así, que por el mismo caso la debian buscar. Y como dice S. Agustin, aman esta verdad cuando les es favorable, pero la aborrecen y desvian de sí cuando temen su censura: *Amant lucentem, oderunt redarguentem.* Es el pecado de los que, poseidos del amor propio, no quieren ver sus faltas, aunque groseras, ni pueden sufrir que se las reprendan; de los que se dan por ofendidos de los avisos más amorosos que se les dan, y de las advertencias más provechosas que se les hacen: en lugar de mirarlas y aceptarlas como buenos oficios, los convierten en motivo de sentimiento y enojo; y no se dan por obligados sino de aquellos que, con una amistad falsa ó una indigna complacencia, cuidan de ocultarles todo lo que les hiere, y disimular todo lo que les mortifica, aunque por otra parte sea verdadero, y para ellos mismos provechoso y necesario el conocerlo. Es el pecado de los que quieren ser aplau-

didos aun por sus mismas imperfecciones, y ser alabados (como dice la Escritura) aun por los deseos de sus almas, esto es, por sus pasiones más violentas, y por sus arrojos más injustos; de los que ponen toda la felicidad en ser lisonjeados y engañados.

Ultimamente, este es el pecado de una infinidad de cristianos, que, con un error el más detestable, no quieren averiguar algunos hechos, algunas dudas y turbaciones de conciencia, porque harto conocen, por poco que se sondeen á sí mismos, que no están en disposicion de cumplir las obligaciones que esta averiguacion les hiciera ver. Un hombre, que antes era humilde y desconocido, se adelanta tanto en sus negociaciones, en ciertos empleos, en que, sin un milagro de la gracia, es tan imposible el salvarse, como fácil enriquecerse en pocos años. Se le vió subir de una suma pobreza, ó de una medianía, á una prosperidad que ha escandalizado al público. Y es, que teniendo á su cargo la administracion de la hacienda ajena, en el modo de manejarla, no ha tenido la exactitud, ni, por ventura, la buena fe, que era necesaria, para no confundir los intereses del prójimo con los suyos. Aquél, en el empleo de juez, ha dado muchas veces á conocer, á costa del desvalido y del pobre, lo que puede en favor de sus amigos. Si en cualquiera de todos estos estados se viniera á entrar, despues de algun tiempo, en un justo exámen de las materias, y á pesarlo todo con el peso del santuario, es evidente, que se encontrarian muchas cuentas que dar, muchas injusticias que resarcir, y muchas restituciones que hacer: pero todo esto seria materia de embarazo, y redujera á unos términos de suma molestia. ¿Qué es, pues, lo que se hace? Quitarse á sí mismo el conocimiento de ellos, para librarse de la inquietud y escrúpulo que causan. Ceguedad, que hace insensibles y obstinados. Aun digo más, y es; que entre todos los pecados de que es capaz un hombre, ninguno es más contrario á la salvacion. ¿Por qué? Ved aquí una razon sin réplica: porque esta ceguedad voluntaria excluye la primera de todas las gracias, que es la luz divina, que nos descubre los caminos de Dios, y nos hace conocer nuestras obligaciones. Luz absolutamente necesaria; pues así en el órden de la gracia, como en el de la naturaleza, para obrar libremente, es necesario conocer, y para conocer es necesario ser alumbrados de Dios: ¿Qué hacemos, pues, cuando desviamos de nosotros esta luz? Destruimos en nosotros el fundamento de la salvacion.

Sé, hermanos mios, que puede Dios, sin nosotros, hacer, que sus luces penetren nuestros entendimientos. Sé, que es de esencia de esas luces, en cuanto son gracias, producirse en nosotros sin nosotros. Sé, que no está en nuestra mano recibirlas ó no recibirlas, aunque lo está el usar de ellas bien ó mal, despues de haberlas recibido. Pero siempre es verdad, que cuando aborrecemos estas luces y huimos de ellas, ponemos el mayor estorbo á nuestra salvacion, que puede poner una criatura de su parte, y que para vencerle, fuera menester que se valiese Dios de gracias extraordinarias, y que hiciese un milagro de su omnipotencia. Pues esto me basta para poder decir con razon, que esta especie de ceguedad es, entre todos los pecados, el más opuesto á la conversion y á la salvacion del hombre. Pecado, amados oyentes mios, en que todos debemos temer incurrir; pero mucho más los que, dominados de sus pasiones, se dejan arrebatar de la corriente impetuosa del mundo. Y ved por lo que quisiera yo, que todos los que me oyen, hiciesen, desde hoy, el propósito de hacerle á Dios todos los dias esta peticion, que tantas veces hacia David, en que mostraba la rectitud de su corazon: *Revela oculos meos*, PSALM. LXVIII, 18: Señor, quita el velo á mis ojos. *Illumina tenebras meas*. PSALM. XVII, 29: Esclarece, Dios mio, las tinieblas de mi alma. *Illustra faciem tuam super servum tuum*, PSALM. XXX, 17: Derrama sobre tu siervo la luz de tu rostro. Desengáñame de los errores y falsas máximas del siglo. Así, y solo así os librareis, cristianos, de esta primera ceguedad, que por sí misma es pecado: hablemos ahora de la segunda, que es causa del pecado.

2. Llamo á la ceguedad causa del pecado, cuando el hombre solamente peca porque es ciego; y porque en el estado en que se halla, no pecára si tuviera algunas luces que no tiene; pero que pudiera, y, por consiguiente, debiera tenerlas. Porque es verdad, que, en tal caso, su ceguedad, ó su ignorancia, es causa de su culpa, pues si cesára su ceguedad, tambien cesára su delito. ¿Hubo jamás ejemplo más auténtico, ni más terrible de esta ceguedad, que el delito que cometieron los judíos contra la persona del Salvador del mundo? Un Dios entregado á la crueldad de los hombres, un Dios escarnecido, ultrajado, condenado, crucificado; ved ahí un pecado, cuya idea sola infunde horror; pero un pecado de que fué principio la ignorancia. Los fariseos habian intentado dar muerte á Jesucristo; pero no sabian que era el Mesías y el Hijo único de Dios. Sí, hermanos mios, les dice S. Pedro, predicando en su sinagoga; sé que obrasteis en ésto, así vosotros, como vuestros magistrados, por ignorancia: *Et nunc scio, quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri*. ACT. III, 17. Vosotros habeis oprimido al justo, habeis dado muerte al autor de la vida, escogisteis, en su comparacion, á un ladron público; pero hicisteis ésto porque estabais engañados. ¿No lo dió á entender el mismo Jesucristo, cuando, estando en la cruz, dijo á su

Padre: Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen: *Ignosce illis, nesciunt enim quid faciunt?* No obstante, cometian el más abominable de todos los delitos. Pero pregunto, otra vez; ¿de dónde procedia delito tan abominable? De la ceguedad en que los tenia sumergidos la pasion y el ódio. No hay cosa mas comun en la cristiandad que estas ignorancias, que hacen caer á los hombres en el pecado, ó estos pecados que causan la ignorancia en los hombres. ¿Cuántas injusticias en el comercio, cuántas usuras y empréstitos, en que la conciencia queda lastimada, por no saber lo que la ley de Dios permite y lo que veda? Si yo estuviera advertido, suele decirse, yo me hubiera guardado de empeñarme en este negocio: porque no quiera Dios, que yo ponga á riesgo mi salvacion por ningun interés del mundo. Así lo pensais, amados oyentes mios, y yo lo quiero creer; pero, no obstante, habeis hecho lo que el Señor manifiestamente condena en la Escritura: del dinero que habia de servir para el socorro de los pobres, y ser materia de vuestra caridad, habeis sacado una ganancia injusta; y esa usura, por más disfrazada y paliada que la quisiereis, ha sido una consecuencia de vuestra ignorancia. Del mismo modo; ¿cuántos enojos, cuántos ódios ocultos, y aun enemistades declaradas, no han tenido más fundamento que la preocupacion y el error?

Pregúntase, pues (y ved aquí la regla principal, de la cual en la práctica y modo de vivir depende el juicio exacto, que cada uno debe hacer de sus acciones); se pregunta: ¿si esta ceguedad, que es causa del pecado, puede siempre servirnos de excusa, y justificarnos en los ojos de Dios, que es nuestro supremo juez? Si fuera así ¿hubiera Dios mandado en la ley antigua, que se ofreciesen sacrificios por las ignorancias de su pueblo? ¿Le hubiera dicho David á Dios, en el fervor de su contricion: No te acuerdes, Señor, de mis ignorancias pasadas: *Delicta juventutis meæ, et ignorantias meas ne memineris?* Psalm. xxiv, 7. ¿No hubiera dicho, al contrario: Acuérdate, Señor, de mis ignorancias, porque me son favorables, y me han de servir de excusa, y estoy interesado en que las tengas en la memoria? Pero, ¿habla así? Nó; antes le dice á Dios: No te acuerdes de ellas; bórralas de aquel libro formidable, que has de sacar contra mí cuando vinieres á juzgarme. Luego, no es verdad, que la ignorancia es siempre excusa legítima, cuando se habla de los pecados. Paso adelante: porque pretendo, que casi nunca lo es para la mayor parte de los cristianos. Esto os cogerá de nuevo, pero lo digo sin razon de dudar; y me atrevo á decir, que, en el siglo en que vivimos, una de las excusas más intolerables es, comunmente, la ignorancia: porque en el siglo en

que vivimos, es demasiada la luz que hay para poderse apoyar en ese pretexto. Si viviéramos entre bárbaros, ó en un siglo en que la palabra de Dios fuese tan rara, como dice la Escritura, que era en tiempo de Samuel; si se nos hubieran ocultado las verdades del Evangelio ó propuesto solamente en enigmas y en figuras; si no se hubiera tenido cuidado de representárnoslas con toda su fuerza, quizás tendríamos razon para apoyarnos en nuestra ignorancia, y pudiera servirnos de alguna excusa en el tribunal de Dios; pero, en un reino católico como en el que, por la gracia de Dios, hemos nacido; en un tiempo en que la palabra de Dios se reparte tan copiosamente, y con tanta frecuencia, decir: Yo no tenia bastante luz, yo he pecado por ignorancia; es engañarse, hermanos mios. Semejante excusa es fútil, y no tiene otro efecto que el hacernos más culpables.

Más, al fin, me direis: no obstante esta abundancia de luces, se ignoran muchas cosas esenciales para la salvacion, especialmente en órden á ciertas obligaciones. ¡Ay, amados oyentes mios! yo lo confieso; pero esto es justamente lo que deploro. Si se tratára de un negocio temporal, supiéramos bien hallar luces para salir con nuestro designio; más, para la salvacion no las hallamos; y no es verosímil, que Dios se dé por satisfecho con eso. ¡Oh, hermanos mios! acordémonos de que nuestra primera obligacion es saber. Acordémonos de que un pecado jamás puede ser excusa de otro; y que, por consiguiente, es empeño inútil querer justificar nuestras omisiones y nuestros delitos con nuestras ignorancias, que, por sí mismas, son pecado.

3. Hablemos ahora de la ceguedad, que es efecto del pecado. Es una verdad incontestable, que algunas veces ciega Dios á los hombres; y cuando la ceguedad de los hombres entra en el órden de los decretos divinos, es de fe, que es efecto del pecado, porque es uno de los males con que Dios les castiga. Así lo daba á entender el profeta Isaías, cuando decia, hablando de los judíos infieles: *Excæcavit Deus oculos eorum.* Isai. apud. Joan. xii, 40. Dios es el que los cegó; aquel Dios, que es el centro de las luces; aquel Dios, que alumbra á todo hombre que viene al mundo, con todo eso, los precipitó en la ceguedad en que están.

Dios, que es una verdad eterna y esencial, jamás puede ser autor de la mentira; y porque es Dios, jamás nos puede engañar, porque Dios jamás puede dejar de ser fiel. Si nos ciega, es por via de privacion, y no de accion: no inspirándonos el error, sino retirando sus luces. En castigo de nuestras ingratitudes y delitos,

no nos dá algunas luces, que otras veces nos daba: unas luces vivas y penetrantes; unas luces favorables y singulares; unas luces, que nos desasiéran del mundo, nos hiciéran ver claramente su vanidad; que nos hiciéran gustar de Dios, y nos hiciéran su yugo apetecible; unas luces, que en la penitencia más austera nos hiciéran hallar delicias santas, y en las cruces más duras, manantiales de consuelos; unas luces, que cien veces han producido milagros de penitencia en los más obstinados pecadores; unas luces, cuya eficacia nosotros mismos habíamos experimentado miéntras vivíamos segun la razon, y no se nos eclipsaron sino porque el pecado nos separó de Dios. Estas son, hermanos mios, las luces de que Dios nos priva cuando le irritamos, y esta es la pérdida de las luces en que nuestra ceguedad consiste.

Pues yo pretendo, que esta ceguedad es el efecto más formidable de la justicia vengativa de Dios, el castigo más riguroso que Dios puede ejecutar en los pecadores. ¿Quereis saber cuánto excede á los demás castigos? Oid la razon, que, por ventura, nunca habeis entendido, con ser una de las verdades más sólidas de nuestra fe. La ceguedad en que Dios permite que caigamos, por consecuencia de nuestros delitos, es un mal totalmente puro, sin mezcla alguna de bien. Todos los demás males de la vida son castigos del pecado, pero no dejan de ser, si queremos, medios para nuestra salvacion; y ninguno de ellos hay, si sabemos usar de ellos bien, que no podamos poner en el número de los favores, porque al mismo tiempo que Dios nos hace sufrir la pena de ellos por su justicia, nos los hace útiles por su bondad. Pero la ceguedad es un mal estéril, del cual ningun provecho podemos sacar. Cuando Dios me envia adversidades, como una enfermedad, ó una humillacion, siempre tengo como consolarme. Porque le digo en mi trabajo: Seas bendito, Señor: tú me castigas como Padre: esta enfermedad, segun el órden de tu Providencia, me sirve de purgatorio y de ejercicio de paciencia. ¡Dichoso yo, si me valgo de ella para este fin! Yo abusaba de mi salud para llevar una vida mundana y divertida: quitándomela, me has apartado del mundo á mi pesar; esta es pena medicinal. Yo tenia horror á la penitencia; tú me obligas á hacerla por necesidad: esta es pena satisfactoria. Yo era flojo en tu servicio, y descuidado en las obligaciones de la ley cristiana; pero ya que no te honro con mis acciones, me das modo de honrarte con el sufrimiento: esta es pena meritoria. Esto es lo que suaviza mis males. Más, cuando caigo en ceguedad, en nada de esto puedo pensar: porque en este género de pena, ni le doy

satisfaccion á Dios, ni merezco nada en sus ojos, ni me mejoro respecto de su Majestad. Dios me castiga, y no hay más.

Hermanos mios, si el Señor no ha permitido aun, que algunos de vosotros hayais caido en un estado tan triste, probablemente no es porque no lo tengais bien merecido, sino porque ha usado con vosotros de mayor misericordia que con otros muchos. Pero mirad, no sea que, al fin, se canse esta bondad; y temed la misma paciencia de Dios, que tanto más reciamente descarga el golpe, cuanto más tiempo ha tenido detenidos los de su justicia. ¿Quién sabe, si está resuelto á esperar más? ¿Quién sabe, si apagará sus luces, y os cegará luego que cometais el primer pecado? ¿Quién no debe estar lleno de susto al pensar, que hay un pecado, que ha señalado Dios como por último término de su gracia, de aquella gracia poderosa, digo, sin la cual no nos salvaremos jamás? ¿Qué pecado es éste? Yo no puedo conocerle. ¿Despues de qué número de pecados vendrá? Esto es lo que ignoro. ¿De qué naturaleza ó de qué especie será? Otro misterio para mí. ¿Será algun pecado particular y extraordinario? ¿Será algun pecado ordinario y comun? He ahí un abismo en que nada descubro. Todo lo que sé, mi Dios, es, que nada debo omitir, ni dejar de hacer por guardarme de la desdicha con que me amenazais. ¡Qué dicha la mia, en que me hayais dado á conocer el peligro! ¡Qué dicha, no ménos, porque quereis aun ayudarme á salir de él! ¡Qué sumamente dichoso soy, si camino de aquí en adelante al amparo de vuestras luces divinas! Hacedlo, Dios mio, por vuestra infinita bondad, para que os ame como debo amaros, y tenga la dicha de cantar eternamente vuestras alabanzas en el cielo, que os deseo á todos.

CEGUEDAD ESPIRITUAL.

II.

Domine, ut videam.
Señor, haz que yo vea.
(Luc. XIX, 41.)

El Evangelio nos refiere, que miéntras Jesús se acercaba á Jericó, un ciego, sentado á la orilla del camino para pedir limosna á los transeuntes, oyó el rumor de la muchedumbre, que acompañaba al hijo de María; preguntó qué era aquello, y le contestaron, que pasaba Jesús de Nazareth. Al punto se puso á gritar: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí. Y como quisieran imponerle silencio, gritó más fuerte aún. Jesús se lo hizo presentar, y le preguntó, que queria: «Señor, respondió el ciego, haz que yo vea.—¡Ve! dijo Jesús; tu fe te ha salvado.» El ciego recobró inmediatamente la vista, y siguió á su bienhechor, glorificando á Dios. Este ciego, amados hermanos mios, conocia su enfermedad: ved, pues, con que instancia demanda su curacion. Pero hay una ceguedad más deplorable: la del espíritu. En efecto; el cristiano que la padece, es tanto más digno de compasion, cuanto que no conoce su desgracia, porque se cree perspicaz. El mundo, ¡ah! está lleno de esos pobres ciegos que, sentados en el camino de la vida, mendigan bienes perecederos, cuya nada y vanidad no ven; consúmense en esfuerzos supérfluos para recoger granos de arena, creyendo reunir tesoros. San Pablo nos da la razon de esta incalificable conducta. «El hombre carnal, dice, no percibe las cosas que se refieren á Dios.» Efectivamente; nos dejamos ofuscar de tal suerte por el mundo material, y todo lo que le concierne, que no vemos más claro, cuando se trata de los bienes de nuestra alma y de la ley de Dios. Así, pues, como es fácil echar en olvido lo que no se ve, la ceguedad espiritual acarrea el olvido de Dios y la indiferencia

por la salvacion. No hay mayor desgracia para un cristiano que la ceguedad espiritual, cuando no adopta ningun medio para salir de su estado por no conocer su gravedad. Las enfermedades más peligrosas no son las que más hacen sufrir; son, por el contrario, las que atacan sin dolor el principio de la vida. El dolor indica la parte atacada y excita á remediarla; al paso, que el enfermo que no sufre, se aduerme con falsa seguridad, y llega sin la menor ansiedad al borde de la sepultura. No siente el mal, sino cuando no tiene cura. Para precaver tan funesto fin, quiero hoy, amados oyentes, daros á conocer las causas y los peligros de la ceguedad espiritual. Así mis débiles palabras os muevan á acudir á Jesús, como el ciego de Jericó, y os hagan decir con él: Señor, haz que yo vea: *Domine, ut videam.* Para conseguirlo, imploremos antes, etc. A. M.

1. La primera causa de la ceguedad del espíritu es la ignorancia de la religion, y su primer efecto, la indiferencia con respecto á Dios. No hay ciencia tan importante y tan difundida como la de la religion, y, sin embargo, no hay ninguna que se mire con más descuido en el mundo. En otro tiempo, se estudiaban ménos las ciencias humanas, y todos se hubieran sonrojado de no conocer la religion; el labrador y el jornalero empleaban en este estudio el descanso del domingo, y escuchaban con interés, hasta con avidez, las enseñanzas que se daban desde la cátedra evangélica; enseñanzas, que luego pasaban á ser objeto de las conversaciones, y se grababan así en la memoria. Reunidos despues del trabajo del dia, en torno del hogar doméstico, los niños aprendian de la misma boca de su padre los principales dogmas de la fe: la historia sagrada, las virtudes de los primeros cristianos, la heroicidad de los mártires. El padre era el doctor, y, por decirlo así, el libro vivo de la familia, con que el sentimiento religioso rebosaba de vida, y, por consiguiente, de actividad; la fe constituia uno como sexto sentido, una como segunda vista, que acostumbraba á la niñez á convertir, sin esfuerzo, sus pensamientos y deseos á otras regiones que las del mundo material. La religion se inoculaba de esta manera en los usos y costumbres; el hombre tenia entónces doble vida, la del cuerpo y la del alma; y no se mantenia solamente de pan, sí que tambien de la palabra de Dios.

¿Sucede ahora lo mismo? Sí; en algunas familias patriarcales, que no se han dejado arrastrar del materialismo del siglo; pero, ¡qué raras son! En las más, los niños no oyen hablar nunca de Dios, ni del cielo, ni de la virtud; todas sus primeras impresiones, las más vivas y duraderas, se dirigen á la materia. Se excita en sus jóvenes

corazones la sed del oro, el apetito de los goces físicos; miéntras ignoran las dulzuras de la virtud, se les hace admirar las invenciones de la industria humana, jamás las obras de la omnipotencia divina. ¿Y qué acontece? Que llegados á la adolescencia, su espíritu, avezado ya á no juzgar de la realidad de los objetos, sino por las sensaciones físicas, reputa por una quimera todo lo que no ve con los ojos del cuerpo. Así se llega á esa ceguedad espiritual, que las pasiones de la mocedad vienen á hacer más profunda y más difícil de curar.

Nuestra sociedad está enferma de gravedad; todos lo confiesan. Por mi parte, digo sin vacilacion ni temor, que esta enfermedad no es otra que la ceguedad espiritual, hija de la ignorancia, y madre del olvido de Dios: ¡Desgraciados de aquellos ojos ciegos que no os ven, Dios mio! Las naciones son susceptibles de curacion, es verdad, puesto que el Espíritu Santo nos lo asegura; pero á no obrarse un prodigio, esta curacion solo puede alcanzarse estudiando la religion, con preferencia á todas las cosas del mundo. Miéntras á los padres les ciegue la ignorancia de las verdades de la religion, no serán aptos para dirigir á sus hijos; que si un ciego guia á otro ciego, nos dice Jesucristo, ambos caerán en el abismo.

El profeta Isaías atribuia en otro tiempo á la ignorancia el cautiverio del pueblo judío. Mi pueblo, decia, ha sido reducido á la esclavitud, porque no ha poseido la ciencia: *Propterea captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam.* El cautiverio más deplorable á que puede verse condenado el hombre, no es el que le encadena de piés y manos, sino indudablemente el que avasalla el espíritu, bajo el instinto brutal de las pasiones, y oprime la inteligencia con las cadenas del error y de las preocupaciones. No recibiendo entónces el alma más que sensaciones materiales, que proceden del exterior, la vida intelectual se extingue paulatinamente, la vida animal cobra mayor imperio, y absorbe todos los pensamientos, todos los deseos, las afecciones todas: Dios es una mera palabra, una abstraccion; y para esas almas no existe; ¡tan poco se acuerdan de él! Tal vez se crea todavía el hombre dotado de un alma inmortal; pero ni siquiera piensa en procurarla una felicidad eterna.

Si se reconociese la ignorancia, seria ménos funesta, y la ceguedad, por ella ocasionada, más fácil de curar; pero ¡ay! ¿quién quiere reconocer que ignora la religion? Todos hablan de ella, todos la juzgan, y nadie la estudia. Algunas nociones de catecismo, casi enteramente olvidadas, no bastan ciertamente para juzgar el dogma, y apreciar la moral; de forma, que las más de las personas de que hablo, consideran la religion como una institucion humana, sus misterios como invenciones, ó, á lo más, como figuras; su moral como preocupaciones populares; y á su autor como á un gran genio, y no como á un Dios. Por eso no frecuentan los sacramentos, por eso vienen raras veces á nuestros templos. La impiedad que ciega, es, pues, el fruto de la ignorancia, y ésta lleva casi siempre consigo un carácter de terquedad.

2. La segunda causa de la ceguedad del espíritu la encuentro en el orgullo. La ciencia envanece, dice S. Pablo: *scientia inflat.* Hay en el mundo varones recomendables por su saber en las ciencias humanas, pero cuya razon orgullosa se desdeña de someterse á las verdades de la fe, habiéndolas solamente estudiado de una manera muy imperfecta, y mirándolas á través de las preocupaciones de su entendimiento. Despreciando la sabiduría de Dios, se forma una sabiduría á su gusto. No sabe nada, y cree entenderlo todo; de suerte, que la ciencia orgullosa y la ignorancia soberbia ciegan igualmente. Por esta razon, entre los judíos, los doctores de la ley, los escribas y fariseos no estuvieron ménos cegados respecto de Jesucristo, que el mismo pueblo. Ni el cumplimiento de las profecías, ni el esplendor de los milagros pudieron convencerles de la venida del Mesías; y es, que la verdad produce en los orgullosos el mismo efecto que los rayos del sol en los ojos enfermos; en vez de iluminarlos, los ofuscan; de modo, que se cierran para no verlos. No hay, pues, que extrañarse, de que habiendo presenciado los milagros del Salvador, no se convirtiesen los judíos, ni les sorprendiera la excelencia de su doctrina. Por el contrario, se irritaron, porque el orgullo les impedia recibir la luz que les incomodaba; por eso intentaron extinguirla, condenando á muerte al que vino á salvarles.

Pero, si el orgullo ciega respecto de la verdad, que resplandece á los ojos del entendimiento para convencerlo, no ciega ménos relativamente á la luz que penetra en la conciencia, para iluminarla sobre la moralidad, ó el valor de sus actos. Como lo dice nuestro Señor Jesucristo, vemos fácilmente una paja en el ojo ajeno, al paso que no vemos la viga que nos tapa la vista. Nada más comun que esta ceguedad; y si quisiéramos recogernos y reflexionar sériamente sobre nuestro modo de obrar, veríamos, que tenemos dos pesos y dos medidas, que sinceramos en nosotros, lo que juzgamos inexcusable en los demás; que condenamos al prójimo con tanta facilidad, como nos absolvemos á nosotros mismos. Decimos muchas veces de las personas que nos rodean, que no son justas, y no echamos de ver, que se nos puede notar de injustos al juzgar así á los otros. De tal suerte

nos ciega el orgullo, que lo que hacemos nosotros, nos parece diferente de lo mismo que los demás han hecho.

Fuerza es que temblemos, hermanos mios, al pensar, que bajo la influencia del orgullo que nos domina, somos probablemente muy distintos de lo que nos figuramos. Nuestra conciencia, decimos, de nada nos acusa, nada grave nos afea, y estamos tranquilos. Sí; pero, ¿no es esta tranquilidad el efecto de nuestra ceguedad? Un objeto expuesto á una media luz parece de una blancura esplendente, al paso que, herido de los rayos del sol, dejará ver numerosas manchas. ¿No sucede lo mismo con nuestra conciencia? ¿No juzgamos de nuestros pensamientos ó acciones á las falsas luces del mundo, en vez de considerarlos á la pura luz del Evangelio? Quizá vuestra seguridad es hija de vuestra ceguedad, y ésta puede ser muy bien el castigo de vuestros pasados desórdenes. Trasportaos al tiempo en que las pasiones no habian introducido todavía el desórden en vuestra alma, y vereis, que lo que ahora deja tranquila vuestra conciencia, hubiera entónces excitado en vosotros el aguijon de los remordimientos. ¿Será porque las tinieblas del pecado han eclipsado en vosotros la luz de la inocencia, ó porque vuestro orgullo, no queriendo ser abatido, se complace en vuestra actual conducta, en razon á que es algo ménos criminal que antes? Sondead estos terribles problemas, y exclamad con el ciego del Evangelio: Señor, haz que yo vea: *Domine ut videam.* Pues aun estais léjos de mirar el pecado con el horror que infundia á los santos, que prefirieron morir á cometerle.

3. La tercera causa de la ceguedad espiritual es el amor á los objetos sensibles. Dios puso al hombre entre dos mundos, el uno material y el otro invisible; perecedero el uno, y eterno el otro. En seguida le dió un alma capaz de conocer el bien supremo, de apreciarle, y hacer de él su tesoro. Este impulso espontáneo de la criatura racional era el único homenaje digno del Criador del universo, y, al mismo tiempo, el único honroso para el sér privilegiado que debia rendirlo. Pero aunque el hombre recibió luces suficientes para conocer á Dios, no le ha glorificado como debia, amándole y adorándole. Su corazon se ha vuelto á las criaturas; y como la luz no viene de ellas, se ha encontrado en las tinieblas, segun la expresion de S. Pablo: *Obscuratum est insipiens cor eorum.* Estas tinieblas, efecto del sensualismo práctico, pueden compararse, amados oyentes, con aquellos vapores mefíticos, que se ven elevar en los aires de las hondonadas cenagosas, y acaban, acumulándose, por detener los rayos del mismo sol en la mitad de su carrera, esto es, cuando los despide con mayor fuerza.

Sí, amados hermanos mios: el materialismo práctico, como una densa niebla, detiene los rayos de la verdad é impide ver todo lo que no es materia; es el orígen de la indiferencia por la salvacion, de la duda en materia de fe, y hasta de la incredulidad. El hombre animal, dice el apóstol S. Pablo, no ve las cosas que se refieren al espíritu de Dios; para él son una quimera; no puede comprenderlas: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei; stultitia enim est illi et non potest intelligere.* Notad, amados hermanos mios, esta expresion de S. Pablo: el hombre animal, *animalis homo.* En efecto; el que ya no piensa en cumplir con Dios los deberes que le impone el agradecimiento; el que de ningun modo se ocupa en la salvacion de su alma inmortal; en una palabra, aquel cuyos pensamientos, palabras, afectos y acciones todas son para la tierra, aquel, repito, es un hombre animal: hombre, por su naturaleza; animal, por su conducta. No soy yo, no es S. Pablo quien le pone en el lugar del bruto, sino que él se rebaja libremente á su nivel, y, por decirlo así, á sabiendas. ¡Cuántas veces no se ha dicho desde el púlpito: Pensad en Dios, pensad en vuestra alma, pensad en la eternidad!

¡Ah! ¡qué escasos son los hombres, que saben sacudir enteramente el imperio de la materia, que fascina las miradas del alma misma, y la impide ver su propio bien! Considerad á ese libertino, á ese voluptuoso, esclavo de sus viles pasiones; no ve, que no solamente pierde su alma, olvidándose de su Criador, sino que destruye su salud y acorta sus dias. Mirad á ese padre insensato, que se aparta de su deber, dominado por la pasion del juego y por la esperanza de enriquecerse en un instante; no ve que su familia entera se verá presto reducida á la mendicidad. Ved á esa mujer veleidosa y disipada; no ve que sus ligerezas y sus criminales imprudencias la exponen á despertar las sospechas de su esposo, á turbar la paz de su familia, á cubrirla de deshonra. Observad á esa jóven mundana; no ve que la hacen promesas falaces, que tienden celadas á su virtud, y que está para naufragar tristemente. Y su madre imprudente y ciega, tampoco ve lo que es ya público y notorio. Contemplad tambien á ese hombre codicioso, que sacrifica su salud, su reposo, su probidad, su honor, para amontonar tesoros, que unos herederos ávidos se disputarán tal vez, aun antes de que haya rendido su alma al Criador. Hubiera podido atraerse con limosnas las bendiciones de Dios y de los hombres, y con su avaricia no ha hecho más que enriquecer á unos ingratos.

Tal es la ceguedad que origina el amor á la riqueza y á los placeres. Hubiéramos podido desarrollar y ennegrecer aun más el cua-

dro; pero bástenos añadir, que todas las pasiones, que la religion condena, precipitan al hombre en una funesta ceguedad, haciéndole olvidar, que él no es todo materia. Importa, pues, amados hermanos mios, prevenirle contra tamaño peligro, y pedir á Jesucristo, con el Ciego del Evangelio, la gracia de la luz, para caminar con seguridad por la via de la salvacion.

¡Oh Jesús! tú, que durante tu vida mortal volviste la vista á los ciegos que á tí acudian, desvanece las tinieblas de que el pecado ha llenado nuestra alma; ilumina á los ciegos que llenan el mundo. Tú eres la verdadera luz. Ilumínanos, pues, para que no tengamos la desgracia de extraviarnos del camino de la virtud, el único que conduce á la verdadera felicidad, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

CEGUEDAD.—La ceguedad del pecador es terrible.

1.° Cuando la ha merecido.

2.° Cuando no se apercibe de ella.

3.° Cuando la quiere.

CEGUEDAD.— Hay pecadores cuya ceguedad es irremediable, porque no quieren dejarse ilustrar sino por otros tan obcecados como ellos.

Hay pecadores obcecados y que, sin embargo, quieren ilustrar á los demás.

CEGUEDAD.—La ceguedad de la ciencia vuelve á los hombres soberbios y tercos.

La que trae consigo la ternura, nos vuelve injustos é impúdicos.

La que produce el temor nos amilana é induce á la desesperacion.

CEGUEDAD.— En las correcciones debemos recelarnos de la ceguedad del error, que nos oculta la grande enormidad de nuestro pecado.

En las aflicciones debemos estar prevenidos contra la ceguedad del amor propio, porque nos impide convencernos de la necesidad de la penitencia.

Al evitar las ocasiones de pecar debemos precavernos de la ceguedad de la presuncion, porque nos oculta la debilidad propia para resistir á nuestro enemigo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Indurabo cor ejus, et non dimittet populum meum. Exod. iv, 21.

Yo endureceré su corazon, y no dejará partir á mi pueblo.

Deus meus, illumina tenebras meas. Psalm. xvii, 29.

Esclarece, Dios mio, mis tinieblas.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. Psalm. xciv, 8.

Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

Non audivit populus meus vocem meam... et dimisi eos secundum desideria cordis eorum; ibunt in adinventionibus suis. Psalm. lxxx, 12 y 13.

Mi pueblo no quiso escuchar la voz mia..... y así los abandoné, dejándolos ir en pos de los deseos de su corazon, y seguir sus devaneos.

Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis; viam autem Domini ignoravimus. Sap. v, 7.

Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdicion, sin conocer el camino del Señor.

Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit. Proverb. xviii, 3.

De nada hace ya caso el impío, cuando ha caido en el abismo de los pecados.

Cor durum habebit male in novissimo. Eccli. iii, 27.

El corazon duro lo pasará mal al fin *de la vida.*

Recede à nobis: scientiam viarum tuarum nolumus. Job. xxi, 14.

Apártate de nosotros (dijeron á Dios los impíos), que no queremos saber nada de tus mandamientos.

Scivi enim quia durus es tu, et nervus ferrens cervix tua, et frons tua ærea. Isai. xlviii, 4.

Porque sabia yo que tú eres *un pueblo* duro, y que tu cerviz es de nervios de hierro, y tu frente de bronce.

Ambulabunt ut cæci, quia Domino peccaverunt. Sophon. i, 17.

Andarán (los hombres) como ciegos, porque han pecado contra el Señor.

Contristatus est Jesus super cæcitate cordis eorum. March. iii, 5.

Deploró Jesús la ceguedad de su corazon (de los fariseos).

Dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem. Joann. iii, 19.

Los hombres amaron más las tinieblas que la luz.

Obscuratum est insipiens cor

Quedó su insensato corazon lle-

eorum... tradidit illos Deus in reprobum sensum. Rom. I, 21 et 28.

no de tinieblas..... Dios los entregó á un réprobo sentido.

Non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. Hebr. III, 13.

Ninguno de vosotros llegue á endurecerse con el engañoso atractivo del pecado.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Bien sabida es la ceguedad de que dió pruebas Faraon al despedir, por órden de Dios, al pueblo de Israel. Exod. cap. 7 al 14.

Todavía admira más la ceguedad de los israelitas, que despues de haber experimentado visiblemente la proteccion de Dios, por medio de tan asombrosos prodigios y repetidos favores, incurren en la idolatría, y se rebelan tantas veces contra Dios y Moisés: por esto el Señor los llama: *populus stulte, et insipiens;* Exod. xxxii; y en otra parte dice: *video quod populus iste duræ cervicis sit;* etc. Deuteron. xxxii.

En todo el antiguo Testamento no hay imágen más viva y acabada de la ceguedad del pecador, que Sanson preso, hecho ciego y condenado por los filisteos á mover, como un irracional, la rueda de un molino. Judic. xvi.

La conducta de Salomon, es tambien una prueba inconcusa de la degradacion y ceguedad á que conducen al hombre sus pasiones brutales. Con ser el hombre más sábio de todos los mortales, y de un corazon tan piadoso para con Dios, prendado de las mujeres extranjeras, llegó á tal extremo de impiedad y de locura, que levantó templos y ofreció incienso á sus ídolos. III. Reg. xi.

Véase tambien en el libro de Daniel la perversa conducta de aquellos dos ancianos que, abrasados del fuego de la lujuria, solicitaron torpemente la casta Susana, Daniel xiii; y de los cuales dice el sagrado texto, que *declinaverunt oculos suos, ne viderent cœlum.*

En el santo Evangelio se nota tambien la terrible ceguedad de los escribas y fariseos, especialmente en la curacion del Ciego de nacimiento, Joann. ix; y en la resurreccion de Lázaro. Id. xi.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Peccatoris mens tanto altius tenebrescit, quanto nec damna suæ cæcitatis intelligit; unde fit,

Tanto más se oscurece el entendimiento del pecador, cuanto ménos conoce el mal de su cegue-

divino munere, ut flagella oculos delinquentis aperiant, quos inter vitia securitas cæcabat. S. Greg. lib. 6. Moral. c. 17.

dad; sucediendo, por una especial gracia de Dios, que los castigos abren los ojos del pecador, cerrados por la impunidad del vicio.

Non cor peccantis Dominus obdurat, sed obdurare dicitur, cum ab obduratione non liberat. Id. hom. 4. in Ezechiel.

El Señor no endurece el corazon del pecador; pero decimos, que lo endurece en el sentido de que no ablanda.

Sicut cæcus non potest aspicere in splendorem luminis, sic non potest intelligere homo malignus mysteria pietatis. S. Chrysost. hom. 40 in Matth.

Así como el ciego no puede ver el resplandor de la luz, así el pecador obstinado no puede comprender los misterios de la gracia.

Ira Dei est non intelligere delicta, ne sequatur pœnitentia, sicut scriptum est: Dedit illis Deus oculos, ut non videant, et aures ut non audiant. S. Cyprian. epist. 3.

La ignorancia de la enormidad de los pecados es efecto de la ira divina, para que no haya lugar á la penitencia, conforme está escrito: *Dióles Dios ojos, pero no vieron; dióles oidos y no oyeron.*

Cæcitatis duæ species facile concurrunt, ut qui non vident quæ sunt, videre videantur quæ non sunt. Tertull. Apol. c. 9.

Es muy fácil incurrir en la doble ceguedad de no ver las cosas como son en sí, y empeñarse en ver las que no existen.

Non obdurat Deus impertiendo malitiam, sed non impertiendo misericordiam. S. Aug. epist. 105 ad Sixtum.

No endurece Dios al hombre infundiéndole la malicia, sino negándole su misericordia.

Tollantur alicui oculi corporis; omnes miserum dicunt: perdat oculos mentis, sed tamen circumfluant omnia temporalia; felicem appellant. Id. in Psalm. 68, serm. 2.

Privad á uno del sentido de la vista, y todos le compadecerán por desgraciado: pero si pierde la vista del alma, mientras sea rico, le llamarán feliz.

Ambulabam per tenebras et lubricum, et quærebam te foris a me; et non inveniebam Deum cordis mei. Id. lib. 6. Confess. c. 1.

Caminaba en medio de las tinieblas y de la lubricidad, os buscaba fuera de mí; por esto no encontraba al Dios de mi corazon.

Merito obscuratum est insipiens cor eorum; quia cum veritatem

Con razon se oscureció su corazon necio (de los pecadores):

cognoscerent et contemnerent, jure receperunt in pœnam, ut nec cognoscerent eam. S. BERN. EPIST. 3.

porque conociendo la verdad y despreciándola, recibieron el justo castigo de no conocerla despues.

Quæris quid sit cor durum; si non expavescis, tuum est. S. BERNARD. LIB. 1 DE CONSID.

Preguntas, qué es un corazon duro; si no te estremeces, el tuyo lo es.

Véase: CIEGO DE NACIMIENTO;—CIEGOS VOLUNTARIOS.

CELO.

I.

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?

Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?

(*Luc.* XII, 49.)

¿Qué misterioso fuego es ese, amados hermanos mios, que Jesucristo vino á poner en la tierra, y en el que desea que ardan todos los corazones? Este fuego divino, cuya hoguera está en el centro de Dios mismo, es la caridad por esencia; este es el fuego divino, que el Espíritu Santo derramó á torrentes sobre los apóstoles en el cenáculo, y que los apóstoles llevaron luego á los ángulos del mundo; este es el fuego sagrado, que los ministros del Señor se complacen en comunicar al corazon de los fieles; es la llama divina que les agita, les envuelve... Y vosotros tambien os complaceis en decir: *Quid volo nisi accendatur?* Este es el fuego sublime en que yo deseo encender vuestros corazones, y que yo quisiera comunicar á los que ignoran sus santas delicias. Explicaré, pues, los motivos que deben animar nuestro celo, y las calidades que deben sobresalir en su ejercicio. Tal será el asunto y division de mi discurso. Imploremos, etc. A. M.

1. Cuando volvemos los ojos á lo que pasa en torno nuestro, hermanos mios, vemos á los enemigos de la religion esparcir á manos llenas las semillas, las doctrinas nuevas: impacientes por recoger sus frutos, se dirigen á todas las edades y condiciones. Lisonjean á los grandes, á los ricos, y les tienden los lazos de la ambicion y de la voluptuosidad: cautivan á los pobres y á los débiles, apartando sus miradas de los tronos que les aguardan en el cielo, para mostrarles puestos elevados en la tierra. Engañan á los ancianos, tapizando de flores la tumba que se entreabre á sus piés; descarrian á la juventud, deslumbrándola con el explendor de una mentida libertad, y exaltando su ardiente imaginacion con la ruidosa exposicion de las supuestas conquistas del espíritu moderno sobre los tiempos antiguos. Y ¿acaso no procuran tambien insinuarse en el corazon de las mujeres, por medio de los libros impíos y fantásticos, que muchas veces dejan en la imaginacion impresiones de duda, y en el corazon el fuego de pasiones criminales? ¡Ah! todos lo estamos viendo; la fe mengua, la caridad se entibia, la iniquidad abunda en todas partes, y vosotros, hermanos mios, gemís de contínuo en lo recóndito de vuestra alma. Más, yo os pregunto, si permitireis, que á Dios se le arrebaten sus adoradores, á la Iglesia sus servidores más fieles; si cuando están levantados tantos brazos para hacer caer á sus golpes á las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, no hareis nada para salvarlas; si no tendreis tanto celo para reconquistar las almas á Jesucristo, como los malos lo muestran cada dia para perderlas. ¡Ah! no me digais, hermanos mios, no me digais que habeis de cumplir con otros deberes; que, lanzados en medio del mundo, os acosan mil atenciones, mil solicitudes; que, bien mirado, el sacerdote fué puesto á la entrada del santuario para cuidar de la custodia de la divinidad, de la pompa de su culto, del triunfo de su gloria, de la reforma de las costumbres, de la predicacion de las santas doctrinas, de la salvacion del prójimo. Yo os contestaré, por mi parte, que el deber del cristiano es mostrarse defensor de la causa de Dios, bienhechor de sus hermanos, coloborador en Jesucristo en la grande obra de la Redencion. Este glorioso ministerio no corresponde exclusivamente al cura, si que tambien á los fieles; y si vosotros rehusareis aceptar este honor y cumplir con este deber, faltariais á vuestra fe, borrariais en cierto modo de vuestra frente el signo del cristianismo.

El ejercicio del celo va á convertiros en defensores de la causa de Dios. ¿Qué es el celo? El celo, dice Guillermo de París, es el guardian del honor y de la gloria divina. El celo, dice S. Ambrosio, no es otra cosa que la caridad. El celo nos une con Dios, nos identifica

cognoscerent et contemnerent, jure receperunt in pœnam, ut nec cognoscerent eam. S. BERN. EPIST. 3.

porque conociendo la verdad y despreciándola, recibieron el justo castigo de no conocerla despues.

Quæris quid sit cor durum; si non expavescis, tuum est. S. BERNARD. LIB. 1 DE CONSID.

Preguntas, qué es un corazon duro; si no te estremeces, el tuyo lo es.

Véase: CIEGO DE NACIMIENTO;—CIEGOS VOLUNTARIOS.

CELO.

I.

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?

Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?

(*Luc.* XII, 49.)

¿Qué misterioso fuego es ese, amados hermanos mios, que Jesucristo vino á poner en la tierra, y en el que desea que ardan todos los corazones? Este fuego divino, cuya hoguera está en el centro de Dios mismo, es la caridad por esencia; este es el fuego divino, que el Espíritu Santo derramó á torrentes sobre los apóstoles en el cenáculo, y que los apóstoles llevaron luego á los ángulos del mundo; este es el fuego sagrado, que los ministros del Señor se complacen en comunicar al corazon de los fieles; es la llama divina que les agita, les envuelve... Y vosotros tambien os complaceis en decir: *Quid volo nisi accendatur?* Este es el fuego sublime en que yo deseo encender vuestros corazones, y que yo quisiera comunicar á los que ignoran sus santas delicias. Explicaré, pues, los motivos que deben animar nuestro celo, y las calidades que deben sobresalir en su ejercicio. Tal será el asunto y division de mi discurso. Imploremos, etc. A. M.

1. Cuando volvemos los ojos á lo que pasa en torno nuestro, hermanos mios, vemos á los enemigos de la religion esparcir á manos llenas las semillas, las doctrinas nuevas: impacientes por recoger sus frutos, se dirigen á todas las edades y condiciones. Lisonjean á los grandes, á los ricos, y les tienden los lazos de la ambicion y de la voluptuosidad: cautivan á los pobres y á los débiles, apartando sus miradas de los tronos que les aguardan en el cielo, para mostrarles puestos elevados en la tierra. Engañan á los ancianos, tapizando de flores la tumba que se entreabre á sus piés; descarrian á la juventud, deslumbrándola con el explendor de una mentida libertad, y exaltando su ardiente imaginacion con la ruidosa exposicion de las supuestas conquistas del espíritu moderno sobre los tiempos antiguos. Y ¿acaso no procuran tambien insinuarse en el corazon de las mujeres, por medio de los libros impíos y fantásticos, que muchas veces dejan en la imaginacion impresiones de duda, y en el corazon el fuego de pasiones criminales? ¡Ah! todos lo estamos viendo; la fe mengua, la caridad se entibia, la iniquidad abunda en todas partes, y vosotros, hermanos mios, gemís de contínuo en lo recóndito de vuestra alma. Más, yo os pregunto, si permitireis, que á Dios se le arrebaten sus adoradores, á la Iglesia sus servidores más fieles; si cuando están levantados tantos brazos para hacer caer á sus golpes á las almas redimidas por la sangre de Jesucristo, no hareis nada para salvarlas; si no tendreis tanto celo para reconquistar las almas á Jesucristo, como los malos lo muestran cada dia para perderlas. ¡Ah! no me digais, hermanos mios, no me digais que habeis de cumplir con otros deberes; que, lanzados en medio del mundo, os acosan mil atenciones, mil solicitudes; que, bien mirado, el sacerdote fué puesto á la entrada del santuario para cuidar de la custodia de la divinidad, de la pompa de su culto, del triunfo de su gloria, de la reforma de las costumbres, de la predicacion de las santas doctrinas, de la salvacion del prójimo. Yo os contestaré, por mi parte, que el deber del cristiano es mostrarse defensor de la causa de Dios, bienhechor de sus hermanos, coloborador en Jesucristo en la grande obra de la Redencion. Este glorioso ministerio no corresponde exclusivamente al cura, si que tambien á los fieles; y si vosotros rehusareis aceptar este honor y cumplir con este deber, faltariais á vuestra fe, borrariais en cierto modo de vuestra frente el signo del cristianismo.

El ejercicio del celo va á convertiros en defensores de la causa de Dios. ¿Qué es el celo? El celo, dice Guillermo de París, es el guardian del honor y de la gloria divina. El celo, dice S. Ambrosio, no es otra cosa que la caridad. El celo nos une con Dios, nos identifica

con Dios. Apenas el celo viene á inflamar nuestro corazon, no vemos ni buscamos sino á Dios; cuanto place á Dios, nos place á nosotros; y cuanto puede ofenderle, hace correr nuestro llanto y provoca los gemidos de nuestro dolor. El cristiano celoso, como vea á Dios honrado y glorificado, participa del gozo de los ángeles, entona el cántico de accion de gracias en los transportes de su júbilo; pero si se ultraja al objeto de su amor, se abandona entónces á un dolor inconsolable, ó antes bien, se anima, se inflama, se indigna, busca á los culpables, y les pide cuenta de sus sacrílegos ultrajes. Siempre que se ataca á Dios, él tambien se siente atacado en el corazon. La causa de Dios es su causa; los intereses de Dios son sus propios intereses. Él defiende á Dios contra el impío. ¡Cuán glorioso es ejercer semejante ministerio! ¡Tener á Dios, en cierto modo, por cliente, defenderle, protegerle! ¿Qué mision más augusta podemos ambicionar en la tierra? Nada tan noble, nada tan grande, nada tan sublime como el ejercicio del celo. Las demás glorias son perecederas, y siempre hay algo que empaña su brillo: todas participan de la inconstancia y vanidad de las cosas terrenas. Pero la gloria de esas mujeres verdaderamente cristianas, de corazon apostólico, siempre apercibidas á consagrarse, á dedicarse á las obras de caridad, esta gloria, amados hermanos mios, está exenta de las vicisitudes humanas. Ni los caprichos de los hombres, ni sus pasiones pueden arrebatarla su esplendor. Asociadas en la tierra á la gloria de Dios, están rodeadas de algunos de aquellos destellos, que emanan del seno de los esplendores divinos, y participan anticipadamente de la gloria que les está preparada en el cielo. Esto es lo que decia un dia S. Agustin á un hombre del mundo: ¿Buscas gloria verdadera, y estás celoso, enamorado de la gloria? ¡Pues bien! no hallarás gloria real sino en el ejercicio de un celo sincero, perpétuo. ¡Oh! es la verdadera gloria! Y al mismo tiempo recordaba los ejemplos de aquellos grandes hombres del Antiguo Testamento, de los Matatías, de los Judas Macabeo; nombraba tambien á los Constantinos, á los Teodosios; y, á nuestra vez, podríamos nombrar á los Agustines, á los Domingos, á los Franciscos Javier, á los Vicentes de Paul. Y ¿qué no pudiéramos decir, amados hermanos mios, de los hombres apostólicos que, enteramente abrasados de celo, abandonan su patria, sus parientes y sus amigos, y sin temor al Océano y sus tempestades, á la barbárie de las costumbres y á las persecuciones, que les aguardan, no vacilan en volar á los confines del mundo, para llevar la buena nueva de la salvacion? ¡Qué hermosos son los piés de los evangelistas del Señor, de los que bajan la montaña, que traen la paz, y

anuncian el bien eterno! ¡Qué hermosos son los piés de esos apóstoles, cuando van á enseñar á los infieles á pronunciar el nombre de Dios, y las primeras sílabas del cristianismo!

Más de una vez, hermanos mios, habeis sentido palpitar vuestro corazon al recorrer los anales de la propagacion de la fe: al ver los prodigios obrados por los misioneros, quizás habeis sentido miraros encadenados en vuestra patria. Y vosotras, señoras, vosotras de corazon siempre tan ardiente, tan generoso; ¡cuántas veces habeis sentido, que vuestro sexo no os haya permitido ejercer ese noble y sublime apostolado! Vosotras quisierais tambien atravesar los mares, ir á buscar á los infieles, á los idólatras. ¡Ahora bien! yo vengo á deciros á todos, que no necesitais apartaros de vuestras familias, ni alejaros de vuestro país. Infieles, ¡ah! en todas partes los hay, os rodean, y á millares los teneis á la vista. ¿No oís esas blasfemias contra el cielo, esas imprecaciones contra Dios, todas esas injurias á la religion, y á sus dogmas, y á su moral? ¡Pues qué! ¿no os sentís llenos, penetrados de celo? ¡Cómo! ¿acaso no sostendriais la causa de Dios, no defenderiais sus leyes, no las protegeriais contra sus enemigos? Si hubiese hombres tan audaces, que intentaran afear vuestro estado, vuestra condicion; si en vuestra presencia se permitiesen atacar á vuestra familia, cierto que no permaneceriais gravemente silenciosos y con los brazos cruzados: encontrariais mil medios de defensa; con la firmeza de vuestra actitud y con la fuerza de vuestras razones acallariais á esos indignos acusadores. Ved, pues, á Dios ultrajado, á la religion acusada; ved, hermanos mios, un sinnúmero de almas que se declaran contra Jesucristo. ¡Y no le sosteneis! y no le defendeis! Pero, qué! ¿estais, pues, contra él, ya que no, estais por él? Y si no teneis el valor, la generosidad de tomar las armas en su favor, ¿quereis pues pasaros á los cobardes y á los apóstatas? ¡Ah! nó. ¡Cuán glorioso fuera para vosotros, defender la causa de Dios, como tambien mostraros bienhechores de vuestros hermanos! ¡Qué beneficio el sacar á un alma del abismo del pecado, y ganarla para el cielo! Para saber la magnitud y apreciar el mérito de este beneficio, fuera menester, hermanos mios, haceros presente lo que es un alma, lo que vale, lo que nuestra alma costó á Jesucristo; las lágrimas, los sudores, y la sangre que por nosotros derramó el Hijo de Dios.

El alma del hombre, dice Tertuliano, es la sombra misma de la Divinidad en la tierra. Pero, ¿qué es esta alma en estado de pecado mortal? Es la obra maestra de Dios en el envilecimiento y la degradacion; es el esplendor divino envuelto en las tinieblas; es la obra

más hermosa de Dios desfigurada por las sombrías tintas del pecado; es la posesion de Dios invadida por el infierno; es la muerte misma en el seno de la vida. ¿Qué hace el celo, cuando saca á un alma de este infeliz estado? Hace una obra superior á toda alabanza, ejerce el ministerio más grande, el más perfecto que puede ejercerse en la tierra, puesto que hace pasar á esa alma infortunada de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, del infierno al cielo. Librar á un cautivo de sus cadenas, es, hermanos mios, una obra, que los hombres celebran ordinariamente con trasportes de agradecimiento; pero librar á un alma cautiva del pecado, devolverla la dichosa y santa libertad de los hijos de Dios, es un beneficio, que no puede celebrarse dignamente sino en los conciertos arrebatadores de los ángeles. Dar pan á los que tienen hambre, vestidos á los que no los tienen, es un beneficio que atrae comunmente, como por dicha vemos cada dia, mil bendiciones sobre la mano que los reparte; pero dar á un alma el vestido de inocencia de que la despojáran, dar á esta alma el alimento de los sanos consejos; ¡oh! es un beneficio inefable, y voy á repetirlo; es un beneficio, que solo puede comprender aquel que sabe bien lo que es y lo que vale un alma. Y ¿podria yo decíroslo? Aunque me valiera, hermanos mios, del lenguaje de los que presenciaron los primeros sufrimientos de Jesús en Belen, sus persecuciones en la Judea, sus angustias en Getsemaní, no podria aun expresaros lo que es superior á toda lengua. Así, pues, me concreto á deciros: Contemplad conmigo al Hijo eterno de Dios, engendrado de su sustancia, esplendor de su gloria; vedle nacer rodeado de todas las miserias humanas, en medio de todos los apuros, de todas las necesidades; consideradle, pues; vedle rendido de fatiga, consumirse, sacrificarse por amor á nosotros, recibir golpes mortales en el corazon, y de parte de sus discípulos! regar la tierra con su sangre, morir en el Calvario, abrumado de ultrajes, quebrantado, desgarrado por los instrumentos del suplicio! Vedle, hermanos mios, y en seguida preguntaos: Pero, ¿por qué dejó nuestro Señor la magnificencia de los cielos? ¿por qué bajó á la tierra? ¿por qué tanta ignominia y tantos padecimientos? ¿por qué una muerte afrentosa en la cruz? Y vuestro corazon y vuestra fe os responderán: por nosotros, por nuestra salvacion, por nuestra alma.

Eso es lo que vale nuestra alma: vale la misma sangre de un Dios. Y en otro tiempo, queriendo el Apóstol estimular en el corazon de los fieles, que habia evangelizado, el celo, la caridad ardiente, que yo tambien procuro comunicaros, decia á los Corintios: Y ¿es posible, que haya de perecer por el uso indiscreto de tu ciencia ese hermano

enfermo, por amor del cual murió Cristo? *Et peribit infirmus in tua scientia frater, propter quem Christus mortuus est?* I. Cor. VIII, 11. ¡Ah! ¡cómo, amados hermanos mios, cómo! vosotros, á quienes yo he formado para Jesucristo, dejareis acaso perecer á vuestro hermano por quien murió Jesucristo! Y no quiero valerme de otras palabras, y nada quiero, hermanos mios, más elocuente, más eficaz para reanimar el fuego del celo en vuestros corazones: Jesucristo murió por vuestros hermanos. ¿Veis á esa alma desdichada, que se abandona al amor del siglo, y se pierde en la embriaguez de los goces y deleites de la tierra? Pues es un alma por la cual murió Jesucristo. ¿No la mostrareis el precipicio entreabierto ante ella? ¿No la desengañareis tal vez? ¿No la desprendereis de los funestos placeres á que se entrega con tanto ardor? Y esa alma ciega, que se ha dejado arrastrar á todos los errores de su orgullosa razon.... sus ideas ajenas de la fe, su entusiasmo por las novedades pérfidas, todo ha contribuido á ilusionarla y perderla: es un alma redimida por la sangre de Jesucristo. Y ¿no la hablareis de la religion, mostrándola sus bellezas? Esa alma infeliz, ávida de una peligrosa libertad, ¡ah! ha caido en la esclavitud del demonio; ahora está aherrojada con las cadenas del pecado: es el alma de vuestro hermano, es un alma redimida por la sangre de Jesucristo. Y ¿no tratareis de romper sus cadenas, de volverle la libertad de los hijos de Dios? Ved, pues, ved á todos esos pecadores que os rodean, en la ciudad y en los pueblos, entre los ricos y entre los pobres: ¡cuántos perecen, cuántos se precipitan á vuestra vista en los profundos abismos! ¡Ah! vosotros no direis como Cain: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? ¿acaso soy yo el encargado de la salvacion de esas almas? ¿acaso he contraido yo la obligacion de ejercer el ministerio sacerdotal? Pues bien! sí, habeis contraido esta obligacion, hermanos mios: Dios confió á cada uno el cuidado de mirar por su prójimo, por su hermano; y vosotros oireis, más tarde, la voz de la sangre de vuestro hermano, que gritará desde el seno de la tierra. Esta voz gritará, si no habeis estado poseidos de celo; esta sangre gritará, si no habeis tratado por todos los medios de procurar la conversion, la salvacion de las almas. Examinemos ahora rápidamente las principales condiciones, que deben acompañar al ejercicio del celo, para que sea verdaderamente provechoso y saludable á las almas.

2. El celo por la salvacion de las almas debe empezar por nosotros mismos, por nuestra alma: quiero decir, que siempre que se trata de la salvacion, podemos, debemos preferirnos á los demás. Antes, pues, de llorar la desgracia de los que se abandonan al pecado

y se precipitan en los profundos abismos, es conveniente examinar escrupulosamente, si hemos de derramar lágrimas amargas por nuestros propios pecados. Antes de levantar con una mano el edificio de la santificacion de los demás, debemos mirar si el edificio de nuestra propia santificacion está minado sordamente por vicios, cuya extirpacion es urgente. Sin eso, amados hermanos mios, el celo infatigable no es más que un celo erróneo, un celo mal entendido, un celo farisaico, que lleva consigo su reprobacion, y que daria derecho á aquellos, cuya correccion os propusierais, á contestaros: Atended primero á vuestras propias necesidades, curad vuestras propias llagas, y escandalizaos de vuestros propios escándalos: *Medice, primum cura te ipsum.* Pero estoy persuadido, amados hermanos mios, de que todos los cristianos, aquí reunidos, han comprendido perfectamente esta obligacion. Ahora conviene ocuparse de la salud de los demás, conviene dedicaros al ejercicio del celo: celo, que es necesario dirigir con prudencia, ejercerlo con humildad, fortalecerlo, sostenerlo con la paciencia.

En primer lugar, conviene dirigirlo con prudencia. El celo es un arma, que podria hacerse muy peligrosa y mortífera en manos del que no supiera manejarla con acierto. Un celo ardiente, arrebatado, sin cálculo, con sus impetuosos arranques, nunca se abrirá el camino de los corazones, y solo dejará á su paso descontentos y murmullos. Por consiguiente, hermanos mios, si quereis asegurar el buen éxito de vuestro ministerio, debeis primeramente entrar con vosotros mismos, como en una discusion juiciosa é ilustrada. La prudencia, dice el Espíritu Santo, es la ciencia de los santos: *Scientia sanctorum;* Prov. ix, 10, y S. Bernardo explica estas palabras, diciendo: «La prudencia es la luz de nuestra alma, la reina de nuestros pensamientos, *lucerna animæ;* es decir, que, como nos explica tambien el mismo doctor, debemos andar siempre con el plan en la mano y los ojos muy abiertos; estudiar con madurez la época, el lugar, las circunstancias; pues de la misma manera que el cielo no está siempre despejado, ni el mar siempre tranquilo, así los caracteres no son siempre los mismos: el temperamento, el pesar los irritan, la prosperidad los embriaga, la esperanza los sosiega. Que si hubieseis de ejercer vuestro ministerio en un momento borrascoso, ¡ah! veriais frustrarse todos los esfuerzos de vuestro celo. Pero la prudencia os recomienda, que aguardeis á que se desvanezca la tempestad, para que el corazon esté más tranquilo y se halle libre de sus temores. Entónces el buen resultado de vuestros esfuerzos justifica la sabiduría de los consejos, que la prudencia os habia dado. Más, si á despecho de

todos vuestros cuidados se frustra vuestro propósito, guardaos, hermanos mios, de cejar desalentados. La prudencia dispone de mil recursos. Ella estudia el flaco y el fuerte de los caracteres, ve de que parte son más flexibles y manejables. A ejemplo del pastor de Israel, que se ejercita con la armadura de Saul, antes de marchar contra el soberbio filisteo, el cristiano celoso, pero siempre ilustrado, dirigido por la prudencia, se ejercita, en cierto modo, antes de poner manos á la obra.

La humildad debe ir acompañada de la prudencia. Nacido rey del universo, hermanos mios, el hombre, ya lo sabeis, no se ha olvidado de la grandeza de su orígen, y conserva el sentimiento de su propia excelencia, que ni la misma humillacion de su caida ha podido borrar enteramente. ¡Con qué humildad no hay pues que ejercer el ministerio del celo con respecto á este hombre orgulloso y soberbio! No presuma nadie, que nos es dado presentarnos con la audacia de los conquistadores de las naciones, que se apoderan por la fuerza y la violencia de las ciudades y fortalezas. Naturalmente altivo, el hombre opone una invencible resistencia á las amonestaciones altivas; si observa, que le quieren tomar por asalto, se encierra en su propio corazon, y defiende todas sus avenidas con una terquedad indomable. En vano le dirige el celo las reconvenciones más merecidas: él le contradice formalmente ó le tilda de exagerado. En vano prodigará el celo los más sanos consejos: como el tono que los acompaña ofende y pica, todos son vivamente rechazados. En vano redobla el celo sus instancias: las instancias acaban por provocar respuestas descomedidas, que quitan toda esperanza de buen éxito. San Agustin, el gran Agustin, tan conocedor de los pecadores, y que habia gemido por tanto tiempo bajo las cadenas del pecado: «Ah, decia, cuando queramos convertir á los pecadores, gimamos con ellos, inspirémosles el amor de Dios por medio de la dulzura, de la mansedumbre, de una benignidad celestial.» Así procedia en otro tiempo el gran apóstol S. Pablo, que tambien habia sido pecador, y empezaba acusándose humildemente á sí mismo: «¡Ah! exclamaba, yo he sido un implacable perseguidor de la Iglesia de Dios: *Supra modum persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam.* Gal. i, 13: yo no merezco, que me llamen apóstol suyo: *Non sum dignus vocari apostolus.* I. Cor. xv, 9. ¡Cuánto temo, que despues de haber predicado á los demás, sea yo mismo reprobado!» Y con esta dulzura y humildad, el gran Pablo señala sus pasos con ilustres conquistas sobre los corazones más altivos, y sobre los pueblos más numerosos; vuela de un punto á otro; la imaginacion apenas puede seguirle en su carrera; él va

levantando en todas partes sobre las ruinas de los templos y altares de la idolatría, los templos y la cruz de Jesucristo. Y es, que el celo, acompañado de la humildad, de la dulzura, está seguro de ver coronados de éxito sus esfuerzos, si, empero, es perseverante, pues la salvacion depende de la perseverancia.

Tenedlo presente: acontece á menudo que, aun despues de dirigir el celo con prudencia, despues de ejercerlo con humildad, solamente se recogen frutos lentos y tardíos: la mano que ha sembrado, no siempre tiene el consuelo de recoger. El rocío del cielo hace crecer y florecer las plantas de los campos y el lirio de los prados: pero este medro y esta florescencia vienen cuando menos se piensa; y la cosecha más tardía ha sido, más de una vez, la más copiosa: las misericordias del Señor nunca faltan, pero no brotan del tesoro divino sin su mandato. Valor, pues, y confianza; guardaos de caer en la desconfianza, en el abatimiento. El mas alto grado de iniquidad será, muchas veces, el primer momento de la gracia. Pero en el ejercicio de vuestro celo, no siempre habeis tenido esa paciencia y perseverancia. Habeis tendido la red, la habeis tendido de noche, de dia, y decís á Dios: Señor, yo he rogado, trabajado, instado, y suplicado mucho, y, sin embargo, no he alcanzado nada! Andad, dice el Señor, echad otra vez la red al agua. Y luego una pesca milagrosa os indemniza largamente de la inutilidad de vuestros primeros trabajos. ¡Id, llamad! y la puerta al fin se abrirá, y sereis recibidos como á unos bienhechores, y se os prodigarán todos los testimonios del agradecimiento.

Esposas cristianas, más de una vez habeis caido en una desconfianza ofensiva al Señor. ¡Ah! es que hacia ya tiempo que veiais la esterilidad de vuestros esfuerzos, como de vuestras lágrimas; habiais intentado vanamente establecer el imperio de la religion en el corazon de un esposo, en quien ejerceis el imperio de la amistad. ¡Valor y confianza! Algunos ruegos y algunos consejos más, y vereis como ese esposo confunde sus sentimientos con los vuestros al pié del altar, testigo de vuestra union. Y tú, madre desconsolada! tu ternura desmaya al pensar en ese hijo de tus dolores siempre indócil, rebelde siempre! Nada ha podido aun conmoverle, persuadirle. Ea, valor! por la noche, antes de que descanse de las fatigas del dia, dirígele algunas de aquellas palabras, que el corazon maternal sabe encontrar en su santa inspiracion, y tal vez, cual otro Agustin, se despierte con las lágrimas del arrepentimiento y el primer movimiento del amor divino. Sed, pues, celosas; poseed un celo tan constante, tan perseverante como dulce, humilde y prudente, y recogereis abundantes frutos. Arda siempre este fuego sagrado en vuestro corazon, hermanos mios. ¡Oh! si me fuera dado comunicárosle! ¡Con cuánto placer os diria, como antes Moisés: El que sea del Señor, júntese conmigo, Exod. xxxii, 26; ó como Matatías: Todo el que tenga celo por la ley, y quiera permanecer firme en la alianza del Señor, sígame. Mach. ii, 27. Eso es lo que cada dia os dicen los ministros del Señor. Responded, pues, á este llamamiento. Id, pues, amados hermanos mios, id con un corazon ardiente de celo; id, diciendo y repitiendo á ejemplo de nuestro divino Redentor: *Sitio! sitio!* tengo sed de salvacion de almas, tengo sed de conversion de pecadores, *sitio!* poco me importa lo demás: yo quiero almas, no pido más que almas.

Id con estos sentimientos; id como ángeles de paz á llevar la calma á los corazones tanto tiempo há agitados por las borrascas de las pasiones. Id, como dice el Profeta, id á ese pueblo desgarrado por la envidia, y por el orgullo, y por todas las pasiones más criminales y peligrosas; presentaos á esos hombres, á esos padres de familia, para enseñarles á conocer mejor el sentimiento de su dignidad de hombres y de cristianos; para enseñarles el temor de Dios, y el esfuerzo en el trabajo, y la resignacion y la esperanza en los dias de fiesta. Presentaos á esas mujeres, que tambien se han olvidado del Señor; enseñadles la fidelidad á sus promesas, el órden en su casa, y el cariñoso cuidado de sus hijos. Id asimismo á ver á los niños: enseñadles bien á amar á Dios, y á sus padres; inspiradles el amor al trabajo y á la obediencia.

Id! que los ángeles van con vosotros, y vuestro ministerio será bien recibido, y continuareis las buenas obras, que ya estais practicando.

Así os atraereis mil bendiciones para vosotros y vuestras familias, y os preparareis en el cielo una gloria inmensa é inmortal, como os la deseo de todo mi corazon.

CELO

POR LA SALVACION DEL PRÓJIMO.

II.

Medice, cura te ipsum.
Médico, cúrate á tí mismo.
(*Luc.* IV, 23.)

No hay cosa más sublime, ni más heróica, en el órden de las virtudes cristianas, que el celo por la salvacion y perfeccion del prójimo. Porque este celo es una expresion del amor divino; es lo más puro y esquisito que tiene la caridad; es en lo que estuvo el carácter de los hombres apostólicos; es el don que tuvieron los profetas, y el espíritu que anima á los predicadores del Evangelio. Así, cuando la Escritura habla de los apóstoles, nos los representa como estrellas brillantes en el firmamento de la Iglesia; es decir, como unas luces en que tiene Dios complacencia de hacer, que resplandezcan todas las riquezas de su gracia. No obstante, cristianos, por más excelencias y prerogativas que yo descubra en este celo de la perfeccion de los otros, tengo por evidente, que se ha de sostener y apoyar, que se ha de purificar y arreglar, que se ha de suavizar y moderar con el celo de nuestra perfeccion propia. Se ha de sostener y apoyar, porque si no, es vano y no tiene efecto; se ha de purificar y reglar, porque sin eso, es defectuoso y falso; se ha de suavizar y moderar, porque sin eso, es aborrecible y enfadoso.

Procurad, amados oyentes, si gustais, poneros bien en estos tres pensamientos. No hay cosa más excelente que el celo de la salvacion y perfeccion de los prójimos; pero, aunque es tan excelente, mirándole de parte de Dios, que le inspira, puede ser, tomándole de parte del hombre que le ejercita, débil en su motivo, vicioso en su sustancia y excesivo con extremo en su accion. Puede ser débil en su motivo, porque no se piensa en apoyarle sobre un fundamento sólido. Puede ser vicioso en su sustancia, porque no se tiene cuidado de discernirle justamente. Puede ser en su accion excesivo con extremo, porque no se mezcla en ella lo que ha de servir de temperamento prudente. Pues ¿de qué depende este fundamento sólido, que ha de sostener nuestro celo; este juicio de discrecion, que ha de arreglarle; y este temperamento prudente, que le ha de moderar? Del cuidado que hemos de tener, en primer lugar, de corregirnos y perfeccionarnos á nosotros mismos. Procuremos que no se nos pueda aplicar el baldon, que Jesucristo previó le aplicarian los fariseos, pero que ninguna fuerza tenia contra él: Médico, cúrate á tí mismo. Pensemos en nosotros mismos, tengamos cuidado de corregirnos y perfeccionarnos; y este celo de nosotros apoyará nuestro celo para con el prójimo, le dará rectitud, y, últimamente, le suavizará. Esto es lo que me propongo demostraros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El celo de correccion y de reforma, que el mirar por los intereses de Dios suele inspirarnos, ha de comenzar por nosotros mismos: y esta máxima se funda en el órden esencial de la caridad, que pide, que en todo lo que mira á la salvacion, nos amemos sin excepcion á nosotros, prefiriéndonos á todos los demás. Porque el amor propio, que en otros puntos se condena como vicio y como injusto, en este punto, no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad y de una obligacion indispensable. En efecto; debo amar la salvacion de mis prójimos más que mi hacienda, más que mi salud, más que mi honra, y más que mi vida: pero no me es lícito amarla tanto como mi propia salvacion y perfeccion, segun Dios; y si estuviera en mi mano convertir todo el mundo á costa de pervertirme yo, ó reformarle, quedando yo desordenado, tendria que abandonar la conversion y reforma de todo el mundo; persuadido á que no quisiera Dios, entónces, que el mundo se convirtiese y se reformase por mí, pues no podia ser sin perjuicio de esta caridad personal, que me debo á mí, y en virtud de la cual quiere Dios que, en primer lugar, me aplique á cuidar y darle cuenta de mí mismo.

Pues ¿qué se sigue de ahí? Lo que dije al principio: esto es, que todo el celo de la perfeccion de los demás, que no supone un celo sincero de perfeccionarse á sí mismo, por más recta que sea la intencion que le mueve á obrar, no es un celo inspirado por la recta razon, sino, un celo mal ordenado, un celo fantástico y engañoso, y, por consiguiente, un celo sin autoridad de parte del que le ejercita, y sin efecto en aquellos en quienes le emplea. ¿Por qué es celo sin

autoridad de parte de aquellos que le ejercitan? porque solo el buen ejemplo y el testimonio que da una persona de haber empezado por sí misma, es el que puede autorizar una empresa tan delicada como la de reformar á los demás; y cuando el celo no se apoya en un tenor de vida tan ajustada, á lo ménos, como la que se le pide y se le quiere dar por ley al prójimo, no es celo en que se halla aquella proporcion necesaria para sacar la cara al descubierto, y poder obrar.

Esta es la sublime enseñanza que pretendia darnos el Hijo de Dios en el Evangelio, con aquel género de parábola de que usaba: *Quid autem vides festucam in oculo fratris tui; et trabem, quæ in oculo tuo est, non consideras.* Luc. vi, 41? ¿Por qué reparas en la mota, que tiene en el ojo tu hermano, y no echas de ver la viga que hay en el tuyo? ¿Y cómo le puedes decir á tu hermano, déjame que te quite esa mota, que te embaraza, teniendo tú una viga, que te ciega? Como si hubiera querido decir el Salvador del mundo á este presumido celo, que este lenguaje de caridad, que fuera digno de alabanza en cualquiera, no podia servir sino para su oprobio: que por manifiestas que fuesen las imperfecciones de su hermano, no le tocaba á él el repararlas, ni el verlas: que si tenia buena vista, debia emplearla en sí mismo; y sentar como principio: que hasta haber llegado á conseguir el conocimiento propio, fuera presuncion querer conocer á los otros y juzgarlos. Doctrina, que enseñaba mucho más excelentemente con la práctica este divino Maestro, cuando llevaba á mal, pongo por ejemplo, que los fariseos intentasen acusar ante su Majestad aquella mujer cogida en adulterio, y se metiesen en solicitar su castigo. Porque, pregunta S. Jerónimo: ¿no era constante y averiguado el delito de esta mujer? ¿No mandaba expresamente la ley de Moisés, que fuese apedreada? Es verdad; pero juzgaba Jesucristo por cosa indigna, que unos hombres tan cargados de flaquezas como los fariseos, y llenos de una falsa idea de sus virtudes, en nada pensasen ménos que en castigar en sí mismos lo que en sus prójimos tan rigurosamente condenaban, y se hiciesen fiscales públicos, se mostrasen tan ardientes por la observancia de la ley, y se hiciesen partes contra los pecadores: veis ahí lo que no podia llevar en paciencia el Salvador del mundo; y por eso les respondió: que el que entre ellos estuviese libre de pecado, la tirase la primera piedra; dándoles con eso á entender, que á ese solo le era permitido el tirarla, y que los otros tenian harto que hacer con sus escándalos propios, sin convertir sus pensamientos y su celo contra los escándalos de los demás.

Confesemos, empero, amados oyentes mios, y lloremos aquí la

miseria humana. Examinemos bien todas las pinceladas de este retrato, y en él nos reconoceremos á nosotros mismos. Son muchos los que deploran, se duelen, se lamentan, de que el mundo está más perdido cada dia, que no hay ya religion, que se abandonan los intereses divinos: más no lloran las relajaciones en que caen y en que viven muy de asiento; no lloran la mala educacion que dan á sus hijos, ni los desórdenes que toleran en sus criados. Ninguna cosa parece más despreciable, que un celo activo y ardiente en un hombre cuyas acciones desmienten sus palabras. De ahí nace, que ese celo no tiene efecto en aquellos con quienes se ejercita. No hay error más grosero que el pensar, que han de creer contigo, cuando parece, por tu proceder, que no te crees á tí mismo, y que han de seguir tus consejos, cuando en la práctica eres el primero que los abandonas. Eso es edificar con una mano y destruir con la otra, que es lo que califica de necedad la Escritura. Esta es la causa de que los que por su oficio tienen otros á su cargo y los deben corregir, tienen una doble obligacion: obligacion tan terrible delante de Dios, como indispensable de aplicarse, en primer lugar, á su propia perfeccion, para hacerse capaces de cumplir las obligaciones que la providencia les ha impuesto.

2. Hay algunas virtudes de una naturaleza tan equívoca y dudosa, que la primera regla, para practicarlas con seguridad, es estar con desconfianza de ellas. De esta condicion es el celo de la perfeccion del prójimo. Dios nos le encomienda como virtud, y como virtud necesaria en muchas ocasiones; más porque este celo está á peligro de degenerar y viciarse, quiere Dios, que al practicarle, le examinemos, y que sea nuestro principal cuidado el rectificarle: digo rectificarle, ya en lo que mira á nuestro entendimiento, ya en lo que pertenece á nuestro corazon. En lo que mira á nuestro entendimiento; porque puede ser, que este celo no sea segun ciencia, como nos enseña S. Pablo: *Æmulationem Dei habent, sed non secundum scientiam.* Rom. x, 2. En lo que pertenece á nuestro corazon; porque sucede muchas veces, que este celo no sea segun caridad. Pues ¿cómo le rectificaremos de una y otra suerte? Digo, que con el celo de nuestra perfeccion propia; y esta es la segunda enseñanza que saco de la sentencia de nuestro Evangelio. Tratemos de penetrar bien lo que significa.

Tenemos celo de los demás, y muchas veces se encuentra, que en lugar de ser celo, segun ciencia, por un infeliz contagio, que le comunican las calidades de nuestro entendimiento, es un celo errado, un celo caprichudo, un celo estrecho y limitado, que son otras tan-

tas propiedades que le adulteran. Dejad obrar á algunos, incitados de este celo, y vereis que bellos efectos tendrá.

No habrá estados que no trastornen, ni obligaciones que no confundan, ni compañías en que no introduzcan la division, ni casas que no llenen de inquietudes. En lugar de acomodarse á los genios y á los talentos, querrán que todos los talentos y genios se acomoden á su humor y á sus fines. Serán severos cuando conviene ser blandos, y remisos cuando convendria ser severos. Aconsejarán más de lo que se puede, y no pedirán lo que se debe; querrán, en puntos de perfeccion, incitar á excesos incompatibles con lo que pide la obligacion. El uno obligará á unos ejercicios imprudentes y fuera de sazon; el otro á unos estruendos insufribles y aun escandalosos: aquél, de un hombre de mundo bien intencionado hará un iluso; éste, de una mujer virtuosa hará una devota caprichuda: porque todo esto no tiene más principio que un celo mal entendido; y porque el principal agente que dá el impulso á los demás, no ha puesto su primer estudio en arreglarse á sí mismo. Fuera, pues, el remedio; prevenirse contra sí mismo: *Cura te ipsum*, y hacer las reflexiones siguientes: yo soy tenido por singular y, en efecto, lo soy: yo tengo siempre sentimientos extraviados y opuestos á los sentimientos comunes. Pues, ¿debo creer, que yo solo tengo luces en órden á la conducta del prójimo? ¿La prudencia no quiere que siga yo lo que comunmente está aprobado, y que me aparte de lo que veo que halla contradiccion por alguna razon universal? Así pudiera el celo hacerse discreto y prudente; pero en lugar de darse á sí mismo una leccion tan útil, le parece que los caprichos propios son una especie de talento; y por tener un entendimiento muy al revés de los demás, se estima uno á sí por superior á todos; sin considerar, que tanto es más verosimil que sea inferior, cuanto ménos piensa serlo.

De ahí se sigue un celo ceñido y limitado: lo que él ha juzgado bueno y santo, quiere que lo sea para todo el mundo; si todo el mundo no viene en eso, se está con resolucion de condenarle y creer que todo él está perdido. Todo parece desvarío, desórden y relajacion, sino la planta de reforma que se ha ideado. ¡Pues qué! ¿Dios, que es el dueño soberano, ha hecho contigo algun pacto de no repartir sus dones ni sus gracias sino conforme á tus designios? ¿No tiene en los tesoros de su sabiduría otras ideas del bien que las que tú propones? ¿A tí solo ha revelado sus caminos? ¿Solo de tí quiere servirse para el cumplimiento de sus designios? Y últimamente, ¿quién eres tú para emprender, si me es lícito hablar así, abreviar su providencia, y querer ponerla términos? Hubiera sido

menester preveniros con un entendimiento más elevado. Tened, hermanos mios, unos con otros un celo menos estrecho y apretado. Con eso no se os verá cansar ya tanto á todo el mundo con vuestros consejos; no se os oirán tantas declamaciones contra los que echan por rumbos diferentes de los vuestros, ni hareis tanto empeño en llevarlos de grado ó por fuerza á vuestro asunto.

Pero despues de haber rectificado el celo por lo que toca al entendimiento, resta arreglarle y purificarle en lo que pertenece al corazon. Y aquí es donde nuestro amor propio triunfa, y echa el resto de todos sus artificios y astucias. Porque es engaño creer, que cualquier celo de la perfeccion del prójimo es inspirado de Dios: si fuera así, ni fuera tan pronto, ni tan natural; no fuera el tenerle tan facil, y costára más el mantenerle. Pero está la ilusion en que se confunde todo, y se toma por verdadero celo lo que es pasion, y pasion pura: quiero decir, se toma por celo lo que es enfado, lo que es inquietud, lo que es envidia, lo que es ambicion, y lo que es interés: porque todo esto, aunque dista infinitamente de un celo cristiano, no deja de darle algunos aires y de tener sus apariencias. Por eso parece, que la envidia se lamenta de los defectos del prójimo, y antes tiene complacencia en repararlos: la ambicion solicita mandar con el pretexto de restablecer, ó conservar, el buen órden: un genio astuto halla mil ocasiones de engreirse y entremeterse: la inquietud de un alma naturalmente bulliciosa, la incita á que salga de sí misma para ocuparse en las imperfecciones del prójimo, y hallar en ellas materia en que cebarse: la melancolía se apropia el nombre de celo por tener título de litigar y condenar. Pero nada de esto es aquel celo de Dios, que tenia S. Pablo, cuando les decia á los corintios: *Æmulor enim vos Dei æmulatione.* II. Cor. xi, 2. Ese es el celo del hombre, y de hombre apasionado, de hombre ciego y corrompido. Pues el celo del hombre, sin el de Dios, no es más que un fantasma.

Pero, si un hombre con tiempo se ha estudiado á sí mismo, para conocer los más ocultos movimientos de su corazon: si con unas santas violencias se ha hecho dueño de sus inclinaciones y de sus antipatías, de sus deseos y de sus aversiones; si ha aprendido á reprimir su codicia, á ceñir su ambicion, ahogar sus sentimientos, á moderar los ímpetus de su ira, y á sosegar sus inquietudes: así estará en estado de discernir el espíritu que anima su celo, y reducirle á los términos de la razon y de la equidad. Sus reflexiones le harán discernir por entre los más hermosos colores con que se viste el falso celo, la malignidad de la envidia, la acrimonía de la malevolencia y el ódio, los ímpetus de la venganza, los artificios de la cavilacion, las pre-

tensiones del interés, los movimientos y violencias del natural. Sabrá cuando conviene hablar, y cuando conviene callar. No intentará remediar un mal, por ventura muy lijero, con otro mucho mayor: ni corregir un delito, por ventura poco sensible, con otro delito mucho más grave; quiero decir, con una murmuracion horrorosa, ó con un ruido escandaloso. No insistirá con terquedad bajo la apariencia de celo, en dirigr sus tiros contra ciertas personas, que no le agradan, más que contra otras que son de su cariño, y á las cuales todo lo disimula. ¡Ah! Dios mio, ¿qué es el hombre y que á riesgo está de andar descaminado, aun cuando parece que va por los caminos más reales, y practica las virtudes más excelentes? Pero sea de esto, amados oyentes, lo que fuere, no basta que nuestro celo por la perfeccion del prójimo esté autorizado y arreglado, es tambien necesario suavizarle; y para esto nos servirá el celo de nuestra perfeccion particular.

3. Si en el proceder de nuestra vida estuviéramos tan dispuestos á hacer á los demás la gracia que nos hacemos á nosotros, ó hacernos á nosotros la justicia que les hacemos á ellos, fuera cosa inútil buscar en la doctrina cristiana modo de templar el ardor de nuestro celo en órden al prójimo; porque es constante, que no excediera jamás de los términos de una justa moderacion. Pero, porque la iniquidad le da al hombre una inclinacion del todo contraria, y, cuando deja obrar á su natural, le incita á no ser blando sino consigo, y á guardar todo el rigor para los demás, el celo más sincero y puro necesita de un temperamento, que, sin enflaquecer su actividad, haga más tolerable su accion, y corrija sus excesos sin alterar el principio de donde nace. Así reprimió el Salvador del mundo el celo de dos discípulos suyos, que se interesaron por su honra, y llenos de indignacion por el ultraje que habia padecido, le pedian que hiciese bajar fuego del cielo sobre los samaritanos. Así, en todos tiempos, los hombres apostólicos, al insistir en las más santas empresas, creyeron que debian suavizar su celo, para darle aquel atractivo y aquella gracia de que estaban persuadidos que dependia su fuerza. El punto, pues, consiste en hallar un temperamento infalible y seguro, que corrija los movimientos nimiamente vivos é impetuosos del celo, aun del verdadero, que nos anima en órden á los demás: y digo tambien, que este temperamento es el celo que una persona debe tener de sí misma. Veis aquí la razon que comprende en un solo punto las más excelentes instrucciones.

Consiste, pues, en que cualquiera que tiene celo de sí mismo, al proponerse y mirar fuera de sí algun bien, no pierde nunca de vista

aquella importante máxima, de no arriesgar jamás la caridad, y antes abandonarlo todo que aventurar esta virtud, que mira como fundamento y base de todo cuanto intenta edificar. En primer lugar, y sin excepcion ninguna, dice con el Apóstol: Aunque yo hablára el lenguaje de los ángeles, aunque hiciera milagros en el mundo, si no tengo caridad, soy nada. Es, pues, la caridad la que tiene todas las calidades de que se debe componer aquel admirable temperamento que buscamos en un alma. Y es imposible, que el celo degenere en alguno de los extremos á que está expuesto, mientras la caridad le dirige. Porque el celo de que uno se siente movido en órden al prójimo, cuando se excede, es naturalmente impaciente, precipitado, desabrido: imperioso, desconfiado, incrédulo; fácil en darse por ofendido y resentirse. Ved ahí sus defectos, ó, por mejor decir, sus excesos. Pero la caridad, con condiciones muy contrarias, y muy dignas de notarse, es, segun S. Pablo, paciente, humilde, sincera, dulce, sin desabrimiento, sin dejar llevarse de ímpetus, ni desvaneciéndose jamás: regocijándose siempre de lo bueno, y siendo poco fácil en creer lo malo; de suerte, que hallamos en ella todos los temperamentos que pueden perfeccionar nuestro celo. Estudiemos con cuidado, amados oyentes mios, esas palabras, y no pasemos sin estudio unas reglas tan importantes y esenciales.

El celo, hablo del celo por la perfeccion ajena, es naturalmente impaciente. Porque se quisiera salir desde luego con lo que se pretende, se quisiera, que lo mismo fuera acabar de hablar, que mudar el mundo de semblante, y que no hubiese ya aquellos abusos y delitos que se han condenado: y porque no se ven dispuestas las cosas con tanta brevedad, no solamente se pierde el ánimo, sino que tambien se concibe resentimiento contra la persona, se dan señales de indignacion, se prorumpe en demostraciones de impaciencia; porque no se sabe conservar la caridad, digo, aquella caridad que es paciente, ni se toma consejo de ella. ¿Quieres, pues, hermano mio, ser más moderado y más sufrido en tu celo? haz estas reflexiones; ¿á dónde van á parar estas inquietudes y estas priesas? ¿Es este el modo de obrar de la caridad? ¿Se porta así el Dios de la caridad conmigo? ¿Dónde estuviera yo, si el celo que tiene de mí, se hubiera cansado en tantas ocasiones y con tantos motivos? ¿Por qué el celo que tengo de los otros, habria de ser ménos constante? Dios me ha esperado años enteros, y la menor tardanza, ¿me ha de apurar á mí? Yo me he resistido al celo de Dios, ¿y no he de poder sufrir que el mio halle resistencia? ¿Hay cosa mas injusta? Veis ahí en lo que fundaba S. Pablo este punto doctrinal, en la apariencia tan extravagante, y,

en la práctica, tan verdadero, cuando decia, que aunque el celo es pronto y ardiente, la caridad es sufrida; y que la paciencia de la caridad debe detener la prontitud y el ardimiento del celo: *Charitas patiens est.* I. Cor. xiii, 4.

Como es impaciente nuestro celo, es tambien, por consecuencia necesaria, enfadoso, molesto, mortificativo, lleno de amargura, y siempre habla en tono de invectiva y de reprension; de suerte, que parece que se toma por diversion el entristecer al prójimo cuando se le corrige, en lugar de consolarle, infundirle confianza y darle aliento. El celo del Salvador de los hombres no fué de esta condicion; por el contrario, con su dulzura ablandó los corazones de bronce, atrajo los publicanos, santificó los pecadores, y obró las conversiones más milagrosas.

Pero dejando todas las demás pruebas, quiero volverme siempre al mismo principio, que, en su simplicidad, tiene no sé qué fuerza más sensible y penetrante. Porque, al fin, hermano mio, le puedo decir á cualquiera que excede en celo á los demás: consúltate á tí mismo, y sé tú mismo tu juez. En cualquiera disposicion en que te halles para aprovecharte del celo, que los demás tienen de tu adelantamiento y perfeccion, quieres que se tengan atenciones contigo; pretendes que haya condescendencias y respetos, y no te ajustas á aquella exaccion rigurosa y farisaica que no guarda medida alguna; no puedes llevar, que te se trate con altivez: si se trata de hacerte alguna advertencia y darte algun aviso, juzgas que tienes razon para pedir que se tome tu tiempo, que se conozca tu genio, y se estudie tu natural: si se procede contigo de otro modo, en lugar de servir para hacerte volver á lo que es razon, solo te sirve de alterarte. Pues, ¿no es razon, que te pongas á tí la misma ley? Pides que los otros se compadezcan de tus flaquezas: pues, ¿te puedes dispensar de compadecerte de las de los prójimos?

Amados oyentes, la caridad que inspira el verdadero celo, y le es tan propia, pide muchas atenciones y reflexiones. Hagámoslas, pues, se trata de ganar á vuestro hermano para Dios: *Lucratus eris fratrem tuum.* Matth. xviii, 15. Se trata de apartarle del camino de la perdicion, y hacer que vuelva á los caminos de Dios. ¿Le dejareis perecer por no haceros alguna violencia, despues de haber costado toda su sangre á Jesucristo el salvarle? Encended, Señor, encended en nuestros corazones este fuego divino, este celo santo con que se abrasaba vuestro Profeta; pero ¿qué digo? con que vos mismo os abrasasteis en el mundo. Hacednos sensibles para los intereses de vuestra gloria, para los intereses del prójimo y para nuestros propios

intereses; y no perdonaremos nada por unas almas, que os deben glorificar eternamente; por unas almas con las cuales debemos estar unidos eternamente en el cielo; por unas almas cuya santificacion y salvacion, despues de haber sido el asunto de nuestros desvelos, será la prenda de nuestra felicidad, que os deseo á todos.

CELO

POR EL HONOR DE LA RELIGION.

III.

Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum.

Me abraso de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos.

(III *Reg.* xix, 10.)

Todos nosotros tenemos una obligacion indispensable y natural de honrar nuestra religion, así como estamos obligados á honrar á nuestro Dios. Estas dos obligaciones están fundadas sobre un mismo principio, y la una es una consecuencia necesaria de la otra. Dios y la religion no se pueden separar, porque Dios es el fin último que buscamos, y la religion es el medio que nos liga y une á aquel fin. Así, pues, como es imposible amar el fin sin amar los medios, del mismo modo, es imposible honrar á Dios sin honrar la religion. Este es el celo más noble que podemos llegar á concebir, y al que más bien, que á todos los demás, estamos obligados más estrechamente. Este es el más excelente y noble, porque tributar honor á la religion, es tributarlo al mismo Dios. ¡Qué ventaja no es, pues, para una criatura, el ser capaz de tributar honor á su Dios! A esto estamos obligados más estrechamente que á cualquier otra cosa, porque la primera

de todas las obligaciones, mira la divinidad y la religion. El amor de la patria, la fe conyugal, la piedad de los hijos para con los padres, y la union y enlace de las amistades mas íntimas, son grandes obligaciones, y todas muy fuertes; pero todo debe ceder á la obligacion de que hablo; y antes de faltar á ella, es necesario estar pronto á renunciar todo lo demás.

¿Qué es, pues, nuestra religion? Es una preciosa herencia, que hemos recibido de nuestros pasados, así como ellos mismos la habian recibido de Dios. A nosotros nos toca conservarla y sostenerla con honor. Como cristianos, reconocemos en nuestra religion dos cualidades esenciales, que son la verdad y la santidad. La verdad de su doctrina, y la santidad de su moral. De aquí, pues, saco yo dos consecuencias, que dividirán este discurso. Nuestra religion es verdadera; luego debemos honrarla por la profesion de nuestra fe. Nuestra religion es santa; luego debemos honrarla con la pureza de nuestras costumbres. Ved á lo que se reduce el celo de que he intentado hablaros, lo que me dará ocasion para combatir muchos desórdenes que hay en la cristiandad, que no podemos llorar como es justo. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para conseguir la salvacion, son necesarias dos cosas: creer con el corazon, y profesar exteriormente su creencia. Profesar la fe, y no tenerla en el corazon, seria hipocresía; pero tambien tenerla en el corazon y no atreverse á manifestarla, y á hacer de ella una declaracion pública en las ocasiones y con los motivos que su honor lo pide, seria para ella un ultraje, porque seria desaprobarla en la práctica, y avergonzarse de ella. Es, pues, una obligacion esencial, respecto de todo cristiano, unir, para honrar su religion, á la sumision del espíritu, la confesion de la boca; y no podemos faltar á esta obligacion sin dejar de ser responsables á Dios, á la Iglesia, y á toda la sociedad de los fieles. Cuando Dios quiso instituir en la tierra una religion, no pretendió que ésta quedase oscura y en las tinieblas. Puesto que ella debia servir á su gloria, y no estaba establecida sino para este fin, no bastaba que fuese interior en un todo, ni que estuviese encerrada en lo más escondido de las almas; sino era necesario que fuese visible, que se publicase con la mayor claridad, á fin de que con su resplandor y lustre contribuyese á aumentar la grandeza del Señor, á quien nos sujeta, y que nos propone como el objeto de nuestro culto. Pues bien: la religion no es visible, sino en tanto que la profesamos; y de este principio proceden los ejercicios públicos que nos hace practicar, los sagrados misterios

que nos hace celebrar, las solemnidades y fiestas que nos hace observar, las piadosas concurrencias á que nos llama, y las augustas ceremonias á que nos hace asistir; este es tambien el principio de las oraciones y divinas alabanzas, que en comun nos hace rezar, y de todo este exterior de religion, que debemos acompañar con el espíritu, y que dándonos una grande idea del servicio de Dios, nos une más estrechamente al mismo Dios, y nos mueve á glorificarle. Luego, si nosotros nos queremos ceñir á una falsa obediencia de corazon, y despojamos á nuestra religion de estas apariencias y exterioridades; si tememos el manifestarla; si nosotros la oscurecemos y la detenemos cautiva en un vergonzoso silencio; aun siendo tan verdadera, como es, alteramos en ella, no la verdad, que siempre es la misma, sino la fe, que tiene diversos grados, y que puede ser más ó ménos viva. El defecto ó falta se comunica, se extiende, en algun modo, hasta el mismo Dios, y por este medio le quitamos una parte de la gloria que habia previsto, y de la que le somos deudores.

Sobre las sagradas fuentes del bautismo hemos prestado á la Iglesia un juramento de obediencia, al presentarnos allí para ser admitidos entre sus hijos, en el número de los fieles. Delante de los altares hemos reconocido solemnemente la verdad de la ley, á que queríamos ser agregados, para vivir y morir en ella. Nosotros hemos renunciado al demonio, al mundo y á la carne, para sacrificarnos á Jesucristo, para llevar su yugo, y para ser revestidos de Jesucristo. Todo esto se ejecutó en presencia del ministro, que nos confirió la gracia, en presencia de los asistentes, los unos, fiadores, y los otros, solamente testigos de nuestra protestacion auténtica é irrevocable. Este es el modo con que recibimos la fe, en un principio: pero, al fin, en todo esto no éramos nosotros propiamente los que obrábamos entónces, los que hablábamos, los que nos obligábamos, ni los que respondíamos. Respondíase por nosotros y obrábase por nosotros. La Iglesia quiso contentarse con este primer empeño y obligacion, y la aceptó, pero con una condicion: ésta es, que en lo sucesivo seria ratificada aquella obligacion; ¿y por quién? Por nosotros mismos: ¿y por qué medio? No tanto por una confesion del espíritu, aunque necesaria, cuanto por el de una confesion de boca; por el de una confesion declarada expresamente, publicada y notificada á todo el mundo cristiano. Sin semejante profesion, revocamos tácitamente lo que dijimos por el ministerio de aquellos, que nos prestaron su voz para hacernos escuchar; nosotros los desmentimos, nos desmentimos á nosotros mismos, hacemos sospechosa nuestra fe, y hacemos á la

Iglesia la injuria de no atrevernos á tomar su partido, ni manifestarle nuestra inclinacion.

2. El mal aun pasa más adelante, pues nosotros quebrantamos la tercera y última obligacion, que es la del ejemplo, que cada fiel debe dar á toda la sociedad cristiana de que es un miembro. Porque todos no somos sino un mismo cuerpo en Jesucristo; y lo que fortifica este cuerpo místico, lo que le da un vigor santo, lo que sostiene la fe, que es el alma de él, y lo que la hace florecer, es la edificacion comun, que uno recibe, y da el otro: son estas exterioridades de religion, que saltan á los ojos, y que hacen tanta impresion sobre los corazones, cuanto nos sentimos naturalmente movidos á imitar todo lo que vemos. Movidos con este exterior, se tiene por la religion misma un profundo respeto. La impiedad se ve, al fin, forzada á callar, y la verdad triunfa. Pero por una regla contraria en un todo, si este culto visible y aparente empieza á borrarse y á olvidarse, todo se empieza á debilitar, casi no se sabe ya lo que es religion. Los licenciosos se valen de esta ocasion, y los fieles se hallan turbados: ¿qué es fe, se dice? ¿Aun hay todavía alguna en el mundo?

Ved, digo yo, amados oyentes mios, los principios evidentes y ciertos; de donde saco, como una consecuencia infalible, la importante obligacion que os predico, obligacion general y que nos mira á todos; pero obligacion particular para los grandes de la tierra, para los padres y madres, y para todos aquellos á quienes la reputacion, la erudicion ó el ingenio dan un cierto crédito en el mundo. Sin embargo, en vez de honrar nuestra fe, profesándola segun las reglas de una religion pura y sincera, la deshonramos con escándalos de que la cristiandad, que en esta vida es para nosotros el reino de Dios, se halla llena. Yo no intento hablar aquí de aquellos escándalos enormes, que con frecuencia se manifiestan y dejan ver, cuando con el exceso y licencia de una disolucion, sin consideracion alguna, ni reparo, los impíos se glorian de tratar con profanacion las cosas de Dios. Hablo, oyentes, de aquellos escándalos en los que caemos con ménos dificultad; los que evitamos con ménos cuidado; á los que poco á poco el espíritu del mundo nos familiariza; los que nos figuramos como muy inocentes, y de los que algunas veces nos vanagloriamos, hasta hacer vanidad de ellos: éstos son mil chanzas y burlas de las cosas santas, con las que el mundo se recrea, y de las que se aplaude. Se hace burla de todo: se hace burla de las personas piadosas; y ésto separa los espíritus débiles del camino de Dios. Se hace burla de los pastores de las almas; y ésto les impide glorificar á Dios en su ministerio. Se hace burla de los sermones y de los predicadores; y ésto es causa de que la divina palabra esté abandonada, y que no obre como debe. Se hace burla, finalmente, de la frecuencia de los sacramentos; y de aquí nace, que estas fuentes de gracia y estos saludables remedios están abandonados y menospreciados.

Hay escándalos de indiferencia. Cuando se mueven algunas disputas sobre cuestiones importantes, en que la verdadera fe se halla combatida, hay personas que, separadas, se están tranquilas, y que no toman partido alguno; como si fuera permitido en ningun tiempo á los hijos quedarse neutrales entre su madre y sus enemigos. Hay escándalos de negligencia. Algunos no oran, ni en comun, ni en particular; no observan las abstinencias y ayunos, aunque mandados por la Iglesia; ni confiesan ni comulgan en todo el año, ni aun en el tiempo de la Pascua. Vosotros sabeis cuán frecuente y comun es este estado; y decidme; ¿qué vestigio, ó señal de cristiano se puede reconocer en él? Hay escándalos de complacencia, pues se escucha con una facilidad culpable las palabras licenciosas de algunos amigos de una fe muy sospechosa, y aun puede ser, que enteramente perdida.

¡Ah, Señor! Si en el nacimiento de tu Iglesia, y en aquellos primeros tiempos en que estuvo entregada á tantos combates, y en que tuvo que padecer tantas persecuciones, no hubiera tenido otros defensores; ¿qué hubiera venido á ser, y en que hubiera venido á parar? Si los primeros cristianos hubieran sido de estos indiferentes, negligentes y falsos complacientes, ¿hubieran sacrificado sus bienes y derramado su sangre por el honor de la religion? ¿En cuántas ocasiones la hubieran hecho traicion y vendido, no siempre declarándose contra ella, sino no declarándose en favor suyo, disimulando y callando? Seamos, hermanos mios, sencillos y de buena fe; y supuesto que somos cristianos, seámoslo enteramente, haciendo gloria de serlo, porque solo es serlo á medias no querer parecerlo. Respetemos la religion, y todo lo que tiene alguna relacion con ella, porque, para nosotros, nada hay que sea, ni más grande, ni más sagrado. No nos contentemos con honrarla como verdadera, con una profesion libre y pública; sino supuesto que es santa, honrémosla con la pureza y santidad de nuestras costumbres.

Nuestra religion es santa en su Autor, en sus máximas, en sus preceptos y consejos; en sus misterios; y santa en un todo; porque así es como el Espíritu Santo nos la ha representado, toda pura y sin mancha. Entre todas las calidades y prerogativas que la engrandecen, ninguna hay más excelente, ni, por consecuencia, más gloriosa que su santidad; y nada hace resplandecer tanto esta santidad

como la vida santa de los que la profesan. Si nosotros, pues, queremos honrarla bajo esta preciosa cualidad de santa, que tan legitimamente tiene adquirida, y que forma uno de sus más bellos adornos, no podemos hacerlo mejor que trabajando en nuestra propia santificacion. Por esto es, por lo que S. Pablo encargaba tanto á los fieles, que se hicieran irreprensibles en toda su conducta; y que obráran de modo, que los paganos é idólatras no encontrasen nada que censurar en ellos, persuadido, como estaba, á que nada aumentaria más la gloria de la cristiandad, y nada contribuiria más á dilatarla en todas las partes del mundo.

Pero ¿qué es lo que sucede ahora, qué es lo que vemos en nuestros dias? Lo que se ve, es, que hemos degenerado de aquella primera santidad, que, en otros tiempos, hacia florecer la cristiandad, y de la que sus defensores se servian para inspirar la estimacion de ella y autorizarla. Mirad, decia Tertuliano, para justificacion de los fieles combatidos por todas partes, y expuestos á toda la violencia de los tiranos; mirad cómo vivimos, y no despreciareis lo que creemos. Entre nosotros no se hallan, ni fraudes, ni injusticias, ni traidores, ni malvados. En vuestras prisiones teneis muchos cristianos; pero el delito que tienen, solamente es la religion que profesan. Fuera de ésto, ¿qué podeis decir contra ellos, ó de qué los podeis acusar? Nosotros nos juntamos, pero es solamente para invocar á nuestro Dios; y á nuestras oraciones, casi contínuas, se siguen ejercicios de una penitencia santa. En cuanto á lo demás, ¿qué agravio hacemos á persona alguna, y que caridad no tenemos y ejercitamos para con todos? ¿A qué obligaciones faltamos? Juzgad por nuestra vida quiénes somos; y de lo que somos, juzgad cuál debe ser esta fe por la que somos tales. Esta era la regla que daba para conocer bien la religion cristiana, y para ponderar su excelencia. Pero estando ahora precisamente á esta regla, en lugar de que entónces era la gloria de la religion, ¿no seria del estado presente de la cristiandad el deshonor y vergüenza?

Temamos que, por nuestra culpa, suceda á la Iglesia de Jesucristo lo que sucedió á la de Jerusalen, cuando sus enemigos, hallándola despoblada y desierta, la insultaban con la mayor crueldad y desprecio, diciendo: *Hæccine est urbs perfecti decoris.* THREN. II, 15? ¿Es esta aquella Iglesia tan floreciente y bella en otros tiempos? ¿Es esta la Iglesia, que llenaba el mundo con el resplandor de sus virtudes y el honor de su santidad; la que santificaba las ciudades, las provincias y los imperios; la que consagraba las soledades y los desiertos, y la que formaba los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes? ¿Quién la ha desfigurado de este modo, y qué señales ó vestigios podemos en ella descubrir de su antiguo explendor? Los hijos, que habia criado en su seno, los que habia instruido en su escuela, los que habia ilustrado con sus luces, y proveido con los auxilios más eficaces y poderosos, han venido á ser hijos de perdicion. La Iglesia habia siempre combatido el pecado como á su capital enemigo; le habia vencido muchas veces, y desterrado de los corazones en que se habia establecido; pero el pecado ha recobrado contra ella todas las ventajas que le habia quitado. ¿Es acaso necesario admirarse si padece un dolor tan vivo, y si está sumergida y llena de dolor y amargura?

Es verdad, que entre tanta zizaña sembrada en el campo de la Iglesia, aun hay buen grano. Yo sé, que aun se hallan en la religion cristiana muchos cristianos capaces de sostener el honor de ella. Pero, ¿la licencia fija en ellos sus miradas? ¿Está acaso el mundo atento á lo bueno que hacen, á los ejemplos que dan, ó á las virtudes que practican? En una sociedad hace más impresion sobre los espíritus un hombre escandaloso, que todos los demás juntos, por arreglados que sean.

Seamos, amados oyentes, seamos sensibles al honor de una religion, en la que tan dichosamente hemos sido reengendrados; á la que tan estrechamente nos hemos obligado; por la que hemos recibido tantas gracias, y de la que aun esperamos una corona inmortal. Si nosotros, segun la expresion del Apóstol, somos por la santidad de nuestras costumbres la alegría y corona de nuestra religion, ella será tambien nuestra alegría y nuestra corona; y tanto como la habremos honrado en esta vida, tanta gloria alcanzaremos en el cielo, que os deseo á todos.

CELO

POR LOS TEMPLOS DEL SEÑOR.

IV.

Lætatus est populus cum vota sponte promitteret.

El pueblo mostró su alegría al prometer ofrendas voluntarias.

(I. Paralip. XXIX, 9.)

El universo es un gran templo de Dios. En él todas las criaturas reconocen el supremo dominio del Criador, y son, á su modo, sus predicadores y encomiadores. Alumbrando el sol y las estrellas; sucediéndose unas á otras las estaciones; brillando por un instante el relámpago, y bramando horrísono el trueno; siguiendo majestuosamente su curso el agua de los rios; luciendo por la noche la luna como una reina, rodeada de una corte de astros; las plantas brotando sus flores, y embalsamando la atmósfera; la tierra devolviendo al hombre con creces lo que la ha dado; las aves, los animales, los montes, los valles, las fuentes, todo en este gran templo de Dios, que se llama universo, entona cánticos al Criador supremo, y le rinde, á su manera, culto y adoracion. Las criaturas cumplen su destino y hacen la voluntad de Dios; y cumpliendo su destino y haciendo la divina voluntad, rinden homenaje al que les dió la existencia y se la conserva.

Y el hombre, rey de la creacion, el hombre, la más noble de las obras de Dios, ¿dónde le alaba y adora? Estando Dios por su inmensidad igualmente presente en todos los lugares, es evidente que en todos podemos adorarle; pero á causa de nuestra flaqueza, no todos los sitios son igualmente oportunos para tributarle nuestros homenajes, y dirigirle nuestras oraciones. Por eso se ha dignado elegir

ciertos lugares, para recibir en ellos nuestras adoraciones y escuchar nuestras súplicas. Estos lugares, donde el Señor reside de un modo inefable, son sus templos. En ellos nos dá todos los dias testimonios irrecusables de su divina beneficencia, de su amor y paternal solicitud. Es preciso, pues, que, mostrándonos agradecidos, prestemos á los templos de Dios todo el esplendor de que sean susceptibles, y le tributemos un culto majestuoso y digno de su bondad y grandeza. Cuando David, despues de haber hecho magníficos preparativos para la construccion del templo de Jerusalen, vió que el pueblo, lleno de un placer inexplicable, ofrecia sus obligaciones, cada cual segun su posicion y posibilidad, para dar á aquella obra todo el esplendor y grandeza de que fuese capaz, poseido de un santo entusiasmo, exclamó: «Bendito seas, Señor Dios de Israel, por todos los siglos de los siglos. Tuya es, Señor, la magnificencia, y el poder, y la alabanza, y todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra; tuyas son las riquezas, y la gloria, y el imperio. ¿Quién soy yo, Dios mio, y quién es mi pueblo, para que osemos ofrecerte todas estas cosas? A tí pertenecen todas, porque todo lo hemos recibido de tu mano benéfica.» Estos son los sentimientos que debieran animarnos á todos, cuando se trata del esplendor de los templos y del culto, que en ellos debemos tributar á Dios; y excitar en vosotros estos sentimientos, es lo que me propongo en este discurso. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Hay almas que se consagran siempre á las obras de piedad y de misericordia; dan á los pobres, hacen rogar por los muertos con una caridad digna de su fe; pero, por no sé que falsa apreciacion del mérito de las obras, se muestran poco sensibles y casi indiferentes al triste estado de abandono y estrechez en que gimen sus iglesias. No quiera Dios, amados hermanos mios, que mi ánimo sea entibiar vuestra caridad, ora con los pobres de Jesucristo, ora con aquellas almas doloridas, que vuestros sufragios van á consolar y refrescar en el lugar de sus padecimientos y de su destierro. Hacer limosna es una obra santa, y una de las más perfectas de todas las que nos encomienda el Evangelio. Acordarse de los muertos, dar por su alivio una parte de los bienes que ellos nos han dejado, hacer ofrecer por su salvacion el divino sacrificio, es un pensamiento santo y saludable. Pero las prescripciones de la caridad no se limitan á estas dos prácticas. Es obra digna de toda alabanza, el socorrer al necesitado, cubrir su desnudez, dar asilo al extranjero, socorrer al enfermo, visitar al preso; pero, ¿no es menester asistir tambien á Jesucristo? En

esta vida Eucarística, en que él se olvida de sí mismo, y se eclipsa; Dios sin esplendor, sol sin rayos, ¿no lo veis pobre, desnudo y desposeido de aquella gloria, que es su ropaje? ¿No veis que es extranjero, que es del cielo, y no de este mundo, por donde pasa para solo haceros bien? Y rehusareis un domicilio espacioso y convenientemente decorado al visitador augusto, que os viene de tan léjos, y que ha descendido de lo alto hasta vuestra nada? ¿No veis, que está preso en este tabernáculo, donde su amor le tiene encadenado? ¿Y no quereis alumbrar, hermosear la oscuridad de su aislamiento, y adornar, á lo ménos con algunas flores, los vínculos voluntarios de este amable y generoso cautivo de vuestras almas? ¿No veis, en fin, que viene á vosotros en un estado de humillacion y flaqueza, y que nada anunciará su presencia entre los mortales, si la hermosura de su templo, la decoracion de su santuario no manifiesta que, aunque humillado, no deja por eso de ser el Dios de poder y grandeza? Y el sacrificio ofrecido para los muertos es, asimismo, una obra no ménos agradable á Dios, que provechosa á las almas en pena; pero, para ofrecer este adorable sacrificio, se necesita un templo, y en el templo un altar; y para el servicio del altar, vasos, ornamentos sagrados; y ¿cómo se ofrecerá con decoro y dignidad, si todas estas particularidades del culto santo no corresponden por su decencia y conveniente conservacion á la grandeza de la oblacion y á la excelencia de la Víctima? ¿Y creeis, que Dios no tendrá en cuenta vuestras piadosas ofrendas, y que no sabrá aplicar sus frutos á las almas que los necesiten, si se las presentais con este religioso intento?

Ya lo veis, pues, amados hermanos mios, léjos de ser un mérito insignificante y de escaso valor, digno de que nuestra piedad lo desdeñe, la emulacion por la hermosura de la casa del Señor, nos hace practicar las obras que nos son más provechosas, compite con las más santas virtudes, y hasta las sobrepuja, toda vez que, en sí sola, contiene toda la gloria y todo el valor de aquéllas. ¡Ah! si comprendiésemos la grandeza de este Dios, que nos honra con su presencia, que se hace *Emmanuel*, Dios con nosotros, y en medio de nosotros; si estuviésemos penetrados del sentimiento de estos misterios de gracia y amor, que se obran en nuestros templos y sobre nuestros altares, las más ricas ofrendas para la conservacion y ornato de su santuario no nos parecerian una expresion bastante magnífica de nuestra fe y agradecimiento. Bien sé, que Dios no necesita de tales testimonios para manifestar su grandeza. Dios es grande, siempre y en todas partes grande: era grande sobre la sencilla piedra y el altar de césped, en que el patriarca le ofrecia sus sacrificios, lo mismo que en

los esplendores de aquella augusta é inmortal ciudad, cuyas magnificencias ha descrito el apóstol S. Juan: era grande en el establo de Belen, en la oscuridad del pesebre, lo mismo que en el templo de Jerusalen, gloria de la ciudad santa y maravilla de las naciones: era grande en las catacumbas, en los desiertos y en los antros de las peñas, en donde la proscripcion de su culto le precisó varias veces á ocultar sus misterios, lo mismo que en nuestras soberbias basílicas, sublime ensayo del genio cristiano, que parece que ha querido igualar á la majestad de Dios mismo los monumentos levantados á su gloria; y la iglesia más pobre revela, acaso mejor, al corazon tierno y puro, al alma amante y fiel, la presencia del Dios, que se hizo semejante á los demás hombres, y se redujo á la condicion de hombre. Pero esta viva concepcion de la fe, que ve á Dios con vista pura como los espíritus, es el privilegio de un corto número de almas escogidas; y para la muchedumbre de los cristianos, la piedad necesita el auxilio de formas exteriores de imágenes, sensibles para sostenerse y animarse.

Así, pues, amados hermanos mios, apelo á vuestro celo en favor de la obra santa de los templos, ménos aun por Dios, que puede pasarse sin la ostentacion mundana, rodeado como está de su propia grandeza; ménos aun por Dios, repito, que por vosotros mismos, por vuestro consuelo, por vuestra edificacion, por vuestra instruccion, por la perfeccion de vuestra adoracion y de vuestras oraciones. ¿No es verdad, que os sentís más recogidos, más dispuestos á orar, más aproximados á Dios, por decirlo así, delante de un altar adornado con noble sencillez, en un templo convenientemente decorado, que en esos tristes santuarios, más semejantes á una casa abandonada que á la casa de Dios; más propios para contristar la fe, que para excitarla: santuarios, que ofrecen á nuestras miradas cuadros rotos, imágenes informes ó mutiladas, pinturas destrozadas ó semiborradas, paredes ennegrecidas y deterioradas, púlpitos y altares, que se caen de puro viejos? Cuando veis, que todas las cosas del edificio sagrado revelan una mano inteligente que las ordena y coloca con cuidado; ¿no es verdad, que vuestra religiosidad se consuela, que vuestro corazon se conmueve, que vuestra esperanza se anima por esta imágen visible del cielo, el cual debe su belleza al órden admirable que el Señor hace reinar en él? ¿No se os ocurre decir, con el Príncipe de los apóstoles, en el éxtasis de los goces y de las glorias del Tabor: Bien estamos aquí: *Bonum est nos hic esse*, Luc. IX, 33; ó exclamar con el Profeta, al contemplar el majestuoso órden de todas las partes del templo, y la bella disposicion de sus adornos: ¡Oh, cuán

bellos son tus tabernáculos, Dios de las virtudes! ¡qué magníficas son las tiendas en que viajas con nosotros en nuestra peregrinacion á la patria celestial! *Quam pulchra tabernacula tua, Jacob, et tentuoria tua, Israel!* Núm. xxiv, 5.

He hablado de instruccion. En efecto; un templo así adornado con decencia, así rodeado de cuidados y atenciones, ¿no es una predicacion elocuente que, embargándonos los sentidos, conmueve, eleva, agita nuestra alma, la sugiere una alta idea de Dios, la llena del respeto de su presencia, é imprime en nuestro corazon un vivo sentimiento de temor y amor á él? He hablado de consuelos: ¡ah! hermanos mios, no quiero atraeros con la persuasion de la gloria humana; más, con todo; ¡qué grata satisfaccion no es para todo fiel feligrés el poder decir: « Hasta nuestros dias, la casa de Dios ofrecia el aspecto de la miseria, de la desolacion, de la ruina; nuestros padres nos habian dejado casas cómodas, espaciosas, dignas, proporcionadas á nuestras necesidades y á nuestra fortuna; y el arca del Señor, el tabernáculo de su alianza, estaba debajo de una cubierta más vil, que el miserable lugar donde el pastor abriga su ganado. Unos hermanos tibios ó indiferentes, ó cediendo á los cálculos de una prudencia interesada, nos decian, como antiguamente los políticos y los temporizadores del pueblo judío, al regreso del cautiverio: No es llegado aun el tiempo de reedificar la casa del Señor: *Nondum venit tempus domus Domini ædificandæ*, Agg. i, 2; pero oíamos, que nuestro Dios nos decia por boca de su profeta Aggeo: ¿Con qué es tiempo de que vosotros habiteis en casas de hermosos artesonados, y esta casa estará abandonada? *Numquid tempus vobis est ut habitetis in domibus luqueatis, et domus ista deserta?* Agg. i, 3. Dóciles á esta voz, nos hemos animado en la obra; hemos adunado nuestros sudores y los tributos tomados del tesoro de nuestra pobreza. El cielo ha bendecido nuestros trabajos; miradlo: este es el edificio que nuestro dinero ha fundado, que nuestras manos han edificado, que el forastero admira, que nuestros vecinos nos envidian; es este el edificio que honrará nuestra memoria, cuando nuestros nietos, de generacion en generacion, gocen del fruto de nuestros sacrificios! No hay duda, oh Señor, en que son muchas las faltas, muchos los errores que debemos hacernos perdonar; pero podemos probarnos con el Rey Profeta, que hemos amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria: *Dilexi decorum domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ*, Psalm. xxv, 8; y este monumento de nuestra fe, levantándose al cielo como una plegaria eterna, hará descender sobre nosotros la gracia y la misericordia.»

2. Hay mas, hermanos mios: el templo no es solamente la casa de Dios; tambien es la vuestra; sí, vuestra propia casa, tanto aun más, que la que vuestros antecesores os han transmitido en herencia, ó que vosotros habeis adquirido ó fabricado con vuestros ahorros para vuestros usos domésticos. Del mismo modo que vemos levantarse, en medio de cada reunion de hombres, unidos por relaciones de vecindad, ó por comunidad de intereses, una casa llamada *comun*, por estar abierta á todos los hijos de la aldea, ó de la ciudad, que van á la misma para sus asuntos civiles; así, para las reuniones, ó juntas, en que se trata de los intereses de la familia espiritual, cada distrito parroquial posee una casa, propiedad comun de todos los que ruegan al mismo Padre y al mismo Dios en la comunion de una misma Madre. Por consiguiente, la iglesia de Dios es la casa del cristiano, como que no hay circunstancia solemne ni acto importante de su vida que no sea consagrado en su recinto. En ella habeis tomado un nuevo nacimiento, que ha corregido el vicio de vuestro primer orígen; en ella habeis dado los primeros pasos en la senda de la virtud; en ella habeis aprendido á pronunciar las primeras alabanzas del Señor; en ella vuestra infancia se ha alimentado con la leche de la divina sabiduría; en ella os habeis hecho grandes, bajo las alas de la religion, nutridos y fortalecidos con el pan de la palabra y con el de la Eucaristía; en ella se han bendecido vuestras uniones; en ella pasan para vosotros las horas de un dulce y santo reposo, en medio de los vapores del incienso y de la armonía de los himnos y cánticos; en ella, en fin, cuando se cierren vuestros ojos á la luz, recibireis la última despedida de una familia anegada en llanto, y los últimos votos de una religion, que hace resplandecer la luz de la esperanza en las mismas sombras de la muerte.

Así, pues, amados hermanos mios, lo que haceis por la conservacion de vuestras iglesias, lo haceis por vosotros; cuando añadís un adorno á la casa del Señor, hermoseais vuestra propia morada; cuanto más multiplicais vuestros donativos para contribuir al esplendor de sus fiestas y á la pompa de sus solemnidades, tanto más multiplicais vuestros propios goces; y en ésto vuestros más caros intereses se confunden con vuestros deberes más santos.

Por lo demás, hermanos mios, no pretendo que os impongais sacrificios superiores á vuestras facultades: sé la modicidad de los recursos del mayor número de las parroquias, y no ignoro, que el culto divino permite una dignidad relativa, proporcionada á la im-

portancia de las iglesias, acomodada al número y á las facultades de los fieles que las frecuentan. No es lujo lo que reclamo para las iglesias, aunque lo esmerado y profuso de sus adornos tenga su más legítima excusa, y su más santa justificacion en su aplicacion al embellecimiento del santuario. ¿Qué pretendo, pues? Que incluyais la conservacion y el cuidado de las iglesias en el número de las primeras y mejores obras; que les destineis una parte de vuestras liberalidades y disposiciones caritativas; que deis poco, si poco teneis; que deis más, si teneis mucho, y siempre con alegría y solicitud cual conviene hacerlo cuando se dá al Señor. ¿Qué pretendo? Que quiteis alguna gala á la vanidad para honrar el templo con esos despojos de Egipto; que contribuyais á esta obra excelente con el trabajo de vuestras manos, cuando no podais contribuir con vuestro oro. ¿Qué pretendo? ¿qué pido? Que ocurrais á todas las necesidades del culto divino, á la decente celebracion de los santos misterios, á la conveniente administracion de los sacramentos, al entretenimiento de esta lámpara, que anuncia la presencia del Altísimo y suministra el fuego para el sacrificio.

Pero al encomendaros, hermanos mios, que cuideis celosa y piadosamente de vuestras iglesias, habríamos llenado incompletamente el deber de nuestro ministerio, si, al mismo tiempo, no os exhortára á mirar por ese santuario invisible, que, en un sentido más perfecto y más elevado, es tambien el templo de Dios; quiero hablar de vuestras almas, de las que los templos materiales toman en parte su santidad. Una iglesia decente y adornada es hermosa, sin duda; pero cuando mis ojos se complacen más en ella, es cuando veo en su recinto la figura de un alma adornada de todas las virtudes. ¡Si me fuera dado introduciros en ese augusto santuario, haceros contemplar sus riquezas y maravillas! Allí tambien se levanta un edificio, edificio espiritual, del aspecto más regular, sostenido, como sobre otras tantas colunas, por las virtudes de la fortaleza, la templanza, la prudencia, y la justicia. La fe puso sus fundamentos: la santa esperanza lo eleva á los cielos; la divina caridad corona su cima; la pureza viste sus paredes de esplendente blancura; la dulzura, la resignacion y la paciencia llenan su ámbito con los más suaves perfumes. Allí hay tambien un altar, en que se ofrecen *hostias espirituales* con el sacrificio de los deseos; un tabernáculo, en que descansa Dios, pues su reino está en medio de nosotros. Allí arde tambien la lámpara misteriosa, siempre alimentada por el aceite de las buenas obras; allí se exhala tambien un incienso puro, las oraciones de los santos; oraciones recogidas y depuestas por los ángeles al pié del trono del Cordero. Allí se hace una predicacion interior, esto es, la uncion del Espíritu Santo, que nos enseña en todas las cosas la verdad. De allí parten tambien los santos pensamientos, los deseos fervientes, dardos candentes, que van á herir el cielo, como las flechas de vuestros campanarios que se lanzan á las nubes. Lo mismo, en fin, que el templo visible, ese templo espiritual ha recibido su consagracion en las aguas del bautismo, que lo han santificado en el sello que le ha puesto el Espíritu Santo. ¡Ah! guardaos, hermanos mios, de que ninguna mancha lo afee! El castigo seria terrible.

De este modo, amados hermanos mios, realizareis, y en un sentido más espiritual de lo que él queria decir, el voto del apóstol S. Pedro, que pedia, que se construyesen tres tabernáculos en el monte en que Jesús se transfiguró. Fundando el tabernáculo de Dios en vuestras almas, habreis preparado el tabernáculo de vuestras almas en la eternidad. ¿Pensais, que Jesucristo no dejará entrar en su reino celestial, á los que le hayan ofrecido en la tierra una generosa hospitalidad? Y sí, como él nos lo asegura en su Evangelio, hay muchas habitaciones en la casa de su Padre; ¿no os es permitido esperar, que reservará los lugares más distinguidos á las almas fervorosas que habrán cuidado de su templo, esforzándose y esmerándose en hacerlo ménos indigno de su suprema majestad? Esmeraos, pues, en cuidar de la casa del Señor, y alcanzareis este premio, que á todos os deseo.

DIVISIONES.

CELO. — No hay celo que pueda obrar con tanta libertad, como el de los que han llevado siempre una vida irreprensible.

No hay celo que requiera tanta prudencia, como el de los que no siempre han guardado una conducta ejemplar.

CELO. — Nuestro celo debe hacernos vigilantes para prevenir el mal, que no ha acontecido.

Nuestro celo debe hacernos diligentes para cortar el mal, que ha comenzado á manifestarse.

Nuestro celo debe ser invencible para remediar el mal inveterado.

CELO. — La sencillez hace amar el celo de que estamos animados contra toda clase de pecados.

La discrecion hace triunfar el celo, que nos anima para seguir el camino de la virtud.

CELO DE LOS MUNDANOS.—Cuando nuestro celo es ciego, tomamos las ilusiones de nuestro entendimiento por artículos de fe.

Cuando nuestro celo es ciego, tomamos los ardores de nuestra concupiscencia por inspiraciones del Espíritu Santo.

Cuando nuestro celo es ciego, calificamos á los censores de nuestra mala vida de enemigos de la religion.

CELO INDISCRETO.—No hay celo más indiscreto que el celo de los ignorantes.

No hay celo más capcioso que el celo de los hipócritas.

No hay celo más terrible que el celo de los vengativos.

CELO INDISCRETO.—Las cábalas de los malos contra los que aman la verdad de la justicia, manifiestan que su celo es altamente inícuo.

Las palabras injuriosas con que los malos ofenden á los que les contrarian, manifiestan que su celo respira odio y mala voluntad.

Los empeños temerarios de los malos contra los hombres de bien, manifiestan que su celo respira furor.

CELO INDISCRETO.—Los malos solo son celosos para impedir que sus semejantes se conviertan.

No son celosos sino para pervertir á los que condenan su mala conducta con sus máximas y ejemplos.

No son celosos sino para perder á los que pretenden convertirles.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Zelus domus tuæ comedit me; et opprobria exprobrantium tibi ceciderunt super me. PSALM. LXVIII, 10.

El celo de tu casa me devoró, y los baldones de los que te denostaban recayeron sobre mí.

Tabescere me fecit zelus meus, quia obliti sunt verba tua inimici mei. PSALM. CXVIII, 139.

Mi celo me ha hecho consumir *de dolor*, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras.

Vidi prævaricantes et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. IBID. 158.

Veíalos prevaricar y me consumia *de dolor*, al ver que no hacian caso de tus palabras.

Nonne qui oderunt te, Domine, oderam, et super inimicos tuos tabescebam? PSALM. CXXXVIII, 21.

¿No es así, Señor, que yo he aborrecido á los que te aborrecian? Y ¿no me consumia interiormente por causa de tus enemigos?

Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum suum filii Israel. III. REG. XIX, 10.

Me abraso de celo por tí, oh Señor Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza.

Fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus æmulatio. CANTIC. VIII, 6.

El amor es fuerte como la muerte; implacables como el infierno los celos.

Ne despicias hominem avertentem se à peccato, neque impropereres ei; memento quoniam omnes in correptione sumus. ECCLI. VIII, 6.

No mires con desprecio al hombre que se arrepiente del pecado, y no se le eches en cara; acuérdate que todos somos dignos de correccion.

Ignem veni mittere in terram; et quid volo nisi ut accendatur? LUC. XII, 49.

Yo he venido á poner fuego en la tierra; y ¿qué he de querer sino que arda?

Recordati sunt vero discipuli ejus, quia scriptum est: zelus domus tuæ comedit me. JOANN. II, 17.

Entónces se acordaron sus discípulos, que está escrito: el celo de tu casa me tiene consumido.

Quis infirmatur, et ego non infirmor? quis scandalizatur, et ego non uror? II. CORINT. XI, 29.

¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿quién es escandalizado *ó cae en pecado*, que yo no me requeme?

Testis mihi est Deus, quomodo vos omnes cupiam in visceribus Christi. PHILIPP. I, 8.

Dios me es testigo de la ternura con que os amo á todos en las entrañas de Jesucristo.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Un acto heróico de celo por la gloria de Dios vemos en Moisés, cuando, al ver la abominable idolatría á que se entregó el pueblo de Israel, rompió las tablas de la ley, que habia recibido del mismo Dios, como impropias para imponer á un pueblo sacrílego; y atravesó con la espada á muchos miles de aquellos apóstatas infelices. Pero

cuando Dios trató de castigar ejemplarmente en el pueblo este enorme pecado, Moisés, encendido de un santo celo por la gloria de Dios, se manifestó animado de igual celo por el bien de las almas, intercediendo y, casi diria, forzando á Dios, á que retirára sus castigos, perdonando cordialmente á toda la nacion. Exod. xxxii.

Igual celo por la gloria de Dios resplandeció en Finees, nieto del sumo sacerdote Aaron, cuando al ver á uno del pueblo entrar en la tienda de una madianita para fornicar con ella, en el acto que el Señor hizo ahorcar á todos los caudillos que se habian contaminado con las moabitas; toma un puñal, entra tras él en la misma tienda, y traspasa á los delincuentes en tan terrible transgresion. Este acto de celo aplacó la ira del Señor, que iba á caer de un modo espantoso sobre los hijos de Jacob. Numer. xxv.

¿Quién no admira el arrojo del valiente Matatías? Invitado por el delegado del rey Antioco con las más lisonjeras palabras á ofrecer incienso á los ídolos, no solamente declaró á la faz del pueblo, que ni él, ni sus hijos, ni sus hermanos violarian jamás la ley divina, sino que al ver á un judío acercarse al altar para ofrecer incienso al ídolo, se enardeció tanto su celo, que allí mismo le quitó la vida, derribó el altar, y proclamó con sus hijos la guerra santa y la independencia de su patria. II. Machab. ii.

En la nueva ley de gracia se nos presenta nuestro Salvador Jesucristo, que, con un celo propio de un Dios, promueve la gloria de su Padre, y obra la salvacion de los hombres, que formaba el doble objeto de su mision divina.

Innumerables son los ejemplos de este doble celo que vemos en los apóstoles, esparramados por todo el universo, para llevar á todos los hombres la buena nueva ó el Evangelio; pero especialmente en el apóstol S. Pablo, que arrostra todos los peligros, se expone á todos los tormentos, sufre todas las privaciones, emplea todo su fervor, y aun desea ser maldito de Dios, si esto ha de ser necesario para que se propague el Evangelio y se salven los hombres. Rom. ix.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Nemo potest habere zelum Dei, et non habere scientiam Dei. Judæi putantes se zelum Dei habere, sacrilegi extiterunt in Filium Dei. Origen. in Epist. ad Rom.

Ninguno puede poseer el celo por Dios sin tener la ciencia divina. Los judíos, presumiendo falsamente tener el celo de Dios, se hicieron sacrílegos contra el Hijo de Dios.

Est zelus ad vitam, est zelus ad mortem: ad vitam, zelus est divina præcepta servare, et amore nominis ejus custodire mandata, ut fecit Phinees. S. Ambr. in Psalm. cxviii.

Hay un celo bueno y otro malo: el bueno consiste en guardar los divinos preceptos; y por amor del nombre de Dios, cumplir sus órdenes, como lo hizo Finees.

Angeli quoque sine zelo nihil sunt, et substantiæ suæ amittunt prærogativam, nisi eam zeli ardore sustentent. Id. ibid.

Aun los ángeles, sin celo, nada serian, pues perderian la más noble prerogativa de su esencia, si no la conservára el ardor del celo.

Feci ego cœlum et terram: eadem facultate te dono, ut terram facias cœlum. Accendi ego luminaria, accende tu illis clariora; nam potes iis, qui in errore sunt, lumen veritatis accendere. Hominem facere non vales, at justum gratumque Deo potes. Vides, quam te diligam, qui majora tibi faciendi tribui potestatem. S. Chrysost. in Genes.

Yo formé el cielo y la tierra (dice Dios); pues yo te doy el mismo poder para que conviertas la tierra en un cielo. Yo hice las dos grandes lumbreras; haz tú otras más resplandecientes, iluminando con la antorcha de la verdad á los que viven en el error: si no puedes formar al hombre, puedes trasformarle de malo en bueno, y agradable á Dios. Mira cuanto te amo, pues te he dado poder de obrar tan grandes prodigios.

Et si ingentes erogaveris pecuniam pauperibus, plus tamen feceris, si converteris animam. Id. Orat. 5 advers. Judæos.

Aun cuando distribuyeras inmensas riquezas á los pobres, no tendrias el mérito del que convierte á una sola alma.

Ergo zelo domus Dei comeditur, *qui omnia perversa, quæ videt cupit emendare; et si emendare non potest, tolerat et gemit.* S. Aug. tract. in Joann.

El celo por la casa de Dios, pues, consume al que desea destruir todo lo que ve de malo, ó, no pudiéndole remediar, lo tolera deplorándolo.

Zelum tuum inflammet charitas, informet scientia, firmet constantia. Sit fervidus, sit circumspectus, sit invictus; nec teporem habeat, nec discretione careat, nec timidus sit. S. Bern. in Cantic.

Haz que tu celo sea encendido por la caridad, guiado por la ciencia, y fortalecido por la constancia: debe ser fervoroso, circunspecto é invencible; de modo, que ni sea tibio, ni indiscreto, ni meticuloso.

Bonus zelus est fervor animi, quo mens, abjecto humano timore, pro defensione veritatis accenditur, et eo magis commendabilis, quo quælibet prava, quæ viderit, corrigere satagit; si nequit, tolerat et gemit. S. Bonav. in Pharetr, div. lib. 4.

El verdadero celo es un fervor del corazon, en el cual el alma, despreciando todo humano respeto, se enciende por defender la verdad; siendo tanto más digno de elogio, cuanto más desea corregir todo lo que ve de malo, ó, sino puede, lo tolera y deplora.

Véase: TEMPLOS.

CEMENTERIOS.

Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.

Mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festin.

(*Eccles.* vii, 3.)

La humanidad tiene una ley comun, ante la cual todos somos iguales: esta ley es la muerte. Nuestra duracion sobre la tierra es un momento: nuestra vida no es más que una série de pasos hácia la muerte. ¡Pobre flor que, refrescada por la mañana con el transitorio rocío de una lozana juventud, abre su capullo cuando el sol de la vida la saluda con la fuerza de sus resplandores, para marchitarse antes que el astro vivificador abandone el horizonte, donde su benéfico influjo ha reanimado todas las creaciones de la naturaleza! Pero no sucumbe á la muerte, sino para renacer por medio de un prodigio, tan admirable como la creacion misma, á una vida aun más gloriosa que la primera. A la manera que el insecto, que arrastra sobre el cieno de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza, y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, corruptible,

sujeto á mil necesidades á cual más humillante, despues que deposite en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir regenerado, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento.

Cuando suene la hora suprema, todos los habitantes de los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre. «Huesos áridos, descarnados huesos, escuchad la palabra del Señor.» Al son de esta imperativa voz, que se dejará oir en un momento de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, los consumidos cuerpos, los blanqueados huesos, la fria ceniza se revolverán en las cavidades de las tumbas. Toda la naturaleza se estremecerá; y la mar, y la tierra, y los abismos devolverán sus muertos, que creyeron propiedad suya, cuando solo eran un pasajero depósito que se les confiára, para devolverlos fielmente á la primera expresion de la voluntad de Dios. De ahí esa profunda paz con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas bendiciones que consagra la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres. De esa tierra, de los cementerios, nos ocuparemos en el presente discurso. El Espíritu Santo nos dice, que vale más ir á donde reina el luto, que á la casa donde se prepara un festin; porque en aquel lugar, el hombre considera su último fin; y, aunque lleno de salud, piensa en lo que un dia le sucederá. Hablemos, pues, de los cementerios: ellos nos inspirarán las más sérias y saludables reflexiones; pero antes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me propongo, amados hermanos mios, investigar aquí con curiosidad, las diferentes formas en que se ha manifestado en todos los pueblos y en todo tiempo el sentimiento tan moral y tan eminentemente religioso por los restos de los difuntos. No me detendré ni delante de aquellas altas pirámides, consagradas por los antiguos pueblos del Egipto á la sepultura de sus reyes, magníficos testimonios de su nada, si lo quereis, pero testimonios no ménos ilustres de su fe en otra vida. No enumeraré el exquisito cuidado con que este pueblo trataba los tristes restos del género humano, envolviéndolos en ropas preciosas, embalsamándolos y perfumándolos para preservarles de la corrupcion, como si pretendiéran comunicar á las frias reliquias una apariencia de vida, aun despues de la muerte. No recordaré las urnas piadosas en que los griegos y los romanos encerraban, regadas con sus lágrimas, las cenizas de sus abuelos; los soberbios mausoleos que levantaban á su memoria, y la via romana, llamada por excelencia *via sagrada*, porque se caminaba por ella entre sepulcros.

Bonus zelus est fervor animi, quo mens, abjecto humano timore, pro defensione veritatis accenditur, et eo magis commendabilis, quo quælibet prava, quæ viderit, corrigere satagit; si nequit, tolerat et gemit. S. Bonav. in Pharetr, div. lib. 4.

El verdadero celo es un fervor del corazon, en el cual el alma, despreciando todo humano respeto, se enciende por defender la verdad; siendo tanto más digno de elogio, cuanto más desea corregir todo lo que ve de malo, ó, sino puede, lo tolera y deplora.

Véase: TEMPLOS.

CEMENTERIOS.

Melius est ire ad domum luctus, quam ad domum convivii.

Mejor es ir á la casa del luto, que á la casa del festin.

(*Eccles.* vii, 3.)

La humanidad tiene una ley comun, ante la cual todos somos iguales: esta ley es la muerte. Nuestra duracion sobre la tierra es un momento: nuestra vida no es más que una série de pasos hácia la muerte. ¡Pobre flor que, refrescada por la mañana con el transitorio rocío de una lozana juventud, abre su capullo cuando el sol de la vida la saluda con la fuerza de sus resplandores, para marchitarse antes que el astro vivificador abandone el horizonte, donde su benéfico influjo ha reanimado todas las creaciones de la naturaleza! Pero no sucumbe á la muerte, sino para renacer por medio de un prodigio, tan admirable como la creacion misma, á una vida aun más gloriosa que la primera. A la manera que el insecto, que arrastra sobre el cieno de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza, y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, corruptible,

sujeto á mil necesidades á cual más humillante, despues que deposite en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir regenerado, más hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento.

Cuando suene la hora suprema, todos los habitantes de los sepulcros oirán la voz del Hijo del hombre. «Huesos áridos, descarnados huesos, escuchad la palabra del Señor.» Al son de esta imperativa voz, que se dejará oir en un momento de Oriente á Occidente, y del Septentrion al Mediodía, los consumidos cuerpos, los blanqueados huesos, la fria ceniza se revolverán en las cavidades de las tumbas. Toda la naturaleza se estremecerá; y la mar, y la tierra, y los abismos devolverán sus muertos, que creyeron propiedad suya, cuando solo eran un pasajero depósito que se les confiára, para devolverlos fielmente á la primera expresion de la voluntad de Dios. De ahí esa profunda paz con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas bendiciones que consagra la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres. De esa tierra, de los cementerios, nos ocuparemos en el presente discurso. El Espíritu Santo nos dice, que vale más ir á donde reina el luto, que á la casa donde se prepara un festin; porque en aquel lugar, el hombre considera su último fin; y, aunque lleno de salud, piensa en lo que un dia le sucederá. Hablemos, pues, de los cementerios: ellos nos inspirarán las más sérias y saludables reflexiones; pero antes pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me propongo, amados hermanos mios, investigar aquí con curiosidad, las diferentes formas en que se ha manifestado en todos los pueblos y en todo tiempo el sentimiento tan moral y tan eminentemente religioso por los restos de los difuntos. No me detendré ni delante de aquellas altas pirámides, consagradas por los antiguos pueblos del Egipto á la sepultura de sus reyes, magníficos testimonios de su nada, si lo quereis, pero testimonios no ménos ilustres de su fe en otra vida. No enumeraré el exquisito cuidado con que este pueblo trataba los tristes restos del género humano, envolviéndolos en ropas preciosas, embalsamándolos y perfumándolos para preservarles de la corrupcion, como si pretendiéran comunicar á las frias reliquias una apariencia de vida, aun despues de la muerte. No recordaré las urnas piadosas en que los griegos y los romanos encerraban, regadas con sus lágrimas, las cenizas de sus abuelos; los soberbios mausoleos que levantaban á su memoria, y la via romana, llamada por excelencia *via sagrada*, porque se caminaba por ella entre sepulcros.

No seguiré al salvaje en sus innumerables emigraciones, abandonando sin ningun pesar, por nuevas riberas, las orillas conocidas de sus lagos y de sus rios, y las selvas en que vegetára su infancia, pero siempre fiel al culto de los muertos, llevando consigo los huesos de sus padres, y considerándolos como un tesoro, como un patrimonio sagrado, como una patria. Me limito á consignar un hecho evidenciado por el estudio más breve de los usos y costumbres de las naciones: por lo que toca al respeto debido á los muertos, no hay *judío*, ni *gentil*, *griego*, ni *bárbaro;* no hay ninguna raza de hombres tan degradada entre quienes este sentimiento no haya llevado el sello de una especie de religion, y que no tengan horror á los violadores de los sepulcros, como á los profanadores de los altares. Y como no cabe suponer un acuerdo entre siglos tan distantes unos de otros, y entre pueblos respectivamente extraños por su idioma, su legislacion, sus costumbres y sus cultos, hay que reconocer aquí una de esas grandes y primitivas leyes del órden moral, que el dedo de la naturaleza, ó más bien, la mano de Dios, ha grabado en la conciencia del género humano.

Más; ¿por qué pediríamos á naciones infieles, ejemplos de esta piedad hácia las cenizas de los muertos, cuando nuestros Libros santos y nuestros Anales cristianos nos los ofrecen tan tiernos y tan puros, en los cuales triunfa solamente el sentimiento de la religion y de la ternura natural, sin ninguna mezcla de los ritos impíos, con que la supersticion pagana manchaba honores legítimos, y de las ideas de fausto y ostentacion que se advierten en esos monumentos, que proclaman soberbiamente la vanidad del hombre, tanta es la necesidad que tiene nuestro orgullo de alimentarse, aun de su nada, cuando no le queda otro alimento? ¿Quién no sabe, con qué religiosa prevision, Abrahan, el padre de los creyentes, compró en una tierra extraña el derecho del sepulcro, Gen. xxiii, 19, y escogió él mismo la cueva de Mambré, Gen. xxv, 9, para sepulcro de Sara, su esposa, con la esperanza de descansar un dia cerca de ella juntamente con sus hijos: Gen. xxxv, 29? ¿Quién no sabe la importancia que atribuyeron sus descendientes á estar reunidos en este sepulcro de familia? Tal fué la esperanza de Isaac, quien encontró allí su sepultura por la diligencia de sus hijos; tal fué el deseo de Jacob, y la última súplica de José, al morir en la tierra de Egipto, queriendo, dicen ellos, en su lenguaje lleno de fe, y con un pensamiento preocupado exclusivamente por lo futuro, que sus huesos fuesen transportados á Canaan, para descansar con sus padres. Gen. l, 25. Deseos dignísimos de aquellas sencillas y grandes almas, y que los hebreos cumplieron

religiosamente, segun lo habian prometido, desde que fueron librados de la servidumbre. Apenas hubieron entrado en posesion de la tierra, que les habia sido dada en patrimonio, los judíos permanecieron fieles á estas tradiciones patriarcales. Abrian sus sepulcros en las rocas, ó aprovechaban las cavidades de los peñascos, ó los colocaban en los huertos, ó bajo las palmeras del desierto, ó en lugares solitarios y retirados, que prometian á su dolor más recogimiento y más libertad á sus lágrimas.

La Iglesia, que no ha venido á abolir la ley, sino á perfeccionarla; que no ha venido á destruir las antiguas costumbres, sino á conservar cuanto tenian de santo y respetable; la Iglesia se apresuró á no mostrarse ménos celosa que la sinagoga del honor, que es debido á los restos de los muertos. Si los infieles respetaban estas ruinas del linage humano, porque una alma inmortal las habia animado; si los hijos de Abrahan les profesaban tanta veneracion, porque el sello de la alianza estaba impreso en su carne; ¿de qué miramientos, de qué piadosos cuidados, la religion de Cristo, más santa todavía y más tierna, no debia rodear esta porcion de la naturaleza humana, adoptada, rehabilitada y casi divinizada por el celestial Mediador; estos miembros transformados por el bautismo en miembros de Jesucristo; este cuerpo, que tantas unciones divinas habian consagrado, en que el Espíritu Santo habia habitado por su gracia, como en un santuario, y en que la comunicacion del pan vivo y la participacion en el cáliz de la salvacion, habian depositado las arras de la resurreccion y una garantía de la vida eterna? Los primitivos cristianos no quemaron sus muertos como los gentiles, prefiriendo, segun la costumbre de los judíos, devolver á la tierra lo que pertenecia á esta madre comun de los hombres. No les erigieron faustuosos monumentos, con aquella magnificencia del paganismo, tan poco conforme con la humildad del Evangelio, y que, sin embargo, muchos cristianos se han atrevido á imitar. Los primitivos fieles apenas osaban tributar unas modestas honras, precisados como se veian por la violencia de las persecuciones, á ocultar á todos los ojos sus funerales, con tanta precaucion como sus misterios. En las entrañas de la tierra, en las catacumbas, en cuyo seno se reunian para el sacrificio, allí tributaban á sus hermanos los últimos deberes, mezclando así los misterios de la muerte con los misterios de la resurreccion y de la vida. Más; ¡cuán viva era la fe, que velaba sobre aquellos preciosos depósitos! ¡Cuán fervorosas eran las oraciones que se rezaban en aquellos sombríos recintos! ¡Oh, y cómo subirian ardientes y puras, mezcladas con el vapor del incienso, al centro de la luz eterna,

no obstante el obstáculo que, al parecer, detenia su vuelo; y con que suprema complacencia *el Dios, que ve en el secreto*, contemplaria los detalles de aquel piadoso duelo, y acogeria los suspiros exhalados por aquellos pechos oprimidos bajo el doble peso de un dolor cristiano, y de una cruel tiranía! Aquellas grutas subterráneas, comun morada de vivos y de muertos, recibian indistintamente muchos nombres. Se les llamaba *Asambleas de los Mártires*, porque se depositaba en ellas los cuerpos de los fieles inmolados por la fe, con una redomita llena de su sangre, y un ramo de laurel, emblema de su victoria. Se les llamaba *Arenas*, ménos quizá en razon á la naturaleza del suelo, donde estaban enterrados, que para conservar la memoria de los combates gloriosos, que, cual generosos atletas, habian sostenido por la causa de Jesucristo; pero más ordinariamente se les llamaba el *Cementerio*, nombre que ha quedado á nuestros lugares de sepultura; *Cementerio*, que en nuestro idioma se interpreta por *dormitorio*. ¡Palabra de feliz presagio, tierna denominacion, que coloca bajo la proteccion de la esperanza, y que quita á la muerte el horror que inspira, haciéndonos vislumbrar como un sueño algo más prolongado que el sueño de la noche, pero al que debe seguir el despertamiento eterno! Y de ahí, sin duda, la costumbre, que prevaleció en los primeros siglos, de disponer de tal suerte el lecho fúnebre, que los cadáveres tuviesen el rostro vuelto hácia el Oriente, como si aguardasen el regreso de la luz para saludar los primeros rayos de aquel nuevo dia, que no tendrá crepúsculo.

2. Desde que la Iglesia pudo respirar de sus largos padecimientos, uno de sus primeros cuidados fué, asegurar á los muertos un descanso honorífico, una morada pacífica, destinada únicamente á recibir sus restos terrestres, y religiosamente separada de cualquier otro uso extraño ó profano. Estaban dispersos en diferentes lugares una infinidad de sepulcros de mártires y de santos confesores, cuyo recuerdo conservaban las tradiciones cristianas. Modestos oratorios, y, alguna vez, pomposas basílicas se habian levantado por la piedad de los fieles, sobre el lugar donde descansaban aquellos restos venerables. El mismo motivo por el que los antiguos patriarcas deseaban reunir sus cenizas con las cenizas de sus padres, hizo, que los cristianos anhelasen ser inhumados junto al sepulcro de aquellos santos varones, padres suyos en la fe, por la fecunda semilla de su sangre, como para recibir alguna impresion de virtud de esta feliz proximidad, y obtener por ella algun mérito de gracia y de indulgencia. Así nuestros cementerios se establecieron al rededor de nuestros templos; así se formaron insensiblemente por la atraccion poderosa

de un sentimiento sublime, nuestras aldeas, nuestras villas, y nuestras ricas y populosas ciudades; así se ha verificado ya la prediccion del Evangelio, que recibirá á la consumacion de los siglos la última solucion: do quiera que se hallare el cuerpo adorable del Salvador, oculto bajo los símbolos eucarísticos, allí se juntarán las águilas: *Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilæ*, MATTH. XXIV, 28; esas almas hambrientas de justicia, incitadas por la necesidad de saciarse del divino amor, y de fijar piadosas miradas en aquel divino sol, que se revela á su fe; de modo, que á la religion, á la cual tanto debemos, debe tambien la patria la fundacion del mayor número de esas metrópolis y esos municipios de toda clase, que constituyen su fuerza y su gloria. En breve, estos mismos cristianos, siempre inspirados por el mismo atractivo de una confianza ingénua y de una piedad sincera, solicitaron ser inhumados debajo del pavimento del templo, á fin de estar lo más cerca posible de las reliquias de los santos, y de la propiciacion de los altares. La Iglesia templó el rigor de su disciplina por consideracion á un sentimiento tan respetable; y esos hombres de fe, cuya vida entera habia discurrido en los atrios del Señor, nada tenian que pedir al mundo; y creian, más bien que morir, continuar una vida de adoracion y de oracion cuando cerraban los ojos á la luz, con la esperanza de asistir constantemente á las solemnidades cristianas, y descansar á la sombra del tabernáculo en medio de las santas pompas, y al rumor de los divinos cánticos que les conmoverian hasta en sus sepulcros.

Me he detenido algun tanto, hermanos mios, en estos recuerdos, porque me han parecido conducentes á instruiros y edificaros; porque respiran un olor de religion suave, de piedad antigua semejante al vapor, que se exhala al abrirse un vaso que ha encerrado perfumes; porque, finalmente, estos recuerdos pueden fortalecer vuestra fe en la resurreccion, é infundiros respeto á las cenizas de los difuntos. Hé ahí, pues, el orígen y la historia de nuestros cementerios. ¡Cuán santo es su orígen! ¡Cuán tierna es su historia! ¡Y cuántos motivos reunidos para hacernos queridos y sagrados esos asilos de la muerte, colocados á la entrada de nuestros pueblos, ó á la puerta de nuestros templos, para pedirnos sufragios, ó para recordarnos que somos polvo! Ahí duermen su sueño, unas sobre otras, generaciones infinitamente mejores que la nuestra; bienhechores de los pobres y de las iglesias; los fundadores de vuestros hospicios, de vuestras escuelas, de vuestros monasterios; los creadores de estas instituciones caritativas, de estos establecimientos de utilidad pública, cuyos frutos recogeis, sin pensar siquiera en la mano á la cual

los debeis todos, sin que vuestra memoria haya siquiera conservado los nombres de esos hombres generosos; esta sucesion de curas-párrocos vigilantes y afectuosos, que han enseñado, consolado y exhortado, en el trascurso de las edades, las generaciones extinguidas, y que os han iniciado á vosotros mismos en la ciencia de los deberes y en el conocimiento de la fe. Ahí descansan vuestros hermanos y amigos: ahí descansa, oh hijos, el padre, la madre, á quienes prometisteis en el abrazo del último adios un recuerdo eterno; ahí, sobre todo, descansan cristianos, marcados con el sello de adopcion de hijos de la Iglesia, de miembros de Jesucristo, cuyos huesos todos custodia el Señor con sumo cuidado, para resucitarlos en el último dia. Ahí se conservan verdaderas reliquias; porque, ¿quién puede dudar de que entre esa multitud de fieles, cuyos cuerpos han sido depositados en los cementerios, muchísimos están en posesion de la gloria? ¡Reliquias preciosas, despojos venerables, á las cuales solo falta, para gozar del mismo culto que las reliquias expuestas en nuestros altares, la declaracion de la Iglesia tocante á la santidad de los justos á quienes pertenecen! ¡Ah! cuando encaminais vuestros pasos á esos lugares fúnebres, con cuánta razon se pudiera aplicaros la palabra que Dios dirigió á Moisés en medio de la zarza encendida: La tierra que pisais es santa: quitaos el calzado de los piés en testimonio de respeto: *Solve calceamentum de pedibus tuis; locus enim in quo stas, terra sancta est*, Exod. III, 5: es polvo de santos el que pisan vuestros piés; es polvo, que, para reanimarse, para levantarse vivo é inmortal, no aguarda más que el primer sonido de la trompeta; toda esta tierra que mirais, ha vivido; toda esta tierra debe resucitar.

Más, este respeto religioso, que os pedimos para vuestros cementerios, no se limita, hermanos mios, á un simple sentimiento de veneracion: él os ordena para su conservacion, para su seguridad, una vigilancia asídua para alejar de esos lugares consagrados cuanto pudiera turbar el silencio y profanar la santidad. Y no temais, que con este motivo venga yo ahora á importunar vuestra caridad con exigencias onerosas. Todo el lujo que yo reclamo para esta morada de los muertos, es una cerca protectora contra los insultos de los animales inmundos. Todos los ornamentos que apetezco es una simple cruz, elevándose como la esperanza sobre estas ruinas del género humano. Todo lo que os pido en nombre de la religion y de los más santos deberes de la naturaleza, es, que un lugar tan respetable no sea un pasaje ó camino para los negocios; que no sea accesible más que para las ceremonias fúnebres, y á los piadosos fieles que vengan á él para llorar y orar sobre sepulcros amados. ¡Qué méngua para una parroquia, si los muertos, que no tienen más defensa ni más proteccion que nuestra piedad, fuesen violados en el último atrincheramiento que la religion les ha deparado! ¡Qué siniestra idea daria de sus costumbres y de su fe un pueblo, que no se sonrojase de escoger para teatro de sus diversiones, de sus conversaciones groseras y licenciosas, quizá de sus orgías escandalosas, un lugar tan lleno de piadosos recuerdos, tan fecundo en graves enseñanzas! ¡Ah! léjos, léjos de un lugar tan santo toda reunion profana, todo movimiento tumultuoso que turbase la paz de los muertos, y el recogimiento de la casa de la oracion y del sacrificio. El cementerio no debe ser un camino público, ó, á lo más, se podrá tolerar que sirva de paso para el templo del Señor, á fin de que los pueblos, impresionados por tan piadosa vecindad, adquieran la alta moralidad que nuestros padres no perdian jamás de vista, cuando aproximaron la morada de los muertos á los altares del Dios de la vida. Recomendando el respeto que se debe á los muertos, hareis respetar los vivos. La religion de los sepulcros es la mejor garantía del honor de las familias, de la vida y fortuna de los ciudadanos; y puede apreciarse el valor moral de un pueblo, segun el honor que dispensa á las generaciones que le precedieron. Sí, hermanos mios: dó quiera que veais un cementerio cuidado con esmero, religiosamente protegido por una cerca alta y sólida, dominado por la señal de la Redencion, delante del cual el pasajero se descubre y se detiene un instante para rogar, decid sin vacilar: Aquí habita una sociedad de hombres religiosos y fieles, un pueblo bueno, sensible, generoso, hospitalario, en cuyo hogar puede el viajero sentarse, y reclinar su cabezaa con seguridad. Por el contrario; allí donde observáreis, al pasar, que el cementerio es un lugar abierto como una plaza pública, sin que ninguna mano misericordiosa se ocupe en levantar las piedras dispersas de su cerca; dó quiera que veais al labrador distraido ó al pastor caminando indiferentes, ó cantando delante del sepulcro de sus padres, apresurad vuestro paso, alejaos cuanto antes de sus términos. La hospitalidad no es segura en un pueblo, en que los muertos mismos no obtienen miramiento ni proteccion alguna.

La religion cuenta en el número de sus obras más meritorias la sepultura dada á los muertos. Tal fué la gloria de Tobías, cautivo en Nínive. En los siglos de fe, no querian las familias cristianas ceder á nadie el cuidado de cumplir estos tristes últimos deberes. Formábanse cofradías, que se consagraban á esta obra de caridad para con los infelices, que no dejaban parientes ó amigos en la tierra. Pues bien, la conservacion de vuestros cementerios forma parte de este caritativo servicio. Atended, pues, á su reparacion, á su defensa, á su

respeto. Os digo, en conclusion, amados hermanos, que penseis en vuestros padres, en vuestros hijos! Ya pensais en vuestros padres, haciendo celebrar misas para el descanso de sus almas; y en esto vuestra piedad es digna de toda alabanza; pero, al mismo tiempo, no desprecieis vuestra propia carne, permitiendo que sus restos mortales queden expuestos á los ultrajes. Pensad en vuestros hijos! dejadles este ejemplo de vuestra piedad filial, para que, á su vez, cuando hubiereis bajado á las sombras de la muerte, respeten vuestras cenizas y reciban de vosotros, del seno de la eternidad, la bendicion que habreis recogido del agradecimiento de vuestros antepasados: Benditos seais de Dios, pues habeis hecho tal obra de misericordia con vuestro señor y padre, y le habeis dado sepultura: *Benedicti vos Domino, qui fecistis misericordiam hanc cum domino vestro et sepelistis eum.* II. Reg. II, 5.

DIVISIONES.

CEMENTERIOS. — Debemos entrar en los cementerios, considerándolos:

1.° Como un lugar en que está de manifiesto la justicia de Dios.

2.° Como el espectáculo más lúgubre de nuestra miseria.

CEMENTERIOS. — Son lugar de humillacion, que debe aleccionar á los más orgullosos.

Son lugar de dolor, que debe impresionar á los más insensibles.

Son lugar de oracion, que debe mover á los ménos devotos.

CENIZA.

I.

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y te has de convertir en polvo.

(Igl. en la ceremonia de este dia.)

Es un principio, en que convinieron los mismos sábios del gentilismo, que la principal ciencia, ó el principal estudio de la vida es la ciencia ó el estudio de la muerte; y que le es al hombre imposible vivir segun la razon, y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa repetidas veces en que ha de morir. Pues yo hallo que toda nuestra vida, ó por mejor decir, todo lo que en nuestra vida es capaz de perfeccionarse, ya por la razon, ya por la fe, tiene respeto á tres cosas; á nuestras pasiones, á nuestros acuerdos y á nuestros actos. Me explicaré. En el discurso de nuestra vida, tenemos pasiones sobre las cuales hemos de velar; tenemos consejos que tomar, y tenemos obligaciones que cumplir. En esto (por servirme del término de la Escritura) consiste lo que es todo hombre; hablo del hombre cristiano y racional: *Hoc est enim omnis homo.* Eccl. XII, 13. Pasiones sobre que hemos de velar reprimiendo sus ímpetus y moderando sus violencias: consejos que tomar, preservándonos de los errores que los acompañan y de los arrepentimientos que los siguen: obligaciones que cumplir, cuya ejecucion debe ser puntual y fervorosa. Pues yo quiero demostraros, que para todo esto nos basta el pensamiento de la muerte, y asiento tres proposiciones, que formarán la division de este discurso. Digo; que el pensamiento de la muerte es el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de nuestras pasiones: que el pensamiento de la muerte es la regla más infalible para acertar con seguridad en

respeto. Os digo, en conclusion, amados hermanos, que penseis en vuestros padres, en vuestros hijos! Ya pensais en vuestros padres, haciendo celebrar misas para el descanso de sus almas; y en esto vuestra piedad es digna de toda alabanza; pero, al mismo tiempo, no desprecieis vuestra propia carne, permitiendo que sus restos mortales queden expuestos á los ultrajes. Pensad en vuestros hijos! dejadles este ejemplo de vuestra piedad filial, para que, á su vez, cuando hubiereis bajado á las sombras de la muerte, respeten vuestras cenizas y reciban de vosotros, del seno de la eternidad, la bendicion que habreis recogido del agradecimiento de vuestros antepasados: Benditos seais de Dios, pues habeis hecho tal obra de misericordia con vuestro señor y padre, y le habeis dado sepultura: *Benedicti vos Domino, qui fecistis misericordiam hanc cum domino vestro et sepelistis eum.* II. Reg. II, 5.

DIVISIONES.

CEMENTERIOS. — Debemos entrar en los cementerios, considerándolos:

1.° Como un lugar en que está de manifiesto la justicia de Dios.

2.° Como el espectáculo más lúgubre de nuestra miseria.

CEMENTERIOS. — Son lugar de humillacion, que debe aleccionar á los más orgullosos.

Son lugar de dolor, que debe impresionar á los más insensibles.

Son lugar de oracion, que debe mover á los ménos devotos.

CENIZA.

I.

Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y te has de convertir en polvo.

(Igl. en la ceremonia de este dia.)

Es un principio, en que convinieron los mismos sábios del gentilismo, que la principal ciencia, ó el principal estudio de la vida es la ciencia ó el estudio de la muerte; y que le es al hombre imposible vivir segun la razon, y mantenerse en una virtud sólida y constante, si no piensa repetidas veces en que ha de morir. Pues yo hallo que toda nuestra vida, ó por mejor decir, todo lo que en nuestra vida es capaz de perfeccionarse, ya por la razon, ya por la fe, tiene respeto á tres cosas; á nuestras pasiones, á nuestros acuerdos y á nuestros actos. Me explicaré. En el discurso de nuestra vida, tenemos pasiones sobre las cuales hemos de velar; tenemos consejos que tomar, y tenemos obligaciones que cumplir. En esto (por servirme del término de la Escritura) consiste lo que es todo hombre; hablo del hombre cristiano y racional: *Hoc est enim omnis homo.* Eccl. XII, 13. Pasiones sobre que hemos de velar reprimiendo sus ímpetus y moderando sus violencias: consejos que tomar, preservándonos de los errores que los acompañan y de los arrepentimientos que los siguen: obligaciones que cumplir, cuya ejecucion debe ser puntual y fervorosa. Pues yo quiero demostraros, que para todo esto nos basta el pensamiento de la muerte, y asiento tres proposiciones, que formarán la division de este discurso. Digo; que el pensamiento de la muerte es el remedio mas soberano para amortiguar el fuego de nuestras pasiones: que el pensamiento de la muerte es la regla más infalible para acertar con seguridad en

nuestros acuerdos; y, por último, que el pensamiento de la muerte es el medio más eficaz para inspirarnos un fervor santo en nuestros actos. Tres verdades de que intento convenceros, haciéndoos sentir la fuerza de estas palabras de mi texto: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Vuestras pasiones os arrebatan, y os parece muchas veces, que no sois dueños de vuestra ambicion y de vuestra codicia: *Memento:* Acordaos: pensad lo que viene á ser la ambicion y la codicia de un hombre que ha de morir. Deliberais sobre un punto de importancia, y no sabeis á lo que habeis de resolveros: *Memento:* Acordaos: pensad la resolucion que debe tomar un hombre que ha de morir. Los ejercicios de piedad os fatigan y os cansan, y sois descuidado en el cumplimiento de vuestras obligaciones: *Memento:* Acordaos: pensad la importancia de que las cumpla un hombre que ha de morir. Esto es de lo que debe servirnos el pensamiento de la muerte. Espíritu divino, que con una ardiente brasa purificaste los lábios del Profeta, purifica tambien mi lengua, para que pueda yo cumplir dignamente el ministerio que me has confiado. Te lo pedimos por la intercesion de la Vírgen santísima, á la cual saludamos con el ángel. A. M.

1. Para amortiguar el fuego de las pasiones, se ha de empezar por un exacto conocimiento de ellas; y para conocerlas perfectamente, basta enterarse bien de tres cosas, es á saber: que nuestras pasiones son vanas, que nuestras pasiones son insaciables, y que nuestras pasiones son injustas. Son vanas, por los objetos que apetecen: son insaciables, y por lo mismo incapaces de quedar jamás satisfechas y de satisfacernos á nosotros: últimamente, son injustas en los sentimientos presuntuosos que nos inspiran, cuando, llenos de ceguedad, é hinchados con el viento de la soberbia, intentamos sobresalir elevándonos sobre los demás. Ved ahí en lo que consiste especialmente el desórden de las pasiones humanas. Teníamos, pues, necesidad, para reprimir sus ímpetus y movimientos desenfrenados, de alguna cosa, que sensiblemente nos descubriese su vanidad; que haciéndolas obedecer á la ley de una necesidad soberana, las estrechase á límites dentro de nosotros á pesar de nuestra resistencia; y que, acabando con el apetito de la preeminencia, las redujese al primer principio de la moderacion: quiero decir, á la igualdad que estableció Dios entre todos los hombres, y nos obligase á todos, seamos los que fuéramos, á hacernos por lo ménos justicia, y á satisfacer sin resistencia á las obligaciones que, en órden á los otros, nos impone la caridad. Estos son, pues, amados oyentes mios, los maravillosos

efectos que en las almas que están tocadas de Dios, produce la memoria y el pensamiento de la muerte.

Nuestras pasiones son vanas, y para convencernos de ello, no es menester más que representarnos una idea cabal de los objetos á que se inclinan. Mientras los bienes de la tierra nos parecen grandes, y estamos en la inteligencia de que lo son, nos es como imposible el no amarlos; y amándolos, no hacer de ellos el asunto de nuestras más ardientes pasiones. El ansia de poseerlos puede más en nosotros, que cualquiera razon que se les oponga, cualquiera ley que los prohiba, y cualquier respeto de conciencia y de religion que nos desvie de ellos; y estando preocupados de la hermosa apariencia del bien que nos lisonjea y nos engaña, cerramos los ojos á las demás consideraciones, para seguir únicamente el atractivo y el encanto de nuestra ilusion. Para desasirnos de ellos, el medio seguro é indefectible es, desengañarnos de lo que son. Estamos tan léjos de afanarnos para adquirir por caminos torcidos é ilícitos las conveniencias del mundo, cuando estamos persuadidos de su poca solidéz, que apenas podemos conseguir de nosotros, poner un cuidado racional para conservar los bienes que legítimamente poseemos. ¿Y de dónde nace esa profunda y saludable conviccion? De la memoria de la muerte santamente meditada, y mirada á la luz de los principios de la fe. La muerte es para nosotros una prueba palpable y sensible de la nada de todas las cosas humanas, por las cuales nos apasionamos. Ella es el espejo fiel que, sin disfraz, nos pone á la vista la instabilidad, la fragilidad y lo caduco de los bienes de esta vida: nos desengaña de todos nuestros errores, destruye en nosotros todos los encantos del amor propio; y de las mismas sombras del sepulcro nos hace un manantial de luces, de que igualmente quedan penetrados nuestros sentidos y nuestros entendimientos. Cuando en la presencia de Dios me represento la imágen de la muerte, y contemplo en ella todas las cosas del mundo, las reconozco despreciables, me doy en cara á mí mismo por haber estado asido á ellas; lloro en este punto mi ceguedad; la pasion se entibia, la concupiscencia no es tan ardiente, no miro ya sino con indiferencia estos bienes pasajeros y caducos: en una palabra; para todo estoy muerto de corazon y de espíritu, porque preveo que, dentro de poco tiempo, he de morir por necesidad y efectivamente á todo.

No solamente nuestras pasiones son vanas, sino tambien insaciables. ¿Qué ambicioso, á quien su fortuna y las honras del mundo se le han subido á la cabeza, ha estado jamás contento con lo que era? ¿Qué avariento, al pretender y solicitar los bienes de la tierra, dijo

jamás: *esto basta?* ¿Qué sensual, esclavo de sus sentidos, ha puesto nunca término á sus deleites? Pues, basta que el alma apasionada por las cosas del mundo recuerde, que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir, para renunciar á los desmesurados deseos, que contínuamente la atormentan y nunca la satisfacen. Venid, avarientos; considerad bien este cadáver. Este era un hombre de fortuna como vosotros. ¿Veis la desnudez y pobreza á que le ha reducido la muerte? ¿Adónde están sus riquezas? ¿Adónde sus rentas? ¿Dónde sus alhajas suntuosas y magníficas? ¿Tiene ahora más que el más despreciado de los hombres? Todo se reduce á siete piés de tierra, una mortaja que le cubre, y nada más; pero ésto le defenderá de la corrupcion. Todo lo demás, ¿en qué ha parado? Veis ahí el modo de poner límites á vuestra avaricia. Ven, hombre del mundo, idólatra de una mentirosa grandeza. Tú estás poseido de una ambicion que te consume; y porque esta ambicion no tiene término, te quita todos los sentimientos de piedad, se apodera de tí, te hechiza y te embriaga. Considera ese sepulcro: ¿qué es lo que vés en él? Este era un señor de calidad como tú, y por ventura más que tú; considerable por su carácter como tú, y en términos de serlo todo; pero ¿le conoces? ¿Vés á lo que la muerte le ha traido? ¿Vés á lo que ha estrechado sus grandes ideas? ¿Vés como se ha burlado de sus pretensiones? Pues esto es con lo que has de arreglar las tuyas. Ven, mujer entregada al mundo, ven; tú tienes suma complacencia en tu persona; la pasion que te domina, es el cuidado de tu hermosura; y como esta pasion es desmesurada, es causa tambien de que te trates con una vergonzosa delicadeza; produce en tí los deseos viciosos de parecer bien; te hace cómplice de excesivo número de pecados y delitos escandalosos. Ven y mira; esta era una persona de poca edad como tú; era el ídolo del mundo como tú, de no ménos espíritu que tú, ni ménos solicitada y adorada; pero, ¿la vés ahora? ¿Vés esos ojos apagados y ese semblante espantoso y que pone horror? Esto es con lo que hás de reprimir el desmedido amor que te tienes.

Ultimamente; nuestras pasiones son injustas, ya en los sentimientos que nos inspiran de nuestra conveniencia, ya en los que nos hacen concebir en perjuicio de los otros; pero la muerte nos reduce á los términos de la equidad, y con su memoria nos obliga á hacernos á nosotros mismos justicia, y á hacérsela á los demás de nosotros mismos. En efecto, cuando no pensamos en la muerte, y no atendemos sino á algunas singularidades que hay en la vida, estas nos hinchan, nos deslumbran, nos llenan de nosotros mismos. Hácese

uno soberbio y altivo, desdeñoso y despreciador; sensible y delicado, envidioso y vengativo; audaz, violento y furioso. Habla con altivez ó con aspereza; fácilmente se dá por ofendido; dificultosamente perdona; ya contiende con uno, ya destruye al otro; todo se nos ha de rendir: pretendemos que todo el mundo tenga atenciones con nosotros; no queriendo nosotros tenerlas con nadie. ¿No es esto lo que hace á veces el dominio de los grandes, tan pesado y tan desabrido? Pues pensemos en la muerte, y ella nos enseñará muy presto á hacernos á nosotros justicia, y á hacérsela á los otros de nuestras altiveces y soberbias, de nuestros desdenes y desprecios, de nuestros resentimientos y delicadezas, de nuestras envidias, de nuestras venganzas, de lo enfadosos que somos, de nuestras cóleras, y de nuestras violencias.

2. Este pensamiento es tambien la regla más infalible para resolver en nuestras deliberaciones. Por mucho que entendamos, y por más que nos preciemos de la viveza de nuestro entendimiento, es oráculo de la fe, que nuestros pensamientos son tímidos, y nuestras providencias poco seguras: *Cogitationes mortalium timidæ, et incertæ providentiæ nostræ.* Sap. xix, 14. Nuestros pensamientos son tímidos porque, muchas veces, aun en las cosas que pertenecen á nuestro bien, no sabemos, si el partido que tomamos es el mejor, ni aun si es absolutamente bueno: ni tenemos bastante claridad para discernirlo con exactitud, y mucho ménos para formar sobre ello un juicio infalible y seguro. Nuestras providencias son dudosas; porque no estando en nuestra mano lo porvenir, cuyo conocimiento se ha reservado Dios á sí mismo, por más cautelas de que nos valgamos, siempre nos quedamos en la duda, de si está bien intentado lo que emprendemos, aunque sean puras y cristianas en la apariencia nuestras intenciones: si tendremos algun dia causa para arrepentirnos; si nuestra conciencia nos acusará de ello alguna vez; y si lo que teníamos por inculpable en vida, será en la muerte la materia de nuestros pesares y desesperaciones. ¡Infeliz estado de que el hombre más sábio se lamentaba, y le miraba como una fatal consecuencia del pecado! Fuera, pues, cosa importante, hallar un medio que nos librase de estas angustiosas incertidumbres y de estos miedos tan opuestos á la paz interior de nuestras almas; un medio, que en las ocasiones en que se trata de cumplir lo que debemos hacer, nos pusiese en estado de resolver siempre con seguridad; y en un gran número de ocurrencias, en que se hallan interesadas la salvacion y la conciencia, igualmente nos preservase del error y del arrepentimiento. Pues yo defiendo, que el medio más eficaz para este fin es la memoria de la

muerte. En llegando á estar penetrado de este pensamiento, *es necesario morir*, empiezo á hacer más sano juicio de todas las cosas: despejado de mil ilusiones, que la muerte y la eternidad desvanecen, en cualquiera ocasion que se ofrezca, veo mucho más claramente y mucho más presto lo que me aleja de mi fin, ó lo que me puede ayudar á conseguirle. Y desde que lo veo, no tengo en que detenerme sobre la resolucion que he de tomar, en órden á lo que me es útil ó de perjuicio en el camino de Dios. Entónces digo sin detenerme á dudar: esto es para mí dañoso; esto es conveniente; esto me pone á riesgo; esto será causa de mi perdicion. Y pues me es dañoso, debo darlo de mano; y pues me es conveniente, lo debo abrazar; pues me pone á riesgo, lo debo temer; y pues será causa de mi perdicion, lo debo huir.

Amados oyentes; no hay dia en que no debais, por decirlo así, tener consejo con Dios y con vosotros mismos, ya para el gobierno de vuestras familias, ya para el uso de vuestros bienes, ya para la disposicion de vuestros empleos, ya para la medida de vuestras diversiones, ya para el órden de vuestras devociones, ya para vuestro propio gobierno, y ya para el gobierno de los que están á vuestro cargo; porque desdichados de nosotros, si abandonamos todas estas cosas al acaso, y procedemos sin regla y sin principio. En vano diremos, que no tuvimos bastante luz para hallar en esas materias, en medio de los estorbos del siglo, el punto fijo é inmóvil de la verdadera sabiduría. Es engaño, pues; para ello tenemos el medio más eficáz. ¿Quereis que os dé una prueba sensible? Haced la experiencia, y juzgad de ella por vosotros mismos. Se trata de elegir estado de vida; haced esta eleccion como quien algun dia ha de morir, y vereis si la tentacion y el deseo de elevaros os deja tomar muy alto el vuelo. ¿Se os ofrece la ocasion de un interés, de una ganancia, de un aprovechamiento? examinadle como quien está cierto que ha de dar cuenta á Dios de eso, y como quien ha de morir; y vereis si os hacen las máximas del mundo aventurar cosa contra las leyes de vuestra conciencia. ¿Os habeis empeñado en un negocio, teneis entre manos un pleito que componer? terminad lo uno y lo otro como lo quisierais haber hecho si hubierais de morir ahora; y vereis si el capricho ó la soberbia os hacen olvidar las leyes de la justicia, y faltar á las obligaciones de la caridad. No, cristianos; no tendreis más que temer. El solo pensamiento de que habeis de morir, enmendará vuestros yerros, alumbrará los juicios de que estais preocupados, detendrá vuestras precipitaciones, servirá de freno á vuestros ímpetus, y de contrapeso á vuestras ligerezas.

De ahí se sigue otra utilidad, que es como consecuencia de la primera. Para deliberar con prudencia, es necesario prevenir las inquietudes, y mucho más los arrepentimientos y las desesperaciones, que de nuestras resoluciones se pudieran seguir. ¿Qué es lo que puede ponernos en estado de decir cada instante, si queremos: yo tomo un partido de que jamás me arrepentiré: eternamente estaré contento de haber hecho lo que ejecuto? El uso frecuente de lo que yo llamo ciencia práctica de la muerte. ¿Por qué? Porque siendo la muerte el paradero de todas las ideas de los hombres, es tambien de donde nacen los arrepentimientos que más duelen. Pero el secreto para prevenirlos, es prevenir, cuanto fuere posible, el momento de la muerte. Más ¿cómo? Preguntándose á sí mismo: ¿qué sentiré yo á la hora de la muerte, de lo que hoy emprendo? Lo que voy á hacer ¿me turbará entónces? ¿Me servirá de consuelo? ¿Me dará confianza? ¿Me causará pesares? ¿Lo aprobaré, ó lo condenaré entónces? Porque para cada una de estas cuestiones, tenemos en nosotros mismos una respuesta general, pero decisiva, en que podemos asegurarnos: y esta respuesta es la respuesta de la muerte. Miéntras discurrimos conforme á los principios de la vida, las respuestas que nos damos á nosotros mismos, nos inspiran un tenor de vida desreglado, que nos hace arrepentir ahora de lo que nos debia consolar, y alabarnos de lo que nos debia afligir; pero el pensamiento de la muerte, con una virtud del todo contraria, que la experiencia nos hace sentir, endereza, si me es lícito hablar así, todos estos sentimientos. Es, pues, el pensamiento de la muerte el remedio más soberano para amortiguar el fuego de las pasiones, la regla más infalible para resolver con más seguridad en nuestras deliberaciones.

3. Tambien es el motivo más eficaz para inspirarnos un santo fervor en nuestras obras. Del fervor de nuestros actos depende la santidad de nuestra vida, y ésta es la que ha de hacer preciosa nuestra muerte en los ojos de Dios. Ved ahí el órden natural, que ha establecido Dios para con sus escogidos, en el cual se puede decir, que no puede dispensarnos ni aun su misma providencia. Lo que desconcierta, ó por mejor decir, lo que trastorna este admirable órden, es un sumo descuido y una tibieza suma. Debemos, pues, hacer guerra á este descuido, á esta tibieza; y ésto es lo que el Hijo de Dios quiso particularmente enseñarnos, y á lo que parece, si lo reparamos bien, que redujo todo su Evangelio. Porque este Dios Salvador, ¿qué es lo que vino á hacer en la tierra? Vino á derramar en los corazones de los hombres el fuego de la caridad, y el deseo encendido de las buenas obras. Este es el fin de su venida. Pues entre todos los motivos

que nos podia proponer, y, con efecto, nos propuso, para excitar este fervor y para encender este fuego celestial, los dos más poderosos son la vecindad de la muerte y su incertidumbre.

¿Quereis saber, hermanos mios, cómo habla, y, sobre todo, cómo obra un hombre que mira la muerte de cerca, y hace de ella el asunto de sus consideraciones? Escuchad al santo rey Ezequías, y tomad su ejemplo por norma de vuestras acciones. Dije yo, exclamaba este santo rey profundamente humillado delante de Dios, yo dije á la mitad de mis dias: entraré por las puertas de la muerte: *Ego dixi in dimidio dierum meorum, vadam ad portas inferi.* Isai. xxxviii. En el espacio que hay de la mañana á la tarde, se habrá dispuesto lo que ha de ser de mí; y habiéndose dado mi sentencia en el consejo de Dios, no podrá dilatarse la ejecucion mucho tiempo. Establecido, pues, así este principio, ¿qué consecuencia sacaba de él? ¿qué conclusiones prácticas para la reforma de su vida? Son admirables, y no os puedo dar otro modelo más excelente. ¡Ah! Señor, proseguia el santo rey; por esto gritaba yo, clamando á vos sin cesar, como un pollito de golondrina que pide su alimento. Ved aquí el fervor de su oracion. Por eso gemiré como paloma, y noche y dia me aplicaré á meditar la profundidad de tus juicios. Ved aquí el fervor de su meditacion. Por eso debilitáronse mis ojos de mirar siempre á lo alto del cielo, de donde esperaba todo mi socorro, y donde buscaba mi único bien. Ved aquí el fervor de su confianza. Por eso resisto á las más recias tentaciones que me combaten; y por no rendirme á ellas, sabiendo como sé la fuerza de tu gracia, te pido que tomes á tu cargo mi defensa. Ved aquí el fervor de su fe. Por eso repasaré, oh Dios, delante de tí con amargura de mi alma, todos los años de mi vida. Ved aquí el fervor de su penitencia. Así hablaba este religioso monarca; y de ahí debemos aprender aquel método tan sólido, tan conocido de los santos, tan poco practicado entre nosotros, más tan digno de practicarse, de donde depende la santificacion de nuestra vida; conviene á saber: de hacer todas nuestras obras como si cada una hubiera de ser la última de la vida, y se hubiera de seguir luego la muerte. Ved ahí el modo de corregir todas nuestras tibiezas y flojedades, y de dar alma á nuestras obras con la memoria de la muerte y de su vecindad.

Pero estoy incierto de si la muerte está cerca, ó si está aun léjos de mí: sea así, oyente mio, ¿qué concluirás de eso? Porque es incierto el cuando y el dia en que has de morir, ¿por eso has de ser ménos activo, ménos vigilante y ménos fervoroso en cumplir tus obligaciones? Pues esta incertidumbre, que por ventura te sirve de pretexto

para justificar tus negligencias, ¿no es, por el contrario, nueva razon para condenarlas? ¿Qué pensamiento hay más eficaz para renovarnos contínuamente en espíritu, que éste? ¡Tal vez hoy será el último de mis dias; quizás despues de esta confesion, de esta comunion, despues de este sermon, de esta conversacion, de esta ocupacion, vendrá repentinamente la muerte para arrebatarme del mundo, y ponerme desde él en el tribunal de Dios! Cuando en todo se lleva esta idea, y en todo se conserva eficazmente grabada en la memoria, tan léjos está una persona de obrar con remision y de caerse de ánimo, que nada hay que le detenga, nada que le espante; nada hay que no intente, en que no sea constante, y que no llegue á conseguir. Hácese uno trabajador y aplicado, incansable en el servicio del Señor, despegado del mundo, y únicamente atento á las cosas del cielo.

Amados oyentes: acordaos de la muerte: pensad en ella atentamente; pensad en ella eficazmente. ¡Dichoso el que no espera á pensar en ella cuando no será tiempo! ¡Dichoso el que piensa en ella en la vida! De esta suerte, la muerte, que es castigo del pecado, será su remedio: entró en el mundo por el pecado; pero si la consideramos como los santos, si pensamos como los santos en ella, nos hará entrar como á ellos, por medio de la gracia, en la eternidad bienaventurada, que os deseo.

CENIZA

(SOBRE LA CEREMONIA DE LA).

II.

Pulvis es, et in pulverem reverteris.

Polvo eres, y en polvo te has de convertir.

(*Genes.* III, 13.)

Estas son las palabras memorables que le dijo Dios al hombre, en el caso de su desobediencia, y éstas son las que la Iglesia dirige en particular á cada uno de nosotros por boca de sus ministros en este dia. ¡Palabras terribles y fulminantes para un pecador, pues le intimaron el decreto de su condenacion! pero palabras dulces y llenas de consuelo para un pecador arrepentido, pues le enseñan el camino de convertirse y justificarse. Así, como repara S. Juan Crisóstomo, lo ha hecho el mismo Dios muchas veces, y se ha servido de un mismo medio, ora para imprimir en los hombres el terror de sus juicios, ora para hacer que experimenten la eficácia de sus misericordias.

Nuestra reconciliacion con Dios depende de dos sacrificios: sacrificio del espíritu, y sacrificio del cuerpo: sacrificio del espíritu, por la humildad y compuncion; y sacrificio del cuerpo, por la misma austeridad exterior de la satisfaccion: sacrificio del espíritu, sin el cual de nada sirve, ó casi nada, el sacrificio del cuerpo, ni puede jamás aplacar á Dios; y sacrificio del cuerpo, sin el cual el sacrificio del espíritu no es muchas veces más en los ojos de Dios, que una ilusion y una fantasma. De suerte, que de la union de estos dos sacrificios depende la reconciliacion perfecta del pecador con Dios.

Estos dos sacrificios, que debe ofrecer á Dios la penitencia, hallan en nosotros dos grandes estorbos: el primero, el espíritu de la

soberbia; el segundo, el espíritu de la delicadeza: el espíritu de soberbia, incompatible con la humildad de la penitencia; el espíritu de delicadeza, esencialmente opuesto con la austeridad de la penitencia: quiero, por no deciros el dia de hoy cosa que no sea útil y práctica, enseñaros á que los venzais con la memoria de la muerte, que la Iglesia nos pone á los ojos con la ceremonia de las cenizas. Este es todo el designio de este discurso, que reduzco á dos proposiciones. Es necesario destruir delante de Dios, con una penitencia sólidamente humilde, la soberbia de nuestros espíritus; y ésto es á lo que nos obliga la vista de estas cenizas, que son para nosotros las señales y como los símbolos de la muerte. Es menester sacrificar á Dios, con una penitencia generosamente austera, la delicadeza y flojedad de nuestros cuerpos; y ésto es en lo que nos empeña la imposicion de estas cenizas, que nos anuncian, ó por mejor decir, nos hacen sentir desde luego la necesidad inevitable de la muerte. Humillacion de espíritu debajo del yugo de la penitencia, mortificacion de la carne en el ejercicio de la penitencia: dos frutos del uso santo que debemos hacer de estas cenizas consagradas por la bendicion de los sacerdotes, y de la memoria de la muerte á que nos llama una ceremonia de tanta eficácia. Pidamos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Vírgen. A. M.

1. La soberbia, que fué el orígen y principio de todos los pecados, *initium omnis peccati superbia*, Eccl. x, 15, es tambien un estorbo principal de la penitencia, que estableció Dios para remedio del pecado. Me explicaré. Si el hombre, perseverando en el feliz estado en que Dios le crió, se hubiera quedado en los términos de aquella humildad, que le era como natural, pues la humildad no es sino un perfecto conocimiento de sí mismo, por más ventajas que hubiera recibido de la naturaleza ó de la gracia, jamás hubiera corrido el riesgo de abusar de ellas en perjuicio de lo que debia á Dios: y si en el instante en que faltamos á la ley de Dios, hiciéramos reflexion sobre nosotros mismos, bastára conocernos á nosotros para volver á entrar en nuestro deber, y ponernos en estado de satisfacer á Dios. Pero este espíritu de penitencia y de justicia, que nos incita á reparar las ofensas de Dios, se halla en nosotros combatido por otro espíritu, que es el de la soberbia; y así como al pecar nos rebelamos contra este legislador soberano, despues de haber pecado tenemos una secreta oposicion á darle la justa satisfaccion que se le debe. Pues, ¿qué remedio, cristianos? El mismo que la Iglesia nos propone en la ceremonia de este dia, obligándonos á que nos acorde-

mos de lo que somos, para corregir nuestra vanidad con nuestra misma vanidad. Es menester de tiempo en tiempo hacer, que el hombre suba hasta su orígen, y obligarle, á su pesar, con la consideracion de sus miserias, de su flaqueza y de su nada, á dejar las ideas presuntuosas y vanas que tiene de sí mismo, las cuales, haciendo que no se humille, hacen tambien que no se convierta. Pues esto es lo que hace el pensamiento de la muerte. Cuando un hombre sin calidad y sin nacimiento, y no obstante elevado á una gran fortuna y colmado de bienes y de honras, llega á ensoberbecerse, el medio de reprimir su soberbia es volverle á poner delante de los ojos la oscuridad y bajeza de su orígen. No tienes porque ensoberbecerte, se le dice, porque se sabe lo que hás sido, y el linaje de que desciendes. Esto solo basta para confundirle y para inspirarle sentimientos de modestia. Pero si sobre eso, con una vista anticipada de lo porvenir, se le pudiera mostrar lo que le habia de suceder muy presto; si se le pudiera decir, y eso con certeza: vive con cuidado; por grande que seas, estás á punto de tu ruina; una desgracia de que estás amenazado y no la has de evitar, está para reducirte á no ser más de lo que eres en tu primera edad; si se le pudiera, digo, hablar así, de suerte, que se le hiciese conocer la verdad de lo que se le anunciaba, sin duda que esta vista hiciera mayor impresion en él. ¿Por qué? Porque no mirára su fortuna sino como la altura del precipicio en que va á dar; y en lugar de deslumbrarse con lo que es, gimiera al conocer en lo que va á parar.

Pues esta duplicada vista de lo que fuimos y de lo que hemos de ser, es justamente, amados oyentes mios, de la que se vale el dia de hoy la Iglesia, para hacernos vivir con humildad y sumision á los ojos de Dios. El hombre, dice la Escritura, estaba en la honra y en la gloria á que Dios por la creacion le habia elevado, pero en medio de su gloria se desconoció á sí mismo: *Homo cum in honore esset, non intellexit.* Este olvido de sí mismo, por consecuencia necesaria, le llevó hasta el olvido, y aun hasta el desprecio de Dios. ¿Qué hace la Iglesia? Para restablecer en nosotros este respeto y temor de Dios, que perdemos por el pecado, y debe ser el fundamento de la penitencia, nos empeña, ó por mejor decir, nos obliga á tener sentimientos de desprecio propio, dirigiéndonos estas palabras: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Como si dijera: ¿por qué siendo un hombre mortal te has de atribuir una quimérica y fantástica grandeza? Acordaos de lo que erais pocos años há, cuando Dios con su omnipotencia os sacó del polvo y de la nada. Acordaos de lo que habeis de ser dentro de pocos años, en habiéndose pasado

el corto número de los dias que os quedan por vivir. Veis ahí los dos términos que, á pesar vuestro, deben servir de raya á vuestra soberbia.

Pero examinemos más en particular como la Iglesia procede, y todas las circunstancias de esta ceremonia de las cenizas, que en este santo dia observa. Porque ni una sola hay, que no sirva para instruirnos, y no se encamine á estos dos fines, de abatir nuestra altivez y disponernos á la penitencia. En efecto; para abatir nuestra altivez, nos pone á la vista las cenizas, y hace que se nos pongan en la cabeza. ¿Por qué cenizas? Porque ninguna cosa nos dá á conocer mejor lo que es la muerte, y la extrema humillacion á que nos reduce, que el polvo y la ceniza. Sí; estas cenizas, que recibimos postrados á los piés de los ministros del Señor, incluyen alguna cosa más eficáz que cuantos discursos hay en el mundo, para humillarnos como hombres, y para revestirnos, como pecadores, de los sentimientos de una conversion perfecta y volvernos á Dios sinceramente. Porque nos enseñan, que todas esas grandezas de que se gloria el mundo, y de que se alimenta la soberbia de los hombres; que ese nacimiento de que se jacta, ese crédito de que se precia, esa autoridad que le hace tan altivo, esos buenos sucesos de que se alaba, esos bienes de que se dá el parabien, esas dignidades y cargos de donde saca sus conveniencias; esa hermosura, ese valor, esa reputacion que idolatra, no son más que vanidad y mentira. Nos enseñan, que, á pesar de los designios vastos que traza el ambicioso de establecerse, de engrandecerse, de elevarse, de subir contínuamente, sin decir jamás, *esto basta;* la muerte, con un triste destino, le reducirá muy en breve á las estrechuras de seis piés de tierra: ¡demasiado es esto á un puñado de cenizas! Veis ahí en lo que paran todos nuestros designios, todas nuestras empresas, todas nuestras pretensiones, todas nuestras trazas; en una palabra: todas nuestras fortunas y todas nuestras grandezas, cuando nuestros cuerpos, en aquella última resolucion que se hace en la sepultura, se estrechan y se disminuyen casi hasta resolverse en nada. Nos enseñan, que la muerte, no solamente destruirá esta fantasma de grandeza y de fortuna, en cuyo seguimiento corremos, sino que nuestra misma memoria perecerá; que no se hablará más de nosotros; que no se pensará más en nosotros; que habrá consuelo en nuestra pérdida; que para alguno será materia de alegría: que nuestros parientes serán los primeros que nos olvidarán; que estos amigos, en que tenemos nuestra confianza, se cansarán muy presto de llorarnos; que la tibieza de los unos y la ingratitud de los otros borrará, en pocos dias, la memoria de los bue-

nos oficios que les hemos hecho; que todo cuanto hubiéremos hecho, poniendo la mira en otra cosa que en Dios, será semejante al polvo que se lleva el viento. Ultimamente; nos enseñan, que por arraigada que esté nuestra soberbia, solamente de nosotros depende el hallar nuestra humillacion en nosotros mismos; pues esta parte de nosotros mismos, que tanto nos dá que hacer y de que somos tan idólatras, este cuerpo, no es sino una materia de corrupcion, y, segun la expresion de Tertuliano, un poco de lodo con figura de hombre.

2. Es tambien la memoria de la muerte la que siempre ha contenido á los hombres en los términos de lo justo, y los ha puesto, á pesar de las rebeliones de su soberbia, en una como necesidad de ser humildes. De ahí nace, dice S. Jerónimo, que en todas las naciones, no solamente cristianas, sino aun las bárbaras, fué siempre la memoria de la muerte y el uso de las cenizas una de las más principales circunstancias de las pompas más solemnes, y de las ceremonias más augustas: que los griegos, despues de haber coronado á sus emperadores, les ponian delante un vaso lleno de huesos y de cenizas para advertirles, que la dignidad, que acababan de recibir, no los hacia exentos de la muerte: que los romanos en sus triunfos hacian, que fuese un pregonero detrás del vencedor para decirle á voces, en medio de los públicos aplausos, que estaba sujeto á la muerte: que en la ley antigua, el sumo Sacerdote se purificaba con ceniza cuando habia de entrar en el santuario; y que aun ahora, en la consagracion de los Papas, se le pasan delante de los ojos al nuevo pontífice algunas estopas, que consume el fuego, para darle á entender, que del mismo modo pasa la gloria del mundo, y que la tiara no le quita el ser tributario de la muerte: como si los mismos hombres hubieran reconocido, que, al paso que el mundo, ó la providencia los exalta, tienen necesidad de un contrapeso que los humille.

¿Qué hace el pecador convertido, cuando recibe esta ceniza consagrada á la penitencia? Es como si le dijera á Dios: Sí, Señor; yo quiero, desde ahora, hacer con el espíritu lo que tú acabarás, muy presto, de ejecutar de un modo absoluto. Tú has resuelto reducirme un dia á cenizas en castigo de mi pecado; y yo vengo á hacer, desde hoy, el ensayo de esta pena; yo prevengo el decreto de tu justicia, y, desde ahora, le ejecuto. Estas cenizas, segun el órden de tus divinos decretos, deben ser una parte de la satisfaccion y de la venganza que quieres tomar de mí. Empieza, Señor, á satisfacerte y á vengarte; porque aquí estoy ya cubierto de cenizas. Es verdad, que estas no son aun las cenizas de la muerte; pero, á lo ménos, son las cenizas de la penitencia, que es una especie de muerte mucho más eficaz, para ablandarte y apaciguarte, que la misma muerte. Aplácate, pues, Dios mio, al ver estas cenizas, que son unas señales exteriores de la humillacion y contricion de mi alma. Ved ahí, cristianos, los sentimientos que una alma, verdaderamente penetrada, concibe el dia de hoy al pié de los altares; y siempre se debe conocer, que esta memoria de la muerte es un medio admirable para disponer á la penitencia los pecadores más soberbios.

Pero la penitencia no pide solo el sacrificio de nuestro espíritu por la humildad; pide tambien el sacrificio de nuestro cuerpo por la mortificacion. Es una ilusion de que en todo tiempo se ha valido el espíritu de delicadeza, creer, que la penitencia es una virtud interior puramente, y que ejercita su imperio sobre las potencias espirituales de nuestra alma; que se contenta con mudar el corazon; que solo hace guerra á nuestros vicios y pasiones, y puede practicarse sólidamente, sin que tenga la carne que sentir, y sin que le cueste nada á este hombre exterior y terreno, que es una parte de nosotros mismos. Si esto fuera así, se debieran quitar de la Escritura libros enteros, en los cuales el espíritu de Dios ha confundido, en este punto, la prudencia de la carne, con testimonios no ménos contrarios á nuestro amor propio, que se opone la verdad con el error. Fuera preciso decir, que san Pablo no lo entendia, y que concebia mal la penitencia cristiana, cuando enseñaba, que nuestros cuerpos han de ser como unas hostias vivas: *Exhibeatis corpora vestra hostiam viventem.* Rom. xii, 1: cuando queria que llegase esta virtud hasta crucificar la carne: *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt cum viliis, et concupiscentiis.* Gal. v, 24: cuando encargaba á los fieles, ó por mejor decir, les imponia una ley, de llevar real y sensiblemente en sus cuerpos la mortificacion de Jesucristo: *Semper mortificationem Jesu in corpore vestro circumferentes.* II. Cor. iv, 10; y, en fin, cuando por darles ejemplo, él mismo castigaba su cuerpo, y le ponia en servidumbre. Despues que el Salvador del mundo hizo penitencia por nosotros á costa de su cuerpo adorable, es imposible que nosotros la hagamos de otro modo. Es necesario que cumplamos en nuestra carne, lo que falta, por un secreto admirable de la sabiduría de Dios, á las satisfacciones y á los tormentos de nuestro divino Mediador. Puesto que, en nuestra carne, como habla S. Pablo, reina el pecado, en ella debe reinar tambien la penitencia; porque la penitencia debe reinar en todo aquello en que reina el pecado. Nuestros cuerpos, por un infeliz contagio, y por su estrecha union con nuestras almas, se hacen cómplices del pecado, sirven de instrumentos del pecado, y son muchas veces el orígen y causa del pecado; luego es razon, que ten-

gan parte en la satisfaccion y en el remedio del pecado, que se debe hacer por medio de la penitencia.

Pues á esta ley de penitencia, establecida de este modo, se opone otra ley, que llevamos en nosotros mismos, y es el amor desordenado de nuestros cuerpos. Amor de todo lo que nos parece necesario, ó por mejor decir, de todo lo que una concupiscencia ciega nos representa como necesario para sustentar nuestros cuerpos; amor de todas las conveniencias, que con tanta ansia solicitamos, y son tan conformes á los apetitos de nuestros cuerpos; amor de las delicias de la vida, que con su superfluidad y sus excesos, muchas veces, enflaquecen, ó destruyen tambien nuestros cuerpos; amor de los gustos vedados y de los deleites ilícitos, que los manchan.

Acordémonos, pues, hermanos mios, de la muerte; entremos con serias y sólidas reflexiones en el misterio de estas cenizas; y nunca prevalecerá contra el de la mortificacion el espíritu de la delicadeza. Sí, cristianos; la memoria de la muerte os despegará del amor de vuestros cuerpos. Ella es la que en todos tiempos ha producido en las almas bien convertidas, no solamente el desprecio heróico, sino el odio santo de sus cuerpos: ella es la que ha obrado tantas veces en la cristiandad milagros en la conversion de las almas.

Pero es mucho más vivo el ódio de su cuerpo cuando este pecador llega á profundizar en el misterio de las cenizas, que la Iglesia le pone á los ojos; y subiendo más alto y hasta las mismas fuentes de su fe, busca el orígen de una práctica tan santa; y piensa, que estas cenizas, que en una y otra ley fueron siempre símbolo de la penitencia, no son un símbolo vano, ni una pura ceremonia: cuando por los profetas aprende, que el cilicio y el ayuno, en la observancia comun de los fieles, eran inseparables de la ceniza: *Accingere cilicio, et conspergere cinere, filia populi mei.* JEREM. VI, 26: cuando advierte en los Concilios, el rigor con que eran condenados á obras penosas y de trabajo aquellas suertes de penitentes, que Tertuliano llamaba *concinerati, et reconciliati,* cubiertos de ceniza, aunque ya reconciliados. Porque, al fin, un hombre tocado de la vista de sus delitos y del espíritu de la compuncion, debe el dia de hoy decir con amargura de su alma: aquellos penitentes de la Iglesia primitiva no estaban más cargados de delitos, ni eran más pecadores que yo; y las cenizas que les ponian, no eran en ellos más estrecho empeño de hacer penitencia que lo deben ser para mí. Luego; seria cosa muy extraña, que yo usára de ellas de diferente manera; y que habiendo sido esta ceremonia, respecto de ellos, un ejercicio de mortificacion y de una mortificacion la más verdadera y rigurosa, no fuéra para mí más que

una apariencia y una sombra de ella solamente. Fuéra cosa muy indigna, despues de haber tomado estas cenizas, pensar aun en los deleites y alegrías profanas del mundo; y, como decia un solitario, buscar los regalos de la vida aun en las cenizas de la penitencia.

Concibamos, amados oyentes mios, unos sentimientos tan puestos en razon; y éstos son los que la ceremonia de las cenizas nos debe inspirar. Si entramos en esta cuaresma bien penetrados de estas verdades, no nos será el ayuno un yugo muy pesado, como lo es para los cristianos de poco espíritu; y mucho ménos, motivo de escándalo y de culpa, como lo es para los licenciosos. Le emprenderemos con alegría, le continuaremos con fervor, y le acabaremos con constancia. Despues de haber cumplido lo que la Iglesia nos manda en este precepto, no juzgaremos que por eso hemos satisfecho el precepto natural de la penitencia. Haremos cuenta de que lo que la Iglesia ha dispuesto, no nos exime de lo que deja por lo demás á nuestra prudencia y á nuestro celo. Y de este modo, el pensamiento de la muerte y la vista de las cenizas servirá para humillar nuestra soberbia y para mortificar nuestra delicadeza; y la humildad nos conducirá á la verdadera gloria, y la penitencia al soberano bien, que yo os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

La ceniza es símbolo de sinceridad, de austeridad y de caridad; carácteres de la verdadera penitencia, que ha de ser, 1.° sincera: 2.° austera: 3.° amorosa.

I. Ha de ser sincera: *Convertimini ad me in toto corde vestro.* (JOEL. II.) El pecado ha introducido el desórden en el corazon, y para restablecer el órden, es indispensable la penitencia. Dios es la misma verdad, y verdaderamente nos perdona, si de todo corazon imploramos su clemencia.

II. Ha de ser austera: *In jejunio, et in fletu, et in planctu.* (ID. IBID.) La penitencia representa la justicia de Dios: *In peccatore ipsa pronuntians, pro Dei indignatione fungitur.* (TERTULL. LIB. DE PŒNIT.) Es preciso, pues, que sea austera.

III. Ha de ser amorosa: *Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.* (IBID.) La penitencia, bien que rigorosa, seria inútil sin la caridad. ¿Qué penitencia más horrible que la de los condenados? Sin embargo, de nada les sirve, porque les falta la caridad. Por

amor perdona Dios al pecador; y por amor debe el pecador darse á Dios: *Convertimini ad me in toto corde vestro.*

II.

La Iglesia, al poner la ceniza sobre nuestras cabezas, nos recuerda: 1.° La nada á que el pecado ha reducido al hombre: 2.° La nada á que la gracia divina quiere reducir al hombre: 3.° La nada á que le reducirá pronto la muerte, si no se convierte.

I. El hombre es grande á proporcion que se acerca á Dios: alejándose por el pecado de su Criador, que es el sér esencial, queda en cierto modo reducido á la nada.

II. La gracia se esfuerza tambien á reducirla á la nada; pero á una nada que es fuente de felicidad. Hablo de la humildad cristiana Jesucristo anonadó, en algun modo, su divinidad, su humanidad, su santidad. Humille, pues, el hombre su espíritu, su carne, su amor propio.

III. Bien pronto la muerte reducirá nuestro cuerpo á polvo: quedará como anonadado; y si el pecador no hace penitencia, su alma quedará tambien como anonadada en el infierno.

DIVISIONES.

CENIZA. — La Iglesia quiere que nosotros consideremos en este polvo: 1.° La imágen de nuestra nada. 2.° El modelo de nuestro sacrificio.

CENIZA. — La Iglesia nos presenta la ceniza al principio de la cuaresma para enseñarnos, que nuestra penitencia debe comenzar por la humildad.

La Iglesia nos pone la ceniza en la frente para enseñarnos, que la fuerza de nuestro espíritu no debe impedirnos de velar sobre nuestra fragilidad.

La Iglesia bendice la ceniza y nos la reparte, haciendo con ella la señal de la cruz, para significarnos, que nuestras miserias pueden ser el remedio de nuestros pecados.

Véase: MUERTE.

CENTURION.

Populus quem non cognovi servivit mihi.

Un pueblo á quien yo no conocia, se sometió á mi dominio.

(*Ps.* XVII, 45.)

Con estas palabras que, inspirado de Dios, pronunció el real Profeta, segun el testimonio de los Padres y de los Intérpretes, quiso el Señor anunciar al mundo, ocho siglos antes de su cumplimiento, el misterio de misericordia de la conversion de nosotros, pobres gentiles, á la religion del Mesías. Con efecto: nosotros los gentiles éramos aquel pueblo que Dios, al parecer, tenia olvidado, y que apenas conocia; pero nosotros manifestamos, desde luego, deseos de conocer el verdadero Dios, dispuestos á recibirlo, dóciles á escucharlo, y fieles á obedecerlo.

Más, no satisfecho el Señor con haber anunciado con las palabras de su Profeta este misterio de su infinita bondad para con nosotros, aun antes de cumplirlo por el ministerio de sus apóstoles, se dignó manifestarlo en la persona del Centurion, de quien habla el Evangelio; porque Jesucristo quiso, que todo cuanto practicó en su vida en el órden visible y real, se entendiese tambien en un sentido místico y espiritual. Y por esta razon, el Señor, en sus milagros, no solo hacia obras de omnipotencia, sino que revelaba, al propio tiempo, verdades importantes; y mientras llenaba de admiracion á todos los que observaban sus actos, procuraba tambien la instruccion de los que le escuchaban.

Procuremos, pues, entender en su sentido misterioso y profético, el milagro que nos refiere el Evangelio de hoy, en el que fué figurada y principió á cumplirse la verdadera conversion de los gentiles; y en la fe del humilde Centurion veamos la prenda y el modelo de la nuestra. ¡Mil veces dichosos nosotros si, imitando sus sentimientos y sus obras, podemos alcanzar tambien su galardon! Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen. A. M.

amor perdona Dios al pecador; y por amor debe el pecador darse á Dios: *Convertimini ad me in toto corde vestro.*

II.

La Iglesia, al poner la ceniza sobre nuestras cabezas, nos recuerda: 1.° La nada á que el pecado ha reducido al hombre: 2.° La nada á que la gracia divina quiere reducir al hombre: 3.° La nada á que le reducirá pronto la muerte, si no se convierte.

I. El hombre es grande á proporcion que se acerca á Dios: alejándose por el pecado de su Criador, que es el sér esencial, queda en cierto modo reducido á la nada.

II. La gracia se esfuerza tambien á reducirla á la nada; pero á una nada que es fuente de felicidad. Hablo de la humildad cristiana Jesucristo anonadó, en algun modo, su divinidad, su humanidad, su santidad. Humille, pues, el hombre su espíritu, su carne, su amor propio.

III. Bien pronto la muerte reducirá nuestro cuerpo á polvo: quedará como anonadado; y si el pecador no hace penitencia, su alma quedará tambien como anonadada en el infierno.

DIVISIONES.

CENIZA. — La Iglesia quiere que nosotros consideremos en este polvo: 1.° La imágen de nuestra nada. 2.° El modelo de nuestro sacrificio.

CENIZA. — La Iglesia nos presenta la ceniza al principio de la cuaresma para enseñarnos, que nuestra penitencia debe comenzar por la humildad.

La Iglesia nos pone la ceniza en la frente para enseñarnos, que la fuerza de nuestro espíritu no debe impedirnos de velar sobre nuestra fragilidad.

La Iglesia bendice la ceniza y nos la reparte, haciendo con ella la señal de la cruz, para significarnos, que nuestras miserias pueden ser el remedio de nuestros pecados.

Véase: MUERTE.

CENTURION.

Populus quem non cognovi servivit mihi.

Un pueblo á quien yo no conocia, se sometió á mi dominio.

(*Ps.* XVII, 45.)

Con estas palabras que, inspirado de Dios, pronunció el real Profeta, segun el testimonio de los Padres y de los Intérpretes, quiso el Señor anunciar al mundo, ocho siglos antes de su cumplimiento, el misterio de misericordia de la conversion de nosotros, pobres gentiles, á la religion del Mesías. Con efecto: nosotros los gentiles éramos aquel pueblo que Dios, al parecer, tenia olvidado, y que apenas conocia; pero nosotros manifestamos, desde luego, deseos de conocer el verdadero Dios, dispuestos á recibirlo, dóciles á escucharlo, y fieles á obedecerlo.

Más, no satisfecho el Señor con haber anunciado con las palabras de su Profeta este misterio de su infinita bondad para con nosotros, aun antes de cumplirlo por el ministerio de sus apóstoles, se dignó manifestarlo en la persona del Centurion, de quien habla el Evangelio; porque Jesucristo quiso, que todo cuanto practicó en su vida en el órden visible y real, se entendiese tambien en un sentido místico y espiritual. Y por esta razon, el Señor, en sus milagros, no solo hacia obras de omnipotencia, sino que revelaba, al propio tiempo, verdades importantes; y mientras llenaba de admiracion á todos los que observaban sus actos, procuraba tambien la instruccion de los que le escuchaban.

Procuremos, pues, entender en su sentido misterioso y profético, el milagro que nos refiere el Evangelio de hoy, en el que fué figurada y principió á cumplirse la verdadera conversion de los gentiles; y en la fe del humilde Centurion veamos la prenda y el modelo de la nuestra. ¡Mil veces dichosos nosotros si, imitando sus sentimientos y sus obras, podemos alcanzar tambien su galardon! Pidamos esta gracia por la intercesion de la Vírgen. A. M.

1. Habia predicado el Señor al pueblo en la cima de un monte, y curado al leproso al pié del mismo monte, y desde allí, dice el evangelista, que entró en Cafarnaum: *Cum implesset omnia verba sua in aures plebis, intravit Capharnaum.* Luc. vii, 1. Esta circunstancia encierra un misterio, y significa, que el Señor, despues de haber cumplido su mision de curar á los judíos, figurados en el leproso judío, habia de pasar, un dia, á recoger mayor fruto entre los gentiles, figurados en el criado del gentil Centurion, que Jesucristo viene á curar á Cafarnaum. Con efecto; Cafarnaum, palabra que significa *la ciudad de la grosura*, fué una figura de la Iglesia formada de los gentiles, y que ha sido colmada por la bondad divina de la *grosura* de las gracias espirituales. ¿Qué más? El Centurion mismo nos descubre mucho mejor el mismo misterio, supuesto que era romano de nacimiento, militar de profesion, y de religion gentil.

Este Centurion tenia un criado á quien estimaba mucho, pero que, acometido de una parálisis aguda, yacia enfermo, abatido, víctima de agudísimos dolores, y próximo á exhalar el último suspiro. Habiendo sabido el buen Centurion, que Jesucristo habia llegado á Cafarnaum, envióle algunos de los ancianos ó senadores de los judíos, á suplicarle en su nombre, que se dignára salvar á su criado de una muerte próxima. Más, ¿por qué envia el Centurion á otros, y no va él mismo á solicitar una gracia, que tanto desea alcanzar? El evangelista nos lo dice, advirtiéndonos, que este hombre, manso de espíritu y humilde de corazon, como extranjero y como gentil creíase indigno de comparecer ante la presencia de Jesucristo. Por esta razon, habiendo oido que el Señor iba á visitarle, le envió á decir por sus amigos: Señor, no te tomes esa molestia, que no merezco yo que tú entres dentro de mi morada: por cuya razon tampoco me tuve por digno de salir en persona á buscarte; para otorgarme la merced que te he pedido, no es necesaria tu presencia; dí tan solo una palabra, y sanará mi criado.

Pero cuanto más se reconoce y se confiesa el Centurion indigno de recibir á Jesucristo en su casa, tanto más se apresura Jesucristo á ir á ella; y vencida ya la repugnancia de su humildad en vista de tan gran dignacion, salió entónces al encuentro del Señor. ¡Cuán bellas son estas palabras: «El Centurion salió al encuentro de Jesús!» Con ellas quiso indicar el evangelista, el deseo de acercarse el Centurion á Jesucristo, no tanto con el cuerpo, cuanto con el espíritu. Así como la Hemorroisa consiguió tocarle mejor que las turbas, que lo oprimian por todas partes, porque su fe era mayor, del propio modo

obró el Centurion, saliendo al encuentro de Jesús, impulsado de su ardiente fe.

Observad, empero, que el Centurion no pensó en implorar la omnipotencia de Jesucristo, sino despues de haber oido hablar de sus prodigios, y de haber entrado en Cafarnaum; y que no se presenta á Jesús, sino cuando Jesús se ha acercado á él, lo ha prevenido, é iba á encontrarle. Con esto quiso darnos á entender el Señor, que, si bien nuestros padres gentiles, al abrazar tan prontamente la fe, habian de salir como al encuentro de Jesucristo, no habia de suceder así sino despues que el mismo Jesucristo, en la persona de Pedro y de los demás apóstoles, viniese, primero, á encontrarnos por medio de la predicacion evangélica. Si nosotros pensamos en Dios, es porque Dios pensó primero en nosotros; y la fe santa y pura que profesamos, el mayor de nuestros bienes, ha sido el más gratúito y el más generoso de sus beneficios.

Habiendo llegado el Centurion á la presencia del Salvador, se postró á sus piés en ademan suplicante, y le repite con sus lábios la súplica que le habia hecho por medio de sus amigos, diciéndole: Señor, te he rogado que tengas piedad de un criado mio, que tengo en casa paralítico, y padece muchísimo. Matth. viii, 5.» ¡Oh súplica llena de confianza! El Centurion nada más añade á estas palabras: no ruega á Jesucristo que le cure el siervo; se limita á manifestarle la miseria y la enfermedad: y con respecto al remedio, se remite á la bondad del corazon amoroso del Salvador; manifestando así, que lo creia tan inclinado á apiadarse, y tan pronto para socorrer, cuanto era sábio para comprender y poderoso para obrar. Considerad igualmente la manera de expresarse el Centurion: *Domine, puer meus jacet in domo paralyticus, et male torquetur*; porque, ¡cuán significativas son estas breves palabras! Al propio tiempo que forman el cuadro más lastimoso de la enfermedad del criado, á quien representan abandonado sin remedio á un estado el más deplorable de inmovilidad, nos descubren toda la caridad que abriga el corazon de su señor. Este hombre, verdaderamente piadoso, habla de su criado con la misma ternura, con el mismo dolor, que si fuese su hijo.

Más esto no debe sorprendernos; porque ved aquí como discurria para sí el Centurion: Si este jóven es mi criado, yo soy criado del Criador. Mi criado tiene en mí un señor en la tierra; pero yo tengo en Dios un señor infinitamente más grande en el cielo. Luego, si yo no uso de misericordia con mi criado, ¿cómo podré esperar que Dios la use conmigo? De la misma manera deberian pensar todos los que tienen domésticos y criados; de este señor gentil deberian apren-

der todos los amos cristianos á tener compasion de las enfermedades de sus domésticos, á tratarlos con cariño, y á suplicar por ellos; á atender á la salud de sus cuerpos, y mucho más á la de sus almas.

Más si despreciar y tiranizar á los domésticos es lo mismo que negar la fe, dice san Pablo, mirar por ellos y compadecerse de sus infortunios es lo mismo que proclamarla; y por esta disposicion de su buena índole fué por lo que adquirió la fe el Centurion: porque la preparacion mejor para la fe es la caridad, y ninguna cosa nos atrae tanto la misericordia de Dios como el ejercicio de la misericordia con el prójimo. En efecto; ved con que solicitud y con que amor responde Jesucristo al buen Centurion, que, afligido, le ruega solo por amor: Buen hombre, le dice, no te aflijas: yo mismo iré y curaré á tu criado: *Et ait illi Jesus: Ego veniam, et curabo eum.* MATH. VIII, 7. ¡Oh palabras de complacencia y de dulzura! Muy grande es el poder de Jesucristo, que, con una sola palabra, pudo obrar el milagro; pero mayor es su humildad, porque siendo hijo eterno de Dios, se ofreció á visitar personalmente á un miserable criado del hombre.

Pero este acto de complacencia, estas bondadosas palabras del Salvador, fueron un rayo de luz para el alma del buen Centurion, que le descubrieron la majestad, la grandeza y la divinidad de Jesucristo, oculta bajo el velo de la humanidad; y un impulso de la gracia, que le hizo admirarla, adorarla y amarla. Así es, que consternado, confuso y perplejo entre la admiracion y el agradecimiento, entre la humildad y el amor: ¿Qué dices, exclama, qué dices, Señor? No, no entrarás en mi casa; porque ¿quién soy yo para recibir un honor tan grande? Si tu bondad te inspira un acto de tanta complacencia, mi indignacion me impone el deber de no consentirlo. Y ya, Señor, añade en el mismo trasporte de la humildad y de júbilo; ya que eres tan bueno, que quieres otorgarme la merced que te he pedido, ¿qué necesidad tienes de venir en persona? ¡Ah! tan solo una palabra, una palabra sola pronunciada por tus lábios, basta para que sane mi criado. ¡Oh palabras, oh discurso hijo de una sincera humildad! El Centurion ruega á Jesucristo que no entre en su casa, por la misma razon que Pedro le rogó que se apartase de su presencia. Esas almas, verdaderamente grandes, temieron, que la indignidad de su pobre hospedaje se tornase en desdoro del divino Huésped. ¿Qué dices? pregunta S. Agustin; ¿dices que eres indigno? Pues precisamente porque te crees y te reconoces indigno, es por lo que te has hecho digno de recibir al Verbo de Dios hecho hombre, no solo dentro los muros de tu casa, sino en lo íntimo de tu corazon. SERM. VI, DE VERB. DOM. Así que, ¡oh dichoso mortal! tú has recibido ya, tú has hospedado en tí mismo á este Dios Salvador; y no podrias hablar con un lenguaje tan humilde, tan religioso y tan piadoso, si no hubieses ya recibido en tu alma aquel Dios, que te crees indigno de hospedar en tu casa. ¡Hermosa prerogativa del deseo sincero, de la fe humilde y del afecto tierno!

Pero las palabras del Centurion, *Sed tantum dic verbo*, son todavía más misteriosas y elocuentes, y merecen, por lo tanto, una consideracion particular. Eutiminio asegura, que con estas palabras quiso decir el Centurion á Jesucristo: «Tú eres Dios omnipotente, y, como omnipotente, no tienes más que manifestar con una sola palabra tu voluntad, y tu palabra será transformada y convertida instantáneamente en un hecho.» EXPOS. ¡Oh grandeza! ¡oh excelencia de la fe de este gentil!

Pero no hay porque maravillarnos sobre este particular. El conocimiento tan profundo y tan sublime con que este neófito de pocos instantes habla de Jesucristo, no lo adquirió el Centurion del magisterio terreno de la carne y de la sangre, sino de la gracia del Padre celestial. No fué efecto del raciocinio humano, sino de la revelacion divina. No tuvo el Señor necesidad del Centurion para hacer aquello porque habia venido á este mundo. El mismo Jesucristo, con su gracia, iluminó y enseñó á este hombre caritativo, y lo movió, no solo á creer, sino á predicar á los hombres el misterio profundo de la Encarnacion, y, por consiguiente, en la persona de Jesucristo, descendió el Señor hasta el siervo, en la forma de siervo; el mismo Dios vino á buscar al hombre en los despojos del hombre; vino á levantar los caidos, á sanar los enfermos, á libertar los cautivos, á resucitar los muertos. No consistió, pues, el mérito del Centurion en haber conocido este sublime misterio, porque este conocimiento fué gratuito por parte de Jesucristo, sino en haberlo creido y confesado al instante, que lo conoció; y con tal prontitud de asentimiento, con tal plenitud de convencimiento, con tal firmeza de voluntad, con tal humildad de espíritu y con tal fervor de afecto, que, como dice el evangelista, el mismo Jesús, al oirlo, quedó como admirado, diciendo al pueblo que le seguia: En verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado fe tan grande. MATTH. X. Y verdaderamente, segun observan Orígenes, S. Jerónimo y S. Juan Crisóstomo, á excepcion de María, madre de Jesucristo, y de los apóstoles, que, colocados en un órden particular de gracia, tuvieron un órden particular de fe, la fe de los hijos de Israel, que creyeron en Jesucristo, fué siempre defectuosa é imperfecta. Natanael tuvo necesidad de hacerse violencia pa-

ra creer. El gefe de la Sinagoga no presumió, que Jesucristo pudiese obrar milagros sino donde se hallase corporalmente presente. Marta creia, que Jesucristo podia curar los enfermos, más no que pudiese resucitar los muertos. El Centurion solamente, de profesion militar y de religion pagano, sin discurrir, sin aguardar milagros, apenas conoce, cree; apenas cree, adora; apenas adora, confiesa en Jesucristo un Dios encarnado, inmenso, infinito y omnipotente.

Obsérvese, que este Centurion, respecto á cuya fe, la de todos los judíos convertidos, á juicio del mismo Jesucristo, parecia infidelidad, fué el primer fruto que su gracia recogió del pueblo gentil. El Centurion es el capitan de la milicia cristiana, puesto que fué el primero, no solo en el órden de la conversion, sino mucho más en la perfeccion de la fe; es decir, que fué nuestro jefe, porque fué nuestro modelo. Y esto es lo que quiso indicar el Señor en el hecho de manifestar su admiracion al oir su humilde confesion. Con efecto, por nueva, sublime y perfecta que fuese la fe del Centurion, no podia excitar la admiracion de Jesucristo, porque á la sabiduría infinita, que todo lo prevé y todo lo comprende, ninguna cosa nueva ni inesperada puede ocurrir que excite su admiracion; la admira para enseñarnos, que tambien debemos nosotros admirarla, es decir, imitarla.

¡Ah, qué enseñanza tan magnífica y tan preciosa contiene esta misteriosa admiracion del unigénito Hijo de Dios! El oro y la plata, las riquezas y los honores, los principados y los reinos, que excitan la admiracion y la avaricia de los hombres, á los ojos de Dios no son otra cosa que vanas sombras y flores marchitas, que no pueden atraer sus miradas ni excitar su complacencia ó su admiracion. La fe humilde, por el contrario, Dios la admira, la agradece, se complace en ella; la honra y la recompensa. Y que el Señor quiso darnos esta importante leccion, nos lo da bien claramente á entender el evangelista, diciendo; que, al elogiar Jesucristo la fe del Centurion, dirigió sus palabras al pueblo que le seguia: *Et sequentibus se dixit.* Porque en las muchas gentes que seguian á Jesucristo, estábamos representados los cristianos, que vamos en pos de este amado divino como la Esposa de los *Cantares*, atraidos por el olor misterioso de su doctrina, de sus promesas, de su misericordia y de su bondad. Por tanto, al decir el Señor: «No he hallado hasta ahora una fe tan grande y tan perfecta en Israel,» no solo anunció desde entónces, que la fe de los gentiles seria más excelente que la de los judíos, sino que quiso tambien proponernos la fe del Centurion como modelo de la nuestra.

2. Despues de haber hecho el Señor el panegírico de la fe del Centurion, continuó diciendo al pueblo que le seguia: «Yo os declaro, que un dia vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán á la mesa con Abrahan, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; miéntras que los hijos, los primeros herederos de este mismo reino, los judíos, serán echados fuera á las tinieblas exteriores, donde no se hace otra cosa que llorar y desesperarse. MATTH. VIII, 11 ET 12.» Y volviéndose despues al Centurion, le dice: «Véte, y sucédate conforme has creido.» Y apenas el *fiat* omnipotente fué pronunciado por la misma boca, que con un *fiat* habia criado el universo, en aquel instante mismo quedó sano el criado del Centurion. ¡Oh, qué admirable es la vida del Salvador! ¡Oh, cómo concurren en ella la revelacion de los misterios, la práctica y el ejemplo de las virtudes! Jesús habíase ofrecido á ir en persona á sanar el criado del Centurion; ¡qué complacencia, qué humildad! Más, porque no se presumiese, que iba personalmente porque no tenia poder para sanarlo con su palabra, estando ausente y con un *fiat*, obró en un instante el milagro. Este último pasaje del Evangelio comprende tambien una magnífica profecía y una figura fiel de los acontecimientos futuros. Estos *muchos*, que dice Jesucristo debian venir *del Oriente y del Occidente*, son los gentiles. Al contrario, *los hijos del reino*, dicen S. Jerónimo y S. Juan Crisóstomo, que son los judíos, porque reinó en ellos por dos mil años el Señor, y á ellos se anunció y se prometió directamente el reino del Mesías. La expresion: Se sentarán á la mesa en el reino de los cielos, significa la eterna bienaventuranza, comparada con frecuencia en la Escritura á un banquete; por el sumo sosiego, la suma seguridad, la suma alegría y la suma satisfaccion que allí se halla. Con efecto; el mismo Jesucristo ha dicho á sus escogidos, en otro lugar del Evangelio: Yo os preparo el reino celestial como mi Padre me le preparó á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino. LUC. XXII, 29 ET 30. Por otra parte, Abrahan es figura del Padre eterno, por su paternidad; Isaac, del Verbo encarnado, por su sacrificio; Jacob, del Espíritu Santo, por su fecundidad. Luego estar en el cielo con Abrahan, con Isaac y con Jacob, es estar en el paraíso en compañía, en familia, en sociedad de amor con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, y ser eternamente feliz con este amor y con esta sociedad. Añadiendo luego, que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas, en donde no se hace más que llorar y crujir de dientes, Jesucristo hizo en pocas palabras la verdadera pintura del infierno. Como fuera de este mundo no hay bien alguno más que en Dios, por esta razon, ser echado de la casa de

Dios es perder á Dios, es lo mismo que perder todos los bienes, que en Dios solo se hallan; así como quedar privado de la luz es lo mismo que quedar en tinieblas. El ser, pues, despojado de todos los bienes, es lo mismo que padecer todos los males, porque el mal no es otra cosa que la privacion del bien. Más, como el hombre es alma y cuerpo, el crujir de dientes expresa toda la pena de *sentido;* y el llanto, la pena de *daño*. El uno indica el horror interno, y el otro el externo; y el uno y el otro significan el sumo, el intenso, el profundo, el horrible tormento de los réprobos en el infierno. Ahora bien: al hablar el Señor, de esta suerte, anunció la salvacion de los gentiles en la persona del Centurion, que fué las primicias de ellos, y la reprobacion de los judíos; la vocacion de la Iglesia y la reprobacion de la Sinagoga, la salvacion eterna de los gentiles convertidos y la eterna condenacion de los judíos obstinados.

Más hé aquí, dice S. Agustin, cómo indica el Señor en las palabras: «Muchos vendrán del Oriente y del Occidente,» todas las naciones que existen bajo el sol, el mundo todo, que se comprende en ambos hemisferios, oriental y occidental; y miéntras estaba solo entre los judíos, predice claramente el establecimiento de su religion en toda la tierra. Y ¿qué es lo que estamos viendo con nuestros ojos? Vemos los judíos reprobados, y los cristianos llamados á una especie de banquete celestial. Vosotros, hermanos, que me escuchais, formais parte de este pueblo gentil, que entónces fué anunciado, y ahora se encuentra ya formado. Vosotros sois del número de los que han sido llamados del Oriente y del Occidente, no ya á los templos de los ídolos, sino al reino de los cielos. Y no solo pronunció el Señor la profecía de un misterio tan grande, sino que principió desde entónces á cumplirlo en figura, porque Jesucristo no entró personalmente en la casa del Centurion; más, ausente de ella con la persona, aunque presente con el poder de su majestad, sanó al enfermo. De la misma manera, solo estuvo personalmente presente entre los judíos. La gentilidad no lo vió nacer de una vírgen, ni padecer la muerte, ni obrar prodigios. Sin embargo, ausente de la gentilidad con el cuerpo, la ha sanado.

Más, ¡ah! que el oráculo del Hijo de Dios, tan consolador por una parte, cuanto terrible y funesto por la otra, de que *los hijos del reino serian echados fuera*, se está cumpliendo aun en el dia de hoy; porque la palabra de Dios, eterna como el que la pronuncia, tiene un eco y una eficacia eterna. Nosotros, los que profesamos la verdadera fe, somos al presente los verdaderos *hijos del reino*. Los infieles esparcidos al Oriente y al Occidente, son los *de fuera*. Y así

como nosotros hemos ocupado el lugar de los judíos, así tambien muchos infieles vienen diariamente del Oriente y del Ocaso á ocupar nuestro lugar, del que nosotros, hijos del reino, somos echados. Contemplad en efecto al Oriente y al Occidente, donde los enviados de la Iglesia, los misioneros, á costa de tantos afanes, de tantos riesgos y de tantas fatigas, derraman la luz del Evangelio en medio de naciones tan bárbaras y tan salvajes, que apenas han conservado la figura de hombres. Pocos años há, aquellas comarcas no eran más que cavernas de fieras, ó de hombres más indómitos, más desenfrenados, y más feroces que las mismas fieras. La idolatría y todos los vicios habian hecho descender aquellos seres humanos al último grado de la brutalidad y de la barbárie. Y ahora, muchas de aquellas hordas salvajes, con haber recibido el bautismo, se han convertido, no sé si diga en hombres celestiales, ó en ángeles de la tierra. Por el contrario; ¿qué ha venido á ser entre nosotros la ley cristiana? Lo que habia llegado á ser entre los judíos la ley mosáica en tiempo de Jesucristo.

Y ¿qué se sigue de ahí? Miéntras que de regiones bárbaras, del seno de naciones salvajes y brutales, una gran muchedumbre de almas, poco ha *extrañas al reino de Dios*, despues de haber practicado en la tierra el cristianismo en toda su perfeccion, levantan diariamente el vuelo hácia el cielo, y van á *sentarse á la cena* eterna en compañía de la augusta Trinidad, muchísimos de entre nosotros, verdaderos y legítimos *hijos*, antiguos *herederos del reino de Dios*, perdidos en el lujo, devorados por la ambicion, ávidos de deleites, semejantes á los antiguos fariseos, degenerados hasta el último grado de la corrupcion y de la indiferencia, despues de haber brillado algunos dias sobre la tierra con un explendor inmerecido, son echados á las tinieblas exteriores, al llanto eterno, á la desesperacion inmortal del infierno.

¡Oh cambio funesto! ¡oh tremendo trueque! Más, no desesperemos. Jesucristo quiere usar de misericordia con nosotros, pues aun hace resonar en nuestros oidos las amenazas de su justicia. Esta intimacion tremenda de *echar á los hijos* del reino, y de *admitir en él á los extraños*, nos la repite contínuamente á los cristianos en su Evangelio, por la misma razon con que la repitió en otro tiempo á los judíos; es decir, no porque en realidad quiera echarnos del cielo, sino para que, amedrentados con sus amenazas, nos convirtamos á él, y dejemos de merecer el ser echados fuera. Confesemos nuestra justicia, nuestra indignidad y nuestra bajeza, y recogeremos el fruto de nuestra humildad. Hagamos penitencia de nuestros pecados, y á

nosotros tambien se nos dirá: *Sicut credidisti, fiat tibi;* nosotros tambien seremos sanados de nuestros vicios y de nuestras pasiones. Así sea.

CIEGO DE NACIMIENTO.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nativitate.

Al pasar vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento.

(*Joan.* IX, 1.)

De todos los hechos que han referido los historiadores sagrados, y de los que han cumplido los santos Evangelios, se puede decir, que ninguno hay en que se hayan dilatado en una relacion más circunstanciada y extensa, y que nos lo hayan representado con los rasgos y colores más vivos, que la curacion milagrosa de este Ciego de nacimiento, á quien el Salvador del mundo abrió los ojos, y en quien quiso hacer resplandecer su gloria. Parece que el evangelista, que nos lo refiere hoy, ha procurado con el mayor cuidado no omitir circunstancia alguna; y la pintura que nos representa, es tan natural y sensible, que creemos, al leer este milagro, que nosotros mismos estamos presentes allí, y que vemos todo lo que pasa. Yo no puedo, pues, amados oyentes mios, complacer mejor á vuestra piedad, que siguiendo palabra por palabra, en este discurso, todo el Evangelio de este dia, para sacar de él todas las saludables instrucciones que se presentarán, y que servirán de edificacion á vuestras almas. En toda la série de este Evangelio observo principalmente dos clases de personas, que se distinguen y señalan en él, y que deben con particularidad ocupar nuestra atencion. Nosotros los oiremos hablar; pero, en cuanto á lo demás, veremos que tiene lenguajes muy diferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con sentimientos muy opuestos.

Por una parte, es el Ciego mismo curado por Jesucristo, y bendiciendo en voz alta á su bienhechor; y, de otra parte, son los fariseos enemigos de Jesucristo, exasperados é irritados con una mortal envidia contra nuestro Salvador. Movido del más justo reconocimiento, y teniendo por una obligacion indispensable el confesar y publicar la verdad á gloria de este hombre Dios, que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan maravilloso, el Ciego reconoce de buena fe y declara con seguridad el beneficio que ha recibido; nombra al autor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias; y se haria él como un delito y como una monstruosa infidelidad, no solamente decir cosa que pudiera oscurecer este milagro, sino callar algo de todo lo que pudiera realzar su lustre. Ved como se explica un corazon recto; y por una regla, en un todo contraria, ved en el ejemplo de los fariseos como se dejan cegar los corazones preocupados, los corazones envenenados; y, en una palabra, que aun expresa mejor mi pensamiento, los corazones interesados. Pues segun los designios de aquellos falsos doctores de la ley, era interés suyo rebajar el mérito de las obras de Jesucristo y desacreditarle, porque él mismo con sus obras los desacreditaba; y por ésto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la persona del Ciego de nacimiento, no pueden jamás convenir en él y confesarlo; y aun del mismo tomaban ocasion para calumniar al hijo de Dios y tratarle como á pecador. Con ésto comprenderemos á primera vista, en qué ceguedad es capaz el interés propio de hacernos caer, y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como á los fariseos. Y despues aprenderemos y conoceremos por el testimonio del Ciego, á disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y á confundir la mentira con una confesion santa de la verdad. Para hacer que comprendais bien uno y otro, necesito de las gracias del cielo, las que pido por la intercesion de María. A. M.

1. El crédito y reputacion del Hijo de Dios incomodaba á los fariseos, y era contrario á sus intereses. No era necesario más para desacreditarle en su estimacion, y para hacerles creer de él todo lo que la aversion más violenta y el ódio más envenenado era capaz de sugerirles. En efecto; Jesucristo pasaba y era tenido por un profeta y por un hombre de Dios, y ellos estaban convencidos de que era un hombre pecador. Pero este hombre, se les replicaba, hace milagros, y es irreprensible en sus costumbres. No importa, respondian, es un pecador; y nosotros lo sabemos. Pero, ¿cómo lo saben? Porque querian que fuese así, y era interés suyo que se creyera de este mo-

nosotros tambien se nos dirá: *Sicut credidisti, fiat tibi;* nosotros tambien seremos sanados de nuestros vicios y de nuestras pasiones. Así sea.

CIEGO DE NACIMIENTO.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nativitate.

Al pasar vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento.

(*Joan.* IX, 1.)

De todos los hechos que han referido los historiadores sagrados, y de los que han cumplido los santos Evangelios, se puede decir, que ninguno hay en que se hayan dilatado en una relacion más circunstanciada y extensa, y que nos lo hayan representado con los rasgos y colores más vivos, que la curacion milagrosa de este Ciego de nacimiento, á quien el Salvador del mundo abrió los ojos, y en quien quiso hacer resplandecer su gloria. Parece que el evangelista, que nos lo refiere hoy, ha procurado con el mayor cuidado no omitir circunstancia alguna; y la pintura que nos representa, es tan natural y sensible, que creemos, al leer este milagro, que nosotros mismos estamos presentes allí, y que vemos todo lo que pasa. Yo no puedo, pues, amados oyentes mios, complacer mejor á vuestra piedad, que siguiendo palabra por palabra, en este discurso, todo el Evangelio de este dia, para sacar de él todas las saludables instrucciones que se presentarán, y que servirán de edificacion á vuestras almas. En toda la série de este Evangelio observo principalmente dos clases de personas, que se distinguen y señalan en él, y que deben con particularidad ocupar nuestra atencion. Nosotros los oiremos hablar; pero, en cuanto á lo demás, veremos que tiene lenguajes muy diferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con sentimientos muy opuestos.

Por una parte, es el Ciego mismo curado por Jesucristo, y bendiciendo en voz alta á su bienhechor; y, de otra parte, son los fariseos enemigos de Jesucristo, exasperados é irritados con una mortal envidia contra nuestro Salvador. Movido del más justo reconocimiento, y teniendo por una obligacion indispensable el confesar y publicar la verdad á gloria de este hombre Dios, que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan maravilloso, el Ciego reconoce de buena fe y declara con seguridad el beneficio que ha recibido; nombra al autor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias; y se haria él como un delito y como una monstruosa infidelidad, no solamente decir cosa que pudiera oscurecer este milagro, sino callar algo de todo lo que pudiera realzar su lustre. Ved como se explica un corazon recto; y por una regla, en un todo contraria, ved en el ejemplo de los fariseos como se dejan cegar los corazones preocupados, los corazones envenenados; y, en una palabra, que aun expresa mejor mi pensamiento, los corazones interesados. Pues segun los designios de aquellos falsos doctores de la ley, era interés suyo rebajar el mérito de las obras de Jesucristo y desacreditarle, porque él mismo con sus obras los desacreditaba; y por ésto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la persona del Ciego de nacimiento, no pueden jamás convenir en él y confesarlo; y aun del mismo tomaban ocasion para calumniar al hijo de Dios y tratarle como á pecador. Con ésto comprenderemos á primera vista, en qué ceguedad es capaz el interés propio de hacernos caer, y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como á los fariseos. Y despues aprenderemos y conoceremos por el testimonio del Ciego, á disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y á confundir la mentira con una confesion santa de la verdad. Para hacer que comprendais bien uno y otro, necesito de las gracias del cielo, las que pido por la intercesion de María. A. M.

1. El crédito y reputacion del Hijo de Dios incomodaba á los fariseos, y era contrario á sus intereses. No era necesario más para desacreditarle en su estimacion, y para hacerles creer de él todo lo que la aversion más violenta y el ódio más envenenado era capaz de sugerirles. En efecto; Jesucristo pasaba y era tenido por un profeta y por un hombre de Dios, y ellos estaban convencidos de que era un hombre pecador. Pero este hombre, se les replicaba, hace milagros, y es irreprensible en sus costumbres. No importa, respondian, es un pecador; y nosotros lo sabemos. Pero, ¿cómo lo saben? Porque querian que fuese así, y era interés suyo que se creyera de este mo-

do. Así era su interés la regla de su juicio, y lo que querian era únicamente lo que los persuadia.

¡Excelente idea es esta, hermanos mios, de la malignidad del espíritu del mundo! ¿Qué es, por lo comun, lo que nos ciega en nuestras opiniones y en nuestras preocupaciones contra el prójimo? Ya os lo he dicho; el interés que nos domina. Nosotros juzgamos de los hombres, no por el mérito que hay en ellos, sino por el interés que hay en nosotros; no segun el pié de lo que son, sino de lo que son para nosotros; y no segun las cualidades buenas ó malas que en sí tienen, sino segun el bien ó el mal que de ello nos resulta. De aquí nacen las injusticias enormes que cometemos contra su persona. De aquí las preocupaciones á favor de unos, los enojos y enfados caprichosos contra los otros, la crítica y censura odiosa de los sugetos más dignos, las alabanzas más excesivas de los sugetos más medianos, las preferencias inícuas de éstos, y las exclusiones de aquéllos. Nada es, oyentes, más verdad que esto; y ésto es lo que nuestra propia experiencia nos descubre todos los dias. Desde que un hombre se interesa por nosotros, ó nosotros nos interesemos en protegerle, nos figuramos por ésto, que aquél es hombre de mérito. Sin más título que éste, él es, en la extension de nuestra idea, propio para todo y capaz de todo. Al contrario sucede, si el interés nos separa de él; si nos creemos á nosotros mismos, él ya no sirve para nada, y nada puede. La pasion del interés nos lo pinta segun nosotros lo queremos; nos lo desfigura, nos lo disfraza, nos oculta los defectos que tiene, ó nos hace ver los que no tiene; nos disminuye sus perfecciones, ó nos las aumenta, y nos lo representa con tantos caracteres distintos, cuantos motivos diferentes hay en el interés que nos hace obrar.

Pero esta debilidad y corrupcion de la razon por el interés, aun parece mucho más en la oposicion de dos intereses contrarios. Porque, ¿qué no puede la enagenacion ó aversion de los espíritus y de las voluntades, para prevenirnos con los errores más visibles en perjuicio de un enemigo? ¿Y en qué disposicion no nos pone de no poderle ya hacer justicia, porque estamos determinados á desaprobarle en un todo y á condenarle? Él se ha conciliado nuestra desgracia, y esto basta. Siendo así, en vano hará milagros, pues sus milagros mismos haremos que parezcan odiosos; y en vano poseerá todas las virtudes, pues las virtudes más inocentes y sinceras toman en nuestra imaginacion el color y tintura de los vicios más vergonzosos. Por más que le alaben y elogien los demás, el interés, que nos preocupa, nos hace juzgar que todos los demás se engañan, y que nosotros solos lo conocemos. Ved, oyentes, repito, el carácter de todos los

espíritus ambiciosos; y este carácter está admirablemente expreso y manifiesto en los fariseos de nuestro Evangelio, que, aun estando tan corrompidos como estaban, no hablaban de sí mismos sino con las expresiones más honoríficas; y, aun siendo tan ilustrado y santificado como era el pobre que los contradecia, no tenian con él otra atencion que el desprecio. En su opinion, no era más que un miserable, porque no hablaba como ellos querian, y como era propio de su interés que hablase.

No, hermanos mios; no hay equidad cuando una vez prevalece el interés; y esto es tan constante, que todos los hombres que han nacido para la sociedad, y cuyo comercio estriba sobre la buena fe recíproca, ya no reconocen esta buena fe, y no se creen los unos á los otros, desde que perciben en los negocios que entre ellos tratan la menor mezcla de interés. Por más integridad que tenga un juez, si se halla interesado en una causa, se cree bien fundado el rehusarlo; no se cree hacerle agravio en apelar á otro juicio que el suyo. Por más irreprensible que, por otra parte, sea un testigo, si su interés está unido á su testimonio, este pasa por nulo. ¡Como si los hombres, de un comun acuerdo, se hubieran hecho á sí mismos la justicia de confesar, que cuando su interés está de por medio, no son ya capaces de guardar las reglas de la justicia! No es menester, pues, admirarse, de que los fariseos, teniendo un interés contrario á Jesucristo, se cieguen en cuanto á su persona; porque esta era una consecuencia natural; y hubiera sido un milagro si su ceguedad no hubiera sido efecto de aquel interés. Pero es menester admirarse, de que, siendo la persona de Jesucristo tan santa y tan perfecta como era, tuvieran interés los fariseos en serle contrarios. Esto es, amados oyentes mios, lo que los perdió. De la ceguedad de los fariseos, en cuanto á la persona del Salvador, pasemos á la que tuvo por objeto la accion particular de este hombre Dios, y el milagro que acababa de obrar. Pues en ella es donde se acaba de manifestar la malignidad del interés, y donde se descubre toda entera. Atended, hermanos mios: Jesucristo ha curado milagrosamente á un ciego de nacimiento, y este milagro es opuesto al interés de sus enemigos. ¿Qué hacen ellos? Aunque este milagro es tan grande y tan público, lo contestan y lo desaprueban. Obligados, al fin, á confesarlo, y á convenir en ello, niegan, á lo ménos, que Jesucristo haya sido su autor. Lo niegan, digo, sin razon, y contra toda apariencia de razon, porque tienen interés en negarlo. Si este milagro les acomodára, por más increible que les pareciese, lo creerian; pero porque los desconcierta, por más auténtico que sea, es en su idea un milagro supues-

to. Esta es la causa del gran cuidado con que lo examinan, usando no solo del rigor, sino de un modo lleno de malicia. Porque, ¿de qué artificios no se valen, y qué pesquisas é informaciones no hacen de él? Esta es la causa tambien de la determinacion en que estaban, de escuchar con alegría y complacencia todo lo que parecia ser favorable á su incredulidad, y á no tolerar, sino con disgusto, todo lo que la combatia y la convencia. Esta es la causa de aquel espíritu de censura, que los mueve á condenar lo que la evidencia de la cosa no les permite dudar. Esta es la causa de aquella regularidad falsa, que los hace usar de ardides y sutilezas sobre la circunstancia del dia; no queriendo que un enfermo pueda ser curado en sábado, ni que el sábado sea un dia de milagros. Esta es tambien la causa de aquel extremo á que les reduce la desesperacion, haciéndoles atribuir más bien al demonio lo que visiblemente es obra de Dios, que obligarlos, si reconocian que era obra de Dios, á dar el honor de ella á Jesucristo. Esta, finalmente, es la causa de la conducta y proceder violento que tenian con el Ciego mismo y sus padres, tratándolos con soberbia, é intimidándolos para cerrarles la boca y hacerles callar. Esto debe inspiraros horror contra el interés que, en medio del cristianismo, produce los mismos efectos, ó errores, no ya en lo que simplemente mira los milagros del Hijo de Dios, sino, generalmente, en los puntos más esenciales y más indisputables de la religion; en las obligaciones de conciencia más naturales y mejor establecidas; y lo que pareceria casi imposible, en los hechos más evidentes que tienen relacion con la justicia y caridad para con el prójimo. Confundámonos de que, siendo cristianos, como somos, nos haga en todo esto el interés más ciegos que lo fueron los fariseos. Digo, en los puntos más esenciales de la religion; porque, ¿cuál es la causa porque la licencia llega á dudar de todo, y á no convencerse ni moverse con nada? Y ¿por qué se forma secretamente sistemas de creencia, ó por mejor decir, de impiedad y de infidelidad, segun los cuales se vive, sino porque seria interés del libertino, que la religion se oscureciera y apagára, y que nada hubiese de verdadero, sino lo que le lisonjea y agrada? Nosotros no comprendemos algunas veces como los paganos podian ser tan groseros, que adorasen dioses infames, incestuosos y adúlteros; y S. Agustin nos asegura, que él lo comprendia perfectamente; y es la razon, dice, porque ellos estaban interesados en tener dioses como éstos.

Digo, sobre las obligaciones de conciencia más importantes y mejor establecidas; porque ¿cómo y por dónde se forman todos los dias tantas conciencias erróneas? Por el interés. Pero poned á cualquier

hombre, en el caso de decidir en un negocio, de resolver una cuestion, un punto de conciencia, y ocultadle el interés que puede en ello tener: por poco versado que esté en estas materias, os dará la decision más equitativa y más justa; os convencerá con razones las más sensibles y evidentes; os prescribirá las reglas más rectas y aun más estrechas; os responderá á todas vuestras dificultades; y os pondrá á la vista la verdad con toda su evidencia. Pero corred al mismo tiempo el velo, y descubridle en este mismo negocio, en este mismo punto de conciencia, y en esta misma decision, algun interés particular que á él le pertenezca, y vereis como entónces los objetos empezarán á mudar de semblante, y le parecerán de distinto modo que poco antes los habia considerado. Es menester, pues, amados oyentes mios, si quereis ser hijos de la luz, que renuncieis á este interés, que nos impide conocer á Dios, que nos quita el conocimiento de nosotros mismos, que nos hace incapaces del discernimiento tan necesario del bien y del mal, que nos oculta la corrupcion de nuestros deseos, que nos desfigura nuestras intenciones, que nos hace ignorar nuestras obligaciones, y que, con la conducta de nuestra vida, nos echa en abismos de oscuridad más deplorables y funestos que los del infierno.

2. A la fe corresponde confundir con sus luces la ceguedad voluntaria de los hombres; y á ella pertenece oponer el celo de su confesion al falso celo del interés, con que los espíritus mundanos se preocupan para resistir á la verdad. *Credimus*, decia el grande Apóstol, *propter quod et loquimur*. II. Cor. iv, 13. Nosotros creemos, y por esto hablamos, á fin de que por el testimonio de nuestra boca, conforme con la persuasion interior de nuestro espíritu, la misma infidelidad se vea obligada á rendirse. Esta es, amados oyentes mios, la regla que ha seguido el Ciego de nuestro Evangelio, para honrar el duplicado milagro hecho en su persona, esto es, el milagro de su cura, y el de su conversion. Él creyó, y habló. Creyó en Jesucristo, y confesó á Jesucristo. Y yo digo, que el celo que él manifestó en esta confesion, ha tenido cuatro cualidades admirables para confundir la ceguedad de los fariseos. Porque él ha sido sincero para confundir todos los artificios de su duplicidad; ha sido generoso para confundir el orgullo de su autoridad aparente; ha sido convincente para confundir la poca solidez de su ciencia vana, ó, por mejor decir, de su ignorancia; y ha sido constante para confundir la dureza de su obstinacion. Atended á ésto, y en la exposicion sucinta, que voy á haceros de la victoria y triunfo de nuestra fe, aprendereis lo que ella debe hacer en vosotros, y lo que con ella debeis vosotros hacer.

El Ciego curado por el Hijo de Dios, fué sincero hasta el extremo de ingenuidad y sencillez en el testimonio que dió del milagro, de que él mismo acababa de ser el sugeto; y esto fué lo que puso á los fariseos confusos. Porque, por más que le preguntaban y repreguntaban, procurando sorprenderle en sus palabras, él persistió siempre en sostener lo que ellos no querian escuchar; y con la sencillez de su deposicion, hizo inútiles todas las astucias de que su espíritu doble y artificioso se valia para oscurecer la gloria del Salvador. Sí, les declaró muchas veces; yo soy aquel ciego de nacimiento, que habeis visto mendigar en la plaza pública. Yo os lo he dicho, y lo repito: aquel hombre á quien llamais Jesús, es el que ha obrado conmigo esta maravilla; y pues que es necesario instruiros en esto plenamente, ved el modo y circunstancias con que lo ha ejecutado. Él formó un poquito de lodo, me lo aplicó sobre los ojos, me mandó que fuese á la piscina de Siloé, y que me lavase allí. Yo obedecí su mandato, y ved aquí el efecto.—Pero ese hombre es un pecador.—Si es pecador, como decís, lo ignoro; todo lo que yo sé, es, que siendo ciego, como yo era, ya no lo soy. Este testimonio, repito, ponia á los fariseos en tanta mayor confusion, cuanto era más simple é ingénuo. Porque ¿qué podia hacer contra una sinceridad semejante la astucia ni la sagacidad más falaz?

Ved, cristiano auditorio, lo que aun confunde en el dia la ceguedad de algunos licenciosos del mundo, que, en el discurso de su vida desarreglada, han llegado á renunciar á su fe. Ved lo que los desespera: la referencia de algunos milagros, que aun humanamente deben ser creidos, y que la prudencia más sagaz, más desconfiada y ménos crédula, está obligada á reconocer: la deposicion de un hombre, no solamente sin tacha y digno de creencia, sino aun digno de respeto, que dice: yo he visto ésto, á mí me ha sucedido la cosa, y yo hablo en ello por propia experiencia. Pretender que todos los que han tenido siempre este mismo lenguaje, hayan sido impostores y visionarios, y que porque haya habido algunos, ó aun muchos de éstos, sea necesario juzgar así de todos los demás, y que sin exámen ni discernimiento no hay más que dar por falsos todos estos testimonios, es un camino muy corto para mantener la impiedad y la irreligion; pero aun mucho más para autorizar la extravagancia y temeridad.

Pero pasemos más adelante. Si el Ciego de nuestro Evangelio fué sincero en su testimonio á favor de Jesucristo, no fué ménos generoso. Porque él no tuvo para con los fariseos aquellos viles y bajos miramientos, que infaliblemente hubiera tenido, si hubiera consultado la prudencia humana. Él no se hizo esclavo de aquella autoridad imperiosa, que se apropiaban y atribuian entre el pueblo, y que impedia á la mayor parte de los judíos declararse por el verdadero Mesías. Él no examinó si su proceder podia ofenderlos y disgustarlos; y aun sabiendo bien que se ofenderian, no creyó por esto que debia hablar con ménos libertad. Pues conociéndose deudor á Jesucristo de una gracia y beneficio tan singular como el que habia recibido, á nada atendió, y todo lo despreció para publicar su gloria; y el escándalo mismo de los judíos fué un motivo que tuvo, para no atender á sus personas ni á lo que querian. Sus padres, y aquellos de quienes era pariente, no se portaron de este modo. Como querian conservarse, respetaron la sinagoga; y por una política vana, disimularon la obligacion que tenian al Salvador del mundo, por no granjearse el odio del pueblo. Nosotros confesamos, dijeron, que ese es nuestro hijo, y que ha nacido ciego; pero cómo él ve ahora, y quién es el que le ha dado la vista, lo ignoramos: preguntadle, que él mismo puede responder muy bien. El temor era, añade el evangelista, el que les hacia hablar de este modo: *Hæc dixerunt parentes ejus, quoniam timebant.* Joann. ix, 22. Pero respecto del Ciego santificado é ilustrado con la luz de la gracia, no es este temor capaz de debilitar su celo. Su boca habla de la plenitud de su corazon. Los fariseos le preguntan, amenazándole, quién es, al fin, aquel hombre que le ha abierto los ojos; y él con una santa libertad protesta, que á lo ménos debe ser un profeta y un hombre de Dios: *Quia propheta est.* Joann. ix, 27. Ellos se escandalizan de este elogio; y él sostiene y les asegura, que este elogio se debe justamente á Jesucristo. Esta generosidad humilló aquellos espíritus soberbios, acostumbrados á dominar, y á que jamás les contradijesen en sus más grandes errores; y condena mucho más la cobardía y debilidad de un millon de cristianos, que, persuadidos de la verdad, son, no obstante, cobardes y tímidos, cuando se trata de sostenerla. Este es, confesémoslo aquí para vergüenza nuestra, este es el desórden de la cristiandad. A todo el mundo se quiere agradar; á nadie se quiere disgustar; y aunque se trate de los intereses de Dios, de la religion y de la piedad, se hace un particular interés de su poco celo; no se habla sino á medias, se guardan consideraciones, y se atienden las personas. Entretanto, el vicio se autoriza, el abuso y desarreglo pasa á ser uso y costumbre. Si hubiera un espíritu generoso y determinado á despreciar todo lo que se llama respeto humano, nada de todo lo dicho le haria fuerza.

A más de que el testimonio del Ciego fué síncero y generoso, yo

añado: que fué un testimonio convincente. Porque admirad, hermanos mios, el poder y virtud de la fe, cuando Dios quiere hacer que ella obre, aun en el sugeto más débil. Aun siendo tan ignorante como era el Ciego, él refuta á los fariseos con sus propios principios; y de las cosas mismas que profieren para justificar su incredulidad, saca otras tantas pruebas para convencerlos. Nosotros sabemos, decian los fariseos, que Dios ha hablado á Moisés; pero de ese hombre, á quien llamais Jesús, ni aun sabemos de dónde es: *Hunc autem nescimus unde sit.* Joan. ix, 29. ¡Ah! replica el pobre, animado y lleno del espíritu de Dios, lo que hay más digno de admiracion es, que no sepais de dónde él sea, y que, no obstante, sea él el que me ha abierto los ojos: como diciéndoles en ésto, que este milagro de Jesucristo hablaba muy altamente en favor suyo; como reprendiéndoles, que si no le reconocian por estas señales, no tenian conocimiento alguno de las cosas de Dios; y como obligándolos á confesar, que despues de un prodigio tan visible como éste, no podia ya su ignorancia ser sino voluntaria y afectada. Y en efecto, el argumento era sin réplica; y se podia dudar cuál de los dos milagros era más maravilloso, ó el del poder del Hijo de Dios, que habia abierto los ojos á un ciego de nacimiento, ó el de la dureza y obstinacion de los fariseos, que no querian abrirlos á una verdad tan clara. Ellos se obstinaban en decir, que Jesucristo era un pecador. Pero en esto, replica el Ciego, se vé, que vosotros estais entregados al sentido réprobo. Porque sabemos muy bien, que Dios no oye á los pecadores, principalmente cuando éstos le piden milagros en confirmacion de un error, porque se seguiria entónces, que Dios autorizase la mentira. Este hombre, pues, que se llama Jesús, ha sido oido, como lo veis, para hacer este milagro en mi persona, y él no lo ha hecho sino para confirmar que él mismo era el enviado de Dios. Luego, es preciso que verdaderamente él lo sea, ó que Dios sea fiador de la más culpable y más grosera impostura. ¿Qué cosa más convincente y fuerte podia haber dicho un hombre consumado en el estudio de la religion, y que podia oponer á esto toda la sinagoga?

En fin, el Ciego fué constante en su testimonio. No fué una vez sola la que los fariseos le preguntaron, le estrecharon y le amenazaron. Ellos hicieron cuanto habia que hacer para forzarle á que se diese á partido, y para hacerle mudar de lenguaje. Pero tanta obstinacion como manifestaron ellos en su incredulidad, tanta firmeza y constancia tuvo él en glorificar á su bienhechor y en confesar la verdad. Desesperados de vencerle aquellos doctores, y enojados é irritados contra él, le arrojan de la sinagoga con ignominia: *Et ejecerunt*

eum foras. Joan. ix, 34. Pero él todo lo sufre, y está determinado á padecer y tolerar cuanto hay, antes que desconocer y ser ingrato al que debia su curacion, y antes que faltarle á la fidelidad. Pero, ¿qué digo yo? A este primer testimonio, añade otro más sublime y más santo. Él conocia bien la virtud milagrosa de aquel hombre Dios, que le habia sanado; pero no sabia sino imperfectamente quien era. Era, pues, necesario, que el Hijo de Dios, por un último esfuerzo de su poder y de su misericordia, le iluminase los ojos del alma, despues de haberle iluminado los del cuerpo; y esto fué lo que hizo en una segunda conversacion que tuvo con este pobre. A la primera palabra de Jesucristo, que le instruye de su mision, y que le descubre su divinidad, este nuevo cristiano no delibera, no discurre, ni tampoco lo difiere. ¡Con qué prontitud abraza la ley santa que se le ha anunciado! ¡Con qué sumision cree los altos misterios que se le han revelado, en el instante mismo que se le revelan! Yo creo, Señor, exclama. Todas las calumnias de los fariseos contra Jesucristo, todos sus discursos, todos sus malos tratamientos no le han podido atemorizar ni espantar; y más inviolablemente que hasta entónces, unido á la persona del Salvador, que le manifiesta sus perfecciones divinas, se postra á sus piés y le adora como á su Dios.

Si él no hubiera tenido más firmeza que nosotros, bien pronto hubiera desmentido, por un indigno silencio, lo que acababa de afirmar por una confesion justa. Imitemos, hermanos mios, imitemos la sinceridad, la generosidad, la constancia y firmeza de este generoso confesor de la fe. No nos dejemos nunca cegar por el interés. El Hijo de Dios, que condenó á los fariseos, de quienes habla hoy el Evangelio, nos condenaria tambien á nosotros, si nos hiciésemos culpables de su desórden. Opongamos siempre á las tinieblas del error las luces de la fe; confundamos la mentira, como el Ciego del Evangelio, con una confesion santa de la verdad, para que nuestro divino Redentor derrame cada vez con más abundancia sus dones sobre nosotros, hasta que tengamos la dicha de disfrutar de su misma felicidad en la eternidad bienaventurada, que os deseo.

CIEGOS VOLUNTARIOS.

(SU INFELIZ ESTADO.)

Cœcus quidam sedebat secus viam.

Estaba un ciego sentado á la orilla del camino.

(*Luc.* XVIII, 35.)

Un pobre ciego nos propone hoy el santo Evangelio, y, en su ceguedad, nos recuerda una de las mayores miserias del hombre, porque, realmente, ¿qué mayor miseria, que haber de vivir en una oscura y perpétua noche? ¿Qué gozo puedo tener, decia el ciego Tobías, cuando me hallo cubierto de tinieblas, que no me dejan ver la luz del cielo? Con ser tan grande la miseria de la ceguedad corporal, es tanto mayor la de la ceguedad espiritual, cuanto va del cuerpo al alma, y del sentido de los ojos al entendimiento. Esta lastimosa miseria nos dejó, entre otras, por herencia, nuestro primer padre. Habia Dios ilustrado su alma con la luz necesaria para contemplar á su Criador, conocer el alto fin á que le habia destinado, y los medios que debia practicar para conseguirlo; habia infundido en su entendimiento las ciencias que más le convenian para el recto gobierno de sí mismo y de los hijos; pero desvanecido su corazon con las sugestiones malignas de la serpiente infernal y de la propia mujer, no se contentó con la ciencia que Dios le habia dado, sino que aspiró soberbio á la ciencia propia del mismo Dios. En justa pena de su soberbia, quedó su entendimiento, en gran parte, oscurecido; y toda la naturaleza humana, inficionada con la culpa de su cabeza, quedó envuelta en las tinieblas de una profunda ignorancia.

¡Qué ignorancia más profunda, que la de los descendientes de Adan al entrar en este mundo! Si contemplamos á un niño en los primeros pasos de su vida, nos parecerá más un tronco que un hombre: prueba manifiesta de un gran pecado, que inficionando toda la

naturaleza, dejó abatida la parte más noble del hombre; y ciertamente no seria conforme á las disposiciones suaves de la divina Providencia, que sin haber precedido un gran pecado, el hombre, obra la más excelente de sus manos, en quien imprimió el sello de su imágen, y á cuyo imperio sujetó todos los vivientes, viniese al mundo más incapaz y rudo que los mismos animales, criados para prestarle vasallaje.

Las tinieblas profundísimas de la ignorancia con que nacemos todos los hijos de Adan, se van disipando con la edad, al paso que va creciendo el uso de la razon. Á esta luz natural se nos añade, por especial beneficio, la de la fe, que nos muestra la bienaventuranza eterna para la cual somos criados, los medios necesarios para conseguir tan dichoso fin; las verdades más sublimes, más importantes, más dignas del conocimiento humano. ¡Feliz el hombre, si sabe aprovecharse de estas luces! Pero mal avenido con su verdadera dicha, en vez de contemplarlas atentamente, y seguirlas con todo su afecto, cierra muchas veces los ojos para no verlas: así, el que fué ciego por naturaleza, se hace ciego por voluntad, ó por antojo. Veis aquí, amados oyentes, la ceguedad más funesta, la más deplorable miseria de los hijos de Adan, que quiero exponer hoy á vuestra consideracion, para excitar en vuestros corazones todo el horror que merece. Será, pues, todo el objeto de mi discurso, el infeliz estado de los que se han hecho voluntariamente ciegos. Pidamos la divina asistencia, por intercesion de la Vírgen María. A. M.

1. Aquellos infelices libertinos, que, segun los pinta el libro de la Sabiduría, pasaron su vida procurando en todo satisfacer sus apetitos, luego que llegaron al término fatal de su carrera, desengañados con el escarmiento, confesaron abiertamente, que habian errado el camino de la verdadera dicha; pero poseidos aun del antiguo espíritu de soberbia, ya que no podian disimular su gravísimo error, quisieron disculparlo con la falta de luz. Fué tanta, decian, nuestra desgracia, que para nosotros no amaneció la luz de la razon, que pudiera librarnos de los peligros del mundo y guiarnos por el camino seguro de la verdadera felicidad: *Justitiæ lumen non illuxit nobis, et sol intelligentiæ non ortus est nobis.* SAP. V, 6. ¡Miserable disculpa! La luz de la razon es como la del sol, que para todos nace y á todos alumbra, si no apartan los ojos de su resplandor. La divina Sabiduría, fuente inagotable de luz, alumbra á todos los hombres que vienen al mundo. En el interior del hombre ha encendido el Criador una antorcha resplandeciente, que siempre arde: tal vez, dice Ter-

tuliano, puede nuestra malicia ofuscarla; pero, apagarla, no puede. Ella nos muestra la verdad, nos descubre los engaños, nos declara lo que es bueno y lo que es malo, lo que debemos hacer ó evitar para ser verdaderamente felices. Pero aquellos desdichados, como todos sus imitadores, cerraron los ojos para no ver lo que les manifestaba con bastante claridad; amaron más las tinieblas que la luz; les era dulce su error; el mismo engaño, que debian abominar, les era muy agradable, porque favorecia sus perversas inclinaciones. Estas fueron las que cegaron su entendimiento, para que no pudieran ver lo que más les importaba: erraron realmente, dice el Sabio, porque los cegó su propia malicia: *Hæc cogitaverunt et erraverunt; excæcavit enim illos malitia eorum.* Sap. ii, 21.

La luz del Evangelio, con ser clarísima, de nada sirve á los que temerariamente quieren perderse, porque el dios de este mundo ha cegado sus entendimientos y corazones; de modo, que no puedan verla. ¿Sabeis, oyentes carísimos; quien es el dios de este mundo, que así ciega el entendimiento humano? Es el objeto de los apetitos desordenados, las honras mundanas, las riquezas terrenas; las pompas y vanidades, los placeres y deleites carnales: estos son los dioses de este mundo, estos los ídolos que el mundo adora, y á quienes los mundanos consagran sus deseos, sus cuidados y sus corazones; estos los que arrastran el afecto y excitan las vehementes pasiones con que se ciega el entendimiento, para que no vea el hombre la luz de la verdad, que pudiera dirigir sus pasos por el camino seguro de la dicha eterna.

Un hombre, dominado de una pasion, es como un caballo desbocado, que, arrojando el jinete que le guiaba, corre sin tino y sin freno por donde le lleva su ciego furor: no ve los embarazos de su carrera, por grandes que sean; no repara donde pone los piés; no advierte los peligros y derrumbaderos; anda y corre tan ciego, que se vé precipitado antes que haya visto el precipicio. Tal es la furia del hombre, arrastrado de una pasion vehemente: ya no se deja guiar por la razon; ya no atiende á consejos, avisos, desengaños, ni á las más graves leyes; ya no repara en el dispendio de su familia, de su salud ni de su propio decoro; ya no vé los peligros y precipicios que le rodean; ya no se acuerda de su alma, ni del mismo Dios: en fin, ya no hacen impresion en su pecho las voces de gloria, infierno, eternidad: así, á ojos cerrados, corre furioso y se precipita en el profundo abismo de su eterna miseria; cumpliéndose á la letra la sentencia de Salomon, Prov. iv, 16, que semejantes hombres andan á

oscuras, sin ver ni el camino por donde pasan, ni el término á donde han de parar.

Con ser David tan sábio y tan ilustrado, una vez que se dejó dominar de una pasion, de tal suerte se oscureció su entendimiento, que, segun confiesa él mismo, absolutamente no veia, como si hubiera cegado: *Comprehenderunt me iniquitates meæ, et non potui ut viderem.* Salm. xxxix, 13. En efecto; despues que se encendió en el pecho de aquel gran monarca la torpe llama del amor de Betsabé, preguntadle: ¿si se acuerda de la divina ley, que antes meditaba dia y noche; de los divinos beneficios, que tenia tan altamente grabados en su corazon; del severísimo juicio de Dios, que solia traerle siempre desvelado, y siempre temeroso? Preguntadle: ¿si tiene presente su honor, su alto carácter, la mancha feísima que va á poner en su real púrpura? ¿Si considera los gravísimos daños á que expondrá, no solo su persona, sino todo el reino, con una série de acciones injustas, indecentes, abominables, que, al cabo, se han de publicar; y cuando pueda con toda su arte ocultarlas al mundo, serán patentes á los ojos de Dios, y pedirán justicia en su divino tribunal, que él mismo suele ponderar severísimo? ¿Si advierte las injurias atroces, que hace al vasallo más fiel, al más noble capitan de su ejército, que nada respira sino amor y servicio de su rey? En nada de esto piensa, nada le ocurre, nada vé, porque el furor de su pasion le ha cerrado los ojos.

Tanta fué la ceguedad interior de un David, y tanta es, amados oyentes, la de todos los que se dejan dominar, como él, de una pasion vehemente. Herederos de la miseria de nuestros primeros padres, los imitan, con especialidad, en este punto. Moisés nos dice, que Adan y Eva, despues de haber pecado, abrieron los ojos: *Aperti sunt oculi Amborum.* Gen. iii, 7. ¿Luego los tuvieron cerrados para pecar? Sí; su soberbia les habia cerrado los ojos, para que no vieran lo mucho que debian al Criador; la gravísima ofensa que le hacian, quebrantando su expreso precepto; las penas á que se exponian con su inobediencia; y, ciertamente, solo con esta ceguedad podian arrojarse á tan enorme atentado. Abrieron los ojos: pero ¿cuándo? cuando se los hizo abrir el escarmiento; cuando su gran miseria los hizo cuerdos. ¡Oh, cuánto mejor les hubiera sido abrirlos antes, para ver y considerar atentamente lo que tanto les importaba! Pero, en fin, no fué poca dicha que los abrieran despues, para ver y llorar amargamente su desgracia.

Más larga suele ser la ceguedad de sus hijos. Las pasiones, que llegan á cegarlos, para que se precipiten al abismo de la maldad, sue-

len tenerlos despues igualmente ciegos, para que no vean el infeliz estado en que se hallan: así, en vez de llorar su miseria, viven en ella tan contentos y alegres como si se hallasen en el estado más feliz: semejantes á los que deliran alegremente, los cuales con mucho gozo celebran su buena suerte, cuando se hallan más postrados de una enfermedad mortal. ¡Ah! si alguna vez abrieran los ojos para ver el triste estado á que se hallan reducidos esos miserables apasionados, ¡cómo se trocaria su inmodesta risa en llanto, y su afectado gozo en la mayor amargura! Aquel jóven disoluto, que vive tan contento, porque goza todos los placeres del mundo, sin negar á sus apetitos y sentidos nada de lo que desean; veria, que su libertinaje le ha hecho vil esclavo de sus pasiones; que con ellas disipa, cual otro Hijo pródigo, su patrimonio, pierde su fama, gasta la salud, abrevia su vida, se acarrea mil disgustos; y léjos de adquirirse la estimacion universal, que su vanidad anhela, es la fábula y el oprobio, no solo de los más juiciosos, sino aún de sus mismos compañeros, que si bien le alaban exteriormente por adulacion, ó por su interés, le abominan en su interior. Aquella mujer vana, que tanto se complace con el contínuo trato de sus locos amantes, con el aplauso de sus trajes profanos, con los viles inciensos que le tributan los que son tan ciegos como ella; si abriera los ojos, veria grabada en su frente la más vergonzosa ignominia; veria, que su nombre y su honra anda con vilipendio en la boca de todo el pueblo; veria, que verdaderamente no es más que un ídolo, tan lleno de vanidad, como destituido de sustancia; y que los mismos inciensos, que tan vanamente recibe, hacen patente al mundo su liviandad. ¿Qué miserias, qué vileza, qué abominables brutalidades no verian, si fueran capaces de verse á sí mismos, el usurero, el jugador, el iracundo, el entregado á los excesos de la gula y del vino? En fin, todos los que están dominados de sus pasiones, verian, que arrastran las pesadas cadenas de una vilísima esclavitud, bajo el duro imperio de Satanás y de sus propios apetitos; que se hallan privados del mayor bien, que es la gracia y amistad del Señor; desterrados de su reino y de la patria celestial; destinados, segun su mérito, á los tormentos eternos: verian levantada sobre su cabeza la espada de la divina justicia, para castigar su obstinada maldad, abierto el infierno para tragarlos; y que para su eterna infelicidad no les falta más que un paso, y éste tan fácil y contingente, cuanto es endeble el hilo de la vida que los mantiene. ¿Cuál seria su confusion, cuánto el horror de sí mismos, si llegasen á verse con tanta miseria?

Pero no se ven, no se conocen; y esta es la miseria mayor, que los hace más dignos de lástima.

2. Su ceguedad se me figura como la del rey Nabucodonosor, cuando, por justo castigo de Dios, privado de su trono, de su palacio, de su corte, y de todo trato humano, fué arrojado al lugar de las fieras, para vivir con ellas y como ellas; verificándose con toda propiedad en aquel monarca infeliz la sentencia del Salmista: que *de la más alta cumbre del honor cayó á la vileza del irracional más torpe.* Salm. xlviii, 13. ¿Qué mayor miseria, no digo para un monarca, más aun para el plebeyo más humilde, que vivir entre brutos, con el mismo pasto, con el mismo vestido, con los mismos movimientos, y, por decirlo en una palabra, con todas las demostraciones de un bruto? Así vivió siete años Nabucodonosor, sin que sepamos por la sagrada Historia, que su tristísima suerte le causase horror, ni le hiciera la más leve impresion en tanto tiempo; solo al cabo de siete años empezó á lamentarse de su miserable estado, é implorar la divina misericordia, porque solo entónces recobró el conocimiento con que pudo verse á sí mismo y conocer su infelicidad: *Sensus meus radditus est mihi.* Dan. iv, 31. Esta era la mayor miseria de aquel rey, no ver ni conocer su asombroso abatimiento; vivir en él tan satisfecho como si estuviera en su trono, gozando todos los placeres, los obsequios, los honores de su soberanía.

Y veis aquí, amados oyentes, la suma miseria de los pacadores endurecidos con la fuerza de sus pasiones: despues de haber cerrado los ojos para precipitarse ciegos y furiosos á un abismo de males, los tienen más cerrados para no ver su infelicidad. Por esto, léjos de llorarla como deben, y de procurar con todo su conato salir de ella, muestran tanto placer y viven tan satisfechos, como si se hallasen en la region propia de la dicha. ¡Oh ciegos infelicísimos! ¡Oh ciegos, tanto más miserables, cuanto ménos podeis ver y conocer vuestra miseria! ¡Oh ceguedad verdaderamente lastimosa! ¡Oh severo castigo de Dios, tan justo como terrible! Ingratos á los divinos beneficios, despreciasteis las luces del cielo, que os guiaban por el verdadero camino de vuestra dicha. La divina misericordia, ya con ilustraciones interiores, ya con sérios avisos de sus fieles ministros, os ha hecho ver muchas veces la fuerza de vuestras pasiones, que os arrastraban, la fealdad de los vicios, de que os dejabais dominar, los peligros gravísimos en que se hallaban vuestras almas; pero más amantes vosotros de las tinieblas que de la luz, apartasteis los ojos de las luces celestiales, que os conducian á la felicidad eterna, para gozar con más libertad, ó con más desenfreno, los bienes terrenos y los gustos momentáneos

que halagan vuestros apetitos. En pena, pues, de vuestra ingratitud, justísimamente permite ahora el Señor esa ceguedad horrenda, que os tiene como sumergidos en las más profundas tinieblas, sin veros á vosotros mismos, ni el estado infelicísimo en que os hallais. ¡Oh, si por un momento se os abrieran los ojos del alma, que pudieron cerrar la fuerza de vuestras pasiones y la dureza de vuestro corazon, cuán otras serian vuestras demostraciones! ¡Cuán distintos vuestros afectos! ¡Cómo se mudaria vuestra risa inmodesta en amargo llanto, vuestra vana satisfaccion en susto y horror! Experimentariais igual asombro, y aun mayor, que el que experimentó la tropa de Siria, cuando, á ruegos del profeta Eliseo, le abrió Dios los ojos, que, por justo castigo, les tenia cerrados, para que no viesen dónde se hallaban, ni á dónde iban. IV. Reg. 6. Habiendo andado aquellos soldados algun tiempo así descaminados, alejándose de sus tierras y de su ejército, cuando pensaban acercarse más; llegaron, finalmente, á Samaria, país propio de sus enemigos, y se hallaron rodeados de todo el ejército contrario. Para su desengaño y escarmiento, ruega el profeta Eliseo á Dios que les abra los ojos; ábreselos el Señor, efectivamente, y ven luego y tocan por sí mismos su fatal error. ¿Quién será capaz de ponderar el asombro, el horror, las mortales congojas de aquellas gentes, al verse de improviso en un país y estado tan distinto del que se imaginaban? En vez de paisanos y fieles compañeros, con quienes pensaban estar, se ven cercados por todas partes de un formidable ejército, con quien estaban en guerra; en vez de la seguridad y defensa de que se lisonjeaban, ven sobre sus cabezas las espadas de sus mayores contrarios, que iban á descargar sobre ellos el golpe fatal: en fin, cuando se imaginaban léjos de todo peligro, ven sus vidas expuestas á ser por instantes funestas víctimas del furor de sus fieros enemigos, que tenian justamente irritados; y, efectivamente, hubieran perecido luego, si la compasion caritativa del santo profeta no hubiera excitado la del rey de Israel y de su tropa. ¡Oh, si los ciegos, de quienes hablo, lograsen el beneficio de que se les abrieran, siquiera por algun instante, los ojos del alma, como se abrieron á aquéllos los del cuerpo, ¡con cuánta más razon quedarian sorprendidos de asombro y de horror, al ver su estado tan distinto de lo que imaginan; al verse, digo, en la más deplorable miseria, cuando se tienen por los más felices de este mundo! ¡Cómo llorarian, á no ser insensatos, su suerte, que acaso celebran por la más dichosa!

Si en algun tiempo se padece tan deplorable ceguedad, sin duda es en estos dias, en que reina con tal despotismo el príncipe de las

tinieblas, que parece hallarse cubierta de ellas la tierra, como en otro tiempo se cubrió tres dias la region infeliz de Egipto: Exod. x, 22; en estos dias, tan tristes para los que conservan verdaderos sentimientos de cristiana piedad, como plausibles para los amantes de la relajacion; en estos dias, en que anda el mundo tan revuelto y confuso, que apénas se distingue el pueblo cristiano del gentil; en estos dias, en que se manifiesta el libertinaje tan triunfante y orgulloso, que gime como amedrentada y oprimida la verdadera piedad, y no se atreve á parecer en público la modestia. Cuando debieran estos dias, por ser inmediatos á la santa cuaresma, inspirarnos especial recogimiento y devocion, es tanta, no sé si diga la ceguedad, ó la locura de muchos cristianos, que se disponen para el sagrado retiro con la más desenfrenada libertad; para la mortificacion y penitencia con una destemplanza brutal; para la santificacion de sus almas con una disolucion escandalosa. ¡Oh, quién me diera el celo y la elocuencia del gran Basilio, Hom. ii, de jejun. n. 7, para declamar con toda su energía contra semejante desórden! ¿Así quereis entrar al santuario para purificar vuestras almas, profanándolas con tanta torpeza en los umbrales? ¿Así os preparais para los ejercicios de la cristiana virtud, abandonándoos á los más brutales vicios? ¿Qué tiene que ver el vicio con la virtud, las profanidades con la santificacion, la disolucion con el sagrado retiro?

Bien sé, oyentes carísimos, que la disolucion escandalosa de estos dias no es general: sé, que durante el tiempo de tan horrorosas tinieblas no faltan siervos de Dios, que contemplan y gozan la luz del cielo en el santo retiro, en el templo del Señor, en devotos ejercicios. ¡Dichosas almas! verdaderamente dignas de la Religion que han profesado; de las cuales podemos decir, con especial elogio, lo que con tanta admiracion se dice de los israelitas en el libro de la Sabiduría: que *gozan por singular dicha la luz más clara, cuando se hallan los mundanos como sumergidos en las profundas tinieblas de una noche oscurísima*. Sap. xvii, 20, 18, 1. ¡Qué consuelo para mi paterno afecto! Pero cuanto me consuela el cristiano recogimiento de aquellas almas devotas, tanto me aflige la relajacion y desenfreno de otras, que andan ciegas, furiosas, olvidadas de su santa Religion y de sí mismas, arrastradas del impetuoso torrente de la mundana disolucion.

Clamemos, amados oyentes, clamemos al Señor con las palabras del profeta Eliseo, implorando su infinita misericordia, para que, con la poderosa fuerza de sus auxilios, abra los ojos de los ciegos amantes del mundo; de los que, siguiendo á ojos cerrados las máximas

mundanas, se precipitan furiosos á un abismo de males: *Domine, aperi oculos istorum ut videant.* IV. Reg. vi, 20. Vos, oh Señor, que iluminais á todos los que acuden á vuestra divina clemencia, y suspiran por la verdadera luz que necesitan; vos, que por especial beneficio, sacando del medio de las turbas al pobre ciego, de quien nos habla el santo Evangelio, y poniéndole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas, y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacad, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacad de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercadlos á vos, fuente perenne de luz para iluminarles; concededles la vista y la luz que necesitan para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles mios carísimos, vosotros los que, por especial favor del cielo, no habeis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que teneis aun los ojos abiertos, considerad bien su miseria y escarmentad con ella: mirad con asombro ese confuso bullicio que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirad con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirad con horror y huid con todo vuestro conato esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caida puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, oh cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra Madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y, con su observancia, preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo;

solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia, y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

Véase: CEGUEDAD ESPIRITUAL.

CIELO

(VISION DE DIOS EN EL).

Videmus nunc per speculum et in ænigmate, tunc autem facie ad faciem.

Al presente vemos á Dios como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; entónces le veremos cara á cara.

(I. *Cor.* xiii, 12.)

Queriendo Jesucristo dar á sus amados discípulos una idea de la belleza del paraíso, para animarlos á trabajar por la gloria divina, se transfiguró en presencia de ellos, y les hizo ver la belleza de su semblante. San Pedro, entónces, al sentir una alegría y una dulzura tan inexplicable, exclamó: Señor, detengámonos en este sitio, no nos vayamos de aquí; porque vuestra sola vista me consuela más que todas las delicias de la tierra. Si tan feliz se creia san Pedro viendo á Jesús transfigurado, ¿qué felices serán los santos, que en el cielo ven á Dios cara á cara? En el cielo, dice el evangelista S. Juan, cuando Dios se nos manifieste, nos haremos semejantes á él, porque le veremos cual en sí es: *Cum apparuerit, similes ei erimus, quia videbimus eum sicuti est.* I. Joan. iii. Y S. Pablo añade: Nosotros, contemplando en el cielo la gloria de Dios á cara descubierta, seremos transformados en él. II. Cor. 3. Así, segun estos dos sublimes apóstoles, Dios forma la felicidad de los santos, en cuanto ellos tienen la vision de Dios y la semejanza con Dios. No hay, pues, que separar-

mundanas, se precipitan furiosos á un abismo de males: *Domine, aperi oculos istorum ut videant.* IV. Reg. vi, 20. Vos, oh Señor, que iluminais á todos los que acuden á vuestra divina clemencia, y suspiran por la verdadera luz que necesitan; vos, que por especial beneficio, sacando del medio de las turbas al pobre ciego, de quien nos habla el santo Evangelio, y poniéndole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas, y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacad, os rogamos con el mayor encarecimiento, sacad de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercadlos á vos, fuente perenne de luz para iluminarles; concededles la vista y la luz que necesitan para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles mios carísimos, vosotros los que, por especial favor del cielo, no habeis incurrido en la ceguedad funestísima de aquellos miserables; ya que teneis aun los ojos abiertos, considerad bien su miseria y escarmentad con ella: mirad con asombro ese confuso bullicio que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos dias; mirad con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirad con horror y huid con todo vuestro conato esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caida puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos dias, oh cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra Madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y, con su observancia, preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo;

solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia, y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

Véase: CEGUEDAD ESPIRITUAL.

CIELO

(VISION DE DIOS EN EL).

Videmus nunc per speculum et in ænigmate, tunc autem facie ad faciem.

Al presente vemos á Dios como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; entónces le veremos cara á cara.

(I. *Cor.* xiii, 12.)

Queriendo Jesucristo dar á sus amados discípulos una idea de la belleza del paraíso, para animarlos á trabajar por la gloria divina, se transfiguró en presencia de ellos, y les hizo ver la belleza de su semblante. San Pedro, entónces, al sentir una alegría y una dulzura tan inexplicable, exclamó: Señor, detengámonos en este sitio, no nos vayamos de aquí; porque vuestra sola vista me consuela más que todas las delicias de la tierra. Si tan feliz se creia san Pedro viendo á Jesús transfigurado, ¿qué felices serán los santos, que en el cielo ven á Dios cara á cara? En el cielo, dice el evangelista S. Juan, cuando Dios se nos manifieste, nos haremos semejantes á él, porque le veremos cual en sí es: *Cum apparuerit, similes ei erimus, quia videbimus eum sicuti est.* I. Joan. iii. Y S. Pablo añade: Nosotros, contemplando en el cielo la gloria de Dios á cara descubierta, seremos transformados en él. II. Cor. 3. Así, segun estos dos sublimes apóstoles, Dios forma la felicidad de los santos, en cuanto ellos tienen la vision de Dios y la semejanza con Dios. No hay, pues, que separar-

nos de la profunda doctrina de estos dos grandes apóstoles, al discurrir hoy tambien sobre el milagro de la trasfiguracion del Señor en su sentido anagógico, es decir, en cuanto fué la muestra y figura de la eterna bienaventuranza, para la cual hemos sido criados; siendo, empero, la materia demasiado importante y extensa para tratada convenientemente en un solo sermon, me limitaré en este dia á explicar el misterio de la vision de Dios, que obtendremos por Jesucristo, procurando comprender, en algun modo, la dicha y la gloria que un dia gozaremos al ver en el cielo cara á cara á Dios mismo, que ahora solo vemos en el espejo de sus obras, y tras el enigma de la santa fe.

Abstracto y profundísimo es el asunto de la vision de Dios; pero con el auxilio de la Escritura y de los santos Padres, confio poder explicarlo con alguna claridad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. ¿Quién podrá, no digo explicar con palabras, sino formarse siquiera una idea exacta de los arcanos de las mansiones eternas? No es fácil, en verdad, tratar dignamente del profundo misterio de la felicidad de los santos, ante el cual retrocede la penetracion de un Tomás de Aquino, enmudece la elocuencia de un Agustin, detiénese la elevacion de un Juan Evangelista, y confúndese el ingenio de un Pablo, quien, fuera de sí de asombro y enajenacion, solo acierta á decir: que no sabe decir nada; exclamando únicamente, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el entendimiento humano pudo jamás idear la magnificencia del premio que Dios, en su liberalidad infinita, tiene reservado en el cielo á los que le aman.

La tierra, á pesar de la infinita variedad de goces y delicias que nos ofrece en sus criaturas, las cuales nos seducen hasta hacernos olvidar con frecuencia del Criador, de nada sirve como término de comparacion para argüir la felicidad del cielo: pues, ¿qué semejanza cabe entre el establo y el palacio; entre el pedestal y el trono; entre el suelo de maldicion y la morada de eterna bienaventuranza; entre el calabozo de los desterrados y la vivienda de los comprensores; entre los consuelos que Dios en este mundo concede hasta á los réprobos, y la remuneracion que en el otro tiene reservada á los elegidos; entre los bienes con que muchas veces castiga á sus enemigos, y los bienes con que premia á sus predilectos? Solamente por boca del mismo Dios podemos formar una idea del reino de Dios: interroguemos, pues, su divina palabra.

Apenas el alma fiel acaba de recorrer la órbita de las pruebas á

que fué sometida, durmiéndose en la preciosa muerte de los justos con un ósculo de paz, vuela al seno de Dios en busca de su eterno reposo. ¡Miradla, llevando en la frente el signo de la predestinacion, en el rostro la alegría, y en el corazon la esperanza, precedida de los ángeles y seguida del coro de sus virtudes; cómo sube al monte del Señor, á su lugar santo, donde solo ponen el pié los que se presentan con las manos inocentes y el corazon puro! Si un ciego de nacimiento trasladado á una elevada cumbre, desde donde se descubriese el más vistoso panorama en uno de los hermosos dias de primavera, cobrase allí repentinamente la vista, ¿cuál seria su admiracion y su gozo al ver, por vez primera, la bóveda azul de los cielos, la hermosura del sol, el encanto de la luz, el matiz de los colores, la belleza de las flores, la riqueza de las plantas, la variedad de las aves, y la multitud inmensa de objetos que adornan y embellecen la tierra? Se le habria hablado muchas veces de todas estas cosas; pero en la profunda oscuridad de su mente, no pudiera formarse de ellas sino ideas vagas, toscas é imperfectas. Ahora bien; ese ejemplo no es más que la pálida imágen del asombro, de la enajenacion y del encanto que el alma justa experimenta al entrar en la celestial Jerusalen.

El alma bienaventurada, llena de encanto al verse en una region tan nueva, en una atmósfera tan pura, y en una ciudad tan luminosa exclamará: ¡Oh cuán afortunada soy, gran Dios, de encontrarme en una mansion tan deliciosa! ¡Oh Jerusalen, ciudad santa de Dios! No me engañaba mi fe; cuanto de glorioso y grande oí decir de tí, lo encuentro mucho mayor de lo que habia creido, y muy superior al concepto que tenia formado. ¿Puede darse mayor hermosura? ¿puede darse mayor explendidez? Aquí no hay noche; ninguna nube vela esa lucidez inextinguible; y, sin embargo, no hay sol ni luna? pero ¿qué falta hacen sol ni luna donde está el Cordero divino difundiendo sus eternos resplandores? Y ¿qué clase de séres son los que forman los ejércitos y risueñas falanges de que me veo rodeada; ¿Es posible sean los elegidos que el valle de lágrimas, la tierra, ha enviado al cielo? No hay duda; ellos son: yo los conozco. Esos, que se presentan rodeados de antiguas figuras, símbolos de la fe, son los patriarcas; esos, que tienen en la mano los libros de los vaticinios, emblemas de la esperanza, son los profetas; y esos, que se hallan revestidos del oro de la caridad, son los apóstoles. Ahí están los mártires: ved como resplandece su fortaleza! ahí los doctores: ved como brilla su ciencia! ahí los penitentes: ved como deslumbra su humildad! ahí las vírgenes: ved como enajena su candor! ahí los justos

de ambos Testamentos, las almas buenas de todas condiciones y de todas las edades: ved como flamea el mérito de sus virtudes! Despojados sus cuerpos de la parte terrena y grosera, confúndense con las sustancias espirituales, y la luz celeste que les circunda, los adorna y embellece. ¡Oh mansion de delicias, cuán dulce es permanecer aquí! Una calma profunda sirve de vallado y límite á esta ciudad celestial; el reposo y la quietud imperan en su recinto, y las fuentes del dolor están extinguidas en ella para siempre. Disfrútase una juventud inmortal al abrigo de toda vejez, una salud á cubierto de toda clase de enfermedades, un reposo que no conoce fatiga, y un gozo sin mezcla alguna de tristeza; deseo sin fastidio, paz sin discordia, vida sin recelo de morir.

Cuando el paraíso no fuese más que la exencion de todo mal y el goce de todo bien, ¿no estarian bien empleados los sacrificios más árduos para adquirirlo? Y, sin embargo, aunque esto se encuentra en el paraíso, no es lo que le constituye esencialmente: ¿acaso los apóstoles hubieran sido tan felices en el Tabor con Moisés y Elías, á no tener consigo á Jesucristo? ¿No les llenó de horror y espanto la sola idea, de que Jesucristo pudiera ausentarse y desaparecer de su vista? Pues así tambien los santos en el cielo serian infelices, si no tuvieran más felicidad que la compañía de los santos. Efectivamente; criada nuestra alma por Dios y para Dios, únicamente en Dios hallará el objeto capaz de satisfacer la inmensidad de sus deseos y el ardor de su anhelo.

Satisfechos quedarán en el cielo los deseos del alma. ¿Quién ahora será capaz de imaginar el gozo que ha de caber al alma elegida, cuando vea la santa humanidad de Jesucristo llena de gloria, rodeada de un explendor divino, y sentada en el trono de su majestad, no momentáneamente como la vieron Moisés en el Sinaí y los apóstoles en el Tabor, sino tranquila, estable, en aptitud de fijar en ella vista y corazon, para contemplar de lleno la explendidez de su magnificencia? ¡Qué vista! ¡qué espectáculo! ¡Oh dulce y amable Jesús! repetirá el alma, arrebatada en éxtasis de admiracion y delicia. Por fin veo á este Redentor divino, á este Salvador y esposo mio cual en sí es: ¡oh qué belleza contiene su rostro, qué majestad su frente, qué gracia su semblante, qué amabilidad sus labios, qué resplandor sus llagas, qué luz su persona, qué gloria su trono! Tanta grandeza me exalta, tanta bondad me enamora, tanta dulzura me inunda, embriaga y enajena. ¿Quién es tambien esa Señora augusta, esa Reina majestuosa, que, sentada al lado de Jesús, comparte con él los homenajes del universo, y con su luz y belleza aumenta el gozo de los santos, y

la gloria de la celeste mansion? ¡Ah, bien la conozco en su hermoso semblante, en su amable sonrís, en su mirada piadosa, en su manto magnífico, adornado con el oro de la caridad, y realzado con el precioso relieve de todas las virtudes! Esta es la verdadera Bersabee, á quien el verdadero Salomon ha colocado á su diestra en un trono tan expléndido como el suyo. Sois vos, María, dulce y divina María, reina, abogada y amorosa madre nuestra! Por fin os veo y contemplo, por fin me cabe la dicha de estar á vuestro lado, y ser siempre feliz con vos!

Los apóstoles quedaron fuera de sí de admiracion y embeleso al contemplar el rostro de Jesucristo, que resplandecia como un sol divino, y sus vestiduras de una blancura celestial; y, sin embargo, ellos apenas vieron una mínima porcion de su gloria. ¿Qué será de los santos cuando vean á este mismo Redentor en toda la gloria de su reino, sobre un trono el más deslumbrante rodeado de millares de espíritus bienaventurados, gloriosos de poder servir al Verbo eterno unido á su humanidad, como á Señor suyo, y de adorarle como á su Dios? ¡Delicioso espectáculo! Hé ahí los ángeles, los arcángeles, los principados, las virtudes, las dominaciones y las potestades de los cielos, que, á nombre de toda la creacion, le rinden las adoraciones y los homenajes del universo! Hé ahí los ángeles custodios del hombre, que, postrados á sus piés, le ofrecen el aroma puro y misterioso de la oracion de los justos! Hé ahí los ancianos del pueblo escogido, que deponiendo coronas á sus plantas, le ofrecen, en nombre de los santos, el mérito y la gloria de todas sus virtudes! Hé ahí las vírgenes, que brillando con una nitidez, gracia y belleza especial, teniendo en las manos el lirio de su inocencia, puestas al lado del Cordero con la privanza de esposas, exhalan de sus corazones el suave aroma del pudor, y con sus purísimos labios entonan el cántico de amor nuevo y misterioso, que á ninguna otra lengua es dado repetir! Hé ahí los coros todos de los espíritus beatíficos, que no cesan de unir sus voces en misteriosa armonía, diciendo al Cordero divino: Vos, Señor, á todos nos redimisteis con vuestra sangre, sin distinguir tribu, lengua, pueblo, ni nacion, formando de todos nosotros un solo reino para nuestro Dios! Apocal. x. A nuestro Dios sea, pues, dada la alabanza, la accion de gracias, la sabiduría, el explendor, la gloria, el honor, la virtud y la fortaleza, por los siglos de los siglos. ¡Oh gozo inestimable! es cierto, pues, que entónces veremos claramente todo lo que ahora humildemente creemos!

2. Pero, ¿será posible, que nuestra mente finita fije sus débiles pupilas en el entendimiento infinito, y contemple aquella sublime luz

sin quedar deslumbrada y oprimida? Sí, lo será; porque así como Jesucristo, unido á nuestra voluntad, nos hará querer á Dios con el mismo amor de Dios, así tambien, unido á nuestra inteligencia, nos hará conocer á Dios con la misma ciencia de Dios, que se nos comunicará en la gloria; de manera, que veremos á Dios por medio del mismo Dios. Reforzada nuestra inteligencia con una luz procedente del divino sol, Jesucristo, no solamente se detendrá sin vacilar ni confundirse en la presencia del Sér infinito, sino que entrará segura en las potencias mismas del Señor, y fijará su mirar intrépido en la naturaleza y la gloria de las divinas perfecciones. ¡Oh vision inefable! ¿quién podrá explicar ni comprender el encanto de ver á Dios en sí mismo y en nosotros, y á nosotros mismos en Dios? Extasiada el alma de admiracion ante una vision tan estupenda exclamará: «Por fin, tengo presente, conozco y veo cual es en sí este Sér tan grande, incomprensible y absoluto, que existe por la necesidad de su existencia, por la sublimidad de su propia naturaleza; ente perfecto, en quien toda idea es un hecho, todo pensamiento una ley, toda voluntad un prodigio; ente principio y fin de todos los entes, y el solo principio y fin de sí mismo. Por fin, comprendo los misterios de la naturaleza divina, de los que el mundo me habló, en los que tantas veces me instruyó la fe, y á los que sin comprenderlos sometí mi entendimiento. ¡Cómo veo ahora claramente aquello que á mi razon le parecia en Dios contradictorio, conciliándose por medio de relaciones misteriosas y de armonías sublimes! Por fin, comprendo cómo y por qué este Sér, perfectamente infinito é infinitamente perfecto, es antiguo y no tiene tiempo, es nuevo y no tiene principio, es libre y no se altera, es inmutable y todo lo absorve; y se compadece sin debilidad, y castiga sin furor, y se arrepiente sin remordimiento, y se conduele sin tristeza, y subsiste siempre, sin que ningun tiempo le comprenda; y está presente en todas partes, sin que ningun lugar le abarque, y todo lo mueve, sin que ningun movimiento le altere, y todo lo muda sin que ninguna mutacion le cambie, y todo lo prevé, sin que ninguna prevision le turbe, y todo lo gobierna, sin que ninguna empresa le ocupe, y todo lo conoce, sin que ninguna operacion le fatigue, y á todos se comunica, sin que ninguna comunicacion le disminuya, y á todos prodiga, sin que ninguna dádiva le empobrezca. ¡Oh Dios grande, admirable, majestuoso, magnífico, altísimo y beatísimo! Veros á vos cara á cara, es conocer, no solo los atributos y perfecciones de vuestra esencia, sino tambien la suma, la augusta, y eterna trinidad de vuestras Personas en una sola naturaleza; la eficacia del poder del Padre, los abismos de la sabiduría del Hijo, y las riquezas de la bondad del Espíritu Santo!

Hé aquí, dirá el alma, como por el *lúmen* de gloria, que Jesucristo ha infundido en mí, me he hecho capaz de abarcar con mi inteligencia lo que, bajo la antorcha de la fe, apenas columbraba con estupor. Aquel grande arcano de la naturaleza divina, aquel misterio inextricable de una trinidad de personas en una unidad de sustancia, aquel grande escollo de la razon humana, ahora lo contemplo en sus relaciones más recónditas; y, al fin, lo comprendo sin esfuerzo ni trabajo alguno.

Miéntras el gran misterio de la inefable Trinidad, (que para mí ya no lo es) excita mi admiracion y asombro á fuerza de sublimidad, otro misterio, que tambien percibo en vision clara y distinta, el de la Encarnacion del Verbo, me está atrayendo á fuerza de encantos. ¡Cuán grande es, cuán magnífico y digno de la Majestad infinita! Hé aquí reunidos la profundidad, el abismo impenetrable, el santuario inaccesible de la infinita Sabiduría que lo ideó; el Amor infinito que lo motivó, y el Poder infinito que lo cumplió. ¡Cuán bella es esta obra maestra de Dios por excelencia, que, cumplida en medio de los tiempos y en un confin de la tierra, unió lo pasado y lo futuro, el cielo y la tierra, el tiempo y la eternidad; obra prodigiosa, que todo lo sublima, todo lo ennoblece, todo lo diviniza en Jesucristo, universal mediador y restaurador! Ahora comprendo, como el Verbo verdaderamente se hizo hombre, sin dejar de ser Dios; y como la excelsa Señora, que le dió á luz, fué madre sin dejar de ser vírgen. Comprendo como el mismo Jesucristo, siendo Hijo de Dios, fué víctima de Dios; siendo hijo del hombre, fué Redentor del hombre, y como, sujeto á las penas del pecado, triunfó del pecado; comprendo como murió realmente en la cruz, no perdiendo su inmortalidad; como fué inmolado para salud de los hombres, granjeando la vision beatífica hasta á los ángeles; y como, consumando su sacrificio en la tierra, levantó hasta los cielos la influencia y los efectos del mismo: *Pacificans sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt.* Coloss. I.

3. Y supuesto que la religion cristiana no es sino un reflejo de la infinita sabiduría de Jesucristo, contemplando claramente ahora esta sabiduría en el rostro del Dios humanado, que resplandece con luz divina en su orígen, y como en su primera idea, veo ya sin velo y sin enigmas toda la profundidad, toda la excelencia, toda la importancia y grandeza de esta religion, de sus misterios, y de sus prescripciones. ¡Dichoso yo, que en premio de haber creido cual

si viera, veo realmente ahora cuanto creia! Mirad como la sabiduría de Dios gobierna el universo en el órden de la naturaleza, si bien con relacion al de la gracia; mirad como prepara y dispensa la gracia, si bien en el órden de la gloria. ¡Cuán poderosa y eficaz, y á la par, cuán suave es la accion de la gracia! ¡Cómo trueca el corazon sin hacerle violencia, conduciéndole dulcemente del mal al bien, á pesar del inmenso abismo que los separa, sin por esto menoscabar su libertad! ¡Oh cuán ocultas é incomprensibles son las vias por las cuales esta gracia precede á la salvacion de los hombres! ¡Cómo se arde en el fuego de un amor infinito el sacratísimo corazon de nuestro Salvador Jesús! Ya veo de qué manera, y en qué lugar fué dispuesto y cumplido el misterio de los misterios, el prodigio de los prodigios: el sacramento de la Eucaristía. Ya comprendo, porque lo estoy viendo, de qué manera el Verbo de Dios encarnado permanece á un tiempo en el seno del Padre, que eternamente lo engendra; en su humanidad glorificada, á la que inseparablemente está unido en su sacramento para la santificacion de las almas; y de un modo no ménos divino, aunque no tan real, en la doctrina de la Iglesia católica, para ilustracion del universo. ¡Cuántas cosas distingo en una sola! ¡Cuántos misterios en un solo misterio! El pecado original y su herencia; la economía de los sacramentos y su eficacia; la perfeccion de la ley y sus motivos; la fuerza de la palabra evangélica y sus conquistas; los grandes arcanos de la vocacion de los gentiles, de la reprobacion de los judíos, de la tolerancia del error, y de la propagacion sucesiva de la verdad; la expiacion del purgatorio, la eficacia de los sufragios, la eternidad de los castigos, y la inmortalidad de los galardones celestiales.

Y en ese mismo Jesucristo, que me da á conocer el mundo de la gracia y de la gloria, descubro tambien el mundo de la naturaleza. ¡Qué delicioso encanto! nada me oculta de sus conocimientos la Inteligencia infinita, como tampoco nada me esconde de su amor la infinita Bondad! Todas las obras de Dios me son notorias y manifiestas como él mismo: la creacion entera es un libro abierto á mis ojos, donde veo cuanto él tiene de más oculto y desconocido.

¡Cuán menguadas sois vosotras, inteligencias de la tierra! Las más de las obras de Dios os son del todo desconocidas; y esa parte de creacion, que no conoceis, es mucho más sublime y prodigiosa que la que conoceis, y que tanto os admira; yo, sin embargo, conozco todas las leyes que Dios impuso á la materia; la naturaleza íntima de las cosas; sus causas recónditas, sus propiedades, sus virtudes, sus fuerzas, sus efectos, sus relaciones, mediante las cuales entre sí dependen, y se enlazan, y se unen íntimamente en un todo único, constituyendo la prodigiosa armonía del universo.

De una manera especial comprendo el mundo pequeño, admirable compendio del mundo grande; el hombre que, en la tierra, es todavía un arcano para él mismo, despues de ocupar por muchos siglos la ciencia y el ingenio de tantos. Conociendo al hombre, conozco en él y comprendo perfectamente á todo el linage humano, la historia de los tiempos, las vicisitudes de los imperios, el lenguaje de los pueblos, las costumbres de las sociedades, los descubrimientos de los sábios, y la ciencia de todos los siglos. ¡Qué dicha, qué gloria! hé aquí, que, en un solo instante, sé más de lo que supieron los hombres juntos de todas las edades: sin confusion ni sombra alguna conozco y abarco todas las verdades. Vosotros, los que velais de noche y os atareais de dia, aguzando el talento para aprender las ciencias humanas, si verdaderamente ansiais conocerlo y saberlo todo, abrazad la aparente locura de la cruz; no os ruboriceis de parecer necios á los ojos del mundo; servid á Dios, amadle, aseguraos su posesion y su vision, á fin de que en Dios, y con Dios, en un solo momento, penetreis la universalidad de las cosas.

Hermanos mios, todos buscamos la felicidad, todos suspiramos por ella; amemos pues á Dios, y este amor, asegurándonos su posesion, nos hará eternamente dichosos. ¡Dios mio! yo os amo; yo quisiera haberos amado siempre. ¡Quién me diera poder revocar los dias en que no os amé! Pero siendo esto imposible, no cesaré de llorarlos, y me esforzaré en redimir la malicia de aquellos dias perdidos con lo fervoroso y ardiente de mis afectos. Haced, gran Dios, que mi vida sea la aurora y el preludio de aquella vida que los escogidos disfrutan en la eternidad, no reconociendo otra ocupacion que la de amaros. De vuestra infinita bondad espero esta gracia, y con vuestros auxilios quiero amaros cuanto pueda; pues, amándoos, os veré un dia cara á cara, me transformaré en vos, seré semejante á vos, y participaré de vuestra misma bienaventuranza, que es lo que á todos deseo.

CIELO

(SEMEJANZA CON DIOS EN EL).

Salvatorem expectamus, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ.

Estamos aguardando el Salvador, el cual transformará nuestro vil cuerpo, y le hará conforme al suyo glorioso.

(*Philip.* III, 20 *et* 21.)

El hombre criado por Dios, no puede ser perfecto sino en Dios; y como la perfeccion es el estado natural y el fin á que todos los séres aspiran, por eso el hombre tiene una inclinacion innata, necesaria é incontrastable á unirse con Dios, é identificarse con él. De aquí resulta, que cuando el demonio persuadió al primer hombre, procurase hacerse semejante á Dios, no le propuso un sacrilegio, un delirio ni un absurdo; antes, como hábil y astuto que es, leyó en su corazon; y conociendo su inclinacion más legítima y natural, la necesidad imperiosa y el vehemente instinto que tiene de semejarse á Dios, le brindó ocasion de satisfacerla. En lo que engañó á Adan, fué en representarle la semejanza con Dios cual feliz consecuencia de su apostasía, siendo así, que solo debia ser el premio de su fidelidad; y en persuadirle, que buscase en la tierra esta semejanza inefable, cuando solo en el cielo debia esperar su perfeccion.

Más ¡oh economía admirable de los misterios cristianos! La asimilacion á Dios, que vanamente buscó el hombre en esta vida, encuéntrase realmente en la otra. Jesucristo allí hará realmente con nosotros lo que el demonio solo falazmente podia prometernos; por su misericordia nos dará aquello á que sacrílegamente habíamos aspirado por la culpa; nos restituirá lo que el pecado nos quitó; reformará nuestra miseria á tenor del modelo de su grandeza; y á fuer de

verdadero Salvador nuestro, dará el último toque á la obra de la humana salvacion, que consiste en la perfecta rehabilitacion del hombre, haciéndonos imágenes vivientes de su misma persona, consumando, por medio de su gloria, lo que acá en la tierra ha comenzado por medio de su gracia.

Quizá el más grande y estupendo de los milagros que Jesucristo haya obrado en nosotros y por nosotros, será el de hacernos semejantes á Dios, despues de habernos hecho capaces de la vision de Dios. Consideremos en el dia de hoy este gran milagro, cuya prenda y figura nos dió el Señor en su trasfiguracion; milagro por medio del cual se nos anuncia la semejanza perfecta que en el cielo y en Jesucristo adquiriremos con Dios, á fin de que con la expectacion de esta nueva gloria, de esta nueva felicidad, que de Jesucristo debemos esperar, siéndole obedientes y fieles, nos consolemos en medio de las durezas de nuestro destierro y de las penalidades de nuestra vida. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. En el cielo reinaremos con Jesucristo, y seremos partícipes de su felicidad, conforme lo somos en la tierra de sus penas. Jesucristo no solo quiere admitirnos en el cielo al goce de los bienes de su mismo reino, sino tambien á la participacion de la gloria y prerogativas de su misma persona. ¡Qué felicidad! Este cuerpo, despues de dejar en el sepulcro cuanto tiene de miserable y caduco, y de despojarse de todas las deformidades é imperfecciones, surgirá en la verdadera edad del hombre perfecto, con el hermoso continente y el semblante majestuoso de Jesucristo. No se arguya, sin embargo, que nos despojemos del cuerpo actual para vestirnos de otro, sino que sufriremos una verdadera trasfiguracion, semejante á la de Jesucristo, por la que, conservando como él la identidad de nuestra carne, lograremos participar de todos los privilegios de la suya; por manera, que esta carne, ahora tan tosca, pesada, grosera, espesa, doliente, frágil y sujeta á la muerte, espiritualizada en Jesucristo, adquirirá las cuatro dotes de la gloria: *sutileza, ligereza, claridad é impasibilidad;* haciéndose incorruptible con la incorruptibilidad misma, bella con la misma belleza, luminosa con la misma luz, gloriosa con la misma gloria, é inmortal con la misma inmortalidad de la carne glorificada de Jesucristo. Y esta felicísima semejanza, no solamente la tendremos con la santísima humanidad de Jesucristo, sino aun con su divinidad, segun dice el evangelista S. Juan. *Cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicut est.* I. Joan. 3. Así como el es-

pejo, colocado delante de un objeto cualquiera, reproduce su imágen, tambien nosotros, cuando, purificados por la gracia y embellecidos é iluminados por la gloria, nos veamos colocados delante de Dios, cual tersísimos espejos para contemplarlo en toda su majestad por la virtud de su divino espíritu, copiaremos en nosotros aquel gran Sér, haciéndonos imágen clara y perfecta de él. Aunque no comprendemos cómo sucederá esto, sabemos de positivo que sucederá. ¿No veis, en efecto, ahora mismo, como esa misma verdad que os anuncio, sin dividirse ni alterarse, se reproduce íntegra en el entendimiento de cuantos me escuchan? ¿No sabeis, que el que se mira en un espejo roto en mil pedazos, ve en cada uno reproducida su cara? Pues de la propia suerte la faz divina, la imágen de Dios, sin dividirse ni alterarse, se reproduce entera y perfecta en el entendimiento de los bienaventurados que en el cielo la están contemplando.

Además; la semejanza entre el bienaventurado y Dios, no solo es de conocimiento, sino de afecto. Dios, en el cielo, está todo en todos; se comunica y reproduce, no solo en la mente, sino en el corazon de todos, y á todos abarca en su amor, amor do arden siempre, porque sin cesar le contemplan; de manera, que la dicha de conocer claramente á Dios, les engendra la precision de amarlo. ¿Es, en efecto, posible ver y no querer una belleza infinita, que se presenta en toda la magnificencia de sus gracias, de sus perfecciones y de sus encantos? La vision beatífica no es una vision abstractiva, sin interés ni sentimiento, sino una profunda actuacion del entendimiento unida á una adhesion perfecta de corazon, por la que el alma, con todas sus potencias, con todos sus afectos, con todo su deseo, y con todo el ímpetu y vehemencia de que es capaz, se fija en aquella belleza infinita, que la atrae á sí. Y esas llamas de amor divino, mútuamente trasmitidas entre Dios y el alma bienaventurada, con un flujo y reflujo permanente con eterna circulacion, realizan aquel misterio, por medio del cual, recibiendo el espíritu y devolviendo á Dios un mismo amor, unido á él de la manera más íntima y perfecta, resulta estar Dios todo en el espíritu, y el espíritu todo en Dios; pues, así como el objeto conocido se contiene en el que conoce, así el objeto amado, por la condicion del amor, se copia y contiene en el que ama. Es, por tanto, imposible, que el corazon lleno de Dios, envuelto en las llamas de la infinita caridad de Dios, no imprima en sí la semejanza de Dios. ¡Qué venturosa es la condicion del hombre en el cielo! exclama S. Buenaventura; allí no existen ya las miserias y fragilidades de nuestra naturaleza, absorbidas, destruidas y convertidas en propiedades divinas

por el fuego del infinito amor; y no solo el hierro queda convertido en fuego, sino el barro trasfigurado en Dios.

Para que nada falte á la perfeccion de esta semejanza del alma bienaventurada con Dios, copiando en sí la unidad de la naturaleza divina, copia, á la vez, la trinidad de las divinas personas. Recordemos, que estas tres personas cooperaron todas á la creacion del hombre. El Padre le dió la inteligencia, el Hijo el pensamiento y el Espíritu Santo la voluntad; por manera, que así como Dios, en la unidad de su naturaleza, es Padre, Hijo y Espíritu Santo, el hombre es entendimiento, sabiduría y amor en la unidad de su sustancia espiritual; llevando, desde su orígen, impreso el sello glorioso de la Unidad y de la Trinidad de Dios, y siendo imágen fiel de ambas. Sin embargo, esta augusta imágen de Dios en el hombre, durante la vida, es alterada con frecuencia por los vicios, y oscurecida por los vapores de los deseos carnales y de los afectos profanos; pero ¿qué hace entónces la Trinidad augusta? Por medio de la gracia restablece la imágen de Dios en el hombre.

Habiendo las tres divinas Personas tomado parte en nuestra creacion y santificacion, la tomarán tambien en nuestra beatificacion; y conforme obraron en nosotros los misterios de la naturaleza y de la gracia, consumarán igualmente el de la gloria, comunicándonos de una manera más colmada, admirable y perfecta, el Padre, el poder de su entendimiento; el Verbo, los tesoros de su sabiduría; y el Espíritu Santo, las delicias de su bondad. De esta manera, el bienaventurado quedará lleno de toda la plenitud de Dios; plenitud de poder, plenitud de sabiduría, y plenitud de bondad; por medio de las cuales el entendimiento creado, revestido de la energía del increado, engendrará en sí mismo un verbo inefable, una palabra interior, que será como el eco del Verbo y de la palabra increadas, reposando uno en otro con una complacencia semejante al increado Amor; es decir, que las potencias del alma se corresponderán entre sí, en cierto modo, con las relaciones inefables que median perennemente entre las personas divinas, y con que el misterio de la Trinidad, obrándose eternamente en los abismos de la naturaleza infinita, se repite y reproduce sin cesar en la naturaleza finita, no solo por sello y *vestigio*, cual se halla en todas las criaturas, sino por *semejanza* mediante una operacion permanente y contínua. Así que, el alma bienaventurada no es ya una imágen muerta de los caracteres divinos, sino un retrato vivo, una copia, una repeticion en pequeño del Dios uno y trino, poderosa con su poder, sábia con su sabiduría, amorosa con su amor, viva con su vida, resplandeciente con su explendidéz, bella con su

hermosura, grande con su grandeza, gloriosa con su gloria, y feliz con su propia felicidad. Tal es la perfecta semejanza del alma bienaventurada con Dios: pasemos ahora á considerar los efectos de ella.

2. En primer lugar, asimilarse á Dios, espíritu comprensor, de una manera tan íntima y perfecta, no es otra cosa que poseerlo como se está poseido por él; de manera, que el misterio de la gloria se compendia todo en aquel pasaje de los *Cantares* donde la Esposa dice á su divino Esposo: Conforme yo soy toda de mi amado, mi amado es todo mio: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* Cant. ii. Dios, como sumo bien, contiene en sí todos los bienes; luego, comunicando al alma todo su sér, le comunica su misma luz, su misma vida, y, en una palabra, la hace dueña de todos los bienes que de él proceden. Pero, ¿cuáles y cuántos son estos bienes? Ni yo sabré explicarlo, ni vosotros acertariais á comprenderme; limitémonos, pues, á indicar dos solos de ellos, esto es: la paz, y el gozo, de que se hace frecuente mencion en la Escritura, y de los cuales, en cierto modo, podemos formarnos alguna idea. Uno de los mayores bienes, que en esta vida miserable disfruta el alma en gracia, es la paz de Dios, es decir, aquel descanso interior de afectos, aquella calma del corazon, tan grata, blanda é inefable, que, en expresion de S. Pablo, y segun la experiencia acredita, excede á los placeres más vivos é intensos, haciendo tener por vil todo deleite sensual y todo recreo mundano: *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum.* Philip. iv. Y no son solo las almas santificadas y perfectas, sino aun las pecadoras, luego de haber sinceramente confesado sus pecados, las que participan de esta paz divina; de suerte, que las lágrimas arrancadas por la contricion verdadera de un corazon humillado y pesaroso á los piés de Jesús crucificado, son mucho más dulces y exquisitas que todos los falsos placeres del mundo. Esta paz, pues, que el alma justificada disfruta, que le indemniza de la privacion de los bienes sensibles, y sin la cual todos ellos de nada sirven para tranquilizar y hacer feliz el corazon; esta paz, tan santa, tan pura, tan sabrosa y exquisita, que el alma fiel siente en la tierra, es apenas el comienzo y la muestra de aquella inefable apacibilidad, que la asimilacion y la posesion de Dios dejan experimentar en el cielo, siendo la participacion de la apacibilidad y tranquilidad infinitas, que goza la misma naturaleza infinita. Apenas el alma escogida salve los umbrales de la mansion celeste, sentirá precipitarse á su seno desde el trono de Dios, á quien contemplará y poseerá, y en quien será trasformada, torrentes de paz, experimentando un reposo, una calma tan nueva, dulce y perfecta, que solo por ella se llamará mil veces bienaventurada. ¡Oh reposo del alma! ¡oh paz santa, paz sólida, paz sincera y perfecta, que el mundo busca sin encontrarla, y promete sin concederla; yo, por fin, te encontré! De aquí se hallan desterradas las tristezas secretas, los recuerdos importunos, las reflexiones molestas, los temores angustiosos y los remordimientos punzantes, que en el mundo acibaran los mayores placeres, y hacen á los hombres infelices en brazos de la misma felicidad. ¡Qué silencio tan grande de las pasiones, qué calma de deseos, y qué reposo de afectos experimento en este instante! Sin remordimientos de lo pasado, sin angustias de lo presente, sin cuidados de lo porvenir, siento que mi corazon no gusta ya solo de lábio la paz del Señor, antes posee toda su plenitud y encanto, y con la más cabal confianza se abandona y entrega á ella.

A esta dulcísima é inagotable paz va unido aquello que la teología, con una expresion evangélica, llama *gozo*, efecto tambien de la residencia de Dios en el alma, y de la trasformacion del alma en Dios; pues así como la separacion de él hace experimentar al réprobo en el infierno un dolor agudísimo é incomprensible, de igual manera, la union, asimilacion y transformacion en Dios hace experimentar al elegido en la verdadera Jerusalen una dicha, una felicidad y un gozo inmenso tambien, é incomprensible. Veamos, por analogía, lo que sucede á aquellas almas heróicas, que, cerrándose al mundo sensible con todo lo que contiene, y empezando por medio de un amor ferviente á adquirir aquella dichosa semejanza, admirable efecto de la gracia, que las hace vivir en Dios y con Dios, comienzan á experimentar por anticipado la felicidad del cielo: ¡felices momentos, que es imposible pintar! Un rayo benéfico de la eterna luz despeja su entendimiento con purísimos resplandores, dejándole entrever algunos rasgos de la belleza infinita. La voz del amado resuena con suavísimo acento en los oidos de su corazon; el que responde con ardientes suspiros, con tiernos afectos, con vivos trasportes, con plácidos cánticos y con quejas amorosas sobre la prolongacion de su destierro. Siente entónces en lo profundo de su espíritu una agitacion repentina, que en honda conmocion le desprende, le eleva sobre sí mismo; le apasiona, enciende é inflama; y como fuera de sí, desea precipitarse en el seno de Dios, que se le muestra á lo léjos, atrayéndole con las cadenas del más tierno amor. Todos los sentidos pierden su natural gravedad, oponiendo apenas una ligera resistencia á los ímpetus del espíritu; de aquí, los dulces deliquios, los prolongados éxtasis, los raptos sublimes, las elevaciones y la fuerte operacion de las potencias de Dios, que quitan á aquella alma hasta el conocimiento de sí misma; y miéntras la imaginacion absorta se fija,

y la mente arrebatada contempla, es tal la abundancia de consuelos, de dulzura celestial y de suavidad misteriosa que inunda el espíritu, que ya no distinguen aquellos séres afortunados, si se hallan en el cielo, ó en la tierra; en el cuerpo, ó fuera de él; hasta el punto de que, siendo incapaces de sufrir el exceso de tanto gozo, se ven obligados á exclamar como un S. Francisco Javier, ó una Sta. Teresa de Jesús: «¡Basta, Señor, basta ya de delicias!»

Ahora bien: si tales son los consuelos y tal el gozo, que el amor imperfecto del sumo Bien algunas veces hace experimentar, aun en este destierro; ¡cuáles serán los que el mismo amor perfecto haga experimentar en la patria suspirada! Si la divina Bondad trata de esta suerte á los viadores en la tierra; ¿de qué manera recompensará á los comprensores en el cielo? Solamente el Espíritu Santo, espíritu de sabiduría y de luz, que el Padre de la gloria envia de vez en cuando á la tierra, puede dar alguna idea de la riqueza, de la gloria, de la copia y profusion del gozo reservado como herencia en el cielo á los elegidos. Detengámonos un instante á considerar las inefables cualidades que de él nos reveló Jesucristo, autor y consumador del mismo gozo.

Dícenos, en primer lugar, que el gozo en el cielo es pleno y perfecto: *Ut gaudium vestrum sit plenum*, Joan. xv; expresion sencilla, pero cuya extension y profundidad no hay entendimiento humano que pueda comprenderlas; pues *gozo pleno* significa posesion entera, perfecta y simultánea de todos los deleites, de todos los placeres, de todas las delicias y de todos los bienes que el alma puede apetecer. Nuestro corazon es inmenso en sus deseos, y ningun bien finito le cumple; solo en el cielo, poseyendo á Aquél, que todo lo posee, conteniendo á Aquél, que todo lo contiene, y lleno de Aquél, que todo lo llenará, goza de una felicidad sin tasa, superior á su propio afan, y de consiguiente, más plena y perfecta de lo que pudiera desear. Y esta plenitud del gozo celeste difiere de la plenitud de los terrenos en que éstos causan hastío; al paso, que Aquél, por un misterio singular, sobre satisfacer todos los deseos del alma bienaventurada, excita cada vez más su actividad y ardor. ¿Qué gozo tan nuevo siento? dirá el alma venturosa: á la par que poseo cuanto anhelo, no ceso de desear lo que poseo! Aunque completamente satisfecha de la gloria y de la felicidad de mi Dios, que es mio, cuanto más me gozo y recreo en él, mayor es la hambre y sed de gozarle y recrearme otra vez; y cuanto más satisfechas quedan esta hambre y sed, mayores se hacen y más acrecen en mí; y como ni la una ni la otra son hijas de la necesidad, no me causan tormento; al paso, que la saciedad, no procediendo de hartura, tampoco me causa hastío. Mi gozo es siempre perfecto y siempre vario, siempre antiguo y siempre nuevo.

La segunda cualidad del gozo celeste revelada por Jesucristo es, que su medida consiste en no tener medida. Corre con tal ímpetu y en tanta abundancia el torrente de los deleites, que el corazon es incapaz de abarcarlos en su plenitud. Así es, que, en primer lugar, inunda el espíritu, introduciéndose en todas sus potencias, y penetrándole en sus receptáculos más secretos y en sus fibras más sutiles, á la manera que el agua penetra las partes más íntimas de una esponja empapada en ella; seguidamente engendra en él un sentimiento exquisito de delicia y contento tal, que no puede decir sienta gozo, sino que es el mismo gozo viviente y personificado; por último, hace rebosar este gozo á su exterior, le viste de él, le ciñe, cubre é inunda.

La tercera y más importante cualidad del gozo del cielo, segun nos dice Jesucristo, es; que despues de haber el alma entrado en posesion de él, no puede perderlo, ni por nadie puede serle arrebatado; pues aunque sea inmensa la felicidad del cielo, dejaria de ser verdadera á no ser imprescriptible, eterna é inmortal. La sola idea, el solo temor, aun cuando fuese remoto, de que esta felicidad pudiese acabar algun dia, haria más infelices á los santos, que el placer de su goce los hace felices. Así, pues, miéntras la felicidad en la tierra es un estado anormal, una eventualidad pasajera, una variacion furtiva, que por breves instantes suspende la monotonía de los disgustos y amarguras de la vida; en el cielo es una situacion inalterable, un estado propio, permanente y eterno, y, por lo mismo, perfectísimo.

La sucesion de los siglos no ha de alterar el gozo de los santos: por muchísimos años que trascurran, léjos de disminuir en intensidad, renacerá contínuamente con un placer siempre nuevo; acabando solo para recomenzar, y recomenzando para nunca más finir; sin que accidente alguno pueda aminorar su perfeccion, tiempo alguno acortar su duracion, ó rival alguno disputar su posesion; pues la felicidad del cielo es una vida siempre viva, un gozo siempre inmortal, en que la eternidad de los placeres y los placeres de la eternidad reunidos, se gozan incesantemente y para siempre. Dominado se hallaba S. Pablo de este grande pensamiento, cuando decia con entusiasmo: Seremos arrebatados con Jesucristo en los aires, pasaremos las nubes, y entraremos en la atmósfera de Dios, y estaremos *siempre* con Dios: *Simul rapiemur in nubibus obviam Christo in aera; et sic*

semper cum Domino erimus. I. Tess. iv. ¡Cuánta dulzura y consuelos encierran estas palabras: «¡Dios estará siempre con nosotros, y nosotros estaremos siempre con Dios!» Al fin, repetirá el alma, al fin poseo á este amado de mi corazon, como soy poseida de él; y no solo lo poseo entero, sino que lo poseo para siempre; de suerte, que ya no puede huirme. ¡Dichosos aquellos que, verdaderos sábios, verdaderos filósofos, por haber servido y amado á Dios en la tierra, son admitidos á habitar en su celeste mansion!

Levantémonos, pues, hermanos mios, de esta baja region de sensualidad, de ilusion y de falacia, y fijemos nuestros pensamientos y afectos en la dichosa morada de los espíritus y de la verdad, do existen los verdaderos goces. La tierra es lugar de trabajos; el cielo lo es de reposo: en aquélla se granjean méritos; en éste se encuentra la recompensa: la primera es el campo de batalla; el segundo, la corte donde se reciben las coronas: la tierra es region de llanto; solo en el cielo está la verdadera alegría: la tierra es lugar de destierro; solo en el cielo está la patria. Cuando la miseria nos acose, nos aflijan las enfermedades, nos sobrevengan las tribulaciones, nos persiga la calumnia, nos oprima la injusticia, y el mundo nos olvide y desprecie á causa de nuestra humildad, de nuestro pudor, de nuestra justicia y de nuestra piedad, consolémonos, diciendo: Mi padre, que es el mismo Dios, Jesucristo, que es dueño y Señor del mundo, vendrán un dia, tierno Padre y Salvador amoroso, á sacarme de este valle de lágrimas para conducirme á la patria del cielo, y convertir mi pobreza en riqueza, mis penas en gozo, y mis humillaciones en gloria, dándome parte de su misma grandeza y de su misma felicidad. Esto es lo que os deseo.

DIVISIONES.

CIELO.—Es un reino que hay que conquistar, combatiendo con nuestras pasiones.

Es una heredad que hay que merecer, haciéndose agradables á Jesucristo.

Es un centro donde hay que elevarse por el peso de nuestros méritos.

CIELO.—Es un lugar de gloria donde no podemos entrar sino por la humildad.

Es un lugar donde no podemos llegar sino por el amor de la pobreza.

Es un lugar de delicias donde debe conducirnos la penitencia.

CIELO.—No hay que esperar el paraíso del cielo, cuando uno quiere hacer su paraíso en la tierra.

No hay que desviarse del camino estrecho, cuando uno no quiere desviarse del camino del paraíso.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis. Gen. xv, 1.

Yo soy tu protector, y tu galardon sobremanera grande.

Adimplebis me lætitia tua cum vultu tuo. Psalm. xv, 11.

Me colmarás de gozo con *la vista de* tu *divino* rostro.

Satiabor cum apparuerit gloria tua. Psalm. xvi, 15.

Quedaré *plenamente* saciado, cuando se *me* manifestará tu gloria.

Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos. Quoniam apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen. Psalm. xxxv, 9 et 10.

Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias: porque en tí está la fuente del vivir, y en tu luz veremos la luz.

Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos æstus et sol, quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos. Isai. xlix, 10.

No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol los ofenderá, porque aquel *Señor*, que usa de tanta misericordia para con ellos, los conducirá y los llevará á beber en los manantiales de las aguas.

Fulgebunt justi, et tamquam scintilæ in arundineto discurrent; judicabunt nationes et dominabuntur populis, et regnabit Dominus illorum in perpetuum. Sap. iii, 7.

Brillarán los justos *como el sol;* y como centellas que discurren por un cañaveral, juzgarán á las naciones y señorearán á los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente.

Justi in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum de-

Los justos vivirán eternamente, y su galardon está en el Señor. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria, y

coris, et diadema speciei de manu Domini. IDEM V, 16 ET 17.

una brillante diadema.

Gaudete et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in cœlis. MATTH. V, 12.

Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.

Tunc fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum. IDEM XIII, 43.

Al mismo tiempo (los justos) resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.

Euge serve bone, et fidelis..... intra in gaudium Domini tui. IDEM IBID. 21.

Muy bien, siervo bueno y leal; ven á tomar parte en el gozo de tu Señor.

Videmus nunc per speculum in ænigmate, tunc autem facie ad faciem. I. CORINT. XIII, 12.

Al presente no vemos *á Dios* sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entónces le veremos cara á cara.

Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. IDEM II, 9.

Ni ojo *alguno* vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento, cuales cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman.

Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est. I. JOANN. III, 2.

Sabemos, sí, que cuando se manifestáre claramente *Jesucristo*, seremos semejantes á él *en la gloria*, porque le veremos como él es.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Léese en el libro de los Números, que vueltos los doce varones, que habian inspeccionado la tierra de promision, el pueblo se enardeció por poseerla; y Caleb, uno de los exploradores, lleno de entusiasmo, exclamó: *Ascendamus, et possideamus terram, quoniam poterimus obtinere eam:* porque tenia puesta toda su confianza en el poder del Señor; pero la mayor parte de los que habian ido á inspeccionarla, hicieron decaer los ánimos de la muchedumbre, presentando como invencibles sus moradores. Lo mismo hace el demonio para obstruir á las almas la entrada en el cielo é impedirles su posesion: presenta con exageracion lo mucho que se ha de padecer en esta vida, la dificultad de vencer las pasiones, etc.; valiéndose, á este fin, más de sus ministros los escandalosos, que de sus propias sugestiones. (Núm. 13.)

Otra de las figuras magníficas de la gloria del cielo es el gran

banquete que celebró Asuero con sus cortesanos y con todo el pueblo por espacio de seis meses; la Escritura nos presenta, á veces, la gloria que Dios dá á sus santos, bajo el símbolo de un régio y eterno banquete, como en el cap. 2 del Apocalipsis, en el 12 y 22 de S. Lucas, y en otros lugares.

La admiracion y pasmo de la reina de Sabá, al oir la sabiduría de Salomon y al ver el órden admirable de toda su casa, puede darnos tambien una idea del delicioso pasmo que embargará eternamente en el cielo á los bienaventurados, al contemplar las inmensas riquezas, la infinita sabiduría, y demás atributos del divino Salomon. III. REG. X.

La trasfiguracion de Jesucristo nos dá una débil idea de la paz y dulzura que reina en aquella gloriosa mansion del cielo. MATTH. XVII.

La gloria y resplandor de Jesucristo resucitado es otra prenda, como dicen los santos Padres, de la gloria y felicidad que nos tiene Dios reservada en aquella region de la inmortalidad.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Qualis illa cœlestium regnorum voluptas, sine timore moriendi, et cum æternitate vivendi; quam summa et perpetua felicitas! SAN CIPRIAN. LIB. DE MORTAL.

¡Qué feliz ha de ser la posesion del reino de los cielos, en donde no hay el temor de la muerte, sino la certeza de una vida eterna! ¡Qué dicha tan grande y constante!

Quid hoc bono melius, quid hac felicitate felicius, vivere Deo, vivere de Deo? S. AMBROS. LIB. DE OFFIC.

¿Qué puede haber de mejor que este bien, dónde mayor dicha que la de vivir eternamente para Dios y vivir de la vida de Dios?

Quotiescumque te vana sæculi delectaverit ambitio, quoties in mundo videris aliquid gloriosum; ad paradisum mente transgredere, esse incipe quod futura es. SAN HIERON. EP. XXII, AD EUSTOCH.

Siempre que te halagáre la vana ambicion del siglo, siempre que el mundo te ofreciere un espectáculo de gloria, transporta tu pensamiento al cielo, para acostumbrarte á aquella felicidad que has de poseer.

Hæreditas Christi qua cohæredes sumus, non minuitur copia possessorum, nec fit angustior numerositate cohæredum; sed tanta est multis, quanta paucis; tanta

La herencia de Jesucristo, á la cual todos tenemos derecho, no queda mermada por la muchedumbre de los que la poseen, ni queda limitada por el crecido nú-

singulis, quanta omnibus. S. AGUS. IN PSALM. XLIX.

mero de los coherederos; pues tan grande es para muchos, como para pocos; tan grande para uno solo, como para todos juntos.

Ipse finis est desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabitur, sine fatigatione laudabitur. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. XX, CAP. 30.

El mismo (Dios) es allí el último término de nuestros deseos; pues le veremos eternamente, le amaremos sin fastidio, le alabaremos sin cansarnos.

Ecce venale est regnum Dei, eme si vis, tantum valet, quantum habes. Noli quærere quod habes, sed qualis sis; res ista valet tantum, quantus es tu. IDEM LIB. DE SPIR. ET ANIM.

El reino del cielo está en almoneda; si quieres, puedes comprarlo: vale todo cuanto tienes. No examines, empero, lo que tienes, sino que tal eres; pues este tesoro vale tanto como tú mismo.

Si considerentur quæ nobis promittuntur in cœlis, vilescunt animo omnia quæ habentur in terris: terrena namque substantia, supernæ felicitati comparata, pondus est, non subsidium. S. GREGOR. HOM. XXXVII, IN EVANG.

Si consideramos los bienes que se nos prometen en el cielo, fastidio nos causan las cosas de la tierra; por cuanto estos bienes temporales, comparados con los del cielo, son más bien un peso que un alivio.

Véase: BIENAVENTURANZA.—FELICIDAD.—GLORIA.

CIENCIA.

I.

Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.

En vuestro saber, no os levanteis más alto de lo que debeis, sino conteneos dentro de los límites de la moderacion.

(*Rom.* XII, 3.)

La ciencia es la aspiracion más propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae: la ciencia es su condicion; la ciencia es su vida; la ciencia es su sueño. En nuestros dias todo el mundo habla de ciencia, todos pretenden conocerla; y se proclama y exagera tanto el carácter científico de nuestra época, como si el mundo sábio se viese enriquecido, no diré cada año ó cada mes, sino cada semana, y aun cada dia, con producciones literarias, que compiten y exceden á las que nos han trasmitido los siglos, que calificamos de bárbaros, porque fueron bastante modestos para no darse á sí mismos, como lo hace el nuestro, el dictado de ilustrados ó sábios. Sin embargo, preciso es confesarlo: la ciencia, en la universal acepcion de esta palabra, anda en el dia muy escasa. Es verdad, que se cultivan muchos ramos de la ciencia, que se adquieren conocimientos especiales, que se realizan adelantos trascendentales, que se investigan fenómenos curiosos, todo esto es cierto; pero no lo es ménos, que nos falta la ciencia del órden, la ciencia de las relaciones, la ciencia más importante, la ciencia propiamente dicha. ¿Dónde están las obras profundamente científicas de nuestro siglo? Todos los dias salen á luz multitud de obras; leedlas, y vereis á cuán pocas corresponde la citada calificacion; leedlas, y hallareis que la verdad, lo mismo que el error, las teorías razonables como las absurdas, los más opuestos extremos, las más irreconciliables doctrinas, todo pretende apoyarse en la ciencia; y siendo imposible que la ciencia sumi-

singulis, quanta omnibus. S. AGUS. IN PSALM. XLIX.

mero de los coherederos; pues tan grande es para muchos, como para pocos; tan grande para uno solo, como para todos juntos.

Ipse finis est desideriorum nostrorum, qui sine fine videbitur, sine fastidio amabitur, sine fatigatione laudabitur. IDEM DE CIVIT. DEI, LIB. XX, CAP. 30.

El mismo (Dios) es allí el último término de nuestros deseos; pues le veremos eternamente, le amaremos sin fastidio, le alabaremos sin cansarnos.

Ecce venale est regnum Dei, eme si vis, tantum valet, quantum habes. Noli quærere quod habes, sed qualis sis; res ista valet tantum, quantus es tu. IDEM LIB. DE SPIR. ET ANIM.

El reino del cielo está en almoneda; si quieres, puedes comprarlo: vale todo cuanto tienes. No examines, empero, lo que tienes, sino que tal eres; pues este tesoro vale tanto como tú mismo.

Si considerentur quæ nobis promittuntur in cœlis, vilescunt animo omnia quæ habentur in terris: terrena namque substantia, supernæ felicitati comparata, pondus est, non subsidium. S. GREGOR. HOM. XXXVII, IN EVANG.

Si consideramos los bienes que se nos prometen en el cielo, fastidio nos causan las cosas de la tierra; por cuanto estos bienes temporales, comparados con los del cielo, son más bien un peso que un alivio.

Véase: BIENAVENTURANZA.—FELICIDAD.—GLORIA.

CIENCIA.

I.

Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem.

En vuestro saber, no os levanteis más alto de lo que debeis, sino conteneos dentro de los límites de la moderacion.

(*Rom.* XII, 3.)

La ciencia es la aspiracion más propia del hombre. Por lo mismo que es un sér inteligente, la ciencia le atrae: la ciencia es su condicion; la ciencia es su vida; la ciencia es su sueño. En nuestros dias todo el mundo habla de ciencia, todos pretenden conocerla; y se proclama y exagera tanto el carácter científico de nuestra época, como si el mundo sábio se viese enriquecido, no diré cada año ó cada mes, sino cada semana, y aun cada dia, con producciones literarias, que compiten y exceden á las que nos han trasmitido los siglos, que calificamos de bárbaros, porque fueron bastante modestos para no darse á sí mismos, como lo hace el nuestro, el dictado de ilustrados ó sábios. Sin embargo, preciso es confesarlo: la ciencia, en la universal acepcion de esta palabra, anda en el dia muy escasa. Es verdad, que se cultivan muchos ramos de la ciencia, que se adquieren conocimientos especiales, que se realizan adelantos trascendentales, que se investigan fenómenos curiosos, todo esto es cierto; pero no lo es ménos, que nos falta la ciencia del órden, la ciencia de las relaciones, la ciencia más importante, la ciencia propiamente dicha. ¿Dónde están las obras profundamente científicas de nuestro siglo? Todos los dias salen á luz multitud de obras; leedlas, y vereis á cuán pocas corresponde la citada calificacion; leedlas, y hallareis que la verdad, lo mismo que el error, las teorías razonables como las absurdas, los más opuestos extremos, las más irreconciliables doctrinas, todo pretende apoyarse en la ciencia; y siendo imposible que la ciencia sumi-

nistre principios para pretensiones tan opuestas, forzoso nos será confesar, que no la conocen los que tanto la invocan.

Y ¿sabeis por qué no la conocen? ¿sabeis por qué nos falta la ciencia propiamente dicha? Tal vez tomeis por una paradoja lo que voy á deciros, pero no lo es: nos falta la ciencia porque nos sobra el orgullo. Felices eran nuestros primeros padres en el paraíso; ilustrada era su inteligencia, cuando el enemigo tentador les prometió, que si infringian el precepto que se les habia impuesto, llegarian á ser semejantes á Dios, en punto á la posesion de la ciencia del bien y del mal; ellos quisieron saber más de lo que les convenia saber; y, léjos de adelantar en la ciencia, quedaron sumidos en la oscuridad. Lo propio sucede en nuestros dias. Al hombre se le dice: tú tienes derecho á una ilustracion ilimitada; tu inteligencia es el juez supremo del bien y del mal, de la verdad y del error; toda sombra es para ella un insulto, todo misterio una locura, toda dependencia una usurpacion de su soberana autoridad; el hombre, en su orgullo, sacude el yugo de la autoridad, no quiere ser discípulo de nadie, y cae en los más absurdos errores.

Repito que nos falta la ciencia, porque nos sobra el orgullo. Por esto el Apóstol nos recomienda la moderacion y sobriedad en la ciencia: consejo, que si ha sido necesario inculcarlo en los tiempos pasados, lo es más en los presentes. Por esto me propongo demostraros su necesidad, y haceros ver, cuán contrario á la ciencia es el orgullo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El entendimiento humano busca la verdad con insaciable afan. Es tan natural que el hombre vaya en pos de la verdad, ó de la ciencia, que es el medio de encontrarla, como que algunos filósofos del paganismo afirmaron, que la felicidad consistia en conocer la verdad. Esta asercion en los lábios de hombres, que no estaban imbuidos en la revelacion, no tenia un sentido completo; pero encierra un sentido profundo para nosotros, que sabemos ha de consistir nuestra eterna dicha en ver á Dios cara á cara. De tal modo nuestra inteligencia busca la verdad, que aun los más groseros errores no los aceptamos como errores, sino presuponiendo que se refieren á la verdad.

A nuestros primeros padres les infundió Dios una ciencia de la misma especie que la nuestra, aunque muy superior á la que poseemos; y esto indica, que el hombre perfecto, tal como puede serlo en la tierra, supone la ciencia; así como el hombre imperfecto ó degradado supone siempre la ignorancia. Como todos debemos procurar

nuestra perfeccion, bueno es que busquemos la ciencia, pero no nos dejemos arrastrar por el instinto de la misma. Siempre ofrece grandes peligros el dejarse llevar por aquellos instintos ó propensiones, que tienen por objeto satisfacer alguna de nuestras necesidades ó exigencias naturales; pero los ofrece mucho mayores, el dejarse arrastrar por el instinto de la ciencia, que llevamos en nuestra condicion de séres racionales. Nuestras facultades son muy limitadas; y si á todo trance, y á toda costa, y en todas ocasiones queremos satisfacer el instinto de la ciencia, tropezaremos con innumerables escollos, y, en vez de ilustrarnos, nos ofuscaremos. Si nuestros primeros padres no hubiesen pretendido saber más de lo que sabian, ó de lo que les convenia saber, ni se hubieran hundido en la oscuridad, ni nos hubieran legado tantos siglos de tinieblas, tantos trabajos y afanes, que nos cuesta encontrar la verdad en mucho tiempo, y con mezcla de muchos errores. Es preciso, pues, que hagamos del instinto de la ciencia un uso sóbrio y moderado, y que busquemos la verdad con humildad.

El instinto científico, en nuestro estado actual, está identificado con la soberbia: la historia de la ciencia va siempre unida á la historia del orgullo humano; y por el camino del orgullo no se encuentran más que errores. Por esto los antiguos filósofos que, por las cosas visibles, conocieron que debia de haber un autor y conservador de las mismas, y, llenos de orgullo, no le glorificaron como debian glorificarle, quedaron entregados al réprobo sentido; oscureciose su inteligencia, y al propio tiempo que se llamaban sábios á sí mismos, daban bien á conocer, que no eran, como dice S. Pablo, más que unos necios: *Evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum; dicentes enim esse sapientes, stulti facti sunt.* Rom. I, 21. Por esta misma razon los escribas y fariseos que, engreidos con la presuncion de maestros de la ley y de guias del pueblo, se desdeñaban de reconocer y acercarse á Jesucristo, que es la luz del mundo, quedaron envueltos en las más densas tinieblas, al paso, que muchos humildes é ignorantes aprendian lo que más nos importa conocer.

2. Para comprender bien cuán reñida está la ciencia con el orgullo, examinemos, en primer lugar, cuál es la causa de nuestra ignorancia. El orgullo fué el padre de la ceguedad del género humano; el orgullo añade oscuridad á oscuridad, y tinieblas á tinieblas; luego, el orgullo no es luz, ni puede ser ilustracion, ni puede ser ciencia. Luego, los soberbios no pueden ser sábios en la ciencia que más nos interesa conocer. Un cristiano humilde, una pobre é ignorante mujer

cristiana, un niño de nuestras escuelas, sabe más que los grandes sábios de la antigüedad, y desvanece las dudas que los antiguos filósofos, dotados de tan clara razon, no alcanzaron á desvanecerse.

Esta es la gran felicidad de los humildes, ó pequeñuelos. En lo antiguo, cuando aun no habia difundido el Salvador su luz sobre el mundo, á los pobres ó humildes no se les destinaba á participar de la ciencia; antes bien se les ocultaba, no juzgándoles dignos ni aun de oirla. Presumíase, que al pueblo solo le convenia la ignorancia; pero vino el Salvador, y los humildes oyeron la explicacion de la ciencia más privilegiada que le interesa al hombre cultivar; la verdad penetró en sus corazones; y su espíritu, despojado del aguijon de la duda, avanza tranquilo entre las olas de las opiniones humanas, guiado por quien no puede extraviarle, y solo se comunica á los humildes.

Y ved ahí otra razon para demostrar, que la ciencia no puede hermanarse con el orgullo. Dios no se comunica por la luz más que á los humildes, los cuales, dejándose guiar por esta luz, consiguen el conocimiento de la verdad. A todos los que, no comprendiendo siquiera el granito de tierra que pisan con sus piés; ni la gota de rocío que el cielo envia; ni la hoja seca del árbol, que se convierte en juguete del viento; se tienen, sin embargo, por sábios; y, en su altivez, aspiran con su mezquina razon á explicarlo todo, á comprender á Dios, y á sondear sus misterios; á todos éstos, Dios les retira sus luces, sin las cuales van á sumergirse en todos los errores y vicios: *Tu, plenus sapientia... et elevatum est cor tuum... perdidisti sapientiam tuam... in terra projeci te.* Ezech. xxviii, 12 et 17. Estas palabras, que el Señor puso en los lábios del profeta Ezequiel, y que se aplican generalmente al ángel caido, se realizan tambien en los hombres altivos que presumen de sábios. La confusion va siempre en pos de su orgullo.

Este es, si bien se examina, el orígen de todas las herejías que han afligido á la Iglesia. Algunos doctores de no vulgar talento, engreidos con sus luces y con el dictado de sábios, que el mundo les dispensaba, sacudieron el yugo de la autoridad, pretendieron comprender con su limitada razon á Dios, y sondear sus inmensos misterios; más como el orgullo ocupaba su corazon, por no confesar su nulidad para ver lo que tan superior es á nuestro entendimiento, pretendieron, que los dogmas y misterios de la fe católica se reducian á lo que ellos interpretaban. La soberbia no les permitia considerarse como distinguidos doctores y sabios, y reconocerse, á su vez, impotentes para sondear las obras de Dios; y en circunstancias como

la presente, el que no tiene bastante valor para recurrir á la humildad, llega por el camino del orgullo á los más absurdos errores.

Esto nos explica una particularidad, que suele causarnos profunda extrañeza. Vemos, algunas veces, á ciertos hombres eminentes, convertidos en los más profundos ignorantes; y que siendo antes racionales en sus juicios, prudentes en sus consejos, sensatos en sus determinaciones, profundos en la ciencia religiosa, y templados en la política; muéstranse, despues, ciegos, irreflexivos, superficiales, desacertados; y tan nulos, que no solo ignoran lo que antes sabian, sino que ni siquiera comprenden lo que sabe un niño, y lo que el hombre más vulgar entiende. Desde el momento en que Dios ve empleada contra él la ilustracion que nos dispensa, principia á retirárnosla; y abandonado á sí mismo el hombre orgulloso, deja perder lo que sabia, se entrega á los más absurdos errores, y no sabe raciocinar sino por medio de fatales sofismas.

Hay, además, otra razon fundada en la índole del hombre, para convencernos de que la ciencia está reñida con el orgullo. El hombre no adquiere la ciencia sino con docilidad y trabajo. Si le falta la docilidad, no aceptará los primeros principios y las primeras definiciones que nos dan los maestros, y que sin discusion debemos recibir; ni á los autores clásicos en la materia les prestará gran crédito en sus raciocinios, mientras aventajen un poco á los suyos. Si no tiene amor al trabajo, no tendrá constancia en sus empresas. Y, ¿cómo quereis que el hombre soberbio se someta gustosamente al trabajo, siendo el trabajo un castigo de la soberbia? ¿Cómo es posible, que muestre docilidad en aprender, siendo una misma cosa la docilidad y la humildad? Los dos grandes obstáculos de la ciencia, sus enemigos más terribles, son la presuncion y la ociosidad: pues bien; el hombre orgulloso no vencerá estos obstáculos, que le privan de aprender y adelantar.

Por último; el hombre orgulloso, engreido con lo que presume saber, no quiere ser discípulo de nadie, ni aun en las materias en las cuales carece de conocimientos. Se creeria degradado con tomar asiento entre los oyentes de un profesor, que explicase ciencias para él desconocidas. Se desdeña de leer los libros en que se traten cuestiones que no conoce; y si le hablais del mérito de sus autores, con un gesto desdeñoso les juzgará, sin entenderlos, sin leerlos, y aun sin mirarlos. ¿Cómo es posible, que con estas soberbias ideas pueda dedicarse con fe y con teson al cultivo de la ciencia, cuando presume poseer y comprender ya todos sus arcanos?

Hermanos mios, si deseais ser sábios, empezad por ser humildes.

Donde está la humildad, dice el sagrado libro de los Proverbios, CAP. XI, 2, allí está la sabiduría. El hombre humilde, cuanto más sabe, cuanto más estudia, cuanto más examina, más se convence de que nada sabe, y de que es inmenso el campo de la ciencia, y de que se halla como en la primera letra del abecedario, con respecto á la extension de los conocimientos humanos. Así, humillándose, estudia; y estudiando, aprende; y aprendiendo con su humildad, promueve la ciencia, y se salva. Los santos Padres son muy profundos, porque fueron muy humildes. Los siglos más religiosos han sido los más científicos. Nuestro siglo es un siglo de soberbia; por esto no es profundo, sino superficial; no es científico, sino declamador; no es sábio, sino locuaz y atolondrado. Todos presumen ahora de sábios, y nadie estudia. ¿Cómo ha de progresar la ciencia con tales elementos? « Si preguntas, dice S. Agustin, cuál es el camino para alcanzar la verdad, te responderé: que es la humildad; y si vuelves á preguntármelo, volveré á decirte: que es la humildad; y si por tercera vez me lo pides, por tercera vez te diré: que es la humildad; y cuantas veces me lo preguntes, te daré la misma respuesta. EPIST. LVI. » Detestad el orgullo, que es el padre de la ceguedad del género humano. Jesucristo, que es la luz, se humilló para desvanecer las tinieblas de nuestra ignorancia; el que con la humildad se acerca á Jesucristo, será ilustrado en la tierra, y gozará en el cielo de la gloria eterna, que os deseo á todos.

CIENCIA DE LA RELIGION.

II.

Vani sunt homines in quibus non subes scientia Dei.

Vanidad, y no más, son los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.

(*Sabid.* XIII, 1.)

El principal carácter ó distintivo con que los profetas dieron á conocer al divino Fundador de la Iglesia, fué el de que, á su venida, los pueblos que vivian en las tinieblas verian una gran luz. El mismo Jesucristo, al principiar su mision y en el curso de ella, dijo muchas veces: que Él era la luz del mundo. No es extraño, pues, que la Iglesia nada tema más que la ignorancia, y se esfuerce á inundar de luz toda la tierra. ¿Quién como la Iglesia ha trabajado para difundir y propagar la ilustracion en el mundo? ¿Quién ha creado en todos los puntos de Europa más universidades, más academias y otros grandes focos de ilustracion? ¿Quién ha sembrado en nuestro suelo más colegios, institutos, gimnasios, asilos y establecimientos de toda clase para la instruccion de juventud? En la mayor parte de nuestras poblaciones, no se puede dar un paso sin encontrar algunos restos de estos antiguos edificios. Y aun en nuestros dias, bien podemos decirlo; no nos guarecemos en muchos sitios, sino á la sombra de los restos que se han salvado de la segur destructora del tiempo y de la piqueta de los demoledores: sobre sus ruinas, de las que se ha procurado sacar todo el partido posible, se han levantado la mayor parte de los colegios y otras instituciones modernas.

Hijos de esta tierna Madre, cuya mision en la tierra consiste en ilustrar y vivificar el mundo, aplaudimos, como ella, todo lo que puede proporcionar adelanto y progreso á los estudios. Que se inicie en edad temprana á la juventud en los conocimientos que deben

facilitarles la entrada en las carreras, ó en el ejercicio de una honrosa profesion; que se aguijonée y estimule su celo con el cebo de una remuneracion conveniente; que se les proporcionen, pagándoles bien, maestros hábiles y expertos, cosa es que se acomoda perfectamente á nuestras ideas y sentimientos; nosotros nos alegramos vivamente de todos los adelantos que hacen las ciencias y las artes. Deseamos solamente, que se enseñen y estudien mejor las materias religiosas; porque ninguna ciencia es comparable á la ciencia de la Religion. Esto es lo que me propongo demostraros: A. M.

1. La Religion es la ciencia de las ciencias, la ciencia por excelencia, la ciencia de Dios, del hombre, de la vida presente y de la vida futura. Seria imposible corresponder mejor de lo que lo hace la Religion á nuestra propia dignidad y á nuestras diversas necesidades.

Y ante todo; ¿qué cosa puede haber más digna del hombre, que esta ciencia, que le da á conocer su elevado orígen, le traza el camino que ha de seguir al través de las sinuosidades y de la oscuridad de este mundo, y le muestra el fin que le espera en un porvenir más ó ménos próximo? Hasta ahora, este rey de la creacion, abandonado á sus propias luces, no ha podido averiguar siquiera de donde viene.—¿Viene de la nada, ó de algunos átomos puestos en gérmen, ó de alguna influencia sideral, como han soñado varios filósofos?—No ha podido averiguar siquiera en donde se encuentra: ¿qué es el mundo, en donde vive? ¿tuvo este mundo su principio? ¿tendrá fin?—No ha podido averiguar siquiera á donde va: ¿volverá á la nada? ¿sobrevivirá á sí propio?

Todo es tinieblas, oscuridad y misterio para él; se reconoce impotente para resolver estos vários problemas. Semejante al que ha venido al mundo con una venda en los ojos, no anda sino con paso trémulo é inseguro, por un camino cuyas excavaciones y obstáculos ignora.

Pero en cuanto viene en su auxilio el estudio de la Religion, al punto asoma la luz en su espíritu; y al resplandor de esta divina antorcha, vé todo el Génesis y la historia del género humano. Este sér, compuesto de dos sustancias, cuerpo y alma, que se llama el hombre; este sér, á la vez tan débil y tan fuerte, tan grande y tan pequeño, tan inteligente y tan limitado; este sér, que envuelve en sí propio tantas contradicciones, salió vivo, con todos sus instintos y sus aptitudes, de las manos del Creador. Dios, despues de haber impreso en su frente su sello indeleble, para que nunca se dude de su celestial

orígen, le ha enviado al mundo para trabajar en su gloria, trabajando, al propio tiempo, en su bien personal; vendrá el dia en que, pesando sus obras en la balanza de su suprema justicia, recibirá en sus tabernáculos eternos á los que habrán correspondido á su legítima vocacion, y precipitará á fuegos inextinguibles á los que, infieles á su mandato, habrán usado mal del talento que se les habrá confiado. En este caso, queda dicho todo lo correspondiente al hombre; se conocen su orígen y sus mortales destinos; por consiguiente, no tiene más que hacerse digno, por sus sentimientos y por sus obras, de los beneficios del supremo juez; queremos decir, de la felicidad que otorga á sus escogidos; no tiene más que evitar, cumpliendo fielmente sus deberes, su venganza extrema; queremos decir, los castigos que reserva á los malos.

¿Puede haber algo más digno del hombre, que remontarse, como por los eslabones de una cadena no interrumpida, á la causa general de todo cuanto nos rodea? No pasa dia en la semana, ni pasan horas en el dia, sin que el hombre pensador trate de referir á su primer principio las maravillas de que es testigo. ¿Quién ha encendido ese fuego del sol? ¿Quién ha suspendido en la bóveda de los cielos ese número infinito de cuerpos luminosos; quien ha mandado á esos cuerpos luminosos que recorran el espacio ordenadamente, como un ejército formado en órden de batalla? ¿Quién hace describir en la inmensidad á algunos de esos cuerpos luminosos, esas curvas cuyas revoluciones tiene dificultad en seguir la imaginacion, á pesar de la regularidad y de la precision de sus cálculos? ¿Quién ha abierto esas profundidades, que nuestros manantiales, nuestros arroyos y rios no pueden llenar jamás? ¿Quién ha señalado límites al Océano, cuyas rumorosas olas se estrellan en los granos de arena? ¿Quién ha sentado el mundo sobre las bases en que descansa? ¿Quién ha hecho suceder el dia al dia, las estaciones á las estaciones, y los años á los años? Tantas maravillas, no pueden ménos de excitar nuestra curiosidad. ¡Cuánto más se las admira, más se desea conocer á su autor! Por aquí se explica la dicha tan perfectamente expresada por el gran poeta latino: *Felix qui potuit rerum cognoscere causas.*

Pues bien; no necesitais apremiaros mucho en vuestras investigaciones, para conseguir el objeto que os proponeis; bástaos abrir la primera página de los Libros santos, en que están expuestos, junto con sus divinas enseñanzas, los hechos y las obras de nuestra santa religion. ¿Qué nos refieren ellos? Dios habla, y, á su voz, el mundo sale de la nada; sale de la nada con todas sus riquezas, con todas sus bellezas, con todos sus esplendores; sale de la nada con sus miles

de manantiales y de fuentes, con sus arroyos y sus rios, con sus golfos y mares; sale de la nada con sus llanuras y montañas, con sus peñas y bosques, con sus praderas y jardines; sale de la nada con sus dos grandes focos de luz, uno de los cuales preside el dia y el otro á la noche; sale de la nada con sus millones de estrellas, que parecen servir de comitiva al que las ha creado: en una palabra, con todos los séres que existen, así en el mundo visible, como en el mundo invisible. Una sola palabra, salida de su boca, basta para producir todas estas maravillas: *Dixit et facta sunt.*

Ya conoceis ahora el grande arquitecto, que, con un simple acto de su voluntad, creó, constituyó y organizó ese vasto mundo: á él corresponde la gloria, la magestad, la sabiduría, el poder, la bondad. ¡De cuántas acciones de gracias le seremos deudores por las obras que ha obrado en nuestro favor! Postrados á sus plantas, le bendeciremos, y cantaremos sus alabanzas en los siglos de los siglos: *Nunc igitur, Domine Deus noster, confitebimur tibi et laudabimus nomen tuum in sæculum sæculi.*

Y sobre todo; ¿qué puede darse más digno del hombre, que estudiar en su esencia y en sus divinas perfecciones al autor de todos los séres? Si ya es tan bello, tan grande, tan poderoso, cuando se le consideran las obras de sus manos; ¿cuánto más lo es al considerarlo en sí propio? A no estar uno guiado y sostenido por la gracia del cielo, habrian de dejarle deslumbrado la luz y el resplandor, que no se han hecho para el ojo de un mortal; y bien podria temerse que uno se viera abrumado por el resplandor de una gloria increada, como el que se empeña en comprender lo incomprensible: *scrutator majestatis opprimetur a gloria.*

Sin embargo, examínese bien, y se verá, que no hay hijo alguno bien nacido, que no tenga como una dicha y como una honra estudiar en los pergaminos y en las tradiciones de su familia la historia de sus ascendientes; todo hijo bien nacido desea conocer las genealogías de sus ascendientes, sus enlaces, sus glorias, sus ilustraciones; y no puede serle ageno lo que los realza, ó les interesa.

Y nosotros, hijos de Dios, ¿mostraremos ménos empeño en conocer al procreador y al padre del género humano, del que muestran los hijos del siglo para conocer á sus antepasados? Lejos de nosotros semejante suposicion; la rechazamos con toda la energía de nuestra alma. Semejante suposicion seria una injuria gratuita á nuestra fe y á nuestra piedad.

Dios será siempre el primer objeto de nuestras meditaciones, y de nuestros estudios.

Pero ¿quién podrá darnos una idea de este gran sér, que habita en lo más encumbrado de los cielos, en los resplandores de brillantísimas luces? ¿Dónde le encontraremos en su verdad absoluta, sin nubes, sin sombra, sin mezcla alguna? ¿Acaso en las viejas teogonías de Egipto, Asiria, Grecia, Roma y de los pueblos más adelantados de la antiguedad pagana? No se puede repetir sin ruborizarse, todo lo que aquellos pueblos pensaron, dijeron y escribieron sobre sus divinidades. ¡Qué desórden de imaginacion! ¡Qué confusion de ideas! ¡Qué libertinage de espíritu! Son todo ello sueños absurdos, fruto de cérebros delirantes. Los talentos más eminentes pagaron tributo como el pueblo á esas extravagancias. Se arrodillaron junto con el pueblo, no solamente ante los ídolos de madera y de piedra, sino tambien ante mónstruos de toda clase, lagartos, dragones, cocodrilos y otros animales. ¿Hay en las sociedades modernas, entre los hombres ilustrados, quienes, bajo pretexto de emanciparse de antiguas preocupaciones, han roto con la revelacion para no atender más que á la razon? No faltan entre ellos algunos que, refiriéndose á su sentido depravado, y siguiendo el ejemplo del insensato, del que nos hablan los Libros santos, han borrado de su símbolo al que es el principio y el fin de todas las cosas. *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* En cuanto á los que le hacen el obsequio de conservarle en los dípticos de sus creencias, le han arreglado y conformado cada cual á su manera; los unos le han hecho un Dios nada cuidadoso é indiferente, que despues de crear el mundo lo abandona á las leyes generales que lo rigen, sin cuidarse de lo que puede suceder; los otros le han hecho un Dios sordo y ciego, que desde el lugar elevado que ocupa, no ve ni oye nada de lo que pasa en la tierra; los otros le hacen un Dios acomodaticio y tolerante que, complaciéndose en sus infinitas perfecciones, exige poca cosa á los simples mortales; otros le hacen un Dios todo, espíritu y materia; materia y espíritu que se confunde en su sustancia con sus criaturas; otros, en fin, hacen de Dios un mito, un ideal, una abstraccion, que se nos escapa cuando cree uno tenerla.

¡Ah, Señor! ¡cómo se os desfigura, cómo se os mutila, cómo se os cubre de barro! Perdonadles como en el Calvario perdonasteis á vuestros verdugos. Los que os tratan de esta suerte, no saben verdaderamente lo que hacen. *Nesciunt quid faciunt.*

Parécenos que para probar la identidad de Dios, en quien creemos y á quien servimos, vale más volver á las primeras nociones que se nos dieron en el regazo de nuestras madres; estas doctrinas, autorizadas y sancionadas por la Iglesia, son, de hecho, las únicas justas y

exactas que pueden desearse. ¿Qué nos enseñan con respecto á Dios? Nos dicen, para servirnos de la enérgica frase de nuestros Libros santos: *es el que es: ego sum qui sum.* Es un espíritu infinito, eterno, inmenso, todopoderoso, que lo hizo todo de la nada; infinito, posee todas las perfecciones; eterno, no ha tenido principio ni tendrá fin; inmenso, está al mismo tiempo en todas partes, en el cielo, en la tierra, y en los infiernos; omnipotente, puede con un solo acto de su voluntad, crear ó destruir á su placer mundos mil veces más hermosos y más grandes que el habitado por nosotros. Su nombre es Jehová. A su aspecto las montañas se derriten como cera; con una mirada hace temblar la tierra; los cielos celebran su justicia. *Vidit et commota est terra; montes sicut cera fluxerunt a facie Domini; cœli anuntiaverunt justitiam ejus.*

En este retrato, ¿quién no reconocerá al Dios del cielo y de la tierra; al Rey de los reyes, al Señor de los señores? Es imposible desconocerle. Nadie se le parece; sus atributos y sus perfecciones son incomunicables: *Deus, quis similis tibi?*

Asombrado de tanta grandeza y majestad, San Agustin, este célebre doctor de la Iglesia, de alma y de corazon de fuego, no encuentra palabras bastante expresivas para explicar el sentimiento que le inspira. «Belleza siempre antigua, exclama con su arranque africano, belleza siempre nueva, ¿por qué he tardado tanto en conocerte? ¿por qué he tardado tanto el amarte? *Sero te cognovi, sero te amavi.* Pero ya, en adelante, serás el único objeto de mis preferencias. Yo no estaré contento y satisfecho, hasta que mi corazon te posea sin temor de perderte: *irrequietum est cor meum donec requiescat in te, Deus.*»

2. Si nada hay más digno del hombre que el estudio de la Religion, debemos añadir, tambien, que nada corresponde tanto á sus necesidades. Sin esta gran ciencia, sin esta ciencia divina, ¿de qué le servirán las demás? Para juzgar de su inferioridad, no hay más que trasportarse á esa hora suprema, en que cesan todas las ilusiones de la tierra. ¿Qué le importarán en este último dia, en que lo perdemos todo, los tesoros de ilustracion y de conocimientos que habrá acumulado? ¿Qué le importarán, cuando el toque fúnebre anunciará su agonía, los secretos que habrá arrancado al vapor, á la luz, á la electricidad, á la yerba de los campos, á la naturaleza entera? ¿Qué le importarán, cuando sus ojos comiencen á cerrarse á la luz, los astros y otros cuerpos luminosos, que á fuerza de observaciones habrá podido descubrir en algun rincon del firmamento? ¿Qué le importarán, cuando sus manos debilitadas no podrán emplearse en nada las fórmulas algebráicas y geométricas? ¿Qué le importarán, cuando su lengua helada se negará á exponerlos y desenvolverlos, los varios sistemas que habrá imaginado para explicar un gran número de dificultades que se encuentran en la filosofía, en la historia, en la jurisprudencia, en la geología y en otros ramos? Entónces será el primero en exclamar con el Espíritu Santo, en vista del presente que se desvanece, sin que ninguna combinacion química ó medicinal pueda prolongarla, y en vista de la eternidad que avanza, sin que ningun esfuerzo de la ciencia humana pueda hacerla retardar: Son bien poca cosa en los umbrales del tiempo á la eternidad, cualesquiera que sea, por otra parte, su mérito literario ó científico, los hombres que no poseen la ciencia de Dios: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei.*

¿En dónde aprendereis estas grandes verdades, que es tan útil y tan necesario conocer? ¿En dónde? En la escuela de la religion, que tenemos la dicha de profesar? Sí; solamente en la escuela de la religion se adquieren ideas justas y precisas sobre Dios y sus divinos atributos, sobre el mundo y su primer orígen, sobre nuestros primeros padres y su caida, sobre la regeneracion del hombre y su rehabilitacion, sobre el Redentor y su vida, sobre el espíritu Santo y sus divinas operaciones. Sí; solamente en la escuela de la religion se adquieren ideas justas y precisas sobre la Iglesia y sus gloriosas prerogativas; sobre la gerarquía católica y los individuos que la constituyen; sobre la sociedad de los fieles y los deberes que les están impuestos. Sí; solamente en la escuela de la religion se adquieren ideas justas y precisas sobre el alma y sus inmortales destinos; sobre la virtud y la recompensa que merece; sobre el pecado y la pena en que incurre. Sí; solamente en la escuela de la religion se adquieren ideas justas y precisas sobre la gracia y lo que ha costado; sobre los sacramentos y su eficacia; sobre la oracion y los auxilios que nos proporciona. En resúmen: solamente en la escuela de la religion se adquieren ideas justas y precisas sobre los deberes del hombre con respecto á Dios, con respecto á sí propio, y con respecto á sus semejantes: para nosotros, todo, dogma y moral, está encerrado en estos códigos divinos, en esos códigos que se os han dado, para que conformeis á ellos vuestras creencias y vuestras obras. *Quæcumque scripta sunt ad nostram doctrinam scripta sunt ut per patientiam et consolationem scripturarum spem habeamus.*

En esta sábia escuela se han formado en todos tiempos los hombres escogidos, que, más adelante, con su ilustracion y sus virtudes han venido á ser un título de gloria para la religion. Muchos de ellos

no habian sido preparados, desde el principio de la predicacion evangélica, por su educacion y sus costumbres para abrazar la nueva creencia. Al contrario, todo era un obstáculo para ellos; se sonreian de compasion, ó volvian la cara por desden, envolviéndose en los pliegues de su trage cuando se queria hablarles de la nueva doctrina: sus misterios les desconcertaban, su moral les espantaba, sus discípulos les humillaban. A ningun precio querian, en un principio, dar su nombre, y poner su confianza en una religion, que dejaba en lugar tan secundario á la razon y los sentidos. Pero, poco á poco, en expresion del profeta Isaías, *los que habian rechazado la verdad, la buscaron:* atraidos por el encanto y la lógica de su doctrina, manifestaron deseo de examinarla; antorcha en mano, descendieron hasta sus profundidades para saber en que fundamentos descansaba; en vista de las profecías que la habia anunciado, de los prodigios que la habian acompañado, de la ilustracion y de las fuerzas que habia puesto al servicio del género humano, reconocieron, sin pena, que estaba marcada con un sello divino; subyugados por tantas razones de un órden superior, no pudieron resistir á las consecuencias que encerraba; exclamaron, en un santo entusiasmo, dispuestos á sellar con su sangre la adhesion que le daban: Tus testimonios, Señor, son por demás brillantes y visibles, para no merecer nuestra completa y entera creencia. *Testimonia tua, Domine, credibilia facta sunt nimis.*

¿Acaso no se preparan y deciden en esta misma escuela, las brillantes conversiones que han tenido efecto en Inglaterra, en Alemania, en Francia, en las provincias del Rhin, y hasta en la América del Norte? Casi cada correo nos comunica, y nos permite consignar en los dípticos de la Iglesia, alguna de estas gloriosas y felices conversiones. ¡Y qué hombres son los que, despues de maduras reflexiones, vienen á costa de los mayores sacrificios á colocarse debajo de nuestras banderas! Talentos de esta elevacion y de este temple no se venden, ni se entregan. Por su fortuna particular y por su posicion social, estaban muy por encima de todos los cebos del lucro y de los honores; por su talento y por su ilustracion estaban á cubierto de todos los estímulos y de todas las seducciones. No han cedido sino al grito de la conciencia: no se extravia el hombre, cuando tiene recto sentido y se entrega á la fuerza de la verdad; en este caso, su voz es la voz de Dios. ¡Ah! ¿Por qué no se apresuran todos los hombres á dedicarse á este estudio de nuestra santa religion? Nosotros salimos garantes de que, en este caso, habria muchos ménos sofistas, incrédulos é inpíos. Se blasfema, dice el Espíritu Santo, porque hay

ignorancia. Los judíos, segun opinion del grande apóstol, no se hubieran atrevido jamás á poner las manos en Jesucristo, Dios y Señor de la gloria, si hubiesen conocido quien era. Así tambien podemos afirmar, en honor de nuestras católicas creencias: nadie se permitiria hacerlas objeto de sus burlas, si supiesen en que bases descansa. Por intransigente y por prevenido en contra que esté el hombre, cae de rodillas ante las pruebas en que se fundan nuestras creencias, por poco que se las estudie con rectitud y lealtad; reunen ellas todo lo necesario para satisfacer por sí propias á los espíritus más exigentes. En el transcurso de diez y ocho siglos, y esta es una gloria que se les debe de justicia, han obligado por la claridad de sus deducciones á someterse á las inteligencias más altivas y más exigentes; ¿cómo no obligarian á rendirse las inteligencias de nuestros deistas y racionalistas modernos, ahora, que las doctrinas católicas están robustecidas por sus triunfos precedentes? ¡Pobres pigmeos, que no tienen sino sus pasiones y miserables subterfugios para hacer alarde de sus insolencias!

Al comparecer ante el tribunal de Jesucristo, Dios no os preguntará si habeis estado versados en las lenguas, en historia, geografía, música, literatura, matemáticas, y derecho; no os preguntará si con vuestras invenciones y vuestros trabajos habeis hecho progresar el comercio y la industria; no os preguntará, si en vuestros viages habeis descubierto algunos continentes nuevos; si habeis puesto término á célebres polémicas; y si con vuestras explicaciones habeis fijado la verdadera opinion sobre dificultades antes muy disputadas. En ese terrible pretorio habreis de contestar al supremo Juez sobre otros puntos; os preguntará: si conoceis á Dios, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo; Dios Padre, que os ha creado; Dios Hijo, que os ha redimido; Dios Espíritu Santo, que os ha santificado; tres personas en un solo Dios, y un solo Dios en tres personas; os preguntará, si despues de haber adorado al Verbo hecho hombre en el pesebre de Belen, le habeis acompañado al desierto, á la montaña, y á la cima del Calvario para oir sus divinas enseñanzas; os preguntará, si, enterados de estas sublimes verdades, las habeis tomado como ley y como norma de vuestros actos durante el curso de vuestra vida; os preguntará, si, confiando en su bondad y en su misericordia, habeis conocido y frecuentado los Sacramentos, que estableció para servir de canal á su gracia; os preguntará, si apreciando apasionadamente todas las grandes instituciones que hay en la tierra, habeis guardado alguna admiracion para con la Iglesia y su magnífica gerarquía; para con su augusta Cabeza y sus elevadas prerogativas; para con

sus Obispos y la parte que les corresponde en la direccion de las almas; para con la gloriosa falange de sus sacerdotes y otros ministros inferiores, cuyo oficio es tan bello; y para con la masa imponente de los fieles y de los derechos que se les han concedido. A todas estas preguntas, ¿qué podreis contestar? ¿estareis en el caso de satisfacer á lo que se os preguntará? ¿tendreis principios bastante definidos sobre las preguntas que se os harán? ¡Ah! temo que muchos de vosotros, sea cual fuere su instruccion sobre muchas otras materias, no estareis en estado de dar cuenta de la fe y de los principales misterios que contiene; ya será mucho si, en medio de vuestras preocupaciones, habeis conservado algunas vagas nociones de los primeros elementos religiosos que se os han enseñado en la infancia; todo lo demás, si no se ha desvanecido al soplo de vanas pasiones, cuya voz se ha oido en demasía, ó al soplo de perversas doctrinas, cuyos errores se han seguido por demás, se ha borrado poco á poco de la memoria; absorvidos por los negocios, ó dominados por otros estudios, no habeis tenido cuidado de conservar esos preciosos conocimientos, que serán el objeto del supremo interrogatorio.

¿Qué teneis, pues, que hacer, para libraros de la sentencia, que amenaza á los que no habrán conocido al Señor y á su Cristo, que fué enviado á la tierra? De estos últimos está escrito en nuestros Libros santos, que no entrarán en su gloria. Esta felicidad está reservada á los que han conocido al Verbo, que tomó carne en las entrañas de la bienaventurada Vírgen María para salvar al mundo, y han conocido al Padre que le engendró desde el principio, es decir, desde toda eternidad, por la irradiacion sustancial de su esplendor. Todos los demás, cualquiera que sea por otra parte su mérito, serán desterrados y excluidos del reino celestial. La sentencia es formal; no admite explicaciones, ni apelaciones: *Hæc es vita æterna, ut cognoscant te Deum, et quem misisti Jesum-Christum.*

Lo que teneis que hacer, para evitar esta desgracia, es volver á lo que habeis olvidado, ó que acaso nunca habeis sabido. Os van en ello vuestros más caros intereses, segun hemos hecho notar. No se discute cuando la salvacion eterna está comprometida, sino que se pone mano á la obra. La obra consiste en aprender lo que es absolutamente necesario para alcanzar la felicidad eterna, que os deseo.

DIVISIONES.

CIENCIA. — La ciencia nos es perniciosa cuando queremos ser sábios para que se nos admire.

Nos es provechosa cuando queremos ser sábios para nuestra edificacion.

CIENCIA DE LAS PERSONAS DE MUNDO. — Es una ciencia que llena el entendimiento de conocimientos inútiles.

Es una ciencia que cierra el entendimiento á las luces de que tiene necesidad.

CIENCIA DE LAS PERSONAS DE MUNDO. — Esta ciencia nos vuelve:

Soberbios,
Incrédulos,
Heréticos.

CIENCIA DE LAS PERSONAS DE MUNDO. — Cuando no saben lo que deben saber, su ciencia solo sirve para manifestarles la inutilidad de sus estudios.

Cuando saben lo que deben saber, su ciencia sirve para manifestarles la perversidad de sus inclinaciones.

CIENCIA DE LOS SANTOS. — Es la ciencia del Evangelio y de la cruz.

Es la ciencia en la cual Dios es el maestro del hombre.

Es la ciencia que hace practicar las verdades que enseña.

CIENCIA DE LOS SANTOS. — Por sábio que sea un cristiano, su entendimiento está sumido en la ignorancia, cuando carece de la ciencia de los santos.

Cuando se carece de la ciencia de los santos, no se posee la ciencia de la salvacion.

Cuando se carece de la ciencia de la salvacion, la ciencia solo sirve para perdernos.

CIENCIA DE LOS SANTOS. — Es una ciencia que enseña la humildad.

Es una ciencia que infunde celo.

Es una ciencia que mueve á penitencia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Deus scientiarum Dominus est. I. Reg. ii, 3.	Dios que todo lo sabe, él solo es el Señor.
Sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt. Prov. i, 7.	Los insensatos desprecian la sabiduría y la doctrina.
Imprudentes odibunt scientiam. Prov. i, 22.	Los imprudentes aborrecerán la sabiduría.
Sapientes abscondunt scientiam. Prov. x, 14.	Ocultan su saber los sábios.
Cor sapientis quærit doctrinam. Prov. xv, 14.	El corazon del sábio procura ser instruido.
Ubi non est scientia animæ, non est bonum. Prov. xix, 2.	Donde no hay *prudencia*, *que es* la ciencia del alma, no hay nada bueno.
Quid necesse est homini majora se quærere, cum ignoret, quid conducat sibi in vita sua? Eccle. vii, 1.	¿Qué necesita el hombre andar inquiriendo cosas superiores á capacidad, cuando ignora lo que le es conducente durante su vida?
Intellexi quod omnium operum Dei nullam possit invenire rationem eorum, quæ fiunt sub sole, et quanto plus laboraverit ad quærendum, tanto minus inveniet. Eccle. viii, 17.	Al fin entendí, que no puede el hombre hallar razon *completa* de todas las obras de Dios que se hacen en este mundo; y que cuanto más trabájare por descubrirla, ménos la hallará.
Vani sunt homines in quibus non subest scientia Dei. Sapient. xiii, 1.	Vanidad, *y no más*, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios.
Divitiæ salutis sapientia et scientia. Isai. xxxiii, 6.	La sabiduría y la ciencia, *oh príncipe*, son tus riquezas saludables.
Quia tu repulisti scientiam, repellan te, ne sacerdotio fungaris mihi. Oseæ. iv, 6.	Por haber tú desechado la ciencia, yo te desecharé á tí, para que no ejerzas mi sacerdocio.
Scientia inflat, charitas vero ædificat. I. Corinth. viii, 1.	La ciencia *por sí sola* hincha, la caridad es la que edifica.
Si habuero omnem scientiam, charitatem autem non habuero, nihil sum. I. Corinth. xiii, 2.	Cuando poseyéra todas las ciencias, no teniendo caridad, soy un nada.

Semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. II. Timoth. iii.	Andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad.
Si quis vestrum indiget sapientia, postulet à Deo. Jacob. i, 5.	Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídasela á Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La historia del primer pecado es un testimonio irrebatible de las fatales consecuencias, que trae consigo un apetito desordenado de saber. No diremos que aquellas palabras del demonio: *eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*, fuesen las únicas, que hicieron caer á Adan; pero no dudamos de que fueron de un gran peso para precipitarle en el lazo tendido. Lo mismo sucede á innumerables espíritus superficiales: dan entrada á las sugestiones de ciertos autores infames, dignos emisarios del demonio, y creen que tambien llegarán á ser dioses, sabiendo el bien y el mal; pero sucede casi siempre, que, olvidando el primero, solo aprenden y practican el segundo. Tal es el término de una ciencia desordenada.

Por el contrario; los patriarcas y profetas del antiguo Testamento aparecen hombres grandes en las ciencias, porque buscaron con preferencia la ciencia de Dios; el cual les reveló sus misterios, sus atributos, la grandeza de sus obras; y les hizo intérpretes de su voluntad, y les abrió el oculto velo del porvenir. Esto, léjos de engreirles ó envanecerles, les conservó más humildes. Tal es el término de la verdadera ciencia.

La ciencia es principalmente necesaria á los sacerdotes, que son los doctores del pueblo. Una de las mayores desgracias es la ignorancia de los maestros de la ley; porque, como dice S. Isidoro: si el doctor yerra ¿quién le corregirá? Por esto Dios se muestra muy celoso de la ciencia de sus sacerdotes; amenazando rechazar y privar del sacerdocio al que desprecie las ciencias propias de su ministerio: *Quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.* Oseæ. iv. Más, su ciencia no ha de ser una ciencia estéril, vana y guiada por un espíritu de curiosidad, porque esta es la ciencia que engrie, dice el Apóstol; sino humilde, llena de caridad y acompañada con la oracion.

En Salomon tenemos un precioso ejemplo que imitar, en punto á desear la ciencia. Apareciéndosele el Señor, y diciéndole, que pidiese lo que quisiera que le otorgase: en una edad peligrosa y llena de ilusiones cual es la juventud, pidió al Señor, no riquezas, ni

poder, ni deleites, sino la ciencia y acierto necesarios para juzgar con justicia á su numeroso pueblo; y Dios se complació tanto en la acertada peticion de este jóven príncipe, que le concedió riquezas, poder, paz, delicias y una sabiduría ilimitada. III. Reg. III.

El fundamento de toda ciencia, dice el Profeta, es el temor de Dios, Psalm. cx: el hombre que teme y ama á Dios, posee la más preciosa ciencia, y el Señor le ilumina, más ó ménos, segun los designios que ha formado sobre su estado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hæc tota scientia hominis est, scire quia ipse nihil est per se, et quoniam quidquid est, ex Deo est, et propter Deum est. S. August. in Psalm. lxx.

Toda la ciencia del hombre consiste en saber, que por sí mismo es nada; y que todo lo que tiene le viene de Dios, y lo posee para Dios.

Quid est hoc? surgunt indocti, et cœlum rapiunt; et nos cum nostris doctrinis demergimur in profundum. Idem l. viii, Conf. cap. viii.

¿Qué es esto? Vienen los idiotas, y obtienen la gloria; al paso que nosotros, con todo el saber, nos sumergimos en el abismo.

Scientiarum ardor nulla prorsus ætate extinguitur, imo ipse magis ætate inflammatur. S. Hieron. epist. ad Demetriadem.

En ninguna edad de la vida se entibia el gran deseo de saber, antes bien parece aumentarse á medida que avanzan los años.

Tunc scientia magna est, si charitate humilietur, ut amplius crescat; temperatur enim à dilectione, ut non satis mera sit, ut inebriet scientem, et se extollat. S. Ambr. in epist. 1 ad Corint. cap. viii.

La ciencia es grande, cuando se abaja por la caridad, para que sea más laudable; pues se modifica por medio del amor, para que no turbe ni deslumbre al que la posee.

Non es vera scientia boni, nisi ad hoc cognoscatur ut agatur. S. Prosper. in Psalm. cxviii.

No puede haber verdadera ciencia del bien, si no se aprende para practicarlo.

Plerique accepta scientia litterarum, non ad Dei gloriam, sed ad suam laudem utuntur, dum de ipsa extolluntur, et ibi peccant, ubi peccata emendare debuerunt. S. Isidor. lib. iii, de summ. bono.

Hay muchos que no dirigen á mayor gloria de Dios, sino á su propia alabanza, las ciencias que poseen, puesto que se envanecen de las mismas; y así pecan, en aquello mismo que deberia hacerles evitar el pecado.

Utile est multa scire, et recte vivere. Quod si utrumque non valemus, melius est bene vivendi studium, quam multa sciendi sequamur. Idem, lib. ii. Sentent. cap. i.

Es muy útil saber mucho, y vivir bien; pero cuando no tuviéremos valor para ambas cosas, vale más aprender á vivir bien, que á saber muchas cosas.

Qui seipsum non docuit, alium docere non potest. Origen. hom. xxxviii, in Levitic.

El que no aprende para sí mismo, no puede enseñar á los demás.

Véase: Concordia de la religion con las ciencias y artes;—Concordia de las ciencias divinas y humanas;—y Concordia de la razon y de la fe.

CISMAS.

Hi sunt, qui segregant semetipsos.
Estos son los que se separan á sí mismos.
(Judæ 19.)

Varios pueblos se han separado de la Iglesia; ¿puede decirse que ella es inocente respecto á la division cismática que la despedaza? Estos desmembramientos ¿son males de que simplemente haya de lamentarse, ó son tambien faltas de que debe de arrepentirse? Tal es la cuestion, que hoy es menester resolver.

Se dice: las apariencias condenan á la Iglesia. Si la unidad, de la que tanto se ennoblece hasta el presente, se hubiera mantenido sin menoscabo ni desgarro alguno, así como la vestidura del Señor, á la que es siempre comparada; si los numerosos pueblos que ha incorporado, convirtiéndolos, no formasen sino un solo aprisco con un solo Pastor, tan inmutable integridad seria su más acrisolada gloria;

poder, ni deleites, sino la ciencia y acierto necesarios para juzgar con justicia á su numeroso pueblo; y Dios se complació tanto en la acertada peticion de este jóven príncipe, que le concedió riquezas, poder, paz, delicias y una sabiduría ilimitada. III. Reg. III.

El fundamento de toda ciencia, dice el Profeta, es el temor de Dios, Psalm. cx: el hombre que teme y ama á Dios, posee la más preciosa ciencia, y el Señor le ilumina, más ó ménos, segun los designios que ha formado sobre su estado.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hæc tota scientia hominis est, scire quia ipse nihil est per se, et quoniam quidquid est, ex Deo est, et propter Deum est. S. August. in Psalm. lxx.

Toda la ciencia del hombre consiste en saber, que por sí mismo es nada; y que todo lo que tiene le viene de Dios, y lo posee para Dios.

Quid est hoc? surgunt indocti, et cœlum rapiunt; et nos cum nostris doctrinis demergimur in profundum. Idem l. viii, Conf. cap. viii.

¿Qué es esto? Vienen los idiotas, y obtienen la gloria; al paso que nosotros, con todo el saber, nos sumergimos en el abismo.

Scientiarum ardor nulla prorsus ætate extinguitur, imo ipse magis ætate inflammatur. S. Hieron. epist. ad Demetriadem.

En ninguna edad de la vida se entibia el gran deseo de saber, antes bien parece aumentarse á medida que avanzan los años.

Tunc scientia magna est, si charitate humilietur, ut amplius crescat; temperatur enim à dilectione, ut non satis mera sit, ut inebriet scientem, et se extollat. S. Ambr. in epist. 1 ad Corint. cap. viii.

La ciencia es grande, cuando se abaja por la caridad, para que sea más laudable; pues se modifica por medio del amor, para que no turbe ni deslumbre al que la posee.

Non es vera scientia boni, nisi ad hoc cognoscatur ut agatur. S. Prosper. in Psalm. cxviii.

No puede haber verdadera ciencia del bien, si no se aprende para practicarlo.

Plerique accepta scientia litterarum, non ad Dei gloriam, sed ad suam laudem utuntur, dum de ipsa extolluntur, et ibi peccant, ubi peccata emendare debuerunt. S. Isidor. lib. iii, de summ. bono.

Hay muchos que no dirigen á mayor gloria de Dios, sino á su propia alabanza, las ciencias que poseen, puesto que se envanecen de las mismas; y así pecan, en aquello mismo que deberia hacerles evitar el pecado.

Utile est multa scire, et recte vivere. Quod si utrumque non valemus, melius est bene vivendi studium, quam multa sciendi sequamur. Idem, lib. ii. Sentent. cap. i.

Es muy útil saber mucho, y vivir bien; pero cuando no tuviéremos valor para ambas cosas, vale más aprender á vivir bien, que á saber muchas cosas.

Qui seipsum non docuit, alium docere non potest. Origen. hom. xxxviii, in Levitic.

El que no aprende para sí mismo, no puede enseñar á los demás.

Véase: Concordia de la religion con las ciencias y artes;—Concordia de las ciencias divinas y humanas;—y Concordia de la razon y de la fe.

CISMAS.

Hi sunt, qui segregant semetipsos.
Estos son los que se separan á sí mismos.
(Judæ 19.)

Varios pueblos se han separado de la Iglesia; ¿puede decirse que ella es inocente respecto á la division cismática que la despedaza? Estos desmembramientos ¿son males de que simplemente haya de lamentarse, ó son tambien faltas de que debe de arrepentirse? Tal es la cuestion, que hoy es menester resolver.

Se dice: las apariencias condenan á la Iglesia. Si la unidad, de la que tanto se ennoblece hasta el presente, se hubiera mantenido sin menoscabo ni desgarro alguno, así como la vestidura del Señor, á la que es siempre comparada; si los numerosos pueblos que ha incorporado, convirtiéndolos, no formasen sino un solo aprisco con un solo Pastor, tan inmutable integridad seria su más acrisolada gloria;

y para explicarla, tal vez se aventurára suponerla una fuerza de cohesion sobrehumana; pero su suerte no ha sido así, porque ha llegado á nosotros como un antiguo coloso mutilado. Por todas partes, y en todas las épocas, ha dejado cubierto el camino por donde pasó con despojos que alumbraban el mundo, y hacian la porcion más preciosa de su patrimonio, y que la han abandonado. Estos son todo el Oriente: Jerusalen, santificada con la presencia del Salvador, regada con la sangre divina y apostólica: Alejandría, inmortalizada con el gran Atanasio: Constantinopla, donde se ilustraron el gran Nacianceno y el Crisóstomo: en Occidente, la Inglaterra, que fué el semillero de santos; y la Alemania, que siempre fué, como hoy, foco de ideas y pozo de ciencia; hé ahí innumerables deserciones, que, al parecer, acusan al cuerpo espiritual, que han despedazado y empobrecido, causándole profundas heridas y sangrientas cicatrices. Extraño fenómeno, que no puede explicarse sino por dos motivos: ó la Iglesia ha escaseado de luces en su alta inteligencia, ó le ha faltado la sabiduría para conservarlos perpétuamente con el atractivo de su supremo poder.

Hé aquí lo que se dice; pero ni uno ni otro motivo es verdadero. Estos desmembramientos y cismas de que hablan, no acusan á la Iglesia en nada. Solo y únicamente acusan á los que los han perpetrado y consumado. Este será el objeto que me propongo demostraros. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

1. En los imperios y reinos de la tierra no se realizan jamás separaciones y desmembramientos de provincias y colonias de sus metrópolis precipitadamente; y no se rompen los vínculos que las unen como un niño rompe y quiebra los juguetes de cristal. Las más de las veces, no se consuman estos grandes desmembramientos sino despues de una prolongada preparacion. Lo mismo acontece con los cismas y deserciones, que han despedazado y dividido la asociacion católica. Así se vé, desde la fundacion, alterarse y perturbar la unidad en el Oriente, no obstante que fué su cuna: Jerusalen, Samaria, Alejandría y Antioquía, teatros de sus primeros triunfos, se separan apenas convertidas. Y á vista y presencia de los apóstoles hubo ya sectarios. El genio quisquilloso y escéptico naturalmente, y la manía de lo mejor, unida á la desgraciada facilidad de dejarse alucinar con toda suerte de opiniones halagüeñas y otras pasiones de demencia, que se movieron en el centro de populosas localidades de la Siria, Grecia, Egipto y Asia Menor, formó siempre el foco inagotable de novadores y de insubordinacion. Ya por una causa, ó ya por otra, casi constantemente se vió forzada la Iglesia á condenarlos, despues de amonestarlos con la correccion evangélica; y apenas la permitieron reposar con sus observaciones y tiros que la dirigian, desde el concilio de Jerusalen, hasta el de Nicea. Eran contínuos estos tiros, antes de la traslacion del imperio á Bizancio; y despues que Constantinopla fué fundada, se hicieron más necesarias y repetidas las medidas de rigor. Entónces tomaron más importancia, y, por consiguiente, causaron más inquietud y hostilidad á los cristianos orientales, que, teniendo un emperador, trabajaron constantemente para no depender del Papa. Ya amenazaba el cisma; solo esperaba hombres sin pudor ni delicadeza, audaces para consumar su obra, y estallar para franquearse ó desobedecer la autoridad pontificia, sin miramiento ni consideracion.

Por fin, parecieron y se manifestaron estos sectarios, y aquí es precisamente donde concretamos la cuestion. Se manifestaron, sí, porque su ambicion y osadía les hicieron salir al público. Reinaba en aquel entónces en Constantinopla Miguel III, príncipe inmundo, rodeado de sus ministros, que no eran ménos inmundos que él; y sus excesos y vida relajada encontraron en el patriarca S. Ignacio un rígido é intrépido censor, cuyas amonestaciones y su constante oposicion irritó su soberana delicadeza. En todas las épocas de la Iglesia se ha hallado, que el celo del Bautista subleva y reproduce el furor y persecucion de un Herodes: el santo patriarca no quiso ser adulador cortesano, y fué víctima de Miguel y Bardas. Se le confinó á una isla mortífera, maltratándole á fuerza de trabajos é insultos, persuadidos, que tanta crueldad acabaria con hacer que renunciára su silla, á lo que siempre se negó, porque se le instaba con violencia y en favor del más furioso desórden. Por esto no reculó el monarca, y resolvió no contar con S. Ignacio para nada; procurándose en el imperio un sugeto descarado y atrevido, para tomar como de asalto la silla, que su legítimo tutelar no abandonaba. Hé aquí el primer vaiven y agitacion de su desmembramiento. Violencia é inmoralidad coronadas: sed ardiente de honor corrompido y ambicion del poder, secundaron y continuaron su obra tan infausta.

Nos refiere la historia de todos tiempos y épocas, que en una inteligencia privilegiada, asociada á un carácter servil en un mismo individuo, se halla, alguna que otra vez, el secreto de la mayor calamidad para los pueblos, como en este tiempo, á que se alude, se halló un Focio, que hechizó al emperador y su criatura Bardas. Era eminente por su genio, vasta erudicion, y mágica elocuencia; pero tenia un alma venal, sin carácter ni delicadeza; cosas que, sin extinguir las

pasiones, les impide, cuando ménos, ser imprudentes. Se sabe que hay en las gerarquías ciertos grados, á los que no se puede aspirar ni se pueden alcanzar, sin superar las dificultades que se oponen á su consecucion. Arrojarse á ello, no solo es una anomalía, sino que, para un individuo tal como al que se hace alusion, es horrible falta; y justamente no lo conoció Focio, ni ménos lo comprendió. Era simple secular; y aunque faltando á toda consideracion, la más ordinaria, le proponen la silla, que el santo patriarca no quiere renunciar: él la acepta sin observaciones, y vedle patriarca de Constantinopla, no siendo otra cosa que caballerizo mayor. A tan cínica como sorprendente trasformacion, no tardó mucho en reunir pretensiones mezcladas de artificio é inconsecuencia. Obró sin sinceridad y respeto; y movido de la estúpida y absurda esperanza de validar su usurpacion, y absolverse de tal atentado, tuvo la desfachatez de dar conocimiento de su elevacion á la Cátedra apostólica, que ocupaba el papa Nicolao I, uno de los más ilustres pontífices que han ceñido la tiara. Por una parte, le refiere con fingido dolor la eleccion, para la que se cree fué objeto involuntario; y de otra, rinde al sumo Pontífice el más estrepitoso y solemne acatamiento. Concibió, al propio tiempo, la diabólica idea y sacrílego proyecto de romper el vínculo indivisible de la Iglesia, bajo el título de Oriente y Occidente, como ya se habia hecho del imperio. Era una pretension, aunque oculta, muy grosera, para que tan eminente Papa se dejase alucinar y sorprender; y bien instruido de todo, con prevision de la tendencia desmesurada de tan peligroso intruso, le condenó legal y solemnemente. En lugar de mostrar docilidad y sumision, como decia, condenó al Papa, como si un delincuente semejante, usurpador y sacrílego, pudiera anular tan legítima sentencia, ó tuviese el supremo derecho de deponer el juez que le condena.

Más tarde, aparentó arrepentirse, y se reconcilió con la santa Silla; pero como todo fué efecto de hipocresía, inspirado por el egoismo, aconsejado por la astucia, tardó poco en retractarse; y ensayó otra vez constituirse patriarca universal. Prosiguió en su delirio y desvarío; y acumulando alegatos mentirosos, falsificaciones que, con insolencia y descaro, hacia en las pastorales emanadas de la Cátedra suprema; dígase de una vez, por actas de un Concilio, en que solo figuraron intimidados Obispos, indignos de este título, consumó el atentado, en el cual le precipitó su vanidad y rebeldía. Caen sobre él, por segunda vez, los anatemas fulminados por la silla del Príncipe del apostolado; y con despecho de apóstata orgulloso y temerario, lanza contra ella el fuego que le sugiere el infierno. Rompe abiertamente con la union católica; y, en su caida, arrastra cierto número de Obispos extraviados y rebeldes.

El espíritu infernal de Focio no se extingue con él; y aunque algunos Concilios generales y piadosos emperadores han hecho esfuerzos para remediar tanto mal, no se ha podido conseguir como se deseaba; porque reanudar las ramas separadas, que se han abandonado, es cosa, sino imposible, bien difícil. Al cabo de ciento y cincuenta años de fermentacion inconstante, la ponzoña de rebeldía se reprodujo por última y definitiva vez en tiempo de Miguel Cerulario; que despues de haber reconocido el sumo poder, fué anatematizado con el rayo fulminante como su cosectario Focio; y del mismo modo que éste, lanzó contra la Iglesia los efectos de su rabia impía. Primera inconsecuencia. Imitando su impío y rebelde modelo, tambien sedujo, sin honor y nobleza, algunos Prelados, que celebráran y confirmáran sus ilegítimos y pretendidos anatemas contra la Silla apostólica, y arbitrariamente consagróse patriarca. Lo mismo que él, se precipita y arrastra en su caida al cisma todo el Oriente, como por instinto de independencia, despecho hereditario, ó irritado por el vértigo del orgullo vengativo y rencoroso. Tercero y último paso, que consuma el cisma de Oriente: idea fantástica y demasiada delicadeza del amor desmesurado y codicioso.

Se intentará por todas partes profundizar el misterio de este desmembramiento, y no se le encontrará otro principio, que el ya dicho y preparado tiempo habia por el genio y carácter trapacero de los Griegos, en desprecio y por celo de los occidentales. Todo esto sirvió despues para excitar el desenfreno, vida licenciosa y brutal de tristes soberanos de Constantinopla, que debiendo dedicarse exclusivamente á hacer felices sus pueblos defenderlos, y no ocupaban más que en cuestiones y disputas lamentables y teológicas el tiempo que les dejaba libres su barbárie y libertinaje; y miéntras los tesoros del imperio, al arbitrio de sus eunucos, eran dilapidados y malversados á su capricho, ensayaban los medios de perseguir y tiranizar. Con estos medios, y el apoyo de malos Prelados, intrusos y mercenarios inconsecuentes, fué inaugurado y consumado este doloroso cisma. Los más, se ampararon de la autoridad de que se creian ilegítimamente revestidos, como lo confiesan, arrojando por el suelo y despreciando las más sagradas leyes de gratitud, para aceptar las ofertas corruptoras de monarcas semejantes, aprobar y prestarse á fomentar sus réprobas pasiones.

Finalmente; despues que ellos mismos, y repetidas veces, reconocieron y proclamaron indivisible, una y santa la legítima y suprema

autoridad del sumo Pontífice, y le llamaron Padre de los padres y Pastor de los pastores, desertaron de este redil universal, llevando sobre sí el anatema fulminante de la ira de Dios. Para este cisma y desmembramiento de Griegos y Orientales son unas mismas las causas: y los entretienen y propagan hasta en nuestra época. Sábese con dolor como se ha desgarrado, no ha mucho, la Iglesia de Polonia, en la que, atravesando la Alemania disidente los invencibles restos, iban á unirse los hijos y herederos de Valdomiro á los sucesores de Pedro; y los que así rompieron la union, se han inscrito, ó en el cisma ruso, ó en el griego.

¿Cuál es la causa de esta apostasía? La de todos tiempos y épocas. En apariencia, para mantenerse en el poder y alcanzar un título, cuyo lustre adulaba su pueril vanidad; más en el fondo era una criminal y servil cobardía de algunos Prelados desgraciados, que han despreciado al Papa del Vaticano por un papa de botas y espuelas; precipitándose en la rebeldía por la idolatría al César, y siendo idólatras de sí mismos.

Cualesquiera que sean los demás cismas, pueden entenderse del mismo modo. No hay uno solo que sea efecto de una conviccion, ni aun de error ó ilusion de conciencia; son todos resultado de pasiones y flaquezas. Véase el de la Alemania; ¿cuáles son sus primeros elementos? Se ve un Lutero, monje depravado, avariento y disoluto, primero que se revela y desobedece, para saciar su soberbia ó despecho y sacudir el yugo celibatario religioso, intolerable á su alma extenuada. Los otros dirigen sus tiros para acabar y aniquilar á Roma religiosa, con objeto de poder más fácilmente invadir las naciones y romper los lazos romanos, que las protejen contra los atentados furibundos de sed insaciable por las riquezas, y el torrente desenfrenado de vida licenciosa.

Igualmente en Inglaterra. Miéntras se mantuvo fiel Enrique VIII, se conservó en la unidad católica; pero desde el dia en que los Papas rehusaron anular y deshacer el vínculo santo y conyugal, rompe con la Iglesia romana, crea la titulada Iglesia anglicana; y para ser más libre en su libertinaje, se nombra patriarca de ésta. Ya seducidos con caricias y promesas, ya con amenazas, cierto número de Obispos se manifestaron por la rotura y separacion, para despues vivir en los mismos desórdenes; y este pueblo, que no hace mucho era el plantel de santos, dominado por el vicio y la esclavitud, está separado de la union, que tanto le ennobleció é ilustró.

Así pues, nada hay en los cismas que les honre, ni en aquellos que los causaron tampoco. En cualquiera pais se verá, que sus causantes son todos nombres difamados por la historia. Tienen por motivo el ardiente deseo del oro y riquezas, mezclado con los que llaman principios, y no es otra cosa que embrollos, cavilaciones, hipocresía é irregularidad. A costa de la deshonra y empacho, y sin un síntoma de gloria, es como las comuniones disidentes han adquirido su independencia egoista, y lo que sin vergüenza llaman posesion de sí mismas.

Véase ahora cual ha sido la conducta de la Iglesia de Roma. Por de contado, siempre ha estado de acuerdo consigo misma; y ésta es su gloria. Recorred la historia, y vereis, que siempre ha proclamado la unidad indivisible y por centro soberano la cátedra de san Pedro, con la obligacion de depender de ella; de tal modo, que sin crímen y sin la universal reprobacion no puede ninguno ser independiente. ¿No es así la verdad, y tal como el mismo Jesucristo la fundó é instituyó? Esto es indisputable. No se trata de exámen; la santa Iglesia, y Roma, siempre y por siempre así lo han creido; y aun los mismos cismáticos lo han creido como ellas antes de consumar su rebelion. No hay uno, sea quien quiera, que no haya atestiguado con actos los más explícitos esta soberana supremacía; ni tampoco se halla uno solo que no haya dicho, que para ser amado Jesucristo, es menester apoyarse en la silla de Pedro. Por consiguiente, siendo tan terminante la necesidad de obediencia y sumision á su autoridad suprema, los romanos Pontífices usan de su legítimo derecho, cuando lanzan sus anatemas contra los que resisten á su potestad, y que quieren sustraerse como hijos rebeldes de su jurisdiccion; derecho conocido de todos, y, como queda repetido, hasta de los mismos disidentes. Sus amenazas y excomuniones son unánimes y conformes á la tradicion de los tiempos, lógicas y consecuentes, al paso, que muéstranse injustos los cismáticos en su demente disidencia.

Y no solo hay en ellas lógica y consecuencia, sino tambien justicia y legalidad. Antes de pronunciar la condenacion definitiva contra los rebeldes indómitos, y arrojarlos de su seno, la Iglesia siempre ha procedido conforme á la ley natural y recta equidad, y á la disciplina canónica. Ha reunido los Concilios y convocado juntas de sábios profundos, para preguntar é interrogar los desafectos á quienes oyen, discutir con ellos, hasta patentizarles su error y miseria, lo que en ciertas ocasiones no ha sido difícil demostrar.

No han procedido con esta equidad, rectitud y franqueza, los cismáticos. Cualesquiera que sean, Griegos, Alemanes ó Ingleses, por lo comun faltan á la buena fe. Se les ve abusar de Roma, es decir, de la Silla pontificia, unas veces con relaciones mentirosas ó

falsas promesas, y otras con fingidas sumisiones. Se les ve mutilar sus actas, engañar artificiosamente sus agentes, alegar autoridades sospechosas, y, por último, manifestar pretensiones en que no se oculta el polvo y aire de presuncion. Así se condujo el patriarca de los cismáticos, á quien éstos imitan como su modelo.

Muy de distinto modo camina la Iglesia en materia de dogma, doctrina y disciplina. ¡Qué sinceridad en su palabra, y lealtad en sus exámenes y discusion! Sin ficcion y con franqueza, obra á luz clara y pleno sol, como se ha probado siempre, desde san Pedro hasta nosotros. Se siente inspirada del soplo de vida y de una conciencia pura, que no la permite rodeos ni efugios; y revestida de la autoridad de la verdad, detesta hasta la simple apariencia de mentira y doblez.

Ahora véase lo que es el cisma. En sus causas, rebeldía abyecta y vil, lo mismo que en sus procederes: y sus primeros móviles fueron siempre groseros y despreciables, como lo son los individuos y pueblos que se hacen culpables de crímen semejante. Digamos tambien una palabra sobre sus consecuencias.

2. De parte de los culpables se hallan tres caracteres y consecuencias que, al mismo tiempo que hacen más gloriosa la Iglesia, deshonran el cisma, tanto considerado como hecho, cuanto como consecuencia. Desde luego vemos, que lo que parece una franquicia, en el fondo no es más que una esclavitud y pesado yugo. Si se hace caso de lo que propalan sus sicarios, cuando preparan su inícua revuelta, se creeria, que van á pasar sus dias bajo de un poder el más cándido y honroso; y de seguro cualquiera se persuadirá esto, reflexionando los dicterios é imprecaciones injuriosas que vomitan contra la Iglesia y su potestad pontificia. Se lamentan de estar oprimidos; creen que consumada su rebelion, se aligerará su yugo; y están tan obstinados y ciegos, que ni aun pueden ver se preparan una esclavitud la más absoluta, pues se someten á todas las pasiones desencadenadas.

A pesar de todo, ¡qué lástima! Abdican una sumision benéfica; ¿para qué? Para humillarse á otra mil veces más dura, injusta y ménos maternal. ¡Oh inconsecuencia del espíritu de soberbia y rebeldía! ¡Oh castigo bien merecido! Se someten y caen bajo un cetro temporal.

No solamente el cisma se enfrena y abate, sino que tambien abate y refrena á los que sojuzga. Siempre que una nacion no sabe apreciar la libertad más santa, que es la de la fe, y se deja llevar de creencias efímeras y vulgares, cae en el despotismo, y se resigna á la

servidumbre sin sentimiento ni rubor; solo se hace indigna del mundo, y apenas merece se la honre con los movimientos de compasion, porque por sí misma se desprecia. Hasta este punto puede descender el cisma.

Hay tres cosas que hacen moralmente grande una nacion: creencia pura, costumbres sanas y robustas, y carácter noble y leal. ¿Cuáles son ahora las creencias en el Oriente cismático, en Alemania y la Inglaterra? Unidas con la Iglesia, tenian un símbolo conocido; hoy, no tienen ninguno. De fraccion en fraccion, han llegado á tal punto sus doctrinas, que apenas tienen algun átomo, en medio de una agitacion sin consistencia, y de un vacío sin bordes. ¡Ay cristianos! Cuando permanecian unidas, se veian en estas nacionalidades virtudes cristianas que hicieron muchos santos; y hoy dia harto se sabe en qué consiste la licenciosa conducta de los cismas, sobre todo del Oriente.

Registrad la historia, y no hallareis una nacion, en que la dignidad moral se haya mantenido despues que rompió con la Iglesia y se divorció de la unidad cristiana. Habrá hecho progresos materiales, conquistas y adquisiciones, y desarrollado sus riquezas; más su religion no se ha purificado, ni su moral y sentimientos han adquirido ningun grado de elevacion. Al contrario; todo ha decaido.

El segundo efecto del cisma es, que se abate y deprime. Tercero, aisla los pueblos, y los divide ó fracciona. Miéntras formaban parte de la Iglesia, componian siempre la gran familia en la que se anudan las naciones, y comunicaban con todos los siglos.

Y ¿qué acontecio por el cisma? Que se quebró este anillo precioso y se inutilizó. No hay para él conjunto sobre la tierra; y las distancias por la diversidad que tiene entre sí de pueblos y naciones, se han acrecentado con sus desmembramientos de la religion. Se realiza el aislamiento sobre el globo y por todo. Rómpense vínculos comunes, naciones y gobiernos; concéntranse en sí mismas; y no son más, á presencia del tiempo que las deshecha, que torbellinos agitados y polvareda incapaz de union y solidez. Estos son los efectos del cisma: servidumbre, abatimiento, aislamiento y division de la humanidad.

¿Qué conclusion sale del desmembramiento cismático? Hay entre las consecuencias del cisma dos muy señaladas y gloriosas para la Iglesia, las que me tomaré la libertad de indicar. Primero, que de las autoridades conocidas es la sola clemente, y que sepa conciliar mejor el respeto que se debe, y que se concede, á la libertad de conciencia. En la historia se halla un hecho, y es: que las naciones

políticas se sirven siempre del rigor y violencia para hacerse prosélitos, y conservar los que ya tienen adictos; por lo que puede asegurarse, que el acero y el palo son el símbolo ó geroglífico del proselitismo y su conservacion. Mantiene la apostasía en el poder, y la defiende con amenazas y ejecuciones de destierro, cárceles y muerte; y este género de prescripcion cruel es el carácter propio de todas las comuniones disidentes.

¡Cuán diferente la Iglesia, que no conoce género de flaqueza y decadencia semejantes! La dilata y fortifica su imperio; y por remoto que se extienda, su mano siempre fuerte y vigorosa no decae, porque es fuerza divina. Si se mutila y restringe, su poder y constitucion no se empobrecen; únicamente quedan ménos miembros, que, separados, se agitan y descomponen en el sitio mismo, testigo de su divorcio; al paso que el cuerpo que los ha perdido, queda sano y robusto. El vacío que dejan está en proporcion de la importancia de los miembros disidentes. Véanse las Iglesias orientales, la Alemania y Gran Bretaña, que despues de sacudido el suave y ligero yugo de la autoridad pontificia, se han humillado y sujetado bajo el yugo político y duro de sus príncipes.

Considérese el cisma en las circunstancias que motivan el hecho, ó en sus consecuencias y conclusiones; nada tiene de acusador ni degradante para la Iglesia; muy al contrario, es su gloria, porque la proclama mayor infinitamente en dignidad, sabiduría y fuerza, y superior á cuantas comuniones disidentes existen, que han despedazado sus maternales entrañas, y que siempre reconocieron por su Madre.

¿Y qué fruto recogeremos de estas consideraciones? Ciertas palabras del Salvador disgustaron á algunos de sus discípulos, porque la doctrina que encerraban les era incomprensible, y así renunciaron á seguirle. Quedaron los doce apóstoles á quienes les dijo: «¿Vosotros quereis marcharos tambien?» Pero Simon Pedro respondió: «¡Ah, Maestro y Señor! ¿á quién podemos ir, ni adónde sin vos, que teneis palabras de vida y vida eterna?» Muchos pueblos é iglesias, á ejemplo de los discípulos infieles, han abandonado al Señor, y me parece oirle preguntarnos á nuestro turno, si queremos tambien dejarle. ¡Ah! no: gritemos con el Príncipe del apostolado: Señor y Maestro, ¿á dónde iríamos sin vos? ¿A los soberanos de este mundo? tiranizan la conciencia. ¿A los filósofos, que pretenden pasarse sin vos? no los queremos, porque arrastran los pueblos y los precipitan en la depravacion y vacíos. ¿A nosotros mismos? disipados por naturaleza, no podemos servirnos de guias y maestros. No, Señor, no; á vos solo queremos pertenecer, y de vos solo queremos

ser. Cualquiera palabra, que no sea vuestra, es palabra que mata; y no es ésta la que nos es menester. Vuestra divina palabra, Señor, al contrario; es la palabra de vida, palabra de vida eterna. Aquellos que la oyen y se nutren con ella, se alimentan con un gérmen infalible de fuerza viva, con la cual se esfuerzan para vivir con vos, y permanecer unidos estrecha y perpétuamente con nuestra santa madre la Iglesia. Sí, Señor, queremos obedecer á vuestros mandatos divinos, y perseverar siempre unidos á vos, que sois eternamente inmutable. Amen.

CIUDADANO.

Reddite quæ sunt Cæsaris Cesari, et quæ sunt Dei, Deo.

Dad al César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios.

(*S. Matth.* XXII, 12.)

La sociedad no es una obra de arte convencional, de capricho, como algunos han creido; es la obra de Dios.

Bajo la ley natural, su Providencia se ocupa en reunir á los hombres, en unirlos con los lazos poderosos de las necesidades, y con los sentimientos indelebles de justicia y de humanidad.

Bajo la ley escrita, Dios hace que marchen juntas la religion y la sociedad, y, en cierto modo, las confunde.

Al consignar nuestros deberes con respecto á Dios, establece nuestros compromisos mútuos con respecto á nuestros semejantes; y en esta reparticion de deberes parece olvidar su gloria, para no ocuparse más que de nuestros intereses. Todos los preceptos del Decálogo tienden únicamente á la utilidad general de los hombres. El Señor no se reserva sino dos para sí: la adoracion, y el amor. De las doce tribus de Israel no destina sino una á las ceremonias de su cul-

políticas se sirven siempre del rigor y violencia para hacerse prosélitos, y conservar los que ya tienen adictos; por lo que puede asegurarse, que el acero y el palo son el símbolo ó geroglífico del proselitismo y su conservacion. Mantiene la apostasía en el poder, y la defiende con amenazas y ejecuciones de destierro, cárceles y muerte; y este género de prescripcion cruel es el carácter propio de todas las comuniones disidentes.

¡Cuán diferente la Iglesia, que no conoce género de flaqueza y decadencia semejantes! La dilata y fortifica su imperio; y por remoto que se extienda, su mano siempre fuerte y vigorosa no decae, porque es fuerza divina. Si se mutila y restringe, su poder y constitucion no se empobrecen; únicamente quedan ménos miembros, que, separados, se agitan y descomponen en el sitio mismo, testigo de su divorcio; al paso que el cuerpo que los ha perdido, queda sano y robusto. El vacío que dejan está en proporcion de la importancia de los miembros disidentes. Véanse las Iglesias orientales, la Alemania y Gran Bretaña, que despues de sacudido el suave y ligero yugo de la autoridad pontificia, se han humillado y sujetado bajo el yugo político y duro de sus príncipes.

Considérese el cisma en las circunstancias que motivan el hecho, ó en sus consecuencias y conclusiones; nada tiene de acusador ni degradante para la Iglesia; muy al contrario, es su gloria, porque la proclama mayor infinitamente en dignidad, sabiduría y fuerza, y superior á cuantas comuniones disidentes existen, que han despedazado sus maternales entrañas, y que siempre reconocieron por su Madre.

¿Y qué fruto recogeremos de estas consideraciones? Ciertas palabras del Salvador disgustaron á algunos de sus discípulos, porque la doctrina que encerraban les era incomprensible, y así renunciaron á seguirle. Quedaron los doce apóstoles á quienes les dijo: «¿Vosotros quereis marcharos tambien?» Pero Simon Pedro respondió: «¡Ah, Maestro y Señor! ¿á quién podemos ir, ni adónde sin vos, que teneis palabras de vida y vida eterna?» Muchos pueblos é iglesias, á ejemplo de los discípulos infieles, han abandonado al Señor, y me parece oirle preguntarnos á nuestro turno, si queremos tambien dejarle. ¡Ah! no: gritemos con el Príncipe del apostolado: Señor y Maestro, ¿á dónde iríamos sin vos? ¿A los soberanos de este mundo? tiranizan la conciencia. ¿A los filósofos, que pretenden pasarse sin vos? no los queremos, porque arrastran los pueblos y los precipitan en la depravacion y vacíos. ¿A nosotros mismos? disipados por naturaleza, no podemos servirnos de guias y maestros. No, Señor, no; á vos solo queremos pertenecer, y de vos solo queremos

ser. Cualquiera palabra, que no sea vuestra, es palabra que mata; y no es ésta la que nos es menester. Vuestra divina palabra, Señor, al contrario; es la palabra de vida, palabra de vida eterna. Aquellos que la oyen y se nutren con ella, se alimentan con un gérmen infalible de fuerza viva, con la cual se esfuerzan para vivir con vos, y permanecer unidos estrecha y perpétuamente con nuestra santa madre la Iglesia. Sí, Señor, queremos obedecer á vuestros mandatos divinos, y perseverar siempre unidos á vos, que sois eternamente inmutable. Amen.

CIUDADANO.

Reddite quæ sunt Cæsaris Cesari, et quæ sunt Dei, Deo.

Dad al César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios.

(*S. Matth.* XXII, 12.)

La sociedad no es una obra de arte convencional, de capricho, como algunos han creido; es la obra de Dios.

Bajo la ley natural, su Providencia se ocupa en reunir á los hombres, en unirlos con los lazos poderosos de las necesidades, y con los sentimientos indelebles de justicia y de humanidad.

Bajo la ley escrita, Dios hace que marchen juntas la religion y la sociedad, y, en cierto modo, las confunde.

Al consignar nuestros deberes con respecto á Dios, establece nuestros compromisos mútuos con respecto á nuestros semejantes; y en esta reparticion de deberes parece olvidar su gloria, para no ocuparse más que de nuestros intereses. Todos los preceptos del Decálogo tienden únicamente á la utilidad general de los hombres. El Señor no se reserva sino dos para sí: la adoracion, y el amor. De las doce tribus de Israel no destina sino una á las ceremonias de su cul-

to; de los frutos de la tierra no exige sino las primicias; de los siete dias de la semana no se reserva sino el sábado. Todo lo demás lo deja para atender á las necesidades y á la felicidad de su pueblo.

Bajo la ley de gracia, todavía se hace más perceptible esta atencion misericordiosa. El Evangelio tiende á hacer de todos los habitantes del mundo un solo pueblo; de ese pueblo, una familia; de esa familia, un corazon. Haced, Padre mio, que no sean sino una misma cosa, así como nosotros lo somos: tal fué la oracion del Salvador; y esta oracion es el resúmen del cristianismo. Puede, por lo tanto, decirse de Jesucristo, con respecto á la sociedad, lo que él mismo decia relativamente á la antigua ley: que no habia venido á destruirla, sino á perfeccionarla.

En efecto; de nuestras relaciones con nuestros semejantes nacen cuatro séries de deberes, cuya práctica general solo es posible por el espíritu de Jesucristo: deberes de estado, que vienen á ser los fundamentos de la sociedad; deberes de justicia, en que estriba la seguridad; deberes de caridad, que forman sus lazos de union, y producen suaves impresiones. Ved aquí la materia del presente discurso. Pidamos antes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Digo, ante todo, que los deberes de estado son los fundamentos de la sociedad. Puede compararse la sociedad á un grandioso edificio. Pues bien; ¿qué es un edificio, sino un conjunto de materiales dispuestos cada cual en su lugar? Dios, cuando quiso formar la sociedad, creó, ante todo, las varias aptitudes, á fin de que de esta diversidad naciesen todos los estados en que se funda la vida comun.

Es muy acreditado error el de figurarse, que la variedad de las condiciones es simple efecto del acaso, ó de la necesidad, y que, independientemente de toda Providencia, la naturaleza ha hecho los padres de familia; la fuerza ha hecho los reyes; la adulacion á los grandes; la seguridad pública á los jueces; y que la necesidad y nuestra molicie han hecho todas las artes.

Pero, qué, pregunta San Agustin; ¿puede nadie persuadirse de que ese Dios bienhechor, que cuida del más vil insecto, y que con tanto esmero viste á los campos, desatienda la suerte de los hombres, para quienes lo ha creado todo?

No lo creamos. La Providencia procura con esmero atender abundantemente á nuestras necesidades, y aun á nuestras delicias. Y ¿por qué medio? Por esta multiplicidad de estados, de que solo Dios es el autor. ¿Quién sino él, cuya inteligencia es infinita, hubiera podido encerrar en un mismo plan de administracion todas las necesidades, todos los auxilios, todos los tiempos, todos los lugares, todos los hombres? ¿Quién sino él, que de la discordia de los elementos saca la armonía del universo, hubiera podido unir de esta suerte, y confundir tantas voluntades opuestas, y dirigirlas á un mismo objeto?

Disposicion admirable, por la que decia Salomon: que Dios dispone las cosas humanas con respeto: *Cum magna reverentia disponis nos.* Nos asocia al ministerio de su misericordia, haciéndonos agradables unos á otros; subordina todas nuestras operaciones al fin principal que se propone; y todos los hombres, sin excepcion de uno siquiera, son en sus manos, no instrumentos serviles, sino ministros que emplea para la realizacion de sus designios, y para la consumacion de la felicidad comun.

Los diversos estados son, por lo tanto, obra de Dios; por una vocacion universal estamos encargados de velar para la felicidad de nuestro prójimo: *Mandavit inicuique de proximo suo.*

De estos principios se desprende, en primer lugar, que ya desde el primer instante en que venimos á la vida, estamos ligados irrevocablemente á la sociedad; que no somos jamás dueños de nosotros mismos; que pertenecemos á la patria, al mundo; que, bajo este concepto, nadie nace libre, ni aun los soberanos; que tenemos unos sobre otros derechos imprescriptibles; y que nadie puede, sin injusticia, sustraerse de esta dependencia recíproca.

Síguese, en segundo lugar, que todo estado contrario á la ley del Señor, es necesariamente contrario á la sociedad; y este anatema va dirigido contra esas artes inventadas para dar gusto al lujo y á la molicie; artes corruptoras y desorganizadoras, que ceden en gran perjuicio de las artes útiles.

En tercer lugar, se deduce, que en la reparticion de los talentos y de los dones temporales Dios tiene ménos en cuenta á las individualidades á las que las concede, que á la generalidad de los hombres, en obsequio de los que hace la concesion; dichos dones han de ser como un tesoro público, abierto siempre á las necesidades de los pueblos.

Colíjese, en cuarto lugar, que todos los estados, considerados bajo cierto punto de vista, más pueden llamarse diferentes, que desiguales; que nosotros somos los ministros de la Providencia, y los servidores de nuestros hermanos; y que el Padre de familia los llama á todos al cultivo de la misma viña.

Síguese, en quinto lugar, que es una falta, muchas veces irreparable, entrar en un ministerio sin tener vocacion para ello. En vez de estudiarse á sí propio, y de considerar atentamente de lo que es

capaz, á fin de ser útil á sus semejantes, el hombre no atiende, á veces, sino á su antojo ó á su ambicion. Sorprende á muchos el desórden y el malestar social; la causa es fácil encontrarla; héla aquí: pocas personas están en el lugar que les corresponde. Las dignidades, los empleos y los honores son considerados como una presa dispuesta para el primero que la acoja; siendo así, que las dignidades, los empleos y los honores han de obtenerse por vocacion.

El orgullo y el sensualismo, y, sobre todo, la repugnancia al trabajo, hacen mirar con repugnancia los humildes oficios á que están destinados los hombres en su gran mayoría. En vista de esto; ¿hay que sorprenderse de la corrupcion que reina en todas partes? Se han sustituido los placeres á los deberes, y las diversiones á las ocupaciones. El deseo más general, en nuestros dias es el de llegar á una posicion en que no tendrá que hacerse nada, es decir, á una posicion en que no se podrá ser útil á nada, ni á nadie. Por esto en las ciudades no se ven sino oleadas de ociosos, que pasean su fastuosa indolencia; piedras desprendidas del edificio al que debieran dar fuerza, y que en vez de ser un recurso para la sociedad, no son sino un gravámen y un estorbo.

Y podria decírseles: ¿no sois acaso ciudadanos? ¿Es justo que devoreis todo el fruto del trabajo de los demás, sin tomar parte alguna en este mismo trabajo? Qué títulos os dispensan de la ley general? Sabed que vuestra inutilidad os degrada; y que, además, infringís esos deberes de justicia de que no puede dispensarse miembro alguno del cuerpo social.

2. La Religion no se limita á echar los cimientos de la sociedad, imponiendo los deberes de estado; atiende, además, á la seguridad de la vida civil, imponiendo los deberes de justicia. ¿Y hasta dónde lleva su severidad en este punto? Toma al prójimo bajo su proteccion; le confia á nuestra guarda; hace que le consideremos como una cosa sagrada, como un menor de quien nos hace tutores; nos prohibe tocar á su persona, á sus bienes, á su reputacion. Si á cualquiera de estas cosas faltamos, exige reparaciones prontas y proporcionadas, restituciones completas y cabales. Para testigo presencial de nuestras obras nos dá al Escudriñador de los corazones, y nos dice, que él será el vengador de nuestras injusticias más secretas.

Sin duda las leyes humanas velan para la salvacion de la sociedad; pero les falta trascendencia, y son débiles por sí solas. Son leyes que se acomodan á la diversidad de los paises; son leyes que los hombres administran y aplican; son leyes que tienen consideracion á los vicios. ¿En qué tribunal se juzga á los envidiosos, á los

ingratos, á los detractores, á los murmuradores, plagas secretas de la sociedad? La religion no alcanza solamente á lo que vé el público, sino tambien á lo que vé Dios. El Evangelio establece su residencia en el alma; pensamientos, deseos, intenciones, motivos, todo es de su incumbencia. La jurisdiccion de las leyes humanas no alcanza al corazon; únicamente las cosas exteriores son de su competencia; claro está, por lo tanto, que las leyes humanas no alcanzan á la raiz del mal.

Las leyes son, á lo más, un freno, que contiene á los malos por el temor de un castigo; pero no poseen esta virtud secreta que penetra en lo íntimo del hombre, le conmueve, y le mejora.

¿Seguiremos teniendo confianza en esos sentimientos de honor de que el mundo se alaba tanto? Nó; porque apesar de esos sentimientos de honor, el mundo no dice verdad en sus palabras, ni es fiel á sus compromisos, ni es caritativo en sus conversaciones, ni es misericordioso con los pobres.... ¡Ah! es que el mundo no tiene sino la máscara del honor; solamente la Religion inspira su realidad.

¿Contaremos en adelante con la probidad del mundo? Además de rara, es muy imperfecta; no cambia nuestra naturaleza; nos deja nuestras pasiones, nuestros vicios, ménos groseros tal vez, pero, al fin, vicios y pasiones, y por consiguiente injustos.

Pero no solo esta probidad es imperfecta, es tambien muy frágil; necesita espectadores; si no los tiene, pierde todo su valor. Si se presenta una ocasion de cometer una injusticia, y se tiene seguridad de que nadie ha de ser testigo de ella, es de presumir que se llevará á cabo.

Siempre se tiene interés en parecer hombre de bien; pero no siempre se tiene interés en serlo realmente; y esto produce tantos hipócritas en punto á probidad.

Resulta, pues, que solamente la religion, con su fuerza persuasiva, protege eficazmente la justicia de las relaciones entre los hombres. Examinemos ahora los deberes de la caridad.

3. En la sociedad no hay solamente hombres que trabajan; no hay solamente compras y ventas; hay tambien relaciones de vecindad, de conocimiento, de parentesco. Si la vida social parece, por punto general, tan poco atractiva y tan árida; si lastima á un gran número de almas, y especialmente á las más sensibles, es porque los hombres hasta ahora forman, ménos que una sociedad, una aglomeracion de individuos, que compiten en astucia, y buscan medios de engañarse y explotarse. Una sociedad no es agradable y digna de

este nombre, sino cuando sus individuos están unidos por los lazos de una mútua estimacion, y de una amistad cordial y franca. Por esto la religion, atenta siempre á la felicidad de los hombres, pone todo su cuidado en apartar de ellos todas las causas de division. El mundo dice: vengaos; satisfaced vuestras pasiones á cualquier precio; sacrificadlo todo á vuestro interés: el Evangelio, al contrario, dice: perdonad; no os dejeis llevar de deseos ambiciosos; corregid vuestro mal genio; no seais tercos en vuestras opiniones; sufrid con paciencia las faltas de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto de vosotros dependa.

Hé aquí los verdaderos principios de la civilizacion; miéntras ellos no se pongan en práctica, la sociedad no será perfecta y feliz. En sus primeros tiempos, la sociedad cristiana dió al mundo este espectáculo; y no fué esta ciertamente una de las causas ménos importantes de la conversion de la sociedad á Jesucristo. Todos sus individuos formaban un solo corazon y una alma sola; se les reconocia, tanto por el amor que se profesaban unos á otros, como por la inocencia de su vida, y por la pureza de sus costumbres. Habia entre ellos riquezas y pobreza; pero no habia pobres ni ricos. La caridad lo hacia todo comun; bienes, comida, deseos; habia en ellos una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual debiera tener á la vista este modelo, y trabajar para acomodarse á él. Solo por este medio podrá ser una sociedad verdadera; podrá ser esa sociedad unida, perfecta, feliz, que Jesucristo se propuso fundar.

No digo más por mi parte; vosotros completareis en vosotros mismos el cuadro que yo me limito á bosquejar. Cada cual debe preparar ese porvenir en la proporcion que sus respectivas fuerzas le permitan, revistiéndose de un espíritu de órden, de suavidad y de justicia, dando á cada cual lo que le pertenece; á Dios, la adoracion y el amor; al César, el tributo y la obediencia; y á todos, nuestros auxilios y nuestros servicios. Y de esta suerte, despues de haber formado acá en la tierra una sociedad agradable, pero pasagera, mereceremos gozar de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

Véase: DEBERES DEL CRISTIANO PARA CON LA SOCIEDAD.

CODICIA. Véase: AVARICIA.

COFRADÍAS.

Væ soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.

¡Ay del hombre que está solo! pues si cae, no hay quien le levante.

(*Eccl.* IV, 10.)

Las Cofradías y asociaciones aprobadas por la Iglesia, hermanos mios, son eficacísimos auxilios concedidos á nuestra debilidad, para inducirnos á la práctica del bien y á perseverar en él. Respetables por la autoridad que las consagra, santas por los objetos á que se refieren, no ménos que por el fin que se proponen, esto es, la honra de Dios, y la santificacion de nuestras almas; enriquecidas con indulgencias, que redimen nuestras muchas deudas, y suplen la imperfeccion y la insuficiencia de nuestras obras; las Cofradías y asociaciones, aprobadas por la Iglesia, merecen toda la estimacion del verdadero fiel.

La impiedad las condena como vanas supersticiones; el mundo las desdeña como prácticas pueriles, indignas de la majestad de la fe; más el cristiano, convencido de que la Iglesia nada autoriza que no sea santo y laudable, y que nada hay insignificante en nuestra sublime religion, no ve en esas irrisiones y desprecios, sino un motivo de más para apreciar y venerar las citadas devociones.

Por esto me propongo, hermanos mios, 1.° manifestaros las ventajas espirituales, que nuestras almas consiguen por medio de las Cofradías y de las devociones autorizadas por la Iglesia; y 2.° explicaros la obligacion que han contraido los cofrades de observar los estatutos. A. M.

1. Si nosotros fuéramos unas inteligencias puras, no tendríamos sin duda necesidad de apelar á esos auxilios para elevarnos á Dios, y avivar en nuestro corazon la llama de un santo celo por la virtud; la ley, por si sola, arreglaria nuestras costumbres; ello es, sin embargo,

este nombre, sino cuando sus individuos están unidos por los lazos de una mútua estimacion, y de una amistad cordial y franca. Por esto la religion, atenta siempre á la felicidad de los hombres, pone todo su cuidado en apartar de ellos todas las causas de division. El mundo dice: vengaos; satisfaced vuestras pasiones á cualquier precio; sacrificadlo todo á vuestro interés: el Evangelio, al contrario, dice: perdonad; no os dejeis llevar de deseos ambiciosos; corregid vuestro mal genio; no seais tercos en vuestras opiniones; sufrid con paciencia las faltas de vuestros hermanos; conservad la union en cuanto de vosotros dependa.

Hé aquí los verdaderos principios de la civilizacion; miéntras ellos no se pongan en práctica, la sociedad no será perfecta y feliz. En sus primeros tiempos, la sociedad cristiana dió al mundo este espectáculo; y no fué esta ciertamente una de las causas ménos importantes de la conversion de la sociedad á Jesucristo. Todos sus individuos formaban un solo corazon y una alma sola; se les reconocia, tanto por el amor que se profesaban unos á otros, como por la inocencia de su vida, y por la pureza de sus costumbres. Habia entre ellos riquezas y pobreza; pero no habia pobres ni ricos. La caridad lo hacia todo comun; bienes, comida, deseos; habia en ellos una sola voluntad, la voluntad de Dios; un solo espíritu, el espíritu de Dios; un solo interés, el interés de todos. La sociedad actual debiera tener á la vista este modelo, y trabajar para acomodarse á él. Solo por este medio podrá ser una sociedad verdadera; podrá ser esa sociedad unida, perfecta, feliz, que Jesucristo se propuso fundar.

No digo más por mi parte; vosotros completareis en vosotros mismos el cuadro que yo me limito á bosquejar. Cada cual debe preparar ese porvenir en la proporcion que sus respectivas fuerzas le permitan, revistiéndose de un espíritu de órden, de suavidad y de justicia, dando á cada cual lo que le pertenece; á Dios, la adoracion y el amor; al César, el tributo y la obediencia; y á todos, nuestros auxilios y nuestros servicios. Y de esta suerte, despues de haber formado acá en la tierra una sociedad agradable, pero pasagera, mereceremos gozar de la sociedad eterna de los escogidos. Amen.

Véase: DEBERES DEL CRISTIANO PARA CON LA SOCIEDAD.

CODICIA. Véase: AVARICIA.

COFRADÍAS.

Væ soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.

¡Ay del hombre que está solo! pues si cae, no hay quien le levante.

(*Eccl.* IV, 10.)

Las Cofradías y asociaciones aprobadas por la Iglesia, hermanos mios, son eficacísimos auxilios concedidos á nuestra debilidad, para inducirnos á la práctica del bien y á perseverar en él. Respetables por la autoridad que las consagra, santas por los objetos á que se refieren, no ménos que por el fin que se proponen, esto es, la honra de Dios, y la santificacion de nuestras almas; enriquecidas con indulgencias, que redimen nuestras muchas deudas, y suplen la imperfeccion y la insuficiencia de nuestras obras; las Cofradías y asociaciones, aprobadas por la Iglesia, merecen toda la estimacion del verdadero fiel.

La impiedad las condena como vanas supersticiones; el mundo las desdeña como prácticas pueriles, indignas de la majestad de la fe; más el cristiano, convencido de que la Iglesia nada autoriza que no sea santo y laudable, y que nada hay insignificante en nuestra sublime religion, no ve en esas irrisiones y desprecios, sino un motivo de más para apreciar y venerar las citadas devociones.

Por esto me propongo, hermanos mios, 1.° manifestaros las ventajas espirituales, que nuestras almas consiguen por medio de las Cofradías y de las devociones autorizadas por la Iglesia; y 2.° explicaros la obligacion que han contraido los cofrades de observar los estatutos. A. M.

1. Si nosotros fuéramos unas inteligencias puras, no tendríamos sin duda necesidad de apelar á esos auxilios para elevarnos á Dios, y avivar en nuestro corazon la llama de un santo celo por la virtud; la ley, por si sola, arreglaria nuestras costumbres; ello es, sin embargo,

que nuestros sentidos influyen en la imaginacion, y la imaginacion influye en nuestra alma. ¡Ah! ¿quién desconoce los estragos que estos sentidos sediciosos ocasionan, y las tempestades que promueven? Y si queremos sujetarlos, puesto que aspiran sin tregua á tomar sobre el espíritu un ascendiente funesto, ¿puede darse un medio más prudente, que multiplicar los lazos que los encadenan, las reglas que los someten, las barreras que coartan su fogosidad impetuosa, y moderarlos por medio de una severa disciplina, de suerte, que solo tengan libertad para obrar el bien?

¡Si al ménos tuviésemos la fe y el fervor de los siglos evangélicos; si estuviésemos todavía bajo aquella impresion, y, permítaseme expresarme así, si respirásemos en aquella atmósfera de gracias y de virtudes en que vivian los primeros fieles, atendida la corta distancia que los separaba de los lugares y de los tiempos, que aun los alentaban con sus suaves emanaciones y celestiales influencias, recordándoles, como hechos recientes, la vida del Salvador, sus obras, sus milagros, la venida del Espíritu Santo, la santidad de sus discípulos; pudiéramos fácilmente prescindir de estos auxilios, que la religion presta á nuestra debilidad, como medios de conseguir el aliento y la perseverancia! Más, por desgracia, hermanos mios, no podemos decir lo mismo en los tiempos que hemos alcanzado; tiempos de frialdad y de languidez: la fe se extingue, la piedad se debilita, las costumbres se pervierten más cada dia. Así como los católicos eran hombres enteramente espirituales por su desapego á las cosas de la tierra, y por su íntima y constante union con Dios; nosotros, por el contrario, nos hacemos más terrenales y más groseros; de suerte, que el espíritu de Dios ya no reside en nosotros, porque nos hemos vuelto muy carnales; pertenecemos á una sociedad que se materializa. Es necesario, por consiguiente, ofrecer nuevos atractivos á la piedad, para reanimarla; á la fe, para despertarla; á la virtud, para que recobre sobre los corazones su suave imperio; y hé aquí, sin duda, porque la Iglesia ha multiplicado en estos últimos tiempos esas devociones y asociaciones piadosas, que juzgaba ménos necesarias, cuando el fuego de la caridad se conservaba y alimentaba de sí misma, y cuando los creyentes no formaban, en su mayor parte, sino un corazon y un alma.

Todo cuanto tiende á unirnos en las ideas de paz y de amor, nos mejora y perfecciona. ¡Ay del hombre que está solo! pues si cae no hay quien le levante: *Væ soli! quia cum ceciderit, non habet sublevantem se.* Eccl. iv, 10. Una vez admitido en una sociedad de hermanos, cuenta con el apoyo de los demás, y se alienta y estimula

con el ejemplo de sus compañeros que siguen por el mismo camino. El alma se engrandece y se inspira por medio de la asociacion; cada individuo saca de su union con el cuerpo toda la fuerza del cuerpo mismo. Y ¿cuántos frutos no puede producir en una parroquia una Cofradía bien ordenada? Fermenta como una levadura preciosa, que puede santificar toda la masa. Preserva la inocencia, mantiene á la juventud en la práctica de las virtudes, dá eficacia al celo y á la caridad; por este medio se venera la piedad, se frecuentan los sacramentos, y se santifican dignamente los dias del Señor: por este medio se edifica á los fieles, se promueve el adorno y la magnificencia de los altares; y se realza la solemnidad de las santas ceremonias y de los cánticos, con la ordenada concurrencia y la gravedad de los fieles que siguen en pos de su estandarte. Las Cofradías son el lazo que une los corazones, el ornamento de la Iglesia, el ejemplo de los fieles, la alegría del párroco, *un digno espectáculo que se da á Dios, á los ángeles y á los hombres.* Obstinarse en que estas prácticas, tan santas y fecundas no son sino fórmulas estériles, tiempo perdido, y vanas observancias, es cerrar voluntariamente los ojos á la evidencia. Sin duda, hermanos mios, puede abusarse de las mejores instituciones, y no pretendo excusar á las almas presuntuosas que creyéran haber cumplido con los deberes de la justicia, inscribiendo su nombre en una Cofradía, aun cuando fuese la más autorizada y respetable; pero no debemos confundir el abuso, que nuestra malicia ó ignorancia pueden hacer de una institucion, y el bien que la prudencia puede sacar de ella por medio de una práctica santa y legítima: los abusos proceden del hombre, las ventajas están en la cosa misma; y bien puede asegurarse, que una asociacion prudentemente dirigida, y las prácticas de devocion religiosamente observadas, son otro de los medios más eficaces de santificar una parroquia, ó regenerarla, si en ella ha decaido el espíritu de su primitivo fervor.

¡Admiremos, hermanos mios, como la Iglesia ha manifestado una santa prodigalidad en el fomento de estos auxilios espirituales, y un santo ingenio en la variedad de formas para satisfacer todas las inclinaciones, y acomodarse á todos los atractivos de la piedad! Uno es, sin embargo, el fin que se propone y á que tiende, á saber: la gloria de Dios, y la reforma de las costumbres. ¡Véase, empero, la admirable variedad de medios que emplea para conseguir su objeto! Cuando se considera con los ojos de la fe esa multitud casi infinita de edificantes Cofradías, de tiernas devociones, con que procura excitarse la emulacion de los fieles, ¿quién no reconoce en esta obra el rico y precioso *tejido de varios colores y diferentes adornos*, que el Profeta habia

admirado en la Reina, es decir, la Iglesia, adornada en el dia de su gloria? Citaré las Cofradías más conocidas, y que han merecido especial preferencia á los católicos.

La cofradía del *Santísimo Sacramento*, ó sea la *Minerva*, procura continuos adoradores al más augusto de nuestros misterios: asocia los hombres con los ángeles en la guardia invisible que estos espíritus bienaventurados hacen alrededor del tabernáculo del *Dios oculto*, del Dios á quien muchas veces dejamos solo; la Cofradía del *Sagrado Corazon*, que lleva á los hombres á nutrirse del amor divino en su manantial, con su celo, compensa la frialdad y el olvido de los hombres, repara con sus desagravios honoríficos su gloria ofendida, y multiplica las bendiciones, las alabanzas, las acciones de gracias, en proporcion á las irreverencias y á las profanaciones; la Cofradía del *Escapulario*, que respira los suaves perfumes del Carmelo, y ostenta la majestad de sus recuerdos, las maravillas de sus tradiciones, la riqueza de sus indulgencias, la multitud de sus milagros, y la garantía de sus promesas; la Cofradía del *Rosario*, cuyos piadosos ejercicios, continuacion y complemento del oficio divino, contribuyen á la santificacion de los domingos y de los dias de fiesta, prolongando el tiempo de la oracion, dedicando á las alabanzas de María y al culto de la inocencia, las horas destinadas á la disipacion y á los pasatiempos frívolos: tierna asociacion, que coloca una corona de gloria en la frente de la Reina de las vírgenes, cada vez que reza la corona de oraciones que le está consagrada; la Cofradía del *Rosario contínuo*, que quiere constituir por sí propia esa corona de honor, y formar á María una diadema real de piedras preciosas, pero vivas y animadas, es decir, de los corazones de sus devotos servidores; la Cofradía de la *Buena Muerte*, que nos enseña á poner en órden nuestra vida, y que acostumbrándonos todos los dias á pensar en los últimos momentos, nos garantiza la victoria en la postrera de nuestras luchas.

Y ¿cuánto pudiera decir todavía, hermanos mios, de las diferentes devociones autorizadas y recomendadas por la Iglesia, si el breve tiempo de que puedo disponer me permitiera examinar y exponer todos los pormenores de un punto tan vasto? La devocion de las *Cuarenta Horas*, que nos enriquece con tantas gracias y bendiciones, que nos preserva de tantas caidas, nos retrae de tantos peligros, y sirve de expiacion á tantos escándalos! La devocion de la *Cruz*, y sobre todo, de ese camino doloroso que Jesucristo dejó trazado con su sangre, y que la fe nos aconseja regar con nuestras lágrimas: ejercicio el más saludable quizá, el más copioso en frutos de salvacion y el más propio para todos los estados y para todas las necesidades; camino que presta luz al entendimiento, uncion y suavidad al corazon; que nos pone de manifiesto todas las verdades en escena y todas las virtudes en práctica; camino donde el ignorante aprende á conocer el valor de su alma, la severidad de la justicia y la infinita bondad de Dios; donde el sábio puede estudiar lo que no se aprende en los libros; donde el justo acrecienta su ódio al pecado, y cobra nuevo amor al divino Maestro; donde el pecador siente ablandarse su corazon bajo la tierna mirada de la Víctima inocente, que expia ajenas culpas; donde el afligido se consuela con las dulces lágrimas, que le hace derramar la idea *de un dolor, que ningun otro dolor iguala!* THREN. I, 12. La devocion del *Mes de María*, que, por medio de agradables armonías, reune al mes más florido y más risueño del año lo más amable é indulgente que posee el cielo, lo más accesible á nuestra debilidad, y lo que la tierra nos presenta como tipo de inocencia y de pureza; dulce incentivo ofrecido á la juventud cristiana, para distraerla de los regocijos disolutos y de los cantares profanos, con el atractivo de las pompas santas y de melodiosos cánticos.

Ved aquí, hermanos mios, los tesoros de gracias y de santificacion que la Iglesia proporciona á sus hijos. Vengan, pues, los sedientos á beber de las aguas de la vida: comprad sin dinero y sin permuta de valor alguno la leche y la miel de los consuelos divinos: *Omnes sitientes, venite ad aquas: emite obsque argento et absque ulla commutatione vinum et lac.* Is. LV, 1. Pero el inmenso cúmulo de riquezas os harán titubear en la eleccion: escoged, pues, entre todas las flores las que más os agraden á la vista; entre esos perfumes, el que se adhiera más á vuestro gusto; pues no pretendo ni debo pretender, que se establezcan todas las Cofradías que he citado, ni que todas esas devociones puedan practicarse, á la vez, en una misma iglesia. Al contrario, prefiero que la prudencia aconseje á la discrecion; porque es preferible, que se tenga puntualidad y exactitud en algunas prácticas de devocion, al expansivo fervor que quiere abarcarlas todas; más favorece á la Iglesia el fervor de los asociados, que el crecido número de las asociaciones.

2. Antes de concluir, no puedo dejar de recordaros, que estas piadosas instituciones no os aprovecharán, sino en cuanto observáreis literalmente sus reglas y estatutos, y os penetráreis de su espíritu: en vano conservariais en vuestro poder los títulos auténticos, si descuidaseis la práctica de los ejercicios, y si dejaseis de llenar los deberes que os imponen, procurando que no caigan en desuso por falta de

vigilancia y de fidelidad: inútilmente os lisonjeariais de recoger los frutos, si el celo no los anima, si la piedad no los fecunda; puesto que el mérito no consiste en inscribirse en los libros de una cofradía, sino en corresponder á las obligaciones contraidas por medio de la inocencia de costumbres, y la edificacion de las virtudes. Almas piadosas, porcion escogida del rebaño, que sois fieles, no solamente á la ley, sino tambien á las máximas de Jesucristo; alentaos y propagad con vuestro ejemplo estas santas devociones. Las madres que deseen de todas veras la salvacion de su familia, inscriban á sus hijos, desde sus tiernos años, en los libros de alguna cofradía, y acostúmbrenlos á las santas prácticas que los estatutos prescriban. Y, por último, procuren todos los cofrades formar un solo corazon y un alma en el amor de Jesucristo y de su Iglesia, para conseguir la union íntima y eterna, que ha de ser su felicidad en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

COFRADÍA.—Cualquier cofradía, por humilde, ó poco importante que sea, puede servirnos de grande auxilio, siempre que nosotros nos inscribamos en ella por motivos piadosos.

Toda cofradía, por importante que sea, nos ocasiona graves perjuicios si, al inscribirnos en ella, nos guia un espíritu de impenitencia.

COFRADÍAS.—El celo las instituye.
La devocion las fomenta.
El libertinaje las destruye.

CÓLERA.

I.

Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit judicio.

Quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene.

(*Matth.* v, 22.)

Aun cuando Jesucristo no nos hubiese dicho en términos tan claros y formales, que no habia venido á destruir la ley antigua, sino antes á cumplirla y perfeccionarla; las máximas que nos dejó en su Evangelio, no nos permitirian en manera alguna dudarlo. Ya sabeis, dijo á sus apóstoles, que se previno á nuestros mayores: No matarás; y aquel que matáre, merecerá ser condenado en el juicio; pero yo exijo algo más: yo os digo, que quien se encoleriza contra su hermano, merece ser condenado por la justicia; no os contenteis, pues, con una justicia semejante á la de los fariseos, que creen hacer mucho con abstenerse del homicidio y otros crímenes enormes, que escandalizan por sí mismos los sentimientos de la naturaleza: yo quiero que la vuestra sea más perfecta y extensa, pues si no excede á la de los supuestos sábios, os aseguro, que no entrareis en el reino de los cielos: quiero que sofoqueis de tal modo los sentimientos de aspereza y de cólera que abrigueis contra vuestro prójimo, que si al ir al altar para presentar vuestra ofrenda, os acordais de que vuestro hermano está quejoso de vosotros, la dejeis allí para ir á reconciliaros con él. Ya veis, pues, amados hermanos mios, cual es la perfeccion que Jesucristo nos impone: quiere desterrar de nosotros toda ira, todo desabrimiento, todo resentimiento contra el prójimo; quiere que la caridad sea la señal distintiva de sus verdaderos discípulos. Ahora bien: pocos deben de ser los cristianos perfectos, puesto que son tantos los que se dejan dominar por la cólera. Casi no hay

vigilancia y de fidelidad: inútilmente os lisonjeariais de recoger los frutos, si el celo no los anima, si la piedad no los fecunda; puesto que el mérito no consiste en inscribirse en los libros de una cofradía, sino en corresponder á las obligaciones contraidas por medio de la inocencia de costumbres, y la edificacion de las virtudes. Almas piadosas, porcion escogida del rebaño, que sois fieles, no solamente á la ley, sino tambien á las máximas de Jesucristo; alentaos y propagad con vuestro ejemplo estas santas devociones. Las madres que deseen de todas veras la salvacion de su familia, inscriban á sus hijos, desde sus tiernos años, en los libros de alguna cofradía, y acostúmbrenlos á las santas prácticas que los estatutos prescriban. Y, por último, procuren todos los cofrades formar un solo corazon y un alma en el amor de Jesucristo y de su Iglesia, para conseguir la union íntima y eterna, que ha de ser su felicidad en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

COFRADÍA.—Cualquier cofradía, por humilde, ó poco importante que sea, puede servirnos de grande auxilio, siempre que nosotros nos inscribamos en ella por motivos piadosos.

Toda cofradía, por importante que sea, nos ocasiona graves perjuicios si, al inscribirnos en ella, nos guia un espíritu de impenitencia.

COFRADÍAS.—El celo las instituye.
La devocion las fomenta.
El libertinaje las destruye.

CÓLERA.

I.

Omnis qui irascitur fratri suo, reus erit judicio.

Quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene.

(*Matth.* v, 22.)

Aun cuando Jesucristo no nos hubiese dicho en términos tan claros y formales, que no habia venido á destruir la ley antigua, sino antes á cumplirla y perfeccionarla; las máximas que nos dejó en su Evangelio, no nos permitirian en manera alguna dudarlo. Ya sabeis, dijo á sus apóstoles, que se previno á nuestros mayores: No matarás; y aquel que matáre, merecerá ser condenado en el juicio; pero yo exijo algo más: yo os digo, que quien se encoleriza contra su hermano, merece ser condenado por la justicia; no os contenteis, pues, con una justicia semejante á la de los fariseos, que creen hacer mucho con abstenerse del homicidio y otros crímenes enormes, que escandalizan por sí mismos los sentimientos de la naturaleza: yo quiero que la vuestra sea más perfecta y extensa, pues si no excede á la de los supuestos sábios, os aseguro, que no entrareis en el reino de los cielos: quiero que sofoqueis de tal modo los sentimientos de aspereza y de cólera que abrigueis contra vuestro prójimo, que si al ir al altar para presentar vuestra ofrenda, os acordais de que vuestro hermano está quejoso de vosotros, la dejeis allí para ir á reconciliaros con él. Ya veis, pues, amados hermanos mios, cual es la perfeccion que Jesucristo nos impone: quiere desterrar de nosotros toda ira, todo desabrimiento, todo resentimiento contra el prójimo; quiere que la caridad sea la señal distintiva de sus verdaderos discípulos. Ahora bien: pocos deben de ser los cristianos perfectos, puesto que son tantos los que se dejan dominar por la cólera. Casi no hay

pecado más comun en el mundo. Es el pecado de grandes y pequeños, de pobres y ricos, de sábios é ignorantes. ¿No os prestaria yo, pues, un gran servicio, si pudiera preservaros ó curaros de una pasion, que hace tantos estragos en la sociedad humana, y condena á un gran número de hombres? Para inspiraros todo el horror que merece, voy á considerarla en su causa y en sus efectos. Primeramente os demostraré, que no hay pasion más vituperable, en sus principios, que la cólera; y en seguida, que esta pasion es la más perniciosa por sus efectos. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La cólera es el disgusto que causa un mal que el hombre no puede sufrir, esforzándose para alejarlo. Si el mal se opone á la recta razon y á la ley de Dios, la cólera que procura desarraigarlo por medios legítimos, no es vituperable, por ser efecto del celo que se tiene por la gloria del Señor. Tal fué la cólera de Moisés, quien, viendo que los israelitas rodeaban y adoraban á un becerro de oro, concibió tanta indignacion, que hizo matar á veinte y cinco mil de ellos en castigo de aquella idolatría. Celoso tambien de la gloria del Señor, Jesucristo se encolerizó contra los profanadores del templo, de donde les expulsó á latigazos.

Pero la cólera, pasion desordenada y violenta, que arrastra al hombre á vengarse de las injurias, ó le irrita cuando las cosas no salen á medida de sus deseos, es muy fea en sus principios: ora venga, como en muchos, de un temperamento áspero y fogoso, que se aira al punto contra cuanto le choca ó le desagrada; ora sea una cólera que nace á impulsos de la reflexion, que crece paulatinamente, y escogita despacio los medios de dañar á su enemigo. Veamos, pues, cuales son los principios de esta pasion, para dar á conocer toda su fealdad, y hacerla mirar con la aversion que merece.

¿Por qué se encolerizan ordinariamente los hombres? La cólera dimana de un desenfrenado amor propio, ó del excesivo apego á los bienes de la tierra, ó de la falta de sumision á la voluntad de Dios. Tales son las fuentes venenosas que originan los desbordamientos de una pasion, que tantos estragos causa en el mundo. El hombre, lleno de amor propio, no quiere sufrir nada que contrarie sus inclinaciones y ofenda su delicadeza: en todo quisiera satisfacer su gusto; y como quiera, que no le es dado encontrar todos sus contentamientos en este mundo, la menor cosa que turba su sosiego, le impacienta y le irrita. Por consiguiente, el amor

propio engendra ese carácter sombrío y descontentadizo, que se manifiesta en ciertas circunstancias que alteran el órden de los placeres. El amor á una vida cómoda y sensual produce los arranques y arrebatos, de que algunos se dejan llevar por la menor cosa incómoda, por una futilidad que choca y desagrada, por un plato mal aderezado. Si el hombre tuviese menos amor propio, si no buscase tanto su comodidad y conveniencia, no se encolerizaria tan fácilmente.

El saludable aviso que se le dá por su bien, excita su indignacion hasta un excesivo grado de violencia. Un padre, una madre, un amo, una ama, un cura caritativo, tomarán medidas para apartar del mal á los que les deben obediencia, para hacerles entrar en el buen camino; esto basta para convertir á éstos en enemigos, que manifiestan su ira con quejas, murmullos, y, á veces, con palabras injuriosas contra las personas á quienes debieran respetar. Luego, el orígen de los desórdenes á que la cólera arrastra al hombre, es un amor excesivo de sí mismo, un fondo de orgullo. Apelo á vuestra experiencia, amados hermanos mios. ¿Por qué os irritais con tanta facilidad? Si examinais bien la causa, vereis que es el amor propio que os domina y quisiera prevalecer en todo. A nadie quereis ceder, y quereis que todos cedan á vosotros, porque os creeis con más talento y razon que los demás. ¡Ah! exclamais en los accesos de vuestra cólera, no es justo verse despreciado, ofendido por personas que valen ménos que nosotros; en una palabra, debo vengarme á todo trance. Por lo tanto, ¿de qué dimana ese despecho, ese furor, sino del mal fondo que abrigais? El orgullo es el que os inspira unos sentimientos tan opuestos al espíritu del cristianismo.

Por lo demás, no creais, hermanos mios, que ese mal fondo, engendrador de la cólera, lo tengan solamente aquellos hombres brutales y arrebatados, que se enojan á la menor ocasion que les irrite; esta funesta pasion suele ocultarse bajo las hermosas apariencias de la virtud, bajo la capa de la piedad; la cólera de los primeros pasa, á veces, casi tan rápidamente como un rayo, que desaparece así que ha rasgado las nubes; pero la cólera que se cubre con la capa de la piedad, es una cólera de reflexion que se conserva por más tiempo; es un fuego latente bajo la ceniza que se enciende poco á poco: es un afecto sombrío que fermenta, dá en secreto sus golpes, y mucho más difícil de curar que la cólera nacida de un primer arrebato: la razon es, que el hombre se vale de mil pretextos para justificar esa cólera secreta. ¿Cuál es el prin-

cipio de ese género de cólera muda y obstinada, que se quiere hacer pasar por razonable? Lo repito, el amor propio de muchas personas que hacen profesion de piedad.

He dicho tambien, que la cólera provenia á menudo del excesivo apego á los bienes del mundo. En efecto, amados oyentes; ¿cuántas veces no os habeis entregado á los ímpetus de la cólera por haber perdido algunos bienes, por algun perjuicio que se os ha causado, porque no se ha realizado vuestro proyecto de fortuna, porque han puesto obstáculos á vuestros designios, porque os han perturbado en la posesion de lo que os pertenece? Si no tuvieseis tanto apego á los bienes del mundo, no sentiriais tanto su pérdida, y no os encolerizariais tan facilmente por este motivo. ¡Qué ceguedad la vuestra! ¿Creeis hallar una compensacion de vuestras desgracias en los arrebatos á que os entregais, en el furor que os pone fuera de vosotros, en las maldiciones que proferís contra aquellos que creeis que os han agraviado? Jurad, blasfemad tanto como querais; vuestra ira no remediará ninguno de vuestros males, porque en nada hará cambiar los sucesos que os trastornan: por el contrario; vuestros arrebatos solo servirán para haceros más culpables delante de Dios, y para acarrearos mayores desgracias que la pérdida de todos vuestros bienes, toda vez que perdeis vuestra alma.

Acabaré, amados feligreses, de daros á conocer las causas de la cólera. La tercera es la falta de sumision á la voluntad de Dios. La vida del hombre está llena de miserias, como dice Job, y tropieza con mil contrariedades, que le hacen insoportable aun á los que parecen más felices. Dios lo permite así para desprendernos del mundo, y para enseñarnos, que aquí no debemos buscar una felicidad duradera, sino aspirar á una más permanente, que está en el cielo. Dios nos aflige con reveses de fortuna, con pérdidas de bienes, con enfermedades, con estaciones malas, y otros accidentes de que se vale para probar nuestra paciencia; quiere cifrar su gloria en nuestra sumision á su voluntad, y hacernos dignos de las recompensas que á la virtud tiene prometidas. Pero, ¿qué hace el hombre airado é impaciente en sus males? Muy ajeno de someterse á la voluntad de Dios, quisiera que la voluntad de Dios se conformase con la suya; nada quiere sufrir que contrarie sus gustos y turbe su dicha. De aquí la impaciencia, los murmullos contra la providencia de Dios, cuando las cosas no marchan á su gusto. La inclemencia de las estaciones le trae inquieto, las enfermedades le desconciertan. Ved á aquel hombre impaciente postrado en cama por su dolencia: ¿no oís sus quejas contínuas, ora sobre la violencia de su mal, ora sobre la inutilidad de los

remedios? Está frenético por recobrar una salud, cuya falta le es provechosa. Por más que le propongan los motivos de consuelo, que la religion nos suministra para moverle á tener paciencia, nada le persuade, nada le contenta; y apenas puede sufrir á los que se desviven para auxiliarle: prueba de su poca sumision á la voluntad de Dios. Ved á aquel otro que se queja de los malos tiempos, que quisiera disponer á su arbitrio de las estaciones, y culpa á Dios mismo porque no le son favorables. Este se aflige por una desgracia que le sucede; aquel se apesadumbra porque se le escapa la ocasion de hacer fortuna, porque le abandona un protector, un amigo, ó por la pérdida de un hijo en quien fundaba su esperanza; y no vé, ó por decir mejor, no quiere ver, que Dios permite todos estos infaustos acontecimientos para probar su virtud, y darle lugar para ejercer su paciencia: luego, no se somete á la voluntad de Dios; digamos, pues, que desconoce la religion. Por lo tanto, amados hermanos mios, convenid, en que la cólera y la impaciencia vienen de malos principios, como acabais de verlo. Ocupémonos ahora de sus perniciosos efectos.

2. Todo lo que viene de malos principios, por fuerza ha de ser pernicioso en sus efectos. Tal es la cólera. Sigámosla de cerca, para ver los terribles estragos que causa en la sociedad humana. La cólera vuelve al hombre, que por ella se deja avasallar, enemigo de sí mismo, enemigo del prójimo, y enemigo de Dios; de sí mismo, por los grandes males que le causa; del prójimo, por hacérsele insoportable; y, en fin, enemigo de Dios, porque provoca su indignacion. Tales son los perniciosos efectos de la cólera, los cuales deben hacérnosla mirar con extremado horror. Para indicaros desde luego los grandes males que la cólera acarrea al hombre, podria deciros, que esta pasion altera su salud, acorta sus dias y le precipita hácia la sepultura. Más vengamos á cosas más interesantes, y veamos los funestos efectos que la cólera produce en el alma. Es propio de la cólera perturbar la razon de aquel en quien domina, robarle la paz y la tranquilidad del alma, sin las cuales no hay en el mundo verdadera felicidad. La razon es el carácter esencial del hombre: ella debe dirigir todas sus acciones, todos sus pasos; es la luz que Dios le ha dado para guiarle. ¿Hay, pues, nada más opuesto á la razon que la cólera? En el momento en que esta pasion se apodera del corazon del hombre, le pone fuera de sí, le arrastra y se sobrepone á su razon; cuya luz se oscurece, así que los negros vapores de la cólera envuelven su alma: el hombre ya no ve lo que hace, ni sabe ya lo que dice. Para convencerse de ello, basta ver á un hombre airado, observar todos sus pasos, acciones y movimientos. Mirad, en efecto, á ese hombre

agitado, arrebatado de furor: todo su cuerpo tiembla como si tuviese una violenta calentura: ved su rostro lívido y desencajado, sus ojos chispeantes, sus miradas amenazadoras, sus arranques furiosos: ¿son esas las señales de un ente racional? ¿No le tomariais más bien por una fiera, ora por un leon que ruge, ora por un lobo que quiere devorarlo todo, que en sus arrebatos no conoce á nadie, ni quiere escuchar razon alguna; que rompe y lo desbarata todo, sin que nadie pueda contenerle; que descarga su furor sobre el inocente como sobre el culpable? ¿Hay nada más insensato, que un hombre enfurecido por la cólera? Muchas veces quiere lo imposible y lo quimérico; quiere que unos niños, que todavía no tienen uso de razon, y hasta que los animales obren como si lo tuviesen; quiere que los objetos insensibles obedezcan su voluntad; y cuando no puede disponer de ellos á su sabor, los arroja al suelo y los hace mil pedazos por despecho, ó por furor. ¿Es esto raciocinar, tener buen sentido? La travesura de un niño, la cachaza de un criado, un mueble que no está en su lugar, una palabra que se escapa casualmente, una bagatela, y, á veces, una cosa indiferente, que para otros seria un motivo de risa, causa al hombre encolerizado unos arrebatos que nada puede calmar. Si se le proponen razones buenas para apaciguarle, no quiere escuchar ninguna, solo quiere satisfacer su pasion. ¿Es esto, decidme, proceder con juicio?

¿Qué mucho, pues, que los hombres de semejante temple no disfruten de ningun sosiego? Se turban, se inquietan y ceden á la impaciencia. Al menor percance que les sucede, hacen sombrías y tristes reflexiones sobre las pérdidas que han sufrido. Si las cosas no van á su gusto, no se enfadan ménos que por sus pérdidas; y como los deseos del hombre no pueden ser completamente satisfechos en esta vida, y tienen lugar, por el contrario, muchos acontecimientos que contradicen sus inclinaciones, de aquí, que el hombre airado é impaciente vive siempre inquieto y desasosegado. Si alguno le ha dado motivos de queja, si le ha ofendido, piensa incesantemente en los medios de vengarse: esta es la primera idea que cruza por su imaginacion al despertarse. El solo aspecto de su enemigo le turba y le da convulsiones, que le ponen fuera de sí. En fin, el hombre colérico é impaciente se parece á un mar borrascoso, que nunca aparece tranquilo; siempre está en movimiento, y no puede gozar de calma ni descanso; su alma es como un infierno, en que no hay paz ni concierto, sino un desórden y horror eternos.

Pero el hombre iracundo no es solamente enemigo de sí mismo; tambien lo es de sus hermanos. Si se hace insufrible para sí mismo;

¿cómo no lo ha de ser para los demás? El hombre nació para vivir en sociedad; y la sociedad no puede ser grata y dulce si no la sostienen la union de los corazones, la educacion y las buenas costumbres. Pero ¿qué sociedad puede tenerse con un hombre colérico, que se enfada de todo y por todo se acalora? Todos tenemos defectos, que nos exponen á ser ofendidos unos por otros; y para sostener la sociedad, es preciso tolerar los defectos de que adolecemos. Pero el hombre iracundo no quiere sufrir nada, y nada perdona. Si recibe alguna afrenta, le veis arrojar fuego y llamas como un volcan: vomita torrentes de ultrajes y maldiciones contra los que han excitado su bilis. En lugar de los buenos modales con que la educacion nos enseña á tratar al prójimo, solo se notan en el hombre airado unas maneras groseras y repugnantes; nadie se atreve á dirigirle la palabra por temor de irritarle; y todos huyen de él como de una fiera, siempre dispuesta á morder y á devorar. ¿Cómo vivir con ese hombre de genio intratable, que se entrega á los ímpetus de su pasion por el menor motivo? Es más prudente apartarse de él, que exponerse á sus violencias. Si hay precision de vivir con él, como los hijos con su padre, una mujer con su marido, los criados con su amo, todos detestan su compañía, y nadie está contento sino en ausencia suya.

¿Cuál es, amados oyentes, la causa ordinaria de las disputas, de los pleitos, de las luchas domésticas que conturban la sociedad humana? ¿No es la cólera? Esta pasion, que nada quiere sufrir, sugiere todos los medios imaginables para obtener satisfaccion de una injuria, de un desprecio que ha ofendido á la persona poseida de ella.

¿No es la cólera la que ocasiona las batallas y las matanzas entre los hombres, que se destruyen con la más cruel inhumanidad? La cólera preside todos los males: esta furia infernal anima al padre contra sus hijos, á los amos contra sus criados, al marido contra su mujer, á la mujer contra su marido. Un solo hombre, una sola mujer colérica será capaz de alterar la tranquilidad de todo un vecindario, y de dividir á los amigos más fieles. ¿Qué más diré, por fin? Un hombre colérico no puede vivir con nadie: no respeta á sus superiores, trata con menosprecio á sus iguales, oprime á sus inferiores, y se hace odioso á todo el género humano. ¿Puede, pues, la sociedad, tolerar á un hombre de semejante condicion?

¿Es de extrañar, despues de esto, que incurra en la desgracia y enemistad de Dios? En efecto; ¿qué cosa más opuesta que la cólera

al espíritu de Dios y al del cristianismo? El espíritu de Dios es de paz, reside en la paz, y no se complace en la turbulencia. El Hijo de Dios vino al mundo para establecer en él la paz: no se le ha oido, dice el profeta Isaías, gritar por las calles; no se le ha visto romper la caña ya magullada, ni apagar el pábilo que aun humea. Nos ha enseñado con sus ejemplos, como con sus palabras, á ser mansos y humildes de corazon; y en su Evangelio nos asegura, que la beatitud es para los pacíficos. Nos ha enseñado amar á nuestros enemigos, á perdonar las injurias, á volver bien por mal. Ahora bien; ¿quién reconocerá el espíritu de Dios, el espíritu del cristianismo, en un hombre iracundo, que nunca está tranquilo? ¿Reconocerá Dios su imágen en una alma alterada por sus impetuosos arranques de cólera? ¿No puede decirse, por el contrario, que esa alma es la morada del demonio, de quien es figura é imágen, puesto que el demonio es amigo y constante promovedor de disturbios, divisiones y desórdenes?

¡Ah! cristianos, ¿quereis vengaros de un enemigo? Dirigíos contra vuestra cólera, volved contra ella toda vuestra indignacion para reprimirla, y repeled todos sus movimientos. Debeis, dice un santo doctor, temer tanto á este enemigo, por justa que os parezca vuestra ira, que es menester cerrarle vuestro corazon, porque es mucho más difícil desterrarle de él que dejarle entrar. Por consiguiente, para dominar esta pasion, es preciso precaver la ira, previendo las ocasiones que tendreis de encenderos en ella, á fin de evitarlas; ó bien defenderos con algun buen pensamiento, con algunas oraciones que os sirvan de escudo contra los ataques de este enemigo. Recordad, en tal momento, las recompensas que Jesucristo promete en su Evangelio á los que tienen un corazon pacífico; dirigidle la oracion de los apóstoles: Sálvame, Señor, del peligro de la tempestad que va á levantarse contra mí. Tomad la misma precaucion cuando veais algun mal que ponga á prueba vuestra paciencia; armaos de antemano de esta virtud; preparaos á sufrir: un mal previsto es menos sensible cuando sucede. Si á pesar de estas precauciones sentís algun ataque de ira, procurad cuidadosamente ahogar, en su principio, las primeras emociones; es más fácil apagar una chispa que un grande incendio: guardaos, sobre todo, de obrar cuando estais irritados; dad lugar á que se calme vuestra pasion. Dejad, por algun tiempo, la ocupacion, el sitio, la persona que ha exaltado vuestra bilis. Si teneis la desgracia de entregaros á los arranques de vuestra cólera, reparad vuestra falta con alguna penitencia, que os impondreis tantas veces como hayais dejado de re-

primirlos. Si la ira os ha empeñado en alguna cuestion con el prójimo, id á verle cuanto antes para reconciliaros con él, á fin de que no se os ponga el sol estando todavía airados: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Ephes. vi, 26. Por último; si la cólera y la impaciencia os avasallan, pedid todos los dias á Dios, especialmente en la oracion matinal, que os haga triunfar de esta pasion; tomad, desde entonces, la resolucion de no enfadaros, sucédaos lo que quiera; acordaos, llegada la ocasion, de la resolucion que habeis tomado; y tened presente, que la paciencia ha hecho á los santos, y os asegurará una corona eterna. Amen.

CÓLERA.

II.

Obsecro.... ut ambuletis.... cum omni patientia, supportantes invicem in charitate.

Os conjuro que os porteis con toda paciencia, soportándoos unos á otros con caridad.

(*Eph.* iv, 1.)

Aunque cualquiera pasion desordenada basta para quitar la tranquilidad á nuestra alma, y arrastrarla á la culpa; con todo, preciso es confesar, que ninguna pasion es tan violenta como la cólera: primero, porque dá armas á las otras para que se rebelen; luego, porque nos preocupa y exalta especialmente, y nos priva del dominio de nosotros mismos; y, por último, porque nos pone más que ninguna otra pasion en la necesidad de implorar la misericordia del Señor. Ora sea la cólera que llamamos genial, ora le que es una consecuencia del orgullo, ó, en fin, la que es fruto de la venganza, siempre será sumamente perniciosa; porque nos vuelve impacientes, insensibles ú obstinados. En cualquiera de estos tres estados, es la cólera

una enfermedad mortal á nuestras almas. Para curar esta enfermedad, voy á proporcionaros los mismos remedios que S. Pablo dió á los fieles de Efeso. Os conjuro, les decia, que os porteis con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos á otros con caridad. Lo propio os recomiendo, hermanos mios. ¿Quereis triunfar de la cólera genial? Preveníos contra ella con la paciencia y mansedumbre. ¿Quereis vencer la cólera que trae consigo la soberbia? Practicad la humildad, y con ella la reprimireis. ¿Quereis, por último, reprimir la cólera vengativa? Oponedle la caridad. Os lo demostraré, despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. La íntima union que hay entre el alma y el cuerpo, hace que el temperamento del uno contribuya á los vicios y á las virtudes de la otra. Si el cuerpo se acostumbra al trabajo, por su parte, el alma revela una firmeza que le da fuerzas para los más penosos ejercicios; y al contrario, si el cuerpo se entrega á la indolencia y al ocio, el alma experimenta una debilidad, que la incapacita de sobrellevar aun la más ligera carga. ¿Por qué tuvo David espíritu y valor para pelear con un gigante, derribarle en el suelo, y cortarle la cabeza? Porque, siendo pastor, ejercitaba las fuerzas del cuerpo, de modo que, en vigor, competia con los osos y leones. Y ¿cuándo dejó David de ser quien era? Cuando dejó de salir al frente de su ejército para ser adúltero en palacio; cuando, digámoslo así, acostumbró su cuerpo á la indolencia, al ócio y á la comodidad.

Y no penseis, oyentes, que la delicadeza del cuerpo solo acobarda y entorpece el alma; tambien fomenta la cólera. Los que llevan una vida de comodidades y deleites, á la más leve molestia se enfurecen é irritan. La experiencia enseña, que en las casas ricas y opulentas tiene más fácilmente entrada la ira. Examinadlo, y oireis, que sus dueños á todas horas gritan contra los criados y criadas, y los maltratan por cualquiera falta, por insignificante que sea. Seguidles, cuando salen á la calle, y vereis como atropellan al que no les cede humildemente el paso; vereis como amenazan, ó miran con desdén al que no los saluda. Y si alguno se opone á su opinion, ó á sus caprichos, dejan traslucir luego que la cólera les arrastra; respiran fuego sus ojos, arrojan espuma sus lábios, y ofuscada la razon, prorumpen en palabras desmedidas, que perturban la paz de las familias.

¿Cuál es la causa de estos arrebatos de la cólera? No puedo negar, que la prontitud del genio tiene á veces gran parte de influencia en estos arrebatos; pero principalmente provienen del carácter de la

educacion que se ha recibido. Vuestros padres fueron la causa de vuestra cólera genial, cuando no sabian tolerar que se os disgustára en nada.

2. Y ¿cuál será el remedio de esta pasion funesta? *Ambulate*, os diré con el apóstol S. Pablo, *ambulate in omni patientia, et mansuetudine*. Preveníos con la paciencia y mansedumbre para evitar los arranques de cólera, que os son tan frecuentes y habituales. Confieso, que una vez acostumbrados á irritaros por cualquier leve motivo, no es fácil, ni está en vuestra mano, impedir los primeros ímpetus de la cólera; pero puedo aseguraros, que si quereis, con el tiempo y con el cuidado podreis llegar á sufocarla en sus principios. En cuanto empeceis á sentiros conmovidos, considerad cuanto os importa, no subordinar la razon al despótico y cruel dominio de la cólera: cuanto os importa apagar, desde luego, esa llama, que si se descuidase, acabaria, sin duda, por producir un grande incendio: cuanto os importa, en fin, no dar entrada en vuestro corazon al demonio. Y para reprimir la cólera, despues de sus primeros é inevitables movimientos, debeis con anticipacion y repetidas veces fijar la atencion en lo mismo que entónces habreis de meditar.

Tal vez la cólera se encubrirá con las apariencias de justicia, y sugerirá la idea, de que la obligacion que teneis de corregir las faltas de vuestros súbditos, os da derecho para enojaros contra ellos. Pero decidme: ¿no temeis que vuestro genio bilioso os haga llevar el enojo hasta el punto de exceder los límites de una correccion cristiana? ¿No advertís, que la demasiada acritud de vuestras palabras, en vez de corregir, ha de exasperar el ánimo de los que reprendeis? Si así lo creeis, confesad, que no es justa vuestra cólera. Procure la razon apacible lo que no pudiera conseguir la cólera excitada y preocupada; y, en fin, aunque no fueran, en este caso, culpables sus ímpetus, reprimiéndolos, adquirireis la virtud de la mansedumbre, remedio único para curar la enfermedad de la cólera genial de que adoleceis.

La cólera, que es el fruto de la soberbia, es sin comparacion más nociva. La cólera, respecto de la soberbia, es lo que el calor respecto del agua: así como el calor hace hervir al agua, y sobresalir del vaso; así la cólera hace que la soberbia se deje conocer en los ojos, en el rostro y en las palabras. La cólera excita á la soberbia; la soberbia aviva la cólera; y así hay entre estos dos vicios una mútua y fatal correspondencia. ¿Cómo es, que el rico, el noble, el sábio se irritan con tanta frecuencia? ¿Cómo es, que no pueden sufrir la injuria más ligera? Porque les preocupa su soberbia, su vanidad, su amor propio. ¿Cómo se atreve á oponérseme este pobre? dice el rico. ¿Cómo

se atreve á apostarlas conmigo ese plebeyo? dice el noble. ¿Cómo se atreve á competir conmigo ese ignorante? dice el sábio. No es razon que mi vanidad lo sufra: es justo que mi soberbia se irrite. Si vosotros, oyentes, hablais ese lenguaje del siglo, si discurrís segun sus máximas, si no os desprendeis de la soberbia, ya no habrá remedio para esa cólera, que solo puede curarse por medio de la humildad. No penseis, amados oyentes, en lo que sois por vuestras riquezas, por vuestras dignidades, por vuestro nacimiento, por vuestros talentos: pensad en lo que sois por la religion que profesais. ¡Riquezas, honras, sabiduría, nobleza! nada sois á juicio de Dios: para nada nos aprovechais sino para el desprecio, ó para el sacrificio que podemos hacer de vosotras.

Otra especie, y permitid que me exprese en estos términos; otra especie de vanidad impaciente es muy propia de un cristiano, á saber: la que no sufre que otro le aventaje en la humildad. Picaos enhorabuena, os diré con S. Pablo, de esta santa y noble emulacion: *In humilitate superiores sibi invicem arbitrantes.* Phil. ii, 3. Competid mútuamente en ser más humildes, poniendo en contraste vuestros propios defectos con las perfecciones ajenas; y estoy cierto, de que esta competencia aplacará vuestra cólera y soberbia. Decid: soy más rico en bienes de fortuna; pero otro será más rico que yo en bienes de la gracia. Soy más poderoso en el mundo; pero otro tendrá sin duda más valía en presencia de Dios. He logrado descollar por el talento; pero otros harán mejor uso del suyo. No hagais tan orgulloso alarde de vuestra calidad. Vuestra calidad, hermanos mios, es la de cristianos; y con ella debeis conformar vuestros pensamientos, palabras y obras. Vuestra calidad, hermanas mias, es la de virtuosas, y por consiguiente apacibles; pues el Espíritu Santo llama fátua á una mujer reucillosa é iracunda: *Mulier fatua et iracunda.* ¿Y puede acaso vuestra calidad compararse con la de Jesucristo? ¿Sois más nobles, más poderosos que el Salvador? ¿Son mayores las injurias que os hacen, que las que hicieron á él? ¿Y podeis ser tan mirados, con respecto á un vano pundonor, despues que un Dios dejó oscurecer toda la gloria de su divinidad? Siendo Dios, se anonadó tomando la forma de esclavo: siendo Dios, se hizo hombre, sometiéndose á los mayores escarnios, oprobios y afrentas.

Este es, amados oyentes, el modelo, el ejemplar que os propone san Pablo, para que reprimais vuestra soberbia y vuestra cólera. Venid á oir las sublimes lecciones de esta apacible humildad que os dá nuestro divino Maestro. Mientras los judíos están discurriendo el modo de perderle, el Señor no piensa sino en dar pruebas de su inmenso amor, instituyendo el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre. Llama amigo al discípulo apóstata, que va á venderle: habla en tono apacible al insolente que le abofetea; y ruega á su eterno Padre, que perdone á los que le han crucificado. A vista de estos ejemplos, avergonzaos de la impaciencia que no os deja sufrir la más pequeña injuria, y del empeño que tomais en vengarla: tercer aspecto bajo el cual podemos considerar la cólera.

Los que por genio súbitamente se irritan, por lo regular, á poco rato se aplacan. Los que por su soberbia se enojan, con los obsequios que se les hacen, se moderan. Pero los que llegan á dejarse dominar por la cólera vengativa, se obstinan en ella. De éstos dice el Eclesiástico, que perseveran en la ira, y aun la perpetuan en las familias: *Homo homini reservat iram.* Eccli. xxviii, 3. Reconcentran en su pecho la cólera para desahogarla más á su satisfaccion; y cuanto más tiempo la ocultan, tanto es mayor el estrago que causan cuando, vengándose, la manifiestan.

Por esto nos aconseja el Espíritu Santo, que no dejemos poner el sol sobre nuestra ira. Eph. iv, 26. Porque así como cuando el sol no desvanece de dia las nubes, se aglomeran por la noche y preparan las tempestades; así tambien, cuando no aplacamos los primeros ímpetus de la cólera, causan despues más terribles estragos. ¡Qué discordias en las familias, en los pueblos, entre los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres, los relajados y los más devotos! Aun muchas personas devotas, las que se distinguen por su piedad, se dejan á veces dominar de la cólera, y perseveran en ella hasta que consiguen vengarse. ¡Vos lo sabeis, Dios mio, que experimentasteis la cólera vengativa de los fariseos, que hacian escrúpulo de entrar en el pretorio en dia de *sábado!* ¡Vosotros lo sabeis, criados y criadas, que os quejais contínuamente de que vuestros amos y amas, al parecer muy devotos, riñen á todas horas, y se obstinan en mortificaros! ¡Vosotros lo sabeis, amados oyentes; y al propio tiempo con muchísima razon extrañais, que esos mismos, sin ninguna enmienda, frecuentan los templos, y hasta los sacramentos!

¡Qué locura, decia Tertuliano, de Patient, estar rezando todo el dia, sin sacar fruto alguno de la oracion! ¿Cómo ha de perdonar Dios sus deudas, si ellos no perdonan el menor descuido de sus prójimos? ¡Qué temeridad, acercarse al tribunal de la misericordia con un espíritu de rencor y de venganza! ¿Cómo han de hallar benigno al Señor, á quien buscan, sin deponer su encono? ¿No ven que les falta la caridad, reina de todas las virtudes, y remedio eficaz á la enfermedad de la cólera que padecen sus almas? Sufran,

y sufrid vosotros, amados oyentes, que aspirais, no á la hipocresía, sino á la piedad más sólida; sufrid, digo, mútuamente vuestros defectos: *Supportantes invicem in charitate.* Haced con vuestros prójimos lo que quisierais que, en posicion contraria, hicieran con vosotros. En una palabra, profesaos una caridad recíproca. Renovad el espíritu de los primeros cristianos: espíritu apacible, humilde, caritativo. Refrene la mansedumbre los movimientos de la cólera genial: modere la humildad los ímpetus de la cólera soberbia: sufoque la caridad los arranques de la cólera vengativa, para que moren en vuestras casas la paz, la alegría, el gozo.

Dulcísimo Jesús, ¡cuántas almas perturba la cólera! Sin vuestra gracia perecerian; socorredlas para que no perezcan. Nosotros estamos resueltos á reprimirla; y os pedimos perdon de no haberlo hecho antes. Vos, que nos disteis tan sublimes ejemplos de humildad, de mansedumbre y de caridad, haced que procuremos adquirir estas virtudes, para que, siendo mansos, humildes y caritativos, triunfemos siempre de la más terrible de las pasiones, y merezcamos ser con vos eternamente dichosos en el cielo.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Nosotros somos racionales y cristianos: dos poderosos motivos para aborrecer la cólera, que, 1.°, destruye al hombre racional; y 2.°, destruye al cristiano.

I. El hombre racional tiene deberes que cumplir para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo. El colérico se vuelve contra Dios, no sabe tolerar al prójimo, ni sufrirse á sí mismo.

II. El hombre cristiano imita á Jesucristo, ama á su prójimo, y se aborrece á sí mismo. La cólera destruye estos tres deberes: se opone á la imitacion de Jesucristo, á la caridad del prójimo, á la abnegacion de sí mismo.

II.

La cólera proviene de tres causas: 1.° Del genio impetuoso; 2.° De la envidia; 3.° Del interés y ambicion.

I. El genio impetuoso nos inclina siempre á la cólera. Se amansan las fieras, dice san Basilio; pero el hombre de genio violento es una fiera intratable, y, en el exceso de su ira, á nadie respeta.

II. La envidia tambien fomenta la cólera; y no repara en turbar la tranquilidad pública con felonías y grandes injurias. Si el mal excita la cólera genial, el bien excita la cólera de envidia; una y otra tienden á la destruccion de cuanto hay de bueno en la sociedad.

III. El interés y la ambicion, que nada respetan, por sagrado que sea, encienden tambien la cólera. La ira de los escribas y fariseos contra Jesucristo era hija de la ambicion y del interés.

DIVISIONES.

CÓLERA.—Funestos efectos de la cólera:

1.° Nos priva de la amistad de Dios.

2.° Nos priva de la amistad del prójimo.

3.° Nos priva de la razon.

CÓLERA.—La cólera de los grandes hace que sus súbditos les pierdan el respeto.

La cólera de los inferiores, hace menguar la caridad de los que pueden favorecerles.

CÓLERA.—La cólera de los buenos impide el buen resultado de sus correcciones.

La cólera de los malos intimida á los que trabajan para convertirlos.

CÓLERA.—Cuando es violenta, excita contiendas y desazones, que con dificultad pueden calmarse.

Cuando en la cólera se revela la dureza, dá ocasion á que se descubran secretos, que no pueden revelarse sin perder todo resto de fidelidad.

Cuando incurrimos en la cólera con frecuencia, obliga á los más prudentes á abandonarnos.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Vere stultum inteficiet irucundia, et parvulum occidit invidia. Job. v, 2.

Verdaderamente que al necio le mata la cólera, y al apocado le quita la vida la envidia.

Desine ab ira, et derelinque fu-

Reprime la ira, y depon el fu-

rorem; noli æmulari ut malignéris. Psalm. xxxvi, 8.

Cum iracundo non facias rixas, et cum audace non eas in desertum, quoniam quasi nihil est ante eum sanguis, et ubi non est adjutorium, elidet te. Eccli. viii, 19.

Vir iracundus provocat rixas, qui patiens est mitigat suscitatas. Prov. xv, 18.

Fatuus statim indicat iram suam; qui autem dissimulat injuriam, callidus est. Ibid. xii, 16.

Impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest, et redundant fluctus ejus in conculcationem et lutum. Isai. lvii, 20.

Memorare timoris Domini, et non irascaris proximo. Eccli. xxviii, 8.

Ego autem dico vobis; quod omnis qui irascitur fratri suo, reus erit judicio. Matth. v, 22.

Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum iræ. Rom. xii, 19.

Ira viri justitiam Dei non operatur. Jacob. i, 20.

ror, no quieras ser émulo en hacer mal.

Con el colérico no trabes *ninguna* riña, ni camines por lugar solitario con el atrevido: porque para él la sangre no importa nada; y cuando no haya quien te socorra, te hará pedazos.

El hombre iracundo suscita riñas: el sufrido apacigua las que se han excitado.

Muestra luego su ira el fátuo; pero el varon circunspecto disimula la injuria.

Los impíos son como un mar alborotado, que no puede estar en calma: cuyas olas rebosan en lodo y cieno.

Acuérdate de temer á Dios, y no estés airado con tu prójimo.

Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, será condenado *á muerte* en juicio.

No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sino dad lugar á *que se pase* la cólera.

La ira del hombre no se compadece con la justicia de Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La ira cometió el primer homicidio entre los hombres: *iratusque est Cain vehementer, et concidit vultus ejus.* Gen. iv, 5. Saul, una vez dominado por la cólera, no guardó ningun respeto; persiguió de muerte á David, Reg. xviii et seq.; manda quitar la vida á los sacerdotes del Señor, xxii, y desobedece varias veces las órdenes del mismo Dios, xiii et xv.

El impío rey Achab, irritado por la respuesta de Naboth, que no

quiso cederle su viña, consintió en su muerte para quedarse con la posesion deseada. III. Reg. xxi.

Aman, irritado contra Mardoqueo, formó el bárbaro proyecto de quitarle la vida, suspendiéndole en un patíbulo; pero cuando creia ver satisfechos sus deseos, fué ajusticiado en el patíbulo que él habia preparado para Mardoqueo. Esther. iii, v, vi.

Nabucodonosor, dominado por su cólera, trató de matar á todos los adivinos y sábios de Babilonia, que no supieron interpretar sus sueños misteriosos. Dan. ii et iii.

La impía y adúltera Herodías, movida de su ira, pidió la cabeza del precursor de Cristo. Marc. vi.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Non mediocre est mitigare iracundiam, non inferius quam animo non commoveri; hoc nostrum est, naturæ illud. S. Ambros. i, 2. Offic.

Nihil iracundo homine insuavius, nihil gravius, nihil infestius, turpius nihil; sicut contra, nihil mansueto nescio jucundius. S. Joan. Chrys. hom. xxix ad Pop.

Quid iracundo furor suus confert? Savissimis exagitatum stimulis ita ab omni consilio ac mente deturbat, ut dum irascitur, insanire credatur. S. Hier. ep. ad Demetr.

Noli æmulari, ut maligneris: æmulatur ut malignetur, qui sic irascitur peccato, ut irascatur et fratri; qui sic æmulatur legem, ut malignetur proximo. S. Aug. in Psalm. xxxvi.

Aliquando iracundus manus non exigit, sed in maledictionis jaculum linguam vertit. Fratris namque interitum precibus exposcit, quasi hoc Deum perpetrare

No es poco mitigar la cólera, y algo más no turbarse interiormente: ésto es propio del cristiano, aquéllo lo es del hombre.

Nada tan áspero, tan pesado, tan dañoso, tan repugnante como el hombre colérico; al contrario, nada más agradable que el hombre manso.

¿De qué le aprovecha la ira al colérico? Atormentado por crueles remordimientos, quedan su razon y juicio ofuscados hasta tal punto, que miéntras está irritado, parece un loco.

No quieras ser émulo en hacer mal: es émulo en hacer mal el que se irrita contra el pecado y contra el que le ha cometido: el que cela de tal manera por la ley, que se indigna contra el prójimo.

A veces el colérico no obra mal; se contenta con que su lengua vierta el veneno de la maldicion. Pide con ella la ruina del prójimo, como si á Dios le fuera útil.

expediat. S. GREG. LIB. 5 MORAL.

Quanta sit iracundiæ culpa pensemus, per quam dum mansuetudo amittitur, supernæ imaginis similitudo vitiatur. ID. LIB. 2 MOR. CAP. XXX.

Si non potes iram vitare, tempera; si non potes furorem cavere, cohibe. S. ISIDOR. LIB. 1 DE SILLOG.

Cum vim irascibilem oblinuit (dæmon), statim introducit in corde suam familiam, quæ sunt rixa, furor mentis, contumelia, clamor, indignatio et blasphemia. S. BONAV. DE PUG. SPIR. CAP. IV.

De ira nota specialiter tria; scilicet odiosam ejus effigiem, ejus ruinosam perniciem, et ejus vitiosam propaginem. ID. IN DIÆT. CAP. V.

Consideremos la gravedad de la cólera, por la cual, perdiendo la mansedumbre, queda afeada la semejanza de nuestra imágen divina.

Si no puedes evitar la cólera, modérala; si no puedes precaverte del furor, refrénale.

Cuando el demonio ha excitado el apetito irascible, introduce en el corazon toda su familia, esto es: las riñas, el furor, las injurias, los gritos, la indignacion y la blasfemia.

Tres cosas hay que observar en la cólera; su figura repugnante, el daño mortal que causa, y su viciosa descendencia.

COMBATE ESPIRITUAL.

Bonum certamen certavi.
He combatido con valor.
(*Timot.* IV, 7.)

Estas palabras que dijo el apóstol S. Pablo, al acercarse al término de su carrera apostólica, debemos repetirlas nosotros, al acercarnos al término de la prueba de nuestra vida. Sí; todos deberemos decir: combatido hé leal y generosamente. Este combate puede ser considerado, ó en un sentido general, ó en un sentido concreto. Yo me contentaré con establecer la ley que rige en este combate, y su necesidad; con hacer comprender su naturaleza, con manifestar, en breves palabras, el órden, y luego las vicisitudes. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para probar la necesidad de este combate, pocas palabras me bastarán; porque si hay un principio claro, incontestable en la religion, es este: La vida es una lucha, la vida es un combate. Mucho tiempo há que el Espíritu Santo dictó estas palabras: La vida del hombre es una milicia: *Militia est vita hominis.*

Concedemos el principio fácilmente; más, ¿admitimos todas sus consecuencias? En teoría, ni una duda se nos ocurre acerca de este particular; en cuanto á la práctica, me parece que las dudas son harto frecuentes, y que están muy arraigadas en nuestras almas. Para convencerse de esto, basta considerar el modo con que, generalmente, la religion se comprende, se estudia, y se practica. Cuando se examina este punto, cuando uno se lo explica á sí propio, cuando tratamos de ilustrarnos sobre un negocio de tanto interés, puede reconocerse perfectamente esta verdad: todo se comprende, ménos una cosa, la que más importa comprender, esto es: que toda la conducta, y tambien la vida interior, suponen el combate; que en esta vida y en esta conducta consiste el combate; que todas las ventajas obtenidas deben sostenerse de contínuo.

expediat. S. GREG. LIB. 5 MORAL.

Quanta sit iracundiæ culpa pensemus, per quam dum mansuetudo amittitur, supernæ imaginis similitudo vitiatur. ID. LIB. 2 MOR. CAP. XXX.

Si non potes iram vitare, tempera; si non potes furorem cavere, cohibe. S. ISIDOR. LIB. 1 DE SILLOG.

Cum vim irascibilem oblinuit (dæmon), statim introducit in corde suam familiam, quæ sunt rixa, furor mentis, contumelia, clamor, indignatio et blasphemia. S. BONAV. DE PUG. SPIR. CAP. IV.

De ira nota specialiter tria; scilicet odiosam ejus effigiem, ejus ruinosam perniciem, et ejus vitiosam propaginem. ID. IN DIÆT. CAP. V.

Consideremos la gravedad de la cólera, por la cual, perdiendo la mansedumbre, queda afeada la semejanza de nuestra imágen divina.

Si no puedes evitar la cólera, modérala; si no puedes precaverte del furor, refrénale.

Cuando el demonio ha excitado el apetito irascible, introduce en el corazon toda su familia, esto es: las riñas, el furor, las injurias, los gritos, la indignacion y la blasfemia.

Tres cosas hay que observar en la cólera; su figura repugnante, el daño mortal que causa, y su viciosa descendencia.

COMBATE ESPIRITUAL.

Bonum certamen certavi.
He combatido con valor.
(*Timot.* IV, 7.)

Estas palabras que dijo el apóstol S. Pablo, al acercarse al término de su carrera apostólica, debemos repetirlas nosotros, al acercarnos al término de la prueba de nuestra vida. Sí; todos deberemos decir: combatido hé leal y generosamente. Este combate puede ser considerado, ó en un sentido general, ó en un sentido concreto. Yo me contentaré con establecer la ley que rige en este combate, y su necesidad; con hacer comprender su naturaleza, con manifestar, en breves palabras, el órden, y luego las vicisitudes. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para probar la necesidad de este combate, pocas palabras me bastarán; porque si hay un principio claro, incontestable en la religion, es este: La vida es una lucha, la vida es un combate. Mucho tiempo há que el Espíritu Santo dictó estas palabras: La vida del hombre es una milicia: *Militia est vita hominis.*

Concedemos el principio fácilmente; más, ¿admitimos todas sus consecuencias? En teoría, ni una duda se nos ocurre acerca de este particular; en cuanto á la práctica, me parece que las dudas son harto frecuentes, y que están muy arraigadas en nuestras almas. Para convencerse de esto, basta considerar el modo con que, generalmente, la religion se comprende, se estudia, y se practica. Cuando se examina este punto, cuando uno se lo explica á sí propio, cuando tratamos de ilustrarnos sobre un negocio de tanto interés, puede reconocerse perfectamente esta verdad: todo se comprende, ménos una cosa, la que más importa comprender, esto es: que toda la conducta, y tambien la vida interior, suponen el combate; que en esta vida y en esta conducta consiste el combate; que todas las ventajas obtenidas deben sostenerse de contínuo.

Es preciso convenir, hermanos, en que la religion, ante todo, se convierte en un deber; más, aunque ligeramente, se comprende tambien en ella cierta idea de sosiego, de paz, de descanso, y de tranquilidad de espíritu. Si hemos experimentado azares y crueles inquietudes, decimos: en la religion hubiera encontrado mi descanso. Así nos lo enseña tambien la Sagrada Escritura. Pero es preciso no tomar esta frase aislada; es preciso comprender bien; que este descanso, esta tranquilidad, esta calma no pueden adquirirse ni conservarse sino por medio de la lucha, del combate y de la guerra perpétua. Es un fruto dulce, de un sabor exquisito, que podrá recogerse algun dia; pero ansiosos de cogerle, ávidos de llevarlo á nuestros labios, no tenemos presente: que es un fruto prohibido al que no ha combatido generosamente, al que no se apresta á luchar con decision y denuedo.

Sucede tambien, que tomamos la piedad en el sentido que no le es esencial, sino accesorio, y, sin duda, el más agradable; se la considera en sus consuelos, en su fervor. Ya sé, hermanos mios, que Dios no niega, por lo comun, los consuelos de la piedad; y hasta, si quereis, las dulzuras de la misma; pero siempre interviene como condicion el combate.

Grabad en vuestra alma, en vuestro corazon este principio, antes que los otros; y no olvideis, que en la vocacion del cristianismo la vida es un combate, un combate leal y generoso. Un combate, sí, que os será muy llevadero y os traerá consuelos íntimos. ¿Acaso en el fondo de él hay otra felicidad, acaso ha tenido jamás otro consuelo? ¿Por ventura el reino del cielo, el verdadero reino del cielo, no tiene sus puertas para siempre cerradas á las almas tímidas y pusilánimes, lo propio que á las almas culpables y criminales? ¿Por ventura no está tambien cerrado á las almas cobardes, á que se refiere el Evangelio, el reino del cielo sobre la tierra, reino donde se disfruta anticipadamente de la bienaventuranza y felicidad celestial? ¿Acaso Dios reinará siempre en nuestro corazon por sus verdaderos consuelos? ¿Acaso estará siempre en él, si nosotros no le colocamos en el trono de nuestro corazon con gran valor y venciendo dificultades; si ese trono que le hemos consagrado, ese trono en el que reina, no lo conquistamos con nuestra lucha, con nuestros sudores, con nuestras lágrimas y con nuestra sangre? No; el divino Maestro no quiere, en ese sentido, ser para nosotros un rey pacífico; quiere ser un rey batallador, un rey victorioso, un rey que, sobre todo, y ante todo, reine por derecho de conquista. La vida del hombre, la vida del cristiano en el mundo es una guerra, es una milicia; la vida del cristiano; es un empeño, es un juramento prestado á Dios, á nosotros mismos y á los demás hombres, de que combatiremos sin tregua y sin descanso todos los dias.

2. Bien pudiera manifestaros la necesidad del combate; pero no es necesario probar una verdad, que se desprende de nuestras malas inclinaciones. Fuera de que, comprendereis la necesidad del combate al explicaros su naturaleza. ¿Cuál es, por lo tanto, el carácter de este combate, y en dónde debemos buscar el orígen, la causa primera de esa necesidad que tenemos de combatir? Porque, en fin, es preciso confesar, por glorioso que sea este combate, que seria no obstante más fácil, más dulce, más consolador, en el fondo, existir en el mundo bajo otras condiciones. No debe sorprendernos esta idea cuando la tuvo el mismo Dios. En primer lugar, Dios no creó al hombre en estas condiciones; le dió un estado primitivo, en que todas las tendencias de su corazon eran hácia el bien, ó en otros términos más claros: el hombre se dirigia espontánea y naturalmente á Dios; amaba entónces á Dios ante todas cosas, y amaba á Dios en Dios. Este estado ha variado mucho, y aun por completo; y de la misma manera que el hombre se dirigia á Dios por una tendencia íntima de su corazon, ahora se aleja de él por una tendencia igualmente íntima y manifiesta.

Ya que por resultado de esta herida, de cuyo orígen todos hemos participado, el alma humana solo tiene tendencias contrarias á Dios, y, por lo tanto, contrarias al bien y á la virtud, para tomar la direccion opuesta, para marchar hácia Dios en todos los sentidos en que por naturaleza nos alejamos de él; necesitamos, además de nuestra cooperacion, otro principio de movimiento que proceda de Dios, que sea obra de la gracia. Nunca nos remontaremos hácia Dios, sino merced á un impulso sobrenatural, un impulso que no será nuestro; que aceptaremos, que lo haremos personal; identificándolo con nuestro espíritu, con nuestro corazon, con nuestra alma, por la inteligencia y el sentimiento; más tambien en el fondo de nosotros mismos, como en una region inaccesible, en lo más íntimo del corazon hay esa tendencia opuesta; y ved aquí en que debemos ocupar la vida: en corregir la inclinacion al mal.

¿A dónde se dirige el alma que se desvía de Dios? Comete mil errores, se deja arrastrar por mil pasiones y á mil funestas tendencias. Pero hay un centro único, al cual vienen por fin á parar todas las inclinaciones: todo lo que no se dirige á Dios, se dirige forzosamente á nosotros: Dios, ó nosotros; lo que no dedicamos á Dios, lo damos al egoismo. El pecado original hizo que el hombre se separase de Dios,

y cayese sobre sí mismo, rigiéndose por su propio corazon, no viendo nada fuera de él, constituyéndose, por una suprema injusticia, no solo en su propio pensamiento sino en su amor, en su centro; á cuyo alrededor, segun él, todo debe girar, al cual todo debe referirse. Por consiguiente, ¿á dónde va el alma que se aleja de Dios, que no tiende á Dios? Va hácia sí misma, tiende á sí misma, como á su fin, á su principio, á su felicidad. ¿Qué hace esa alma, por qué se desvive, en qué emplea sus contínuos esfuerzos? Por encontrar en sí misma lo que no es otra cosa que la pura nada; por encontrar fuentes infinitas donde apague la ardiente sed que la abrasa; fuentes de ventura y de felicidad: quiere vivir de la nada, y sobre la nada quiere establecer su imperio.

Tal es, hermanos mios, su gran trabajo en este mundo; más cuando hayan pasado los dias de prueba, cuando su estado haya de fijarse para siempre, entónces el alma fiel á la lucha y al combate, el alma que ha buscado á Dios, que ha querido á Dios, y á pesar de todas las dificultades, ha procurado contínuamente que sus pensamientos, sus deseos, todos sus actos, se dirigiesen á Dios; entónces esa alma, terminadas las pruebas, encontrará á Dios, que es su bien. Su sér, fiel á su ley, que era la ley de su prueba, y que es ahora la ley de su felicidad, de su gloria, de su ventura, encuentra y tiene su término en Dios. El alma, empero, que ha sido infiel á esta primera ley de su sér, oirá la terrible sentencia que encierra todo un porvenir de desgracias. Apártate, le dirá el Señor, nunca veniste hácia mí; te llamé, y no me contestaste; no tenias más que venir á mí, y siempre te has retraido; pues bien, yo sanciono ese estado que tu misma has elegido, y digo una vez para siempre: apártate. Terrible maldicion, que al mismo tiempo condena el cuerpo al fuego eterno.

Semejante lucha, hermanos mios, es infinita en todos sus detalles. Comenzad por vuestros pensamientos, por las más imperceptibles tendencias de vuestra inteligencia; examinad luego vuestro corazon hasta en sus fibras más delicadas; reunid todos los actos exteriores de vuestra vida, todas sus intimidades y relaciones: si atendeis á la ley suprema del deber, del precepto que regula los actos de la vida, y despues á la ley suprema del consejo; si buscais en la religion explicada en su sentido más elemental y esencial, la perfeccion elevada á su mayor grado; ¿qué veis, qué encontrais? Dios en todas partes, Dios en todo. La ley y el consejo, la fe y la perfeccion nos impelen hácia Dios por todos los caminos, nos vedan alejarnos de él, y nos mandan que procuremos referir á Dios todos nuestros actos.

Ya me hago cargo, hermanos mios, de que estas palabras son duras, no á nuestra inteligencia y á nuestro corazon inspirados por Dios, sino á nuestra naturaleza decaida, á nuestra naturaleza enferma, á nuestra naturaleza muerta. Esta es la ley de la vida; más ¡cuántas veces esta ley de la vida es una ley de muerte para nuestra naturaleza! Esta ley consiste en la abnegacion y en el desapego propio. Algunos extrañan que la aconseje el Evangelio; y cuando del Evangelio se la toma para repetirla en el púlpito, dicen algunos: esa es una ley de perfeccion y no una ley de precepto. Os equivocais. Cuando la abnegacion es completa, no hay duda que es la perfeccion; más cuando se trata de no incurrir en el pecado mortal; ¿qué ménos puede hacerse sino renunciar á sí mismo, desviarse de sí mismo, apartarse de su propio camino con valor, con decision, con heroismo? El que no quiere cien veces, mil veces en la vida, renunciarse á sí mismo; el que, por amor de Dios, no está dispuesto á despreciarse á sí propio cien veces, mil veces en interés de todos, éste, dice el Salvador en su Evangelio, no es mi discípulo, no es digno de mí; éste no recibirá jamás el premio que tengo ofrecido.

Y no solo es esto posible, sino que es necesario; pues las tinieblas en que estamos sumidos, esa injusticia en que nacemos, y que se apega á nuestras entrañas y á nuestro corazon, nos privan de comprender inmediatamente toda la justicia y la belleza de esa ley. ¿Cómo quereis, hermanos mios, que nosotros mismos seamos nuestro fin, nuestro objeto, nuestro término? ¿Es esto posible? Nosotros nada somos; y lo que somos, lo tenemos de Dios: no existimos sino para él. Dios quiere que nos miremos á nosotros mismos, y, en cierto modo, no podemos hacer otra cosa; pero en nosotros mismos debemos ver á Dios, jamás á nosotros mismos en nuestro amor y en nuestras tendencias. ¿Cómo quereis que Dios esté en nuestros corazones de otro modo, que lo está en el órden de las cosas? Él es, él existe, es el sér único, al ménos por la necesidad de su naturaleza; luego, ¿cómo quereis que Dios no esté en un sentido muy verdadero en el fondo de nuestros corazones?

Considerad ahora, hermanos mios, que hay un acto de fe práctica, de fe verdadera, que es el primer artículo del símbolo de fe; y consiste en reconocer esta verdad, no solo teóricamente, sino tambien en la práctica. ¿Qué dice el primer artículo del símbolo? Creo en Dios; no en una existencia perdida en los espacios imaginarios, no; creo en Dios, es decir, como en el fin, como en el principio de mi sér; creo en Dios, como en aquel á quien deben refluir toda mi vida, todas mis acciones, todos mis sentimientos, yo mismo. En este sen-

tido, hacemos un acto de fe, y, á la vez, un acto de confianza; pues cuando pretendo abandonarme á mí mismo, y no apoyarme sino en mí, me parece que voy á caer en el vacío. ¿Qué va á ser de mi pobre corazon? ¡Oh! esto es lo que poco más ó ménos se siente y se dice, cuando Dios nos ha exigido el sacrificio de alguna pasion fuerte, cuando hemos hecho un grande esfuerzo, cuando por su gracia hemos sido regenerados. En un momento se muere, pero hay un mañana.... Ese pobre corazon que, como acabo de decir, cree encontrarse en el vacío, duda de que pueda vivir de esta suerte; piensa que la vida es imposible con estas condiciones, y exclama: fuera de mí ¿dónde habitaré? No apoyándome en mí ¿en quién me apoyaré? No encontrando mi fin en mí propio ¿á dónde iré? La fe práctica y generosa, responde: Creo en Dios. Me parece que mi corazon está muerto, devastado, desolado; me parece que no hay felicidad ni consuelo para mí. Pero, no: creo en Dios, creo en la presencia de Dios en mi corazon; creo! Y despues de todo, puede muy bien creerse, que este Dios dará algun consuelo, un poco de felicidad, un poco de ventura á una alma infeliz en los dias de su destierro, pues le promete una felicidad eterna. ¡Oh Dios mio! yo creo esa verdad, porque creo en vuestra promesa; porque la razon y la fe me dicen, que vos sois el alimento eterno del corazon, el alimento eterno del linage humano. Vos y solo vos podeis dar al corazon, en esta vida, parte de esa sustancia nutritiva, de ese pan que tanto ha menester para el alimento cotidiano: *Credo!*

Hé aquí, como un simple acto de fe basta á todas las necesidades. ¿Hay algo que os seduzca? Creo que hay algo mejor que lo que seduce; yo creo que hay algo más digno de mí: creo en Dios. Es un poco de vanidad, de gloria; es humo, no es nada: yo sé donde está la realidad de esa gloria, yo sé donde está la verdadera felicidad, la felicidad eterna. *Credo in Deum!* Yo afirmo: que mi Dios existe; no le doy una existencia teórica, considerándolo solamente en el cielo; pues, cuando le hemos encerrado en su morada celestial, parece que nos encontramos más á nuestro placer en la tierra y en nosotros mismos; pero, no: creo en Dios; creo que interviene en todas mis acciones. Tal es la vida cristiana, la vida que, como no ignorais, se la comprende de una manera bien mezquina é incompleta. ¡Pobre vida cristiana! ¡No se penetra hasta tu alma, hasta tu corazon! Si se dijera: la vida cristiana es ese sublime valor que consiste, no solo en vencer todas las dificultades, sino en vencerse á sí propio, es una grande abnegacion y renuncia de sí mismo; es un grande sacrificio; es un holocausto; es un Abrahan, que toma á su hijo Isaac para sacrificarle al Señor, siendo nosotros ese Abrahan y ese Isaac: si se comprendiera así la vida cristiana, se comprenderia toda su belleza. ¿Acaso no es bastante sublime para extasiar nuestra imaginacion, para arrebatar nuestro corazon? ¿Hay acaso grandeza y gloria fuera de ella? No; sino gloria falsa y deslumbradora. Todos los sacrificios, todos los heroismos no los encuentro gloriosos, cuando son inspirados por ese amor injusto á sí mismo. No pedir nada á la tierra, no pedir nada á los demás, no pedir nada á sí propio, entregarse por entero á Dios; esto es grande, pues que Dios, para obtenerlo, no se desdeñó de venir él mismo á este mundo, y darnos el ejemplo de esa vida cristiana.

3. Creo, hermanos mios, haber llenado mi objeto, pues solo pensaba limitarme á estas primeras reflexiones. He dicho, al considerar el combate, en su generalidad, que debia indicarse tambien su órden. Aun cuando sea bueno y necesario abarcar de una mirada todo el campo de batalla, para saber lo que conviene hacer sobre el terreno, es imposible que nuestro corazon deje de encontrarse á cierta altura; es imposible que no seduzca nuestra vista el brillo del divino estandarte que ondea sobre nuestras cabezas; por lo mismo, hermanos mios, es preciso que la prudencia disponga el combate. Es preciso, en cierto modo, tener todo el combate en nuestro corazon; es preciso querer, casi constantemente, el principio, el progreso y el fin; á la manera que el soldado en el campo de batalla, desde los primeros pasos, tiene ya en el corazon y en el oido la algazara, el ruido, los cánticos de la victoria; con todo, no tratemos de abarcarlo todo inmediatamente. Es preciso, hermanos mios, negarse á sí mismo y confesar á Dios; en otros términos: renunciarse por cumplir la voluntad divina. Esto es incontestable en las cosas más necesarias, en las cosas de precepto; luego sigue el perfeccionamiento. Es una ilusion bastante comun, que supone una grande voluntad, pero, al mismo tiempo, una grande inexperiencia querer inmediatamente hacerlo todo. Debemos esperar y tener paciencia. Si nos conocemos un poco á nosotros mismos, veremos, desde luego, todos los puntos mas amenazados, en los cuales debemos fijar nuestra atencion. Defendamos, ante todo, para hablar con entera claridad; defendamos nuestra alma, nuestro corazon, preservándolo de todo golpe y herida esencial. Pongámonos en la condicion primera de vida, que consiste en no ser enemigo de Dios; luego, abierto ya el camino, avanzaremos sucesivamente; y despues de haber triunfado en nosotros de nuestras pasiones, de nuestros vicios, de nuestras culpables inclinaciones, y en fin, de todo lo que puede sernos ocasion de infraccio-

nes frecuentes de la ley de Dios; pasaremos al ejercicio de las virtudes, ya sea de las virtudes que nos interesan más especialmente, ya sea de aquellas que el prójimo tiene un derecho particular á exigirnos. Pero haya sobre todo en esta guerra órden en las victorias, órden en los triunfos que sobre nosotros conseguimos.

4. La experiencia nos enseña, que los azares del combate son infinitamente diversos y multiplicados. Este combate no es más que de un dia; y este dia se llama la vida; pero sucede diez veces, cien veces, que esta batalla la creeis perdida sin recurso, ó ganada definitivamente; un instante despues, las circunstancias varian, ocurren las contingencias más imprevistas, y sucede algunas veces, que cambiais de fortuna á cada momento. Así que no puedo deciros los reveses que en este sentido pueden verificarse; pero el resultado definitivo es, que debemos estar seguros, cualesquiera que sean los diversos aspectos y fases de ese gran dia; debemos estar seguros de vencer á nuestros enemigos; pues Dios nos ha asegurado, que nos sacará vencedores. «Yo mismo, nos dice, he combatido el primero; yo conozco los caminos que conducen á la victoria, que conducen al cielo, y yo mismo me encargo de guiaros; solo exijo que me sigais, que no me perdais de vista, que fundeis en vuestra alma un invencible valor; y por si esto os parece muy difícil, os exigiré algo más dulce y más necesario tambien: una incontrastable confianza; no desconfieis jamás de vosotros, ó, si quereis mejor, no desconfieis jamás de vuestro divino jefe. De pié ó caidos, y hasta acostados en el campo de batalla, fijad una mirada de esperanza fiel en vuestro divino Señor, que está siempre de pié; miradle, y esta mirada os traerá la fuerza de levantaros, y marchar en pos de él con más valor que antes.» Todas las contingencias y probabilidades de este combate están completamente en nuestro favor; por esto no podemos ser derrotados.

Cuanta mayor fidelidad mostremos en este combate, cuanto más encarnizado sea, tanta mayor felicidad tendremos, más paz y consuelo.

Si nos dejamos derrotar, podemos contar con la desgracia. La palabra *vencidos*, tan célebre en la historia profana, se realiza mil veces en el sentido espiritual. ¡Ay de los vencidos! ¡ay de las almas que son perpétua y eternamente vencidas, y que se cuentan sus heridas, y algunas veces heridas harto graves, por los dias, algunas veces por las horas que pasan en este mundo! *Væ victis!*

El hombre se admira de tantas tristezas, de tantos dolores y lágrimas; y la causa de esas tristezas, dolores y lágrimas está en esa cobardía, en esa negligencia, que, no solamente no queremos vencer, pero ni aun combatir. Para devolver á esas almas un poco de energía, un poco de vida, bastaria decir á Dios: ¡Oh Dios mio! lo comprendo: estoy fastidiado; muero de disgusto, de cansancio, de faltas, de dolores y remordimientos en el campo de batalla; sí; porque me formo en mí mismo, en mi pensamiento, en la práctica de mi vida, no sé que campo de ociosidad y de reposo. Ved ahí la razon que tengo para quejarme, y para quejarme amargamente. Pues bien! quiero evitar esa desgracia, y purificarme de esas faltas; quiero permanecer de pié en el campo de batalla, en el cual me habeis colocado; quiero seguir el divino estandarte que tengo en frente, y que vos teneis en vuestra mano sagrada, porque en él están grabadas para siempre las promesas de victoria, las promesas de felicidad.

Y estas palabras deben repetirse todos los dias, á cada instante en que experimentais disgusto ó desfallecimiento, y de esta suerte obtendreis la victoria y los grandes resultados que á todos os deseo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Donec deficiam, non recedam ab innocentia mea; justificationem meam, quam cœpi tenere, non deseram. Job. xxvii, 5 et 6.	Hasta que fallezca no desistiré de mi inocencia; no abandonaré la justificacion que he comenzado á hacer *de mi inocencia.*
Persequar inimicos meos, et comprehendam illos, et non convertar, donec deficiant. Psalm. xvii, 38.	Perseguiré á mis enemigos y los alcanzaré, y no volveré atrás hasta que queden enteramente deshechos.
Esto firmus in via Domini. Eccli. v, 12.	Mantente firme en el camino del Señor.
Itaque fratres mei dilecti, stabiles stote, et immobiles, abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino. I. Cor. xv, 58.	Así que, amados hermanos mios, estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, pues que sabeis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa delante del Señor.
Bonum facientes, non deficiamus; tempore enim suo metemus non deficientes. Galat. vi, 9.	No nos cansemos de hacer bien; porque si perseveramos, á su tiempo recogeremos el fruto.
Qui certat in agone, non coro-	El que combate en la palestra

natur nisi legitime certaveri. II. TIMOT. II, 5.

Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ. APOCAL. II, 10.

no es coronado si no combate segun las leyes.

Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida *eterna.*

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hortamur vos per communem fidem, ut gloriam nostram forti et perseveranti virtute teneatis; adhuc in sæculo sumus, adhuc in acie constituti, de vita nostra quotidie dimicamus. S. CYPRIAN. LIB. 2, EPIST. I.

Os exhortamos por la fe que todos profesamos, á conservar con valor y perseverancia la dicha que á todos nos cabe: vivimos todavía en el siglo, todavía colocados en el ejército militante, peleamos contínuamente por nuestra salvacion.

Tentatio accidit, persevera usque in finem, quia tentatio non perseverat usque in finem. S. AUG. TRACT. XLV IN JOANNI.

Si te asalta la tentacion, persevera hasta el fin; porque la tentacion no persevera hasta el fin.

In stadio terrestri, unus qui prior venerit, coronatur; in cœlesti vero stadio quisquis pervenerit, coronam promeretur. S. CHRYSOST. HOM. DE FIDE. SPE, ET CHARIT.

En el estadio del siglo, solamente se lleva el premio el que llega primero; pero en el estadio del cielo, cualquiera que llegue es coronado.

Non est beatus qui bonum facit, sed qui incessabiliter facit. S. ISIDOR. HISP. II DE SYNONYM.

No puede llamarse dichoso el que practica el bien, sino el que lo practica incesantemente.

Scias diabolum soli perseverantiæ invidere, quam solam novit à Domino coronari. S. BERNARD. EPIST. CXXIX.

Acuérdate que el demonio solo persigue la perseverancia, como la única virtud que del Señor alcanza la corona.

COMPAÑÍAS.

(HUIDA DE LAS MALAS)

Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis.

Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte con sus caricias, no los sigas.

(*Prov.* I, 10.)

En este mundo los malos están confundidos con los buenos, la zizaña con el buen grano. Es preciso esperar hasta el dia del juicio, que será el dia de la gran cosecha del género humano; entónces Aquel que ve lo íntimo de los corazones, y que conoce los que le pertenecen, separará los buenos de los malos. Esperando esta terrible separacion, debemos sufrir á los malos, pedir á Dios que los convierta, no participar de sus crímenes, y evitar su compañía, en cuanto nos fuere posible. Este es el consejo que nos dá el Sábio: Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte en sus caricias, no los sigas. Si te dicen: entra en compañía con nosotros, no tengamos todos sino una misma bolsa: *Sortem mitte nobiscum; marsupium unum sit omnium nostrum:* no te dejes llevar de ellos; porque sus piés corren al mal con rapidez: *pedes enim illorum ad malum currunt.* Ninguna cosa puedo proponeros, hermanos mios, que sea más útil que este consejo del Sábio: sea que seais justos ó pecadores, debeis seguirlo; porque si *sois justos, la huida de las malas compañías os es necesaria para perseverar en la virtud; y si sois pecadores, la huida de las malas compañías os es necesaria para convertiros y salir del estado del pecado.* Esto es lo que voy á demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es santo en cualquier lugar que esté, y en cualquier obra que haga: no es ménos santo en los infiernos, que en el cie-

natur nisi legitime certaveri. II. TIMOT. II, 5.

Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ. APOCAL. II, 10.

no es coronado si no combate segun las leyes.

Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida *eterna.*

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Hortamur vos per communem fidem, ut gloriam nostram forti et perseveranti virtute teneatis; adhuc in sæculo sumus, adhuc in acie constituti, de vita nostra quotidie dimicamus. S. CYPRIAN. LIB. 2, EPIST. I.

Os exhortamos por la fe que todos profesamos, á conservar con valor y perseverancia la dicha que á todos nos cabe: vivimos todavía en el siglo, todavía colocados en el ejército militante, peleamos contínuamente por nuestra salvacion.

Tentatio accidit, persevera usque in finem, quia tentatio non perseverat usque in finem. S. AUG. TRACT. XLV IN JOANNI.

Si te asalta la tentacion, persevera hasta el fin; porque la tentacion no persevera hasta el fin.

In stadio terrestri, unus qui prior venerit, coronatur; in cœlesti vero stadio quisquis pervenerit, coronam promeretur. S. CHRYSOST. HOM. DE FIDE. SPE, ET CHARIT.

En el estadio del siglo, solamente se lleva el premio el que llega primero; pero en el estadio del cielo, cualquiera que llegue es coronado.

Non est beatus qui bonum facit, sed qui incessabiliter facit. S. ISIDOR. HISP. II DE SYNONYM.

No puede llamarse dichoso el que practica el bien, sino el que lo practica incesantemente.

Scias diabolum soli perseverantiæ invidere, quam solam novit à Domino coronari. S. BERNARD. EPIST. CXXIX.

Acuérdate que el demonio solo persigue la perseverancia, como la única virtud que del Señor alcanza la corona.

COMPAÑÍAS.

(HUIDA DE LAS MALAS)

Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis.

Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte con sus caricias, no los sigas.

(*Prov.* I, 10.)

En este mundo los malos están confundidos con los buenos, la zizaña con el buen grano. Es preciso esperar hasta el dia del juicio, que será el dia de la gran cosecha del género humano; entónces Aquel que ve lo íntimo de los corazones, y que conoce los que le pertenecen, separará los buenos de los malos. Esperando esta terrible separacion, debemos sufrir á los malos, pedir á Dios que los convierta, no participar de sus crímenes, y evitar su compañía, en cuanto nos fuere posible. Este es el consejo que nos dá el Sábio: Hijo mio, si los pecadores quieren atraerte en sus caricias, no los sigas. Si te dicen: entra en compañía con nosotros, no tengamos todos sino una misma bolsa: *Sortem mitte nobiscum; marsupium unum sit omnium nostrum:* no te dejes llevar de ellos; porque sus piés corren al mal con rapidez: *pedes enim illorum ad malum currunt.* Ninguna cosa puedo proponeros, hermanos mios, que sea más útil que este consejo del Sábio: sea que seais justos ó pecadores, debeis seguirlo; porque si *sois justos, la huida de las malas compañías os es necesaria para perseverar en la virtud; y si sois pecadores, la huida de las malas compañías os es necesaria para convertiros y salir del estado del pecado.* Esto es lo que voy á demostraros. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios es santo en cualquier lugar que esté, y en cualquier obra que haga: no es ménos santo en los infiernos, que en el cie-

lo; en el castigo de los réprobos, que en la gloria de los predestinados. Asi como es verdadero y fiel en sus palabras, así tambien es santo en sus obras: *Fidelis Dominus in omnibus verbis suis, et Sanctus in omnibus operibus suis.* Psalm. cxliv, 13. Habita siempre en un lugar santo; pues que es él mismo aquella soberana santidad en que habita: *Tu autem in sancto habitas, laus Israel.* No sucede así al hombre: no se derrama con exceso hácia fuera, sin que pierda algo de su virtud. El exterior le quita muchas veces su interior; y casi nunca frecuenta los hombres, que no vuelva ménos hombre, como dice el piadoso autor de la Imitacion de Jesucristo: *Quoties inter homines fui, semper minor homo redii.* Así, por justos y firmes que nos creamos en la virtud, debemos siempre temer la corrupcion que reina en el mundo; y, sobre todo, el complacernos en la conversacion y compañía de los malos: *Ne delecteris in semitis impiorum*, nos dice la Escritura, *nec tibi placeat malorum via.* Prov. iv, 14. Y esto ¿por qué? Por dos razones: primera: *porque con los malos ordinariamente no practicarás el bien que debes practicar.* Segunda: *con ellos practicarás muchas veces el mal que debes evitar.*

Quien anda con sábios, sábio será, dice el Espíritu Santo; más el amigo de los necios se asemejará á ellos: *Qui cum sapientibus graditur, sapiens erit, amicus stultorum similis efficietur.* Prov. xiii, 20. El ejemplo de los justos es como un libro vivo, en que uno se instruye sin trabajo, y á veces sin percibirlo. Vemos en su conducta las reglas que debemos seguir; y á fuerza de verlos y oirlos, nos inclinamos insensiblemente á imitarlos y á reformar en nuestra vida lo que hay en ella contrario á la suya. Más si es cierto, que el que anda con los sábios será sábio, aun es más cierto, que el amigo de los necios se asemejará á ellos; porque á nosotros nos basta nacer para hacer el mal: la naturaleza nos impele á él con todo el peso de sus inclinaciones y de sus deseos; por lo tanto, si trabamos amistad con aquellos que la Escritura llama insensatos, porque no conocen á Dios ni sus obligaciones, y solo siguen sus pasiones y los deseos desreglados de su corazon, esta relajacion, que se hace sentir en sus acciones y en sus palabras, y que lisonjea la naturaleza corrompida, se insinuará en nosotros de un modo agradable é incomprensible; y bien presto nos acostumbraremos á vivir como ellos, ó, á lo ménos, no haremos el bien que debemos hacer.

Veamos esto en un ejemplo de la Escritura. Paralip. ii, 18, 1. Josafat, rey de Judá, fué un rey muy piadoso, que hizo florecer en todo su reino la ciencia y la religion: desterró de él el vicio y la idolatría: rompió los ídolos de Baal, y destruyó las selvas, que se llamaban los lugares altos, y los bosques consagrados á los ídolos: envió á todas las ciudades de su reino doctores de la ley, sacerdotes y levitas para que instruyesen á sus súbditos; de suerte, que en muy poco tiempo hizo, que todos conociesen y sirviesen al verdadero Dios. Ved aquí un santo rey; pero marchitó el lustre de su conducta haciendo alianza con Achab, rey de Israel, que era un impío. Achab emprendió una guerra contra el rey de Siria, y empeñó en ella á Josafat. Es cierto que Josafat, antes de salir, quiso que se consultase al profeta del Señor, quien predijo, que esta guerra seria funesta; pero Achab, en vez de darle crédito, le hizo prender; y Josafat, no atreviéndose á disgustar á Achab, fué con él. ¿Qué sucedió? Achab, viendo que iba á caer sobre él lo más fuerte del combate, se disfrazó mudando de vestido. Tuvieron entonces á Josafat por el rey de Israel, y hubiera perecido en esta guerra, sin un socorro particular del Señor, quien le hizo reprender por el profeta Jehú de la alianza que habia hecho con Achab, como de una falta considerable: *Impio præbes auxilium, et his qui oderant Dominum, amicitia conjungeris.* ¿Qué? le dice, ¿tú das socorro á un impío, y haces alianza con los que aborrecen al Señor? Anda, tú mereces ser tratado con el último rigor: no obstante, porque se hallaron en tí buenas obras, permite Dios que vuelvas en paz á tu palacio de Jerusalen.

Almas justas, aprended de aquí, cuán peligroso es hallarse en la compañía de los malos, y cuán dificultoso es con ella obrar bien. Aunque seais tan piadosos como Josafat, no sereis escuchados. Si pretendeis corregirlos, se mofarán de vosotros, ridiculizarán vuestras advertencias, y harán burla de ellas en medio de sus desórdenes: *Factus sum illis in parabolam, et in me psallebant qui bibebant vinum*, dice el Rey profeta, Psalm. lxviii, 12 et 13, hablando de semejante gente: tambien nos dice, que la salvacion está muy léjos de ellos, porque no se aplican á guardar la ley de Dios: *Longe à peccatoribus salus, quia justificationes tuas non exquisierunt.* Psalm. cxviii, 155. Con ellos no solo no hareis el bien, sino que es de temer que hagais el mal que les viereis hacer.

Hay en el mundo dos grandes sociedades, que se hacen una guerra contínua: la sociedad de Jerusalen y la de Babilonia; la sociedad de los buenos y la de los malos. Los buenos solicitan convertir á los malos, y los malos pervertir á los buenos. Por esto dice la Escritura: que el pecador observa al justo; ¿y para qué le observa? ¿Es con buena intencion? No: es á fin de hacerle pecador como él. Luego ¿qué es necesario hacer para no caer en los lazos que nos tienden los

malos? El medio más seguro es apartarse de ellos. Este es tambien el consejo que S. Pablo da á los corintios. I. Cor. v, 9.: Os escribí en otro tiempo, les dice, que no frecuentaseis los idólatras, y que no tuvieseis ningun trato con ellos; ahora os doy otro consejo: si aquel que es del número de los hermanos, y que se llama cristiano como vosotros, es impúdico, ó avaro, ó murmurador, ó borracho, ó ladron, os advierto, que eviteis su compañía, y que ni siquiera comais con él: *Cum ejusmodi nec cibum sumere.* Y esto, ¿por qué? Porque basta un poco de levadura para corromper toda la masa. Una oveja sarnosa es capaz de inficionar á todo un rebaño; basta un hombre revoltoso para turbar toda una parroquia, y un cristiano escandaloso para corromper todo el vecindario: *Nescitis quia modicum fermentum totam masam corrumpit?* El Apóstol creyó tan necesario este consejo, que lo repite á los tesalonicenses: *Denuntiamus vobis, fratres, in nomine Domini nostri Jesu Christi, ut substrahatis vos ab omni fratre ambulante inordinatè*, Thessal. ii, iii, 6.: Os ordenamos, hermanos mios, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os aparteis de la compañía de aquellos que entre vosotros viven desordenadamente; hasta ahora habeis sido sábios, castos, modestos; pero ese libertino no lo es: sus palabras y su conducta son capaces de haceros perder el tesoro de la gracia y de la pureza: debeis evitar su compañía. Pero es mi vecino, me direis, es mi pariente. No importa. Sta. Teresa nos enseña, que la faltó poco para perderse con su primo, Vid. de S. Ther. ii.: su madre no se atrevia á rehusarle la entrada en su casa como á un extraño; pero porque este pariente amaba el galanteo y la vanidad, confiesa la santa, que su comunicacion la condujo á dos dedos del precipicio.

Almas inocentes, haced reflexion sobre esto. Recordad, que estando el mundo tan corrompido como está, no podeis poner cuidado que sea demasiado para precaveros de su aire contagioso, si quereis conservaros en la gracia de Dios: *Scimus quoniam ex Deu sumus*, dice S. Juan, Epist. Joan. v, 19, *et mundus totus in maligno positus est.* ¿Puede ninguno de vosotros blasonar de ser más perfecto que Henoch? Habia vivido en la inocencia y perseverado en la virtud por espacio de trescientos sesenta y cinco años; no obstante, porque los hombres de su tiempo eran muy depravados, Dios se apresuró, dice la Escritura, Sap. iv, 14, á sacarle del medio de la iniquidad. Los judíos, como sabeis, eran el pueblo de Dios, quien habia obrado en su favor una infinidad de milagros; no obstante, todo lo olvidaron; y cayeron infelizmente por haberse mezclado con los malos y los infieles: *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt, sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum.* Psalm. cv, 35 et 36. A vista de estos ejemplos y de tantos otros que vemos todos los dias, no hay hombre prudente que no deba temer las malas compañías. No solo impiden á los justos perseverar en la virtud, sino que tambien son un obstáculo á los pecadores que quisieran convertirse.

2. Digo que las malas compañías son un obstáculo á la conversion de los pecadores, y esto es por dos razones: 1.ª, porque los apartan de la práctica de la virtud: 2.ª, porque los empeñan más en el vicio. Pecadores: ¿quereis convertiros, mudar de vida, y abrazar el camino de la virtud? es preciso que dejeis la compañía de ese licencioso, á quien habeis tratado frecuentemente con perjuicio de vuestra fe y de vuestra religion. ¿Quereis ser castos? es preciso que dejeis la compañía de esa impúdica, que os sedujo con sus caricias y sus palabras halagüeñas. ¿Quereis llevar una vida más ajustada? es preciso que no os acompañeis con este hombre destemplado, que tantas veces os hizo pasar los domingos y las fiestas en el juego, en pendencias, en desórdenes. Ved aquí por donde debeis comenzar, si quereis convertiros de veras á Dios y observar con más fidelidad su santa ley. *Ab omnia via mala prohibui pedes meos, ut custodiam verba tua.* Psalm. cxviii, 101. Así hablaba el Rey profeta, que conocia la necesidad que hay de empezar por esto. Sí, hermanos mios, no lo dudeis: si esa muchacha que quisiera tener un porte más modesto no lo hace; si ese jóven que querria darse de veras á Dios no lo ejecuta, no son sino las malas compañías las que se lo impiden, son las costumbres del mundo, los usos comunes y practicados por una infinidad de personas los que los detienen. Se hallan en la misma situacion en que estaba David, cuando dice, que una tropa de perros le ha rodeado: *Circumdederunt me canes multi.* Psalm. xxi, 17. Es decir, una multitud de personas viciosas y depravadas, que como otros tantos perros ladraban, no por la verdad, en cuyo favor deberian declararse, sino por la costumbre y los abusos que autorizaban y defendian. No creas, dicen, todo lo que se predica: Dios no es tan austero como le suponen; no quiere más que el corazon. ¿Qué se dirá de tí, si mudas de conducta? Todos harán burla de tí, y publicarán que has perdido el juicio. Sí; ese pecador perdió el juicio, si os escucha y sigue vuestras perniciosas máximas; más lo tiene sano y entero, si las reprueba y las condena. Sí; perdió el juicio, si el temor de vuestros juicios críticos y malignos le retrae del cumplimiento de su obligacion; más lo tiene sano y entero, si no hace caso de vuestras sátiras y de vuestras murmuraciones. En una pa-

labra, perdió el juicio, si continua en trataros; pero lo tiene sano y entero, si evita vuestra compañía, que no solo es capaz de apartarle de la práctica de la virtud, sino tambien de empeñarle más en el vicio.

Se hace muy poco caso de ofender á Dios cuando uno no le ofende solo. Cuantos más ejemplos malos se ven, más se cree que es permitido el mal que se deberia evitar. Aun algunas veces, sea por diversion ó por complacencia, se hace el mal que no se haria, si aquellos en cuya compañía uno se halla no lo hiciesen. Desde que se oye decir por todas partes: vamos, hagamos; se tiene vergüenza de no ser tan imprudente como los otros: *Cum dicitur: eamus, faciamus; pudet non esse impudentem.* Aug., Conf. lib. 1, cap. 6. ¡Oh amistad demasiado enemiga! exclama S. Agustin, que la habia experimentado en su juventud. Yo me precipitaba, añade, en el desórden con tal ceguera, que entre los de mi edad me vergonzaba de no tener tantas cosas vergonzosas que referir como los otros. ¿Qué cosa hay que más merezca ser vituperada que el vicio? No obstante, yo blasonaba de más vicioso de lo que era, de miedo que no me vituperasen. Cuando no tenia con qué igualarme á los mayores pecadores, fingia crímenes que no habia cometido. Ved aquí en que compañía yo marchaba por las plazas de Babilonia, en donde me revolcaba en la basura del vicio como en perfumes preciosos. ¿No es esto lo que hacen los más de los jóvenes en este infeliz siglo, en que se hace donaire de ofender á Dios? Y ¿hallaránse muchos que se conduzcan como Tobías, quien, como dice la Escritura, Tob. 1, 5, hizo estudio, desde su infancia, de no participar de la corrupcion de aquellos con quienes estaba obligado á vivir? En el tiempo que estuvo en su país, cuando todos los otros iban á adorar el becerro de oro, que Jeroboan, rey de Israel, habia hecho elevar, huia solo la compañía de todos los demás, é iba á Jerusalen á ofrecer sus votos y sus sacrificios en el templo del verdadero Dios. Cuando estuvo en Nínive, esclavo de un vencedor infiel, aunque toda su tribu comiese de los manjares profanos de los gentiles, conservó siempre su alma pura, y nunca se manchó con ellos: *Iste custodivit animam suam, et numquam contaminatus est in escis eorum.*

¿Es este, hermanos mios, el modo con que os habeis conducido hasta aquí? ¡Cuántas veces una mala compañía os hizo quebrantar los ayunos, las abstinencias, y las fiestas que la Iglesia manda guardar! ¡Cuántas veces la condescendencia que habeis tenido con vuestros amigos, no os ha hecho faltar á la misa y á los divinos oficios! Yo estoy seguro de que hay mucha gente en la aldea, y artesanos

en la ciudad, que útilmente ocupados toda la semana, la pasarán sin ofender á Dios, y que el domingo cometerán muchos pecados. ¿De dónde nace esto? De las malas compañías: *Iniqui sunt cœtus vestri.* Isai. 1, 13. Tratais con blasfemos; blasfemareis como ellos: comunicais con jugadores; jugareis como ellos: os asociais á ladrones y malvados; bien presto cometereis robos y ruindades como ellos. Dime con quien andas, decia un antiguo filósofo, y te diré quien eres. Tenia razon, porque ordinariamente es uno tal como aquellos con quienes trata; y acaso vereis en la hora dé la muerte que os habeis condenado por compañía. ¡Ay! si yo nunca hubiera conocido á aquel, ó á aquella, no estaria en este lugar de suplicios; yo me perdí infelizmente en la compañía de los malos, y nunca tendré otros compañeros por toda la eternidad.

¿Qué fruto debeis sacar de este discurso? Vedlo aquí en compendio en el primer salmo de David. No seguir el consejo de los impíos, no detenerse en el camino de los pecadores, y no sentarse en la cátedra contagiosa de los licenciosos é impíos. Este es, dice el Profeta, el medio de conseguir su salvacion y ser bienaventurado: *Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilentiæ non sedit.* Psalm. 1, 1. Notad bien, dice S. Agustin, el órden de estas palabras: *abiit, stetit, et sedit;* porque encierran una gran enseñanza. La compañía de los malos es casi inevitable en esta vida. Dichoso el solitario que por su retiro, sus votos y su clausura se haya separado de ella: *Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum.* Pero la necesidad en que nos hallamos en este mundo, de estar algunas veces en la compañía de los malos, dichoso es aquel á quien ni el parentesco, ni el trato, ni la amistad, ni la misma habitacion empeñan en sus desórdenes y en sus crímenes: *In via peccatorum non stetit.* Más dichoso aun es aquel que no se sienta con ellos, á quien no gustan sus máximas corrompidas ni el veneno de su doctrina: *Et in cathedra pestilentiæ non sedit.* Esto es, hermanos mios, todo lo que debeis desear, y la gracia que debeis pedir á Dios en nombre y por los méritos de nuestro Salvador.

Amabilísimo Redentor, preservadnos del contagio de las malas compañías. Haced que nos sea pesada cualquiera otra sociedad que no sea la vuestra; pues que solo ella es capaz de santificarnos, como habla uno de vuestros santos: *Salus nulla nisi in societate Dei.* Aug. tr. in Evang. Joann. Haced que no hallemos gusto sino en vos y con los que son vuestros, á fin de que despues de haber procurado con-

versar con los santos en la tierra, merezcamos poseeros con ellos en el cielo: esto es lo que os deseo, etc.

DIVISIONES.

COMPAÑÍAS.—El que frecuenta malas compañías:

1.° Infiere una grave ofensa á Dios.

2.° Dá al prójimo gravísimo escándalo.

3.° Causa á su alma un grave perjuicio.

COMPAÑÍAS BUENAS.—Es preciso:

1.° Buscarlas como si fuese un asilo seguro para nuestra inocencia.

2.° Tomarlas como una escuela de piedad.

3.° Aprovecharlas á fin de que sean para nosotros un seminario de perfeccion.

COMPAÑÍAS MALAS.—Debemos evitar la compañía de los malos, como los santos se retrajeron de los perseguidores.

Cuando no los podemos evitar, conviene que estemos á su lado como un juez entre los criminales.

Luego que nos háyamos apartado de las malas compañías, debemos hacer lo que haríamos si saliésemos de un pueblo de apestados.

Véase: AMISTAD.

COMPASION.

Samaritanus videns eum, misericordia motus est.

Viéndole un Samaritano, movióse á compasion.

(*Luc.* x, 33.)

En el Evangelio nos explica extensamente Jesucristo el precepto de la caridad, al dejar confuso á un doctor de la ley, que, por mera curiosidad y para sorprenderle en algun descuido ó contradiccion, le dirigia varias preguntas. Nos enseña, que los hombres deben estar animados de sentimientos de compasion hácia todos; que la diferencia de patria y religion no ha de ser un motivo para que se desate el lazo que por naturaleza ha de unir los corazones; que todos los hombres quedan comprendidos bajo la denominacion comun de prójimos, y que por esto todos estamos obligados á tener compasion de los desgraciados.

La parábola con que Jesucristo contesta al doctor de la ley, le instruye y le confunde. El infeliz á quien los ladrones habian despojado de todo en el camino de Jericó, cubriéndole de heridas y dejándole en peligro de muerte, no excitó la compasion de los levitas, los cuales se concretaron á mirarle.

El deplorable estado de aquel infeliz no fué bastante para conmover sus corazones; é indiferentes á su suerte, pasaron sin socorrerle, y procuraron retirarse á toda prisa. Pero lo que no pudo la compasion en los levitas, lo consiguió en el samaritano, es decir, en un extranjero. La diferencia de culto no fué un motivo para acallar sus sentimientos humanitarios; sino que se movió á curar las heridas de aquel desgraciado, á proporcionarle hospitalidad, y atender á sus futuras necesidades.

Este samaritano, este extranjero dió verdaderamente pruebas de que era prójimo de aquel infeliz; la naturaleza estableció entre ellos una relacion íntima; la naturaleza hizo franquear respectivamente

versar con los santos en la tierra, merezcamos poseeros con ellos en el cielo: esto es lo que os deseo, etc.

DIVISIONES.

COMPAÑÍAS.—El que frecuenta malas compañías:

1.° Infiere una grave ofensa á Dios.

2.° Dá al prójimo gravísimo escándalo.

3.° Causa á su alma un grave perjuicio.

COMPAÑÍAS BUENAS.—Es preciso:

1.° Buscarlas como si fuese un asilo seguro para nuestra inocencia.

2.° Tomarlas como una escuela de piedad.

3.° Aprovecharlas á fin de que sean para nosotros un seminario de perfeccion.

COMPAÑÍAS MALAS.—Debemos evitar la compañía de los malos, como los santos se retrajeron de los perseguidores.

Cuando no los podemos evitar, conviene que estemos á su lado como un juez entre los criminales.

Luego que nos háyamos apartado de las malas compañías, debemos hacer lo que haríamos si saliésemos de un pueblo de apestados.

Véase: AMISTAD.

COMPASION.

Samaritanus videns eum, misericordia motus est.

Viéndole un Samaritano, movióse á compasion.

(*Luc.* x, 33.)

En el Evangelio nos explica extensamente Jesucristo el precepto de la caridad, al dejar confuso á un doctor de la ley, que, por mera curiosidad y para sorprenderle en algun descuido ó contradiccion, le dirigia varias preguntas. Nos enseña, que los hombres deben estar animados de sentimientos de compasion hácia todos; que la diferencia de patria y religion no ha de ser un motivo para que se desate el lazo que por naturaleza ha de unir los corazones; que todos los hombres quedan comprendidos bajo la denominacion comun de prójimos, y que por esto todos estamos obligados á tener compasion de los desgraciados.

La parábola con que Jesucristo contesta al doctor de la ley, le instruye y le confunde. El infeliz á quien los ladrones habian despojado de todo en el camino de Jericó, cubriéndole de heridas y dejándole en peligro de muerte, no excitó la compasion de los levitas, los cuales se concretaron á mirarle.

El deplorable estado de aquel infeliz no fué bastante para conmover sus corazones; é indiferentes á su suerte, pasaron sin socorrerle, y procuraron retirarse á toda prisa. Pero lo que no pudo la compasion en los levitas, lo consiguió en el samaritano, es decir, en un extranjero. La diferencia de culto no fué un motivo para acallar sus sentimientos humanitarios; sino que se movió á curar las heridas de aquel desgraciado, á proporcionarle hospitalidad, y atender á sus futuras necesidades.

Este samaritano, este extranjero dió verdaderamente pruebas de que era prójimo de aquel infeliz; la naturaleza estableció entre ellos una relacion íntima; la naturaleza hizo franquear respectivamente

sus corazones: el del samaritano á la compasion, y el del herido al reconocimiento. La insensibilidad y dureza de corazon son vicios que deshonran á la humanidad; en todas épocas y lugares, bajo la influencia de cualquiera religion, la compasion ha merecido y merece justos elogios.

Si quereis descubrir, hermanos mios, el principio de esta indiferencia con que suele mirarse ahora á los desgraciados, no teneis más que fijar la vista en la licencia de costumbres, en la falta de fe, y en las ideas que los incrédulos han propagado sobre la vida futura. Unos cifran la felicidad en la opulencia, otros en los placeres sensuales; y así, sucesivamente, echareis de ver en todas las inclinaciones y en los caracteres, que en punto á procurarse deleites y evitarse disgustos se paga un constante tributo á las exigencias de la naturaleza humana. Y si en algunos, que hacen alarde de su buen corazon y se glorian de sus buenos sentimientos, quereis descubrir el modo con que interpretan la compasion, vereis que no les anima la caridad; y que muchas veces son benéficos y compasivos por egoismo, por su interés particular.

Pues bien; no es esta la compasion que debe excitarnos la desgracia; sino la compasion que la naturaleza nos inspira, y que la religion nos impone como un precepto, premiándonos por ella con la gloria eterna.

Así espero demostrarlo, hermanos mios, si me asisten los auxilios de la gracia. A. M.

1. En la opulencia, en la grandeza, y aun en medio del esplendor del trono, la naturaleza no pierde sus derechos; basta ser hombre para ser sensible. La miseria conmueve los buenos corazones; de modo, que no pueden ver á los desgraciados sin enternecerse. Para ser humanos, tiernos y compasivos, no es necesario ser cristianos. La ley natural ha grabado en nuestros corazones un precepto, que los mismos paganos respetaron; este precepto es la máxima: trata á los demás, como quisieras que te tratasen á tí propio. Sábios é ignorantes, paganos y cristianos, ricos y pobres, los monarcas y los súbditos; todos quieren que se les consuele y cuide en su desgracia. Sea cual fuere vuestro estado, en medio de las riquezas como de los honores y de los placeres, estais sujetos á enfermedades, desgracias, pérdidas y disgustos. En semejante situacion, ¿qué os sucederia, si no tuvieseis quien os proporcionase consuelos ni alivios? ¿Os sorprenderia que no os rodeasen los amigos, y llorasen con vosotros? ¿Os contentariais con los amigos importunos que rodeaban

á Job, y atribuian sus penas y desgracias á su ligereza é imprudencia, á su disipacion y á sus excesos? No por cierto. Pues bien; ¿de qué os quejareis, si lo propio que hacen los demás con vosotros, lo haceis con vuestro prójimo?

Para convenceros, hermanos mios, de que esa dureza con los desgraciados es un gran crímen, no teneis más que recordar el cargo que el Evangelio nos dirige. ¡Oh criado inícuo! ¿no es justo que tú tambien tengas compasion de tu hermano, como yo la tengo de tí? *Nonne ergo oportuit te misereri conservi tui sicut et ego tui misertus sum.* MATTH. XVIII, 33.

Dignas son de admiracion las leyes que los sábios del paganismo expidieron en favor de los extranjeros, y los elogios que dispensaban á los que ejercian la hospitalidad. La compasion, que les merecian los desgraciados, no era fruto de particulares relaciones, ni de lazos de familia, ni de la igualdad de sentimientos y de culto; sino que era fruto de la naturaleza, de los buenos sentimientos que les animaban. S. Pablo hace un magnífico elogio de los que ejercieron la hospitalidad en la antigua ley, porque movidos de la compasion hácia los extranjeros y desgraciados, les franqueaban sus casas y les daban asiento en su mesa.

A pesar de esto, echaremos de ver, hermanos mios, que hay corazones insensibles á la desgracia y al infortunio. Si buscamos la causa de semejante insensibilidad, la encontraremos en la abundancia, en los honores, en los placeres: los que solo tienen apego al vicio y á la molicie, los que solo se ocupan de sus distracciones y placeres, éstos son los que se hacen más insensibles á la desgracia, y apartan su vista del infortunio, como sucedia con los que pasaban junto al pobre de Jericó. Los ricos parten de la equivocada idea, de que los pobres están destinados á sufrir escaséz y apuros; creen que los pobres han de vegetar por disposicion de la Providencia en la penuria, en el malestar y en la carencia de auxilios; sin tener en cuenta, que Dios es igualmente padre de todos, de los ricos y de los pobres, de los afortunados y de los miserables. Temen afligirse con la vista de las desgracias; temen que este triste recuerdo enturbie la satisfaccion que se procuran en medio de los placeres; por esto no se ocupan de los ajenos infortunios, y apartan la vista de todo cuanto pueda excitar su compasion.

Y sin embargo, estos hombres insensibles á la suerte de los infelices son los primeros en elogiar su buen corazon, y en reprobar la conducta de los que obran como ellos, es decir: de los que tratan

con dureza á los infortunados, de los que abandonan á los amigos en la desgracia.

Pero prescindiendo de estos hechos, que son muy frecuentes y comunes en el mundo, debe notarse la singular conducta de los muchos, que solo se enternecen de las desgracias que se presentan á su vista, sin ocurrírseles jamás, que no deben concretar su compasion á los parientes y amigos; fuera de los cuales hay tambien muchos hombres desgraciados, que no han de excitar ménos nuestra lástima, aunque no nos una á ellos relacion tan íntima como la del parentesco. Los hombres, dice S. Agustin, no forman sobre la tierra más que una sociedad, una familia, un cuerpo moral. Esta unidad no supone la igualdad de bienes, de condiciones, de autoridad, y de grandezas temporales; al contrario, supone variedad de clases y de condiciones; variedad necesaria para la debida armonía de este mundo. Dios ha dado variedad á los estados, estableciendo la diferencia entre pobres y ricos, entre gobernantes y súbditos. Jesucristo no vino á abolir las clases, sino á santificarlas; así, pues, cuando decimos que los lazos de la naturaleza unen á los hombres, entendemos que traen un mismo orígen, que tienden á un mismo fin, que tienen en el cielo á su Criador y Padre comun, y, por consiguiente, que deben amarse y tomar parte en el infortunio de sus semejantes. Podemos hacernos obedecer, honrar y temer sin faltar á los sentimientos que la humanidad nos sugiere. La compasion de los grandes y poderosos con respecto á los desgraciados seria culpable, si dejasen, por otra parte, impune el vicio. Los sentimientos de humanidad no se oponen al honor, á la equidad, al órden y al decoro; y mal pudiera ser así, cuando no solo la naturaleza inspira la compasion, sino que la religion nos la impone como un precepto, premiándonos por ella con la gloria eterna.

2. La causa de esa insensibilidad y dureza de corazon de que os hablaba no há mucho, proviene de que no se aprecian todos los quilates de la verdadera caridad, y no se forma una idea exacta del prójimo que se nos manda amar. Aunque la naturaleza, al unir todos los corazones en este mundo, hubiese de hacer á todos los hombres sensibles á las desgracias de su prójimo, sin embargo, casi todos los hombres, antes de Jesucristo, ignoraban la significacion de la palabra prójimo: se contentaban con amar á los que los amaban; pagando con la indiferencia ó el odio á los que los odiaban, ó se distinguian por sus diferentes costumbres, religion, patria y sentimientos. Solo la voz de la amistad tenia eco en el corazon; la voz de la naturaleza era desatendida; no bastaba que se necesitasen auxilios, era, además,

necesario merecerlos. Ved aquí, hermanos mios, el modo con que obraban los judíos; su corazon era mezquino, y no se franqueaba fácilmente á los delicados sentimientos de la compasion.

Pero Jesucristo, al tomar carne mortal, nos presentó el grandioso cuadro de la caridad cristiana. En efecto, dice S. Leon; el augusto misterio de la Encarnacion no tuvo otro móvil que los infortunios del hombre, y la misericordia de Dios. Los pecados de los hombres movieron la justicia de un Dios, orígen de toda santidad; las miserias del hombre conmovieron á Dios clemente y bondadoso; y, movido por su misericordia, se dignó humillarse hasta el hombre para elevar al hombre hasta Dios: *Causa reparationis nostræ non est nisi misericordia Dei.*

Pues bien, establecido este principio, es fácil formarse una idea exacta de los alcances de la caridad cristiana, que debe corresponder á la misericordia de Dios: el hombre debe imitar á Jesucristo; por esto fué criado á su imágen, *ut imitator sui esset Auctoris.* Y así como el amor de nuestro Salvador alcanzó á todos los hombres, sin distincion de clases ni categorías; así como nuestro Salvador no concretó su misericordia á una nacion ó un pueblo, porque la desgracia del pecado, que iba á remediar, era general; así nosotros no debemos hacer excepciones entre personas ni pueblos, al corresponder con nuestro amor á los infortunios de nuestros semejantes. El mérito particular de tal ó cual pueblo, de estos ó aquellos hombres, no podia ser parte para que Dios concretase á ellos su misericordia al tomar carne mortal; todos los hombres eran igualmente culpables; todos eran objeto de la cólera del Señor; ved aquí, pues, como únicamente las miserias de la humanidad hubieron de mover la misericordia de nuestro Salvador.

La caridad nos exige que amemos igualmente al pecador y al justo; al que sigue nuestra religion, y al que profesa otra distinta; al amigo y al enemigo. La caridad no debe confundirse con la amistad, fruto de las cualidades del corazon y de la inteligencia; fruto de la armonía de los sentimientos, de los caracteres y de las costumbres. Esta amistad puede llevarnos á establecer relaciones íntimas con hombres viciosos y perjudiciales. La caridad nos manda detestar el vicio y toda clase de excesos, pero nos previene al mismo tiempo, que consideremos y amemos á todos los hombres como hermanos, doliéndonos de los peligros que corren para su salvacion eterna, y de las penas y trabajos que los afligen. En vano haremos alarde de ser cristianos, si no nos anima este espíritu, este sentimiento de compa-

sion, esta caridad hácia nuestros semejantes, esta caridad de la cual tenemos en Jesucristo el verdadero modelo.

El doctor de la ley, que habia dirigido á Jesucristo algunas preguntas para probarle, descubrió fácilmente, bajo la ingeniosa parábola que el Salvador le propuso, la importancia del precepto de la caridad cristiana. Un extranjero, un samaritano, se compadeció de aquel infeliz que imploraba piedad y auxilio, cediendo á impulsos de un sentimiento natural. Jesucristo nos dice, que imitemos la conducta del samaritano, y que sigamos sus huellas: *fac similiter*. Ved aquí, hermanos mios, lo que nos manda Jesucristo, á saber: que franqueemos nuestro corazon al prójimo, doliéndonos de sus desgracias y aliviando su infortunio.

No ignorais que todos los dias se presentan á vuestra vista gran número de infortunados; no ignorais las miserias que se esconden en los hospitales, en los asilos de la beneficencia, y en las cárceles. Pues bien; los cristianos deben acudir á visitar estos establecimientos, á consolar á los que sufren, y, en una palabra, á dar eficaces pruebas de esa caridad que nos recomienda Jesucristo en su Evangelio; de esa caridad que ha contribuido y contribuye al sostén de estos estblecimientos benéficos y piadosos. Se han fundado con la caridad de los santos, la liberalidad de los reyes y de los príncipes, y las limosnas de los ricos; dióles la caridad suficientes bienes para atender á sus necesidades, para asistir á todos los enfermos y pobres que se albergasen en ellos, sin hacer distincion entre extranjeros y conciudadanos.

Más, por desgracia, son muchos los que se retraen de visitar estos establecimientos, porque los afecta la vista de las miserias humanas, la tristeza pintada en los semblantes de los pobres y de los enfermos, los suspiros y ayes de los moribundos. Y, ¿qué seria de los desgraciados, si esta insensibilidad y retraimiento fuesen generales en los cristianos? ¡Ah! por fortuna Dios tiene sus elegidos, Jesucristo tiene sus discípulos; y en todos los siglos hemos visto modelos de caridad cristiana en algunos ricos y poderosos, en señoras, príncipes y aun monarcas de la tierra. *Fac similiter*. Imitemos como éstos al modelo de la caridad, á Jesucristo, en cuya vida encontraremos repetidos testimonios de la compasion con que miró las desgracias del linaje humano. Y debemos imitarle porque nos lo manda, y porque nos pedirá cuentas del modo con que habremos correspondido á sus preceptos y á su ejemplo.

La brillante gloria de que se nos presentará rodeado nuestro supremo Juez; el aparato majestuoso y terrible de su juicio á la vista

de todas las generaciones reunidas; el elogio que hará de los que habrán seguido los preceptos del Evangelio; y el terrible anatema que fulminará contra los que habrán desobedecido á sus preceptos; todo esto, hubiera de movernos á dar pruebas de compasion con los desgraciados, y de caridad con todos nuestros semejantes.

El precepto de la caridad cristiana está resumido en estas significativas palabras: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial: *Estote perfecti sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.* MATTH. v, 48. Sed misericordiosos con vuestros hermanos, como es misericordioso con vosotros vuestro Padre celestial: *Estote misericordes sicut et Pater vester cœlestis misericors est.* LUC. VI, 36.

En recompensa de esta caridad, que Jesucristo nos impone como un precepto, nos promete especiales glorias y distinciones. Dícese en la sagrada Escritura, que el hombre misericordioso y caritativo será bendecido en este mundo, y lo será su raza y su familia; será agradable á Dios y á los hombres, y se atraerá las bendiciones de los justos. Permitidme, hermanos mios, que me concrete á estas sucintas frases, al indicaros las felicidades prometidas por Dios á los que sean misericordiosos y compasivos; seria interminable mi tarea, si hubiese de citaros todos los pasajes de la sagrada Escritura, en los cuales se prometen estas y otras recompensas.

Pero aun cuando no fuese esto un incentivo para inducirnos á cumplir con este sentimiento tan natural al hombre, ¿no ha de ser parte para movernos, el consuelo interior y la alegría que nos proporciona la caridad con el prójimo? ¿No ha de hacer mella en nuestro corazon la gratitud de los mismos desgraciados á quienes proporcionemos alivio? Un hombre de corazon compasivo y generoso se hará siempre bienquisto, y apreciarán su mérito aun los mismos que se muestran más ajenos á la caridad; un hombre de corazon compasivo se ve recompensado con el respeto y la admiracion y el sincero afecto de sus conciudadanos.

Más, prescindiendo de todos esos motivos secundarios, prescindiendo de las recompensas temporales con que Dios premia, aún en este mundo, la compasion hácia los pobres y desgraciados; no debemos hechar en olvido, que en el dia más crítico de nuestra vida, cuando estaremos tendidos en el lecho del dolor y de la agonía; en aquel terrible trance en que los apóstoles necesitan apóstoles que los alienten; en que los mundanos ven apartarse de sí todos los objetos de su criminal apego; en que el altivo rico de corazon endurecido ve abiertos á sus piés los abismos del infierno; entónces el Señor se acercará á nosotros y nos agregará á sus escogidos, para recompen-

sar la compasion que habremos tenido hácia los desgraciados: *In die mala liberabit eum Dominus.* Seamos, pues, misericordiosos, y conseguiremos esta misma dicha; y en compañía de los pobres, á quienes habremos consolado y asistido, entraremos en la patria celestial, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

COMPASION.—Todos los cristianos deben pedir á Dios:

1.° Que les dé una compasion verdaderamente caritativa.

2.° Que no permita jamás, que nuestra compasion sea carnal.

COMPASION.—La que tenemos á los pecadores que siguen el camino de su perdicion, nos merece las gracias necesarias para continuar por el buen camino.

La que tenemos á los santos miéntras son perseguidos, nos hace partícipes de las gracias adquiridas con sus sufrimientos.

Véase: MISERICORDIA, y AMOR DEL PRÓJIMO.

COMPLACENCIA MUNDANA.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.

(*S. Matth.* XI, 6.)

Este es el carácter por el cual el Salvador del mundo conoce á sus discípulos verdaderos; esta es la condicion que este hombre Dios les propone para que sean admitidos á su servicio, y para que sean dignos de vivir en su ley. Declárales, que es necesario tomar partido; que no hay que esperar ser del número de los suyos, si no se ha tomado la resolucion de hacer profesion á cara descubierta de serlo; que es indigno de su Majestad cualquiera que, siendo cristiano, por una infame complacencia deje de parecerlo; que no basta para ser suyos creerle con el corazon, si no le confiesan con la boca; que no basta confesarlo con la boca, si con las obras no se muestra; al fin, que quiere hombres fervorosos, generosos, sinceros, que pongan su honra en tenerle por Señor, y su merecimiento en obedecerle.

Pues con estas condiciones excluyó de su reino á aquellos mundanos viles, que, léjos de declararse por Jesucristo, se avergüenzan de Jesucristo; que, léjos de honrarle, se escandalizan de él: y que no contentándose con escandalizarse de Jesucristo, le escandalizan cada dia en sus hermanos, inspirando á los demás la misma complacencia mundana que los domina. Esto es lo que propongo impugnar con este discurso: este empacho del servicio de Dios; este deseo de agradar al mundo, que destruye el culto que debemos dar á Dios. Quiero haceros ver su indignidad, su escándalo, su desórden: su indignidad por comparacion á nosotros mismos; su desórden por comparacion á Dios; su escándalo por comparacion á nuestros prójimos.

Hay unos que son esclavos de esta fatal complacencia; y hay otros que son sus autores. Hay esclavos de la complacencia mundana: á estos les mostraré, cuan indigno y cuan culpable es su proceder. Hay autores de la complacencia mundana: á estos les haré ver cuan escandaloso es su proceder. La indignidad de esta complacencia hará que la despreciemos. El desórden de esta complacencia hará que la condenemos. El escándalo que causa, hará que temamos sus consecuencias. Esta es toda mi idea. A. M.

1. En todos tiempos se han dejado los hombres dominar de la complacencia mundana, demostrando con esto un carácter de servidumbre y un carácter de cobardía: uno y otro indigno de todo hombre que tiene conocimiento de Dios; pero aun mucho más de un cristiano elevado por el bautismo á la adopcion de hijo de Dios. Atended, amados oyentes mios, y no se os pase nada de estas dos importantes verdades.

La complacencia mundana, ó sea una atencion escrupulosa á hacer todo lo que place al mundo, y á no hacer nada de cuanto pueda desagradarle, es una servidumbre vergonzosa. La llamo servidumbre; porque ¿qué cosa hay más servil que estar reducido, ó por mejor

sar la compasion que habremos tenido hácia los desgraciados: *In die mala liberabit eum Dominus.* Seamos, pues, misericordiosos, y conseguiremos esta misma dicha; y en compañía de los pobres, á quienes habremos consolado y asistido, entraremos en la patria celestial, que á todos os deseo. Amen.

DIVISIONES.

COMPASION.—Todos los cristianos deben pedir á Dios:

1.° Que les dé una compasion verdaderamente caritativa.

2.° Que no permita jamás, que nuestra compasion sea carnal.

COMPASION.—La que tenemos á los pecadores que siguen el camino de su perdicion, nos merece las gracias necesarias para continuar por el buen camino.

La que tenemos á los santos miéntras son perseguidos, nos hace partícipes de las gracias adquiridas con sus sufrimientos.

Véase: MISERICORDIA, y AMOR DEL PRÓJIMO.

COMPLACENCIA MUNDANA.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.

Bienaventurado aquel que no tomare de mí ocasion de escándalo.

(*S. Matth.* XI, 6.)

Este es el carácter por el cual el Salvador del mundo conoce á sus discípulos verdaderos; esta es la condicion que este hombre Dios les propone para que sean admitidos á su servicio, y para que sean dignos de vivir en su ley. Declárales, que es necesario tomar partido; que no hay que esperar ser del número de los suyos, si no se ha tomado la resolucion de hacer profesion á cara descubierta de serlo; que es indigno de su Majestad cualquiera que, siendo cristiano, por una infame complacencia deje de parecerlo; que no basta para ser suyos creerle con el corazon, si no le confiesan con la boca; que no basta confesarlo con la boca, si con las obras no se muestra; al fin, que quiere hombres fervorosos, generosos, sinceros, que pongan su honra en tenerle por Señor, y su merecimiento en obedecerle.

Pues con estas condiciones excluyó de su reino á aquellos mundanos viles, que, léjos de declararse por Jesucristo, se avergüenzan de Jesucristo; que, léjos de honrarle, se escandalizan de él: y que no contentándose con escandalizarse de Jesucristo, le escandalizan cada dia en sus hermanos, inspirando á los demás la misma complacencia mundana que los domina. Esto es lo que propongo impugnar con este discurso: este empacho del servicio de Dios; este deseo de agradar al mundo, que destruye el culto que debemos dar á Dios. Quiero haceros ver su indignidad, su escándalo, su desórden: su indignidad por comparacion á nosotros mismos; su desórden por comparacion á Dios; su escándalo por comparacion á nuestros prójimos.

Hay unos que son esclavos de esta fatal complacencia; y hay otros que son sus autores. Hay esclavos de la complacencia mundana: á estos les mostraré, cuan indigno y cuan culpable es su proceder. Hay autores de la complacencia mundana: á estos les haré ver cuan escandaloso es su proceder. La indignidad de esta complacencia hará que la despreciemos. El desórden de esta complacencia hará que la condenemos. El escándalo que causa, hará que temamos sus consecuencias. Esta es toda mi idea. A. M.

1. En todos tiempos se han dejado los hombres dominar de la complacencia mundana, demostrando con esto un carácter de servidumbre y un carácter de cobardía: uno y otro indigno de todo hombre que tiene conocimiento de Dios; pero aun mucho más de un cristiano elevado por el bautismo á la adopcion de hijo de Dios. Atended, amados oyentes mios, y no se os pase nada de estas dos importantes verdades.

La complacencia mundana, ó sea una atencion escrupulosa á hacer todo lo que place al mundo, y á no hacer nada de cuanto pueda desagradarle, es una servidumbre vergonzosa. La llamo servidumbre; porque ¿qué cosa hay más servil que estar reducido, ó por mejor

decir, reducirse á sí mismo á la necesidad de arreglar su religion por el capricho ajeno? de practicarla, no segun los conocimientos y las luces propias, ni tampoco segun los movimientos de la propia conciencia, sino por el gusto ajeno? de no dar muestras de ella, ni cumplir con sus obligaciones, sino con sujecion á los discursos y á los juicios ajenos? En una palabra; ¿de no ser cristiano, ó no parecerlo á lo ménos, sino en cuanto otro gusta ó no gusta de ello? ¿Hay esclavitud que pueda compararse con ésta? No obstante, sabeis vosotros, y por ventura lo sabeis á costa de vuestra confusion, lo comun que se ha hecho y se hace aun cada dia en el mundo esta esclavitud, con ser tan vergonzosa.

Cuando habla S. Agustin de aquellos antiguos filósofos, aquellos sabios del paganismo, que, aunque idólatras, conocian á Dios por sola la luz de la razon natural, halla su suerte muy digna de compasion. ¿Por qué? Porque estando convencidos, como lo estaban, de que no hay más que un Dios, no dejaban de adorar á muchos por acomodarse con el tiempo. Observad esto, hermanos mios. Por una cobarde complacencia hacian aquellos sábios violencia á su entendimiento, y servian á unos dioses en los cuales no creian; miéntras que nosotros hacemos violencia á nuestra fe, y no servimos al Dios en quien creemos. Aquellos, contra su voluntad, pero por agradar al mundo, eran idólatras y supersticiosos; y nosotros, por el mismo principio, nos hacemos muchas veces, con repugnancia, disolutos. Pues portarse así, no es solo hacerse esclavo, sino esclavo en aquello mismo en que es ménos tolerable el serlo, y en que más debe preciarse de no serlo cualquier hombre de juicio.

Dejadnos ir al desierto, decian los hebreos á los egipcios, porque no podemos sacrificar libremente al Dios de Israel, miéntras estamos entre vosotros. Es, pues, necesario, que seamos libres en los sacrificios que le ofrecemos. En lo demás nos hallareis rendidos y obsequiosos; y por rigurosas que sean vuestras leyes, os obedeceremos sin dificultad; pero en lo que toca al culto del soberano dueño que adoramos, y á quien debemos solamente adorar, la libertad nos es precisa; y cuando os la pedimos, es en fuerza del derecho que á ella tenemos, y en fuerza tambien del mandamiento expreso que nuestro Dios nos ha dado, de no permitir jamás que nos la quiten. Pues así, hermanos mios, debe hablar un cristiano á quien la Providencia obliga á vivir en el mundo, y, por consiguiente, á mantener en él su religion. Antes que todo cuanto hay, ha de decir: yo me conformaré con las leyes del mundo; yo observaré sus costumbres; yo guardaré cuanto en él se tiene por decencia; yo me haré fuerza á

mí mismo si es necesario, para no hacer cosa que ofenda al mundo; pero en llegando á lo que debo á mi Dios, me he de sobreponer al mundo, y él no ha de tener en mí ningun imperio. Y si la tiranía del mundo llegase á tanto, que hubiese, en efecto, estados, en los cuales fuese imposible mantener esta santa y gloriosa libertad, con que Dios quiere ser servido; ó por mejor decir: si el hombre se sintiese tan falto de aliento, que desconfiase de poder servir libremente á Dios en él, debiera, á ejemplo de los israelitas, tomar el partido de una generosa retirada, y buscar en otra parte, lugar en que, libre del yugo del mundo, pudiese sin molestia y sin violencia tributar á Dios los obsequios de su piedad; haciendo para esto divorcio, no con el mundo en general, sino con aquellas especiales condiciones del mundo en que le habria enseñado la experiencia, que estaba su religion reducida á ser como impracticable.

La servidumbre de la complacencia mundana es tanto más vergonzosa, cuanto es, á la vez, efecto de una cortedad de espíritu y de una vileza de corazon que nos ocultamos á nosotros mismos; más nos la ocultamos en vano, y no podemos acallar la acusacion que por ella interiormente sentimos. Porque si tuviéramos aquel santo orgullo, aquella nobleza de sentimientos que infunde la cristiandad, diríamos osadamente como S. Pablo, Rom. I, 16: no me avergüenzo yo del Evangelio. Imitaríamos á aquellos héroes del Testamento antiguo, que tenian por gloria practicar su religion, aun á los ojos mismos de la impiedad. No nos hiciera vacilar ni el número ni la calidad de sus personas: aunque fuéramos los únicos en el mundo, nos habíamos de tener firmes en esta resolucion; y aquel consuelo interior que sentiríamos en ser de aquellos que Dios se habia reservado, y no habian doblado la rodilla delante de Baal; quiero decir: el testimonio que nos diera nuestra conciencia de haber resistido el torrente de la idolatría del siglo, nos fuera, desde ahora, un fruto precioso de la victoria que habíamos conseguido de la complacencia mundana. Ved ahí las felices disposiciones en que nos pondria una libertad evangélica.

¿De dónde, pues proviene que no la tenemos? ¿qué es lo que nos detiene? Timidez y pusilanimidad. Mostramos una cobarde complacencia hácia el mundo, porque tememos sus censuras, con lo que confesamos, que no tenemos bastante fuerza para despreciarle, aun en aquellas ocasiones en que juzgamos que es digno de desprecio; y esta confesion basta para confundirnos. Tememos ser tenidos por hombres de poco espíritu; y no pensamos que este mismo miedo es flaqueza, y una flaqueza la más digna de compasion. Tenemos ver-

güenza de declararnos; y no vemos que esta vergüenza, por decirlo así, es mucho más vergonzosa que el declararnos, como deberíamos hacerlo. Porque ¿qué cosa hay más vergonzosa, que la vergüenza de parecer uno lo que es y lo que debe ser? Nosotros somos de Dios por todos los títulos más legítimos que puede haber, ya como hombres formados por sus manos, adornados con sus dones, rescatados con su sangre, herederos de su gloria; ya como cristianos unidos con él, con el nudo más indisoluble, y obligados con una profesion solemne á servirle; más en lugar de amarle con una santa osadía, y tomar su causa á nuestro cargo, la abandonamos y vendemos. ¡Vileza indigna de perdon! ¡Vileza que tan anatematizada está en el Evangelio, y tan manifiestamente ha de ser reprobada en el juicio de Dios! pues el Hijo de Dios se avergonzará, entónces, de todos los que hubieren tenido vergüenza de declararse por él; negará á todos los que le hubieren negado; renunciará á todos los que le hubieren renunciado: *Qui erubuerit me, erubescam et ego illum.* Luc. IX, 26.

¡Ah! amados oyentes mios, seamos generosos y sinceros. Tenemos la dicha de pertenecer á la verdadera Iglesia; seamos, pues, cristianos sin ostentacion; pero seámoslo de buena fe, y tengamos por honra el serlo y el parecerlo. Acordémonos de tantos mártires hermanos nuestros en Jesucristo. ¿Temian acaso la presencia de los hombres? ¿Se asustaban de una mirada ni de una palabra? ¿Por qué, pues, no los imitamos? ¿Por qué nos dejamos tan fácilmente llevar de la complacencia mundana?

Conservemos, hermanos mios, aquella generosa libertad de hijos de Dios á que hemos sido llamados. Declarémonos siempre por Jesucristo con una práctica constante, sólida, edificativa de cuanto la religion nos ordena. Si el mundo me criticare, porque no le complazco, yo me reiré de sus juicios. El Dios á quien sirvo, es un Señor tan grande, que le sobran títulos para que yo le haga un sacrificio del mundo: es un Señor tan poderoso, que es razon que yo le sirva, no como al mundo se le antojáre, sino á su gusto. Pues bien: su gusto es ser servido de almas libres, que no dependan de la vana estimacion de los hombres. Habeis visto ya la indignidad de la complacencia mundana; veamos su desórden.

2. En el órden de la salvacion no hay cosa más perniciosa, más detestable, más opuesta á la ley de Dios, ni más digna de las venganzas de Dios, que la complacencia mundana. La razon es, porque ella destruye en el corazon del hombre el fundamento esencial de toda la religion, que es el amor apreciativo que debemos á Dios: porque hace caer al hombre en apostasías, acaso más detestables que las de los apóstatas de los primeros siglos, contra los cuales empleaba la Iglesia el rigor de su disciplina con tanto celo: porque es una tentacion que impide en el hombre el efecto de aquellas gracias más poderosas de que comunmente se vale Dios, para inclinarle á lo bueno y desviarle de lo malo. Y, por último; porque la complacencia mundana es el estorbo más fatal que se opone á la conversion de un hombre mundano, el estorbo que ménos se vence, y al que, segun la experiencia, nuestra flaqueza está más expuesta á rendirse. ¿No tengo motivo para proponeros estas cuatro razones, como las más eficaces para hacer impresion en vuestras almas? Aunque no trajéra de ellas otra prueba de las que el mundo admite, ¿no bastaria para dejaros convencidos? Escuchadme, y no olvideis jamás tan provechosas enseñanzas.

Dar á Dios la preferencia respecto de la criatura, y cuando llega el caso, no especulativa sino prácticamente, de hacer comparacion de uno y otro; cuando se ofrece la ocasion de sentenciar por el uno ó por el otro, poner á la criatura debajo de los piés por dar á Dios la honra que le es debida; éste es el principio sobre que se mueve toda la religion; y éste es el primero con que la complacencia mundana da en tierra. Porque ¿cuál es la razon de llamarla complacencia mundana, sino porque en muchas ocasiones dejamos de complacer á Dios por dar gusto al mundo? Dios me da á conocer su voluntad; hace que se me intimen sus decretos; pero el hombre, á quien deseo agradar, no los aprueba; y yo que he de ser quien ha de decidir, en tal caso, por no desagradar al hombre, vengo á hacerme rebelde contra Dios. Desde el momento que llego á este punto, no tengo ya religion, ó no tengo ya más que una sombra y una apariencia de ella. Pero pasa aun mucho más adelante este desórden, y sin contenerse en el corazon, se manifiesta más á las claras; pues, con mengua del nombre cristiano, la complacencia mundana hace caer cada dia al hombre en apostasías; no solo interiores y ocultas, sino públicas y manifiestas. Asistir al sacrificio augusto de nuestros altares con tales inmodestias, que no fueran capaces de practicarlas los más infieles mahometanos en sus mezquitas; asistir á este sacrificio como si no se creyera en él; concurrir al templo como á lugar aplazado; interrumpir los más sagrados misterios con conversaciones escandalosas; juzgo, con S. Cipriano, que es un género de apostasía de obra. No obstante, veis ahí en lo que os empeña el atender al mundo. Por ventura, en el mismo punto en que cometeis estas irreverencias, sois los primeros que las condenais y detestais; los primeros en deciros á vosotros mismos, y aun á vuestro pesar, que os haceis con ese procedimiento in-

dignos del nombre y del carácter de cristianos. Más porque el mundo os arrastra, y os quereis conformar con sus estilos, profanais con él lo más adorable y lo más divino que tiene la religion. Estas son unas apostasías que, comparadas con las de los primeros siglos, son más reprensibles y ménos dignas de escusa.

Nos horroriza la conducta de aquellos infelices, que en las persecuciones olvidaban el juramento que habian hecho al recibir el bautismo, y negaban exteriormente á Jesucristo; y no nos parece que usaba con ellos de excesivo rigor la Iglesia, cuando nos dicen que los excomulgaba en castigo de su infidelidad. ¿Por qué? Porque su infidelidad, dicen los Padres, cedia en oprobio del mismo Jesucristo, y era necesario vengarle de él. ¡Ay! amados oyentes mios, hagámonos justicia: es verdad; estos cristianos flacos y cobardes, que á vista de los tormentos se pervertian y fingian que renunciaban á Jesucristo, caian en la apostasía; pero su apostasía, en algun modo, era digna de compasion. Pero ¿qué excusa tienen los fieles que renuncian á Dios por complacer á los mundanos?

De esto resulta otro desórden, y es: que la complacencia mundana hace inútiles los esfuerzos más poderosos de la gracia divina y los medios más eficaces de nuestra salvacion. Veis aquí mi pensamiento: siéntense disposiciones para una idea más ajustada y más cristiana; pero para complacer al mundo no se declara; de aquí, que estas disposiciones se quedan sin su efecto. Fórmanse deseos y designios de una verdadera conversion; pero se temen los discursos de los hombres, y este temor es causa de que aquellos deseos no salgan á luz. Se concibe la necesidad de la penitencia, y se toma resolucion de hacerla; pero no se quiere que el mundo lo entienda; y como para hacerla bien era necesario que lo conociera el mundo, jamás se hace. Sale uno de un sermon bien persuadido; pero no quiere parecerlo; y no querer parecerlo en la práctica es lo mismo que no estarlo del todo. Hácense reflexiones cuerdas en una enfermedad; tómanse medidas santas para en adelante; más se juzga que en la ejecucion es preciso irse con tiento respecto del público; y con eso nada se ejecuta. Esta enfermedad, este sermon, estas resoluciones, estos deseos, son unas gracias ya interiores ya exteriores, en las cuales consiste la salvacion en el curso ordinario de la providencia; pero suspende toda su eficácia una ridícula complacencia.

¡Ah cristianos! ahora entiendo yo toda la fuerza y todo el sentido de aquellas palabras de Tertuliano, cuando con cierto exceso de confianza decia, que daba por cierta su salvacion, si pudiera tener seguridad de no avergonzarse de su Dios: *Salvus sum, si non confundar de Domino meo*. A primera vista, parece que era muy poca cosa á la que reducia su salvacion, pues con eso solo juzgaba que satisfacia á todos sus deberes. Porque en la apariencia ¿qué cosa hay más fácil que no avergonzarse de su Dios? ¿Es necesaria una perfeccion grande para eso; y es eso á lo que va á parar toda la religion de un cristiano? Sí, responde Tertuliano, yo lo defiendo; mi salvacion está segura si no me avergüenzo de mi Dios. Solo esto me dá seguridad contra la mayor violencia de las tentaciones del mundo; porque esto solo me hace vencedor del mundo y de cuanto en él hay más arriesgado para mí. Porque si no me avergüenzo de mi Dios, no me avergüenzo de temerle, de honrarle, de pedirle; no me avergüenzo de estar con respeto y humildad en su presencia, de ser sufrido por él y despreciado como él. Si no me avergüenzo de mi Dios, no me avergüenzo de la penitencia, ni de cuanto ésta me pide para convertirme á mi Dios de veras. Me resta hacer que veais el escándalo que hay en la complacencia mundana.

3. No hay escándalo en el mundo contra el cual no haya intimado anatema Jesucristo, cuando dijo: *Væ mundo à scandalis*. MATTH. XVIII, 7. ¡Ay del mundo por los escándalos que reinan en él! Ni hay escandaloso que no halle su condenacion en estas otras palabras: *Væ autem homini illi, per quem scandalum venit*. MATTH. XVIII, 7. ¡Ay del hombre que es la causa de que suceda el escándalo! Pues aunque es verdad, que la proposicion del Hijo de Dios comprende todos los escándalos, veis aquí, amados oyentes mios, uno que tenia principalmente á la vista, y no dudo que fulminaba especialmente contra él la maldicion de este horroroso anatema; este es el escándalo de la complacencia mundana. Esta cobarde y ruin complacencia causa infinitamente más daño á la religion, que los ejemplos de una disolucion manifiesta. El esclavo complaciente hace más prevaricadores que el pecador declarado; y cuanto mejor se sabe conciliar el mundo con Dios, tanto mejor se persuade que la salvacion no es un negocio tan difícil como ellos se lo habian imaginado. ¿Sabeis de donde proviene esta corrupcion general, que tantas lágrimas hace derramar á los verdaderos fieles? ¿Sabeis porque se ven tantos hombres sin fe ni ley, ocupados en blasfemar escandalosamente del nombre de Dios en medio de Israel? No busqueis la causa de esto más que en nosotros mismos: nos avergonzamos de la virtud, y el hombre lisencioso no se avergüenza del vicio: somos tímidos en la fe, y el incrédulo se aprovecha de nuestra debilidad y cobardía. Si como intrépidos siervos de Cristo nos mostrásemos tales como somos, la licencia se ocultaria, y la incredulidad quedaria confundida. Más, esa com-

placencia mundana nos obliga á parecer viciosos, aunque llevemos en nosotros las preciosas semillas de la virtud. Dios mio, ¿cabe mayor ni más contagioso escándalo? Esto es lo que movió á aquel generoso macabeo, el invicto Matatías, y lo que le excitó para hacer una accion que canonizó el Espíritu Santo, y que hará eterna su memoria. Vió un israelita que por una infame complacencia adoraba el ídolo públicamente: vióle, y arrebatado de un celo de Dios, que se convirtió en indignacion, previno esta impiedad con dos sacrificios en uno; sacrificando sobre el mismo altar del ídolo, no solamente al impío israelita, sino al pagano que le forzaba á que lo fuese; y consagrando su cólera con la muerte de estas dos víctimas, que por órden de Dios sacrificó á la venganza de su nombre. ¿De dónde le vino este ímpetu de celo? del dolor que se apoderó de su alma; de pensar que el ejemplo de este sacrilegio seria luego seguido de otros muchos; y de la reflexion que hizo, que, en ocasion tal, el escándalo de uno solo tolerado y dejado sin castigo, bastaba para hacer caer toda la nacion.

¡Ah, hermanos mios! declaraos con santa libertad por la ley de Dios y sus máximas. Jesucristo proclama bienaventurado al que no se escandaliza de él; y por una consecuencia natural, declara desgraciados á aquellos hombres cobardes y complacientes con el mundo, que no se atreven á defender su causa, y se escandalizan de su doctrina y moral. Si por una débil complacencia fueseis infieles á vuestro deber, el mundo mismo seria el primero en condenaros. En vuestra presencia ensalzará hasta vuestros caprichos; pero detrás, hará sospechosas hasta vuestras mejores prendas, como si se arrepintiera de haber alabado con falsedad unas virtudes falsas. Condenadle, pues, vosotros con vuestras palabras y acciones; y esta condenacion os hará dichosos acá en la tierra, y será una prenda preciosa de la recompensa eterna que nos está prometida en el cielo.

DIVISIONES.

COMPLACENCIA. — La gente del mundo está ciega cuando se complace en el pecado.

Los mundanos son hipócritas cuando muestran complacencia por la virtud.

Los mundanos se vuelven libertinos cuando se les lisonjea.

COMPLACENCIA. — La complacencia es siempre generosa cuando es fruto de un amor santo.

La complacencia es siempre ineficaz cuando nace de un amor desordenado.

COMPLACENCIA. — Lo más indigno en un eclesiástico es la complacencia mundana.

Lo más digno en un eclesiástico es la complacencia apostólica.

Véase: RESPETO HUMANO.

COMUNION.

(DISPOSICIONES PARA LA)

I.

Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat.

Por tanto pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan.

(*Corint.* XI, 29.)

Si alguna vez puedo subir á este púlpito altamente dolorido de la muerta, ó casi muerta fe de innumerables cristianos, es seguramente en este dia, en que vengo á explicaros las disposiciones necesarias para recibir dignamente á nuestro seberano Señor sacramentado. Este Dios es aquel, amados mios, en cuya presencia cubren su rostro de puro respeto los serafines, las potestades del cielo tiemblan, y todos los espíritus angélicos se postran. Este Señor es á quien adoran las vírgenes, los confesores, los mártires, los patriarcas, profetas, apóstoles y demás santos de la gloria. Este gran Dios es á quien los mortales reciben en su pecho: su deificada carne comen y su sagrada sangre

placencia mundana nos obliga á parecer viciosos, aunque llevemos en nosotros las preciosas semillas de la virtud. Dios mio, ¿cabe mayor ni más contagioso escándalo? Esto es lo que movió á aquel generoso macabeo, el invicto Matatías, y lo que le excitó para hacer una accion que canonizó el Espíritu Santo, y que hará eterna su memoria. Vió un israelita que por una infame complacencia adoraba el ídolo públicamente: vióle, y arrebatado de un celo de Dios, que se convirtió en indignacion, previno esta impiedad con dos sacrificios en uno; sacrificando sobre el mismo altar del ídolo, no solamente al impío israelita, sino al pagano que le forzaba á que lo fuese; y consagrando su cólera con la muerte de estas dos víctimas, que por órden de Dios sacrificó á la venganza de su nombre. ¿De dónde le vino este ímpetu de celo? del dolor que se apoderó de su alma; de pensar que el ejemplo de este sacrilegio seria luego seguido de otros muchos; y de la reflexion que hizo, que, en ocasion tal, el escándalo de uno solo tolerado y dejado sin castigo, bastaba para hacer caer toda la nacion.

¡Ah, hermanos mios! declaraos con santa libertad por la ley de Dios y sus máximas. Jesucristo proclama bienaventurado al que no se escandaliza de él; y por una consecuencia natural, declara desgraciados á aquellos hombres cobardes y complacientes con el mundo, que no se atreven á defender su causa, y se escandalizan de su doctrina y moral. Si por una débil complacencia fueseis infieles á vuestro deber, el mundo mismo seria el primero en condenaros. En vuestra presencia ensalzará hasta vuestros caprichos; pero detrás, hará sospechosas hasta vuestras mejores prendas, como si se arrepintiera de haber alabado con falsedad unas virtudes falsas. Condenadle, pues, vosotros con vuestras palabras y acciones; y esta condenacion os hará dichosos acá en la tierra, y será una prenda preciosa de la recompensa eterna que nos está prometida en el cielo.

DIVISIONES.

COMPLACENCIA. — La gente del mundo está ciega cuando se complace en el pecado.

Los mundanos son hipócritas cuando muestran complacencia por la virtud.

Los mundanos se vuelven libertinos cuando se les lisonjea.

COMPLACENCIA. — La complacencia es siempre generosa cuando es fruto de un amor santo.

La complacencia es siempre ineficaz cuando nace de un amor desordenado.

COMPLACENCIA. — Lo más indigno en un eclesiástico es la complacencia mundana.

Lo más digno en un eclesiástico es la complacencia apostólica.

Véase: RESPETO HUMANO.

COMUNION.

(DISPOSICIONES PARA LA)

I.

Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat.

Por tanto pruébese el hombre á sí mismo; y así coma de aquel pan.

(*Corint.* XI, 29.)

Si alguna vez puedo subir á este púlpito altamente dolorido de la muerta, ó casi muerta fe de innumerables cristianos, es seguramente en este dia, en que vengo á explicaros las disposiciones necesarias para recibir dignamente á nuestro seberano Señor sacramentado. Este Dios es aquel, amados mios, en cuya presencia cubren su rostro de puro respeto los serafines, las potestades del cielo tiemblan, y todos los espíritus angélicos se postran. Este Señor es á quien adoran las vírgenes, los confesores, los mártires, los patriarcas, profetas, apóstoles y demás santos de la gloria. Este gran Dios es á quien los mortales reciben en su pecho: su deificada carne comen y su sagrada sangre

beben cuantos de este adorable sacramento participan; pero ¿cuál es la fe, la humildad, la devocion, la reverencia, el respeto y el amor con que muchos cristianos le reciben? ¿cuál su exterior compostura y su pureza interior al acercarse á tan sagrada mesa? Hay una tibieza suma, un caimiento de ánimo que asombra, una indiferencia que atemoriza, y un corazon, en algunos, sujeto á la culpa y siervo del demonio. No parece sino que en el Sacramento, que es con toda propiedad un misterio de la fe, es donde esta teológica virtud más se ha debilitado. No os digo por esto que os falte la creencia, de que en el augusto sacramento de la Eucaristía existe real y verdaderamente el cuerpo y sangre, la divinidad y humanidad de nuestro Señor Jesucristo; porque, en tal caso, ya habriais naufragado en la fe, como los herejes pertinaces: lo que pretendo, sí, es llamar vuestra atencion, es reanimar vuestra fe con estas pavorosas palabras del grande apóstol S. Pablo. «Sabed, decia á los fieles de Corinto, que Jesucristo nuestro Señor, en la misma noche en que fué entregado por Júdas á los judíos, estando sentado á la mesa con sus apóstoles, y queriéndoles dejar una gran prenda de su amor, tomó el pan en sus manos; y habiendo dado gracias á Dios su Padre, lo partió, y dijó á todos aquellos que estaban en la mesa con él: tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asímismo tomó tambien el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre; haced esto en mi memoria, siempre que lo bebais; porque siempre que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciareis y representareis la muerte del Señor, hasta que venga á juzgar á los vivos y á los muertos. Considerad la gran preparacion que se necesita para llegaros á esta santa mesa; porque cualquiera que come el pan y bebe el cáliz del Señor con conciencia de pecado mortal, no es ménos culpable que Júdas, y entrega alevosamente, como él, el cuerpo y sangre de su Dios. Examinad, pues, vuestro corazon, y despues comed este pan y bebed este cáliz; porque os hago saber: que el que indignamente come y bebe, echa sobre sí la eterna condenacion, en vez de promover su salvacion eterna.»

Por estas palabras, á la verdad tan provechosas, nos manda el santo apóstol procurar las disposiciones necesarias para llegar debidamente á la comunion: *Probet autem seipsum homo:* pruebe el hombre muy bien si en su alma se halla la divina gracia, la actual devocion y deseo de recibir al Señor; y entónces coma de este pan que bajó del cielo y da vida al mundo: *Et sic de pane illo edad et de calice bibat;* Pruébese el hombre á sí mismo, y examine si en su cuerpo resplandece la limpieza exterior é interior, cual conviene tenga el que haya de comulgar y entónces comulgue: *Et sic de pane illo edat et de calice bibat;* pero entienda: que si le faltan estas dos disposiciones, una, de parte del alma, y la otra, de parte del cuerpo, no debe pensar en recibir la sagrada Eucaristía, porque cometeria un gran pecado de sacrilegio; y comeria y beberia su juicio y su condenacion: *qui autem indigne manducat et bibit, judicium sibi manducat et bibit.* Ved ahí las dos disposiciones necesarias para comulgar dignamente. Empecemos á explicar la primera, que pertenece al alma. A. M.

1. Jesucristo instituyó la sagrada Eucaristía bajo los símbolos, ó especies de pan y vino. Podia darnos su carne y su sangre de otras muchas maneras; más escogió esta, segun los santos Padres, como la más propia para hacernos comprender las disposiciones con que nos hacemos dignos de acercarnos á ella. Es, pues la sagrada Eucaristía, con respecto al alma, lo que el pan y el vino son con respecto al cuerpo. A fin de que á éste le aprovechen los alimentos, es necesario, lo primero, vida en el sugeto; porque el alimento no la da, sino que la supone, y su uso es conservarla. Lo segundo, ha de estar sano: los alimentos sólidos, como el pan y el vino, no convienen á un enfermo ni á un extenuado. Lo tercero, ha de estar hambriento y sediento: el alimento, tomado sin apetito y con hastío, no aprovecha, antes bien aumenta el tedio y produce indigestiones. Apliquemos al alma estas tres cosas, y tendremos la divina gracia, la actual devocion, y el deseo de recibir al Señor: que son las tres disposiciones que pertenecen al alma, y que insinuámos poco hace.

Primera disposicion: estar vivo. Jesucristo, en la Eucaristía, es pan del alma: para alimentarse de él, es preciso que ella tenga vida. La vida del alma es la divina gracia, sin la cual muere espiritualmente; es la justicia, es la caridad, es el santo amor de Dios que nos une á su divina Majestad, y que se halla esparcido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que habita en nosotros. La vida espiritual nos fué dada en el sagrado Bautismo: si hemos tenido la desgracia de perderla, puede y debe recobrarse en el sacramento de la Penitencia; pero ya sea conservada, ya recobrada, siempre es preciso tener vida para comulgar; es menester estar en gracia de Dios; es preciso que el Espíritu Santo, habitando en nosotros, sea alma de nuestra alma y el principio de sus movimientos; es menester que la voluntad de Dios sea la regla de nuestras acciones, y que el fin sea su gloria; en una palabra: es menester que vivamos en Dios por la fe, la esperanza y la caridad, y que Dios habite en nosotros por la gracia.

¡Ay de aquellos que se atreven á comulgar sin haber confesado sus graves culpas! Más les valiera no haber nacido, que hallarse en un estado tan triste, como lo dijo Jesucristo hablando de Judas: *Melius erat illi, si natus non fuisset.* MATTH. XXVI, 24. ¡Ay de aquellos, que aunque se hayan confesado, no ha sido fructuosamente, por no haber restituido, pudiendo, los bienes de su prójimo; por no haber pagado, teniendo con qué, sus legítimas deudas; por no haberse reconciliado con sus enemigos; por no haber arrojado de su voluntad y compañía la ocasion de su ruina espiritual; por no haberse resuelto á huir las ocasiones del pecado; y, en una palabra, por no haber tratado séria y eficazmente de la enmienda de su mala vida: *Recedite, recedite, exite inde.* ISAI. LII, 11. Apartáos, separáos de la sagrada mesa, cuantos os hallais en ese estado de muerte por la culpa. No comais ni bebais vuestro juicio y condenacion: *Qui enim manducat et bibit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.*

Segunda disposicion: estar sano. Las pasiones, afectos é inclinaciones desregladas son las enfermedades del alma: entre estas enfermedades hay algunas que son mortales, porque dominan en el alma, dejándose arrastrar de ellas voluntariamente, y extinguen la caridad, que es su vida: otras no causan por sí la muerte, y pueden subsistir con la caridad; pero la debilitan, apagan el espíritu de devocion, y contristan al Espíritu Santo. Lo que llamamos *salud del alma,* consiste en estar exento de los afectos é inclinaciones de la segunda clase, y esto es lo que vamos á explicar, para que consigais la actual devocion.

En este mundo, ningun hombre puede vivir exento totalmente de pecado: los más justos cometen faltas que se llaman veniales: éstas no hacen perder la caridad, pero se encaminan á debilitarla; y, en efecto, la debilitarian, si los justos, por el uso que hacen de sus mismas faltas, no previniesen sus perniciosas consecuencias. Pero advertid, que hay dos especies de justos: unos, que son fuertes y robustos, esto es, fervorosos y llenos de amor de Dios; y otros débiles y flacos, quiero decir, descuidados y negligentes en el servicio de Dios. Unos y otros cometen faltas; pero en los primeros son de sorpresa é inadvertencia, las que remedian luego que las advierten; gimen y se humillan delante de Dios, se castigan á sí mismos con obras de penitencia, son en lo sucesivo más vigilantes, más humildes y más atentos á los auxilios de Dios; y estas faltas, por un efecto de la divina misericordia, contribuyen á conservar en el corazon aquel contínuo gemido, que es el alma de la oracion, y que trae sobre ellos las más abundantes gracias. Este es el estado, que llamamos salud del alma;

estado de sólida y verdadera devocion; estado muy diferente del de los justos débiles y enfermos. Estos no quisieran, igualmente que los justos fervorosos, perder la gracia de Dios por algun pecado mortal: aborrecen entregarse á pasiones criminales; pero se dejan arrastrar de sus inclinaciones, hacen poco caso de sus faltas cotidianas, se descuidan en combatir sus afectos, y viven dominados de la tibieza. De estas dos especies de justos, solamente los primeros hallan en el pan celestial su alimento y sus fuerzas: á los segundos, es menester auxiliarlos con ciertos ejercicios de piedad para encender su devocion. Escuchadme lo que habeis de hacer antes de comulgar, comulgando, y despues de haber comulgado.

Purificadas ya vuestras conciencias por una buena confesion general, ó particular, ayunad, dad una limosna, retiraos á la víspera de la comunion de toda conversacion que no sea precisa; leed en algun buen libro, y dedicaos por la noche á la oracion; y cuando desperteis por la mañana, imaginad que os dice Jesucristo lo mismo que á Zaqueo: *Zachee, festinans descende, quia hodie in domo tua oportet me manere.* LUC. XIX, 5: apresúrate á bajar, porque es preciso que yo me aloje hoy en tu casa. Responded de lo más íntimo del corazon con una admiracion llena de fe: «¿Es acaso creible, oh Dios mio, que querais habitar con los hombres? Si el cielo y los cielos de los cielos no son capaces de conteneros ¡cuánto ménos esta casa que yo os he preparado!» II. PARAL. VI, 18. Decidle tambien aquellas bellas palabras de S. Agustin: «La casa de mi alma es muy estrecha y pequeña para tan gran huésped como vos, oh Señor y Dios mio; pero yo os suplico que la ensancheis, para que sea capaz de recibiros. Ella se está arruinando; pero yo os suplico que la repareis. Hay en ella infinitas cosas que ofenderán vuestra vista: lo sé y lo confieso; pero ¿quién puede purificarla sino vos solo? y ¿á quién recurriré sino á vos? Purificadme, Señor, de mis ofensas secretas y ocultas. L. I, CONF. V.» Id luego á la iglesia, y decid al entrar en ella: «Señor, por un efecto de vuestra infinita misericordia, yo entraré en vuestra casa, y os adoraré en vuestro santo templo, penetrado de vuestro temor.» Acercaos al confesonario, si teneis algun remordimiento de conciencia; oid despues la santa misa con toda modestia, atencion y devocion; y en el momento de comulgar, avivad vuestra fe, y procurad la humildad del Centurion, cuando decia: *Señor, yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada; más por vuestra divina palabra mi alma será sana, salva y perdonada.* Imitad tambien el asombro y admiracion de S. Pedro, cuando decia: *Tu mihi?* ¿Tú, Señor, de los cielos y la tierra, venir á mí, criatura miserable

y pobre pecador? No, Señor; no lo merezco; apartaos de mí, que no parece justo que el Santo de los santos, el Todopoderoso, el Dios de los ejércitos, el sapientísimo Dios, el principio eterno de todas las cosas, se humille hasta el polvo de la tierra. Pero haceis bien, Dios mio: venid, que muy justo es que el médico visite á los enfermos, el sábio instruya á los ignorantes, el rico favorezca á los pobres, y el Criador ampare á sus criaturas.

Con estas y otras oraciones afectuosas se enciende el corazon en el santo amor, la devocion se aumenta y se comulga dignamente; y en estos mismos afectos se persevera despues de haber comulgado, reconociendo el beneficio que acabais de recibir, admirando el exceso de su bondad, excitándose á amarle más y más, suplicándole permanezca con vosotros para siempre, representándole vuestras necesidades y las de todos vuestros prójimos, para que las socorra, y procurando que una comunion sirva de preparacion para la otra.

Y ved ahí como se consigue tambien la tercera disposicion, que es una hambre y sed saludables de recibir el adorable Sacramento, á semejanza de cuando el cuerpo tiene un grande apetito del alimento y la bebida. Ciertamente para estar un cuerpo en su perfeccion, no es suficiente que esté vivo, porque estándolo, puede hallarse enfermo, lleno de dolores y llagas, y hecho una miseria; debe, además, estar sano; y aun no es bastante, si además de la salud no tuviese tambien un apetito vivo y sazonado, para que le sirvan y aprovechen los alimentos. ¿De qué servirian éstos, por más exquisitos y sabrosos que fueran, á una persona desganada y con hastío? De nada más que de tormento. A este modo es el alma: además de estar viva por la divina gracia, debe estar sana por la actual devocion y ejercicio de las virtudes; y entre ellas debe resplandecer un santo deseo de acercarse al Señor, de unirse á su Dios, recibiendo este admirable sacramento con aquella ansia, dice S. Juan Crisóstomo. Hom. LXXXII IN MATTH., con que los niños, cuando están hambrientos, se abalanzan al pecho de sus madres para alimentarse con aquella sabrosa leche, por la que tanto lloran y suspiran. Un alma adornada de estas tres bellas disposiciones comulga dignamente, porque está viva, está sana y está con buen apetito; esto es: se halla viva con la divina gracia, se halla sana con el ejercicio de las santas virtudes, y se halla con buen apetito por el grande y provechoso deseo de comulgar. El Espíritu Santo, que habita en ella, la instruye de todo, el amor se lo enseña todo; y no hay mejor método que proponerle, que el aconsejarla frecuente tan sagrada mesa, y escuche á su Dios, que le hablará

al corazon, pidiendo gracia para seguir los movimientos santos que le inspire.

2. Pasemos ya á explicaros las disposiciones exteriores, ó que pertenecen al cuerpo. Entre las cuales, la primera, y que obliga gravemente, es ir á comulgar en ayuno natural: éste consiste en no haber tomado ni pasado desde la boca al estómago cosa alguna por modo de comida ó bebida, ó medicina, desde las doce de la noche, en que empieza la santa Iglesia romana á contar el dia, y esto aunque sea en cortísima cantidad; pues el ayuno natural no admite parvedad de materia, como el ayuno eclesiástico, segun consta del santo Concilio constanciense, en la sesion trece. De este precepto ya sabeis que están dispensados los enfermos que reciben á su divina Majestad como viático; pero no aquellos que le reciben por devocion, aunque se hallen en cama y con alguna enfermedad habitual. Aquí suelen proponerse varias dificultades de si se quebrantaria, ó no, el ayuno natural, tragándose, sin querer, alguna gota de agua al lavarse el rostro ó la boca, alguna gota de sangre que saliese casualmente de las encías, ó alguna cosa de las que no se comen ni beben, etc. Pienso, amados mios, que no urgiendo alguna grave necesidad de comulgar, debemos cortar todas estas cuestiones, suspendiendo la comunion para otro dia. En esto vamos conformes con el santísimo pontífice Benedicto XIV, el cual dice: que siempre que tengamos duda de si hemos perdido, ó no, el ayuno natural, nos abstengamos de comulgar.

La segunda disposicion es perteneciente á los casados, á quienes exhortan los santos Padres á vivir en continencia en los dias que se acercan á los sagrados misterios. Si el grande apóstol san Pablo aconseja la abstinencia del santo matrimonio á los casados para dedicarse á la oracion, I. Ad cor. VII, 5; ¿con cuánta más razon deberán abstenerse para recibir al Hijo de la Vírgen, que tan entrañablemente ama y recomienda la castidad? De aquí infieren santo Tomás y san Buenaventura, que es digno de alabanza el que se abstiene de comulgar por haber experimentado la noche antes alguna representacion torpe en sueños, aun cuando sea sin pecado en sí, ó en su causa, porque en este caso impediria necesariamente la comunion. Son laudables, dicen, aquellas personas que por reverencia se abstienen de recibir el adorable Sacramento en el caso dicho, aunque acontezca sin pecado. Tambien es consejo del mismo santo Tomás, con san Agustin, que deje pasar algunos dias entre la confesion y comunion, el que hubiere cometido graves pecados; para emplear aquel tiempo

en el dolor, las lágrimas y los saludables ejercicios de la santa penitencia, para recibir con más reverencia al Señor.

La tercera disposicion pertenece al vestido, manos y rostro, procurando con una modestia ejemplar evitar dos extremos reprensibles; conviene á saber: el demasiado adorno y compostura, y la suciedad y desaliño. No se ha de venir á la iglesia hechas un asco; pero tampoco tan adornadas como si fueran al baile, ó á la comedia. Contra las personas que concurren á la iglesia llenas de vanidad, soberbia y orgullo, por la elegancia y demasiada cultura de sus vestidos, se llenaba de zelo san Juan Crisóstomo, por el respeto debido á la casa de Dios; y sagradamente airado les decia: *Accedis obsecrans Deum, et circunducis aurum?* ¿Vienes á postrarte como rea delante de Dios, y te adornas con exceso? ¿Has venido al baile, ó al teatro? *Num saltare venisti? num ad spectaculum accessisti?* No es razon, señoras mujeres, que deis motivo á los ministros de Jesucristo, para que os reprendan tan severamente. Procurad que vuestros vestidos sean limpios, honestos, modestos, y nada habrá que censurar en vuestro adorno.

La cuarta y última disposicion, con respecto del cuerpo, es el recogimiento de los sentidos, y la edificante modestia con que debeis estar en el templo santo de Dios: antes de comulgar, cuando esteis comulgando, y despues de haber recibido á su divina Majestad.

No nos resta ya otra cosa que el postrarnos delante de Dios, y decirle con todo el afecto de nuestro corazon: «No es para un hombre mortal, para quien preparamos la habitacion, sino para vos, que sois nuestro Dios y criador, y nosotros mismos somos vuestra morada. Toda atencion y cuidado son poco para prepararnos á recibiros; y de vuestra misma bondad han de proceder las disposiciones que nos preparan debidamente á la sagrada comunion. Vos las ordenais, y solo vos mismo nos las podeis conceder: dadnos pues, Señor, lo que mandais. Enseñadnos vos mismo, con que pureza de cuerpo, modestia y recogimiento debemos ponernos en vuestra presencia. Concedednos aquella pureza de corazon, sin la cual se encuentra con la muerte, recibiendo la vida. Concedednos el que nos probemos á nosotros mismos, y sondeemos nuestro propio corazon, para examinar si vive, reina y domina en él vuestro amor con preferencia á todo. Haced que aquellos de entre nosotros, que han tenido la desgracia de perder por el pecado el precioso tesoro de la justicia, consigan la gracia de recobrarla por una sincera penitencia, que restableciéndolos en los privilegios del bautismo, les adquiera el derecho de sentarse en vuestra mesa con vuestros hijos. Dadnos á todos la santidad con que quereis sea adornada vuestra casa; purificad nuestra alma de las menores faltas; destruid los afectos que nos arrastran á ellas; haced que los lloremos sinceramente en vuestra divina presencia, y que sin cesar procuremos reprimirlos y destruirlos. Quitad de nuestros corazones cuanto pueda desagradaros y hacernos indignos de recibiros: dadnos la hambre y sed de la justicia, el ardiente deseo de unirnos á vos con una caridad heroica, que cada vez vaya en mayor aumento. Dadnos, finalmente, una viva fe, una firme esperanza, una ardiente caridad, una profunda humildad y un perfecto reconocimiento, para que despues de haberos recibido acá abajo, oculto bajo el velo de este adorable Sacramento, tengamos la felicidad de veros sin nubes en la gloria celestial, donde sereis nuestra alegría y felicidad con vuestro Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.»

COMUNION.

(FRECUENCIA DE LA)

II.

Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos.

Un hombre dispuso una gran cena, y convidó á muchas gentes.

(*Luc.* XIV, 16.)

Este banquete de que habla el Evangelio, no es otra cosa, segun la más comun interpretacion de los Padres, que el adorable sacramento de nuestros altares. Este es un gran banquete. Grande, por la excelente calidad de la comida y bebida que en esta cena se suministra;

pues son el cuerpo mismo y la sangre de Jesucristo. Grande, por el número de los que á ella están convidados, que son todos los hombres, ó, á lo ménos, todos los fieles. Grande, por la dignidad de los mismos convidados y por la santidad de sus disposiciones; pues no deben asistir á ella sino en estado de gracia. Grande, por el lugar en que se prepara, cual es toda la Iglesia. Grande, por su duracion, pues durará hasta el fin de los siglos, y solo acabará con el mundo. Grande, en fin, por su significacion, porque contiene una verdad, de la cual los misterios de la antigua ley no fueron más que figura y sombra. Todos vosotros, hermanos mios, sois llamados á esta mesa del Señor; y para avisaros y anunciaros de su parte este banquete, envia á sus predicadores; y con este destino, yo mismo me presento aquí, segun la obligacion de mi ministerio. Pero, ¿qué haceis vosotros? Un rico se digna convidar á un pobre á que coma en su casa, y el pobre se apresura para disfrutar el banquete; pero la mesa del Hijo de Dios está puesta, y es franca para nosotros, y nosotros nos excusamos de concurrir á ella. ¿De qué pretextos nos valemos para disculparnos? Unas veces damos por excusa los negocios temporales de que estamos encargados, y otras veces las obligaciones de nuestra condicion y estado. Ya decimos, como estos convidados del Evangelio: estoy imposibilitado de asistir, porque tengo una familia, cuyos cuidados enteramente me ocupan, y tengo hijos á quienes es forzoso acudir con lo necesario: *Uxorem duxi.* Ya decimos, que tenemos una hacienda que pide todo nuestro cuidado y atencion; ya un negocio que manejar; ya un empleo ú encargo con que cumplir: *Villam emi.* De este modo tenemos siempre excusa, ó siempre estamos persuadidos á que la tenemos, y bastante motivo para abandonar el más saludable de todos los sacramentos, y para no acercarse á recibirlo casi en tiempo alguno. Pero entre las excusas más comunes que usamos, ¿sabeis cuál es la más arriesgada y peligrosa? Es la que oimos á muchos falsos cristianos, que aseguran no tienen la pureza que corresponde para presentarse en una mesa tan santa; y que sus comuniones son pocas y raras porque no se creen dignos de hacerlas más frecuentes. No puedo ménos de confesar como una verdad cierta é indubitable, que la pureza del alma y la inocencia de la vida es una disposicion esencial y absolutamente necesaria, para participar del divino sacramento que en la comunion recibimos. Pero con todo eso, bien puedo establecer dos proposiciones, cuyo verdadero sentido deseo que comprendais bien, y en las cuales voy á dividir este discurso. Primeramente, digo: que la pureza que se requiere para recibir el sacramento de Jesucristo, no debe nunca servirnos de

excusa para la frecuente comunion. Digo tambien, que, por un efecto el más feliz y el más estimable, es la frecuente comunion uno de los medios más poderosos, más seguros y más fáciles para llegar á tener una santa pureza de vida. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Por más pureza que Dios nos pida para llegarnos á su augusto sacramento, no puede esto ser motivo, ni legítima excusa que nos dispense del frecuente uso de la comunion. La obligacion de llegar al sagrado misterio con toda la pureza conveniente, no debe en manera alguna perjudicar á la intencion de Jesucristo, ni al designio que tuvo presente en la institucion de la santa Eucaristía. ¿Cuál fué el intento y deseo de Jesucristo, instituyendo este sacramento? Él quiso que le recibiésemos con frecuencia; así lo desea, y á esto nos ha convidado siempre. Por esto nos dió este sacramento como comida, y por esta misma razon nos le dió como bebida, para hacernos comprender, que este era un alimento de que debíamos usar, no rara ni extraordinariamente, como usamos de los remedios, sino con frecuencia y continuacion, así como diariamente tomamos el alimento que mantiene nuestra vida. Y como todas las viandas y manjares, que mantienen la vida natural son igualmente comunes á todos los hombres, eligió tambien para alimento de nuestras almas la más comun de todas las comidas, aquella que sirve de alimento á los pobres y á los ricos, á los pequeños y á los grandes; quiero decir: que escogió este pan de cada dia que pedimos á Dios, y que es el primer alimento de nuestra vida. Hermanos mios; si este sacramento es pan, y si es pan que deberia todos los dias alimentar vuestra alma, ¿está bien no recibirle en el discurso del año sino una vez?

Vosotros comunmente discurrís así: Mi conducta es muy poco cristiana y muy poco edificativa para poder frecuentar un sacramento del que los mismos ángeles se creerian indignos; y así, no quiero comulgar frecuentemente. Así discurrís; pero mejor seria que dijerais: Debo comulgar con frecuencia, y quiero hacerlo así, para conseguir el espíritu y virtud que Jesucristo desea, para no dejar inútil el precioso don que hemos recibido, para no privarnos de las inestimables riquezas que en él están encerradas; y pues la frecuente comunion no puede ser compatible con una conducta como la que sigo, no quiero renunciar esta frecuente comunion por el motivo de que no estoy para ello dispuesto, sino mudar de vida, y con esto disponerme para ella. De esta suerte, la pureza de vida que pide en nosotros el Salvador de los hombres, no serviria de impedimento ni

excusa á la frecuencia de este divino misterio; antes seria un motivo para trabajar en adquirir todo el mérito y toda la preparacion que se requiere; seria un motivo para combatir las pasiones y para vencerlas; seria un motivo para desprenderos del mundo, para desengañaros de sus máximas, para apartaros de sus empresas y sus maquinaciones, para retiraros de sus concursos, para privaros de sus espectáculos, de sus diversiones y de sus juegos, que siendo directamente opuestos á la moral cristiana, os separan de Jesucristo. Finalmente, seria un motivo para excitar vuestra piedad, y reanimar vuestro fervor; para dedicaros á la meditacion de las cosas santas, á los ejercicios de la penitencia, á la práctica de buenas obras, y al ejercicio de todas las virtudes capaces de haceros más agradables á Jesucristo, y de uniros más estrechamente con este Salvador de los hombres. Hé aquí, á lo que os empeñaria la obligacion de probar y purificar vuestro corazon, con el fin de disponeros para recibir en él á Jesucristo. A lo ménos, á esto os debia obligar la frecuente comunion; pero vosotros no quereis que os obligue á tanto. Descubramos ya con sinceridad todo este misterio. Si esta obligacion de probarse y purificarse, es para vosotros un obstáculo que os impide la frecuente comunion, es porque vosotros quereis que lo sea. Solo os es impedimento, porque quereis estaros siempre y quedaros en la misma esclavitud, y con las mismas amistades, sin hacer el menor esfuerzo para romperlas y salir de ellas. Solo os es impedimento, porque el mundo os agrada, porque quereis disfrutarle siempre, porque quereis estar siempre con compañías que os disipan y pervierten, y porque solo apeteceis los concursos deliciosos que os corrompen. Con que siendo solo obstáculo, porque vuestra depravada voluntad así lo quiere, bien puedo decir, que no es, en sí misma, impedimento; y tengo siempre fundamento para reprenderos lo mucho que os desviais de la comunion y sagrada mesa de Jesucristo, y el que pretendais justificaros con lo mismo que lo reprueba y condena.

Decís tambien, que nadie puede estar tan purificado como se requiere para comulgar. Verdad es, que nadie puede tener toda la perfeccion que se requiere, mirando la dignidad del sacramento, que será siempre, por más que hiciéremos, superior á todas nuestras disposiciones; pero al mismo tiempo se puede muy bien pedir en los que le frecuentan la perfeccion correspondiente, atendiendo á la flaqueza humana, la cual no desdeñó ni despreció el Salvador de los hombres, antes bien quiso alentarla por medio de este sacramento. Estos tales son unos enfermos llenos de dolencias y flaquezas; pero por eso mismo, el médico de sus almas los llama á sí para sanarlos y fortalecerlos; y sino, observad como los que el Señor de nuestro Evangelio hizo recoger y llamar de las plazas públicas para traerlos á su cena, no fueron los ricos, los grandes, ni los santos, sino los pobres, los pequeños, los enfermos y los tullidos. No solamente no excluye á éstos de su mesa, sino que manda á sus criados que les hagan una especie de violencia para obligarlos y atraerlos al banquete. Y, ¿qué nos manifiesta esta figura? No es necesario reflexionar mucho para conocer lo que nos representa, y á vosotros os es muy fácil hacer la aplicacion de ella. Hermanos mios, yo os exhorto á que trabajeis sin cesar por conseguir la perfeccion necesaria para comulgar con frecuencia; haced cada dia nuevos esfuerzos por elevaros á ella; y si despues de todos los esfuerzos no llegais todavía á este feliz término, os diré lo que el ángel dijo á Elías: *Surge, comede; grandis enim tibi restat via.* III. Reg. xix, 7: venid con confianza y tomad este pan que se os ofrece: él os dará fuerzas para llegar al término de la carrera que teneis que perfeccionar; pues tengo presente, que Jesucristo no vino para los justos y fuertes, sino para los pecadores y los débiles: tengo presente, que Dios no ha formado los hombres para los sacramentos, sino que instituyó los sacramentos por los hombres; y que estos hombres, siendo de una naturaleza tan frágil, no son, por más perfectos que se supongan, de una naturaleza angélica; y que por más que ellos hagan, nunca se hallarán libres de algunas imperfecciones. Paso ahora á manifestaros que uno de los más seguros y poderosos medios para adquirir una santa pureza de vida es la frecuente comunion.

2. Entre todos los sacramentos ninguno hay que cause más singular efecto, ni aun tanto, como el sacramento del cuerpo de Jesucristo, pues imprime en el alma del que le recibe, un cierto carácter de pureza y santidad. Y ¿por qué este adorable sacramento tiene una eficacia tan grande, y de dónde nace esta superior virtud y actividad que en sí contiene? La razon es evidente; porque este sacramento contiene en sí al Autor de la gracia. Todos los demás sacramentos no obran sino por una virtud que dimana de Jesucristo, y que les tiene comunicada este Hombre-Dios; pero en éste es el mismo Jesucristo presente en su persona el que obra; porque este divino sacramento no es otra cosa que Jesucristo mismo oculto debajo de las especies que le encubren. Los demás sacramentos tienen unos efectos limitados, porque el Bautismo borra la original culpa, la Confirmacion nos fortalece para confesar la fe, el Orden nos dá potestad para ejercer los sagrados ministerios, la Extremauncion nos fortalece cuando estamos cercanos á morir, y nos alienta para este

último combate; pero la Eucaristía extiende su virtud á toda la vida del hombre para santificarla, y, si se me permite decirlo, para divinizarla; pues habeis de observar conmigo la excelente y esencial propiedad de la carne de Jesucristo en este misterio. Esta carne es un alimento; pero es el alimento de nuestras almas; y en lugar de que el espíritu, segun las leyes comunes y naturales, debe vivificar la carne, aquí, por un milagro superior á toda la naturaleza, es la carne la que vivifica al espíritu: *Caro meo verè est cibus.* JOANN. VI, 56. De donde se deduce cuan ventajosos son los frutos que pueden prometerse de la frecuente comunion; porque á fuerza de comer siempre un mismo alimento, poco á poco se toman las mismas cualidades; pero si no uso de ella sino rara vez, y si solo una vez la tomo por alimento en el discurso de un año, no me hará impresion alguna, y mi temperamento será siempre el mismo; y así, cuando un cristiano, solo en el tiempo de la Pascua se llega á la mesa de este adorable sacramento de Jesucristo, apenas sacará de este alimento alguna útilidad y provecho, y apenas podrá percibirlo. Es verdad, que es un alimento; alimento el más sólido de todos, yo lo confieso; y tambien sé que es un manjar del todo divino y todopoderoso; pero ¿de qué le servirá al hombre toda esta virtud y todo este poder, si por un disgusto natural, si por un afectado descuido no se alimenta de él, ni quiere acercarse á comerlo? De ninguna utilidad le será; pues si quiere que le sea útil y provechoso, es preciso que le sea comun y ordinario. Entonces verá lo que puede esta sagrada carne; y mil pruebas que en sí mismo experimentará, le convencerán de su virtud: ella le trasformará en un hombre nuevo; esta carne virginal amortiguará en su corazon el fuego de la codicia que le abrasa; apagará el ardor de las pasiones que le consumen; purificará sus pensamientos, arreglará sus deseos, reprimirá la rebeldía de sus pasiones, y las tendrá siempre sujetas á su espíritu. Esta carne santa le dará y llenará de una gracia victoriosa, que le hará triunfar de las perversas inclinaciones de la naturaleza, de las malas disposiciones de su temperamento, de las recaidas importunas de la costumbre, de los engañosos atractivos del placer, del cebo con que el interés nos mueve y lisonjea, y de todos los combates á que puede verse expuesto y en que infelizmente podria caer.

Por eso los santos Padres comparan este adorable sacramento, ora á buena levadura como aquella de que habla el Apóstol, que se difunde y se comunica á toda la masa y la hace crecer y levantarse, es decir: que se comunica á todas las potencias del hombre interior para animarle y vivificarle; ora á un fuego que penetra el hierro, que consume todo su orin y herrumbre, que le abrasa y le enciende todo. Esta es sin duda una de las más bellas prerogativas del sacramento que recibimos en la comunion. Los otros manjares que usamos se convierten en nuestra propia sustancia; pero este alimento nos muda á nosotros mismos en lo que en sí contiene. Mudanza es esta, oh Dios mio, que me debe ser muy gloriosa como me es útil; porque más me conviene y es más digno de desear que yo sea convertido en vos, que no que vos esteis convertido en mí: vos, estando en mí, perderiais vuestra santidad, porque yo no soy sino pecado é injusticia: vos en mí perderiais todas vuestras perfecciones, porque por mí nada tengo y nada soy; pero estando yo convertido en vos del modo que puedo estarlo, adquiero todo lo que no tenia y me faltaba, y lo que no podia conseguir sino por vos. Yo que soy débil, entonces seré fuerte: yo que soy ciego, veré entonces con toda claridad; y yo que soy pecador, llegaré á ser santo por una muy dichosa trasformacion.

Todo esto, decís vosotros, supone ciertas disposiciones, sin las cuales la frecuente comunion, no solamente no obra nada de lo dicho, sino que en lugar de todas estas ventajas, no sirve sino de hacernos más culpables. Convengo con vosotros, y conozco que es verdad lo que decís; pero de esto mismo saco una nueva prueba de los frutos de conversion y de santificacion que debe producir la Eucaristía. Atended á mi discurso. No podemos dudar, segun las reglas comunes, que un cristiano que frecuenta la mesa de Jesucristo, y que se ha impuesto la ley de comulgar frecuentemente, tenga en su alma un gran fondo de cristiandad y de religion: tampoco podemos dudar, que no esté instruido suficientemente de la dignidad del sacramento que recibe, de la reverencia que se le debe, y de la preparacion con que debe llegar á recibirle. De todo lo cual infiero, que con este fondo de religion, y con este conocimiento de las disposiciones que pide tan divino misterio, no es moralmente posible que este cristiano comulgue con frecuencia, sin que contínua y poderosamente se halle excitado á purificar su corazon, á arreglar sus costumbres, á reformar su conducta, y á poner entre sus comuniones y su vida toda la proporcion necesaria que de él dependa; porque para un alma que tiene sentimientos de religion, ¿qué freno mayor para contenerla en las ocasiones, qué estímulo más fuerte para moverla, que este pensamiento: *Mañana, ó dentro de pocos dias he de llegarme á la mesa de mi Salvador y mi Dios, he de parecer en su presencia, y he de unirme con él?* Esta memoria y reflexion, ¡qué reprensiones no dá, y qué remordimientos no causa en una conciencia

que no se halla enteramente limpia! ¡Qué conocimiento de su indignidad! ¡Qué turbaciones interiores y qué combates, que finalmente terminan en unas resoluciones muy santas, y en un propósito eficaz de formar una vida enteramente nueva! Esta es la razon porque los más hábiles directores de las almas, por lo comun, no usan de otro medio, ni más prudente, ni que sea más eficaz para contener á ciertos pecadores, y para hacer que permanezcan en el recto camino en que han entrado, convirtiéndose á Dios, que determinarles cierto número y frecuencia de comuniones en ciertos dias y por cierto tiempo. Por esto mismo los maestros de la moral han establecido como una máxima indubitable, que para muchos, no solamente es útil la frecuente comunion, sino que es necesaria.

Aun suponiendo todo lo dicho, no vemos estos grandes efectos de la comunion. De este modo hablan muchas gentes del mundo, y esto mismo puede ser que me respondan ahora algunos en lo interior de su corazon; y siendo preciso desengañarlos en este punto, oid la respuesta que tengo que darles de mi parte. Los que esto dicen, si no ven estos efectos tan saludables y maravillosos, es porque no quieren verlos, porque no ponen cuidado, diligencia, ni atencion para verlos. Los Santos más insignes de la Iglesia de Dios, y las almas más elevadas por su piedad, todas ó casi todas han tenido la santa costumbre de comulgar frecuentemente; y todo lo que en ellos hubo y hay de bondad, lo han atribuido y lo atribuyen particularmente á esta costumbre de comulgar frecuentemente; la que han mirado y miran como el principio de todas las gracias de que han sido adornados, y de todas las virtudes que han adquirido. Ya sé que algunos se han retirado por humildad de la frecuente comunion; pero tambien sé que los Santos, que así se gobernaron, fueron muy pocos; y que cuando se privaban de la comunion, era con sumo trabajo y dificultad; era por solo un corto espacio de tiempo, y solo en unas ocasiones extraordinarias y por inspiraciones particulares; pero todo lo que los Santos tuvieron y obraron y ejecutaron de particular y extraordinario, no nos debe servir en manera alguna de modelo, á pesar de que, para hacer lo que ellos hicieron, se quiera fundar en sus hechos nuestra ceguedad y aún nuestra malicia. Aunque Dios por sus fines particulares haya inspirado á un Santo, que no comulgue con mucha frecuencia, sabemos que á otros muchísimos les ha inspirado lo contrario. Pero ¿qué digo? Sabemos muy bien, que este mismo Señor hace observar una conducta enteramente opuesta á casi todos los otros Santos. Pero sea de esto lo que fuere, no se puede decir que no se conoce en la cristiandad efecto alguno

de la frecuente comunion, pues hay tantas almas santas, que, con un consentimiento universal, se reconocen deudoras de todo lo que son á este santo ejercicio tan útil y tan constantemente practicado. Los que hacen profesion de frecuentar el sacramento de nuestros altares, viven por la mayor parte en mayor inocencia y en mayor regularidad de costumbres.

Aprendamos, cristianos, aprendamos á conocer mejor el don de Dios, y no nos descuidemos en recibir el mayor de todos sus beneficios: correspondamos á las instancias y convites del Señor, que nos llama á su cena y que nos ha preparado este suntuoso y delicioso banquete: no aleguemos vanos y frívolos pretextos, para privarnos voluntariamente de un bien que tenemos en medio de nosotros, y que deberíamos buscar al otro lado del mar. Puede ser que si no fuera tan comun le deseáramos mucho más, y que lo pidiéramos con mucho fervor. Pues ¿es posible que la liberalidad de nuestro Dios nos ha de ser dañosa, y que porque este Señor sea bueno, háyamos nosotros de ser más indiferentes? Dios mio, haced que todos nos encaminemos á vos con un santo temor, pero al mismo tiempo con una grande confianza. Vuestra divinidad nos llena de un religioso temor; pero vuestra infinita bondad nos anima con una filial confianza. Considerando nuestra indignidad, no podemos dejar de exclamar como S. Pedro: Apartaos de mí, oh Dios mio, porque soy pecador, y nada más. Luc. v, 8. Pero confiando, como el mismo apóstol, en vuestra gracia, queremos permanecer en vuestra presencia, y deciros: ¿á quien otro hemos de recurrir, Señor? Separándonos de vos, ¿en quién encontraremos la salud y la vida? *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.* Joan. vi, 69. Recibidnos, Señor, dignaos venir á nuestro interior para enriquecernos con vuestros dones, y trasformarnos en cierto modo en Vos, á fin de que practiquemos las virtudes, hasta que un dia podamos cara á cara, y sin velo alguno, contemplaros y poseeros en la eternidad feliz, que os deseo á todos.

COMUNION.

(EXCUSAS PARA NO COMULGAR.)

III.

Ego veniam, et curabo eum. Centurio ait: Domine, non sum dignus.

Yo mismo iré á curarle. El Centurion respondió: Señor, yo no soy digno.
(*Matth.* VIII, 7.)

Lo que pasó entre el Salvador y el Centurion, es lo que se renueva aun el dia de hoy entre Jesucristo y nosotros. Jesucristo nos dice: Yo vendré á curar vuestras enfermedades espirituales. Y nosotros le respondemos: Señor, yo no soy digno de que vengais á mí. Palabras eficaces, que obran en nosotros un efecto totalmente opuesto á lo que significan, y hacen, con nuestra humildad, que cese la indignidad que nos atribuimos. Pero ¿qué sucede muchas veces? Que nos aplicamos estas palabras en un sentido que dista mucho de la intencion de Jesucristo; y con una humildad mal entendida, nos servimos de nuestra indignidad para desviarnos más facilmente y por demasiado tiempo de la comunion. Excusa ordinaria que vamos á examinar en este discurso.

Dos suertes de personas dicen con el Centurion: Señor, yo no soy digno de recibiros: los justos, que viven en la observancia de la ley de Dios; y los pecadores empeñados en seguir los desórdenes de una vida delincuente. Por lo que toca á los justos, no se puede dudar que es un sentimiento de humildad que los hace hablar de esa suerte; pero el saber hasta qué punto se puede llegar con esta humildad y si es razon que llegue hasta apartarlos efectivamente de Jesucristo y del sacramento; el saber si es respetarle verdaderamente, en cuanto es pan de vida, contentarse con reverenciarle y adorarle, sin alimentarse de él; son cuestiones en las cuales me impiden entrar muchas razones particulares y generales, y os las dejo á vosotros para que las examineis.

Hablemos precisamente de los pecadores, que con mucha mayor razon que S. Pedro, le pueden decir á Jesucristo: Apartaos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum.* Luc. V, 8. A estos los divido como en tres especies. Llamo á los primeros pecadores sinceros, á los segundos pecadores ciegos, y á los últimos pecadores hipócritas y disimulados. Pecadores sinceros son los que, al tratar con Dios, tienen buena fe y no se han engañado á sí mismos. Pecadores ciegos, los que no se conocen y se engañan á sí mismos. Pecadores hipócritas y disimulados, los que cubren su disolucion con velo de piedad, y pretenden engañar á los otros. Los primeros tienen religion, y obran con espíritu de religion. Los segundos, aunque la tengan, se lisonjean y yerran en creer que obran por ella. Los terceros no la tienen en verdad, aunque quieran dar á entender que es ella la que gobierna sus acciones. Pues estas tres suertes de pecadores pueden usar del lenguaje del Centurion de nuestro Evangelio, y excusarse de la comunion, teniéndose por indignos de ella. Más aunque todos igualmente lo digan, no deben todos igualmente ser creidos. En los primeros, esto es, en los pecadores sinceros, esta excusa es una razon, pero razon que necesita aclararse; en los segundos, esto es, en los pecadores ciegos, esta excusa es un pretexto que conviene quitárselo; en los últimos, esto es, en los pecadores hipócritas y licenciosos, esta excusa es un abuso y aún un escándalo; escándalo y abuso que vamos á combatir. Veis ahí todo el asunto de vuestra atencion. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para explicar bien mi pensamiento, hablo, oyentes, de un pecador, que en medio de sus desórdenes conserva el fundamento de su fe, que reconoce el infeliz estado de su conciencia, confiesa su pecado, le gime y le llora; más con todo eso no se siente aún con perfecta disposicion para dejarle. Apartarse en este caso de la comunion, porque se halla indigno de ella, confieso que es una razon y una razon bien fundada; pues es evidente, y aún de fe, que el pecador, miéntras dura su pecado, no puede llegarse á este sacramento sin incurrir en un sacrilegio enorme. Pero digo; que esta razon tiene necesidad de aclararse; y el aclararla consiste en hacer, que veais que el pecador no debe de tal suerte retirarse de la comunion por su indignidad, que juzgue, que absteniéndose de la participacion de

este divino misterio, ha satisfecho enteramente á su obligacion; antes debe estar persuadido de la obligacion que tiene de salir sin dilacion alguna del estado de su culpa para poder ser admitido á la mesa del Señor. De suerte, que la misma comunion le sirva de motivo, pero motivo urgente, que le ponga en necesidad de convertirse; y que con la consideracion de este sacramento adorable, de que le tiene retirado su culpa, haga los últimos esfuerzos para merecer llegarse á él con una verdadera y pronta penitencia. Veis ahí, la disposicion que debe tener; sin la cual pretendo que no hay solidez en su conducta.

Porque la principal máxima, hermanos mios, que no debe perder de vista un pecador, en lo que toca á la práctica de la comunion, es no separar jamás estas dos verdades, que son dos reglas inviolables en la cristiandad: la una, que Jesucristo nos manda alimentarnos de su carne; y la otra, que nos prohibe alimentarnos de ella indignamente: la una, que la carne de este hombre Dios debe ser alimento de nuestras almas; y la otra, que este alimento, aunque por sí es saludable, se convierte en ponzoña para cualquiera que le toma en el estado de culpa. Si el pecador toma estas dos verdades separadas la una de la otra, se descamina y se pierde; pero si abraza las dos juntas, empieza á entrar en el camino de Dios. Porque oid como discurre. Jesucristo me prohibe alimentarme de su carne y me aparta de sí todo el tiempo que reina en mí el pecado; luego no debo alimentarme de ella en el estado presente en que me hallo. Pero me advierte él mismo, por otra parte, que si no me alimento de ella, ni tengo en mí, ni puedo tener aquella vida sobrenatural, en la cual consiste la santificacion y la felicidad de los justos; luego es necesario á cualquiera costa salir del estado en que vivo para hacerme capaz de este alimento. Yo no puedo dispensarme en la obediencia de uno ni otro de estos dos mandamientos; del primero, por el interés de Jesucristo; del segundo, por mi interés propio. Si comulgo indignamente, profano el cuerpo del Señor; y este es interés de Jesucristo, á que debo atender. Si no comulgo, soy homicida de mi alma, privándola de lo que solo la puede sustentar y hacer que viva; y este es mi propio interés que debo poner en salvo. Luego solo tengo un partido que tomar, y conviene necesariamente tomarle, que es mudar de vida, salir del pecado, volver á ponerme en gracia de Dios, y en estado de poder comer este pan vivo, que me vivifique.

Examinémonos, dice el Crisóstomo, y juzguémonos; no sea que participando del cuerpo de Jesucristo, hagamos que vengan sobre

nuestras cabezas brasas ardientes, esto es, la indignacion de Dios y sus venganzas. Más al propio tiempo añade: no os digo esto para que no le participeis, no lo permita Dios; sino para empeñaros en que le participeis con las disposiciones y segun las reglas que la ley de Dios os prescribe. Porque asi como, prosigue el Santo, el participarle indignamente es arriesgarse á la perdicion, así el no participarle es la ruina y la muerte del cristiano.

Temed, amados oyentes mios, temed incurrir en los dos escollos á donde conduce hoy la preocupacion por no juntar estas dos verdades. Con tal que se le persuada á un pecador, y se consiga de él, que en lo exterior cumpla con lo que debe hacer como cristiano, y que se llegue á los altares, se alaba su religion, no se duda de que está convertido, no hay cosa que no se prometa de su perseverancia: este es el primer escollo. Y por otro lado, con tal que se le dé á entender á un pecador, que no puede llegarse á comulgar miéntras está en la costumbre de su pecado, se cree que está hecho todo; y si este pecador confesando su indignidad, se está apartado de los altares, basta para quedar contento, como si con eso hubiera cumplido con toda la justicia. Con esto se le tolera y se le sufre que viva en su vida desenfrenada. Del primero de estos dos abusos ¿qué se sigue? Que haya entre los que comulgan tantos débiles, tantos soñolientos, tantos enfermos, y por valerme de la expresion de S. Pablo, tantos que duermen el sueño de la muerte. I. Cor. II, 30. Y con el segundo ¿qué sucede? Que entre los que no comulgan haya tantos escandalosos, que están el dia de hoy como en posesion de no dar á la Iglesia muestra alguna de cristiandad; pues la muestra más esencial que nos distingue como cristianos, segun el Apóstol, es la participacion del cuerpo de Jesucristo. Reflexionemos, que este sacramento se instituyó para los pecadores, como para los justos. No digo para los pecadores impenitentes, sino para los pecadores convertidos, para los que han mudado de vida y se han restituido á la gracia. Cuando vos, adorable Salvador mio, estuvisteis en el mundo, no os desdeñasteis de comer en la mesa de los pecadores; ahora con una disposicion muy diferente, pero siempre con el mismo espíritu, admitís en vuestra mesa á los pecadores que hacen penitencia; y como entónces comiais en la de los pecadores, que vuestra gracia convertia con mucho más gusto que en la de los fariseos soberbios, así no hay cristianos que hallen en vos más favorable acogida que los pecadores que se convierten y dejan sus culpas por volverse á allegar á vos. Pero esto, como dije, supone que son pecadores sinceros y proceden con buena fe: porque si son mundanos que se ciegan y

se lisonjean, el imaginado respeto que alegan para retirarse del sacramento de Jesucristo, no es razon que necesita de aclararse, sino pretexto que es necesario desvanecer; y esto es lo que ahora emprendo.

2. No hay cosa más sútil que el espíritu del mundo, ni tampoco más artificiosa para dar á las cosas el color y forma que requiere, cuando pretende deslumbrarnos y engañarnos en el juicio que hemos de hacer para discernir los caminos de Dios. Porque en tal caso no hay motivo especioso que no nos represente; y muchas veces nos dejamos engañar hasta llegar á persuadirnos, que aún retirándonos de Dios le honramos. Veis aquí pues el carácter de otros pecadores, de los cuales he de hablar ahora, quiero decir, de aquellos pecadores que, preciándose de tener religion y de obrar con espíritu de religion, se engañan á sí mismos; y apartándose del camino derecho y llano de la verdad, se fabrican un error craso de su imaginada humildad. Dicen éstos, y aun lo piensan así, que se retiran de la comunion por respeto, porque convienen delante de Dios en que son indignos de ella. Más yo digo, que este respeto en ellos es un respeto vano. Pretendo y voy á hacerles ver, que este respeto, segun ellos le practican y examinándole segun sus circunstancias, es un respeto falso. Ultimamente añado, que es un respeto que no tiene conformidad alguna con el que siempre han mostrado los cristianos verdaderos, cuando se han retirado del sacramento de Jesucristo, segun las reglas y espíritu de la Iglesia.

Digo que es un respeto vano: un respeto que deja al pecador con las mismas imperfecciones, y no le hace ni más constante, ni más ajustado, ni más virtuoso; un respeto cuya calidad es apartarse de la comunion únicamente; ¿no es este, con toda evidencia, un respeto inútil y sin fruto? Si el respeto que tienen, ó juzgan que tienen á Jesucristo, fuera el verdadero motivo que los retirára de la comunion, este motivo, á fuerza de obrar en ellos y de hacer impresion en sus corazones, los empeñára en alguna cosa más; y por poca eficacia que tuviese, por lo ménos se manifestaria en su conducta que están movidos. Pues esto es lo que de ningun modo se echa de ver; porque este motivo, si realmente les hiciera fuerza, ¿qué obraria en ellos? ¿A dónde los llevaria la práctica de este sentimiento? A despegarse del mundo; pues el amor del mundo, por su confesion propia, es el que los hace indignos de la mesa del Hijo de Dios. Estando, como lo estuvieran, penetrados de la vista de su indignidad, y reconociendo que esta indignidad nace de una aficion infeliz que tienen al mundo, á sus mentirosas alegrías, á sus divertimientos poco cristianos y muy peligrosos; á sus artificios, á su vanidad y fausto ¿qué hicieran? Se priváran de esos divertimientos, se vedáran de esos placeres, disminuyéran ese fausto, renunciáran esa vanidad, dejáran esos artificios.

Pero nada de esto hacen; y á juzgar de ellos segun sus obras, no se puede creer que tienen aun la menor disposicion para realizarlo. Antes ellos mismos, si me valiera del testimonio de sus conciencias, confesarian, que se hallan muy distantes de practicarlo. Luego no es verdad que este motivo les hace fuerza, como lo pretestan ellos: luego no es este respeto el que los retira de los misterios divinos. Pues ¿qué es? Ya lo dije, y lo vuelvo á decir: Una aficion obstinada que tienen al mundo y á lo que se llama mundo.

No solamente es respeto vano, sino falso: ¿por qué? Porque no está acompañado de dos condiciones esenciales que debe tener. La una es el dolor, y dolor vivo de estar apartado del cuerpo de Jesucristo; la otra es el deseo, y deseo ardiente de llegarse á él: dos condiciones inseparables del verdadero respeto; más no las hallará el mundano en su corazon, si quiere entrar bien dentro de sí mismo.

Cuando la Iglesia, practicando con los primeros cristianos todo el rigor de su disciplina, los apartaba de la comunion por algun tiempo ¿qué hacian ellos y qué sentimientos eran los suyos? Los Padres nos enseñan, que caian en la más profunda tristeza, que gemian, suspiraban, derramaban arroyos de lágrimas, y miraban este estado como una reprobacion temporal. De este modo, aunque estaban apartados de Jesucristo, mostraban su respeto, y un respeto sólido para con él. Más esos mundanos de que hablo ¿han sentido jamás las impresiones de este cristiano y religioso dolor? Apelo al testimonio de su corazon, y atestiguo esta verdad con ellos mismos. Cuando están apartados de la comunion, ¿con qué tranquilidad no llevan este desvío? ¿Con qué indolencia no se ven separados del Dios de su salvacion? ¿Con qué insensibilidad no se acostumbran á este retiro, no solamente llegando á no sentir afliccion, sino aún á hallar en eso mismo su consuelo?

Y ¿qué deseo tienen ellos de la comunion? El respeto que debo tener á Jesucristo, puede alguna vez empeñarme en retirarme de la comunion por algun tiempo; más no debe jamás, si es verdadero, apagar en mí, ni aún disminuir el deseo de la comunion. Al contrario, en cierto sentido, debo desear con más viveza la comunion, cuanto más indigno de ella me conozco. ¿Por qué? Porque es evidente que, por lo ménos, en este deseo hay algun recurso contra mi indignidad. Los primeros fieles, al verse privados del uso de los sagrados misterios y de la comunion, mostraban una ansia viva y ar-

diente de ser restablecidos en él. Le pedian con instancia, y postrados á los piés de los sacerdotes, los conjuraban por las entrañas de la misericordia de Jesucristo, que les abreviasen los dias infelices en que vivian separados de su Salvador. Para esto se valian de la intercesion de los mártires, y en esto mostraban su respeto, y que su respeto era verdadero. Pero ¿qué es lo que hace el mundano? Contentándose con serles semejante en esta triste separacion, pone poco cuidado en imitarlos en lo restante; y confundiendo con la comunion el deseo de comulgar, renuncia lo uno y lo otro, y no le queda para con el sacramento de Jesucristo sino una indiferencia que debiera infundirle horror. Acabo, y me falta que mostrar, que es un escándalo en el pecador hipócrita este imaginado respeto.

3. Los pecadores hipócritas no ignoran, que la comunion se ha mirado siempre como carácter especial de la cristiandad; y que el abandonarla á cara descubierta, fuera una especie de apostasía en que con dificultad pudieran mantenerse; y por no llegar á ese extremo, y sacudir por otra parte el yugo que los incomoda, se hacen un velo de religion de su misma irreligion, y sacan la cara por esta máxima, que tira á desviarnos de Jesucristo por un sentimiento de temor y de respeto, para que así no se pueda hacer diferencia de ellos y de los cristianos más ajustados, pues hablan como ellos, y parecen tan celosos como ellos. Pues mi intento es, que este lenguaje, en boca de un licencioso, no sirve sino de escandalizar á los flacos; porque viene á parar en dos cosas igualmente perniciosas, conviene á saber, en apartar las almas de la comunion y de cuanto hay santo en la religion. ¿Quién podrá decir á cuantos justos ha apartado el demonio con este solo artificio de los altares? ¿A cuántas esposas de Jesucristo ha inquietado en sus comunicaciones santas con el celestial Esposo? ¿A cuántas comuniones, de que se hubieran regocijado los ángeles en el cielo, ha puesto un género de entredicho en la tierra?

Pero del retiro de la comunion pasa el escándalo hasta abandonar y dejar todos los ejercicios más santos que se practican en la cristiandad. Porque supuesto ese principio de una humildad falsa y mal entendida, ¿qué consecuencias no se pueden sacar de él? ¿Y á qué ejercicio de virtud no tiene una alma fiel tentacion de renunciar? ¿No sois digno de llegaros á la mesa de Jesucristo, y sois digno de entrar en el templo de Dios? ¿Y sois digno de hacer oracion y de invocar á Dios? ¿Y sois digno de oir la palabra de Dios? ¿Y sois digno de ser admitido á penitencia y al tribunal de la misericordia de Dios? ¿Y sois digno de cantar con la Iglesia las alabanzas de Dios? ¿Y sois digno de asistir al sacrificio que se ofrece á Dios? Luego por

la misma razon se habrá de abandonar todo esto; y la vista de vuestra indignidad, si puedo explicarme así, seria para vosotros una especie de excomunion, durante la cual, en nada de lo que se llama culto y obligacion cristiana tendreis parte.

Hermanos mios, jamás habrá en la Iglesia santidad, jamás estará la cristiandad bien reformada, sino por el buen uso de la comunion. Discurramos cuanto quisiéremos, siempre será necesario volver á parar en estas adorables palabras del Salvador: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendreis vida en vosotros: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, non habebitis vitam in vobis:* Joan. vi, 54; al contrario, cuantos comieren este pan vivirán eternamente: *Qui manducat hunc panem vivet in æternum.* Joan. vi, 59. Vivirán en este mundo por la gracia, y en el otro por la gloria, que á todos os deseo.

COMUNION INDIGNA.

IV.

Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne: reus erit corporis, et sanguinis Domini.

Cualquiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor.

(I Corint. xi, 27.)

La idea más terrible que nos presenta el Apóstol de los que comulgan indignamente, es que se hacen culpables del cuerpo y sangre del Señor. Como el sacrificio de la cruz se renueva todos los dias por parte de Jesucristo en nuestros altares, tambien se renueva por parte de los pecadores que le reciben indignamente; y así es indubitable, que crucifican de nuevo al Señor, y con unas circunstancias

mucho más odiosas que cuando fué crucificado en el Calvario. Él desea morar dentro de nosotros mismos; más con la condicion, que así como él es santo por naturaleza, nosotros nos hagamos santos por la participacion de su gracia y el buen uso de los sacramentos que ha instituido para nuestra santificacion. Si en lugar de recibirle santamente, lo hacemos con una conciencia criminal, renovamos la escena del Calvario, y nos hacemos culpables de su cuerpo y sangre. Queriendo hablaros hoy de las comuniones indignas, voy á exponeros la enormidad de los que comulgan indignamente, comparando su delito con el de los judíos que crucificaron á Jesucristo. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si los judíos, como dice el Apóstol, hubieran conocido al Señor de la gloria, no le hubieran crucificado; sus ultrajes se dirigian al hijo de María y de José; á un hombre á quien tenian por impostor y enemigo de Moisés y de la ley: es verdad que no tenia excusa su engaño, porque los prodigios, la doctrina, la santidad de Jesucristo y el cumplimiento de las profecías en su persona, debieran haberles abierto los ojos y hacerles conocer la salud que se les enviaba; pero, finalmente, le desconocieron; y cuando le castigaron con un infame suplicio, creian que glorificaban á Dios, y que vengaban los intereses de su ley y de su culto. Pero vosotros, los que llegais á recibirle indignamente, le conoceis; los sagrados velos con que está cubierto no le ocultan á la vista de vuestra fe; sabeis que es el Señor de la gloria, Hijo del Altísimo, esplendor del Padre, Rey inmortal de los siglos, Salvador de los hombres, cabeza y esposo de la Iglesia; en él reconoceis todas estas augustas cualidades; y con este conocimiento llegais á ultrajarle, le obligais á que espire en vuestro cuerpo como en una cruz, mucho más infame y dolorosa para él, sin comparacion, que la primera.

Además; cuando los judíos clavaron en la cruz á Jesucristo, aún tenia una carne que estaba sujeta á nuestras enfermedades; podia padecer y morir; aún estaba revestido de la semejanza del pecado; la muerte era para el Señor como un destino natural, por la libre eleccion que habia hecho de vestirse de una naturaleza condenada á esta triste ley; pero hoy, amados oyentes mios, le sacais del seno de la gloria, le haceis bajar desde la diestra de su Padre para exponerle á nuevos ultrajes. El mismo Señor nos dejó dicho, que no moriria más que una vez, y que su resurreccion pondria fin á la penosa carrera de sus trabajos; y vosotros le obligais á que los padezca de nuevo; le despojais de aquel vestido de gloria y de inmortalidad de

que le revistió su Padre al salir del sepulcro, para ponerle otra vez un vestido de púrpura y de ignominia: clavais en la cruz una carne gloriosa, que no habia de morir eternamente. ¡Ah Señor! Al tiempo de espirar sobre la cruz dijisteis, que ya habiais acabado con todo: os parecia que habiais llegado al feliz término de vuestras penas y trabajos, y que ya estaba consumado todo cuanto habia podido inventar contra vos la malicia de vuestros enemigos; pero, Señor, todavía os esperaban nuevos ultrajes en vuestra misma gloria: en vuestros altares os estaba preparado un Calvario más ignominioso.

Los verdugos, cuando crucificaban á Jesucristo, cumplian con las órdenes de su Padre; ejecutaban, sin saberlo, el decreto de muerte que habia pronunciado contra su Hijo en la persona del primer pecador. Y aun servian á aquel fin que, desde el primer instante, habia tenido el mismo Jesucristo de ofrecerse á su Padre en sacrificio: aquellos asesinos no hacian más, al parecer, que cooperar con la justicia de Dios que le heria, y con su propio amor que le ofrecia en sacrificio; aquel era el tiempo en que todas las manos, por decirlo así, debian volverse contra él; pero ahora, amados oyentes, le afrentais, al mismo tiempo que el Padre le glorifica; no le entrega á vuestra discrecion, como le entregó entónces: le arrancais de su paternal seno, como á pesar suyo, para quitarle otra vez la vida; nadie coopera con vosotros á obrar este misterio de muerte; el mismo Hijo de Dios no se entrega voluntariamente como entónces; vosotros solos sois los únicos que teneis parte en este funesto sacrificio, los únicos que le quereis, y los únicos que le ejecutais. El cielo y la tierra se horrorizan, y el enorme delito de su sangre derramada cae solamente sobre vosotros.

La culpa de los que le crucificaron fué útil á todos los hombres. Derramaron una sangre, que lavó nuestras manchas; sacrificaron un Cordero, cuyo sacrificio nos reconcilió con Dios; dieron muerte á un justo, cuyo sepulcro fué glorioso y en el que quedó vencida la misma muerte. Pero cuando vosotros os llegais al altar á crucificarle, y os haceis en él culpables de su cuerpo y de su sangre recibiéndolos indignamente, ¿qué utilidad puede sacar la tierra de vuestro sacrilegio? ¿Qué gloria puede resultar al Señor del ultraje que le haceis? ¿Quereis saberlo? Los males públicos, las nuevas calamidades y las desgracias de la Iglesia. ¡Ah! si el Apóstol se quejaba en otro tiempo de que las enfermedades populares, las muertes y los accidentes funestos eran efectos de las comuniones indignas: *Ideo inter vos dormiunt multi.* I Cor. xi, 13; y si se quejaba en un siglo en que cada uno derramaba su propia sangre por Jesucristo, en vez de profanar la

del Señor; en que la Eucaristía hacia mártires y no sacrílegos; si se quejaba á la Iglesia de Corinto, que casi toda se componia de profetas, apóstoles, mártires, doctores y fieles, que habian recibido el don de lenguas, el de milagros y la efusion visible del Espíritu Santo; ¡gran Dios! ¡qué castigos no deben atraer sobre nosotros tantas almas, ó temerarias, ó hipócritas, que en un siglo tan corrompido llegan á presentarse á nuestros altares! No hay que dudar, hermanos mios; si el Señor continúa castigándonos por tanto tiempo, si derrama sobre nuestras ciudades y provincias el cáliz de su furor, ¿de dónde hemos de creer que vienen estos castigos tan dilatados y crueles sino del mismo santuario? ¡Oh Dios mio! Vos estais armado siempre para vengar las comuniones indignas y la profanacion de vuestros santos misterios. Esta es la raiz de las desgracias públicas.

Los motivos de los que le crucificaron, podian, en algun modo, disculpar lo enorme de su delito. Primeramente, los sacerdotes y fariseos intentaban dar muerte á un hombre que los habia desacreditado, que habia hecho patente al pueblo el engaño de sus procederes, que los habia llamado sepulcros blanqueados, y se interesaban en que su mismo acusador fuese condenado como reo, porque su suplicio debia servir de apología á su virtud. Pero vosotros, los que comulgais indignamente, le entregais al mismo tiempo que él os está perdonando ó disimulando vuestras faltas. En segundo lugar, no se dice que los que tuvieron parte en su muerte, fuesen del número de aquellos ciegos á quienes habia dado vista, ó de aquellos cojos y leprosos á quienes habia curado, ó de los muertos á quienes habia resucitado; éstos, si no le defendieron contra la violencia y autoridad de sus enemigos, á lo ménos no se hallaron presentes entre sus verdugos; y ya que el agradecimiento no los hizo gloriosos confesores de su nombre, á lo ménos no los confundió la ingratitud con los que le pusieron en la cruz.

Pues ved ahora la enormidad del delito del pecador que comulga indignamente: es un ciego á quien ha dado vista Jesucristo, un leproso á quien ha curado muchas veces, un muerto á quien ha resucitado su bondad; aún tiene sobre sí las preciosas señales de sus favores, está sellado con el indeleble carácter de sus dones: solo este reconocimiento debiera bastar para que viviese obligado á su libertador, y no presentarse en el altar, sino para rendirle los respetos de su amor y de su agradecimiento.

El delito de los judíos no tuvo más resultas que la pérdida de la vida natural del Salvador, y la confusion de ver descender hasta el

horror del sepulcro á aquel á quien los cielos y la tierra no podian contener. Pero aquí, no solamente le privais de la vida natural, en cuanto está de vuestra parte, sino tambien del fruto de su muerte, esto es, de la vida de la gracia que queria introducir en vuestras almas. Quitais la vida á todos sus dones, á su caridad, á su fe y á su esperanza; virtudes que no nacen en vosotros; y le dais una muerte universal; no haceis ya que descienda á un sepulcro de piedra, en el que hasta entónces nadie habia estado, sino á vuestro corazon, á un sepulcro lleno de huesos y podredumbre; á vuestro corazon, donde halla á los espíritus impuros que son dueños de él; no baja como bajó en otro tiempo á los infiernos, acompañado de las señales gloriosas de su victoria, para dar libertad á los cautivos y romper las cadenas de los que estaban esperando su venida; sino que baja á vuestro corazon con un aparato triste y lúgubre, para quedar él mismo cautivo en él, para verse en él hecho la befa de sus enemigos, para sufrir sus burlas é improperios, para verlos sentados sobre el trono de vuestras almas; miéntras él mismo, que las rescató á tan gran precio, que las sacó de la nada, que tantos derechos tiene sobre ellas, y que debiera estar allí como su soberano dueño, se ve tratado como un vil esclavo, sin hallar donde reclinar su cabeza.

Por último; en el Calvario estuvo acompañada su muerte de mil gloriosas circunstancias; y en un misterio de tanto abatimiento, no dejaron de manifestarse su poder y divinidad: toda la naturaleza le reconoció por su autor; el Centurion confesó que era Hijo de Dios, los muertos resucitaron, él mismo resucitó al tercer dia, y reparó con la gloria de este misterio toda la ignominia que pudo tener su muerte á la vista de los hombres; pero la muerte, que padece en el altar á manos del pecador sacrílego, es un misterio de ignominia para el Señor; en él nada hay que repare el agravio que padece su grandeza y majestad; nada hay que le consuele en sus ultrajes; nada que suavice la hiel y el ajenjo de su cáliz; la naturaleza le deja padecer sin hacer demostracion alguna; los asistentes le ven morir en vuestras manos sin compadecerse, por decirlo así; los muertos, que descansan debajo del altar, y que están depositados dentro de este santo edificio, no interrumpen su sueño; las piedras del templo no se rompen, ni exclaman á su modo; el velo que cubre los misterios santos queda inmóvil; todo se mantiene en un profundo silencio, todo mira con indiferencia la nueva crucifixion del Señor. Finalmente, Jesucristo no baja al cuerpo del pecador para resucitar en él, sino para morir en él para siempre; para ver en él la corrupcion, y para sellar en él con el sello eterno la muerte y reprobacion de aquella alma.

2. Por eso, hermanos mios, el único profanador de la Eucaristía de quien se hace mencion en el Evangelio, muere como un miserable y como un desesperado; se reconoce, y no se arrepiente; llora, pero no expia su culpa; exclama: pequé; pero no se le perdona su pecado, muere en la desesperacion y reprobado. Los verdugos se convirtieron: entre los que crucificaron á Jesucristo, hubo algunos á quienes la misma sangre que acababan de derramar, mereció la gracia de la penitencia; pero Judas, que le crucificó en la cena, fué reprobado como anatema; ni su apostolado, ni los prodigios que habia hecho, ni el tiempo que habia pasado en compañía del Salvador, nada bastó para mudar la sentencia de su reprobacion, y no se le concedió tiempo para arrepentirse.

Sí; Jesucristo Señor nuestro no se ha manifestado tan celoso de la honra de su cuerpo natural como de la de su cuerpo eucarístico: perdonó los atentados cometidos contra el primero; pero no ha hecho la misma gracia á los segundos: se contentaba con tener para sí una habitacion pobre y humilde; muchas veces no tenia donde reclinar su cabeza; al tiempo de nacer se contentó con habitar entre viles animales; pero cuando quiere celebrar su cena, avisa que se le disponga un lugar decente, espacioso y adornado: *Cœnaculum grande stratum*. Marc. xv. Previene y quiere, que todo se halle dispuesto, y que corresponda á la magnificencia y santidad de este sacramento. Juzgad, pues, cuál será el delito de las comuniones indignas; en ellas renueva el pecador el espectáculo de la cruz, con unas circunstancias infinitamente más ignominiosas para Jesucristo que las del Calvario. ¡Ah! si el arca no pudo estar antiguamente al lado de Dagon sin echarle por tierra y hacerle pedazos, la verdadera arca de la alianza, Jesucristo Señor nuestro, ¿podrá permanecer dentro de un ídolo abominable y de una alma corrompida, sin confundirla y reducir á cenizas el infame cuerpo que le encierra? Si antiguámente salió de lo íntimo del santuario un fuego vengador, para abrasar á los temerarios que iban á ofrecer incienso con un fuego extraño, ¿no debieran salir del altar en que reside el Rey de la gloria unas vengadoras llamas, que consumiesen á los pecadores que llegan á ultrajar la majestad de su Dios? Sí, en otro tiempo, nadie podia acercarse al monte donde el Señor daba su ley sin ser atravesado con rayos; Jesucristo, desde su altar, desde aquella misteriosa montaña en donde es legislador de su Iglesia, debiera, sin duda, arrojar rayos para vengar su gloria y castigar la insolencia del profanador, que llega á ultrajarle en el lugar de su descanso. Pero ejecuta unos castigos más secretos y terribles de los que aquéllos no fueron más que unas dé-

biles figuras. No enciende su justicia el fuego vengador en el santuario, sino en el lugar de los suplicios, donde nunca se ha de apagar; no castiga al pecador con una muerte visible, sino con un invisible anatema; no castiga despedazando las entrañas del alma sacrílega, sino cerrando sus propias entrañas para no compadecerse de ninguna de sus necesidades, abandonándola y entregándola á toda la corrupcion de su propio corazon.

Sin duda, amados oyentes, que no os asustan estas desgracias, porque os persuadís que no se dirigen á vosotros; os persuadís á que no sois del número de aquellos desdichados que, cuando comulgan, comen y beben su condenacion. Pero para que no os engañeis en una materia tan importante, examinad bien si antes de la comunion purificais vuestras conciencias en el baño de la penitencia, y si os presentais al altar con los requisitos necesarios para comulgar santa y útilmente. Probaos antes de la comunion; llegad al santo altar con aquellos movimientos de compuncion y amor que se merece el pan de la vida; haceos dignos de ser templos y morada de Jesucristo, para que podais ser participantes de su felicidad en el cielo.

COMUNION.

(EXHORTACION PARA LA PRIMERA)

V.

ANTES DE LA COMUNION.

Sinite parvulos venire ad me.
Dejad que vengan á mí los niños.
(Marc. x, 14.)

Jesucristo gustaba de reunir en torno suyo á los niños, á quienes imponia las manos, bendiciéndoles y abrazándoles afectuosamente. Un dia, sus discípulos, importunados por la multitud de los niños que acudian presurosos á recibir las bendiciones de su buen Maestro, quisieron alejarlos. No, no, les dijo el Salvador; dejad que vengan á mí esos niños, porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios: *Sinite.*

Tal era el amor que Jesucristo profesaba á los niños cuando moraba en la tierra; amor que no ha cesado ni disminuido en lo más mínimo desde que volvió á ascender al seno de su gloria inmortal. En efecto, el Señor bendíceles todavía desde el seno de su madre; bendíceles luego despues de su nacimiento, y les impone las manos en el acto del bautismo por medio de sus ministros, que son los depositarios de su poder y de su bondad. Apresúrase á sacarles de la esclavitud del demonio, en que nacen, para confiarlos á la maternal solicitud de su Iglesia y adoptarles por hijos suyos. Más hace aún, porque su amor es inagotable. Desde su tabernáculo, donde este mismo amor le ha fijado, dícenos á nosotros, sus ministros, como dijo en otro tiempo á los apóstoles: Dejad que vengan á mí esos niños; ponedlos al rededor de la mesa, pues quiero celebrar con ellos la

Pascua; y para probarles cuanto les amo, quiero darme yo mismo á ellos. El deseo que tienen de unirse á mí, su sencillez, su candor, su inocencia, les dan libre acceso á mi persona; ellos forman la parte más querida de mi rebaño, y son el principal objeto de mi afecto: *Sinite.*

Tal es, hijos mios, el tierno banquete de que tiempo hace os hablábamos: tal es el mandato que hemos recibido acerca de vosotros, y que hoy vamos á cumplir con el mayor gozo de nuestro corazon. Asociados al ministerio y al amor de Jesucristo, nada hemos olvidado para haceros dignos del grande é inestimable favor que quiere dispensaros en este dichoso dia. Ha llegado ya la hora: abrid vuestros corazones, y escuchad con más atencion que nunca lo que voy á deciros; y para que saqueis de esta plática el fruto que deseo, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Hoy dia, queridos hijos mios, Jesucristo va á renovar para con vosotros el pasmoso milagro que obró para con sus apóstoles en la última cena, la víspera de su pasion. Despues de haber comido con ellos el cordero pascual, se levantó de la mesa, ciñóse una toalla, tomó una palangana y les lavó los piés para acabar de purificarles; y luego, dadas gracias á su Padre, consagró con su bendicion el pan y el vino, é instituyó el admirable sacramento de la Eucaristía, que les dejó como eterno monumento y como la más inestimable prenda de su amor; en cuyo acto pronunció aquellas palabras todopoderosas, que se repetirán hasta la consumacion de los siglos: «Este es »mi cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi sangre, que »será derramada por la salvacion del mundo: cuantas veces celebra»reis este misterio, hacedlo en memoria de mí.»

Así pues, hijos mios, este templo en que estais reunidos, representa para vosotros el cenáculo en que los apóstoles recibieron por primera vez la santa comunion. ¡Ojalá que los sentimientos de fe, de admiracion, de confianza, de reconocimiento y amor de que ellos estaban poseidos, penetren é inflamen vuestros corazones!

Primeramente, conviene que procureis ejercitar aquí vuestra fe. Mirad á través del velo del sacramento, y descubrireis y adorareis en él con los ángeles que están al rededor del altar, al Santo de los santos, al Hijo de Dios hecho hombre, que se oculta tras las sombras de estos símbolos para no atemorizaros con su inmensa majestad. Pero cuanto más se oculta bajo estos símbolos, mayor seguridad os dá de su presencia real en ellos. Sí, hijos mios; el Hijo de Dios, Jesucristo, despues de haber inmolado su cuerpo y su sangre sobre la cruz,

convirtiólos por medio de este amoroso sacramento en alimento vivificador para vuestras almas. «Mi carne, dijo, es verdadera comida, »y mi sangre verdadera bebida: el que come mi carne y bebe mi »sangre, posee la vida eterna y yo le resucitaré el dia tercero.» ¡Misterio profundo, hijos mios, que no debeis investigar! No escucheis á los sentidos, porque os engañarian, pues no gustan más que pan; imponedles silencio, hacedles callar en presencia de Aquél que tiene toda omnipotencia para obrar los prodigios. Cuando él habla, todo se hace; cuando él manda, todo obedece. Creed lo que él os dice, no escucheis más que á la fe. Sí; creed con firme fe, que la hostia consagrada, que vais á tener la felicidad de comulgar, contiene real y sustancialmente el cuerpo vivo de Jesucristo; aquel mismo cuerpo que se formó en el seno de la más pura de las vírgenes por obra del Espíritu Santo; aquel mismo cuerpo que fué inmolado en la cruz y encerrado por espacio de tres dias en el sepulcro: aquel mismo cuerpo, en fin, que resucitó glorioso, y forma en el cielo la admiracion y la felicidad de los ángeles. ¡Oh sagrado banquete! ¡oh festin delicioso, en que Jesucristo es dado á los hombres con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, para servirles de luz, de alimento y de vida, y en el que éstos reciben los más dulces consuelos, los más raros favores, la prenda de la vida eterna y la gloriosa inmortalidad!

¡Cómo, pues! amados hijos mios, ¿es posible que el Rey inmortal de los siglos, que llena los cielos de su gloria, se humille de este modo hasta nosotros? ¿Es posible, que unas viles criaturas, que unos gusanos de la tierra aspiren á recibirle dentro de sí mismos, y á hacerse participantes de su divinidad? ¡Ah! si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contener su majestad y su gloria, ¡cuánto ménos ha de poder contenerlas la pobre morada de nuestra alma! ¿quién de vosotros, que conozca su bajeza y su miseria, se atreveria á acercarse á este Dios de infinita majestad, si no fuera llamado con instancia por su bondad y misericordia infinitas? Venid, os dice el Señor, venid, hijos mios, á celebrar conmigo esta primera Pascua, como lo deseo ardientemente hace tanto tiempo. Acudid, amigos mios, acudid sin tardanza á mi mesa, venid á comer el pan bajado del cielo, el pan de los escogidos; venid á nutriros con mi propia sustancia. Yo me deleito en habitar con los hijos de los hombres; héme hecho pequeño como ellos y semejante á ellos, para ser á un tiempo su modelo, su alimento y su vida. En vista de una invitacion tan tierna y solícita, ¿podriais, hijos mios, dejar de experimentar en vuestro corazon los transportes de la más viva confianza? ¿Podriais dejar de exclamar con el profeta: «¡Dichoso, oh Dios mio, dichoso del pueblo

»de quien sois Señor y Dios! dichosos los que habitan en vuestra casa! »en la cual vale más pasar un dia que mil en las asambleas de los »pecadores, esto es, en los placeres mundanos; por eso mi corazon, »inflamado de amor, suspira por vuestro divino sacramento, como »el ciervo sediento suspira por las aguas vivas de las fuentes?»

2. Llenos, pues, de estos buenos deseos, hijos mios, acercaos con confianza, y venid á buscar en este divino sacramento las luces que deben guiaros en medio de los errores é ilusiones del mundo; venid á buscar en este sacramento de fortaleza el apoyo de vuestra debilidad para resistir á las tentaciones y á los peligros que os rodean; venid á buscar, por último, en este sacramento de amor las santas llamas que deben abrasar vuestra alma. La divina Eucaristía es, al mismo tiempo, leche para los niños y alimento para los hombres robustos. Venid, por tanto, á recibirla con confianza; pero no omitais nada para prepararos á recibirla dignamente. Creo, hijos mios, que no hay entre vosotros ningun Judas; y que si no os acercais todos á la santa mesa con la inocencia del bautismo, teneis, á lo ménos, la vida de gracia, recobrada felizmente en el sacramento de la penitencia. No dudo, que habeis confesado sinceramente todos vuestros pecados, que teneis una verdadera contricion de ellos, y habeis hecho el firme propósito de no volver á cometerlos. No dudo tampoco, que habeis hecho los mayores esfuerzos para que vuestro corazon sea digno del Dios santo, que en breve ha de ir á habitarlo.

Pero por buenas que sean vuestras disposiciones, por grande que sea el deseo que tengais de asistir á la santa mesa, antes de presentaros en ella, teneis todavía un importante deber que cumplir. Antes de empezar el santo sacrificio, el sacerdote inclinándose al pié del altar, hace pública confesion de sus culpas: esto es lo que vosotros debeis hacer tambien. Es menester ahora, que os humilleis profundamente en presencia de este Dios que deseais recibir, y á quien habeis tenido la desgracia de ofender; en presencia de vuestros buenos padres, á quienes con frecuencia habeis contristado; y en presencia de vuestros maestros y directores, á quienes habeis causado tantos pesares. Ya que vuestras faltas en su mayor parte han sido públicas ¿no es justo que sea tambien pública la reparacion que hagais de ellas?

Por lo tanto, decid á Dios con todo el dolor de vuestro corazon: Dios mio, confieso en presencia de todos cuantos en este lugar están, que soy indigno de recibiros en la morada de mi alma. ¡Ah! tan jóven como soy, héla ya manchado con mil ofensas, como el olvido, la ingratitud, la desobediencia, la pereza, la vanidad, la disimula-

cion, la mentira, la omision de las oraciones, de la santa Misa y demás deberes; pecados todos que ni tan solo debiéra conocer, y que, sin embargo, he cometido desde que he tenido uso de razon, en vez de emplear, Dios mio, esta razon en obedeceros y agradaros! Lo confieso aquí en presencia de la Iglesia, del cielo y de la tierra. *Confiteor Deo*. Pero por culpable que sea á vuestros ojos, no dejais vos de ser mi padre. Vos me habeis enseñado á pediros perdon: vedme aquí, postrado á vuestros piés. Apiadaos de mi miseria y de mi dolor; perdonadme las ofensas que os he hecho, y admitidme de nuevo en vuèstra santa casa, para que pueda comer en ella á vuestra mesa el pan de los hijos.

Decid, hijos mios; ¿he expresado bien vuestros sentimientos, el dolor y el arrepentimiento de vuestros pecados? El enternecimiento y las lágrimas que observo en vuestro semblante me responden por vosotros, y me aseguran, que estais sinceramente arrepentidos. Padre justo, Padre santo, que siempre habeis escuchado los votos y las alabanzas que salen de la boca de los niños; ved aquí á vuestros piés, á estos pequeñuelos que os glorifican con la pública confesion de sus culpas, con la sinceridad de su arrepentimiento y la abundancia de sus lágrimas. Perdonadles, Dios mio, os lo suplicamos por las entrañas de vuestro amado hijo Jesucristo.

A más de vuestro Padre celestial, hijos mios, teneis tambien en la tierra vuestros padres y vuestras madres. ¡Qué de tiernos recuerdos, qué de beneficios traen á la memoria estos dulces nombres! En efecto; estos buenos padres, que tanto os aman, que se esmeran tanto en satisfacer vuestras necesidades y deseos, que trabajan sin descanso para procuraros una posicion social ventajosa y una vida feliz; esas madres tan tiernas, que tantas lágrimas han derramado por vuestros menores peligros y padecimientos, que tantas veces durante la noche han interrumpido el sueño para prodigaros los mas tiernos cuidados; esos buenos padres y esas buenas madres son los que vosotros habeis disgustado y afligido mil veces con vuestra indocilidad, con vuestras mentiras y con vuestra desobediencia. ¿Y os atreveriais sin pedirles antes perdon, á recibir á este mismo Dios, que con su ejemplo os ha enseñado á honrarlos, y que tarde ó temprano castiga severamente los ultrajes que los malos hijos hacen á sus padres y madres? Miradles aquí en vuestra presencia, con los ojos fijos en vosotros, conmovidos y temblando, al considerar el paso que vais á dar. Decid, ¿no os arrepentís de haberles ofendido tantas veces y de tantas maneras?... ¿No os proponeis, no prometeis sinceramente ser, de hoy en adelante, para con ellos respetuosos, obedientes y sumisos?

Sí, padres y madres; estos pobres niños, postrados á vuestros piés os piden olvido y perdon. Perdonadles; os lo ruego encarecidamente: olvidad sus pasadas faltas, y concededles nuevamente todo vuestro amor.

Consolaos, hijos mios, que ya vuestros buenos padres y vuestras madres bondadosas, compadecidos de vuestro arrepentimiento y fiados en las promesas que acabais de hacerles, van á abriros los brazos.

Pero, hijos mios, aún teneis otros padres, los padres espirituales, que tanto han trabajado en haceros buenos y virtuosos; que os han enseñado el catecismo, las verdades de la religion, los misterios de la fe, el camino de la salvacion, y, por último, os han preparado para recibir dignamente por primera vez á Jesús sacramentado. Ellos saben que este es el acto más santo é importante de la vida, y que ha de tener para vosotros las más felices ó desgraciadas consecuencias en esta y en la otra vida, segun las buenas ó malas disposiciones con que lo verifiqueis. Lo saben, sí, hijos mios, y tiemblan al pensar, que la mayor parte de los que lo han verificado antes de vosotros, han olvidado la religion y han dejado de frecuentar los sacramentos. Sí, lo saben, y por esto tiemblan cuando consideran la flaqueza de vuestra edad, la fuerza de vuestras inclinaciones, y, sobre todo, cuando piensan en la multitud de lazos y peligros que encontrareis en este desdichado mundo. Tranquilizadles y desvaneced sus tristes presentimientos, haciendo el firme propósito de permanecer fieles á Dios durante toda vuestra vida.

Para fortaleceros en estos buenos sentimientos y alcanzaros la gracia de perseverar en ellos, como ministro de Jesucristo y maestro vuestro, encargado de vuestra salvacion eterna, voy á daros la bendicion..... Bendígaos, hijos mios, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que os bendigan vuestros padres y vuestras madres, y todos cuantos se interesan por vosotros, y que esta bendicion quede en vosotros para siempre.

Ahora, que estais todos convertidos en hijos de bendicion, id, amados mios, id con amor y confianza á la mesa de vuestro Dios; pues nada se opone ya á la dicha que os prepara.

En cuanto á vosotros, hermanos mios, que vais á ser testigos de la primera comunion de estos dichosos niños, os ruego que no os limiteis á contemplarlos con curiosa indiferencia. Ellos van á practicar ahora, á vuestra vista, el acto mas santo y sublime de nuestra religion augusta. Debeis amarles sin duda alguna, pues la mayor parte de ellos os están unidos por los vínculos de la sangre, y todos por los de la sociedad y de la religion. Elevad, pues, fervorosa-

mente en favor suyo vuestras manos y vuestros corazones al cielo; dirigid al Señor las más fervientes oraciones; y todos juntos supliquémosle, que prepare sus corazones para recibirle dignamente.

Dios mio, vos amais á estos niños, vos sois su Padre: renovad aquí para con ellos todas vuestras bondades y todo vuestro amor. Haced que os conozcan por la fraccion del pan: hablad á su corazon para que, á semejanza de los discípulos de Emaús, arda de amor por vos. Padre tierno, Padre santo, poned los ojos en estos niños: ved cuan ansiosos acuden al rededor de vuestra mesa. Excitados por el hambre, hace mucho tiempo que os piden el pan cotidiano: hoy, al fin, vamos á dárselo, poseidos de la mas santa alegría. Haced, oh Dios mio, que encuentren en él la salud y la vida eterna. Amen.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

Ahora, hijos mios, podeis decir con S. Pablo: «No vivo yo ya, sino que vive Jesucristo en mí;» y con David: El Señor está conmigo, ya nada puede faltarme; ni sus luces para guiarme, ni su fuerza para sostenerme, ni su amor para inflamarme. Hélo recibido, y lo poseo con la plenitud de sus gracias, de su amor y de su divinidad. ¡Oh alma mia! bendice á un Dios tan bueno, magnífico y misericordioso! Él te ha perdonado tus ofensas; él ha curado tus enfermedades y flaquezas; él te ha colmado de todos los dones de su gracia y de su misericordia. No lo olvides nunca, alma mia.

No, hijos mios; no olvideis jamás á este Dios de bondad; tened siempre presente su magnificencia, su amor y sus grandes beneficios. Celebrad todos los años el dia de vuestra primera comunion como el mejor de vuestros dias, como la más solemne de todas las fiestas. No olvideis nunca la gloriosa alianza que acabais de celebrar con Jesucristo. Desde ahora estais incorporados con él y sois participantes de su divinidad. ¡Qué dignidad! Procurad conservarla con la santidad de vuestra vida. Conservad siempre puras y sin mancha vuestras almas y vuestros cuerpos, que el Señor acaba de consagrar con su presencia: guardad cautelosamente el don precioso de la gracia, que acabais de recibir en toda su plenitud.

Resistid valerosamente con el auxilio de la fe á las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; refrenad desde su orígen

vuestras pasiones, y sujetad todas vuestras inclinaciones á la ley de Jesucristo. Consagrad al Señor vuestros primeros años, porque este es el mejor y más apreciable obsequio que podeis hacerle. Cifrad toda vuestra felicidad y toda vuestra gloria en servir á Dios desde la infancia; pues no hay dicha ni gloria mayor que la de sus verdaderos siervos. Perseverad en la inocencia, en la sencillez de corazon y en el santo fervor; porque este es el medio de comulgar á menudo, dignamente y con fruto. Sírvaos la primera comunion, que acabais de recibir, de preparacion y de modelo para las sucesivas; y éstas, para la que recibireis en forma de viático en la hora de la muerte, á fin de que aquella última comunion os reuna con Dios por toda la eternidad.

Divino Jesús, que acabais de uniros á esos dichosos niños, fijad para siempre vuestra morada en sus corazones, en los cuales la corrupcion no ha podido aun desfigurar la belleza de vuestra obra. Preservadlos con vuestra presencia del contagio del mundo; reinad siempre en ellos por la fuerza de vuestra gracia y la dulcedumbre de vuestro amor; y ya que en virtud de la comunion de vuestro cuerpo forman con vos una misma carne, haced que, en virtud de la caridad, formen con vos un mismo corazon.

Jesucristo, próximo á separarse por la muerte de la más tierna de las madres, volviendo desde la cruz los ojos á María, y mostrándole su discípulo amado, le dijo: Mujer, hé aquí tu hijo; él hará mis veces para contigo. Y en seguida, volviéndose á Juan, y mostrándole á María, añadió: Hé aquí tu madre; ella te amará como á mí me amó. ¡Ah! hermanos mios, ¡qué grande, qué sublime testimonio de amor dá el Salvador con estas palabras á su discípulo! ¡Qué recompensa á su castidad! ¡Qué preciosa herencia le deja al salir de este mundo para volver al seno de su Padre!

Pues esta preciosa herencia, hijos mios, es tambien vuestra. Por medio de la comunion, que acabais de recibir, os habeis convertido realmente en carne de Jesucristo, en miembros y hermanos suyos, y, por lo tanto, en hijos de María. De consiguiente, podeis mirarla como Madre vuestra, y llamarla con este dulce nombre. El Salvador os dice, como á S. Juan, mostrándoos á María: Ved aquí vuestra Madre; y, desde ahora, María os cuenta en el número de sus hijos, y os ama con el amor que profesaba á Jesucristo, á quien habeis sido sustituidos.

¡Ah! reconoced toda la gloria, toda la felicidad que os proporciona semejante adopcion; mostraos eternamente agradecidos á ella, y sed fieles en el cumplimiento de los sagrados deberes que os im-

pone. Estos deberes, hijos mios, consisten en respetar y honrar á la Vírgen santísima como Madre vuestra, ahora y siempre con vuestra humildad, con vuestra modestia, y con la práctica de todas las virtudes que ella, con su ejemplo, os á enseñado á amar y practicar. Consagraos á ella desde ahora, y mostraos dignos hijos de tan escelente Madre, imitando á su divino Hijo Jesucristo, observando fielmente su santa ley, y amándole constantemente como ella siempre lo ha amado. Honrad á María santísima como la honró el mismo Jesucristo: saludadla cada dia varias veces con el ángel del Señor, como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres; pregonad con vuestros cánticos sus grandezas y alabanzas, y celebrad sus festividades con un aumento de fervor y con santas comuniones. Pensad con frecuencia en María, hijos mios. Invocad con frecuencia á María. Invocadla en todos vuestros peligros, en todas vuestras tentaciones y necesidades, y obtendreis siempre los saludables efectos de su proteccion y amor. Ella os ama; ella es todopoderosa en el cielo, y jamás olvidará que hoy os habeis convertido en amados hijos suyos.

No, Vírgen Santísima; vos no olvidareis nunca á esos tiernos hijos que Jesucristo acaba de daros. Alimentados con su carne y llenos de su divinidad, son verdaderamente hermanos suyos, y por consiguiente hijos vuestros. Mostrad, pues, que sois su Madre, amándoles, protegiéndoles y conservándoles en el estado de inocencia. Así como sois su Madre, sed tambien su arrimo y su modelo. Haced que, atraidos contínuamente por el santo olor de vuestra pureza, vivan y crezcan siempre en toda virtud. ¡Oh María! alcanzadles á todos la caridad que forma los santos, la gracia que los santifica, y la gloria que los corona. Amen.

DIVISIONES.

COMUNION *(Motivos de su institucion)*.

La Eucaristía fué instituida:

1.° Para sostener nuestra flaqueza.
2.° Para conservar y aumentar en nosotros la vida de la gracia.
3.° Para contraer Dios con el hombre la union más íntima.

COMUNION *(Ventajas de la)*.

La Eucaristía es:

1.° Un principio de fortaleza.
2.° Un principio de justicia.

COMUNION.—Las gracias que Jesucristo nos ofrece en la comunion exigen; que nos hallemos fervorosos cuando deseamos comulgar.

Las disposiciones que Jesucristo nos pide para la comunion exigen; que estemos en gracia para comulgar.

COMUNION.—Es preciso tener y manifestar antes de la comunion:

1.° Mucha fe.
2.° Mucha modestia.
3.° Despues de la comunion: mucho fervor.

COMUNION INDIGNA.—Punto primero.—Crímen de la comunion indigna.

1.° Es el crímen de Judas.
2.° Es un crímen más execrable que el que cometieron los judíos crucificando á Jesucristo.
3.° Es el más horrible de los sacrilegios.

Punto segundo.—Castigo de la comunion indigna.

1.° Un castigo terrible interior, á saber: ceguedad, endurecimiento, condenacion.
2.° A veces un castigo exterior con adversidades particulares y calamidades públicas.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Edent pauperes et saturabuntur, et laudabunt Dominum qui requirunt eum; vivent corda eorum in sæculum sæculi. PSALM. XXI, 27.

Los pobres comerán y quedarán saciados, y los que buscan al Señor le cantarán alabanzas: sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.

Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum. PSALM. CI, 5.

Arido está mi corazon, pues hasta de comer mi pan me he olvidado.

Angelorum esca nutrivisti populum tuum, et paratum panem de cœlo præstitisti illis, sine labore, omne delectamentum in se ha-

Alimentaste á tu pueblo con manjar de ángeles, y le suministraste del cielo un pan aparejado sin fatiga suya, que contenia en

bentem, et omnis saporis suavitem. SAPIENT. XVI, 20.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. ISAI. XII, 3.

Quid enim bonum ejus est, et quid pulchrum ejus nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? ZACHAR. IX, 17.

Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi. MATTH. XXVIII, 20.

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. LUC. XI, 3.

Hic est panis de cœlo descendens, ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. JOANN. VI, 50.

Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. JOANN. VI, 52.

Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. JOANN. VI, 52.

Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus. JOANN. VI, 56.

Non potestis calicem Domini bibere, et calicem dæmoniorum: non potestis mensæ Domini participes esse, et mense dæmoniorum. I. CORINTH. X, 20 ET 21.

Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. I. CORINTH. XI, 27.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edad, et de calice bibat. I. CORINTH. XI, 28.

sí todo deleite y la suavidad de todos los sabores.

Sacareis agua con gozo de las fuentes del Salvador.

Mas ¿cuál será el bien *venido* de él, y lo hermoso *que* de él *nos vendrá*, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes *ó dá la castidad?*

Estad ciertos que yo *mismo* estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

El pan nuestro de cada dia dánosle hoy.

Este es el pan que desciende del cielo, á fin de que quien comiére de él no muera.

Quien comiére de este pan, vivirá eternamente.

El pan que yo daré, es mi misma carne, *la cual daré yo* para la vida *ó salvacion* del mundo.

Mi carne es verdaderamente comida; y mi sangre es verdaderamente bebida.

No podeis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios: no podeis tener parte en la mesa del Señor, y en la mesa de los demonios.

Cualquiera que comiére este pan ó bebiére el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor.

Por tanto, examínese á sí mismo el hombre, y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.

Irritam quis faciens legem Moysi, sine ulla miseratione moritur; quanto putatis deteriora mereri supplicia, qui Filium Dei conculcaverit, et sanguinem testamenti pollutum duxerit? HEBREOS X, 28 ET 29.

Uno que prevarique contra la ley de Moisés *y se haga idólatra*, es condenado sin remision á muerte: pues *ahora* ¿cuánto más acerbos suplicios, si lo pensais, merecerá aquel que holláre al Hijo de Dios, y tuviere por *vil é* inmunda la sangre *divina* del testamento?

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

La primera señal que encontramos de la sagrada comunion en el antiguo Testamento, consiste en el árbol de la vida que Dios plantó en medio del paraíso, y cuyo fruto, segun afirman casi todos los expositores, preservaba de la muerte. Así la sagrada comunion es, para el alma bien dispuesta y fervorosa, una fuente de vida temporal y eterna, un gérmen que comunica la inmortalidad al cuerpo y al alma, segun lo declaró el mismo Jesucristo: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum.* JOANN. VI.

Nadie ignora, que el maná milagroso del desierto fué una viva figura del divino alimento con que Dios nos regala en este celestial banquete. El mismo Jesucristo, al revelar á los hombres, por primera vez, este portentoso misterio que habia de obrar, prefiere el pan, que él nos dá, al alimento antiguo preparado por manos de ángeles; porque aquél solo conservaba las fuerzas del cuerpo; más éste renueva las fuerzas del alma y la rejuvenece: aquél no preservaba de la muerte; éste sí: *Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt: qui manducat hunc panem, vivet in æternum.* JOANN. VI.

En el capítulo 12 del Éxodo se describen las ceremonias con que los israelitas habian de comer el cordero pascual, viva figura de este Cordero divino, que se nos da en comida en la sagrada comunion. Interpretadas en sentido místico todas aquellas ceremonias materiales, nos instruyen en el misterio de la Eucaristía, considerada como sacrificio, como sacramento y comida.

Huyendo el profeta Elías de las venganzas de la impía Jezabel, errante en medio del desierto, hambriento, rendido y fatigado, se echó para descansar un momento; cuando oye la voz de un ángel, que le dice: *Surge, et comede.* Levántase, y halla un pan subcinericio; lo come, y se siente de tal modo confortado, que llega sin dificultad al monte Horeb. Viva figura de lo que acontece todos los dias á los fieles, que, cansados y errantes por el árido desierto del mundo, huyen-

do de las persecuciones de sus terribles enemigos, escuchan la voz amorosa de Jesucristo, que presentándoles este pan divino, les dice: *Venite, comedite panem meum.* PROVERB. IX. *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis.* JOANN. VI. *Venite ad me omnes qui laboratis... et ego reficiam vos.* MATTH. XI.

Véanse el cap. 6 del Evangelio de S. Juan, y el 11 de la primera carta de S. Pablo á los Corintios, en donde se nos enseña la necesidad de la sagrada comunion, y las disposiciones con que debemos acercarnos, si no queremos atraer sobre nosotros la maldicion de Dios.

Esta maldicion de Dios la tenemos fulminada en la parábola de aquel convidado, que osó penetrar en el banquete y sentarse á la mesa sin el vestido nupcial (Matth. XXII); no ménos que en el ejemplo del infeliz Judas, del cual dice el Evangelista, que apenas hubo comulgado, Satanás se apoderó de él: *Et post buccellam introivit in eum Sathanas.* JOANN. XIII, 27.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Dum caro corpore et sanguine Christi vescitur, de Deo anima saginatur. TERTULL. DE RESURRECT. CARN. CAP. VIII.

Miéntras el cuerpo toma la carne y sangre de Cristo, el alma se llena de Dios.

Hunc panem dari quotidie postulamus, ne dum absentes, et non comunicantes à cœlesti pane prohibemur, à Christi corpore separemur. S. CYPRIAN. DE ORAT. DOMINICA.

Pedimos á Dios que cada dia nos dé este pan, no sea caso de que, alejándonos y quedando prohibidos de recibir el pan celestial, quedemos separados del cuerpo de Jesucristo *ó de su Iglesia.*

Mens deficit, quam recepta Eucaristia non erigit. IDEM. IBID.

Muy enferma está el alma á quien no cura la Eucaristía.

Eucharistia fidelem à se alienat, et ex terreno facit cœlestem. IDEM, LIB. II, EPIST. III, AD COECIM.

La Eucaristía hace que el cristiano se olvide de sí mismo, y que de hombre terreno se convierta en celestial.

Christus mihi cibus, Christus mihi potus: non jam ad satietatem mei annuos expecto proventus; Christus mihi quotidie ministratur. S. AMBROS. IN PS. 118.

Cristo es mi comida y mi bebida: para mi sustento ya no espero mis rentas anuales, despues que Jesucristo se me da todos los dias.

Christus in hoc sacramento sæ-

En este sacramento, Jesucristo

vientem membrorum legem sedat, collisos redintegrat, perturbationes animi extinguit. S. CYRILL. ALEX., LIB. IV, IN JOANN. CAP. XVII.

aquieta las desordenadas leyes de la carne: realza á los caidos, y disipa las tinieblas del alma.

Quid est proprium eorum qui manducant panem et bibunt poculum Dei? Ut jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est. S. BASIL. IN EPIST. AD CÆSAR. PATRIC.

¿Qué fruto deben experimentar los que comen el pan y beben la sangre del Hombre-Dios? El de que ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos.

Corpus nostrum consequitum immortalitatem corporis Christi immortalitati conjunctum. S. GREGOR. NISI. ORAT. CATECH. CAP. XXXVII.

Nuestro cuerpo (por medio de la comunion) participa de la inmortalidad que posee el cuerpo de Jesucristo.

Tamquam leones ignem spirantes ab hac mensa recedamus, diabolo facti terribiles. S. CHRYSOST. HOM. LXI, AD POPUL. ANTIOCH.

Levantémonos de aquella sagrada mesa, respirando fuego y valor como un leon, infundiendo espanto al mismo demonio.

Non est audacia sæpe accedere, sed indigne vel semel. IDEM. IBID.

No es osadía el comulgar muchas veces, pero sí el comulgar una sola indignamente.

Non aliud agit participatio corporis et sanguinis Christi, quam ut ad id quod sumimus transeamus. S. LEO. DE PASS. DOM.

El participar del cuerpo y sangre de Jesucristo, no tiene otro fin principal que el de trasformarnos en el mismo á quien recibimos.

Qui amat hanc carnem, non est amicus carnis suæ. S. GREG. NYSSEN.

El que desea comer esta sagrada carne, deja de amar á su propio cuerpo.

Véase: EUCARISTÍA.

COMUNION DE LOS SANTOS.

Jerusalem ædificatur ut civitas: cujus participatio ejus in idipsum.

Jerusalen se edifica como una ciudad cuyas partes ó *habitantes* están en perfecta y mútua union.

(*Psalm.* CXXI, 3.)

Queridos hermanos: Cuando antiguamente los hijos de Israel subian á Jerusalen en el dia grande de sus solemnidades, desde el punto más lejano en que divisaban la ciudad santa, la montaña de Sion, el templo de Jehovah; olvidándose de sus hogares, de sus campos y de sus familias, al aspecto de tanta grandeza y magestad, exclamaban llenos de admiracion y placer: ¡Cómo me alegré cuándo me dijeron: vámonos á la casa del Señor! creia ya que mis plantas se habian fijado en tu pavimento, ¡oh Jerusalen! tanto era el deseo que tenia de contemplarte! Porque Jerusalen ha sido edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un solo pueblo y participan de los mismos bienes: *Jerusalem ædificatur ut civitas cujus participatio ejus in idipsum.*

Quiero suponer, hermanos carísimos, que en este dia, en lugar de la antigua Sion, de su templo y de su gloria, vieseis desplegarse á vuestros ojos en toda su grandiosidad la nueva Jerusalen, abarcando en su recinto todos los pueblos de la tierra, fortaleciendo á sus hijos durante la vida, purificándolos más allá de la tumba, y coronándoles en el cielo; rindiendo así á Dios triple gloria por medio de sus combates, sus padecimientos y sus triunfos; y al ver esa ciudad de Dios, esa inmensa comunion de preces y lágrimas, de penas y trabajos, de miserias y glorias; al ver ese trueque incesante, esa relacion perpétua entre los que rezan y los que lloran; entre los que trabajan y los que descansan; entre los que pelean y los que triunfan; entre los que todavía padecen y los que ya han dejado de padecer; admirados de esta divina armonía respecto al afan de los unos y

la beneficencia de los otros; al infortunio de éstos y la suerte de los de más allá; no podriais ménos de exclamar desde lo íntimo del corazon: En efecto, la nueva Jerusalen, la Iglesia católica está edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un mismo y solo pueblo, y participan de los mismos bienes.

Justamente sobre esta admirable Comunion de los santos, vengo hoy á reclamar vuestra piadosa atencion, y quiero demostraros, que entre los varios miembros de la Iglesia católica existe un recíproco cambio de oraciones y merecimientos. A. M.

1. La Iglesia, dice el Apóstol, es el cuerpo de Jesucristo: pues bien; los miembros de un cuerpo se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones; el uno sostiene al otro; éstos comunican su abundancia á los de más allá; y todos, en suma, participan de los mismos bienes, que son la fuerza, la salud y la vida. Un miembro que dejára de cooperar al provecho comun, ó de participar de este fondo recíproco, por ahí mismo quedaria enervado é impotente, y, en consecuencia, sin vida. Así es, que ninguno puede decir á otro: no necesito de tu auxilio; pues todos, cabeza y manos, manos y piés, contribuyen á la armonía del conjunto; cada cual comunica á los demás su fuerza ó su debilidad, sus defectos ó sus cualidades, su fealdad ó su belleza. Todos son solidarios: el mal del uno se propaga al otro; éste adquiere su lozanía de aquél; y la plenitud de uno solo hace ricos á los demás. Tal es el cuerpo humano: cambio recíproco de servicios y oficios; mútua participacion de beneficios y necesidades.

La Iglesia es una familia: ahora bien; los varios miembros de una familia se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones; el más débil se acoge al más fuerte, y éste protege al débil; el nombre, la fortuna y la salud del principal se derrama sobre los restantes, como acervo comun del que cada cual saca parte, segun su mérito: el poder del padre se extiende sobre la madre y los hijos; el amor de la madre se divide entre los hijos y el padre; y la inocencia de los hijos se refleja en el padre y en la madre. Tambien aquí, lo que uno merece ó desmerece, lo merece ó desmerece para los demás: riqueza ó pobreza, infamia ó gloria, trasmítense de rechazo de uno á otro. Si uno padece, los demás padecen con él, trabajan para curarle, y se gozan en su restablecimiento. Si es desgraciado, los restantes se apresuran á socorrerle, y ofrecerle sus servicios, su crédito y su proteccion. Si es feliz, rico y poderoso, los demás recorren á su influjo, se apoyan en su nombre, se

utilizan de su posicion y de sus méritos y valimiento. Tal es la familia, al igual que el cuerpo humano: cambio recíproco de servicios y oficios; mútua participacion de beneficios y necesidades.

La Iglesia es una ciudad, la ciudad edificada en elevada cumbre: ahora bien; todos los miembros de una ciudad, como los del cuerpo, como los de la familia, se hallan unidos entre sí por una reciprocidad de servicios y de funciones: las riquezas de unos redundan en beneficio de los demás; y la holgura de aquéllos suple al desamparo de éstos. Tal ciudadano, por su celo y su talento merece, en pro de todos, la paz, el bienestar y la gloria; tal solicita lo que otro apoya, tal sufre lo que otro compadece, tal se inmola y sacrifica miéntras un tercero derrama sus riquezas y esparce sus dones. Es verdad, que cada uno tiene su fortuna particular, su mérito personal y sus títulos peculiares; pero al lado de este acervo privativo hay una fama comun, un tesoro público, un bienestar general, del que todos participan segun su derecho y sus méritos. ¡Armonía admirable, por medio de la cual se enlaza, encadena y coordina todo en un cambio recíproco de servicios y oficios, en una gran comunion de beneficios y necesidades!

2. Siendo, pues, la Iglesia un cuerpo, una familia, una ciudad, preciso es que, como el cuerpo humano, tenga un tesoro comun de fuerza, salud y vida; que, como la familia, posea un comun acervo de riquezas, virtudes y merecimientos; y que, como la ciudad, constituya una asociacion de mútuos servicios y recíprocos beneficios. De otra suerte, la Iglesia no seria sino una congregacion de miembros aislados, sin vínculo ni relacion entre sí, no pudiendo constituir el cuerpo de Jesucristo, la familia de los santos, la ciudad de Dios; ni tampoco la santa Jerusalen edificada como una ciudad, cuyos habitantes forman todos un mismo y solo pueblo, y participan de los mismos bienes.

Ya pues, queridos hermanos, que todos los miembros del cuerpo, de la familia y de la ciudad contribuyen, cada uno por su parte, á formar este fondo, este tesoro público, donde todos vienen sucesivamente á tomar fuerzas, salud y vida; con verdad puede decirse, que la cabeza es la que principalmente enriquece al cuerpo con sus dones. En efecto, de la cabeza descienden al cuerpo del hombre el movimiento, la luz y la gracia; el padre es quien trasmite á su familia nombre, bienes y consideraciones; el soberano es quien mantiene en la ciudad la paz y el órden, la fuerza y la vida. Luego; si la santa Jerusalen está edificada como una ciudad, en la cual tienen parte todos sus habitantes; si la Iglesia católica posee un tesoro de

gracias y méritos; y si es una comunion de santos; á la cabeza de ella es preciso que naturalmente nos remontemos como á fuente principal de toda gracia y de todo mérito. Y ¿cuál es la cabeza de la Iglesia? Jesucristo, segun nos lo dice el apóstol S. Pablo: *Christus caput est Ecclesiæ;* á Jesucristo, pues, es deudora la Iglesia de la plenitud de sus bienes. ¡Ah! ya no extraño que esta fuente de vida sea inagotable, que este acervo de mercedes, que este tesoro de gracias y méritos sea inmenso, infinito y eterno! La sangre de Jesucristo, aquella sangre adorable de la que una sola gota hubiera bastado para rescatar al mundo entero; las lágrimas de Jesucristo, aquellas lágrimas, de las cuales una sola hubiera sido suficiente para lavar todas nuestras faltas; las preces de Jesucristo, aquellas preces omnipotentes, de las que una sola hubiera sobrado para conseguirlo todo; la vida entera de Jesucristo, sus palabras y sus obras, sus penas y sus trabajos, sus vigilias y sus sudores; hé aquí lo que nutre y alimenta el tesoro de la Iglesia: cadena de méritos, que se extiende de un confin á otro de la tierra, á cuyos diversos eslabones andan unidas todas las almas; rio de gracias, que corre sin tregua sobre la humanidad, por cuyos diversos canales se derrama la fecundidad y la vida en el campo de la Iglesia. ¡Cuán rica eres, oh tú, congregacion de los santos! Es verdad que no posees los tesoros de la tierra, siendo para otros el vil metal, las fértiles dehesas, las extensas posesiones; pero tú tienes un tesoro, un capital, una renta incalculables en la sangre de un Dios, en las lágrimas de un Dios, en las oraciones de un Dios.

Sin duda en la cabeza estriba principalmente la mancomunidad de los miembros, y de ella descienden á éstos primeramente la fuerza y la vida; más no por esto se crea, que los miembros no puedan por su parte cooperar á ese fondo de vida comun, del cual todos sacan un vigor y energía enteramente nuevos; pues, conforme dice el apóstol S. Pablo; Dios puso tal órden en todo el cuerpo, que los miembros andan llenos de solicitud el uno por el otro: *Deus temperavit corpus.... ut pro invicem sollicita sint membra;* á fin de que la abundancia de unos supla á la indigencia de los demás: *Ut illorum abundantia vestræ inopiæ sit supplementum.* Siendo esta, por consiguiente, la natural condicion del cuerpo, así del humano, como del de la familia y de la ciudad, igual fenómeno debe de producirse en la Iglesia católica, que es el cuerpo de Jesucristo, la familia de los santos y la ciudad de Dios. Ahora mismo os señalaba en el tesoro de la Iglesia la sangre de Jesucristo, sus lágrimas y oraciones, sus obras y palabras, sus trabajos y tormentos, sus sudores y vigilias,

sacando por conclusion, que este tesoro es de una riqueza incalculable; pero ¿qué direis cuando fijemos nuestra vista en la inmensa série de santos, que sucesivamente fueron contribuyendo á este tesoro con sus méritos y sus buenas obras? ¡Ah, hermanos carísimos! qué cúmulo de oraciones, de sacrificios y de virtudes! En ese tesoro miro, á un tiempo, la sangre de los mártires, sangre heróica que atrajo sobre la Iglesia la fuerza y la fecundidad; miro la austeridad de los anacoretas, que granjeó á tantísimas almas la gracia de la conversion y el valor de la penitencia; miro la fe de los confesores, fe intrépida que robusteció tantos espíritus vacilantes, y encaminó á tantos extraviados; miro la palma de las vírgenes, palma de virginidad que protegió á tantos corazones contra los atractivos del mundo y los incentivos de la carne; miro, así mismo, la oracion de Estéban, que precipita á Saulo en el camino de Damasco; la de Mónica, que arrebata á Agustin del abismo de sus devaneos; la de Clotilde, que destroza los ídolos de los francos, y entroniza el Cristianismo en el sólio de Clodoveo; la de Genoveva, que detiene á Atila en las puertas de París; miro tambien la humilde plegaria por vosotros recien depuesta en el tesoro de la Iglesia, en virtud de la comunion de los santos; plegaria, que saliendo de esta asamblea, vuela derechamente en alas de los ángeles hácia el corazon de nuestros hermanos ausentes, impenitentes ó segregados, llevándoles el bálsamo de los consuelos, la gracia de los remordimientos, y el don de la perseverancia; ó bien, salvando los mares, llega hasta las regiones idólatras, y destella el rayo de la fe sobre la frente de los paganos, ó saca una chispa de vida de sus corazones helados por la muerte. ¿Quién es capaz de detener su vuelo? La comunion de los santos se extiende por todas partes: no hay para ella límites, distancias, ni espacio; y no espira sino donde acaba el tiempo, ó donde fine la vida.

3. Pero me engaño: la comunion de los santos no espira, ni con el tiempo, ni con la vida; pues vá más allá del tiempo y del sepulcro. Y ¿por qué se detendria á las puertas de la eternidad? ¿Por qué los que triunfan en el cielo no han de estar unidos con los que pelean en la tierra, mediante un mútuo cambio de oraciones y gracias, mediante una recíproca comunion de necesidades y beneficios? Ellos, los vencedores de la eternidad, y nosotros, los soldados del tiempo, ¿no somos todos acaso del mismo cuerpo de Jesucristo, de la misma familia de los santos, de la misma ciudad de Dios? ¿Por ventura, su feliz estado les hace indiferentes á nuestras pruebas y sufrimientos, á nuestros goces y tribulaciones? ¿Acaso la gloria extingue el amor, y no es ella el triunfo del amor? ¿Acaso la gloria es el reino del egoismo, y no lo es de la caridad? ¿Quién creerá que aquella Vírgen madre, que nos adoptó por hijos al pié de la cruz de su Hijo divino, pueda olvidarnos ahora, que está en pié junto á su trono? ¿Quién imaginará que Santiago, patron de España, que en la tierra la amó hasta el punto de no perdonar fatigas para sacarla del estado de abyeccion en que se encontraba, y enseñarle las verdades que debian hacerla feliz, no la quiera mucho más ahora en el seno de la gloria? ¿Quién pensará que el gran Fernando, que en la tierra tanto hizo para engrandecer á nuestra pátria, hasta arriesgar mil veces su vida por ella, no la quiera más ahora, que sobre la diadema de rey ciñe la corona de santo? ¡Ah, no! la felicidad no hace á los santos indiferentes á nuestros intereses y necesidades: la gloria no destruye la comunion de los santos; al contrario, ella la estrecha más y más, armando á los bienaventurados de mayor poder, y penetrando sus corazones de más vehemente amor.

Pero ¡ah! carísimos hermanos; ¿no oís qué clamores se elevan hasta nosotros? Desde el fondo del abismo se nos grita: ¡compadeceos de mí, siquiera vosotros que habeis sido mis amigos! Ya no son los himnos de triunfo que resuenan en las celestes bóvedas; ya no los cánticos sagrados y las voces angélicas que alternan con las de los bienaventurados; son acentos plañideros, lamentos dolorosos; la voz de un padre, de una madre, de un hermano, ó de una hermana, que suben hácia nosotros de la mansion de prueba en demanda de sufragios; porque tampoco el sufrimiento, más que la gloria, destruye la comunion de los santos. ¿Qué motivo habria para que la destruyeran las penas de los justos? ¿No son ellos, al igual que nosotros, del cuerpo de Jesucristo, miembros vivos de la familia de los santos, y piedras vivientes de la ciudad de Dios? ¿Por qué, pues, no han de tener parte en el tesoro comun de la Iglesia, en nuestras oraciones, en nuestros sacrificios, en nuestros méritos, en nuestros socorros? ¡Cuán admirable es, hermanos carísimos, la presente doctrina de la comunion de los santos! El cielo ora, ora la tierra, ora el purgatorio; por cuyo medio, purgatorio, tierra y cielo, la Iglesia purgante, la triunfante y la militante se hallan unidas entre sí, mediante un cambio recíproco de oraciones y merecimientos. Desde el abismo sube la oracion á la tierra; desde la tierra se remonta á los cielos; y allí, por boca de los santos, obtiene el lenitivo, la luz y la paz. El purgatorio ruega por nosotros, el cielo ruega á nosotros; y nosotros, viajeros de la tierra, nosotros peregrinos de la celeste Jerusalen, rogamos por el purgatorio, rogamos al cielo; siendo los medianeros entre aquél y éste, entre el dolor y la gloria. Por nuestro conduc-

to, la voz de los que padecen llega hasta el trono de Dios: desde lo alto del cielo, la copa de las divinas misericordias se derrama sobre la tierra; y desde la tierra, este celestial rocío cae gota á gota hasta el fondo del abismo, para ser recogido por aquellos labios que está abrasando el fuego vengador. ¡Oh, cuán hermosa eres, Iglesia católica! Ya sea que padezcas, ya que milites, ya que triunfes por medio de tus hijos, siempre eres el mismo cuerpo de Jesucristo, la misma familia de los santos, la misma ciudad de Dios. Tú eres la mística Jerusalen, edificada como una ciudad cuyos habitantes todos no forman más que un solo pueblo, participando de los mismos bienes.

Así pues, oh amados oyentes, entre todos los miembros de la Iglesia católica existe un mútuo comercio de oraciones y méritos; y esta comunion admirable de los santos es la que la Iglesia procura grabar en nuestros pechos. Esforcémonos, por tanto, en estrechar más y más los vínculos que nos unen con todos los santos, ya rogando por los que militan como nosotros; ya suplicando por los que padecen, ó implorando el auxilio de los que triunfan. Sobre todo esmerémonos nosotros en ser santos á nuestra vez. ¿De qué nos serviria tener con los mismos comunion, mediante los vínculos de la fe, si no procurásemos unirnos á ellos mediante los de la santidad? Por ricos, por grandes, por sábios que seais; sin santidad, nada sois. La santidad es la verdadera nobleza del hombre, su mérito y su gloria; sin ella, el talento no es más que un delirio, la riqueza una brillante indigencia, y la fama una ruidosa oscuridad. Ella es más elevada que el ingenio, más preciosa que el diamante, más fuerte que el poder, más radiante que la corona de los monarcas. Ella realza la ciencia del sábio, templa la espada del guerrero, autoriza la toga del magistrado, fecunda la oblacion del sacerdote, é irradia lo mismo sobre los harapos del pobre, que sobre la púrpura de los reyes. Fuera de ella, no hay cosa en la tierra que no se aje y desvirtue; el oro se empaña, la salud se consume, la beldad se marchita, la amistad se altera, la gloria se eclipsa, la vida se extingue: solo la santidad permanece, porque solo ella es inmortal como Dios; es inmortal en la gloria, inmortal en la dicha, inmortal en el triunfo. ¡Plegue al cielo, queridos oyentes, que todos podamos conseguir esta inmortalidad gloriosa, gracia que de corazon os deseo!

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Recordare Abraham, et Isaac, et Israel servorum tuorum... Placatusque est Dominus, ne faceret malum, quod locutus fuerat adversus populum suum. Exod. xxxii, 13 et 14.

Acuérdate (Señor) de Abrahan, de Isaac y de Israel tus siervos... Con esto se aplacó el Señor, y dejó de ejecutar contra su pueblo el castigo que habia dicho.

Ne cesses clamare pro nobis ad Dominum Deum nostrum, ut salvet nos de manu Philisthinorum. I. Reg. vii, 8.

No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro, para que nos salve de las manos de los filisteos.

Protegamque urbem hanc, et salvabo eam propter me, et propter David servum meum. IV. Reg. xix, 34.

Pues yo ampararé á esta ciudad, y la salvaré por amor de mí, y por amor de David siervo mio.

Et dixit Dominus ad me: si steterit Moyses et Samuel coram me, non est anima mea ad populum istum: ejice illos à facie mea, et egredientur. Jerem. xv, 1.

Entónces me dijo el Señor: aún cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaria mi alma á favor de este pueblo: arrójalos de mi presencia y vayan fuera.

Hic est fratrum amator, et populi Israel: hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias propheta Dei. II. Machab. xv, 14.

Este es el *verdadero* amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; este es Jeremías profeta de Dios, que ruega incesantemente por el pueblo y por toda la ciudad santa.

Obsecro ergo vos, fratres, per Dominum nostrum Jesum Christum, et per charitatem Sancti Spiritus, ut adjuvetis me in orationibus vestris pro me ad Deum, ut liberer ab infidelibus, qui sunt in Judæa, et obsequii mei oblatio accepta fiat in Jerusalem sanctis. Rom. xv, 30 et 31.

Entretanto, hermanos, os suplico por nuestro Señor Jesucristo, y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudeis con las oraciones que hagais á Dios por mí, para que sea librado de los *judíos* incrédulos que hay en Judea, y la ofrenda de mi ministerio *ó la limosna* que llevo sea bien recibida de los santos de Jerusalen.

Orantes simul et pro nobis, ut Deus aperiat nobis ostium ser-

Orando juntamente por nosotros, para que Dios nos abra la

monis, ad loquendum mysterium Christi. Coloss. iv, 3.

puerta de la predicacion, á fin de anunciar el misterio de *la redencion de los hombres por Jesucristo.*

Orate pro invicem, ut salveminì: multum enim valet deprecatio justi assidua. Jacob. v, 16.

Orad los unos por los otros para que seais salvos; porque mucho vale la oracion perseverante del justo.

Et cum aperuisset librum, quatuor animalia, et viginti quatuor seniores ceciderunt coram agno, habentes singuli citharas, et phialas aureas plenas adoramentorum, quæ sunt orationes sanctorum. Apocal., v, 8.

Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinte y cuatro ancianos se postraron ante el cordero, teniendo todos citaras y copas *ó incensarios* de oro, llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Los libros sagrados nos presentan un sin número de ejemplos, por los que vemos á Dios aplacado por la intercesion de los ángeles, por las oraciones de los patriarcas y por los méritos de los justos. El rey Ezequías, viendo cercada la ciudad de Jerusalen por el poderoso ejército de Senaquerib, y que no habia medio humano con que poderse libertar de su tiranía, se volvió al Señor de todo su corazon; suplicó á Isaías que rogase por el pueblo. Oyó Dios sus oraciones, y prometió proteger la ciudad por los méritos de su siervo David. (Isai. xxvii.)

Despues que los tres amigos de Job le hubieron afeado pecados que no tenia, Dios les manifestó cuán neciamente habian hablado contra aquel justo; mandándoles que, para alcanzar el perdon de sus falsas imputaciones, le ofreciesen un sacrificio por ministerio de su siervo Job, á cuyas oraciones se aplacaria su ira por los méritos de aquel ejemplar de paciencia; y el Señor se aplacó en gracia de Job (cap. xlii). ¡Tal es la eficacia de la oracion que los justos hacen por nosotros!

La insigne victoria que Judas Macabeo alcanzó del impío y soberbio Nicanor, fué efecto, no tanto de sus humildes súplicas, cuanto de las oraciones de Onías y Jeremías, que habian muerto en el ósculo del Señor: así le fué revelado en aquella misteriosa vision que precedió al combate, y en la que antes de recibir una espada prodigiosa, oyó estas consoladoras palabras: *Hic est fratrum amator, et populi Israel: hic est qui multum orat pro populo, et universa sancta civitate, Jeremias propheta Dei.* (II. Machab. xv.)

Consúltese el libro de Judit, en el cual se ve claramente, de cuanta eficacia son las oraciones de un solo justo para libertar á una ciudad, y aún á todo un reino, de los más tremendos castigos.

El libro de Tobías nos demuestra la solicitud que tienen los ángeles en presentar á Dios y en apoyar nuestras oraciones y buenas obras: lo que no puede ménos de consolarnos al saber de cierto, que en el cielo y en la tierra hay muchos santos y almas justas que se interesan por nuestra salvacion.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Orant (sancti) pro nobis Patrem, quia beata illa patria charitatem eorum non mutavit, sed potius augmentavit. S. Bernard. in quod. serm.

Ruegan (los santos) al Padre por nosotros; pues colocados en aquella dichosa mansion, léjos de entibiarse su caridad, se aumenta y perfecciona.

Summopere nobis desideranda sunt suffragia sanctorum, ut quod possibilitas nostra non obtinet, eorum intercesione donetur. Idem. Ibid.

Debemos buscar muy solícitos las oraciones de los santos, para que podamos obtener por su intercesion lo que no obtendríamos con nuestras propias fuerzas.

Plenissima peccatorum obtinetur ablutio, quando totius Ecclesiæ una est oratio, una confessio. Si enim duorum vel trium sanctorum pio consensui omnia quæ poposcerint Dominus præstanda promittit, quid negabitur multorum millium plebi unam observantiam pariter exequenti, et per unum spiritum concorditer supplicanti? S. Leo papa in quod. serm.

Cuando toda la Iglesia pide la misma cosa con una oracion unánime, obtenemos un perdon plenísimo de nuestros pecados: puesto que si el Señor ha prometido conceder todo lo que le pidieren dos ó tres ó más justos reunidos en oracion; ¿cómo lo negará á una reunion de muchos miles de fieles reunidos en un mismo espíritu, y practicando las misma obras buenas?

Multi minimi, dum congregantur unanimes, sunt magni: et multorum preces impossible est contemni. S. Ambr. lib. de poenit.

Cuando muchos se unen son fuertes, aunque separados sean débiles; y entónces es imposible que no sean oidas las oraciones de tantos.

Quoties pro centum animabus psallimus, vel missa canitur, tan-

Siempre que rezamos ó cantamos una misa por cien almas,

tum prodest cuilibet, quantum si pro qualibet caneretur. S. HIERON. IN EPIST.

Quisquis pro alio intercedere nititur, sibi potius ex charitate suffragatur, et pro semetipso tanto citius exaudiri meretur, quanto magis devote pro aliis intercedit. S. GREGOR. IN MORAL.

Dulcior ante Deum est oratio, non quam necessitas transmitit, sed quam charitas fraternitatis commendat. S. CRYSOST. SUP. MATT.

aprovecha tanto á cada una, como si se celebrase para ella en particular.

Cualquiera que intercede por otro, más bien ruega por sí, por la caridad que ejerce; y tanto más pronto merece ser oido en sus necesidades, cuanto más fervorosamente intercede por los demás.

La oracion que se hace á impulsos de una caridad fraternal, es más agradable á Dios que la que se hace por necesidad.

COMUNISMO: Véase: PROPIEDAD.

CONCIENCIA.

(RECTITUD DE)

I.

Timeo autem ne corrumpantur sensus vestri, et excidant à simplicitate quæ est in Christo.

Temo que sean viciados vuestros sentidos, y se aparten de la sinceridad que procede de Cristo.

(II *Cor.* XI, 3.)

La ley de Dios trae consigo un carácter que muestra su divinidad en todo su esplendor y en toda su grandeza: este carácter consiste; en que la conciencia del hombre, si es recta y pura, hará al instante lo que el Señor le pide.

Preciso es reconocer, hermanos mios, que no sucede lo propio con esa ley, que los legisladores han dado á los pueblos para gobernarlos y dirigirlos. Para esto se necesitan consejos, se necesitan jurisconsultos, se necesitan hombres que comprendan la ley para explicarla, y para manifestar á cada individuo la línea de su conducta. La ley del Señor, empero, desde que se insinua en la conciencia, dice todo cuanto debe glorificar al Dios del cielo y de la tierra. Desde que la primera palabra de esta ley se introduce en el corazon del niño, puede hacer lo que Dios quiere, porque infunde principalmente en su carácter esa rectitud y sencillez.

¿Cómo, empero, se explica, hermanos mios, que tantos y tantos cristianos se extravien en esta senda de la ley del Señor? ¿Cómo se explica, que siendo recta esa senda, haya tan poca rectitud en el corazon y en la conciencia del cristiano? ¡Ah! hermanos mios, con razon ha dicho el Espíritu Santo: Penetrad en el fondo de vuestro corazon,

tum prodest cuilibet, quantum si pro qualibet caneretur. S. HIERON. IN EPIST.

Quisquis pro alio intercedere nititur, sibi potius ex charitate suffragatur, et pro semetipso tanto citius exaudiri meretur, quanto magis devote pro aliis intercedit. S. GREGOR. IN MORAL.

Dulcior ante Deum est oratio, non quam necessitas transmitit, sed quam charitas fraternitatis commendat. S. CRYSOST. SUP. MATT.

aprovecha tanto á cada una, como si se celebrase para ella en particular.

Cualquiera que intercede por otro, más bien ruega por sí, por la caridad que ejerce; y tanto más pronto merece ser oido en sus necesidades, cuanto más fervorosamente intercede por los demás.

La oracion que se hace á impulsos de una caridad fraternal, es más agradable á Dios que la que se hace por necesidad.

COMUNISMO: Véase: PROPIEDAD.

CONCIENCIA.

(RECTITUD DE)

I.

Timeo autem ne corrumpantur sensus vestri, et excidant à simplicitate quæ est in Christo.

Temo que sean viciados vuestros sentidos, y se aparten de la sinceridad que procede de Cristo.

(II *Cor.* XI, 3.)

La ley de Dios trae consigo un carácter que muestra su divinidad en todo su esplendor y en toda su grandeza: este carácter consiste; en que la conciencia del hombre, si es recta y pura, hará al instante lo que el Señor le pide.

Preciso es reconocer, hermanos mios, que no sucede lo propio con esa ley, que los legisladores han dado á los pueblos para gobernarlos y dirigirlos. Para esto se necesitan consejos, se necesitan jurisconsultos, se necesitan hombres que comprendan la ley para explicarla, y para manifestar á cada individuo la línea de su conducta. La ley del Señor, empero, desde que se insinua en la conciencia, dice todo cuanto debe glorificar al Dios del cielo y de la tierra. Desde que la primera palabra de esta ley se introduce en el corazon del niño, puede hacer lo que Dios quiere, porque infunde principalmente en su carácter esa rectitud y sencillez.

¿Cómo, empero, se explica, hermanos mios, que tantos y tantos cristianos se extravien en esta senda de la ley del Señor? ¿Cómo se explica, que siendo recta esa senda, haya tan poca rectitud en el corazon y en la conciencia del cristiano? ¡Ah! hermanos mios, con razon ha dicho el Espíritu Santo: Penetrad en el fondo de vuestro corazon,

y encontrareis en él pliegues sin cuento; penetrad en el fondo de vuestro corazon, y encontrareis en él un laberinto intrincado, en el cual os perdereis, si no estais sinceramente resueltos á conservar la rectitud que procede de Jesucristo. Hablar de la rectitud de conciencia á la familia de esta madre, cuya conciencia ha sido el espejo, en cuya contemplacion ha cifrado el Señor sus delicias; hablar de la rectitud de conciencia á estos hijos predilectos, que acuden todos los dias á tomar sus lecciones; ¡oh! no parece sino que sea esto un cargo que se os hace, un acto que lleva todo el carácter de un ultraje! Líbrenos Dios de que así lo creamos nosotros; pero, ¡cuántas veces habreis oido decir en el mundo, que la palabra solo ha sido inventada para disfrazar el pensamiento! Y desde que el mundo enseña semejantes máximas, ¡cuántas conciencias se han acostumbrado al disimulo y á la ficcion; cuántas conciencias se han engañado á sí propias, y han pretendido hacerse vanas ilusiones en la presencia del Señor y aun en el mismo santuario!

Y fuera de esto; en la formacion del hombre, por medio del cual debe constituirse la familia, ¿no entra como elemento la conciencia recta? Pues bien; ved aquí, hermanos mios, el punto de que voy á ocuparme, manifestándoos, primero: que os quejais todos los dias de las malas conciencias, lo cual es una razon para que procureis la rectitud de las vuestras; segundo: que una conciencia recta trae consigo la tranquilidad y la dicha del espíritu, razon por la cual debemos procurarla para ser felices. Para conseguir el debido resultado de estas reflexiones, imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Examinemos, ante todo, hermanos mios, en qué consiste la falsedad de la conciencia en que tan fácilmente incurrimos. La falsedad de conciencia no es más que el pensamiento y la opinion particular del hombre, sustituidos al pensamiento y al espíritu de Dios. Por esto dicen los Padres de la Iglesia: La falsa conciencia es el interés personal introducido y manifestado en lo que solo debiera dar á conocer el interés por la gloria de Dios y de sus perfecciones. Pero hablando en términos más claros, la falsedad de conciencia es el placer individual sustituido á la voluntad de Dios. Más aún puede llegarse, y se llega, á un abuso mayor; así sucede, que despues de sustituir el pensamiento y la opinion particular del hombre al espíritu de Dios; despues que se ha sustituido la complacencia personal á la inviolable y siempre soberana voluntad de Dios; aún se pretende encontrar razones para aprobar y justificar semejante conducta. Ved ahí lo que constituye los desvíos y la falsedad de la conciencia.

Esta explicacion sucinta debe bastaros, hermanos mios, para comprender el ultraje que se infiere á Dios, y los graves riesgos á que se expone, el que ni se atiene en su conducta al espíritu de Dios, ni toma en cuenta para nada la voluntad del Señor, ni el celo de su gloria; y, por consiguiente, ha llegado á probarse con sofismas y pretextos, que de esta suerte obra bien y con rectitud de conciencia. Y ¡quién sabe, si vamos á permanecer en este infeliz estado de conciencia hasta el fin de nuestra vida! ¡Quién sabe, si en nuestro postrer momento nos despediremos del mundo como se despide el pecador, que ha malgastado toda su vida en su complacencia individual, y en hacer su propia voluntad! ¡Oh! es triste y deplorable el estado de una conciencia falsa!

Y lo peor está, en que llegamos insensiblemente á semejante estado sin apercibirnos de ello, sin darnos cuenta de esa falsedad de conciencia, sin que podamos definirla ni precisarla. Vosotros no habeis sentido nada por ese desvío de vuestra propia conciencia, sino que exclusivamente os habeis dolido y lamentado de los extravíos de ajenas conciencias. En semejantes circunstancias, habreis recordado, sin duda, los principios fundamentales sobre los que Dios estableció la sociedad y la familia; y por lo mismo que vivís en este mundo, por lo mismo que formais parte de una familia, por lo mismo que perteneceis á la sociedad, habreis comprendido, que es imposible la existencia de cualquier individuo de la sociedad, sin la debida aplicacion del principio de la caridad; segun la cual hemos de auxiliarnos unos á otros, hemos de servirnos mútuamente, hemos de consolarnos en las aflicciones, y aconsejarnos en los conflictos y en las dudas. Hemos de auxiliar á nuestros hermanos en sus miserias y tribulaciones; hemos de ser el brazo en que han de apoyarse, porque el Señor ha escogido con preferencia nuestro brazo. Suprimid este principio divino y constitutivo de la sociedad, y la sociedad es imposible. Y no me refiero precisamente á una sociedad culta y civilizada, sino á una sociedad cualquiera, aunque la supongamos establecida en medio de las abrasadoras arenas de la Arabia, ó en medio de los bosques vírgenes de la América. Por esto dice Bossuet con tanta razon como oportunidad: El mismo príncipe que gobierna á los pueblos y que está á su frente, no pudiera subsistir, ni por espacio de veinte y cuatro horas, sin el auxilio y la caridad de sus inferiores ó subordinados. El sábio que profundiza los arcanos de la ciencia, y que emplea su talento en la indagacion de las grandes verdades para el bien de los hombres, si desdeñase á los demás, ó se retrajese de su compañía, ¿qué fruto iba á sacar de la ciencia y de su orgullo? Su propio des-

den y retraimiento le matarian. No puede existir un individuo de la sociedad, si no admitís la aplicacion del principio divino de la caridad, segun el cual hemos de auxiliarnos mútuamente.

Pues bien; con la confianza que os inspira la aplicacion práctica de este principio, estableceis vuestras mútuas relaciones; con la confianza que os inspira la aplicacion práctica de este principio, os entregais á vuestros negocios y haceis vuestras transacciones; con la confianza que os inspira la aplicacion práctica de este principio, contratais á los operarios para tales ó cuales obras; es decir, en todos vuestros actos y relaciones contais con la lealtad y la buena correspondencia, que son obra de la caridad. Con la propia confianza tambien acudís á un abogado para consultarle vuestros negocios, y acudís á un médico para que os dé remedio en vuestras enfermedades. Hé aquí la reciprocidad de relaciones que trae consigo la práctica de la caridad. Y á esto debemos añadir, que á cada paso que damos, á cada palabra que dirigimos á nuestro prójimo, y en cada una de las transacciones mercantiles que emprendemos, ó realizamos, hemos de ser partícipes de las incomodidades, de los perjuicios y demás inconvenientes que trae consigo la mala conciencia de nuestros semejantes. Así sucede, que todos nos felicitamos de no haber sufrido perjuicio de ninguna clase, cuando salimos bien librados de negocios en que han de intervenir otras personas.

Ved aquí pues, hermanos mios, como vosotros mismos reconoceis el detestable carácter de una conciencia mala; la razon de esto consiste, en que la falsedad de conciencia infringe el principio de justicia y de órden, que emana de Dios; consiste, en que la falsedad de conciencia perjudica á vuestros intereses, y os hace víctimas de la perversidad de los demás. Así vemos todos los dias, que sorprendiéndonos ciertos actos censurables por parte de personas á las cuales hemos creido de severa reputacion, no citamos sus injusticias sin llamar sobre ellas una atencion especial. Recordamos sus antecedentes, recordamos la fidelidad con que habian cumplido hasta entónes con sus compromisos y atenciones, como si quisiéramos justificar la sorpresa motivada por el acto indigno de que hemos sido víctimas. En iguales términos censuramos á los que se valen de la calumnia para suplantar á otros y elevarse al puesto que ambicionan. Pero notad, al propio tiempo, hermanos mios, que más de una vez se tildará tambien nuestra conducta sin saberlo nosotros y, acaso, sin presumirlo. Ese, que acude con puntualidad á la iglesia, se dirá tal vez: éste que parece cifra toda su felicidad en adorar al Señor, en amarle y bendecirle; no repara, sin embargo, en ajar la reputacion de sus semejantes, sin preocuparse de los graves perjuicios que irroga. Ese otro, que parece llevar una vida tan ajustada, y que no descuida jamás el puntual cumplimiento de los preceptos de la abstinencia y del ayuno, transige muchas veces con su conciencia para hacer negocios, en que la ambicion y la usura tienen gran parte. Ved aquí lo que se dice; y entónces, vosotros, que acabais de censurar la mala conciencia de alguno de vuestros semejantes, ¿cómo explicariais que se censure en iguales términos vuestra conducta, que parece más ajustada y escrupulosa?

Nunca se os ocurre, que teneis siempre sobre vuestra conciencia fija una vista de la cual no es posible retraeros. Sean cuales fueren los esfuerzos que hagais para justificar vuestros actos y para iluminaros á vosotros mismos, nunca podreis emanciparos de la voz del Señor, que os dice: Has engañado á los hombres; pero no podrás engañarme á mí: has sabido emanciparte del espíritu de mi ley; pero yo que conozco toda su justicia y santidad, sé hasta qué punto has faltado á su obediencia y respeto. Tú has creido, que podias engañar impunemente á tus semejantes; pero yo te condeno á la pena de que todos tengan derecho de examinar y censurar tu conducta: te condeno á que, en los remordimientos de la conciencia, sufras anticipadamente los tormentos del infierno: te condeno á que no se aparte jamás de tí el gusano roedor, que trae consigo una mala conciencia.

2. Apartemos, empero, la vista de este deplorable y triste cuadro, y comparemos ahora la conciencia á una sonora y magnífica lira, cuyas cuerdas armónicas y ajustadas tiene el Señor en sus manos. Cuando el dedo del Señor mueve una de estas cuerdas, dice san Francisco de Sales, el sonido que emite es un acto de obediencia, de amor, de sumision, de caridad, y de amor al prójimo. Apartemos la vista del triste cuadro de una mala conciencia para comparar, como san Juan Crisóstomo, la conciencia recta á la hermosa flor del jacinto. Cuando el cielo se cubre de nubes, dice este santo padre, hay tal simpatía entre dicha flor y el cielo, que la lozanía y frescura de su pétalo parecen eclipsadas y desvirtuadas por una especie de nube que las encubre. Cuando solamente un nubarron se interpone entre el sol y la tierra, aún entónces, se echa de ver una pequeña nube en el cáliz del jacinto; pero dejad que el cielo se despeje, que brille en el firmamento en todo su esplendor y grandeza la luz del dia; y vereis entónces, que el jacinto se entreabre, se vuelve lozano, y presenta toda la belleza de sus magníficos colores. Ved aquí el cuadro de las almas verdaderamente educadas en la escuela de la Vírgen Santísima; almas cuyas virtudes y pureza se han comparado, aunque en órden

inferior, á la brillante luz del astro del dia. Así como los rayos del sol descienden en línea recta sobre los objetos de la tierra, así los cristianos, que conservan la rectitud en su conciencia, pueden descansar en ella como el sumo Sacerdote descansaba en el tabernáculo del Santo de los santos; pueden entrar en sí propios sin temor ni recelo, porque su corazon se ha convertido en un verdadero santuario, que guarda la más completa armonía con las palabras del mismo Dios; pueden fijar la atencion en el interior de su alma, porque el mismo Señor se complace en su contemplacion.

Y en realidad, hermanos mios, ¿dónde, sino en la pureza y en la rectitud de la conciencia podremos encontrar la alegría, la felicidad y los consuelos del cristiano? El secreto de la felicidad consiste, en que el hombre de conciencia recta hace todos los dias al Señor el sacrificio de su amor propio, el sacrificio de su interés y de sus inclinaciones personales. El alma candorosa no irá á presentarse á los piés del confesor para explicar su conducta, en términos que la conviertan en objeto de elogio; sabe bien que el Señor ha dicho: Si no os pareceis á los niños por la sinceridad de vuestros sentimientos y por el candor de vuestra alma, no sereis partícipes de mi reino; por esto el alma cristiana, con toda su sencillez va á confesar sus faltas, sin alegar excusas, ni valerse de subterfugios.

En la sociedad, y en medio de los negocios vemos, que se hace contínuo uso del interminable repertorio de fraudes, engaños y mentiras, con el objeto de acrecentar los intereses propios á costa de los ajenos, con el objeto de proporcionarnos deleites, comodidades y fortuna; pero el alma sencilla y recta no reconoce otro principio que la célebre máxima: No hagas á otro lo que no quisieras para tí. Siguiendo este principio, el alma está tranquila á todas horas, goza de todo sin remordimiento; porque ha hecho, de antemano, el sacrificio de sus deleites y comodidades personales. Al contrario, la mala conciencia trae consigo la codicia; es como un rio que sale de su cauce y se esparrama en todas direcciones; es como un brioso corcel, que sin freno ni traba corre suelto á todas partes; es como un buque sin timon ni piloto, que en vez de dirigirse al puerto, está flotando contínuamente entre escollos y precipicios, hasta que acaba por estrellarse. Ved aquí la triste suerte del hombre de mala conciencia: nunca goza de satisfaccion verdadera; por esto necesita ir sin tregua en busca de placeres y deleites. La conciencia sencilla y recta no experimenta sino un deseo, no ambiciona sino una satisfaccion, solo aspira á la dicha de poder decir al Señor: Vos lo sois todo para mí; vos sois mi tesoro; no hay verdad y belleza fuera de vos; poseyéndoos, lo poseo todo, porque teniendo vuestro amor, ¿qué más puedo apetecer?

Samuel, en los últimos tiempos de su vida y próximo ya á presentarse ante el Señor, á la vista del Santo de los santos, á la vista del templo de Dios, decia á todo el pueblo de Israel reunido: Hijos de Israel, desde mis más tiernos años me habeis visto entre vosotros. El Señor me habia encargado de daros á conocer su voluntad y sus decretos. Decidme, pues, ¿me habeis visto alguna vez infringir la santa ley de mi Dios? ¿Me habeis visto alguna vez cometer actos contrarios á la justicia, al órden y á la santidad de Dios? ¿Podeis acusarme de haberos perjudicado en personas ó en intereses? A esta interpelacion solemne, el pueblo de Israel contestó unánime en estos términos: Es verdad, nunca te hemos visto infringir la ley de Dios; es verdad, nunca nos has causado el menor perjuicio. Estas palabras, al propio tiempo que eran un elogio, fueron una recompensa de la rectitud de conciencia de Samuel.

Procurad pues, hermanos mios, que cuando Dios despegue sus labios para llamar á sus hijos, vosotros podais parecer á su presencia con un corazon de niño desprovisto de las inclinaciones y sentimientos ajenos á la pureza y á la rectitud; procurad que, cuando llame á los hombres redimidos con la preciosa sangre de su Hijo, podais decirle: Prefiero las penas del infierno, antes que consentir en un pecado. De esta suerte, hermanos mios, conservareis hasta la muerte la rectitud de conciencia; rectitud que es la prenda de la felicidad eterna, que á todos os deseo. Amen.

CONCIENCIA FALSA.

II.

Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem.

Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades.

(*Joan.* XVI, 13.)

Aunque Jesucristo, en el decurso de su vida mortal, y despues de su resurreccion, instruyó á los apóstoles en las verdades del reino de Dios, todavía les faltaban algunos conocimientos necesarios para el establecimiento de la religion, que su divino Maestro les encargó anunciar al mundo. Adheridos de una manera harto sensible á la presencia corporal de Jesucristo, estaban aún llenos de ideas groseras, y solo imperfectamente conocian los misterios que les eran revelados; y por eso convenia que Jesucristo les dejase, conforme se lo anunció, á fin de que estuviesen mejor dispuestos á recibir el Espíritu Santo, que perfeccionaria su fe. Verdad es, que el Señor podia de sí comunicarles cuantas luces y fuerzas necesitaban para la obra de la universal conversion; pero quiso dejar reservada al Espíritu Santo la consumacion de su tarea, la cual por este hecho no dejó de ser suya, pues que de su parte fué enviado el Espíritu Santo para enseñar todas las verdades que á los hombres importaba saber.

Así, en cuanto el Espíritu Santo hubo descendido sobre los apóstoles, todos quedaron penetrados de vehementísima luz, conociendo aquellas verdades que debian predicar al mundo, y animados de una fuerza realmente divina, puestos en situacion de sostener semejantes verdades, aún á costa de su vida.

Predicaron, efectivamente, las verdades que el Espíritu Santo les comunicó; purgaron al mundo de sus errores, desterrando la idolatría y reformando las costumbres; y en lugar de la mentira y corrup-

cion, que generalmente reinaban, establecieron una religion del todo santa, una moral del todo pura, un culto del todo divino. Nosotros, hermanos carísimos, por conducto de los apóstoles hemos recibido esta religion santa y esta moral sublime; más si la religion se ha mantenido en toda su integridad, ¡cuánto no se ha relajado la pureza de la moral en el corazon de los hombres! ¿De qué procede este desarreglo? De la falsa conciencia que los hombres se formaron, y siguen formándose, sobre las verdades de la moral. El Espíritu Santo ha enseñado, y sigue enseñando, el camino de la verdad; pero los hombres cegados por sus pasiones, cierran á la verdad sus ojos, sometiéndola á sus torcidos juicios y á sus perversas inclinaciones, y anteponiéndole las tinieblas de una falsa conciencia. Contra esta falsa conciencia me propongo hoy preveniros, descubriéndoos sus principios, y señalándoos su correctivo: ¡ojalá el Espíritu Santo, que es fuente de toda verdad, reforme desde luego todas esas conciencias falsas, perversas y desarregladas!

¿Cuáles son los principios de una falsa conciencia? cuestion importante, que será objeto del primer punto de mi discurso.

¿Cuáles son los correctivos contra ella? instruccion no ménos necesaria, que formará la materia del segundo punto. Para el mejor desempeño, invoquemos el auxilio de la gracia. A. M.

1. Hay un camino, dice el Espíritu Santo, que al hombre le parece recto, y que, sin embargo, conduce á la muerte. PROV. XV, 25. ¿Qué camino es este, hermanos mios? La falsa conciencia, es decir, la conciencia que no procede segun Dios, que no va conforme con la ley de Dios; pues la conciencia, como maestro del espíritu, constituye una luz interior, que debe enseñarnos el bien para practicarlo, y el mal para evitarlo en las determinadas circunstancias y situaciones en que nos hallemos. Viniendo á ser ella la aplicacion que cada cual se hace de la ley de Dios, para conocer lo que es lícito ó ilícito, conviene que la apreciacion sea justa, y que se haga con pulso y discernimiento; pues si la conciencia toma lo falso por lo cierto; si nos enseña una cosa diferente de la que la divina ley prescribe; el que sigue este desarreglo, desvíase del principio fundamental á que deben acomodarse nuestros actos, esto es, de la voluntad de Dios. De aquí se sigue, que aún cuando no sea lícito obrar contra la conciencia, no empero todas las conciencias deben seguirse, por cuanto las hay falsas, las hay perversas, que vician los actos de ellas emanados; lazarillos ciegos, que nos conducen á un precipicio. Hé aquí la conciencia, cuyos principios importa descubrir, para saber evitar sus riesgos y escollos.

Los principios ordinarios de la falsa conciencia son tres: error, pasion y costumbre; error del espíritu, pasion del corazon, y costumbre y usanza del mundo. Esos son los escollos en que tropiezan los más de los hombres. Forzoso es convenir, que por muchas precauciones que se tomen para amoldar nuestros actos á la ley de Dios, muchas veces se incurre en errores de conciencia, que hacen tomar lo falso por lo cierto. El hombre no es infalible en sus juicios; algunas veces puede engañarse, creyendo lícito lo que en realidad le está vedado; pero si tiene buena voluntad, si sus intenciones son puras y rectas, y si adopta aquellas precauciones que la prudencia sugiere para bien obrar, el error, como involuntario, no podrá imputársele á pecado; y este es un principio seguro y consolador para ciertas personas de conciencia timorata y escrupulosa, que buscando pruebas notorias de la rectitud de sus acciones y del buen estado de su alma, se fatigan en vano, haciendo pesquisas que pueden conducir á separarlas del recto camino. Aprendan estas personas del Apóstol, á ser cautas con sobriedad; bastándoles al objeto tener una certidumbre moral de la bondad de sus acciones, ó sea, la conviccion de que les impele un motivo bastante á decidir á toda persona prudente. Pero si hay personas de conciencia pusilánime, cuya timidez se debe alentar, hay otras que la tienen tan ancha, que su arrojo merece contenerse; pues esta anchura procede de un error voluntariamente aceptado, de la ignorancia de ciertos principios forjados á placer, insiguiendo sus ruines inclinaciones: ancha y falsa conciencia que, en cierto modo, es causa de los desórdenes del mundo, tan poderosa como la corrupcion de los corazones. Pecadores hay, á la verdad, que ofenden á Dios de pura malicia; pero mayor es el número de los que al abrigo de una falsa conciencia, creen permitidas muchas cosas que no deben serlo; que huellan en mil casos las prescripciones del Señor, fundándose en pretextos sugeridos por una conciencia mal segura; siendo pocos los pecadores que no traten de imponerla silencio con algun motivo especioso; y aunque no pretendan quebrantar directamente la ley, afectan ignorarla para hacer á mansalva lo que ella veda, rehuyendo conocer sus deberes para excusar el cumplimiento de los mismos: *Noluit intelligere ut bene ageret.* PSALM. XXXV, 4; y de esta clase son aquellos que no asisten á los sermones, ó dejan de aplicarse las verdades que se les predican. Hay otros que, si bien conocen las prescripciones de la ley, le ponen cortapisas, ó la interpretan equivocadamente, buscando paliativos con que cohonestar sus demasías, é invocando ciertos principios sobre que juzgan estar muy seguros.

La pasion, hermanos mios, engendra tantos errores en punto de moral, cuantos engendra en detrimento de la fe. No seria tan frecuente engañarse y alucinarse con falsos raciocinios, si la pasion no dominase al espíritu; pero cuando ella obtiene la superioridad, se abraza su partido, se encuentra justo y racional todo lo que le place; y desde entónces, la recta conciencia la cede el puesto, y ya no hay razon ni pretexto que no se escogite para permitirse el vicio y ponerse á cubierto de los terrores de la ley. ¿No fué la pasion la que dió pretexto á los judíos para condenar á Jesucristo? Reclamaban su muerte fundados en una soñada infraccion de la ley de Moisés; pero, en el fondo, la pasion era su móvil. Por esto vemos todos los dias, que la pasion de envidia, ó de venganza, se cubre con las apariencias del celo para perder á un enemigo, ó bien cree procurar la gloria de Dios persiguiendo el crímen, cuando su objeto es perseguir al criminal. Si es pasion de goce la que domina, todos los goces parecen inocentes: de aquí, el abandonarse sin rubor á una vida muelle y sensual, que se consiente por no incomodarse; el prescindir tan fácilmente de los preceptos eclesiásticos, cuando se cree tener alguna dispensa; ya del ayuno, por cualquier motivo; ya de la abstinencia cuaresmal, por razones de salud; miéntras en otro concepto se hacen cosas muy capaces de estropearla. Si es pasion de interés la que impera, ¡cuántas otras falsas conciencias no se forman! Ella ciega al avaro hasta el punto de representarle como prudencia para el porvenir su desmedido apego á los bienes terrenos; y no pocos ricos muestran un corazon duro hácia los pobres, porque engañados por la falsa conciencia, juzgan tener apenas lo justo para sostener su estado.

No á menores extravíos conduce la falsa conciencia cuando se halla apoyada por la costumbre. Debe vivirse con el mundo, se dice, y por consiguiente acomodarse á sus usanzas; la sociedad exige que no nos singularicemos; ¿por qué dejar de hacer lo que otros hacen? ¿Acaso no están igualmente interesados en el negocio de la salvacion? ¿No tienen el mismo miedo de perder su alma y el mismo deseo de ganarla? Vivamos pues como ellos. ¿Quién condenará á ciertas personas de conducta arreglada é irreprensible, las cuales, sin embargo, se conforman con la costumbre? ¿Por qué pues no las imitaremos? Hé aquí, hermanos carísimos, los desastrosos principios que la costumbre insinua á la falsa conciencia, de los que toma pié para obrar, y de donde nacen la mayor parte de los abusos que se cometen. Por eso no se tiene escrúpulo en dar tiempo al ocio, á los juegos, á las diversiones y espectáculos: ¡son tantos los que lo hacen! Por eso vemos tanta suntuosidad en los banquetes, tanto lujo en las

habitaciones, tanto capricho é inmodestia en las modas: ya se ve; el buen tono lo requiere, la costumbre lo demanda, el mundo lo exige; el mundo que tacharia de ridículo al que hiciera lo contrario! ¿Por ventura quiere Dios que nos pongamos en berlina, ó que choquemos con los demás? Así razona la falsa conciencia de muchos, asilados á la sombra de algunas virtudes morales que practican, y de una existencia exenta de los groseros vicios que la razon condena, si bien destituida de las buenas obras que la religion demanda: principios falsos, que esperamos pulverizar en el segundo punto.

2. Sentado que el error, la pasion y la costumbre son los principios de una conciencia desarreglada, opongamos al error las luces de otra conciencia ilustrada y recta; á la pasion, un sincero deseo de agradar á Dios y guardar su ley; y á la costumbre, el ejemplo de las buenas personas y de los santos: tales son las reglas por que deben dirigirse las conciencias; tales los remedios por que deben purgarse sus errores. Prestadme nueva atencion. La conciencia es como el ojo de nuestra alma, en cuanto nos muestra el bien que debemos seguir, y el mal que debemos evitar. Si el ojo del cuerpo es sencillo, dice Jesucristo, todo el cuerpo nadará en luz; pero si es tenebroso, el cuerpo lo será tambien. Preciso es, hermanos mios, que para evitar los desvíos de una falsa conciencia, busquemos la luz que ha de dirigirnos por los senderos de la salvacion. Esta luz debemos pedir á Dios á semejanza del rey profeta: Muéstrame, oh Señor, tus caminos y enséñame tus senderos. SALM. XXIV, 4.

Despues de invocar al Padre de toda luz, debeis, hermanos mios, consultar vuestra fe, consultar el Evangelio: las dos reglas que han de ordenar vuestras conciencias. Y ¿qué os dicen la fe y el Evangelio? Recordad sus máximas siempre y cuando trateis de decidiros á algun acto; y estad seguros de que si las seguís, no podreis engañaros, ni confundir lo bueno con lo malo, la verdad con el error. Una conciencia errónea os dice, por ejemplo, que bajo tal y cual pretexto es lícito tener relaciones con cierta persona á quien estimais, que os es útil y que, sin embargo, puede ocasionaros á pecado; pero el Evangelio viene y os dice, que cuando la ocasion de pecado os fuese tan preciosa, tan útil como vuestro ojo, vuestro pié ó vuestra mano, debeis arrancar este ojo, cortar esta mano y este pié para que no os sirvan de escándalo. El demonio de las venganzas hace punto de honra de que obtengais satisfaccion de cierto ofensor; pero el Evangelio se interpone, diciendo: que perdonemos, que volvamos bien por mal. Hé aquí dos lenguajes bien opuestos. ¿A cuál atendereis? ¿cuál seguireis? Si á la pasion, como guia ciego os conducirá al precipicio; pero si seguís al Evangelio, si consultais la ley de vuestro Dios, como luz espléndida, iluminará vuestro camino y os conducirá al puerto de salvacion. Como, empero, tambien es fácil engañarse al aplicar las máximas que la fe nos revela, será muy útil pedir consejo á personas hábiles é ilustradas en las vias de Dios, animadas por el espíritu de Dios, que solo apetezcan su gloria y el bien de las almas; evitando aquellos conductores demasiado tolerantes, que halagan la pasion dando á las conciencias una falsa seguridad; poniendo, segun frase del Evangelio, almohadas bajo el codo de los pecadores, y guiándoles por los caminos anchos de la perdicion.

Tomadas estas precauciones para ajustar vuestra conciencia á las máximas de la prudencia y de la fe, esmeraos formalmente en hacer lo que ésta os dijere en interés de vuestra alma; pues la buena voluntad y la adhesion á la ley de Dios, son las bases principales de una recta conciencia. El espíritu podrá ser inducido á error; pero cuando el error no es voluntario, Dios no lo cuenta por pecado; al paso, que siempre hay culpa en seguir una voluntad perversa, por mucha que sea la ilustracion del espíritu. Formad, sí, un sincero y vehemente propósito de obtemperar la ley de Dios, de sacrificar á ella vuestros caprichos é intereses; y á tenor de estas disposiciones conformareis la conciencia á la ley, y no la ley á la conciencia; os apartareis, segun el consejo del Apóstol, aún de toda apariencia de mal: *Ab omni specie mala abstinete vos;* I. THES. V, 22; abrazareis siempre, en caso de duda, el partido de la ley contra el de vuestra libertad, diciéndoos á vosotros mismos: ya que tengo recelos de que Dios me prohibe esta accion, no quiero hacerla, para no exponerme á quebrantar su ley santa y comprometer mi salvacion. Tratándose de negocio de tal importancia ¿podreis hacer ménos, que al tratar de la salud del cuerpo y de vuestros negocios temporales? Cuando se os ofrecen dos caminos para el logro de una empresa, uno seguro, y otro dudoso, ¿acaso no preferís aquél á éste? De dos remedios que se os indican para curar algun mal, uno de éxito cierto, y otro peligroso, ¿vacilais un momento en adoptar el primero? Pues igual seguridad debeis buscar en el negocio de la eternidad. ¡Qué precauciones estarán por demás al objeto de garantir un resultado de tanta monta! Obrad cual lo hariais si debieseis parecer ante el supremo Juez. ¿Qué quisierais entónces haber hecho? Pues lo mismo haced de contado; y vereis como se disipan las vanas ilusiones de una falsa conciencia; y no pudiendo ménos de decidiros por el partido mejor, obedecereis á Dios, llenareis su santísima voluntad, y evitareis hasta la sombra del pecado. Léjos de continuar en esa vida muelle y destituida de buenas

obras, de que no os ruborizais, abrazareis la penitencia, la mortificacion y los ejercicios y prácticas cristianas; léjos de abandonaros al torrente de la costumbre, á la que temerariamente os reunís para aquietar vuestra conciencia, imitareis á los hombres de bien, tomando por modelos á los santos, único remedio conducente para evitar el contagio de la costumbre.

En efecto; si la costumbre pervierte con el ejemplo de los demás, los buenos ejemplos reaniman el fervor, mostrando lo que se debe hacer. Considerad por un momento, hermanos mios, qué cosas hicieron los santos y qué virtudes practicaron. Sin embargo, ¿tenian ellos mayor interés que nosotros en obrar bien? Y vosotros ¿teneis ménos que temer, no evitando el mal que ellos evitaron? Ya que aspirais á los mismos premios, temed los propios castigos, poniendo iguales precauciones para merecer los unos, que para evitar los otros. Los santos siguieron el camino estrecho, sabiendo ser el que Jesucristo habia indicado para ir al cielo; y evitaron el ancho, constándoles conducir á la perdicion. Huid, pues, de éste, como los mismos hicieron, para recorrer el primero; y no os considereis autorizados á practicar ciertos actos porque otros los practiquen, ó porque sea costumbre; antes precisamente porque es costumbre y porque los practican los demás, vosotros debeis evitarlos. Proponeos tambien por modelos, aquellas almas fervorosas y santas, que huyen de cuanto puede herir la delicadeza de su conciencia; que evitan las compañías peligrosas, los juegos y los espectáculos; que son asíduas en la oracion y demás piadosas prácticas caritativas con el prójimo, edificantes en sus discursos, castas, sóbrias, modestas, mortificadas, reservadas en toda su conducta. Hé aquí las reglas de conciencia á que debeis atemperaros con seguridad, en vez del ejemplo pernicioso de los que se acomodan á la costumbre.

No hay en la tierra placer comparable al de una buena conciencia: es llevar consigo un paraíso anticipado; miéntras que una mala conciencia viene á ser un infierno, que ya se padece en vida. Por muchos goces y riquezas que se disfruten en otro concepto, no cabe tranquilidad cuando está sucia la conciencia, verdadero gusano roedor, que do quiera sigue al culpable para atormentarle. Examinad, pues, en qué estado os hallais ahora, y escuchad lo que la conciencia os dicte: si os acusa, si os hace algun cargo, aplacadla lo más pronto posible, reconciliándoos con Dios por medio de una sincera penitencia; más si no os acusa, permaneced en tan dichosa disposicion, y vivid siempre con arreglo á lo que una conciencia recta é ilustrada os inspire. Para que sea tal, recordad en todos vuestros actos esta

máxima de los santos: ninguna precaucion es bastante cuando se arriesga la eternidad. Obrad como quisierais haber obrado en la hora de la muerte; examinad de vez en cuando, particularmente al ir á confesaros, si vuestra vida se ajusta á la conducta de la mayoría; y temed conduciros, pensar y hablar como ella; pues con ella infaliblemente pereceriais, si resueltamente no os separais de sus sendas. Adheríos á la ley de Dios, á las máximas del Evangelio y al ejemplo de los santos, porque estos son los únicos caminos que os conducirán á la patria celestial. Así sea.

CONCIENCIA.

(REMORDIMIENTOS DE LA)

III.

Ostendunt opus legis scriptum in cordibus suis, testimonium reddente illis conscientia ipsorum.

Ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia.

(*Rom.* II, 15.)

Amedrentar al pecador con espantosas amenazas, inspirarle sobre el mal de su pecado contínuos temores, traerle á la memoria sin cesar la imágen de su desórden, representándole toda la deformidad de él, sin permitirle alivio ni descanso; inquietarle, agitarle y atormentarle; todo esto, segun las apariencias, parece que es tratarle como enemigo y quererle perder. Pero, por una regla directamente opuesta, voy á persuadiros, y aún á convenceros, de que Dios, aunque ofendido é irritado, no puede dar al hombre reo y pecador un testi-

monio más sólido de su amor, que excitando en lo interior de su corazon estos remordimientos secretos. De lo que quiero inferir, al mismo tiempo, que el hombre nunca, de su parte, se hace más culpable, ni más desgraciado, que cuando resiste á Dios en esta santa guerra que el Señor le hace; y no se dá por vencido de la infinita bondad del Señor, que no le hiere sino para sanarle, y no le humilla sino para levantarle. Ved, amados oyentes mios, mi designio en dos palabras. El remordimiento del pecado es una de las gracias más eficaces y preciosas de Dios; y de aquí infiero, que no oir, ni hacer caso de estos remordimientos, ni seguirlos, es en el hombre pecador uno de los más grandes desórdenes, y una de las más justas causas de su reprobacion. Nunca obra Dios más favorablemente para con el pecador, que cuando le estrecha por los baldones de su conciencia; ni jamás el pecador ultraja tan sensiblemente á Dios, como cuando cierra el oido á estos llamamientos y rehusa oirlos. La misericordia de Dios, concediéndonos la gracia del remordimiento de la culpa; la malicia y desgracia del hombre, que se obstina contra esta gracia por permanecer en la culpa; hé aquí lo que formará el objeto de vuestra atencion. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para haceros comprender bien mi pensamiento, y daros un conocimiento pleno del primer punto que me propongo establecer, oid las proposiciones á que le reduzco, y os pido las atendais exactamente, sin perder alguna, porque entre sí tienen una conexion absolutamente necesaria. Digo, pues; que el remordimiento de la conciencia, que sentimos despues del pecado, es la primera gracia que Dios da al pecador en órden á su conversion; que es una de las más milagrosas; que ninguna hay más firme y constante; que entre las otras gracias, tiene ésta la particularidad de ser cierta, segura, y exenta de todo género de ilusion; y, en fin, que es la más absoluta y la más imperiosa para vencer nuestra voluntad y sujetarla á Dios. ¿Creeriais vosotros, amados oyentes mios, que en el remordimiento de la conciencia hubiese tantas utilidades y tantos tesoros encerrados? Pues esto es lo que voy á manifestaros.

En el instante mismo que pecamos, sentimos un remordimiento de la conciencia, que es la reprension que ella nos hace de nuestra culpa. Este remordimiento es una gracia. El Espíritu de Dios, colocado como en el centro de nosotros mismos, clama incesantemente contradiciendo nuestras pasiones, censurando nuestros placeres, y condenando nuestras culpas. ¡Ah! cristianos; ¿seremos ingratos y obstinados hasta el extremo de considerar esta contradiccion del Espíritu Santo como un rigor importuno, y no reconoceremos que ella es don suyo, una misericordia que usa con el pecador, un auxilio para su salvacion, y un medio favorable para llevarle á Dios? ¿Seremos tan ciegos, que consideremos como una pena insufrible este estímulo que nos aviva y punza, y que queramos libertarnos de él? No, Señor; no pensamos de este modo; antes bien, sabiendo que es vuestro Espíritu y vuestro Espíritu consolador el que excita en nosotros estos remordimientos, los recibiremos siempre como beneficios de vuestra mano.

Pero no solo el remordimiento de la conciencia es una gracia especial, sino la primera de todas las gracias que dá Dios á un pecador para empezar la obra de su conversion. Me explicaré. En el instante que el alma cae en el pecado, queda desnuda de todos los méritos, privada de todo derecho á la gloria, destituida de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, indigna de los auxilios de la gracia, y como reducida á la nada en el órden sobrenatural: de modo, que, por sí misma, no puede dar un solo paso para volver á Dios. Es menester, para que se convierta, que Dios la prevenga, y que, cediendo de sus propios intereses, haga los primeros esfuerzos para reconciliarse con el pecador, que es su enemigo. Esto hace por medio de las gracias con que le previene; y la primera de ellas es el remordimiento de la culpa. Este es el primer golpe que Dios dá para disponer un corazon á la penitencia. ¿Quereis de ello un ilustre ejemplo? Pues oid. David cae, comete un adulterio, y añade á él un homicidio. ¿Qué hace Dios? Podia reprobarle como á Saul, pero no quiere; antes, por el contrario, se dispone á ejercitar con él su misericordia. Pero, ¿por donde empieza? Ya lo sabeis; por un remordimiento de conciencia, que mueve á este príncipe. A la voz del profeta, clama David: *Peccavi*. II. Reg. xii, 13. Yo he pecado, y soy reo de dos injusticias: la carne me ha vencido, y he derramado la sangre del justo. Esto fué propiamente el pesar y arrepentimiento de la conciencia que se levantó contra sí misma; y éste fué el primer movimiento que condujo á este rey pecador á una verdadera penitencia.

Dije tambien, que el remordimiento de la conciencia era entre todas las otras gracias la más milagrosa, por el modo con que se produce. ¿En qué consiste, pues, este milagro? Sabedlo ahora. Este es, que siendo la culpa del hombre tan opuesta por sí misma y por su naturaleza á las gracias de Dios, no obstante, ella es la que hace nacer este remordimiento; porque si lo observais bien, el remordimiento del pecado nace del pecado mismo; y es indubitable, por otra parte, como habeis visto, que este remordimiento es una gracia; luego

es cierto, que esta gracia nace de la nada del pecado, como de su principio y orígen. Sobre lo cual S. Juan Crisóstomo, adorando la providencia de Dios, exclama: Vuestra misericordia, oh Dios mio, ¡cuán admirable es en sus consejos, qué poderosa en sus operaciones, y qué ingeniosa en toda la economía de la conversion de los hombres! No lo advertimos; pero, no obstante, Señor, obrais en nosotros milagros de gracia, en el instante mismo en que nuestras ofensas deberian obligaros á hacer milagros de justicia para castigarnos; porque vos os valeis del pecado, que acabamos de cometer, para ofrecernos la gracia que nos reprende por haberlo cometido.

Este remordimiento tiene aún otra ventaja muy estimable; y es: que, entre todas las gracias, ninguna hay más firme, ni constante, ni que esté ménos expuesta á separarse de nosotros. Pues hay algunas gracias, á las que S. Agustin llama *gracias delicadas*, ó porque con facilidad se pierden, ó porque Dios nos priva de ellas algunas veces en castigo por las más leves infidelidades; pero el remordimiento del pecado es una gracia estable, fija y permanente, que casi nunca nos deja, que nos sigue á todas partes, con la que Dios nos favorece á pesar nuestro, y de la que no podemos desprendernos ni desasirnos; porque á cualquiera parte que vamos, nos llevamos á nosotros mismos y á nuestras culpas; y como al pecado siempre sigue el remordimiento, lo va tambien, por consecuencia, siguiendo la divina gracia.

Y admirad otra propiedad del remordimiento; es la gracia más segura para el hombre pecador y la ménos sujeta á ilusiones. En las otras gracias, el pecador está á peligro de ser engañado, porque suele el ángel de las tinieblas trasformarse en ángel de luz. De aquí nace, que se tienen por gracias é inspiraciones divinas las que son tentaciones verdaderas; pero el remordimiento de la culpa es una gracia, con que el enemigo de los hombres no sabe disfrazarse ni ocultarse, porque no cuida jamás de representar á un pecador el desórden de su culpa; antes al contrario, hace todos sus esfuerzos para ocultarle su vergüenza, disminuirle su malicia, y borrar de su espíritu su memoria. Cuando sucede, amados oyentes, que despues del pecado se turba vuestra conciencia con los remordimientos, decid con seguridad: Dios me habla, esta es su voz, esta reprension no puede nacer sino de su gracia, y no tengo que temer en seguirla, porque no me inspira sino horror y arrepentimiento de mi vida corrompida.

Acabemos, amados oyentes, y veamos, por último, como la gracia sola del remordimiento de la conciencia es más convincente, que todas

las otras para disponer el espíritu del hombre á la penitencia. Porque, ¿qué cosa más eficaz para este fin, que obligar á un pecador, á que se acuse á sí mismo, y diga: *¿Es verdad, yo he pecado?* ¿Qué testimonio más poderoso contra él que el de su conciencia, que le dice: *¿Sí; tú has pecado?* ¿Qué testimonio más fuerte, por último, que reducirle á que él mismo pronuncie la sentencia de su condenacion? *Yo soy pecador, y merezco el infierno.* Pues todo esto se incluye en la reprension que hace la conciencia á un alma culpable; y esto es lo que hace insufrible á este remordimiento, y, de consiguiente, invencible á esta gracia. En los juicios humanos pueden estar sobornados los testigos, apasionados los acusadores, el testimonio del uno no ser conforme al del otro, por cuyo motivo el convencimiento casi nunca es cierto; pero sucede todo lo contrario en una conciencia turbada con los remordimientos de su culpa. La conciencia no admite suposiciones; ni obra por pasion ó preocupacion, porque ella obra contra sí misma, y es, á un tiempo mismo, acusador, juez y reo. Y siendo esto cierto; ¿qué hacemos nosotros cuando, en estado de culpa, despreciamos la voz de nuestra conciencia? Esto es de lo que tengo que hablaros en pocas palabras.

2. Para conocer bien así la malicia como la desgracia del hombre, que se obstina contra el remordimiento de su conciencia, no podemos seguir un método más arreglado, que comparar las sublimes cualidades de esta gracia, cuyas utilidades acabo de manifestar, con los diversos grados de resistencia que encuentran en la obstinacion del pecador. Esto me ofrece un nuevo y dilatado asunto, pero tendré cuidado de abreviarlo. En el estado de culpa, la reprension que de ella hace la conciencia, es la primera gracia de salvacion y el primer medio de conversion para un pecador. ¿Qué hace éste con resistirle? Seca y agota para sí todos los manantiales de la divina misericordia; y, si se puede decir así, pone á Dios en una especie de imposibilidad para salvarle. En efecto; ¿qué puedes tú, despues de esto, esperar de Dios, amado oyente mio, para que te aparte del camino de la perdicion en que permaneces contra su voluntad? ¿Juzgas que te dará otras gracias. No puede, segun las reglas ordinarias de su providencia; y es la razon, porque en el consejo de esta providencia eterna está determinado, que el remordimiento de la culpa haya de preceder á todas las gracias; ó que él sea la puerta por donde entren todas las demás gracias; ¿Te lisonjeas de que por una conducta extraordinaria mudará Dios en favor tuyo el órden de tu predestinacion? Pues te engañas, porque no quiere mudarlo; antes pretende con justicia, que, no siendo necesaria esta va-

riacion, tú debes conformarte con sus leyes, y no debe él recibir las tuyas. Por consecuencia, perder esta gracia del remordimiento de la conciencia, es dejar pasar la ocasion favorable de volverte á Dios, arruinar el fundamento de tu justificacion, y cortar de raiz todos los frutos de penitencia, que, en semejante estado, hubieras podido practicar.

He dicho tambien, que este remordimiento era una gracia del todo milagrosa, en cuanto nace del pecado mismo; pero ¿no es verdad que cuanto más milagrosa es en su nacimiento, tanto más dignos de condenacion somos nosotros en la resistencia que le hacemos? Dios hace por tí, amado oyente mio, un milagro de su misericordia, haciendo que encuentres en tu pecado la gracia que debe destruirle, y que puede reparar todo el daño que ha causado en tí; pero tú, por una especie de milagro del todo contrario, por un milagro de malicia, digo, de infidelidad y de obstinacion, haces esta gracia infructuosa y suspendes toda su virtud; como si te pusieras á combatir contra todo el poder de Dios, y quisieras, con la malicia de tu corazon, sobrepujar los excesos de su amor y toda su bondad. Aun pasa de aquí tu malicia, y hé aquí lo que la aumenta. El remordimiento de la culpa es, entre todas las gracias, la gracia más constante y más duradera; luego, una plena resistencia á este remordimiento supone la malicia más inveterada é insuperable. El que se esfuerza á sacudir este yugo y hacerse superior á esta censura importuna, declara á Dios una guerra eterna, y le dice: Resuelto estais á combatirme por todas partes, pero yo os resistiré siempre; determinado estais á no concederme descanso alguno, pero yo no cesaré de defenderme; me estrechareis vivamente, pero yo no dudo que, á fuerza de luchar contra vos, conseguiré, al fin, apartaros absolutamente de mi corazon, cuya posesion quereis tomar. Esto se dice, hermanos mios, no expresamente ni con palabras, porque se horrorizaria uno de sí mismo al pronunciarlo; pero se dice con las obras, y se vive segun estos abominables principios. Este sin duda es el estado de las almas vendidas al pecado, y para el cual no parece que hay ya remedio alguno.

Tanto más culpables son en su malicia y en su ciega resistencia, cuanto esta gracia es, entre todas las demás, la más segura para un pecador, y la ménos expuesta á las ilusiones y artificios del espíritu de la mentira. San Juan, en su primera epístola, escribia á sus discípulos: Amados hijos mios, si vuestro corazon de nada os redarguye, podeis acercaros á Dios con confianza. I Joann. III, 21. Pero sin contradecir el pensamiento de este apóstol, os digo yo: Estad seguros de

parte de Dios cuando vuestra conciencia os reprende; porque es prueba infalible de que Dios piensa en vosotros, y de que aún os mira con deseos de salvaros. Estas dos proposiciones, aunque parecen contradictorias, no se oponen entre sí; porque el santo apóstol hablaba de la confianza de los justos, que supone la gracia de la inocencia; y yo hablo de la gracia de la penitencia, que nunca es ménos dudosa que cuando empieza en el alma por el remordimiento de la culpa. Para tí, oh pecador, esto es lo principal sobre que únicamente puedes contar con plena seguridad. Pues ¿por qué lo desprecias? ¿Por qué á tí mismo te lo robas? ¿No recuerdas esta expresion de S. Bernardo: Así como el remordimiento es la más segura de todas las gracias, así tambien la resistencia que le opones es la más próxima de las disposiciones para la desesperacion?

¡Espantosa desesperacion, que aumentará en el juicio de Dios la misma conciencia, cuyas saludables reprensiones tantas veces habeis despreciado: esa misma conciencia, á la cual imponiais un mortal silencio, cuando se insinuaba y explicaba á pesar vuestro contra vuestras inclinaciones viciosas y contra vuestras pasiones, con el fin de renovaros y daros una vida del todo esa: esa misma conciencia, contra la cual concebisteis el mismo ódio que declaró el rey del Achab tenia contra el profeta Miqueas, porque como celoso ministro Señor, y usando de toda la libertad que le convenia como á hombre de Dios, anunciaba á este príncipe desgracias que le asustaban y le hacian temblar; pero cuya noticia le podia ser muy útil para evitarlas: esa misma conciencia, en fin, cuyos remordimientos, siendo desde ahora contra vosotros el testimonio más irrefragable y convincente en el juicio universal á que ha de asistir el mundo entero, hablará más alta y fuertemente que nunca; y manifestando en público los remordimientos que hasta entónces habia tenido secretos, formará con ellos, en deshonor y ruina vuestra, el convencimiento más grave!

La conclusion, hermanos mios, es que seais fieles á la gracia cuando aún podeis, y que cedais á ella sin hacerla más resistencia. Yo conozco, que esta gracia del remordimiento de vuestra conciencia, por una prerogativa especial, no solamente es la más poderosa para convencer el entendimiento, sino una de las más fuertes para mover la voluntad.

Puede ser, amado oyente mio, que hayan pasado muchos años que Dios te convida á que te conviertas y vuelvas á entrar en la santa libertad de sus hijos, y que te quiere hacer salir de la esclavitud en que desgraciadamente gimes. Si tienes una inclinacion que te

arrastra á lo malo, tambien tienes un freno que puede contenerte; el freno de tu conciencia. Tu corazon se deja prender de un objeto corrompido y perecedero, y tus prisiones son difíciles de romper; pero ¿con cuántos golpes no te ha llamado á este fin la conciencia? Ya hubiera, por último, llegado á conseguirlo, si tú la hubieras ayudado. Teme el terrible castigo con que amenazaba en otro tiempo el Señor á su pueblo por el profeta Ezequiel. Nacion infiel, les decia el Señor, yo te encuentro armada siempre contra mí, y siempre alerta contra mi gracia para resistirla; pero ¿sabes lo que haré y cuál es el castigo que te preparo? Yo no te enviaré aflicciones temporales, pérdidas de bienes, ni enfermedades; pues con estas cosas corrijo yo á mis predestinados y amigos, y no mereces tú un tratamiento tan saludable. Pero en el tesoro de mis venganzas tengo uno más conforme á tu indignidad, que será tanto más mortal, cuanto es más conforme á tus deseos. Este es, que dejaré á mi indignacion que descanse en tí y para tí: *Requiescet indignatio mea in te.* Ezech. xvi, 42. Y ¿en qué consistirá este descanso? En que nada te reprenderá ya, ó no lo hará con tanta frecuencia, ni con tantas instancias. Cuando clamaba contra tí hasta conturbarte y aterrarte, era una cólera de perdon; pero cuando te parecerá que calma y te perdona, será una cólera de condenacion. ¡Ah! Señor! nosotros somos pecadores, y, como tales, somos dignos de los más duros golpes de vuestra justicia; pero si teneis de qué vengaros y por qué castigarnos, no sea con un silencio más temible para nosotros que todos vuestros rayos, ni por una quietud más dañosa que todas las turbaciones. La gracia especial que os pedimos, Dios mio, es que procedais con nosotros sin compasion alguna. Inquietad, Señor, inquietad nuestras conciencias, y no permitais que caigan en un letargo de que no despierten jamás. La naturaleza se quejará, sentirá trabajo, estará mortificada y triste; pero esta dichosa tristeza nos hará pasar del pecado á la penitencia, y de la penitencia á la alegría del Señor y á la soberana felicidad que os deseo.

DIVISIONES.

CONCIENCIA.—Cuando la conciencia es recta, los pecadores la desdeñan por importuna.

Cuando la conciencia es errónea, la escuchan en perjuicio del Evangelio.

CONCIENCIA.—Dios pone á prueba las almas más inocentes por medio de las desazones de una buena conciencia.

Dios impone respeto á las almas más impías por medio de las desazones de una mala conciencia.

CONCIENCIA.—Una de las más grandes señales de nuestra predestinacion, es el tener una conciencia recta.

El tenerla errónea, es una de las más marcadas señales de nuestra reprobacion.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sonitus terroris semper in auribus illius; et cum pax sit, ille semper insidias suspicatur. Job. xv, 21.

Siempre suena en sus oidos (del pecador) un estruendo que le aterra, y en el seno de la paz él sospecha siempre traiciones.

Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine. Psalm. iv, 7.

Impresa está, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro.

Die ac nocte gravata est super me manus tua, conversus sum in ærumna mea, dum configitur spina. Psalm. xxxi, 4.

De dia y de noche me hiciste sentir tu pesada mano; revolcábame en mi miseria, miéntras tenia clavada la espina.

Quoniam iniquitatem meam ego cognosco, et peccatum meum contra me est semper. Psalm. l, 5.

Porque yo reconozco mi maldad, y delante de mí tengo siempre mi pecado.

Omnes dies pauperis mali; secura mens quasi juge convivium. Proverb. xv, 15.

Todos los dias del pobre son trabajosos: *más* la buena conciencia es como un banquete contínuo.

Fugit impius, nemine persequente; justus autem quasi leo confidens absque terrore erit. Prov. xxxviii, 1.

Huye el impío sin que nadie le persiga: más el justo se mantiene á pié firme como un leon sin asustarse de nada.

Beatus qui non est lapsus verbo ex ore suo, et non est stimulatus in tristitia delicti. Eccli. xiv, 1.

Bienaventurado el hombre que no se deslizó en palabra que haya salido de su boca, ni es punzado por el remordimiento del pecado.

Vermis eorum non moritur. Marc. ix, 45.

El gusano que les roe nunca muere.

Nihil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum. I. CORINTH. IV, 4.

Si bien no me remuerde la conciencia de cosa alguna, no por eso me tengo por justificado.

Habens fidem, et bonam conscientiam, quam quidam repellentes, circa fidem naufragaverunt. I. TIM. I, 19.

Manteniendo la fe y la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron á naufragar en la fe.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Apenas nuestros primeros padres hubieron infringido el precepto de Dios, y antes que éste llamase á Adan, se escondieron en el lugar del paraíso que juzgaron más oculto, no tanto por temor de la presencia de Dios, dicen los santos Padres y sagrados intérpretes, como por ceder á su propia conciencia, que les afeaba su transgresion. Entónces sucedió, aunque en sentido distinto de lo que creyeron, lo anunciado por la serpiente: *Aperientur oculi vestri.* (GEN. III.) En efecto, abriéronse sus ojos, no para ver cosas admirables y sobrenaturales, sino para ver su desnudéz, su infidelidad y su lamentable caida. Por esto reconvino Dios á Adan diciéndole: *Quis indicavit tibi quod nudus esses, nisi* etc. (id.): como si dijese: ¿quién te ha dado á conocer tu desnudéz sino tu conciencia, que clama contra el desprecio que has hecho del precepto que yo te habia impuesto? La conciencia, pues, voz que viene de Dios, es el primero que nos acusa de nuestros pecados.

Más claramente aún se descubre el poder de la conciencia en el fratricida Cain. Apenas Dios lo hubo arrojado de su presencia como á homicida obstinado y desesperado, exclamó: *Omnis qui invenerit me, occidet me.* (GEN, IV.) ¿Qué es esto? ¿A quién teme Cain? No á sus padres, de cuya ira podia librarse facilmente; no á sus hermanos, quienes léjos de perseguirle lo mirarian con horror; no á los tribunales, que aún no existian; no á las leyes humanas, que no se habian formado; ni á Dios, el cual le aseguró, que nadie le haria daño, y que castigaria con doble severidad al que se atreviese á matarle. Pues, á quién teme? ¿Por qué vive errante, pavoroso y agitado? Porque lleva consigo el verdugo, que es su propia conciencia.

Véase en la profecía de Daniel (CAP. V) el temor y sobresalto que se apoderan del rey Baltasar al leer en la pared algunas misteriosas palabras. Este temor y horrible agitacion, dicen los más sábios intérpretes, era un efecto de su conciencia criminal, turbada y recelosa.

El hombre puede, en ciertas ocasiones, ahogar el grito de su conciencia; pero llega un dia en que, recobrando la conciencia todo su imperio, levanta su voz aterradora, impone respeto al pecador y le recuerda sus pasados crímenes. Así sucedió á los hermanos de José, quienes, olvidados, al parecer, del atentado que habian cometido contra su inocente hermano, al lamentarse de la desgracia que les estaba afligiendo en Egipto, recordaron su falta y la consideraron como causa de sus calamidades. (GENES. XLII.)

Nadie mejor que David describe el tormento que causa una conciencia culpable. Convertido en penitente despues de sus pecados, exclama: *Miser factus sum, et curvatus sum usque in finem, tota die contristatus ingrediebar* (PSALM. XXXVII): *Peccatum meum contro me est semper* (PSALM. L): *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum,* etc. (PSALM. XXXVII.)

El impío Antioco, á pesar de su obstinacion, tampoco puede callar la causa de su tribulacion, porque la conciencia agita su corazon: *Dixi in corde meo: in quantam tribulationem deveni..... nunc reminiscor malorum, quæ feci in Jerusalem* (I MACH. VI.)

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Quæ pœna gravior, quam interioris vulnus conscientiæ? Nonne hoc magis fugiendum quam mors, dispendium, exilium, debilitas, dolor? S. AMBROS. DE OFFIC.

¿Qué pena puede darse más pesada que el tormento de la conciencia? Con mayor empeño hemos de retraernos de este tormento, que de la pérdida de bienes, de enfermedades, del destierro y de la misma muerte.

Quod severius judicium, quam domesticum, quo unusquisque sibi est reus, seque ipse arguit? Omnia adversa habet, qui sibi ipse displicet, ipse sui accusator, ipse sui testis. IDEM. LIB. III DE OFFIC.

¿Qué juicio más severo que el de la conciencia, por el que cada cual se mira á sí mismo, y se reprende como reo? Todo se rebela en contra del que se daña á sí; él es su propio acusador y testigo.

Felix conscientia quæ afflictionis tempore bonorum operum recordatur. S. HIERON. LIB. XI COMMENT.

Dichosa la conciencia del que en el tiempo de afliccion se inclina á la práctica de las buenas obras.

Conscientia domesticum et verum tribunal est. S. GREGOR. NAZIAN.

La conciencia es un verdadero tribunal interior.

Quando Deus erit judex, alius testis quam conscientia tua non erit. IDEM. IN PSALM. XXXVII.

En el juicio de Dios no habrá otro testigo que tu propia conciencia.

Quid dulcius bona conscientia? quæ si non est, et mala est, pungit, et amara sunt omnia. IDEM. IN CAP. ULTIM. PROVERB.

¿Hay algo más agradable que una conciencia pura? Sin esta circunstancia todo es tormento, todo es amargura.

Verius et jucundius gaudebis de bona conscientia inter molestias, quam de mala inter delicias S. AUG. LIB. DE CATECH. RUD.

Por medio de una buena conciencia experimentarás un gozo más dulce y verdadero en las aflicciones, que entre las delicias con mala conciencia.

Humana judicia potest subterfugere mala agens, sed non judicium conscientiæ. S. GREGOR. LIB. XXVII, MORAL. CAP. XVII.

El que obra mal puede fascinar ó engañar á los hombres, pero no á su propia conciencia.

Quid prodest si omnes laudent, et conscientia accuset? aut quid poterit obesse, si omnes derogant, et sola conscientia defendat? IDEM. SUPER EZECH. HOM. IX.

¿De qué sirven las alabanzas si la conciencia nos reprende? Al contrario ¿qué mal pueden hacer los vituperios de los hombres cuando nos tranquiliza una buena conciencia?

Omnia fugere poterit homo præter cor suum: non enim potest à se quisquam recedere: quocumque enim abierit, reatus sui conscientia illum non derelinquit. S. ISIDOR. IN SYNOD.

El hombre podrá huir de todo ménos de su propio corazon, porque nadie puede huir de sí mismo: donde quiera que vaya, le acompaña el testimonio de su mala conciencia.

Sicut rivus, quocumque fluit, terram cavat, ita conscientia mala rodere occulte mentem non cessat. S. BER. LIB. IV DE CONSID.

Así como el agua del arroyo por dó quiera que pase se lleva la tierra, así la mala conciencia roe contínuamente el corazon.

CONCORDIA

DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS Y ARTES.

I.

Vos estis lux mundi.
Vosotros sois la luz del mundo.
(*Matth.* v, 14.)

El catolicismo ha impuesto á la civilizacion gravísimas obligaciones; más de esto no hemos de colegir, que los obispos y los sacerdotes sean unos hombres políticos encargados de dar las leyes á las naciones, y encaminarlas á su bienestar material: Jesucristo no los ha enviado para edificar la ciudad de la tierra, sino la del cielo. Pero como ellos poseen todas las verdades del órden intelectual y moral, es imposible que, sin su cooperacion, pueda la prosperidad temporal establecerse en los pueblos.

Sin embargo, muchos no lo comprenden de esta suerte; así los incrédulos rechazan los beneficios de la religion, diciéndole: que no comprende las necesidades ni las exigencias de nuestra época. Nosotros, dicen los incrédulos, queremos tres cosas, que no están á vuestro alcance: el perfeccionamiento de las artes y de la industria para aumentar el bienestar y comodidades de la vida; el desarrollo de la inteligencia por medio de la instruccion, que se ha hecho accesible á todo; la libertad social por medio de amplias instituciones, que hagan imposible todo género de despotismo. Pues bien; ese programa nada tiene contrario al Evangelio, y la Iglesia lo acepta. Pero, desde luego, hermanos mios, debo manifestaros, que sin la Iglesia es imposible realizarlo; y que todos los esfuerzos que hagais para poner en práctica ese programa, sin la cooperacion de la Iglesia y de sus ministros, solo servirán para confundiros y labrar la desgracia de los pueblos. La lógica y la experiencia vienen en nuestro apoyo para probar esta

Quando Deus erit judex, alius testis quam conscientia tua non erit. IDEM. IN PSALM. XXXVII.

En el juicio de Dios no habrá otro testigo que tu propia conciencia.

Quid dulcius bona conscientia? quæ si non est, et mala est, pungit, et amara sunt omnia. IDEM. IN CAP. ULTIM. PROVERB.

¿Hay algo más agradable que una conciencia pura? Sin esta circunstancia todo es tormento, todo es amargura.

Verius et jucundius gaudebis de bona conscientia inter molestias, quam de mala inter delicias S. AUG. LIB. DE CATECH. RUD.

Por medio de una buena conciencia experimentarás un gozo más dulce y verdadero en las aflicciones, que entre las delicias con mala conciencia.

Humana judicia potest subterfugere mala agens, sed non judicium conscientiæ. S. GREGOR. LIB. XXVII, MORAL. CAP. XVII.

El que obra mal puede fascinar ó engañar á los hombres, pero no á su propia conciencia.

Quid prodest si omnes laudent, et conscientia accuset? aut quid poterit obesse, si omnes derogant, et sola conscientia defendat? IDEM. SUPER EZECH. HOM. IX.

¿De qué sirven las alabanzas si la conciencia nos reprende? Al contrario ¿qué mal pueden hacer los vituperios de los hombres cuando nos tranquiliza una buena conciencia?

Omnia fugere poterit homo præter cor suum: non enim potest à se quisquam recedere: quocumque enim abierit, reatus sui conscientia illum non derelinquit. S. ISIDOR. IN SYNOD.

El hombre podrá huir de todo ménos de su propio corazon, porque nadie puede huir de sí mismo: donde quiera que vaya, le acompaña el testimonio de su mala conciencia.

Sicut rivus, quocumque fluit, terram cavat, ita conscientia mala rodere occulte mentem non cessat. S. BER. LIB. IV DE CONSID.

Así como el agua del arroyo por dó quiera que pase se lleva la tierra, así la mala conciencia roe contínuamente el corazon.

CONCORDIA

DE LA RELIGION CON LAS CIENCIAS Y ARTES.

I.

Vos estis lux mundi.
Vosotros sois la luz del mundo.
(*Matth.* v, 14.)

El catolicismo ha impuesto á la civilizacion gravísimas obligaciones; más de esto no hemos de colegir, que los obispos y los sacerdotes sean unos hombres políticos encargados de dar las leyes á las naciones, y encaminarlas á su bienestar material: Jesucristo no los ha enviado para edificar la ciudad de la tierra, sino la del cielo. Pero como ellos poseen todas las verdades del órden intelectual y moral, es imposible que, sin su cooperacion, pueda la prosperidad temporal establecerse en los pueblos.

Sin embargo, muchos no lo comprenden de esta suerte; así los incrédulos rechazan los beneficios de la religion, diciéndole: que no comprende las necesidades ni las exigencias de nuestra época. Nosotros, dicen los incrédulos, queremos tres cosas, que no están á vuestro alcance: el perfeccionamiento de las artes y de la industria para aumentar el bienestar y comodidades de la vida; el desarrollo de la inteligencia por medio de la instruccion, que se ha hecho accesible á todo; la libertad social por medio de amplias instituciones, que hagan imposible todo género de despotismo. Pues bien; ese programa nada tiene contrario al Evangelio, y la Iglesia lo acepta. Pero, desde luego, hermanos mios, debo manifestaros, que sin la Iglesia es imposible realizarlo; y que todos los esfuerzos que hagais para poner en práctica ese programa, sin la cooperacion de la Iglesia y de sus ministros, solo servirán para confundiros y labrar la desgracia de los pueblos. La lógica y la experiencia vienen en nuestro apoyo para probar esta

proposicion, y os demostraré, hermanos mios, que los mismos medios que han preparado la prosperidad y bienestar de España, podrian tambien solos volverle en la actualidad la prosperidad que ha perdido. Imploremos antes los auxilios del Espíritu Santo por la intercesion de María, á quien saludaremos con el Angel, diciéndola: A. M.

1. El perfeccionamiento de las artes y de la industria para aumentar el bienestar de la vida es otro de los artículos del programa á que los incrédulos reducen la civilizacion. Pues bien; nosotros os decimos: «Ahí teneis el mundo entero; Dios lo ha entregado á vuestra explotacion. Reunid todas las producciones del suelo, arrancad á las entrañas de la tierra el oro y los preciosos metales que encierra, haced especulaciones, inventad máquinas, abrid canales, cruzad de caminos de hierro todas las comarcas, pedid al vapor su eficacia para atravesar las distancias, para recorrer los mares, para reunir á todos los pueblos por medio del comercio; nosotros aplaudiremos, nos alegraremos de estas relaciones, y seremos partícipes de vuestras invenciones: vuestro vapor, vuestros caminos de hierro trasportarán á todas partes á nuestros misioneros; todas las naciones oirán la predicacion del Evangelio; habreis cooperado á la union de los pueblos, y todos los hombres formarán un solo pueblo y una familia bajo la eternidad de Dios. ¿Quereis ordenar el trabajo y mejorar la condicion del obrero? Aceptad de corazon las miras de la Iglesia, que siempre ha dado un testimonio del más vivo interés que se toma por esta clase tan numerosa de la sociedad.

Si aspirais al perfeccionamiento de las artes y todo lo que puede embellecer la vida, la Iglesia es la gran escuela de las artes, que ha hecho nacer y crecer el movimiento artístico y religioso, que tantas maravillas y tantos monumentos produjo en la edad media, y que aún son hoy el orgullo y la gloria de Europa. Cuando el protestantismo, en el siglo XVI, declaró una guerra á muerte á la fe antigua y á sus expresivos símbolos; cuando destruia los monumentos, rasgaba los cuadros, rompia las imágenes, ¿quién dió asilo á las artes perseguidas? ¿Quién las acogió? ¿Quién las animó, preparando su restauracion? La Iglesia católica. Nosotros, sacerdotes católicos, queremos las artes, deseamos que la industria tome un gran desarrollo, y que se desenvuelva el comercio. Lo que nosotros condenamos, y lo que todo hombre honrado debe anatematizar con nosotros, es el culto exagerado de la materia, y el bienestar de la vida presente considerado como el objeto supremo y la suprema ambicion del hombre. El

hombre no es solamente un animal que come y digiere; es, antes que todo, un ser inteligente, moral, religioso, que tiene deberes y un fin inmaterial. Su corazon es un grande horno que arde sin cesar, y que bien pronto devora y consume todo lo finito, todo lo limitado. Fuera de esto, se ha dicho muy bien, que no puede cambiar la naturaleza de las cosas; que siempre habrá pobres en el mundo; y que los goces que proporciona la opulencia, nunca serán accesibles á todos. Al hombre que vive de la fatiga y del trabajo, le mostrais los goces que dá el oro, y le decís: «¡Ved aquí la felicidad!» Pero, en su condicion miserable, tiene que trabajar mucho, y buscar todos los medios, y no puede conseguir los goces de la riqueza; desde entónces cobra aversion á su estado: si no puede dejarlo, apelará al desórden. ¡Hombre irreflexivo, que no sabes aprovecharte nunca de las lecciones de la experiencia! ¡Qué! ¿no comprendes que es una aberracion deplorable, el empeño de establecer la prosperidad sobre los intereses materiales? ¿No comprendes que la civilizacion del oro y la industria, no puede reemplazar á la civilizacion de la fe y de la caridad cristiana?

¿Qué queda en el mundo si suprimís el cristianismo, sus doctrinas y sus obras? No queda sino el desórden. Ni aún la idea de semejante supresion se concibe en teoría. Encerrado, aprisionado entre la cuna y la tumba como entre la nada, llega la existencia humana á ser para el rico objeto de desprecio y de disgusto, y para el pobre una horrible pesadilla, interrumpida por pesarosos y fatales sueños. Pero dejad al sacerdote que predique sus doctrinas sublimes, é inculque sus inmortales esperanzas; y se reanimará el trabajo, la industria y las artes; y se convertirán por este medio en una fuente de prosperidad y de grandeza para los pueblos. El sacerdote dispone de la palabra que instruye y consuela; enseña al obrero á soportar con buen ánimo el peso de sus privaciones, mostrándole la recompensa infinita del cielo. Al alma sedienta de goces infinitos le muestra bienes inmensos, inagotables; la vida, tan mezquina, tan desesperada, cuando se la encierra en la nada, de repente se engrandece, se dilata sin límites, aspirando á la eternidad; toda la tierra cambia de aspecto, cuando se la considera como el camino del cielo. Las esperanzas por realizar son la condicion esencial de nuestra felicidad presente; y para el hombre desheredado es una buena fortuna, es el único apoyo que puede infundirle valor en medio de las privaciones y de los sufrimientos que esta vida trae consigo. ¡Ved cuan equivocados andan los que piensan, que, mejorando el bienestar material de la vida, se ha de curar la profunda llaga que nos corroe! Lo que el pueblo reclama, lo

que este pueblo hambriento pide, lo que busca, sin darse cuenta de ello, es la verdad, que ha perdido; es la caridad, que se ha eclipsado en su corazon desde que dió al olvido el Evangelio. Enhorabuena que no pretendais, que el pueblo se embrutezca en los goces materiales; que deseeis el desarrollo de su inteligencia y le faciliteis la instruccion, poniéndola á sus alcances. Tampoco la Iglesia rechaza esta parte de vuestro programa.

2. Nunca como ahora se han hecho tantos esfuerzos para generalizar la instruccion á todas las clases de la sociedad. No lo repruebo ni vitupero; esto seria oponerme al espíritu de la Iglesia, que siempre ha tenido horror á la ignorancia, y que ha desvanecido las tinieblas del error. La instruccion del pueblo es un deseo de la Iglesia; pero quiere una instruccion que ilustre verdaderamente las inteligencias, una instruccion que mejore á los hombres, una instruccion que los consuele, que los aliente en medio de las penalidades de la vida. Y ¿lo entendeis así vosotros, hombres del siglo, que os titulais amigos de las luces? Vosotros quereis la instruccion; pero ¿qué entendeis por instruccion? ¿Es instruido un hombre, cuando sabe leer, escribir y calcular? ¿Es instruido, cuando posee todas las ciencias humanas, pero ignora la ciencia que forma al hombre de bien, al hombre virtuoso, al buen cristiano? No es la ciencia; es la virtud la que salva las naciones. ¿Quereis la instruccion? Muy bien; pero si esta instruccion que arrojais sin criterio á la multitud, no está fundada en la religion; si por vuestra enseñanza, el pueblo cree que el cielo es una ilusion, que no hay allí un Dios que le mire, ¿quién pondrá límite á sus indómitas pasiones? Ilustrando la inteligencia sin formar el corazon, excitais la ambicion y la codicia, sublevais á las masas, y dais libre curso al torrente de la impiedad. Pero, ¿cuál será el dique que detendrá la inundacion, y evitará sus efectos destructores? ¡Quereis la instruccion! Pero, cuando no se ha enseñado al hombre el cuarto mandamiento: «Honrarás á tu padre y á tu madre,» se queja de sus padres y se aparta de ellos con desden, si no le facilitan todos los medios materiales que apetece. ¡Quereis la instruccion! Pero un hombre á quien no se le ha enseñado el divino precepto: «Amarás á tu prójimo como á tí mismo,» se insubordina contra todo lo que es un obstáculo á sus deseos, mira con envidia y despecho á aquellos á quienes la fortuna ha colocado en lugar superior. Y en los momentos de desórden y de anarquía, y á favor de la confusion, se apodera de la casa, del campo, de los intereses de su vecino. La instruccion, sin la religion, es funesta; es un presente pernicioso que haceis á la sociedad; es una luz incompleta, una ciencia falsa, que entregais á un hombre sin fe; un puñal que poneis en la mano de un demente.

Me direis, tal vez, que no pretendeis emancipar de la instruccion la enseñanza ni los preceptos de la moral; pero, bien; ¿en qué fundais vuestra moral? La moral descansa sobre el dogma, como la flor sobre su tallo. Suprimid las creencias religiosas, y todas las virtudes se agostan y desaparecen. Me direis, que profesais tambien creencias religiosas, y no quereis que las generaciones carezcan de principios y de fe, ni que desconozcan á Dios. Pero, bien; y ¿de dónde tomais vuestras creencias religiosas, si desechais la enseñanza del sacerdote, si os poneis en oposicion con la Iglesia católica? Si os fundais en la razon, entónces habrá tantas religiones como individuos; y aún vosotros cambiareis de religion todos los dias, porque raras veces se opina hoy como se opinaba ayer. ¿Fundareis la moral en los libros de los filósofos? La filosofía jamás ha sabido sino dudar. Dirigida por la fe, llega á la conviccion; abandonada á sí misma, vaga á la casualidad y va á parar á la nada. Solo el sacerdote católico posee una doctrina fija, capaz de satisfacer un espíritu justo y consecuente.

La sabiduría del que no es cristiano solo trae consigo la duda. El cristianismo, por el contrario, afirma, prueba y demuestra; solo él aclara todas las cuestiones, y resuelve todas las dificultades, y explica todos los enigmas. Con él dominamos todos los sistemas; calificamos de abiertamente falso, engañoso, pernicioso, todo lo que está en oposicion con la doctrina católica; y la ciencia moderna ha venido á confirmar nuestros juicios. Los sábios, apoderándose de la narracion de la Biblia, de los dogmas y de los misterios de nuestra fe, para someterlos á su razon y á su estudio, para analizarlos, para discutirlos, despues se han visto precisados á confesar: que la enseñanza católica envuelve una filosofía sublime, la única verdadera, la única que presenta una base cierta á la moral, la única que asegura la libertad y la prosperidad de los pueblos: vamos á demostrarlo.

3. Jesucristo vino al mundo para librarnos del imperio del demonio y volvernos la libertad propia de los hijos de Dios. Esta libertad sobrenatural ha modificado profundamente el poder que el hombre ejerce sobre sus semejantes. Despues que se predicó el Evangelio, se ha reconocido, que la conciencia tiene un dominio particular, que solo pertenece á Dios; que ningun hombre, como hombre, tiene derecho ni poder sobre otro hombre; y que, por lo tanto, los príncipes que quisiesen sustituir sus antojos á la justicia y á la ley, que quisiesen someter las voluntades y los cuerpos á su capricho, cometerian una usurpacion, un sacrilegio, un robo; usurparian los

derechos de Dios. Fuera de esto, hermanos mios, hay una diferencia inmensa entre el poder pagano y el poder cristiano. El primero es una dominacion, un goce: el segundo es un sacrificio, una autoridad paternal: con una autoridad se puede ser libre; bajo una dominacion no hay más que la esclavitud. La autoridad es un lazo que une á los hombres; la dominacion es un agente que impone cadenas. La autoridad manda y es agradable; la dominacion oprime y tiraniza. Fuera de la Iglesia católica se desprecia la autoridad divina; desde entónces deja de haber autoridad; no hay más que dominacion. ¿Qué importa que esta dominacion la ejerzan uno, ó muchos; un rey, ó los parlamentos? Llamad á esta dominacion monarquía, aristocracia, democracia; nunca será sino un odioso despotismo, desde que deje de reconocer un legislador supremo, que le trace los límites de su poder y regule sus facultades. La publicacion de estas ideas fué, pues, uno de los inmensos beneficios del cristianismo. Hay en el mundo dos poderes distintos é independientes; el uno temporal, que debe concretarse exclusivamente al dominio de la política; el otro espiritual, único á quien corresponde ordenar todo lo que se refiere á las creencias religiosas, á las ceremonias del culto, á los preceptos de la moral. A la sombra de este principio han nacido todas las libertades en Europa.

Es extraño, que los hombres que hablan siempre de libertad, hayan hecho por espacio de un siglo esfuerzos inauditos para quitar á la Iglesia su autoridad y trasmitirla á la autoridad civil. Esto es querer abolir, aniquilar la civilizacion moderna, para llevarnos al paganismo, para sujetar las almas lo mismo que los cuerpos, y someterlos al yugo de un despotismo brutal. ¡Pueblos! no olvideis, que la Iglesia católica es la salvaguardia de vuestra libertad: todas vuestras instituciones están escritas sobre la piedra de la Iglesia; y miéntras haya católicos en el mundo, la libertad humana no será una palabra estéril; miéntras haya un sacerdote, su voz se levantará para recordar al hombre, que la conciencia solo depende de Dios. Pero suprimid el sacerdocio, y todas las doctrinas nobles y elevadas desaparecen; los deberes morales carecen ya de base y de sancion, y se rompen todos los lazos que unian la tierra con el cielo. Los que quieren dominar á los pueblos se presentan como un poder, haciéndose respetar por sí mismos, y convirtiendo su voluntad en ley: esto hacen el despotismo y la arbitrariedad. El pueblo cede por algun tiempo á esa fuerza brutal: tal es la obediencia del hombre, que no se acuerda de Dios; es decir, la más innoble servidumbre. Pero bien pronto rompe la cadena

que le sujeta, y sucede entónces la anarquía y las revoluciones sin cuento.

No cabe duda, pues, en que el sacerdote es el depositario de todos los principios de órden y de justicia, que aseguran la tranquilidad de los imperios; y nos convence una larga experiencia de que, sin su auxilio, es imposible establecer sobre bases sólidas la moralidad, la libertad y la prosperidad de los pueblos. Se han hecho, hermanos mios, grandes esfuerzos para inspiraros desconfianza contra los ministros de la religion. «Los sacerdotes, se os ha dicho, son enemigos de vuestra felicidad: no comprenden vuestras necesidades; quisieran haceros retroceder á los tiempos de la ignorancia y de la superstícion; se oponen al progreso de las luces, al desenvolvimiento de las artes y al desarrollo social.» Nosotros hemos sufrido la injuria sin quejarnos; hemos esperado con paciencia, con la seguridad de que el tiempo nos haria justicia. Y se nos ha hecho: la experiencia habla por mí. Se os ha dicho: «Los sacerdotes prometen la dicha en el otro mundo; nosotros vamos á dárosla en éste: seguidnos; la felicidad está en la tierra. ¡Ahí está!» Se han probado todos los medios, se han recorrido todos los caminos para obtener esa felicidad tan deseada. Se ha apelado á la licencia y á la anarquía bajo el nombre de libertad, y solo se han cometido errores y estragos. Se ha apelado á la guerra, y solo se ha logrado amontonar ruinas. Se ha apelado á la política, á la diplomacia, y toda su habilidad y todas sus astucias han sido burladas por acontecimientos que no han sabido evitar ni aún prever. Se ha apelado á los sábios, á los filósofos, á los ideólogos, y no han hecho sino aumentar las tinieblas, la confusion, acabando por perderse en sus propios pensamientos. Se ha apelado á los legisladores: se han hecho excelentes leyes para castigar el crímen, pero ninguna para prevenirle. Se ha apelado al comercio, á las artes, á la industria: cosas buenas sin duda y ventajosas, puesto que procuran á las familias el pan material que las alimenta; pero el hombre no vive solo de pan, necesita un alimento más sustancial para satisfacer el hambre que le devora. Hoy, que se han apurado todos los medios, y que todos los esfuerzos se han reconocido impotentes, ya no se confia en la ciencia humana. La inutilidad de tantas tentativas ha generalizado la desconfianza, la consternacion y el espanto. Unos á otros se preguntan: ¿á dónde vamos á parar? En medio de este abatimiento universal algunos sábios abren los ojos, y dispertando como de un profundo sueño, gritan á sus hermanos, perdidos y consternados: «¡Sí! ¡Estamos fuera de la vida, caminamos al abismo; pero aun hay remedio, volvamos atrás; nos hemos enga-

ñado! Para hacer felices á los hombres, es preciso hacerlos buenos, es preciso hablar á su conciencia, introducir en su helado corazon el sol de la verdad; es preciso hacerles conocer, amar y practicar esta divina religion, que todo lo reanima y vivifica, que satisface todas las necesidades, todas las exigencias del hombre, de la familia y de la sociedad; en una palabra, es necesario olvidar todos los extravíos de la filosofía y adoptar la enseñanza católica.» Si Jesucristo reina en las conciencias, todas las condiciones de la vida, todas las posiciones sociales presentan un espectáculo magnífico. En la familia teneis la imágen del cielo; en el Estado todas las garantías de órden y de prosperidad; los hombres son hermanos, exentos de ambiciones desordenadas, de deseos inmoderados, que traen siempre consigo las guerras y las divisiones. Los bienes de la vida presente no son ya el objeto de la ambicion del hombre; no son sino un alimento frugal, que el padre de familia ha preparado á sus hijos para pasar el camino que conduce á la patria; y los hijos no se fijan en estos bienes efímeros, avanzan con entusiasmo hácia esas altas regiones, hácia esa eterna patria, donde, por fin, encontraremos la satisfaccion de todos nuestros deseos, y la dicha completa é imperecedera. Amen.

CONCORDIA

DE LAS CIENCIAS DIVINAS Y HUMANAS.

II.

Sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt.

Los insensatos desprecian la sabiduría y la doctrina.

(*Prov.* I, 7.)

Nunca he creido que las letras sean un adorno vano, una gala convencional para las sociedades humanas. Tiene la literatura una gravedad, una grandeza, una utilidad superior que le son propias, y que la Iglesia jamás ha desconocido.

En su espresion más elevada y brillante, la literatura forma el esplendor de lo *verdadero*, de lo *bello*, de lo *bueno*, que son cosas divinas; y por esto decimos en el lenguaje figurado, pero muy digno: el *santuario de las letras*.

Hé aquí lo que me mueve á exponer algunas consideraciones sobre el espíritu de las letras humanas, sobre la parte divina de su naturaleza y mision, y sobre la alta estima en que siempre las ha tenido la Iglesia. Prestadme vuestra atencion. A. M.

1. La Iglesia cultiva con preferencia las ciencias divinas; pero prohibe entrar en su santuario á los que ignoran las ciencias humanas. Más aún: la revelacion le hace descubrir en las ciencias humanas un rayo del esplendor divino.

Si exceptuamos tal vez los principios del Cristianismo, en que se requeria que todo fuese milagroso y divino, y en que plugo al divino Maestro que, bajo ningun concepto, interviniesen la pluma de los es-

critores, ni la elocuencia de los oradores y de los filósofos, no ménos que la espada de los césares; siempre la Iglesia ha buscado y honrado las ciencias humanas. Pero aún refiriéndome á la excepcion que llevo hecha, debo decir: que si los Apóstoles y los primeros Padres de la Iglesia menospreciaron, por indignas, la vana pompa y los atractivos frívolos de la elocuencia profana, y no tomaron los medios de conviccion de los argumentos sútiles de la filosofía; anunciaron, sin embargo, el Evangelio con una fuerza y una riqueza de lenguaje incomparables. S. Pablo, dice Fenelon, aventajó á todo el arte de los autores profanos.

Bossuet, como Fenelon, se complace en consignar que S. Pablo, al propio tiempo que menospreciaba los vanos raciocinios de la filosofía, no por eso dejó de raciocinar con una fuerza admirable; y fué, en el fondo, un excelente filósofo, al par que un enérgico orador. Más aún: fácil nos seria demostrar con los libros en la mano, dice el célebre arzobispo de Cambray, que no hay predicador alguno en nuestro siglo, que use de tantas figuras en sus sermones más estudiados como Jesucristo en sus predicaciones. Esto contestaba Fenelon á los que pretendian, que la predicacion cristiana no necesita para nada la elocuencia, la poesía, ni las ciencias.

Y ¿no lo han comprendido así todos los siglos cristianos? Si nos remontamos á las edades propiamente dichas de la elocuencia sagrada, desde luego se presenta á nuestra vista, en testimonio de la *inmortal concordia* de las ciencias divinas y humanas, la gloriosa y escogida série de los grandes doctores del cristianismo: S. Juan Crisóstomo, la boca de oro del Oriente; S. Agustin, este gran maestro de lo patético y de lo sublime; S. Basilio, y S. Gregorio Nazianceno; el austero S. Jerónimo; S. Leon, S. Gregorio el Magno, estas dos bellas lumbreras de la cátedra apostólica; y S. Ambrosio, tan dulce y persuasivo, que Chateaubriand le llama el Fenelon de la Iglesia latina. Estas almas grandes, estos nobles y santos personajes han sido, en el mundo cristiano, los panegiristas y los testimonios vivientes de la preciosa concordia de que estoy hablando.

Fiel á todas sus tradiciones, la Iglesia no ha descuidado jamás este punto. Siempre ha recomendado á sus ministros el estudio de las ciencias humanas. Ha hecho más todavía: Dios le reservaba la gloria de ser la maestra de las naciones, de enseñar la gramática y la retórica, el griego y el latin á los pueblos bárbaros, al propio tiempo que les educaba en el Evangelio; contribuyendo así á formar las grandes naciones modernas, tan ilustradas y tan cultas, que son las reinas del mundo civilizado.

En la adopcion de las ciencias humanas hecha por la Iglesia, no se busque uno de esos cálculos de política tan comunes entre los dominadores de la tierra. Sus miras son más elevadas y más justas. El motivo de su amor á las ciencias humanas consiste en que, merced á la perspicacia y profunda penetracion con que descubre lo divino, dó quiera que se encuentre, ha vislumbrado en ellas un reflejo de Dios; consiste en que en esa luz superior, de la que procede la enseñanza sobrenatural que la Iglesia nos comunica, las ciencias humanas se le aparecen como una manifestacion del pensamiento, de la palabra, de la belleza, de la misma verdad divina en el órden natural y en el seno del linaje humano.

Con efecto; la inteligencia humana no puede seguir senda alguna, en cuyo término deje de mostrarse el esplendor de Dios, que la ilumina toda entera y hace brillar á los ojos del poeta, del orador, del filósofo digno de este nombre; lo verdadero, lo hermoso, lo bueno en su estado natural, ó sobrenatural; alumbrando así á estas almas privilegiadas con la llama celestial, á la que nada se parece en lo restante de la naturaleza, y que se llama *fuego sagrado;* nombre popular y glorioso con que se distingue al genio inspirado por Dios.

Y el único principio de todo esto es, que hay algo divino en el hombre; es, que el Criador formó al hombre á su imágen, y se complació en reproducir magníficamente en su obra los rasgos de su perfeccion y de su gloria, á saber: la inteligencia y el amor. El hombre fué su obra maestra; y cuando la dotó de una naturaleza tan bella, le enriqueció tambien con todas las nobles facultades y atributos que en él se admiran: el talento, el genio, el buen sentido, el buen gusto, las gracias del lenguaje, la inspiracion poética; todos estos dones maravillosos, que forman lo que yo llamo el reflejo y cierta gloria de Dios en el hombre y en las ciencias humanas.

Así ya no me admira ver el epíteto de *divino* aplicado tan frecuentemente por los grandes filósofos, y aún por los mismos Padres de la Iglesia, á la poesía, á la elocuencia, y tambien á la gramática: *Grammaticæ pene divinam vim*, decia S. Agustin, es decir, á las ciencias, así en lo más elevado, como en lo más humilde que tienen.

2. Las ciencias tienen una mision divina en la tierra. ¿Cómo creer que la mano de Dios sea ajena á las fases brillantes de la vida de los pueblos, y que esas grandes épocas literarias no deban su ilustracion al órden y á los designios de la Providencia sobre la sociedad humana? Reconozcamos, que aún en los mismos tiempos en que las tinieblas del paganismo cubrian la tierra, la Providencia hizo brillar la filosofía, las ciencias, la elocuencia y la poesía en lo que tuvieron

de bello y verdadero. Considerad los generosos esfuerzos que se hicieron entónces para descubrir al través de las tinieblas y más allá del horizonte algo de la luz divina... para continuar el hilo roto de las tradiciones antiguas, y encontrar de nuevo la luz que Dios hacia brillar aún como el último destello de su verdad, *á fin de no dejarse á sí mismo sin testimonio*, Act. xiv, 16, en medio de las naciones, y de demostrar, que la naturaleza caida no estaba eternamente desheredada de los dones de su amor.

Sí; por haberlo expresamente dispuesto la Providencia misericordiosa, fué dado al genio del hombre difundir sus luces tan brillantes, que bastaron entónces para revestir de un resplandor inmortal las obras del espíritu humano. Los versos que citaba S. Pablo en el Areópago, no eran versos paganos; como tampoco lo eran las brillantes ideas que Virgilio sacaba de los libros sibilinos, astros nuevos que él columbró: *Solemque suum, sua sidera norunt;* y esas tristezas de la tierra: *lacrimæ rerum*, que infundian en su alma aspiraciones indefinibles hácia un mundo mejor, y hacian notar en sus versos, digámoslo así, un estremecimiento sublime de la naturaleza conmovida por sus prolongados dolores, una grande y poderosa inquietud de la tierra y de los cielos, que suspiraban por el Libertador deseado! ¿Y qué diremos de Platon, que contemplaba de léjos el ideal del Justo y de su muerte en una cruz? No; sin un designio providencial, ó mejor, sin una inspiracion de lo alto, la lengua de Platon y de Virgilio no habrian modulado tales acentos ni producido tantas obras maestras; y, sin embargo, Dios habia decidido que estas dos lenguas sirviesen á su Iglesia!

Lo que ocurrió al principio de los siglos cristianos, se convirtió despues en tradicion. S. Pablo habia citado á Arato y á Menandro: *Corrumpunt mores bonos colloquia mala:* I. Cor. xv, 33. *(Menandro.) Ipsius enim et genus sumus.* Act. xvii, 28. *(Arato.)* S. Justino y S. Agustin citaron á Platon; Sto. Tomás y toda la edad media estudiaron y reprodujeron las doctrinas de Aristóteles.

Y toda vez que debia acontecer todo esto, si lo tomásemos á admiracion, manifestaríamos que no comprendemos poco ni mucho la grandeza del Cristianismo. Este es la luz del mundo; y cuando se aparece en el horizonte, todas las sombras se desvanecen, y el Dios del Evangelio se llama el Dios del dia: *Lux mundi;* y hé aquí porque atrayendo hácia sí todos los astros, que por disposicion suya habian arrojado antes que él alguna claridad en las tinieblas, les señaló su lugar y su gloria en el nuevo firmamento; y todos, como en

el primer dia de la creacion, volviendo al foco que es su orígen, contestaron sucesivamente: aquí estamos: *adsumus.*

Las cosas divinas corren siempre sumo riesgo en manos de los hombres. Por esto vemos que las ciencias se rebelan, á veces, contra la verdad, la belleza, la bondad eterna... Más ¡ay! entonces la humanidad no puede ménos de dolerse profundamente de semejante extravío!

Véase: CIENCIA.

CONCORDIA

DE LA RAZON Y DE LA FE.

III.

Rationabile obsequium vestrum.
Vuestra sumision sea razonable.
(*Rom.* xii, 1.)

Si á cualquier cristiano, aunque no carezca de cierta instruccion, se le pide que dé razon de su fe, responde al instante: no quiero hablar ni discurrir en este punto, sino creer. Entendido bien este modo de hablar, puede ser bueno; pero, en un sentido bastante comun, denota poca fe, y aún una secreta disposicion á la incredulidad. Porque ¿qué quiere decir, yo no discurro de modo alguno sobre la fe? Si este afectado cristiano supiera descifrar bien los verdaderos sentimientos de su corazon, ó si quisiera declararlos con pureza, reconoceria que las más veces significa y quiere decir: yo no discurro ni razono sobre la fe, porque si discurriese ó razonase, nada creeria; no razono, porque si razonára, no hallaria mi razon cosa alguna que la determinase á creer; no razono, porque si razonase, mi mis-

ma razon me opondria tan graves dificultades, que me apartarian absolutamente de creer. Pues este modo de pensar, y estar en esta disposicion, es faltar á la fe; porque la fe cristiana no es un puro asenso de creer, ni una simple sumision del entendimiento, sino un asenso y una sumision razonable: *Rationabile obsequium vestrum.* Porque no serian virtuosos, si no fuesen razonables este asenso y esta sumision. Pero ¿cómo serán este asenso y esta sumision razonables, si en esta sumision y este asenso no tiene parte alguna la razon?

Con que conviene razonar, pero solo hasta cierto punto, y no pasar de allí. De este modo debemos concordar la razon con la fe. Esto es lo que me propongo demostraros. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dios no reprueba las luces de la razon, antes nos las ha comunicado para que, como una antorcha, nos alumbren y guien. Conviene razonar, pero sin pasar los límites que señalaba el Apóstol á los primeros fieles cuando les decia: «Hermanos mios, os advierto á todos, sin exceptuar á alguno, en virtud de la gracia que me ha sido dada, que no os adelanteis demasiado en el exámen de las materias de la fe, sino que useis de una gran reserva y toqueis con gran sobriedad esta materia.» Rom. xii, 3. Segun esto, lo que yo debo procurar examinar es, cuáles son las pruebas, cuáles los motivos que me hacen evidentemente creibles la religion que profeso y todos los misterios que me enseña: esto es lo que debo examinar y lo que debo procurar entender bien: en esto debo ejercitar mi razon; y sobre lo que no me es permitido decir, yo no razono ni discurro. Porque sin este exámen y exacto razonamiento, no puedo tener sino una fe incierta y poco firme; una fe vaga, sin principios, ni consistencia alguna. Y por esta razon, el príncipe de los apóstoles, S. Pedro, nos ordena *el estar siempre preparados y dispuestos para satisfacer á los que nos preguntaren la razon de lo que creemos y de lo que esperamos.* I Petr. iii, 15. Quiere el mismo apóstol, que estemos siempre dispuestos para dar razon de nuestra fe, justificar el prudente partido que seguimos, hacer ver que no hay otro alguno mejor establecido, y mostrar los legítimos títulos que nos autorizan y nos adhieren inviolablemente á ella.

Pero ¿cuál es el fondo de estos grandes misterios que me revela la religion y anuncia el Evangelio? ¿En qué consisten, y cómo se cumplen? Aquí se debe detener la razon y reprimir su curiosidad; y no solamente no me es permitido discurrir, sino expresamente mandado decir: yo no discurro, pero creo: en efecto, bástame saber

que debo creer todo esto; que creo prudentemente todo esto; y que seria irracional y delincuente si no creyese todo esto, enseñándomelo una religion cuyos eficaces raciocinios é invencibles argumentos me dan á conocer esta incontestable verdad. Esto es lo que me conviene; y si yo quisiera adelantarme más, y con una presuncion semejante á la de Sto. Tomás, dijese como él: *Yo no creo á ménos que no vea*, Joan. xx, 25, perderia desde luego la fe y el mérito que tendria en creer. Perderia la fe; porque es esencial á la fe el no ver y creer lo que no se ve. Perderia el mérito; porque no hay mérito alguno en creer lo que se tiene á la vista, lo que tenemos delante de los ojos, lo que palpan los sentidos, lo que se ve con claridad y con la mayor distincion. No tenemos libertad en esto, y no somos dueños de nuestra creencia y fe para darla ó recusarla; porque, aunque no queramos, nos hallamos persuadidos y convencidos, sin que nos cueste trabajo ni sacrificio. Y en este sentido dijo el Salvador de los hombres: *¡Dichosos aquellos que no vieron y creyeron!* Joan. xx, 29.

De este modo debemos concordar la razon con la religion. La razon ilustrada de lo alto dá los primeros pasos, ó pone los preliminares, convenciéndonos de que la religion viene de Dios; pues no hay un solo artículo de cuantos contiene, que no haya sido revelado por Dios, ya en la Escritura, ya en la tradicion, explicada y propuesta por la Iglesia. Siendo Dios absolutamente incapaz de errar, ni mentir, se sigue: que es infaliblemente verdadero todo lo que nos ha revelado. Finalmente, no anunciándonos la religion otra cosa que la palabra de Dios, y anunciándola en nombre de Dios, es por consiguiente verdadera, y obliga á una perfecta adhesion de nuestro entendimiento y voluntad. Esto es en lo que obra la razon y lo que nosotros descubrimos con el auxilio de su luz. Pero, tomando este principio en general, entra luego la religion, y nos propone sus verdades particulares; y por oscuras que sean, sujeta á ellas la razon, sin dejarla libertad ni licencia para penetrar estas sombras misteriosas. Pero si por su indocilidad natural y por su soberbia repugna á ello la razon, entónces la religion, con el peso de su autoridad y con un mandato expreso, la subyuga y cautiva en obsequio de la fe. Si replica la razon, ¿cómo es esto y lo otro? Responde la religion: basta que estés instruida de ello para no poder dudar, segun las reglas de la prudencia; pues no se puede dudar prudentemente, que deje de ser cierto lo que Dios ha revelado. Esta respuesta, este silencio impuesto á la razon, la humilla, no cabe duda; pero es una humillacion saludable, que le impide desviarse y dejarse llevar (segun

la expresion de S. Pablo), de todos los vientos de doctrina; antes la contiene en los justos límites á que se debe ceñir y de que no se debe desviar.

De este modo se halla firme nuestra fe, sin que pierda nada de su oscuridad; y al mismo tiempo es oscura, sin perder cosa alguna de su firmeza.

Aclaremos este punto; y para hacerlo más inteligible, reduzcámoslo á práctica. Supongamos á un cristiano asaltado de alguna de aquellas tentaciones que ocurren contra la fe, y de que las almas más fieles y religiosas no están libres, á lo ménos por algun corto tiempo.

En ocasiones semejantes en que me puedo hallar yo, del mismo modo que otros, ¿qué es lo que debo practicar? Despues de haber implorado la asistencia divina, vuelvo en mí, y para fortalecerme, llamo en mi ayuda á mi razon y á mi religion á fin de que me socorran. Una y otra, por decirlo así, me dan la mano, y concurren á asegurarme y calmar mis inquietudes. Mi razon me recuerda y trae á la memoria, los grandes motivos que siempre me han determinado á creer, y que me han parecido, hasta ahora, los más propios para afirmarme en la fe, en que me he criado. Por ejemplo, supongamos que ella me representa el dilatado espacio del universo, y esta multitud innumerable de cosas visibles que le componen. Me hace admirar la diversidad, la hermosura, la inmensidad, la disposicion, el órden, la union, la mútua dependencia, la utilidad y duracion que tienen y han tenido despues de tantos siglos.

Veo á la primera ojeada, que una obra tan bien dispuesta y tan bien organizada en todas sus partes, y de una composicion sobre todo humano artificio, no puede ser efecto del acaso. Y así el juicio que formo de todo esto, por poca atencion que ponga en ello, es reconocer una primera causa, un excelente artífice, un poder supremo de quien todo tiene orígen; que todo lo ordena, que lo dispone todo, y á todo da aquella impresion que lo anima y mantiene en su sér. Pues este excelente artífice, este poder primitivo, esencial, independiente, es á lo que nosotros llamamos Dios, y al que debemos honrar como tal. Digo honrarle como Dios; y paso á paso, la misma razon que me guia, me lleva más adelante, y me hace pasar del conocimiento de Dios al conocimiento del culto, que le debo dar y tiene derecho á exigir de mí. Culto religioso; y ¿qué cosa más racional en el Criador, que esperar de sus criaturas el justo obsequio y homenaje que le pertenece; y en las criaturas el glorificar en cuanto les sea posible al Criador, de quien han recibido el sér, dar crédito á sus oráculos,

conformarse con su voluntad, observar su ley, adorarle y consagrarse enteramente á su servicio? En esto consiste la religion; más porque entre las muchas religiones, que por error de la razon se han introducido entre los hombres, hay algunas necesariamente falsas, pues se contradicen unas á otras, y por esto las reprueba Dios, se debe buscar la religion verdadera; y, además de esto, examinar si ella es la únicamente verdadera. Pues entre las religiones que hoy reinan en el mundo, yo no hallo otra que la religion cristiana.

Cuando no hubiera otras pruebas de esto, bastaria el testimonio de los milagros de Jesucristo. Viene al mundo este nuevo Legislador, predica su Evangelio, que es la ley cristiana, y para autorizar su predicacion, se dice y llama enviado de Dios. Siendo Dios quien le envia, y hablando en nombre de Dios, es evidente, que es verdadero y la pura verdad todo lo que enseña, y que debemos suscribir á su doctrina. Porque seria necesario no tener aún el más ligero conocimiento de Dios, para persuadirse á que él podia atestiguar y confirmar la mentira. Corresponde á Jesucristo, al anunciar su doctrina, probar su mision. Y ¿cómo la prueba? Por los milagros que obra. Si Jesucristo ha hecho milagros, y milagros del primer órden; milagros innumerables, y los más maravillosos; si el principal fin de estos milagros ha sido, que le reconozcamos como enviado de Dios; no se puede dudar que su doctrina es divina.

Despues de convencerme por esto y por otros muchos motivos, que la ley de Jesucristo no me puede engañar, y que, siguiéndola, no me puedo perder; que todo lo que esta ley me enseña es tal como ella me lo enseña, y que todos los dogmas que me propone son otros tantos artículos de fe, que debo indispensablemente confesar; que el dudar sobre esto, ó detenerme en una suspension voluntaria por solo un momento, seria grave delito y una infidelidad digna de eterna condenacion; despues de esto, repito, si mi razon pretende penetrar el abismo de los impenetrables misterios que la religion me ha revelado, y cuyo interior me ha escondido; entra luego la fe, se eleva, defiende sus derechos, me pone un velo sobre los ojos, y me obliga á no pasar adelante sino entre sombras y oscuridades. Pero por mucho que reclame la razon, tan curiosa como presumida, y por más que ella pregunte: ¿Qué cosa es el misterio de un Dios en tres personas, y de tres personas en un solo Dios? ¿Qué cosa es el misterio de un Dios hombre, realmente presente debajo de las especies de pan y vino en el augustísimo Sacramento del altar? ¿Qué son todos los demás misterios? Sobre esto responde la fe lo mismo que dijo Dios al mar: *Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí que-*

brantarás tus hinchadas olas y abatirás tu soberbia. Job. xxxviii, 11. Decreto á la verdad absoluto, y contra el cual no tiene que oponer ni replicar la razon cristiana. Pero en esta misma respuesta halla infinitas ventajas; porque como el hombre sacrifica á Dios su cuerpo por la penitencia y su corazon por el amor, así le sacrifica su entendimiento por la fe. Sacrificando á Dios su cuerpo por la penitencia, le honra como soberanamente justo: sacrificándole su corazon por el amor, le honra como soberanamente amable; y sacrificándole su entendimiento por la fe, honra á Dios como soberanamente infalible y veraz.

2. Ventajas son estas por lo que mira á Dios; pero tomándolo por lo que mira al hombre y su tranquilidad, no le debe ser ménos ventajoso el tener una regla que sosiegue las turbaciones perpétuas de su entendimiento, cuando él se abandona á sí mismo. Pues esta regla es la fe. En efecto; sin una fe rendida, en lugar de asegurarme las luces de mi razon en la eleccion de un partido que afiance mi descanso, solo servirian de empeñarme cada dia en nuevos embarazos, y causar nuevas inquietudes en mi espíritu. Porque bien sabido es, cuán variable es la razon humana, si se le suelta un poco la rienda; y cuán fecunda es la imaginacion en sugerir nuevas ideas, si no hay algun principio firme que la detenga. De suerte, que hoy pensamos de un modo, y mañana de otro; hoy nos agrada una cosa, y mañana nos enfada; hoy nos fatiga una dificultad, y no bien nos hemos desembarazado de ella, cuando ocurre otra mayor que nos agita más: y todo esto es especialmente verdadero en materia de religion; y más comun á los espíritus vivos y penetrantes, á los que presumen de sábios, á los sábios del mundo más que á los espíritus sencillos y limitados. De donde nace, que nos quedamos en una perplejidad, y nos entregamos á todo lo que se nos pone delante, sin estar nunca firmes.

Pero si la razon se sujeta á la fe; si procediendo ambas de acuerdo se dan mútuamente el socorro y ayuda que pueden recibir la una de la otra; queda perfectamente tranquila el alma.

Pero, ¿cómo se puede creer (dice el entendimiento humano) lo que no se comprende? ¡Oh entendimiento humano! ¿Es posible que no te hagas justicia á tí mismo? ¿Cuántas cosas existen en todo el universo, cuántas cosas se presentan á nuestra vista que son ciertas, y no las comprendemos? ¿Por ventura dejarán de ser ciertas, porque nosotros no las comprendamos?

No permita Dios que yo me atreva á entremeterme en secretos que por ahora me son desconocidos. Seria presuncion mia; y segun la amenaza del Espíritu Santo, queriendo contemplar, Señor, muy de cerca vuestra majestad, me oprimiria vuestra gloria y esplendor. Prov. xxvii, 26. Vendrá el dia dichoso en que entraré en vuestro santuario eterno, donde os mostrareis en todo vuestro esplendor y gloria; allí os veré cara á cara; y entónces, desde esta fe oscura en que me hallo, me hareis pasar á una claridad sin sombras y toda resplandeciente. Pero hasta entónces me quereis probar, y quereis que yo os busque en las tinieblas, y por un camino todo oscuro y lleno de sombras. No por eso, Señor, reprobais las luces de mi razon, ántes me la habeis dado como una antorcha para que me alumbre y me guie; pero despues de haber usado de ella, segun vuestra ley, me mandais cerrar los ojos, reprimirla, sujetarla, y ponerla de acuerdo, por medio de esta sujecion, con la fe, que debe ser siempre superior á ella y dominarla. Vos, Señor, lo habeis ordenado así para honra vuestra y salvacion mia. De buena gana consiento, Dios mio, y creo todo lo que os habeis dignado anunciarme, y lo creo solo porque vos lo habeis revelado. *Yo creo, Dios mio*; pero al mismo tiempo os suplico como aquel padre del Mudo del Evangelio, *que fortalezcais mi poca fe.* March. ix, 23; porque me parece que en algunas ocasiones está muy endeble esta fe, por la que, sin embargo, debo estar pronto á derramar mi sangre. Vos, Señor, la mantendreis, y me mantendreis á mí contra los más violentos insultos; y no permitireis que me falte un caudal tan necesario y tan precioso, el solo que puede hacerme feliz en este mundo, y proporcionarme en el otro la felicidad, por la que he sido criado, y que os deseo á todos.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

A los que no reconocen otro criterio que la razon, se les puede demostrar que, «separando la razon de la fe, no sacarán ningun partido ni de la una ni de la otra.»

El que separa la razon de la fe, separa dos cosas que son inseparables. ¿Qué es la razon? La luz que Dios nos ha concedido para reconocer y discernir las cosas. Y ¿á qué fin nos la ha dado? Para reconocerle á él. La fe nos ha sido tambien concedida para conocer á Dios. Con la sola razon no le conoceríamos como conviene: la fe completa este conocimiento. Si la razon y la fe tienen un mismo objeto, son inseparables; y el que las separa, tropezará necesariamente á cada paso.

El que separa la fe de la razon, se expone á perder la una y la otra. La fe no es enteramente ciega. Sus misterios tienen una parte interior y otra exterior; la razon conoce esta última, y se persuade de que en aquélla no se descubre contradiccion alguna. De este modo la fe es, como nos manda Dios, *razonable*.

II.

Los titulados defensores de la razon humana, que son sus verdaderos enemigos, pueden ver en la historia; 1.°: Que la razon nunca ha brillado tanto, como cuando la fe la ha iluminado; 2.°: Que la fe nunca ha sido tan bien aceptada, como cuando la razon se ha puesto á su servicio.

I. Cotéjense las obras de los filósofos gentiles con las de los filósofos cristianos, y brillará con toda evidencia la verdad de la primera parte.

II. Cuando la razon humana se dedica á la defensa de la fe, los misterios más altos de la religion, como si salieran de la obscuridad, se hacen en algun modo inteligibles.

CONCUPISCENCIAS.

(LAS TRES)

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis.

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

(Gal. v, 24.)

La Sagrada Escritura nos enseña, que Dios crió al hombre en un estado de rectitud perfecta. En el órden natural todo era perfecto; la inteligencia estaba inundada de luz, el corazon gozaba de paz, los sentidos vivian en órden, sometidos al alma; al paso que el alma recibia de lo alto la efusion de la gracia divina, la cual se derramaba por el cuerpo, é imprimia así á todo el hombre cierto sello de divinidad. La rectitud del hombre, desde el principio, consistia, pues, en la perfecta concordancia de todas las partes que componen su cuerpo, y en la admirable armonía del órden de la naturaleza con el de la gracia. Pero ese órden, esa armonía no subsistieron por mucho tiempo: sobrevino el pecado; y como el pecado es un mal, y el mal un desórden, y como el desórden es un elemento de destruccion, la ruina del hombre se hizo inevitable; la naturaleza quedó profundamente trastornada al golpe que la gracia recibia, y por el que quedaba destruida. Desde el dia en que el hombre, constituyéndose soberano, llevó la mano al fruto prohibido, perdió la gracia de su corazon; y sacudido de su alma el imperio de Dios, su cuerpo dejó de estar sometido al imperio del alma. De aquí esta revolucion intestina, esta lucha que sostenemos en nuestro corazon, y que prosigue su curso desde há seis mil años. De aquí el nacimiento de estos dos principios en nosotros, el uno del bien, que aún subsiste entre las ruinas de la conciencia; y el otro del mal, que causó

El que separa la fe de la razon, se expone á perder la una y la otra. La fe no es enteramente ciega. Sus misterios tienen una parte interior y otra exterior; la razon conoce esta última, y se persuade de que en aquélla no se descubre contradiccion alguna. De este modo la fe es, como nos manda Dios, *razonable*.

II.

Los titulados defensores de la razon humana, que son sus verdaderos enemigos, pueden ver en la historia; 1.°: Que la razon nunca ha brillado tanto, como cuando la fe la ha iluminado; 2.°: Que la fe nunca ha sido tan bien aceptada, como cuando la razon se ha puesto á su servicio.

I. Cotéjense las obras de los filósofos gentiles con las de los filósofos cristianos, y brillará con toda evidencia la verdad de la primera parte.

II. Cuando la razon humana se dedica á la defensa de la fe, los misterios más altos de la religion, como si salieran de la obscuridad, se hacen en algun modo inteligibles.

CONCUPISCENCIAS.

(LAS TRES)

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis, et concupiscentiis.

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

(Gal. v, 24.)

La Sagrada Escritura nos enseña, que Dios crió al hombre en un estado de rectitud perfecta. En el órden natural todo era perfecto; la inteligencia estaba inundada de luz, el corazon gozaba de paz, los sentidos vivian en órden, sometidos al alma; al paso que el alma recibia de lo alto la efusion de la gracia divina, la cual se derramaba por el cuerpo, é imprimia así á todo el hombre cierto sello de divinidad. La rectitud del hombre, desde el principio, consistia, pues, en la perfecta concordancia de todas las partes que componen su cuerpo, y en la admirable armonía del órden de la naturaleza con el de la gracia. Pero ese órden, esa armonía no subsistieron por mucho tiempo: sobrevino el pecado; y como el pecado es un mal, y el mal un desórden, y como el desórden es un elemento de destruccion, la ruina del hombre se hizo inevitable; la naturaleza quedó profundamente trastornada al golpe que la gracia recibia, y por el que quedaba destruida. Desde el dia en que el hombre, constituyéndose soberano, llevó la mano al fruto prohibido, perdió la gracia de su corazon; y sacudido de su alma el imperio de Dios, su cuerpo dejó de estar sometido al imperio del alma. De aquí esta revolucion intestina, esta lucha que sostenemos en nuestro corazon, y que prosigue su curso desde há seis mil años. De aquí el nacimiento de estos dos principios en nosotros, el uno del bien, que aún subsiste entre las ruinas de la conciencia; y el otro del mal, que causó

estas ruinas, y se prevalece de ellas con una audacia siempre insultante. El apóstol S. Juan, el apóstol muy amado, el que entre los hijos de los hombres y en compañía del divino Salvador representaba mejor al hombre regenerado, nos ha hablado de esta ley que rige en nosotros desde la caida de Adan, y que hace la guerra á Dios. S. Juan nos ha trazado el cuadro de los desórdenes que militan sin cesar contra el órden establecido por Dios, contra la doble ley de la naturaleza y de la gracia; y dirigiéndose á todos, á los padres como á los hijos, á los viejos como á los jóvenes, les dijo: «No querais amar al mundo ni las cosas mundanas; pues todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y orgullo de la vida; lo cual no nace del Padre, sino del mundo. El mundo pasa, y pasa tambien con él su concupiscencia. Más el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente. I. Joan. II, 15 et seq.» Estas tres concupiscencias, amados hermanos mios, alientan aún en nosotros, viven en el mundo, tienen un reino y una gloria; gloria y reino que voy á examinar, á fin de que, conociéndolos perfectamente, podamos combatir con eficacia en nosotros y en el mundo las tres concupiscencias. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Empecemos por el orgullo de la vida: *superbia vitæ*. El orgullo consiste en una desordenada independencia de Dios. Tener este orgullo soberbio de que habla el Apóstol, es, prescindiendo del principio comun á que todos debemos adherirnos, hacerse uno mismo su principio y su ley. Este orgullo nos fué inspirado desde el dia en que nuestros primeros padres, despreciando el mandamiento que Dios les habia dado, infrinjieron el precepto y comieron el fruto prohibido; orgullo que se ha inoculado en nosotros, que se ha introducido en nuestra naturaleza, ha penetrado hasta el fondo de nuestras entrañas, y viciádonos hasta la médula de los huesos; orgullo que nos ha infectado, que mancha toda nuestra vida; y por eso lo llama S. Juan *superbia vitæ*, orgullo de la vida. Este orgullo, pues, ha dicho dos palabras y ejecutado dos obras: palabras y obras de destruccion. Primero; ha dicho: El hombre es igual á Dios, y el hombre depende del hombre. En seguida, queriendo poner en práctica su doctrina, ha creado, por una parte, la idolatría, y por otra, la esclavitud. Admirado de su propia grandeza, de la majestad que aún le restaba despues de su ruina, como se viese inteligente, racional, con libre albedrío, y apto para crear á su sabor cosas magníficas en el órden intelectual, en el órden artístico, en el órden industrial,

el hombre ha dicho: yo soy grande! yo soy rey! Y luego ha añadido locamente: yo soy Dios! y entónces se ha adorado. En castigo de este orgullo, despues de haberse adorado, ha tambien adorado á los animales y á las plantas; y se ha visto un dia en la historia, dia multiplicado por miles de dias, se han visto siglos, en que todo ha sido Dios, excepto Dios mismo. El hombre que por orgullo habia adorado lo que no es Dios, y constituido así el reinado de la idolatría, por una consecuencia extraña, ha establecido tambien la esclavitud: pues es imposible que nos amemos á nosotros mismos, que nos atribuyamos una superioridad exclusiva, sin que de rechazo no lleguemos á despreciar al prójimo, si tiene ménos inteligencia, ménos actividad, ménos poder que nosotros. Así, pues, como el poder, las riquezas, los medios exteriores de crear una dominacion no pertenecen á todos, sino á los ménos, ha sucedido, amados oyentes, que, durante largos siglos, el linaje humano se ha dividido en dos castas, en dos categorías: la una, poco numerosa, la de los tiranos; y la otra de esclavos, inmensa por el número, cuyos desdichados individuos no eran hombres siquiera, pues se les trataba como cosas, y eso impunemente. Las palabras *humanidad y caridad* no existian; fueron creadas por el Cristianismo. Ved ahí, hermanos mios, hasta donde el orgullo de la vida, *superbia vitæ*, habia arrastrado al hombre despues de la caida original.

Y en nuestros dias, á los diez y ocho siglos de Cristianismo, ¿creeis, amados hermanos mios, que ya no hay idolatría, ni esclavitud? ¡Ah! dó quier que hay pecado, hay idolatría y esclavitud. El que se rebela contra Dios, tan solo se rebela porque hay un ídolo en alguna parte, en su corazon, en su casa, fuera de ella; un ídolo de plata, de oro ó de carne, poco importa. No se rechaza la verdad, la santidad, la vida, sin un motivo derivado de una divinidad que se acata, en quien se cree, á quien se prestan homenajes. Y hay tambien esclavitud, pues es imposible amarse á sí mismo con exclusion de Dios, sin hacer la guerra á lo que nos ofusca. El orgullo quiere dominar con exclusion de todo lo demás; quiere ser solo, pretende absorber; y si se lé dejase obrar, absorbiera al mundo entero. Entónces no habria ya remedio para el género humano; ya no habria moral; ya no habria leyes; ya no habria nada. Así es, que el orgullo es un espíritu de destruccion, porque es un espíritu que niega á Dios, la verdad, la justicia, el amor.

La segunda concupiscencia, amados hermanos mios, recibió de S. Juan el nombre de concupiscencia de los ojos: *superbia oculorum;* la cual consiste en una curiosidad vana, y en un amor desordenado al

fausto, á los adornos y riquezas; ella se refiere principalmente á la vista, órgano el más activo, más sutil y más perfecto del conocimiento externo. El hombre se complace en conocer y experimentar; pero cuando este deseo de conocer y experimentar traspasa los límites, hay orgullo, hay locura, hay lo que S. Juan llama concupiscencia de los ojos. Esta dió orígen á las ciencias vanas, á las ciencias que nosotros llamamos ocultas, porque se ocultan como todo lo que obra mal; ciencias que tratan de destronar la verdad revelada, que pugnan con Jesucristo, con lo que el mundo entero ha creido; y que por medio de misteriosas iniciaciones acaban por inspirar cierto respeto á los ánimos crédulos. Estas ciencias vanas y curiosas, que se complacen en experimentos locos y ridículos, terminan en los sentidos y producen la corrupcion.

La concupiscencia de los ojos consiste tambien, como llevo dicho, en el amor al lujo y á las riquezas. El hombre se paga de las apariencias; y como desde la caida original hemos perdido nuestro verdadero ornamento, la gracia santificante, la virtud divina, que nos cubria cual manto precioso, nos desvivimos por bagatelas, por el oro, la seda, la púrpura; y si nuestra fortuna no nos permite tan ricos ornamentos, nos agradan, á lo ménos, adornos trabajados con arte; pues nos gusta que nos vean y admiren. Esta vanidad exterior, como la curiosidad de que há poco hablábamos, ha pronunciado en la sociedad palabras de destruccion, á saber: conviene consumir mucho para que el obrero, el pobre, el trabajador produzca mucho y pueda enriquecerse. Esta, amados hermanos mios, es una teoría social inhumana, al par que anticristiana: inhumana, porque si es menester trabajar mucho para producir mucho, sucede que el mayor número ya no es dueño de sí mismo; se ve obligado á funcionar perpetuamente como una máquina para regalo y en provecho de algunos consumidores ociosos; anticristiana, porque consumir mucho es acrecentar, agrandar, dilatar demasiado el dominio de los sentidos en detrimento del alma, y, por consiguiente, aumentar la vehemencia de las pasiones, que en su mayor parte alienta en los sentidos, y se opone al dominio de Dios.

La tercera concupiscencia, de que habla S. Juan, recibió de este apóstol la denominacion de concupiscencia de la carne, *concupiscentia carnis;* la cual consiste en el amor desatentado á las satisfacciones sensuales, que vive en nosotros, y aún ¡ay! la llevamos desde el seno de nuestra madre como un vicio original; circula en nuestras venas, penetra en nuestra alma por los ojos, por el oido, por el gusto, por el tacto, por todos los sentidos; llega al corazon, al mismo

cérebro, conmueve y vicia este órgano del pensamiento, lo debilita, lo altera, y, á veces, lo toca de locura. ¡Ah! ¿quién está enteramente limpio de esta concupiscencia? ¿A quién no ha atacado una vez, á lo ménos, este poder sordo y misterioso? ¿No ha sido la causa de la ruina de las grandes ciudades en todas épocas? ¿No atrajo la cólera de Dios sobre Nínive, sobre Sodoma y Gomorra, sobre Tiro, Babilonia y Roma; y no es de temer que todas las grandes ciudades modernas estén hoy amenazadas de la diestra del Señor, por su amor á la voluptuosidad, que penetra en todos los corazones, mancha todos los cuerpos y altera todos los órganos? ¡Ah! este es, amados hermanos mios, este es el formidable enemigo del linaje humano; y si nosotros extirpáramos el amor á la voluptuosidad, el amor á los goces sensuales, abriríamos al Evangelio ancho y seguro campo para su predicacion..... Tales son las tres concupiscencias.

Más me olvidaba de decir, que la concupiscencia de la carne degrada la dignidad humana. Este vicio nos aja y marchita cada vez con mayor fuerza. Los que llevan los estigmas de la voluptuosidad ¿no ofrecen cierto aspecto de caducidad, ciertos rasgos cadavéricos que espantan? No, ya no existe en el semblante del hombre el destello de la majestad divina, sino el sello de Satanás! Es tan grande el horror que á Dios inspiran esos corazones podridos, que en la Escritura, los hombres y pueblos injuriosos no llevan ya el nombre de hombres, sino de carne: *caro*. Así es, que Dios dijo, cuando el diluvio: Destruiré el mundo porque se ha vuelto carne: *caro est*. Y así es, que nuestro Señor, que vino á revestirse de nuestra humanidad, como la viese perdida, estigmatizada por este vicio; y como ya no descubriese, por decirlo así, al alma humana en los hombres, vino á tomar nuestra carne en el seno de una vírgen: y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: *et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Tal es, amados oyentes, el imperio de los sentidos en el mundo, descrito por S. Juan; eso es lo que existe dó quier que hay hombres. Eso es tambien, amados hermanos mios, lo que bajo la inspiracion de Dios debemos combatir.

2. Pero para combatir eficazmente el imperio de los sentidos, es preciso seguir á Jesucristo, es preciso entrar en la via dolorosa que él recorrió, es preciso que nos inspiremos con sus palabras, que imitemos sus ejemplos; y, por consiguiente, conviene saber la doctrina que él mismo formuló, y las obras que creó para combatir el imperio del sensualismo. Así, pues, amados oyentes, tres fueron las palabras que se dijeron, tres las obras que se crearon, opuestas á las palabras y obras del sensualismo. Primeramente, una palabra y una obra de

humildad: «Adorareis al Señor vuestro Dios y solo á él servireis.» Esta es la palabra de humildad; y la obra que corresponde á esta palabra, la obra en que esta palabra se encarna, es; que «Jesús, hijo de Dios, igual á su Padre, se ha aniquilado, ha tomado la forma de esclavo.» O en otros términos, segun S. Juan: «El Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros.» De esta palabra y de esta obra opuesta al orgullo, nacieron la religion y la fraternidad; la religion opuesta á la idolatría, que era la negacion de Dios; la fraternidad opuesta á la esclavitud, que era la negacion de los derechos del hombre. Con la religion, cuyo fundamento se encierra en estas palabras: «Adorareis al Señor vuestro Dios y solo á él servireis,» recobra Dios su legítima supremácia, recibe los homenajes de todas las criaturas, es servido, adorado; ya no ve ídolos que participen de los honores que le son debidos, y reina exclusivamente en las inteligencias y en los corazones. Gracias á la fraternidad, que nos hace ver en cada hombre un hermano, un igual ante Dios y ante la sociedad, ya no hay esclavos. La religion que restablece á Dios en su imperio legítimo, y la fraternidad que devuelve al hombre lo que le pertenece, tiene un poderoso auxiliar en la oracion. Siempre que oramos, nos humillamos á los piés de Dios, creemos, esperamos en él, le amamos; además, al implorarle así, al reconocerle por Señor, por supremo dominador, al confesar que todos los bienes que necesitamos vienen de él, hacemos un acto de humildad; y, por consiguiente, humillándonos, confesamos que nosotros no somos iguales á Dios; y que los que nos rodean, que se nos parecen por la naturaleza y tienen las mismas necesidades, tampoco son iguales á Dios. Al confesar eso, practicamos un acto opuesto al orgullo, de que procede la idolatría; y de este modo, con la oracion, fundada en la humildad, nos oponemos al dominio de la primera concupiscencia, del orgullo de la vida: *superbia vitæ*. Así, pues, cada vez que hacemos esas oraciones con un corazon bien dispuesto, rendimos al Señor el homenaje que le es debido; le reconocemos por supremo Señor, por Dueño y Padre; y nos es imposible darle este último nombre de padre, sin que extendamos el beneficio á todos los que se nos parecen por la naturaleza y tienen con nosotros un orígen comun. Es imposible que no veamos en cada hombre un hermano, un amigo, un heredero del mismo reino, un discípulo del mismo maestro, un servidor llamado á la misma recompensa: es imposible que en derredor nuestro, bien sea por medio del talento, bien por medio de la influencia, ó de la astucia, bien valiéndose de todos aquellos recursos que nunca faltan á nuestra ingeniosa industria: es imposible que en derredor nuestro esclavicemos al

prójimo. Con la oracion, pues, combatimos el doble resultado del *orgullo de la vida*, la idolatría y la esclavitud.

La segunda palabra y la segunda obra de nuestro Señor Jesucristo opuestas á la segunda concupiscencia, son, amados hermanos mios, una palabra y una obra de pobreza. Nuestro Señor dijo en S. Lucas: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!» Jesús hizo tambien una obra de pobreza, pues al decir de S. Pablo, «miéntras que por orígen y por condicion era rico, se hizo pobre para que nos enriqueciéramos todos con su indigencia.» Instruidos, pues, por esta palabra y por este ejemplo, los hombres, desde la época de la predicacion del Redentor, y desde el dia en que les salvó espirando en el leño de la cruz, concibieron celo y amor por la pobreza. Muchos se han hecho tambien voluntariamente pobres. Díganlo sino esas órdenes religiosas que, abdicando toda herencia, todo bien, toda fortuna terrenal, se consagran al Evangelio, y esperan su pan de cada dia de aquel que abre su mano para alimentar las aves de los campos, que hace florecer el lirio del valle y crecer la yerba de los prados. Tambien hay pobres que, sin haber hecho voto de pobreza, sin haber renunciado á toda posesion temporal, sufren la privacion con buena voluntad, con paciencia por amor de nuestro Señor; éstos no existian en el paganismo, en la sociedad antigua, y son tambien una creacion del Evangelio; por eso he dicho con razon, que despues de la redencion ha habido hombres prendados de estas palabras: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos!»

Hay, con todo eso, hermanos mios, un problema difícil de resolver: el del rico al lado del pobre; el del rico, que tiene mucho, y el del pobre, que no tiene nada; del rico, que nada en la abundancia y en el lujo, y del pobre que carece de lo necesario. El sensualismo dice, para resolver el problema: conviene consumir mucho, para que el pobre y el obrero puedan trabajar mucho y ganarse así la vida; pero ese sistema es inhumano y anticristiano. Ahora bien; el Cristianismo ha resuelto este problema, y solo él ha tenido la gracia de resolverlo. El Cristianismo no ha querido cambiar la condicion humana, pues nuestro Señor ha dicho, que habrá siempre pobres entre nosotros. ¡Cuán admirable es en el Cristianismo la coexistencia del rico y del pobre! El pobre sufre, es verdad, y el rico disfruta; pero el rico está obligado, si quiere salvar su alma, á dar al pobre; y el pobre, si quiere salvar la suya, debe recibir con humildad y paciencia, y confiar en la Providencia. El pobre tiene en sus manos la vida espiritual del rico, y el rico en las suyas la vida temporal del pobre;

de suerte, que todo está en órden. Así se cumplen los servicios necesarios de la sociedad, porque deben de cumplirse: los hace el pobre; pero el pobre halla alivio en lo supérfluo del rico. De esta manera, la paciencia del pobre es recompensada con esta limosna temporal y con la bendicion de Dios; y el rico recibe la bendicion del pobre, en premio de haberle dado sus sobras. Por una parte la paciencia, y por otra la caridad; este es el sistema de Dios. Cuando damos una limosna á los pobres, combatimos el lujo supérfluo, el lujo vano, el lujo tiránico; librámosles del apuro en que se encuentran, y les preservamos de blasfemar contra la Providencia. Por otra parte, la limosna redime, no solamente el cuerpo doliente, sino al alma, porque atrae las bendiciones del cielo sobre el que dá y sobre el que recibe humildemente. Las limosnas que se reparten por las asociaciones de beneficencia, son el verdadero medio de salvar á la sociedad del mal que la trabaja, de la llaga del pauperismo, que el socialismo se cree apto para curar. La limosna, la limosna cristiana salvará á la sociedad y justificará á Dios. ¡Loor á cuantos tienden su mano benéfica al pobre!

Finalmente, amados hermanos mios, Jesucristo dijo una tercera palabra y ejecutó una tercera obra opuestas á la tercera concupiscencia descrita por S. Juan. La palabra que se profirió en oposicion al sensualismo brutal de la carne, fué la siguiente: Bienaventurados los puros de corazon, porque ellos verán á Dios! Y hé aquí la obra que se ejecutó: Jesucristo fué azotado, coronado de espinas, clavado en una cruz. En virtud de tal palabra y de tal obra, al lado de los que se han abandonado al sensualismo, ha habido cristianos distinguidos que se han dado á la mortificacion de los sentidos. Seria peligrosa doctrina, amados oyentes, creer que basta la mortificacion interior; que la oracion mental, las visitas al santísimo Sacramento, el rezo del Rosario, la asistencia al Oficio divino, la confesion frecuente y la misma comunion, bastan de suyo para salvar al alma. Estas obras son santas, son divinas, son eficaces, sin duda; pero tambien suponen algo que no dan por sí solas: suponen que el alma está tranquila, que conoce á Dios, que disfruta de él, que observa libremente sus mandamientos, y, por consiguiente, que el enemigo temible está vencido, ó á lo ménos reducido á un estado de muerte: suponen, en fin, que los sentidos están sometidos á la ley del espíritu. Así, pues, en el Cristianismo no se ha de practicar la sola mortificacion interior, sino tambien la mortificacion de los sentidos; por esto decia muy ingeniosamente S. Vicente de Paul: la mortificacion de los sentidos es el *a*, *b*, *c*, *d*, de la vida cristiana. ¡Oh! los sentidos, hermanos mios, son el mortal enemigo que lucha con nuestra alma; ellos nos embotan la inteligencia y nos hacen perder de vista la ley de Dios; ellos nos arrancan del corazon la paz, la suavidad que nos priva de gozar de los dones de Dios; ellos, en fin, encienden en el cuerpo aquel fuego, aquella pasion, aquel frenesí que arrastra á los mayores excesos y produce en las familias y en la sociedad tan lamentables resultados. Ahora bien! ¿cómo combatir ese sensualismo desenfrenado? Con el ayuno. El Evangelio nos preceptua que castiguemos nuestro cuerpo: el ayuno es una obra aflictiva y medicinal; debemos, por tanto, á ejemplo de los santos, ayunar en ciertos dias, en ciertas épocas, para domar la carne.

Concluyamos: con el ayuno domareis el cuerpo, amados hermanos mios, le sometereis al alma; y espiritualizando de este modo vuestros sentidos, recobrareis su belleza interior; y como esta misma alma estará llena de la belleza de Dios, en vosotros, en vuestra carne, en vuestro exterior de cristianos tendremos una como aparicion de Dios: y llevando por dó quier la santidad de Jesucristo, al veros, se dirá: hé aquí un cristiano, hé aquí un servidor de Dios; vuestra sola presencia será una predicacion magnífica. Así es, que con el ayuno, la limosna y la oracion podemos combatir eficazmente las tres concupiscencias, el orgullo, el fausto con el lujo, y la corrupcion. Con la oracion, cuyo fundamento es la humildad, destruiremos las obras del orgullo, esto es, la idolatría y la esclavitud bajo todas sus formas. Con la limosna resolveremos el problema de la sociedad, que los enemigos del mundo quieren subvertir en su provecho. Con el ayuno daremos á los sentidos el lugar que les corresponde, un lugar de sumision al alma, y restituiremos á esta misma alma su dignidad y supremacía. Tened presente, amados hermanos mios, que sin la oracion, el ayuno y la limosna no hay salvacion posible, ni el premio eterno que todos esperamos y que á todos deseo.

PLAN SOBRE EL MISMO ASUNTO.

La causa de nuestros desórdenes es la concupiscencia. El demonio por sí solo no seria muy temible; pero lo es aliado con nuestra concupiscencia. Si queremos triunfar de él, debemos, 1.°: debilitar la concupiscencia de la carne; 2.°: destruir la concupiscencia de los ojos; 3.°: abatir la concupiscencia de la voluntad.

Debemos debilitar los brios de la carne para tenerla más sumisa al espíritu. Ejemplo de los Santos. Atendida nuestra suma fragilidad, y la total propension á los objetos terrenos, si no destruimos la con-

cupiscencia de los ojos, estamos perdidos. Ejemplos de Samson y de David. Para triunfar del demonio necesitamos los auxilios de la gracia; y estos auxilios debemos alcanzarlos por medio de la humildad, ó abatiendo la soberbia.

DIVISIONES.

CONCUPISCENCIA.—La concupiscencia hace la guerra:

1.° A los pobres, lo mismo que á los ricos.

2.° A los santos, lo mismo que á los pecadores.

3.° En medio de la soledad, lo mismo que en el bullicio del mundo.

CONCUPISCENCIA.—Interesa á nuestra concupiscencia el mirar la tierra como una cosa efímera, porque nada hay en ella capaz de satisfacernos.

Interesa á nuestra concupiscencia el ocuparse incesantemente del cielo, porque en el cielo todo es suficiente y oportuno para satisfacerla.

CONCUPISCENCIA.—Nosotros triunfamos de la concupiscencia:

1.° Cuando velamos sobre todos nuestros sentidos.

2.° Cuando nos desprendemos de todos nuestros deseos.

3.° Cuando castigamos todos nuestros deslices y defectos por insignificantes que sean.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua. GEN. VIII, 21.

Los sentidos y pensamientos del corazon humano, están inclinados al mal desde su mocedad.

Post concupiscentias tuas non eas, et à voluntate tua avertere. Si præstes animæ tuæ concupiscentias tuas, faciet te in gaudium inimicis tuis. ECCLI. XVIII, 30, 31.

No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella te hará la risa y la fábula de tus enemigos.

Aufer à me ventris concupiscentias, et concubitus concupiscentiæ non apprehendant me. ID. XXIII, 6.

Quita de mí la intemperancia de la gula, y no se apoderen de mi los apetitos de la lujuria.

Scio quia non habitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. Nam velle, adjacet mihi; perficere autem bonun non invenio. Non enim, quod volo bonum, hoc facio; sed quod nolo bonum, hoc ago. ROM. VII, 18, 19.

Bien conozco que nada bueno hay en mí, quiero decir, en mi carne. Pues aunque hallo en mí la voluntad de hacer el bien; no hallo como cumplirla. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes bien, hago el mal que no quiero.

Condelector legi Dei secumdum interiorem hominem: Video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meæ, et captivantem me in lege peccati, quæ est in membris meis. ID. IBID., 22, 23.

Me complazco en la ley de Dios segun el hombre interior; más *al mismo tiempo* echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste á la ley de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado, que está en los miembros de mi cuerpo.

Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis suis. GALAT. V, 24.

Los que son de Jesucristo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones.

Radix omnium malorum est cupiditas; quam quidam appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. I. TIM. VI, 10.

Raíz de todos los males es la avaricia, de la cual arrastrados algunos se desviaron de la fe, y se sujetaron *ellos* á muchas penas y *aflicciones*.

Nemo, cum tentatur, dicat quoniam à Deo tentatur; Deus enim... neminem tentat. Unusquisque vero tentatur à concupiscentia sua abstractus, et illectus. JACOB. I, 13, 14.

Ninguno, cuando es tentado, diga que Dios le tienta; porque Dios á ninguno tienta. Sino que cada uno es tentado, atraido y halagado por la propia concupiscencia.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Sævus criminum stimulus est concupiscentia, et libido, qui numquam quietum affectum manere patitur; nocte fervet, die anhelat. S. AMBR. LIB. DE ABEL ET CAIN.

La lujuria y el deseo son un cruel estímulo al crimen, pues nunca dejan al corazon tranquilo; de noche hierven, de dia tienen vivas ansias.

Qui moderari nescit cupiditatibus, is quasi equis raptus indomitis, volvitur, laniatur, affligitur. IDEM. LIB. DE VIRG.

El que no sabe moderar sus deseos, se siente como si le arrastráran caballos indómitos, llevado, despedazado y afligido.

Omnia reliquit, qui voluntatem

Todo lo deja el que renuncia al

habendi deseruit. Apostoli, quantum ad divitias, nihil, quantum ad voluntatem, totum mundum reliquerunt. S. HIER. IN MATHH.

deseo de poseer. Los apóstoles no dejaron riquezas, pero, con su voluntad ó deseo, lo abandonaron todo.

Bonorum autori aliter inhærere non possumus, nisi cupiditatem à nobis, quæ omnium malorum radix est, abscindamus. S. GREG. HOM. IN EVANG.

Para unirnos al autor de todo bien, no hay otro medio que arrancar de nosotros la codicia, que es la raiz de todos los males.

Age, qui relinquere disponis omnia, te quoque inter relinquenda numerare memento; immo vero maxime, et principaliter abnega temetipsum, si desideras sequi eum, qui exinanivit propter te simetipsum. S. BERN. IN SERM.

Tú, que te dispones á desprenderte de todo, no olvides de contarte á tí mismo entre los objetos de que has de desprenderte: al contrario, empieza por negarte á tí mismo, si quieres seguir á aquel que por tí se anonadó.

CONDICIONES.

(DESIGUALDAD DE LAS)

Qui despicit pauperem, exprobrat factori ejus.

Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador.

(*Prov.* XVII, 5.)

Es indudable, hermanos mios, que al exponer nuestro divino Salvador á la multitud que le rodeaba, la parábola contenida en el Evangelio de este dia, comparando el reino de los cielos con el grano de mostaza que germina y crece, y sirve de abrigo á las aves del cielo; quiso profetizar el establecimiento de su doctrina, que predi-

cada al principio en un rincon de la Judea á unos pescadores humildes é ignorantes, debia, con el tiempo, propagarse por todo el orbe, y reunir, por último, en su seno á los hombres de todas las naciones.

Pero me parece que en este ejemplo podemos aún encontrar otra enseñanza. El grano de mostaza es, como dice Jesucristo, la más pequeña de todas las semillas; y, sin embargo, el árbol que la produce llega á gran altura, y proteje con sus ramas tutelares á unos séres que, vagando por la inmensidad de los aires, poco antes ni siquiera habian sospechado su existencia. ¿No veis hermanos mios, en esta especie de oposicion, la primera enseñanza de aquella virtud que Jesucristo inculcaba de contínuo á sus discípulos, como una de las bases más importantes de su doctrina, cuyo ejemplo les dió durante toda su vida, y que resumió en las siguientes palabras: El que se humilla será ensalzado? ¿No quiso darnos á entender con este precepto, que no debemos despreciar nunca aquellos séres que Dios ha hecho débiles y humildes en la apariencia? Con efecto; cuando ocultando su divina naturaleza bajo una forma humana, descendió de su trono de gloria para nacer, vivir y morir pobre, no teniendo por discípulos y amigos más que hombres pobres, escogiendo por enviados suyos á unos pobres, y por herederos á los más pobres y humildes de los hombres; ¿qué otra cosa quiso manifestarnos, sino que hijos todos de un mismo padre, la desigualdad de condiciones desaparece ante la majestad suprema; que los que miramos como inferiores á nosotros, serán tal vez sus predilectos y los que obtendrán la mejor parte en la reparticion de su celestial herencia, si cumplieren fielmente su mision en este mundo? De consiguiente ¿no es tan ridículo como anticristiano ese menosprecio con que muchos tratan á los que, por su humilde cuna y por la escasez de bienes de fortuna, ocupan los últimos puestos de una sociedad que tanto pregona de civilizada? ¿Pueden llamarse cristianos los que hasta tal punto desconocen nuestro comun orígen y nuestra comun redencion, y olvidan la suma sabiduría de Dios, cuyos impenetrables designios rigen el destino de cada hombre en particular y de la sociedad humana en general?

El Señor nos dice por boca de Salomon: *Qui despicit pauperem, exprobat factori ejus*: Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador. Esta máxima, esta leccion de igualdad, proferida desde el trono por el más grande y sábio de los reyes es la que me propongo meditar con vosotros.

Voy á recordar al hombre su verdadera grandeza, trayéndole á la memoria su orígen celestial. Voy á asentar la sociedad sobre la firme base de la religion. Ricos, si os despojo de unos títulos que os

habendi deseruit. Apostoli, quantum ad divitias, nihil, quantum ad voluntatem, totum mundum reliquerunt. S. HIER. IN MATHH.

deseo de poseer. Los apóstoles no dejaron riquezas, pero, con su voluntad ó deseo, lo abandonaron todo.

Bonorum autori aliter inhærere non possumus, nisi cupiditatem à nobis, quæ omnium malorum radix est, abscindamus. S. GREG. HOM. IN EVANG.

Para unirnos al autor de todo bien, no hay otro medio que arrancar de nosotros la codicia, que es la raiz de todos los males.

Age, qui relinquere disponis omnia, te quoque inter relinquenda numerare memento; immo vero maxime, et principaliter abnega temetipsum, si desideras sequi eum, qui exinanivit propter te simetipsum. S. BERN. IN SERM.

Tú, que te dispones á desprenderte de todo, no olvides de contarte á tí mismo entre los objetos de que has de desprenderte: al contrario, empieza por negarte á tí mismo, si quieres seguir á aquel que por tí se anonadó.

CONDICIONES.

(DESIGUALDAD DE LAS)

Qui despicit pauperem, exprobrat factori ejus.

Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador.

(*Prov.* XVII, 5.)

Es indudable, hermanos mios, que al exponer nuestro divino Salvador á la multitud que le rodeaba, la parábola contenida en el Evangelio de este dia, comparando el reino de los cielos con el grano de mostaza que germina y crece, y sirve de abrigo á las aves del cielo; quiso profetizar el establecimiento de su doctrina, que predi-

cada al principio en un rincon de la Judea á unos pescadores humildes é ignorantes, debia, con el tiempo, propagarse por todo el orbe, y reunir, por último, en su seno á los hombres de todas las naciones.

Pero me parece que en este ejemplo podemos aún encontrar otra enseñanza. El grano de mostaza es, como dice Jesucristo, la más pequeña de todas las semillas; y, sin embargo, el árbol que la produce llega á gran altura, y proteje con sus ramas tutelares á unos séres que, vagando por la inmensidad de los aires, poco antes ni siquiera habian sospechado su existencia. ¿No veis hermanos mios, en esta especie de oposicion, la primera enseñanza de aquella virtud que Jesucristo inculcaba de contínuo á sus discípulos, como una de las bases más importantes de su doctrina, cuyo ejemplo les dió durante toda su vida, y que resumió en las siguientes palabras: El que se humilla será ensalzado? ¿No quiso darnos á entender con este precepto, que no debemos despreciar nunca aquellos séres que Dios ha hecho débiles y humildes en la apariencia? Con efecto; cuando ocultando su divina naturaleza bajo una forma humana, descendió de su trono de gloria para nacer, vivir y morir pobre, no teniendo por discípulos y amigos más que hombres pobres, escogiendo por enviados suyos á unos pobres, y por herederos á los más pobres y humildes de los hombres; ¿qué otra cosa quiso manifestarnos, sino que hijos todos de un mismo padre, la desigualdad de condiciones desaparece ante la majestad suprema; que los que miramos como inferiores á nosotros, serán tal vez sus predilectos y los que obtendrán la mejor parte en la reparticion de su celestial herencia, si cumplieren fielmente su mision en este mundo? De consiguiente ¿no es tan ridículo como anticristiano ese menosprecio con que muchos tratan á los que, por su humilde cuna y por la escasez de bienes de fortuna, ocupan los últimos puestos de una sociedad que tanto pregona de civilizada? ¿Pueden llamarse cristianos los que hasta tal punto desconocen nuestro comun orígen y nuestra comun redencion, y olvidan la suma sabiduría de Dios, cuyos impenetrables designios rigen el destino de cada hombre en particular y de la sociedad humana en general?

El Señor nos dice por boca de Salomon: *Qui despicit pauperem, exprobat factori ejus*: Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador. Esta máxima, esta leccion de igualdad, proferida desde el trono por el más grande y sábio de los reyes es la que me propongo meditar con vosotros.

Voy á recordar al hombre su verdadera grandeza, trayéndole á la memoria su orígen celestial. Voy á asentar la sociedad sobre la firme base de la religion. Ricos, si os despojo de unos títulos que os

envanecen y engañan, será para mostraros los únicos en que debeis fundar vuestra verdadera grandeza. Pobres, voy á manifestaros las ventajas de vuestra condicion para que no os ruboriceis de un estado que os engrandece. Imploremos la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Vírgen purísima, diciéndola: A. M.

1. Dios es quien hace los pobres. ¿Será preciso que me detenga á probar esta verdad? No; pues no creo que el humano orgullo lleve su exageracion hasta el punto de creer, que los grandes y los pequeños son de diverso orígen. En vano se empeña la suerte en distinguir á los unos de los otros; pues el rico, á pesar de las suntuosidades y grandezas que parecen levantarle sobre los demás hombres, no puede fijar la vista en la choza del pobre sin reconocer, en la semejanza de las necesidades de ambos, la comunidad de su orígen; ni puede mirar al mendigo, sin observar bajo los miserables harapos que le cubren, unas formas y unos rasgos iguales á los suyos propios; por más que se hallen estos rasgos cubiertos de oro y púrpura. En vano procura el noble potentado ocultar con nombres ilustres y títulos pomposos los estrechos lazos que le unen con el más pobre y humilde plebeyo: cuanto más antigua es su genealogía, más se aproxima al tronco comun á todo el género humano y al barro de que fué formado el primer hombre.

Si todos tenemos un mismo Padre, dice un profeta, ¿por qué nos menospreciamos unos á otros? ¿No vemos que semejante menosprecio cae sobre nuestro divino Criador? En efecto, el que menosprecia la obra de las manos de Dios, manifiesta claramente que tiene en muy poco semejante orígen, ó que no reconoce, cuando ménos, toda su excelencia y grandeza.

Además de esto, vosotros los nobles sois tan celosos de la gloria de vuestros antepasados, que muchas veces parece os desdeñais de alternar con los demás hombres, sin considerar la gran distancia que tal vez media entre vuestros méritos y virtudes, y las de aquellos ilustres progenitores. Más ya que en la descendencia de ellos fundais el derecho que pensais tener al aprecio de los demás hombres, ¿por qué negais el vuestro al que os lo pide en nombre de vuestro comun Padre, en nombre del Dios que lo ha criado? ¿No dais á entender con esto, que teneis en más vuestro orígen terrenal que el que procede de Dios? ¿No veis cuán cierto es, que el que menosprecia al pobre, menosprecia á Dios?

Algunos me dirán: Verdad es que el verdadero mérito es el que nosotros mismos nos hemos adquirido, y que más vale una sola virtud personal, que la más noble prosapia; pero preciso es tambien reconocer, que tiene mucho de prudente y sábia aquella institucion humana, que honra al hombre benemérito hasta en la persona de sus hijos. Padres y madres, vosotros amais á vuestros hijos, y por lo mismo que los amais, quereis que los demás los amen y respeten. El que los honra, á vosotros mismos os honra; el que los injuria, os infiere la mayor de las ofensas. Más decid, hombres vanos, que tal lenguaje usais; ¿quién sois vosotros, en comparacion de aquel que ha hecho ese pobre á quien menospreciais? Por robusto que sea el derecho con que reclamais el respeto para con vuestros hijos, ¿no es infinitamente más robusto y sagrado el derecho con que el Señor de la tierra y de los cielos exije igual respeto en favor de los que son hijos suyos y hermanos vuestros? Vuestros nombres, vuestros derechos, vuestras virtudes y riquezas emanan de él, al paso que él no reconoce orígen y todo se lo debe á sí mismo. Todos estos bienes nos pertenecen, decís vosotros, son absolutamente nuestros. ¡Insensatos! vosotros no sois más que simples depositarios de esos bienes: su verdadero y único dueño es Dios, que los ha criado á ellos lo mismo que á nosotros. Diré más: el pobre es la imágen de Dios; y el que desprecia la imágen de Dios, á Dios mismo menosprecia.

¡Oh perversidad incomprensible del corazon humano! ¡Hasta tal punto el hombre desconoce la excelencia de su orígen y naturaleza, que prefiere al título nobilísimo de hijo é imágen de Dios, los vanos títulos fundados en las riquezas y consideraciones mundanas! Pero, por extraña que sea, hermanos mios, semejante aberracion, no debe causarnos gran sorpresa. Esos ricos insensatos que desprecian á los pobres ¿son hombres por ventura? ¿No han renunciado á la dignidad de la naturaleza humana, formándose con sus hábitos y sentimientos otra naturaleza material y ruin que les despoja de su primitiva grandeza? Si su alma, absorbida por los sentidos y devorada por el fuego de las pasiones, no conserva ya ningun rasgo de la augusta imágen del Criador, ¿cómo quereis que reconozcan en los otros hombres esta imágen? ¡Ah! ¡ojalá pudiera yo despertar en esas almas degeneradas el sentimiento de su propia dignidad, y hacerles ver el sello del Todopoderoso que en sí mismas llevan impreso! Algunas veces retrocedo con el pensamiento al tiempo de la creacion. Habla Dios; y á su voz, el caos se disipa, la materia se hace fecunda, brilla la luz, la tierra sale del abismo, millares de soles aparecen en el cielo, é infinitos mundos ruedan unos sobre otros en la inmensidad del espacio. Una mano invisible y poderosa mueve y conserva en constante armonía las partes todas de la creacion; preséntase el

espectáculo del universo, y esta obra portentosa que confunde nuestra inteligencia, no cuesta á Dios más que una sola palabra. Pero, cuando quiere criar al hombre, entra en consejo consigo mismo. Hagamos al hombre, dice, á nuestra imágen y semejanza. Hagamos al hombre á nuestra imágen. ¡Oh palabra admirable, que nunca debiéramos cansarnos de oir y meditar! ¿Qué más hizo Dios cuando quiso consagrar á los grandes y poderosos de la tierra? ¿Profirió acaso palabra alguna que superase la fuerza de aquella expresion? No; pues si dijo á los reyes: vosotros sois mis lugartenientes en la tierra; habia dicho antes al tiempo de criar al hombre: hagámosle á nuestra imágen y semejanza. Y sin embargo, amados hermanos, parece que en nuestra opinion esta imágen de Dios seria poco noble y digna si no la realzáramos con los vanos honores de la tierra. ¡Ah! no nos rebajemos hasta tal extremo, no menospreciemos así al Dios que nos ha criado; desechemos las ilusiones de la vanidad; no busquemos fuera de nosotros mismos una grandeza, que no podemos alcanzar sino elevando nuestra alma hasta el nivel de nuestra condicion; y persuadámonos de que la gloria del hombre, como la de Dios, está en la virtud y en la inteligencia.

Paso á examinar ahora bajo otro aspecto el texto que me he propuesto desenvolver: voy á probar que el que menosprecia al hombre, menosprecia á Dios, en cuanto se opone á los designios de su providencia con respecto á la desigual distribucion de las riquezas, y en cuanto atribuye, ó hace que el pobre atribuya á la Divinidad un plan indigno de su bondad, de su sabiduría y de su justicia infinitas.

2. Todo, hermanos mios, concurre á demostrarnos que hemos sido hechos para vivir en sociedad: el atractivo que á ella nos conduce desde que nacemos; las varias necesidades que nos obliga á buscar el auxilio de nuestros semejantes; la perfeccion de que nuestras facultades son capaces, y que no podemos alcanzar sin una íntima comunicacion con ellos; esos órganos, en fin, de que hemos sido provistos para hacernos más grata y apetecible esta misma comunicacion. En una palabra: ya sea que consideremos nuestras grandezas, ó que fijemos la atencion en nuestras miserias; ora escuchemos la voz del universo, ó investiguemos los secretos de nuestro corazon, siempre obtenemos el convencimiento de que Dios nos crió para que viviésemos en compañía de nuestros semejantes. Más este grande objeto, tan digno de la sabiduría y bondad del Criador, no podia lograrse sino por medio de la desigualdad de condiciones; porque sin ella, la sociedad careceria de los elementos que la constituyen y conservan; y los hombres, reunidos para su mútua utilidad, en vez de ayudarse, se perjudicarian unos á otros. En efecto, supongamos que existe una sociedad en que no hay pobres ni ricos. En este caso, desaparece desde luego el primer móvil de las acciones humanas, que es la recompensa y la pena; y como nadie puede mandar, tampoco nadie quiere obedecer. Prosigamos en la misma suposicion, y veamos á que quedan reducidas las artes y la industria. Las necesidades creadas por la comodidad suscitan las invenciones; el ingenio, alentado por la esperanza del lucro, produce las artes; la emulacion las perfecciona, la riqueza recompensa el trabajo y aumenta las producciones. Pero donde reina una absoluta igualdad, cada uno ha de bastarse á sí mismo, no pensando más que en satisfacer las necesidades materiales de la naturaleza: allí no hay emulacion ni recompensa para el trabajo; las artes no se cultivan; las ciencias carecen de objeto; la gloria no se conoce; las facultades del espíritu se embotan por falta de ejercicio; la civilizacion no tiene campo donde desarrollarse; y la sociedad queda reducida á un conjunto de hombres bárbaros y feroces, ocupados tan solo en conservarse, perpetuarse y defenderse.

Luego, si Dios es el autor de la sociedad, lo es tambien de la desigualdad de bienes y condiciones, sin la cual la sociedad no puede subsistir; y lo que S. Pablo decia, hablando de los reyes y príncipes, esto es, que unos y otros eran ordenados por Dios, puede decirse con igual razon de todos los estados sociales, pues todos estos diversos estados forman una maravillosa cadena que sostiene la sociedad; y siendo todos ellos igualmente necesarios para la realizacion del plan formado por Dios, están por lo mismo en el órden de Dios: el que á ellos se opone, se opone al órden establecido por Dios; y de consiguiente, el que desprecia al pobre, desprecia al mismo Dios.

En efecto, la intencion de Dios, hermanos mios, al distribuir con desigualdad los bienes terrenales, fué, como acabais de ver, unir á los ricos con los pobres por los vínculos del comun interés. Queria que fuesen dichosos los unos por los otros: que el pobre trabajase para el rico, y que éste, á su vez, auxiliase y protegiese al pobre: queria que cada una de estas condiciones concurriera á la formacion y conservacion de la sociedad; que gozára de sus ventajas y participára del público aprecio en razon de su utilidad. Así pues, por medio de la desigualdad, Dios introdujo el órden y la armonía en el mundo; pero el rico que desprecia al pobre, introduce, en cuanto de él depende, en el mundo el desórden y la confusion, se opone á los designios de la Providencia, y paraliza su curso. A este plan, tan digno de la sa-

biduría y bondad del Criador, y en virtud del cual cada individuo de la sociedad debe contribuir al bienestar de los otros, el rico sustituye otro plan caprichoso y extravagante, segun el cual, un corto número de privilegiados gozan á costa de los demás hombres; y, sin embargo, en su loco desvanecimiento se persuade y quiere persuadir á los otros, que este plan, no obstante la notoria injusticia y odiosidad que entraña, es el plan propuesto por la misma Divinidad.

Así pues, el que menosprecia al pobre, no solamente desprecia á Dios, que lo ha hecho, sino que, segun se desprende de las precedentes reflexiones, le acusa de haberlo hecho, y condena su sabiduría, su justicia y su bondad. ¿Cuál seria, en efecto, la bondad de Dios, si hubiese criado á los pobres para entregarlos al desprecio de los ricos? si miéntras con mano pródiga distribuye á éstos las comodidades y placeres de la vida, reservase tan solo para aquéllos los suspiros, las lágrimas y el oprobio de sus semejantes? ¿Qué mal han hecho á Dios estos infortunados para ser tratados de tan diversa manera? ¿No son hijos suyos como los ricos, y no son como ellos formados á su imágen? ¿No tienen igual derecho que los ricos al amor de Dios y de sus semejantes? Parece imposible que hombre alguno lleve su insensatez hasta el extremo de atribuir á la Divinidad tan absurdos designios. El impío, que desconoce las miras benéficas de la Providencia para con nosotros, la ultraja ménos procazmente que el que le atribuye un plan tan indigno de su bondad, de su sabiduría y de su justicia infinitas.

¿Quiénes son, en efecto, esos pobres para con los cuales mostramos á menudo tan poca consideracion? Son la porcion más numerosa, interesante y útil de la sociedad humana; son el sostén de los Estados, los que con sus brazos preparan los vestidos que nos cubren, los alimentos que nos sustentan, y los objetos todos con que satisfacemos nuestras necesidades y placeres. ¡Qué de trabajos y fatigas no les cuesta esa infinidad de cosas que gozamos con tan poco reconocimiento! No me detendré á enumerar la multitud de oficios peligrosos de los cuales son víctimas tan gran número de obreros; ni esa variedad de manipulaciones mal sanas, que arruinan la salud y abrevian la existencia de los que á ellas se dedican.

No trataré de hacer comparaciones, siempre odiosas, entre las virtudes y los vicios de los ricos y de los pobres, pues temeria que la compasion me impidiese mantener en equilibrio la balanza. Observaré tan solo, que si los pobres tienen vicios, tienen tambien ciertas virtudes, que parecen propias de su estado; que algunas virtudes son mucho más difíciles de practicar en medio de la miseria y de las

privaciones, que en el seno de la abundancia; que los vicios de los pobres les son muchas veces inoculados por el ejemplo de las clases elevadas; y que otras veces son efecto de la ignorancia y de la falta de educacion religiosa. Ahora, pues, ¿seria posible que, como aparentan creerlo algunos ricos, Dios hubiese entregado desde un principio esos desgraciados al desprecio de los poderosos, y que les hubiese arrojado á la tierra como viles criaturas condenadas al oprobio y á la desesperacion? ¡Qué poco conocen á Dios esos ricos insensatos! Ellos le exponen á parecer injusto á los ojos del pobre; ellos son causa muchas veces de que éste se rebele contra su Criador, y murmure y blasfeme de su providencia. No es por tanto de extrañar, que el Sabio los cuente en el número de los impíos y menospreciadores de Dios, y diga que el que desprecia al pobre, desprecia al Dios que lo ha criado.

Empero, demos gracias al Omnipotente, hermanos mios, por los frutos que el árbol de vida ha producido en todo el universo. El cristiano puede felizmente contemplar como el sol radiante de la religion extiende sus benéficos rayos hasta los pueblos más bárbaros y remotos. En ninguna nacion culta hay ahora que deplorar, como en Esparta, la triste suerte de una tierna criatura mal formada, ó de un anciano decrépito, á quienes se inmolaba para librarlos de la miseria; ni como en Roma, la cruel exposicion de los niños, hijos del libertinaje, destinados para pasto de las fieras. El rico de nuestros dias no se goza ya contemplando el bárbaro espectáculo de los gladiatores; y el pobre á quien la Providencia parece haber puesto en manos de un dueño, no tiene que temer la suerte de aquellos desventurados esclavos de Roma pagana, relegados á la otra parte del Tiber, ó sepultados en sus aguas. Desde que Jesucristo proclamó la emancipacion de los pueblos, y mandó á los hombres que amasen á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos, todos los grandes sucesos acaecidos en nuestro globo han sido una especie de flujo contínuo, que ha impelido á los pueblos al cumplimiento de su comun destino. Hoy dia no hay en la tierra comarca alguna que no haya oido la buena nueva, y cuyos miembros entorpecidos y paralizados por el hielo del error, no se hayan reanimado al acercarse el sol de la verdad. En todas partes los beneficios producidos por el Catolicismo han sido prodigiosos. La fe se ha mostrado tal como S. Pablo nos la habia descrito: ha derribado montañas, y de sus fragmentos se han alzado templos en honor del Todopoderoso, asilos para la indigencia, techos hospitalarios para los enfermos y ancianos, casas de educacion pa-

ra la infancia y para la edad madura, y otras mil instituciones benéficas.

Ahora conocereis, hermanos mios, cuanto nos importa considerar de vez en cuando los designios de la Providencia con respecto á la desigual distribucion de las riquezas. Así es como debemos aprender á conocer nuestros derechos y deberes respectivos. Si yo, hermanos mios, con mis palabras hubiese tenido la dicha de enseñároslos y hacéroslos amar; si con mi discurso hubiese logrado inspirar al pobre sentimientos de honor y dignidad capaces de elevarlo sobre las riquezas, y de hacer desaparecer de su frente la vergüenza de la pobreza; si le hubiese enseñado á ser humilde sin arrastrarse á los piés de los ricos, y á soportar con paciencia y resignacion las penalidades de su estado; si le hubiese dado á conocer la necesidad de ser laborioso, fiel, justo, agradecido y virtuoso; si hubiese logrado al propio tiempo enseñar á los ricos el buen uso de las riquezas, y hacerles ver que éstas son un instrumento puesto en sus manos para vivificar la sociedad; si hubiese conseguido demostrarles la obligacion que tienen de recompensar con su liberalidad los servicios del pobre, y corresponder á sus respetos con manifestaciones de interés y afecto; en una palabra, hermanos mios, si hubiese sido bastante dichoso para dulcificar la suerte de un solo infortunado, inspirar sentimientos de compasion á un solo rico, y asegurar la felicidad del Estado, asegurando la de los miembros que lo componen; este dia formaria época entre los de mi vida, mi existencia no hubiera sido inútil, y mi ministerio obtendria nuevas bendiciones en la tierra y en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

CONDICION.—Si nuestra condicion es próspera, nos hace presuntuosos.

Si es miserable, nos conduce á la desesperacion.

Si es mediana, nos mueve á envidia.

CONDICION.—Por distinta que sea la condicion de los hombres, no debe ser obstáculo para amarse.

Por elevada que sea la dignidad de los hombres, estos deben ser prácticamente humildes.

Por humilde que sea la condicion de los hombres, no debe ser un obstáculo para el perfeccionamiento.

CONDICION.—No hay inconstancia más perniciosa que la de los hombres que cambian continuamente de condicion.

No hay impaciencia ménos justificable que la de los hombres constituidos en humilde condicion, que se quejan de su estado.

No hay vanidad más importuna que la de los grandes que se hacen esclavos de su condicion ó estado.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

I.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.

Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre.

(*Psalm.* XL, 2.)

¡Alabado sea Dios! amados hermanos mios: la dicha que antes solo conocian los judíos, ya no la ignora ningun pueblo, merced á la influencia del Evangelio. El sentimiento de la piedad real por el pobre, ha penetrado tan profunda y universalmente hasta las entrañas del género humano, que sentirla y satisfacerla es, hoy, para toda sociedad cristiana, un gran deber; un deber imperioso hasta el punto de tener su consagracion en la ley política, cuando á causa de la invasion del egoismo ya no la tiene en la conciencia individual. Gracias á Dios, hermanos mios: pues, si hay naciones en que la ley ha tenido que denigrar la insensibilidad individual, la nuestra no ha dado motivos para ello; y asombra que, en medio de las revoluciones que hemos sufrido, se haya conservado viva la necesidad que siempre había-

ra la infancia y para la edad madura, y otras mil instituciones benéficas.

Ahora conocereis, hermanos mios, cuanto nos importa considerar de vez en cuando los designios de la Providencia con respecto á la desigual distribucion de las riquezas. Así es como debemos aprender á conocer nuestros derechos y deberes respectivos. Si yo, hermanos mios, con mis palabras hubiese tenido la dicha de enseñároslos y hacéroslos amar; si con mi discurso hubiese logrado inspirar al pobre sentimientos de honor y dignidad capaces de elevarlo sobre las riquezas, y de hacer desaparecer de su frente la vergüenza de la pobreza; si le hubiese enseñado á ser humilde sin arrastrarse á los piés de los ricos, y á soportar con paciencia y resignacion las penalidades de su estado; si le hubiese dado á conocer la necesidad de ser laborioso, fiel, justo, agradecido y virtuoso; si hubiese logrado al propio tiempo enseñar á los ricos el buen uso de las riquezas, y hacerles ver que éstas son un instrumento puesto en sus manos para vivificar la sociedad; si hubiese conseguido demostrarles la obligacion que tienen de recompensar con su liberalidad los servicios del pobre, y corresponder á sus respetos con manifestaciones de interés y afecto; en una palabra, hermanos mios, si hubiese sido bastante dichoso para dulcificar la suerte de un solo infortunado, inspirar sentimientos de compasion á un solo rico, y asegurar la felicidad del Estado, asegurando la de los miembros que lo componen; este dia formaria época entre los de mi vida, mi existencia no hubiera sido inútil, y mi ministerio obtendria nuevas bendiciones en la tierra y en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

CONDICION.—Si nuestra condicion es próspera, nos hace presuntuosos.

Si es miserable, nos conduce á la desesperacion.

Si es mediana, nos mueve á envidia.

CONDICION.—Por distinta que sea la condicion de los hombres, no debe ser obstáculo para amarse.

Por elevada que sea la dignidad de los hombres, estos deben ser prácticamente humildes.

Por humilde que sea la condicion de los hombres, no debe ser un obstáculo para el perfeccionamiento.

CONDICION.—No hay inconstancia más perniciosa que la de los hombres que cambian continuamente de condicion.

No hay impaciencia ménos justificable que la de los hombres constituidos en humilde condicion, que se quejan de su estado.

No hay vanidad más importuna que la de los grandes que se hacen esclavos de su condicion ó estado.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

I.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.

Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre.

(*Psalm.* XL, 2.)

¡Alabado sea Dios! amados hermanos mios: la dicha que antes solo conocian los judíos, ya no la ignora ningun pueblo, merced á la influencia del Evangelio. El sentimiento de la piedad real por el pobre, ha penetrado tan profunda y universalmente hasta las entrañas del género humano, que sentirla y satisfacerla es, hoy, para toda sociedad cristiana, un gran deber; un deber imperioso hasta el punto de tener su consagracion en la ley política, cuando á causa de la invasion del egoismo ya no la tiene en la conciencia individual. Gracias á Dios, hermanos mios: pues, si hay naciones en que la ley ha tenido que denigrar la insensibilidad individual, la nuestra no ha dado motivos para ello; y asombra que, en medio de las revoluciones que hemos sufrido, se haya conservado viva la necesidad que siempre había-

mos experimentado de socorrer al menesteroso, y vivo el genio que sin cesar hemos mostrado para aliviar la miseria. Puesto que se presenta la ocasion, consignemos en este discurso la fecundidad y rectitud de genio con que un pueblo caritativo escogita los medios más oportunos y más socialmente útiles, cuando se trata de auxiliar al desvalido. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La *Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul* se instituyó en París, en 1833; y nació de un concurso de circunstancias tan particulares, que es bien recordarlas á los que las saben, y comunicarlas á los que las ignoran. Algunos jóvenes pertenecientes por su cuna á varios puntos de Francia, pero unidos por la similitud de las carreras que se proponian seguir, y aún más por aquella estrecha simpatía que nace de la identidad de las convicciones religiosas; habian tomado la resolucion de reunirse en ciertos dias y á ciertas horas. En sus reuniones agitaban todas las cuestiones que pueden ofrecerse á un espíritu grave. Si se hubiesen circunscrito á esto, era honroso para aquellos jóvenes haber preferido á la vida de los placeres materiales la de trabajos y de soledad. Pero hicieron más, como hombres de conviccion y de idea; pues todo hombre que tiene una idea y una conviccion es, necesariamente, un hombre activo. Nuestros jóvenes obedecian, por lo tanto á esta ley inevitable; y sintieron la imperiosa necesidad de su apostolado. Así que, cuando, cierto dia, uno de ellos, levantándose de en medio de sus hermanos, les hubo manifestado el gran designio que abrigaba, de pasar de la teoría á la práctica, y procurar la mejora social de otra manera que con palabras; todas aquellas manos, movidas como por una corriente eléctrica, se juntaron en un mudo y solemne asenso; y al estremecimiento que todos esperimentaron, comprendieron que podrian morir en la obra, pero que ninguno cejaria.

Y ahora no os desmaye su corto número, ni su edad, ni su completa falta de influencia. Son *pocos*, en verdad; pero pensad que se centuplican por la energía del corazon y el heroismo de la intencion; pensad que las empresas más laudables suelen contar al principio con muy pocos cooperadores, porque, triste es decirlo, la abnegacion no es la virtud ordinaria de los hombres. Son *jóvenes* y sin influjo personal, tambien es verdad; pero el Cristianismo, de que se han hecho humildes obreros, los protege con su gloria y su poder, y los dirige con su madura prudencia, con su divina sabiduría. En semejantes condiciones, léjos de ser un defecto, la juventud es una ventaja.

¿Qué medios emplearán? Cuando uno es cristiano, hermanos

mios, y quiere obrar como tal, los medios de accion son fáciles de encontrar. Para procurárselos no necesita mucho tiempo, ni mucha diplomacia, ni muchas vanas meditaciones. Hace como S. Pedro y S. Pablo, como S. Francisco de Asís y Sto. Domingo, como S. Vicente de Paul, sublimes regeneradores de sociedades enfermas, ó moribundas: dirige á Dios un clamor poderoso del alma, y al punto tiene consigo un jefe y un auxiliar; presta atento oido al sonido que, de toda eternidad, produce la verdad católica, y tiene una doctrina; extiende la mano hácia el tabernáculo, y se encuentra armado de aquella espada de dos filos, cuyo poder y caridad nos revelaron Jesucristo y el Apóstol. Con estos tres móviles: *Dios, una doctrina verdadera,* y *la caridad,* no hay que desesperar nunca de la sociedad; por enferma que esté, el buen éxito es seguro. De ahí, pues, sacaron sus recursos nuestros jóvenes héroes. Rogaron, estudiaron la ciencia preeminente de la doctrina católica, amaron; y entónces, preparados para la gran lucha que se proponian empeñar, no les faltaba ya más que saber, antes de lanzarse al campo, la lepra social á que habian de consagrar sus cuidados.

Desgraciadamente, entre todas las cuestiones, la de las miserias por aliviar era la más fácil de resolver, pues en 1833, con solo tender los ojos por el mundo, se veia en seguida una llaga repugnante ó que brotaba sangre. En aquel tiempo habia muchas miserias. Por una parte, nuestros jóvenes tenian á la vista millares de niños, que la epidemia de 1832 habia dejado huérfanos; y por otra, las innumerables familias de trabajadores, que la paralizacion de los negocios sumergia en una completa indigencia. Luego, al lado de esos infortunios, habia las enfermedades morales que pululan siempre en los grandes centros de poblacion, y que entónces, á causa de una situacion mal afianzada, tomaban grande incremento. Ahora bien: ante las extremadas necesidades de su tiempo, nuestros jóvenes no vacilaron un momento; y á ejemplo de un Santo, á quien tomaban por protector y modelo, se hicieron, á la vez, padres de los huérfanos, mantenedores del pobre, apóstoles de la verdad y de la virtud; y cargaron con ese peso inmenso, porque, confiando en Dios y en su país, estaban seguros de que no pasaria mucho tiempo sin que adquiriese numerosos y poderosos asociados. No se engañaron; pues de ocho que eran al principio, ya en el primer año hubieron de dividirse para ensanchar su esfera de accion; en el segundo, salieron de París; y á los seis años de la inauguracion, es decir, en 1839, la *Obra de las Conferencias* quedó establecida en más de cien ciudades de Francia. En 1842 se estableció en la Ciudad eterna. En 1844 tomó posesion de

Cerdeña é Inglaterra, saludada con iguales vítores en Turin y Londres. En 1845 fueron aún mayores sus progresos, pues si de Londres se extiende á Liverpool y á Manchester, tambien traspone los montes de Escocia, y va á consolar en sus inefables dolores á la heróica Irlanda; y al mismo tiempo que se entroniza en Bruselas, no cansándose en la travesía de los mares, se apodera de Méjico. Finalmente, la *Obra de las Conferencias*, al paso que se propagaba y consolidaba en Francia, fijó su tienda en los dos puntos extremos de la civilizacion: en Constantinopla, residencia del despotismo, y en los Estados Unidos, tierra clásica de la libertad; de suerte, que se halla constituida casi en todas las partes donde ha penetrado el Cristianismo.

Con respecto á los frutos de esta institucion, harto sabeis cuáles han sido para que sea necesario aquí citarlos. ¿Propáganse nunca las obras muertas con tanta celeridad y extension? No; semejante éxito se debe á lo que lleva en sí la fecundidad de la vida. Dó quiera que se han arraigado, las *Conferencias* han hallado un certificado digno de ellas, no solo en la benévola solicitud con que las han recibido los hombres que se interesan sinceramente por la humanidad, sino en los plácemes que á la *Obra* han dirigido á competencia los poderes más altos del Estado y de la Iglesia. Gregorio XVI la saludó con amor á su advenimiento, y Pio IX la proclamó grande, hermosa, y digna de la Francia, que la dió el sér.

2. Es evidente, hermanos mios, que los resultados de que acabo de hablaros, exceden muy mucho de los resultados ordinarios, para que únicamente los explique el empleo de los recursos de costumbre. Así es, que cuanto más reflexioneis, más pronto echareis de ver un concurso particular de la Providencia. Con todo, reconociendo que si es verdad, que las *Conferencias* han sacado y no cesarán de sacar su fuerza extraordinaria de un auxilio manifiestamente sobrenatural, tambien es verdad, que en su misma constitucion llevan los elementos indispensables para dar vida á la institucion social más rica en resultados. En efecto; ¿qué se ha pedido siempre á una institucion social para que fuese declarada útil y duradera? Cuatro cosas: 1.° una doctrina social verdadera y fecunda; 2.° un fin social bien fijo y excelente; 3.° medios correspondientes al objeto fijo; 4.° la oportunidad. Desde el momento en que una institucion reune estas cuatro condiciones, tiene ancho campo en que obrar; en todas partes resuena una aclamacion que registra y pregona sus triunfos, y contribuye á su desenvolvimiento. No temo, pues, manifestar, que ninguna institucion ha reunido nunca en más alto grado que la *Obra de las Conferencias*, las cuatro condiciones que acabo de enunciar como necesarias á una institucion social.

Segun lo que he dicho há poco, no hay que poner en tela de juicio su *oportunidad*, porque el asenso general de tantos pueblos diversos á admitirla, á entronizarla, prueba muy claro que la *Obra de las Conferencias* vino á tiempo; así como los resultados que he mencionado prueban, tambien que es útil, por no decir más. Para explicaros, pues, su influjo en el presente y en el porvenir, solo nos falta hablar de su *doctrina*, de su *objeto*, y de sus *medios*. Tratemos esta triple cuestion en pocas palabras.

Respecto de la doctrina, ya sabeis todos, que la *Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul* es eminente y esencialmente católica. Es católica por su fe, puesto que no admite ninguna enseñanza que no emane directamente de Jesucristo y su Iglesia; y tanta es su escrupulosidad en este punto, que no publica nada, ni siquiera la menor circular, sin prévio exámen de la autoridad episcopal; es católica en sus prácticas, porque lo que encomienda especialmente á sus hijos, es la puntual observancia de las leyes impuestas por la Iglesia católica; lo es, en fin, en sus miembros, que deben ser todos de una ortodojia perfecta. Siendo pues así, é identificándose la doctrina de las *Conferencias* con la doctrina católica, la *Obra* tiene, como esta última, la verdad, la fecundidad social. Por lo tanto, ¿no tendreis por eminentemente social una doctrina, que á la autoridad de los hechos presentes reune la autoridad de los hechos pasados, y dá la mano en la historia, no solamente á S. Vicente de Paul, su inspirador, sino á los Hermanos de la Merced, que con los fondos de la caridad rescataban á vuestros padres cautivos de los berberiscos, y á los Hospitalarios, que vendaban sus heridas, les cuidaban en sus enfermedades; y á los Benedictinos, que desmontaban vuestros campos, secaban vuestros pantanos, plantaban vuestros bosques, y á cualquiera, en fin, que en el decurso de los siglos ha sentido palpitar en su pecho un corazon verdaderamente misericordioso? Esta *Obra* tiene, pues, el primer elemento social: la doctrina.

No se distingue ménos por el segundo elemento: un objeto social fijo y excelente. Con efecto; ¿qué quiere la *Obra de S. Vicente*? Abro el Manual de las *Conferencias*, y aquí me contentaré casi con leer, tan evidente es la perfeccion. Conforme con las palabras de Jesucristo, de los Apóstoles y de la Iglesia: «Amaos los unos á los otros;» el objeto que se propone la *Conferencia* es el alivio de los desvalidos en todos los padecimientos que pueden agoviarles. Los padecimientos *morales*, primero, por ser más graves, impresionan más y engen-

dran consecuencias mucho más funestas; luego, los padecimientos *físicos*. «Así, pues, comprenda cada individuo la inmensa parte de gloria que le cabe en este mundo, sea atento á recoger todo grito de dolor, y corra inmediatamente allí de donde haya salido el grito; siéntese al lado del enfermo, baje á la celda del preso, dé al pobre lo que le falta: la fe, la instruccion, y el alimento; cuide del huérfano, y no se olvide, si se presenta la ocasion, de prodigar sus cuidados al soldado, que, á su modo, es tambien otro huérfano.» ¿Es posible, hermanos mios, exponer con mayor brevedad y sencillez un objeto más esencialmente útil?

Finalmente, vamos á hablaros tambien de los medios de que se vale la *Obra*, para realizar sus concepciones tan sociales.

El primer medio, de orígen enteramente católico, que no es verdaderamente poderoso sino cuando se emplea por y para el Catolicismo, es la *asociacion*, cuya excelencia no necesito ponderaros, tan demostrada y conocida ha sido, especialmente en estos últimos años. Pero no es una asociacion como otras muchas, que se forman cada dia: es una cosa muy distinta, es, literalmente, la mancomunidad de cuanto el hombre puede dar de sí; una fusion tan íntima de almas y fuerzas, que todos esos miembros esparcidos sobre la faz del mundo no piensan, no desean, no elaboran más que una sola cosa: el alivio de los desvalidos, tal cual lo conciben, desean y quieren las *Conferencias*.

El segundo medio es la oracion, que, hecha en santas disposiciones, comunica á la debilidad humana un poder divino, y en todas circunstancias presta fortaleza y abnegacion.

El tercer medio es una enseñanza divina, que nos dá todo aquello que necesitamos, todo lo que requiere una curiosidad legítima; y nos lo dá con una certeza invencible, no ménos que con una conveniencia maravillosa.

El cuarto medio es el ejemplo, ese maestro soberano que se impone á todo hombre.

El quinto es la limosna, siempre ajustada en conciencia á las necesidades que la reclaman.

El último medio, en fin, es el que la *Conferencia* llama patronato del obrero, y la visita al pobre hecha á domicilio. ¡Medio admirable y eminentemente social! bien lo comprendeis, hermanos mios; porque ¿cuál es el más conducente á poner al rico y al pobre en relaciones más pacíficas y mejores? ¿Es posible que los hombres, puestos con tanta frecuencia unos en frente de otros, no lleguen pronto á conocerse, á estimarse y por consiguiente amarse? Por más

arraigadas que estén las preocupaciones en esas almas, ¿podrán subsistir? ¿Podrá el rico despreciar al pobre cuya mano ha tocado, y en cuya alma ha leido? ¿Podrá el pobre tambien envidiar bajamente una opulencia cuya caridad le favorece, una opulencia cuyas inquietudes y sordos dolores sabe? Sí, repitámoslo en alta voz, pues es hora de pregonarlo por dó quiera: este medio es grande, es eminentemente social.

Prestad á la *Obra de las Conferencias* vuestra más activa cooperacion; inscribid vuestros nombres en esa milicia esencialmente pacífica; ayudadla con vuestra riqueza, con vuestro influjo y concurso. Id, hermanos mios, id al pobre y al obrero: decidle cuanto os inspire la caridad, y estad ciertos de que vuestras palabras producirán efecto: un efecto inmenso para su felicidad en la tierra y en el cielo.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

II.

Videte vocationem vestram.
Mirad vuestra vocacion.
(*Cor.* I, 26.)

Cuando el apóstol S. Pablo encargaba á los fieles de su tiempo que atendiesen á la vocacion, hablaba de la vocacion á la fe, de la creencia en nuestro Señor Jesucristo, y de todos los deberes que esta creencia impone. El grande Apóstol llamaba tambien la atencion de los fieles sobre la manera con que Dios se servia de ellos para cambiar el mundo por medio del establecimiento de la Iglesia. No es de esta vocacion de la que yo trato de hablaros; no quiero, ni debo

ahora confrontar vuestra vida cristiana con las leyes del santo Evangelio. Con frecuencia se os predican estas leyes, y á menudo vuestra conciencia es llamada á pronunciar sobre la grave cuestion de saber si las observa, ó si las infringe.

De vuestra vocacion y de vuestros deberes como miembros de las Conferencias de S. Vicente de Paul es de lo que me voy á ocupar durante el recogimiento de vuestros espíritus. Es una vocacion particular en medio de la vocacion general: como tal tiene sus obligaciones peculiares. Para meditarlas, para renovaros en su amor, en el ardor de practicarlas, os reunís anualmente por esta época, durante muchos dias de retiro, y en comun, al pié de los altares, ante el tabernáculo en que reside el Dios que se ha llamado á sí mismo Caridad: *Deus charitas est.* I. Joan. iv, 8. Así que, os hablaré de vuestros diferentes deberes para con Dios, con la Iglesia, con los pobres, y para con vosotros mismos, como miembros de la Obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul. Tal será el objeto del ministerio de que he tenido la dicha de haberme encargado, mis queridos hermanos, y que, segun espero, con la gracia de Dios, aprovechará á todas vuestras almas tan bien dispuestas á escucharme con fe y con piedad. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Lo primero que naturalmente me ocupa, es tratar de vuestra obra. El ser miembro de ella es una vocacion, porque vuestra obra visiblemente es de Dios, como lo demuestran las contradicciones de que, en su orígen, fué objeto; su pronta propagacion por el mundo; su oportunidad atendidas las necesidades de la época; y, finalmente, la aprobacion que ha recibido de la soberana autoridad espiritual. *Videte vocationem vestram:* mirad vuestra vocacion, considerad vuestra obra, primeramente en su orígen.

No ignorais que las obras de Dios nacen débiles, pequeñas, enfermas, mezquinas en la apariencia.

Vuestra obra, mis queridos hermanos, nació modestamente, como sabeis todos; pero conviene recordároslo de cuando en cuando. Dios no quiso que surgiera del corazon de un Pontífice de su Iglesia, ni aún del corazon de un Obispo, ó un párroco, sino que la hizo salir del corazon de algunos fieles, que la comunicaron á otros corazones semejantes á ellos; y así es como entró en el mundo y dió en él las primeras señales de vida. ¿Podia nacer más débil y más mezquina al parecer?

Todas las obras de Dios son en la tierra objeto de contradicciones. Y ¿por qué razon? Porque el hombre abriga siempre cierta

desconfianza respecto de su Criador. Bajo la impresion de este ciego sentimiento, se resiste á los preceptos divinos, y rehusa practicarlos, recibirlos, y aún conocerlos. En este espíritu de loca independencia se ve sostenido por el demonio, *príncipe de este siglo*, como le llama nuestro Salvador; porque habiéndose apoderado del hombre para separarle de Dios inmediatamente despues de su creacion, se esfuerza para conservar su aciaga conquista, con la cruel esperanza de hacerle participar de su perdurable suplicio. Hé aquí, porque las operaciones divinas son en la tierra objeto de ataques y de contradicciones, desde el momento en que se presentan, y miéntras que duran.

La obra de las Conferencias de S. Vicente de Paul ha recibido y debia recibir este glorioso bautismo, que atestigua su procedencia de Dios: el infierno no podia dejar de rugir contra ella; por tanto, las contradicciones le han venido de todas partes: en unas ha excitado extrañeza, aquí sospechas, allá censuras; se la ha citado, como á la Iglesia en los primeros siglos, para que diese cuenta hasta de sus intenciones, y mostráse su pureza; se le ha preguntado y repreguntado de donde venia, qué pretendia, qué buscaba, cuál era su objeto, su accion, cuáles eran sus medios; ha tenido que probar perentoriamente que no se entrometia para nada en los intereses políticos de la tierra, ni se ocupaba de nada de lo que promueve por acá abajo la pugna y division entre los hombres; declarando formalmente, que su objeto se reducia á no aceptar, ni reconocer más que el dedicarse al alivio de las miserias humanas. Le ha sido preciso justificarse hasta del cargo de conspiracion; demostrar que sus reuniones nunca se bastardeaban, trocándose en clubs de malos complots. Vuestra obra ha tropezado tambien con algunas contradicciones en su propio seno: muchas veces, por la negligencia de ciertos miembros; otras, por la conducta de algunos que se han separado, y á veces, por falta de dignidad moral en algunos otros.

No es ménos evidente, que posee otro de los caracteres de las obras de Dios, á saber, su dilatacion. Cuando una obra viene de Dios, lleva en sí misma una virtud, una pujanza, una energía para extenderse, que no es posible subyugar: el obstáculo que encuentra solo sirve para darla una fuerza mayor: marcha á pesar de todo, marcha á pesar de los ataques, á pesar de las difamaciones, á pesar de las injurias, á pesar de los despojos, á pesar de los calabozos, del destierro y los suplicios.

Vosotros, mis queridos consocios de S. Vicente de Paul, sois de ayer; y con todo, nadie ignora que estais en todas partes. Vuestra obra, como la verdad de que ha nacido, es en todos tiempos antigua

y nueva; cuenta pocos años de existencia, pero cuenta muchos lugares para su establecimiento. El Norte, el Mediodía, el Oriente y el Occidente la han visto aparecer casi al mismo tiempo; y sus triunfos diarios atestiguan, que tiene que llegar una hora en que hasta las poblaciones más insignificantes que adoran á Cristo, se regocijarán con su llegada, y la acogerán con amor, y la harán reinar en medio de ellos. Pues bien: sin la bendicion de Dios, ¿habria progresado con medios tan notables; habria caminado con tanta rapidez y alargado sus pasos á tanta distancia?

Otro de los caracteres divinos que hemos advertido en vuestra obra, es su proporcion acomodada á las especiales necesidades del tiempo presente. Sin que se nos moteje de calumniar á nuestra época, bien podemos decir de ella, que vive atribulada por un mal profundo y en extremo peligroso; este mal es el egoismo; es que nadie piensa sino en sí propio, en su propio interés, y en los medios más expeditos de satisfacerlo. Merced al funesto influjo de deplorables doctrinas y de criminales ejemplos, vemos hoy la envidia, más que otras veces, considerar los bienes de fortuna y las elevadas posiciones sociales como á otras tantas iniquidades que es preciso perseguir, sin que por eso los que las persiguen las codicien ménos. De aquí el orígen de esos feroces apetitos, cuyos rugidos amenazadores traen consternados á los hombres prudentes que, con sobrada razon acaso, los tienen por síntomas de una confusion y ruina social, más ó ménos próxima, pero de todos modos inevitable en lo humano. Contra semejante mal, ¿qué remedio buscar apropiado? Ninguno, sino los que dá la religion; ninguno, sino la práctica sincera y constante de las dos virtudes que la religion enseña; es decir, de la *justicia*, que á nadie hace mal, y de la *caridad*, que hace bien á todos; la justicia, que declara inviolable la propiedad del prójimo, y la caridad, que se sacrifica por aliviar su desgracia. Estas virtudes no pueden existir una sin otra, y la sociedad no puede vivir sin ambas juntas; pues sin la justicia, ¿qué seria de los medios de ejercer la caridad? Y sin la caridad, ¿qué llegarian á ser los derechos de la justicia? La miseria abandonada y no socorrida, alimenta en su seno proyectos de venganza; y cuando tiene ya nutrido en él bastante ódio, á la primera ocasion que se la ofrece, revienta como un volcan, asolándolo todo en su curso, y amontonando en su camino calamidades y ruinas.

Pues para conjurar, digo, este porvenir que hoy nos espanta, necesaria es la caridad con sus sacrificios de toda especie: sacrificio de tiempo, de crédito, de influencia, de dinero. ¡Ah! ¡cuán grande es el poder del sacrificio! El sacrificio solo es capaz de restituir la serenidad á nuestro horizonte, de disipar las nubes sombrías que lo cubren, de apagar ó contener en el seno preñado de la tempestad los rayos, cuya espantosa proximidad nos está anunciada por truenos y relámpagos que apenas cesan un punto. ¿Comprendeis ahora cuál es vuestra mision providencial, cuán grande la importancia de vuestra obra para el reposo de la sociedad? En estos tiempos en que tan ardientemente se codician los bienes materiales, y tan sañudamente son envidiados los ricos, la sociedad, para salvarse, exige nada ménos que la pasion del sacrificio para neutralizar la pasion del egoismo; exige á todas las almas honradas que piensen muy mucho en el interés ajeno, para neutralizar el deletéreo influjo de los que solo piensan en su propio interés; exige amor verdadero y eficaz á todo infeliz que no alcance á bastarse á sí mismo, con el fin de ahogar en su corazon los malos y terribles pensamientos que la desesperacion pudiera suscitar en él; exige la íntima union de los ricos con los pobres para aliviarlos; de los fuertes con los débiles para alentarlos; de los que de todo abundan para socorrer á los que de todo carecen; exige que, por virtud y gracia de estas santas y saludables combinaciones, en lugar de ser extrañas unas á otras las diferentes clases sociales, en lugar de despreciarse y odiarse mútuamente, se unan y mezclen, sirviendo de vínculo para unas los actos y afectos de caridad, para otras los actos y afectos de gratitud; pues de esta manera se conseguirá que entre todas ellas, y á pesar de la diferencia de sus respectivas condiciones, llegue á haber un solo corazon y un alma sola: *cor unum et anima una*. Es decir, como veis, que la sociedad necesita de vosotros, necesita de lo que pensais y de lo que haceis: necesita de vuestra obra, de vuestra compasion, de vuestra solicitud; de vuestro celo en buscar al desgraciado, de vuestra fraternal acogida á los que os pidan socorro, de vuestra generosidad inagotable y de vuestros sacrificios contínuos; de todas las invenciones divinamente ingeniosas que vuestro amor á los pobres os inspira para aliviar su miseria. En una palabra, la sociedad necesita de la caridad, porque necesita de Jesucristo para ser vivificada; y Jesucristo es la caridad misma.

2. Réstanos deciros, que vuestra obra ha sido aprobada por la suprema autoridad de la Iglesia; y en el mero hecho de estarlo, ha sido oficialmente reconocida como obra de Dios. Todos vosotros sabeis perfectamente, que la voz del Padre Santo es la voz de N. Señor Jesucristo; y que la Santa Sede romana, en sus enseñanzas, es eco del Verbo Eterno, que por medio de ella perpetúa su mision de paz

y de luz entre los hombres, para preservarlos de las tinieblas del error y de sus funestas consecuencias. Todos sabeis igualmente, la benévola y afectuosa acogida que vuestras Conferencias han merecido á los Sumos Pontífices, desde la primera vez que tuvieron el honor de ponerse á sus plantas; no ménos conocidos os son los elogios y gracias espirituales con que se ha dignado honraros y enriqueceros el Padre comun de los fieles. Algunos de vosotros han sido testigos y partícipes de aquellas muestras cariñosas de bondad, que en varias ocasiones ha prodigado á las Conferencias y á sus representantes nuestro santo y querido Pontífice Pio IX, objeto de la veneracion del mundo entero: lo que acaso saben pocos de entre vosotros, es lo que este gran Papa respondia, á propósito de los temores que acerca del destino de la Francia se le habian confiado en una de estas últimas épocas más señaladas por sus perturbaciones del órden público y por sus peligros espantosos: «Cobrad ánimo, decia Su Santidad: una nacion donde en un cuarto de siglo han nacido obras como las Conferencias de S. Vicente de Paul y de la Propagacion de la Fe, no es seguramente una nacion dejada de la mano de Dios.»

Y en verdad, hermanos mios, que aquella nacion ha atravesado períodos bien calamitosos! ha surcado mares tempestuosísimos en que parecia que á cada instante iba á zozobrar..... Y sin embargo, del mar y de sus tempestades ha salido á salvo. Pero, ¿cómo ha sido esto? ¡Ah! pedid la explicacion á la soberana Sabiduría, que poniendo sus divinos oráculos en los labios de su Vicario en la tierra, ve las cosas en su verdad: la fe, la caridad, son las que la han salvado. La fe, por medio de la obra que lleva su nombre, y que la va propagando por el mundo; la caridad, por medio de esta otra obra conocida con el nombre de un Santo, que fué en la tierra tan singular amigo de los pobres, y que no vivió sino por ellos y para ellos. Sí: estas dos obras, nacidas casi á un mismo tiempo del corazon de N. S. Jesucristo para consuelo y salvacion de la sociedad cristiana, son como dos ángeles que la han guardado, y que, cubriéndola con sus alas, han conjurado las tempestades amontonadas sobre ella, cuyo peso sentia ya oprimirla, y que parecian prontas á sepultarla en abismos de inmensurables males y dolores. Ved, pues, si vuestra obra es bella, si es preciosa, si es necesaria. ¡Oh! sobrada razon teneis para regocijaros de haber sido llamados por Dios á este apostolado de la caridad! Pero no menor la teneis para juzgaros empeñados en no faltar á los sagrados deberes que esa mision os impone, como quiera que seria una tremenda responsabilidad para vosotros, si por

culpa vuestra dejára de producir ó produjéra imperfectamente los frutos que le están prometidos.

Considerad, meditad más y más cada dia vuestra vocacion: *videte vocationem vestram.* ¡Ah! si los pensamientos, que juntos acabamos aquí de meditar, han penetrado vuestras almas, antes de dejar este lugar os prosternareis humildemente y direis á N. S. Jesucristo: ¡Oh mi adorable Señor y Maestro! gracias te doy por haberte dignado contarme entre los que han realizado uno de los particulares designios que tu amor ha formado para la salvacion del mundo. Conozco, Señor, conozco toda mi indignidad para semejante vocacion; pero tu gracia divina, que humildemente te pido para mí y para mis hermanos, espero que ha de serme suficiente luz para mostrarme, mejor aún que hasta aquí lo he visto, el bien que me resta por hacer, y me dará auxilio eficaz para cumplir con mayor fidelidad y celo mis sagradas obligaciones, y de este modo alcanzar la felicidad eterna, que os deseo.

CONFESION.

(INSTITUCION DIVINA DE LA)

I.

Adeamus cum fiducia ad thronum Dei, ut misericordiam consequamur.

Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia.

(*Hebr.* IV, 16.)

Hermanos mios: hay épocas en que el idioma religioso, tan magnífico, tan persuasivo, tan enérgico, parece que se ha convertido de pronto en impotente y estéril; tales son los tiempos de indiferencia.

y de luz entre los hombres, para preservarlos de las tinieblas del error y de sus funestas consecuencias. Todos sabeis igualmente, la benévola y afectuosa acogida que vuestras Conferencias han merecido á los Sumos Pontífices, desde la primera vez que tuvieron el honor de ponerse á sus plantas; no ménos conocidos os son los elogios y gracias espirituales con que se ha dignado honraros y enriqueceros el Padre comun de los fieles. Algunos de vosotros han sido testigos y partícipes de aquellas muestras cariñosas de bondad, que en varias ocasiones ha prodigado á las Conferencias y á sus representantes nuestro santo y querido Pontífice Pio IX, objeto de la veneracion del mundo entero: lo que acaso saben pocos de entre vosotros, es lo que este gran Papa respondia, á propósito de los temores que acerca del destino de la Francia se le habian confiado en una de estas últimas épocas más señaladas por sus perturbaciones del órden público y por sus peligros espantosos: «Cobrad ánimo, decia Su Santidad: una nacion donde en un cuarto de siglo han nacido obras como las Conferencias de S. Vicente de Paul y de la Propagacion de la Fe, no es seguramente una nacion dejada de la mano de Dios.»

Y en verdad, hermanos mios, que aquella nacion ha atravesado períodos bien calamitosos! ha surcado mares tempestuosísimos en que parecia que á cada instante iba á zozobrar..... Y sin embargo, del mar y de sus tempestades ha salido á salvo. Pero, ¿cómo ha sido esto? ¡Ah! pedid la explicacion á la soberana Sabiduría, que poniendo sus divinos oráculos en los labios de su Vicario en la tierra, ve las cosas en su verdad: la fe, la caridad, son las que la han salvado. La fe, por medio de la obra que lleva su nombre, y que la va propagando por el mundo; la caridad, por medio de esta otra obra conocida con el nombre de un Santo, que fué en la tierra tan singular amigo de los pobres, y que no vivió sino por ellos y para ellos. Sí: estas dos obras, nacidas casi á un mismo tiempo del corazon de N. S. Jesucristo para consuelo y salvacion de la sociedad cristiana, son como dos ángeles que la han guardado, y que, cubriéndola con sus alas, han conjurado las tempestades amontonadas sobre ella, cuyo peso sentia ya oprimirla, y que parecian prontas á sepultarla en abismos de inmensurables males y dolores. Ved, pues, si vuestra obra es bella, si es preciosa, si es necesaria. ¡Oh! sobrada razon teneis para regocijaros de haber sido llamados por Dios á este apostolado de la caridad! Pero no menor la teneis para juzgaros empeñados en no faltar á los sagrados deberes que esa mision os impone, como quiera que seria una tremenda responsabilidad para vosotros, si por

culpa vuestra dejára de producir ó produjéra imperfectamente los frutos que le están prometidos.

Considerad, meditad más y más cada dia vuestra vocacion: *videte vocationem vestram.* ¡Ah! si los pensamientos, que juntos acabamos aquí de meditar, han penetrado vuestras almas, antes de dejar este lugar os prosternareis humildemente y direis á N. S. Jesucristo: ¡Oh mi adorable Señor y Maestro! gracias te doy por haberte dignado contarme entre los que han realizado uno de los particulares designios que tu amor ha formado para la salvacion del mundo. Conozco, Señor, conozco toda mi indignidad para semejante vocacion; pero tu gracia divina, que humildemente te pido para mí y para mis hermanos, espero que ha de serme suficiente luz para mostrarme, mejor aún que hasta aquí lo he visto, el bien que me resta por hacer, y me dará auxilio eficaz para cumplir con mayor fidelidad y celo mis sagradas obligaciones, y de este modo alcanzar la felicidad eterna, que os deseo.

CONFESION.

(INSTITUCION DIVINA DE LA)

I.

Adeamus cum fiducia ad thronum Dei, ut misericordiam consequamur.

Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, á fin de alcanzar misericordia.

(*Hebr.* IV, 16.)

Hermanos mios: hay épocas en que el idioma religioso, tan magnífico, tan persuasivo, tan enérgico, parece que se ha convertido de pronto en impotente y estéril; tales son los tiempos de indiferencia.

Miéntras el hombre siente palpitar su corazon al recuerdo de Dios y de la eternidad, las ideas religiosas subsisten en su espíritu claras y sublimes; ninguna preocupacion las desfigura, ningun borron las mancha; y entónces las palabras con que se expresan, despiertan siempre un amor inmenso. Más cuando los espíritus se han olvidado en el reposo de la apatía; cuando han dejado desfallecer las santas tradiciones; cuando éstas no hacen más que pasar por el pensamiento como la sombra remota de un sueño; entónces, mil sospechas vienen á marchitar la fe, mil desconfianzas la mancillan, mil preocupaciones la desfiguran; place ver la cosa desfigurada por el hombre, en medio de la obra divina; ya no se mira en el edificio religioso sus proporciones colosales, sus vastas alas para dar un abrigo al mundo; se examina curiosamente este monumento inmenso para encontrar en él un polvo, una paja, un objeto cualquiera que desagrade; y entónces las palabras que lo nombran, espiran como el último sonido de una murmuracion, que se apaga y se muere.

Ahora bien: en semejantes tiempos hay una especie de temor permitido al orador cristiano cuando va á exponer ciertos dogmas; puede temer la debilidad de algunos espíritus mal dispuestos; y yo siento hoy esta dificultad, pues tengo en mi lengua una palabra cuyas vicisitudes han sido bien diversas, que fué acogida por el mundo con entusiasmo, con delirio; que un gran número de contemporáneos no quieren escuchar sino con una especie de desagrado, y de profundo fastidio; una palabra, que, comprendida bien, quiere decir grandeza, regeneracion, fortaleza; una palabra, que mal comprendida, quiere decir pequeñez, abyeccion, la nada; y esta palabra es *la confesion*.

Hermanos mios, cualesquiera que sean aquí las pretensiones humanas, es menester decirlo, pues es la verdad: la confesion es el medio necesario de grandeza, de vida para el género humano; es la ley de regeneracion, es el instrumento más vital del progreso moral en el seno del universo. Este será el objeto del discurso de hoy, que reasumo en las siguientes palabras: la confesion es la ley necesaria de regeneracion para el hombre: argumento del primer punto; la confesion fué elegida por Dios para servir de instrumento de regeneracion, porque era el medio más naturalmente indicado, el que estaba más en armonía con el objeto que ha de producir: argumento del segundo punto. Pidamos las luces de la gracia. A. M.

1. Hermanos mios, segun el hombre haya sabido mantenerse en el plan primitivo de la creacion, ó se haya separado de la línea, se concibe que debe ser regido por leyes diferentes, y, por consecuencia, no hay que juzgar la religion en el estado del mundo decaido, como se hubiera hecho en otro. Si el mundo no hubiera decaido, la religion tendria solo un objeto, el de mantenerlo en su grandeza, en su vigor, en su fuerza. Más supuesto que ha caido, su primer carácter debe ser un poder de regeneracion, es decir, que necesita dedicar sus trabajos á levantarlo de nuevo, á restablecerlo en su primitiva vida y en los privilegios de su primitiva vida. Ahora bien: este poder de regeneracion no puede ejercerlo más que por la confesion.

Hermanos mios, cuando hablo de la vida del hombre en el plan primitivo, me elevo mucho más allá de los sentidos; yo no trato de recordar aquel mundo más risueño y más hermoso, aquel sol más puro, y todas esas enfermedades que hubieran huido de respeto en presencia del rey de la naturaleza. Indudablemente tendria estas ventajas; pero tenia otra vida más noble; su alma vivia, porque estaba unida á Dios por la virtud; y en esta union gozaba de grandes privilegios: esa luz moral que tomaba de la sustancia misma de las ideas eternas, ese sentimiento profundo de dicha y de paz que acompaña á todos los seres que ocupan su puesto en el órden. Tal era, pues, el estado del hombre en el plan primitivo: la union del alma con Dios por la virtud; tales eran los privilegios de su vida: la luz moral, la ventura y la paz.

Ahora bien: el hombre no puede volver á adquirir semejante vida sino por la confesion; no puede reconquistar estos privilegios más que por la confesion. Esto supone que, en mi concepto, la ha perdido. ¡Ah! sí, sin duda: ¿quién podrá negarlo?

Hemos dicho, que la vida del alma es la union con Dios por la virtud: ¿dónde está el hombre, os lo pregunto, dónde está el hombre en quien el mal no haya alterado, roto esta union? Dejemos aparte, por un momento, el dogma esencial que domina todo el Cristianismo, que explica el mundo, sin el cual el género humano no seria más que un enigma inmenso, el dogma de la degradacion primera: no lo necesito; tomo el mundo tal como se halla, lo interrogo con una mirada investigadora, pregunto dónde está el alma que tenga la vida moral. ¡Ay! el mal se encuentra en todas partes, todo lo ha invadido, nuestro domicilio terrestre está lleno de él, hasta en su esencia está mancillado por él. Ved el mal; espía al hombre, lo espía al entrar en la vida; se oculta en la cuna; toma parte en los juegos de la infancia; se revela luego imperioso y audaz en la adolescencia; aniquila á la edad madura bajo su yugo, y la humilla frecuentemente hasta la tierra; se burla de las canas del anciano; penetra en todas

partes, aún en las almas más nobles corrompe hasta la virtud. Tal es el mundo.

Lo repito: ¿dónde está el alma en que el mal no haya roto la union con Dios? Pues entónces, ¿en dónde está el alma que pueda decir: He conservado la vida moral? ¡Pero qué! si habeis perdido la vida moral, ó bien es preciso que os senteis tristes y abatidos sobre la piedra de vuestro sepulcro intelectual, evocar las sombras, llamar los infiernos; ó bien necesitais buscar algun medio para volver á adquirir la vida que habeis perdido. Ahora bien: mirad el estado en que os hallais. Habeis perdido aquella vida porque habeis roto vuestra union con Dios, y no podeis recobrarla sino reconciliándoos con él. Más esta reconciliacion es una obra complexa, que no es dable acabar por sí solo; no basta que se quiera subir hasta Dios, es menester además, que Dios consienta en bajarse, volver hácia el hombre. Ahí pues, ahí se encuentra el punto fundamental para el hombre que quiere recobrar la vida moral. Es menester que Dios consienta en devolvérsela. Pero Dios posee dos medios generales de restituir al hombre la vida moral, ó por un acto puro y gratuito de su liberalidad soberana, sin exigir de su criatura ninguna expiacion; ó bien en virtud de una ley de extricta y rigurosa justicia, exigiendo de él una reparacion. ¿Cuál de estos dos medios será la esperanza del hombre, que procura recobrar la vida moral?

Que no diga: Dios me perdona cuando me arrepiento por un acto puro y gratuito de su liberalidad soberana, sin exigir de mí ninguna expiacion! No; no tiene derecho de afirmar esto; y nosotros, nosotros tenemos el derecho de afirmar lo contrario; pues Dios no ha declarado en ninguna parte que tal fuese su voluntad soberana. Bien léjos de eso, él ha escrito en lo más profundo del corazon humano, y con un estilo de hierro, que el mal, el mal moral no se cura sin dolor, y, de consiguiente, sin expiacion.

La voz de la expiacion será pues la que ofrezca al hombre, que quiere recobrar la vida moral, una última esperanza.

¡Pero tened cuidado! pues una vez entrados en la via de la expiacion, cuando se reconoce que no es por un acto gratuito, sino por un acto de justicia el que Dios consienta en reconciliarse con el hombre, una vez dado este paso, ya no es posible detenerse; hay que ir necesariamente hasta el pié del tribunal de la penitencia. En efecto; mirad, hermanos mios, que para que esta expiacion sea eficaz y completa, ha de encerrar las siguientes condiciones: que lleve consigo el principio de un poder expiatorio infinito; que sea establecida por

el que da á la expiacion su carácter de poder infinito; en fin, que se aplique á las almas por via de juicio.

Es menester que lleve consigo un principio de poder infinito. Efectivamente: en este órden de expiacion ya no se trata para Dios de hacer gracia; se encierra en los límites de una extricta justicia: ya no es una gracia que concede; es una deuda cuyo pago exige. Es, pues, necesario, que la expiacion sea exactamente igual á la ofensa. Pero un poder finito es incapaz de hacer á Dios una reparacion de honor equivalente á su injuria: no hay proporcion entre lo finito y lo infinito; es, pues, indispensable, para que Dios tenga que aceptarla en justicia, que la reparacion lleve consigo el principio de un poder infinito.

Es menester, además, que el medio de esta expiacion sea establecido por el que le ha dado su carácter de poder infinito. Efectivamente: él solo es el que ha pagado su deuda á Dios; todos los demás no le han presentado sus respectivas cuentas; él es árbitro de su suerte; puede hacerlos partícipes de su expiacion; tambien puede excluirlos, y de consiguiente, si tienen parte en ella, no será sino en virtud de un medio que él mismo habrá establecido.

En fin, este medio debe aplicarse á las almas por via de juicio. En efecto; para completar la vida, es necesario dar la certeza de ella á aquel que la recibe. Ahora bien: no cabe tener semejante seguridad más que por un juicio, ó sentencia oficial, que declare suficiente su expiacion, el hecho de su reconocimiento. Suponed, hermanos mios, suponed, por un instante, un medio de expiacion vago, entregado, tanto en sus resultados como en su aplicacion, á juicios particulares: al momento abundan los inconvenientes; pues los espíritus presuntuosos se lisonjearán siempre de haber satisfecho á las leyes de la expiacion, aún cuando todavía estén léjos de ello, al paso que los más tímidos no creerán nunca con fe firme haber llenado dichas condiciones.

Es, pues, necesario que la expiacion encierre esas tres condiciones.

Ahora bien; la confesion católica las contiene, y solo ella las contiene.

La confesion católica aplica la expiacion por via de juicio.

La cosa es clara: es menester que intervenga la sentencia del juez en el tribunal de la penitencia.

Encierra en sí el principio de una fuerza expiatoria infinita.

Pues ¿cuál es el principio de la fuerza expiatoria? ¿Son las lágrimas del hombre, su humillacion, sus resoluciones, sus votos de en-

mendarse? No, pues podria arrodillarse continuamente, derramar lágrimas hasta agotar el manantial; esta reparacion del ser finito no termina nada; no está bajo el pié de igualdad con Dios. ¿ Quereis conocer la fuerza expiatoria? Es la sangre de Jesucristo, la sangre del Hombre-Dios; hé aquí lo que mira Dios en el tribunal de la penitencia, y no al hombre. Cuando un culpable viene á acusarse, cuando un ministro de Jesucristo ha examinado sus disposiciones, cuando las ha declarado suficientes, cuando ha pronunciado la sentencia que lo absuelve, en este momento sagrado se presenta Jesucristo en el Calvario, muestra toda su sangre y dice á su Padre: « ¡Este es el precio que ofrezco para comprar la cabeza de ese hombre!»

Hé aquí el principio de la fuerza expiatoria de la confesion.

Más todos los cristianos no pueden aún reclamar ese poder infinito de la expiacion de Jesucristo; para tomar parte en ella es necesario buscarla en el medio que él mismo haya establecido, porque es el solo que da á esta expiacion su carácter de poder infinito. Ahora bien: el medio que Jesucristo ha establecido, el único que ha establecido, es la confesion. Seré breve en una inmensidad de pruebas.

O Jescristo ha instituido la confesion, ó hay que hacer pedazos el Evangelio; ó Jesucristo ha instituido la confesion, ó hay que echar por tierra el testimonio y proclamar la duda universal en materia histórica; ó Jesucristo ha instituido la confesion, ó las leyes que rigen el universo moral han experimentado una monstruosa violacion.

O Jesucristo ha instituido la confesion, ó hay que hacer pedazos el Evangelio.

Hermanos mios; si el Evangelio puede engañarnos una sola vez, si una sola de sus páginas encierra el error, es menester romperlo. Ahora bien: si Jesucristo no ha instituido la confesion, el Evangelio nos engaña. Abrid ese libro sagrado; hé aquí lo que dice Jesucristo con este preámbulo solemne: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Así como mi Padre me ha enviado, así os envio; recibid pues el Espíritu Santo. Aquellos á quienes redimais los pecados, les serán redimidos; aquellos á quienes se los retengais, les serán retenidos. Lo que hayais ligado sobre la tierra quedará ligado en el cielo; lo que hayais desatado sobre la tierra permanecerá desatado en el cielo.»

Y un poco despues:

«Hé aquí que estoy con vosotros hasta el fin de los tiempos.»

Para mejor apreciar el sentido y el alcance de sus palabras, necesitamos recordar, que Jesucristo hablaba entónces como el fundador de una religion, á la que habia prometido formalmente el universo y

el imperio de los siglos; que hablaba á los Apóstoles, los cuales representaban todo el cuerpo pastoral hasta el fin de los tiempos; y, por consecuencia, lo que Jesucristo atribuye aquí á los Apóstoles, es menester atribuirlo á todo el ministerio pastoral hasta la consumacion de los siglos.

Ahora bien: las atribuciones que Jesucristo da aquí á los Apóstoles, es el poder de curar el mal de las almas; poder absoluto, sin límites: «Todo lo que hayais absuelto, todo lo que hayais redimido...» Poder exclusivo, único en el mundo, pues Jesucristo les atribuye el poder de negar la absolucion, que seria nulo, irrisorio, si existiese fuera de ellos otra autoridad igual ó en competencia con ellos. Así pues, por medio del ministerio cristiano, y solo por su medio, pueden ser curadas las enfermedades del alma, y eso hasta el fin de los siglos. Pero el ministerio de la curacion de las almas no puede ejercerse sino por la confesion. Jesucristo no lo dice, pero la razon saca inmediatamente la consecuencia de sus palabras. Él establece á los Apóstoles y sus sucesores como jueces para redimir ó retener, para conceder ó negar la absolucion. No dá derechos arbitrarios, no autoriza al capricho; debe haber una razon para que remitan más bien que para que retengan; debe haber un motivo para conceder más bien que para negar la absolucion; es indispensable, por tanto, que conozcan; y ellos no pueden conocer más que por la declaracion misma de aquellos que están afligidos de la enfermedad del alma. Pues bien, esa declaracion de su parte es lo que llamamos confesion.

Así, las mismas palabras que hicieron á los Apóstoles depositarios del divino remedio y jueces de las conciencias, esas mismas palabras establecieron la confesion; así tambien, la Escritura sagrada nos hace ver, algunas páginas más adelante, al hablarnos en los Actos de los Apóstoles, del ejercicio de tal remedio: «Muchos fieles iban á confesar sus pecados: *Multi fidelium veniebant confitentes peccata sua.*

De este modo afirma el Evangelio positivamente, que Jesucristo instituyó la confesion; y si nos engaña en ésto, es menester romperlo.

O Jesucristo ha instituido la confesion, ó hay que echar por tierra el testimonio y proclamar la duda universal en materia histórica.

Tal es, en efecto, hermanos mios, tal es aquí la fuerza del testimonio; él se eleva con tanta unanimidad, tanta constancia, energía, extension y perpetuidad, que si ha podido engañarnos esta vez, no se

concibe una sola circunstancia en que pueda descansarse confiadamente en su veracidad.

Interrogad á todo el género humano, dirigid vuestras miradas desde el primero hasta el último individuo de la familia humana, escuchad esas palabras que se cruzan en el espacio, el Este, el Occidente, Roma y la Grecia, que se cogian de las manos para gritar en un inmenso concierto: ¡Jesucristo es quien ha instituido la confesion! En todos los puntos del globo, desde el orígen de las edades, ved lo que los padres han dicho á sus hijos, ved el dogma que todas las generaciones se han trasmitido, que fué enseñado en las cátedras, que fué realizado en las costumbres: los hijos lo han dicho como los padres; y aunque separados sobre muchos puntos, aunque levantando entre ellos la barrera de las enemistades, hoy, todavía, casi todos están acordes para decir: ¡Jesucristo es quien instituyó la confesion! Nuestros padres lo vieron; ellos nos lo afirmaron como un hecho. El hecho, ellos nos lo han trasmitido, y nosotros lo repetimos.

¿Os parecerán sospechosas tales tradiciones, porque sean orales? ¿Preferiríais el testimonio de los siglos consignado por escrito? ¡Pues bien! interrogad á lo pasado, registrad los archivos, preguntad á los escritos de aquellos hombres que fueron la más eminente expresion de su época, que dejaban caer de sus lábios la calma ó la tempestad; consultad sus libros, y en todas partes hallareis el testimonio de la verdad de este hecho: que Jesucristo ha instituido la confesion.

En el primer siglo, el papa san Clemente habia visto á los Apóstoles y conversado con ellos. Hé aquí las palabras que se leen en uno de sus libros: «Si casualmente ha penetrado en el corazon una mancha, una infidelidad, ú otro mal cualquiera, es menester confesarlo al que preside, para evitar los fuegos eternos.» Al fin del segundo siglo, ved lo que decia Tertuliano, hablando de la confesion: «Cuando veo á hombres que creen y difieren esta importante accion, presumo que se hallan más tocados de la vergüenza que sigue á la declaracion de sus faltas, que de las necesidades de su alma. Por mi parte, me guardaré muy bien de ceder á una vergüenza que me reportaria tan grande detrimento; ¿cuánto mejor no es pasar alguna vergüenza para ser absuelto, que callarse para ser condenado?»

Al fin del siglo tercero, san Cipriano, coronado con la doble palma del genio y del martirio, hablaba así á los fieles de Cartago: «Queridos hermanos mios, miéntras os halleis en el siglo, en que la

confesion puede servir, confesad vuestras faltas, confesad hasta vuestros pensamientos los más secretos.»

En el siglo cuarto, Lactancio escribió estas palabras: «La religion católica es la única que ha conservado la verdadera felicidad, pues no se encuentra más que en su seno la penitencia y la confesion para curar los males de que es susceptible la flaqueza mortal.»

En el quinto siglo, hé aquí las palabras del obispo de Hipona: «Qué nadie diga: yo obro entre Dios y yo, esto me basta; el que conoce mis faltas, conoce tambien mi arrepentimiento. No, no hay razon para hablar así, pues entónces no habria dicho: Lo que hayais negado en la tierra permanecerá negado en el cielo; lo que hayais perdonado, perdonado quedará en el cielo. Obrando así, frustrais el Evangelio, frustrais á Jesucristo y á su palabra.»

Estos grandes obispos, estos grandes hombres no dicen terminantemente que Jesucristo ha instituido la confesion, porque en aquellos tiempos era una redundancia vana y demasiado se sabia; pero ellos hablan como de una cosa indispensable, que no podia tener tal carácter, en ningun sentido, si la institucion no fuese de Jesucristo. Resulta de esto, que ellos y todos sus contemporáneos la consideraron como la obra efectiva de Jesucristo.

Basta, no sigo más adelante en el curso de los siglos. A medida que se precipitan, los testimonios adquieren mayor precision, las costumbres van acordes con las doctrinas, la ley divina con las leyes humanas, los fieles con los pastores, los sínodos y los concilios. Y cuando en el décimo sexto siglo, un error poderoso vino á reclamar contra la institucion sagrada de la confesion, la Iglesia reunió á sus obispos en Trento, y allí, habiendo consultado á la tradicion, fué reconocido: que todas aquellas voces dispersas sobre la tierra se reunian en una sola y grande voz para decir: «Jesucristo es quien ha instituido la confesion; nunca se ha variado acerca de este punto entre nosotros.» Hé aquí lo que los hijos han dicho siempre, como habiéndolo recibido de sus padres: nuestros padres lo han visto, ellos lo han afirmado como un hecho; luego, Jesucristo es quien ha instituido laconfesion!

Si semejante testimonio no es suficiente, hay que proclamar la duda universal en materia histórica.

En fin, hermanos mios; ó Jesucristo ha instituido la confesion, ó las leyes que rigen el universo moral han sufrido una monstruosa violacion.

Es una ley del universo moral, que todo sér tiene la razon de sí. No hay efecto sin causa. Pues bien; si Jesucristo no ha instituido la

confesion, hay en la tierra alguna cosa que no tiene certificado de naturalizacion, que no puede justificar su presencia en el globo, que no puede decir el nombre de su autor, de su institutor.

Dirijo mis miradas al mundo; en todas partes veo practicar el uso misterioso de la confesion. Este es un hecho. La confesion existe en el mundo. Ahora bien; yo digo: si Jesucristo la ha instituido, se comprende su presencia; hay fuerza, energía, poder en la voluntad de Dios; pero si Jesucristo no la ha establecido, desafio á que se la atribuya otro autor. Vosotros, que no reconoceis la institucion divina de la confesion, dignaos, pues, darle un orígen. ¿Direis que el hombre? ¿Pero cuál? ¿El creyente, ó el sacerdote? No sé que nadie haya llevado el exceso de acusar de tal impostura al cuerpo mismo de los cristianos; repugna demasiado al sentido comun, á la rectitud del hombre, el que sin un objeto divino se quiera imponer una prueba difícil y someter á ella á sus hijos.

No, no se ha dicho que sean los fieles los que han imaginado la confesion; pero se ha dicho, que es invencion de los sacerdotes. Y tal es la debilidad de la inteligencia humana, tales son las prevenciones en los siglos de indiferencia religiosa, que esta idea miserable, absurda, verdaderamente asquerosa de calumnia, ha podido hallar algun crédito y posesionarse de ciertos entendimientos como una verdad demostrada. Lo que se experimenta á vista de semejante acusacion, es una emocion dolorosa; pues en verdad, ¿qué se imaginan esos hombres que es el sacerdocio de los cristianos? Han examinado á los pontífices del paganismo, á los sagrados bellacos que no podian sino con grande trabajo mirarse sin reirse; han dirigido sus miradas hácia los dervis y los bonzos; han visto impostores, y se han persuadido que aquel era el sacerdocio de los cristianos. Pero es menester, sin embargo, observar, que hay una diferencia: que no se trata de Indios ni de Turcos, que se trata de pueblos civilizados del universo y de sus sacerdotes. Ahora bien: el sacerdote de los cristianos forma un gran cuerpo que abraza todo el mundo; ha podido tener sus dias de fuerza y de debilidad, de grandeza y de pequeñez; pero en medio de sus adversidades, se ha visto siempre su carácter más fuerte, su vida más austera. Los pueblos que han tenido fe en él, han tenido fe en su palabra, en su autoridad; jamás lo han acusado de impostura.

A la sola vista de tal cuerpo, el pensamiento de tan grosera impostura no puede hallar cabida en los corazones.

Pero yo avanzo más: voy más allá de todo límite. Daré por sentado, que el deseo de tamaña impostura haya podido nacer en el sacerdocio cristiano. ¿Será esta una razon para que haya tenido el poder

de realizar este pensamiento de esclavitud? Pues, bien: no se trataba en el mundo de confesion; Jesucristo no la habia establecido; nadie la practicaba. De pronto sale un sacerdote que dice: «En adelante, no podreis participar de la redencion de Jesucristo sino despues de la confesion. Hareis penetrar mi pensamiento en el santuario más íntimo de vuestra propia conciencia, y esto bajo pena de la vida, pues declaró esta ley esencial para la salvacion.» Y el universo entero, sin reclamacion, por un movimiento general de ilotismo, se postra delante de él, y no se encuentra ni un solo hombre que saque de su pecho estas palabras tan sencillas: pero ¿quién eres tú para imponernos semejantes doctrinas? ¿Tenemos otro dueño además de Jesucristo? ¿No vino Jesucristo mucho antes que tú? ¿Nuestros padres no eran cristianos sin necesidad de confesarse? En vano se nos hará la objecion, de que hay edades ignorantes, bárbaras. Sí. ¿Pero en qué época, os lo pregunto, en qué época se han privado los hombres de ojos, de oidos y de memoria? Los hombres más groseros saben lo que se hizo ayer, lo que practicaron sus padres, y son los que ménos se prestan á que se haga la más mínima innovacion en sus usos, pues están adheridos á ellos obstinadamente. Ninguna autoridad despótica, en ningun tiempo, se estableció sobre los cristianos; siempre fué necesario tener razon; y nosotros podemos afirmar, que jamás estuvo al alcance del sacerdocio el crear la confesion, si Jesucristo no la hubiese instituido. Concluyo, y digo: que Jesucristo ha instituido la confesion, ó el universo moral ha sufrido en sus leyes una violacion monstruosa.

No se puede pues negar, que Jesucristo instituyó la confesion, y de consiguiente, que ha manifestado se reunen en ella todas las condiciones necesarias para la regeneracion.

¡Oh hombres! que habeis perdido la vida á la sombra del árbol de la ciencia del bien y del mal; venid á sentaros al tribunal de la penitencia, á la sombra del Calvario, y allí encontrareis aquella vida primitiva que vuestro padre no os ha legado.

2. ¿Más por qué se ha elegido el medio de la confesion y no otro para la regeneracion? Porque este medio era el que estaba indicado como más natural, el que estaba más en armonía con el efecto que habia de producir.

Hermanos mios; para que la regeneracion fuese completa, no bastaba restablecer al hombre en su vida primitiva; era menester, además, restablecerlo en el goce de los privilegios de la vida primitiva, la luz moral, la felicidad y la paz. Ahora bien; para restable-

cerlo en tales privilegios de la vida primitiva, la luz moral, la dicha y la paz, el medio más natural era la confesion.

En el plan primitivo, el hombre bebia en la fuente de la sustancia misma de las ideas eternas; se hallaba inundado de luz porque vivia con su autor en un abismo divino de ventura, de inspiraciones y de éxtasis. Despues de la caida, por el contrario, inmensas tinieblas han venido á ofuscar su entendimiento; perdió de vista el secreto de su destino, la luz de su inteligencia. Y esta es la causa que hace perecer tantas almas á nuestros propios ojos.

La sagrada Escritura lo ha dicho; la tierra está desolada porque no hay casi nadie que reflexione, que piense en su corazon. *Desolatione desolata est terra, quia nullus est qui recogitet corde.* Ahora bien: el medio más naturalmente indicado para poner de nuevo el alma en armonía con esta luz moral, es la confesion.

En virtud de una institucion sagrada, debe el hombre arrancarse, una vez al año, á sus ocupaciones, á sus negocios, á sus placeres, para encerrarse con su alma en una austera soledad y pedirle cuenta y razon de sus actos. Aquella mansion es inaccesible á los vanos rumores, á los consejos, al tumulto del mundo: desde allí se ve el mundo muy pequeño y la eternidad inmensa. El lujo de estos lugares es una calavera. Se pone la mano sobre su conciencia para mejor asir las penas profundas; y despues de este preludio, como impelido por un juicio divino, se prosterna uno á los piés de Jesucristo, diciendo: «¡Ser divino, tu muerte es el orígen de mi vida! tu criatura viene á saber, si tal vez ha quebrantado tu alianza y violado tu fe; si tal vez, sin intencion, ha hecho derramar tus lágrimas!» Principia á reflexionar sobre sí mismo, y la luz se le aparece por este exámen. Llega entónces á los pies del tribunal de la penitencia, y allí, las palabras graves, santas, serenas vierten en su corazon mayor abundancia de luces divinas. No sé qué es lo que pasa en aquel momento, pero diriais que ha habido como una intuicion inmediata de la verdad; lo que aún no se habia comprendido, se toca ya, y se admira uno de no haberlo comprendido antes; el corazon se conmueve, las lágrimas corren por las mejillas. ¡Ah! ¿Qué es eso pues? ¿Es que Dios, que resiste á los soberbios, da su gloria á los humildes? ¿Es porque yendo á Dios como un hijo á su padre, Dios lo recibe con más tierna y cordial solicitud? No lo sé; pero sí que en estas primeras relaciones hay una luz más dulce, más profunda y más abundante. ¡Oh magnífica institucion! el paganismo la hubiera adorado; adivinó como una débil imágen de ella en las iniciaciones de los misterios, y el templo

de Delfos llevaba en su frontispicio el presentimiento profético en esta palabra: *Conócete.*

La confesion era, pues, el medio más naturalmente indicado para volver á poner al hombre en armonía con la luz moral.

Tambien era el medio más naturalmente indicado para realizarlo.

El hombre, que no ha caido, no desconfia jamás de sus fuerzas: permanece siempre fiel al honor y á la virtud; pero el que ha dado una caida, desconfia de sí mismo: ha visto su pequeñez, ya no se fia de su fuerza, está afligido de no tener sino desprecio para su alma. ¡Oh sentimiento funesto, que despedaza uno de los mayores resortes del mundo moral, y que puede privar de virtud á todo un porvenir! ¡Qué preciosa no será la confesion para devolver al hombre caido el sentimento del honor, la confianza proporcionada á su fuerza! Encontrará allí á un ministro de Dios, diputado del cielo, que habrá hecho graves y profundas meditaciones sobre la naturaleza humana, sobre las flaquezas, sobre los remedios que se pueden aplicar; y cuando aquel ministro haya examinado su alma, cuando haya dicho: «¡Oh hombre! no te turbes, lo que hay en tí de malo es el resto de la flaqueza humana; pero yo he descubierto, he hallado los remedios; levántate, anda con la cabeza erguida, marcha en la carrera;» entónces se encontrará tranquilizado. Y cuando más tarde, halle en él un amigo divino, grave, piadoso, consolador, prestando su fuerza á su debilidad, ayudando con su brazo más fuerte á su brazo más delicado, entónces se arrojará á su pecho, y ambos, unidos, irán más rápidamente en el órden de la grandeza y de la verdad.

Así el hombre, por el apoyo de un confesor, por sus sábios consejos, por su amistad, volverá á encontrar, aún despues de su caida, un sentimiento de honor, la confianza en sus fuerzas.

Más para él mismo, ese acto de la confesion es un sello, una medalla de honor grabada en la frente del que lo ha hecho.

¡Ah! los que hablan de todo sin entender de nada, son muy dueños de rechazar con desprecio la confesion como propia solo de los espíritus débiles! Por nuestra parte, de toda la série de actos á que puede entregarse un hombre, conocemos pocos que requieran y lleven consigo tanta grandeza, honor y fuerza. El honor consiste en obedecer, á cualquier precio que sea, á las leyes esenciales del órden; y miéntras más difícil es el acto, tanto mayor es el honor que reporta, pues sube con la adhesion y se eleva con el sacrificio. Ahora bien: el hombre que experimente la necesidad de recuperar la vida moral, tiene la perspectiva de una gloria más difícil que aquel que ha permanecido siempre fiel.

En efecto, al que siempre ha permanecido puro, ¿qué le impone la ley eterna del hombre? solo una cosa: glorificar á Dios por sus virtudes y sus nobles cualidades. La confesion de la gloria de Dios es la ley fundamental del universo. Todos los séres se han lanzado en el espacio para confesar á Dios, para gritar: ¡Gloria á Dios! ¡Astros, confesad á Dios, que es el padre de la armonía, de la riqueza y de los números! ¡Rios, torrentes, confesad á Dios, que es fecundo! ¡Almas virtuosas, confesad á Dios, que es el orígen de toda virtud! ¡Confesad por vuestras nobles cualidades la rica fecundidad de aquel que es creador del universo moral! Respecto á nosotros, que hemos sido débiles, que hemos infringido su ley, confesemos á Dios, que es el solo grande, el solo sábio, el solo invariable, el solo eternamente perfecto. Confesemos á Dios la flaqueza de nuestra inteligencia y la depravacion de nuestro corazon. Que el niño exclame tambien: ¡Gloria á Dios! No es esta la menor obligacion que tenemos; y Dios que ve el fondo de nuestra alma, dá más valor á este himno de nuestra humildad que á los conciertos de todos los mundos.

Nosotros somos recompensados por un sentimiento inefable de seguridad y de honor.

En fin, hermanos mios, la confesion era el medio indicado más naturalmente para restablecer la paz en el alma.

Todo lo que está en el órden disfruta de paz; pero el desórden trastorna y aflige. Mirad un alma despues de alguno de esos grandes crímenes que turban su armonía, y que la precipitan en un violento disgusto. ¿Quién no conoce el poder fatal del remordimiento? el remordimiento, este verdugo más terrible que una cuchilla, más carnívoro que un buitre, que arranca á su víctima lágrimas de sangre, que le presenta siempre el cielo armado de mil rayos contra él, á los hombres prestos á maldecirlo! Si el culpado trata de ocultar en la aspereza de los bosques los sombríos horrores que le agitan, su verdugo lo persigue: lleva consigo el hierro mortal, que se revuelve en el fondo de la herida; se espanta de sí propio; teme su porvenir; tiembla ante su inmortalidad. ¡Oh infeliz! ¿A dónde huirás? ¿Dónde te ocultarás? ¿cuál es tu remedio? Llevas contigo tu verdugo. ¡Pues bien! yo sé, sin embargo, el secreto de tu alivio. Cual un torrente rompe su dique y arrastra con violencia todo lo que ha recibido en su seno de fango y de inmundicias, así te sucederá: que se abra tu alma, que caigan sus barreras, que cuanto hay en sí salga precipitado, que tu corazon vaya á arrojarse en el corazon de un confidente sagrado, de un amigo! Hé aquí la ley natural para el alivio de un

remordimiento. Jesucristo, ordenando la confesion, no ha hecho más que santificar un medio natural.

¡Oh! ¡qué bien tan inmenso ha producido! Hoy, no observais ya aquel espectáculo de los tiempos de la idolatría, en que se veian por el mundo los grandes criminales, recorriendo las tierras y los mares, blasfemando, entregados á las furias. ¿Qué es lo que ha cambiado las costumbres? Solo la confesion, que modestamente se oculta. Ella es como esos sólidos cimientos que sostienen un templo, un inmenso monumento: se pierden en las entrañas de la tierra; pero en los aires tienen una grandiosa prolongacion.

Más no es aquí donde hay que hacer conocer la importancia de la confesion, para restablecer la paz en las almas despues de los mayores crímenes, á fin de curar los remordimientos; aquí no hay grandes culpables. Ved aún al hombre habitualmente fiel y justo; á pesar de su habitual voluntad de no ser más que de Dios, mil faltas van á atravesar todavía su corazon, y entónces las inquietudes le afligen y atormentan. El medio natural de devolver á aquella alma la seguridad y la alegría, seria arrebatarlo en alas de un ángel; en ellas iria cerca del trono de Dios, y ante él su lengua podria desatarse, sabria de sus lábios lo que deberia pensar de su estado; escucharia la palabra de su absolucion. ¡Pero no! que no tome semejante vuelo, pues romperia la calma y la armonía del mundo. No hay necesidad de este milagro; Dios no ha querido que se suba hasta él: en su misericordia, él ha descendido hasta la criatura. Ha establecido en la tierra ministros con carácter auténtico y oficial, con el derecho de hablar en su lugar; ellos tienen toda la autoridad de un embajador que ha recibido plenos poderes, y cuya palabra no puede ser eludida por su soberano. De ellos recibireis la palabra de Dios, y tendreis el reposo.

¡Ah! aquellos que viven en su alma, y para quienes Dios no es una palabra vana ni el porvenir una quimera, ¡ah! aquellos comprenden el valor de una institucion que tranquiliza con autoridad auténtica y oficial, que calma en nombre de Dios todas las inquietudes del alma! ¿Existe por ventura otro motivo que lleve tan frecuentemente los corazones católicos á los piés del tribunal de la penitencia? Ellos no están más cargados de faltas que los demás; es la porcion más pura de la humanidad; pero experimentan más que otros la necesidad de estar seguros, de que entre Dios y su alma no hay la menor sombra.

En fin, hermanos mios; adonde me se aparece toda la energía

de la confesion para dar la paz al alma, es en el momento de la muerte.

El tiempo de las ilusiones ha pasado en que ha podido uno decirse, ó creerse, hombre de bien; antes se lisonjeaba, ahora se juzga uno á sí mismo; se recuerda con terror á Dios olvidado, desconocido, insultado quizás en una larga vida; las injusticias, las violencias, los ódios se precipitan de los pliegues del corazon como un grito de venganza; las pasiones devoradoras, que se decian indiferentes ó permitidas, se revelan entónces tal cual son, impuras y corruptoras, mancilladas y reprobadas por la virtud. Eso es lo que dice la conciencia en tan solemne instante; eso es lo que dice con mayor ó menor energía. Pero no hay nadie, ni los mismos que han marchado con más cuidado por el fango de la peregrinacion, no hay nadie que llegado aquel momento, no tenga que decir: ¡soy culpable! Pero el crímen reclama venganza. ¡Ministros de justicia! ¡estad prestos!—¿Hay que preparar la cuchilla? ¿Qué debe hacerse?—¡Ahí está Dios! Vosotros que no reconoceis el poder de la confesion, ¿qué direis á ese hombre que cae entre las manos de Dios, á ese hombre que es culpable, que lo sabe, que lo confiesa? «¡Dios es bueno!» Sí; pero es justo. ¡Arrepentíos, y os perdonará! Vosotros que lo decís, ¿estais seguros de ello? Quien dice perdon, dice una gracia. Ahora bien, es de esencia en una gracia el poder no ser otorgada. Esto lo demuestra la razon natural; ¿cómo lo sabriais pues vosotros, vosotros deistas, que pretendeis que Dios nada ha revelado jamás? «Más Dios es tan grande, tan bueno, esperad!» Pero quien espera no está seguro, y los motivos de inquietud son positivos. ¡Pues bien! ¿no se os ocurre más? Entónces retiraos. Cuando no se ofrece otra cosa que decir al hombre, no está bien meterse á querer ser su facultativo. Retiraos, vosotros no sois más que los destructores de la esperanza humana. Retiraos, no turbeis con vuestra presencia la naturaleza humana en sus últimos momentos, no mireis á vuestro discípulo espirar en los accesos de la desesperacion.

Y vosotros ahora, sacerdotes de Jesucristo, ministros de la absolucion, venid á este moribundo; ese es vuestro sitio, solo vuestro; solo vuestras palabras pueden curar su enfermedad; acudid pues, venid á él! En ese océano hácia donde avanza, echad la cruz como un sólido puente, y dadle para el porvenir un título seguro á la clemencia. Decid á ese moribundo: «Has sido culpable, tu conciencia te lo dice,—¡ya no lo negaré!—Pero no tiembles, débil criatura, más desgraciada aún que culpable; te hablo así porque tengo lástima de verte quejar y agitarte; toma, hé aquí tu gracia; no en promesa, sino en realidad; no futura y dudosa, sino presente y cierta: el mismo Dios, cuando en nombre de Jesucristo te haya yo perdonado, Dios tendrá que absolverte; y no será una gracia, será una justicia; lo que tú debias sufrir para reparar tus faltas, Jesucristo lo ha sufrido, él ha pagado tu deuda, y la suma entera fué pagada hace diez y ocho siglos. ¡Sangre de redencion, sangre del Calvario, corre á torrentes, lava á este hombre! Y tú, escucha la voz de tu Salvador, es un amigo que te abraza y que te anima: todo es posible, todo es fácil todavía, no es menester más que amar y querer.»

Entónces el pobre moribundo, consolado con estas divinas palabras, por aquella voz amiga, abre su corazon al arrepentimiento y estrecha contra sus lábios el signo de la redencion. ¡Sacerdotes del Cristianismo, levantaos! y con ese tono de autoridad propio de un enviado de la divinidad, decid: «En nombre de Jesucristo, por la autoridad que me ha dado, yo te absuelvo; que en adelante todo te reporte gloria!» Luego, poneos de rodillas al lado del moribundo y decid: «Santísima Trinidad, bienhechora María y todos los Santos, tened piedad de esta alma.» Y entónces, mecido en el lecho de muerte por la voz de Jesucristo, como el niño en la cuna por la voz de su madre, balanceado por el soplo de la esperanza, el alma se apresta á dejar su terrestre domicilio. Si hace un esfuerzo es porque ambiciona llegar á Dios; romperá su último lazo; despues, cubierta de aquella sangre, apoyada en aquella cruz, tranquilizada, inundada de amor, con un presentimiento sublime, como un ángel desterrado, remontará suavemente hasta Dios en alas de la confesion, en alas de la absolucion.

¡Oh hermanos mios! ¡esperemos recibir esta gracia en nuestros últimos instantes! ¡Ay! entónces, no hay duda, experimentaremos la necesidad de Jesucristo; querremos invocarlo. No sé si esta invocacion será siempre eficaz, pues, para invocar á Jesucristo, es menester tener en su corazon la fe y el amor de un cristiano. Hé aquí nuestra parte de trabajo; hé aquí lo que exige de nuestro concurso: la fe, el amor de Jesucristo. Pero esta fe, este amor, no pueden producirse por sí solos; es el fruto de la vida entera de un hombre. Se engañaria el que creyese poder improvisar en el declive de la tumba tan grande obra; desde luego se le puede decir: No morireis como cristiano. Bien sé que la misericordia de Dios es absoluta y literalmente inmensa; nos complacemos en decirlo y repetirlo; no pretendemos, nosotros que no tenemos esperanza más que en ella, restringirla arbitrariamente; sí, es inmensa, obra á su albedrío, puede hacer en un minuto el trabajo de muchos siglos; es positivo que puede

hacer un santo de un hombre que se convierte el dia mismo de la agonía.

Pero no puede tratarse de un milagro que Dios ha podido hacer, y que nosotros no tenemos derecho de esperar; se trata de lo que es regular, probable, natural; de lo que constituye, por decirlo así, el derecho comun de la familia humana. Ahora bien: lo que es regular, probable; lo que se puede prever naturalmente por la experiencia y el testimonio de la razon, es que aquel que no ha vivido como cristiano, tendrá difícilmente el poder de morir como cristiano.

Ha vivido un hombre sin religion, sin Dios, en una grande indiferencia; todas sus fuerzas las ha desplegado contra Jesucristo; ha hablado de él con desden, como si se tratára de un impostor; ha violado sus leyes; jamás un pensamiento cristiano ha hecho palpitar aquel corazon; y ahora, llegado al lecho de la muerte, estrechado por la necesidad, trabaja para hacerse cristiano! ¡Empresa formidable! Durante muchos años habia trabajado constante y penosamente para elevar el edificio de sus convicciones; y ahora, en cortos momentos, es necesario que lo derribe, y que sobre el suelo sin escombros construya otro mayor, más difícil, que apenas bastaria á terminar una larga vida; es menester que tenga por verdadero todo lo que ha creido falso, y que tenga por falso lo que creyó verdadero. ¡Y el fatal minutero marcha siempre! ¡Y la guadaña de la muerte está levantada! ¡Y realizará esta obra! ¡Y seremos nosotros tan insensatos que lo creamos!

¡Oh! cuando se trata de la eternidad, ¿somos acaso atacados de repente de algun vértigo? ¡Oh! ¡no aguardemos hasta entónces! ¡No le pidamos á Dios milagros de clemencia! ¡Démosle ese concurso que pide á la criatura! Principiemos desde hoy á amar á Jesucristo, á observar sus leyes, á llenar nuestros deberes, á participar de los beneficios del sacramento de la penitencia, y entónces siempre estaremos prontos para morir. Un cristiano no teme la muerte bajo ningun aspecto posible. Si pudiera desear alguna cosa, seria tal vez, pero humildemente, una muerte pronta y veloz; muerte que seria como el fin de un sueño agradable, sin pena ni dolor, casi como hubiera acabado el hombre inocente del crímen original. Entremos, pues, en esta via del Cristianismo con valor y gravedad; si ella proporciona algunos trabajos, ofrece en cambio infinitas ventajas. No es despreciable tener el sentimiento de la luz moral del hombre y de la paz que no se pierde nunca; se marcha á su destino, se cumple en la tierra esta vida de virtudes y de penitencia que nos ha sido impuesta,

á fin de participar de la inmensa gloria que nos está prometida como recompensa en la vida eterna.

CONFESION.

(EXCELENCIA Y VIRTUD DE LA)

II.

Ite, ostendite vos sacerdotibus.
Id, mostraos á los sacerdotes.
(*Luc.* XVII, 4.)

Los ministros del Señor, sucesores de los Apóstoles, tienen la autoridad para desatar el pecador, para reconciliarle, para absolverle, y para perdonarle con una sola palabra todas sus culpas. Sin embargo, muchos pecadores, en vez de aprovecharse de este don de Dios, porfian en alejarse de Su Majestad, y rehusan llegar á su sagrado tribunal; y pudiendo hallar en una humilde confesion de sus culpas la más pronta y perfecta sanidad, como enfermos agitados con un violento delirio, y sin sentir sus males, huyen del remedio con tanto horror como deberia ser su anhelo y solicitud para buscarlo. Yo intento hoy corregir este desórden, y representaros para esto las utilidades de la confesion. Quiero demostraros, que la confesion es, entre todas las prácticas cristianas, una de las más ventajosas para nosotros, y en la que Dios ha mirado más por nuestros verdaderos intereses. Para quedar convencidos de ello, podemos considerarnos en dos estados diferentes; ó en el estado de la culpa, ó en el de la gracia. En el estado de la culpa, tenemos necesidad de remedio para curarnos; y en el estado de la gracia, tenemos necesidad de fuerzas para

mantenernos en ella. Esto supuesto, oid estas dos proposiciones, que van á ser el objeto de toda vuestra atencion. Digo: que la confesion es el medio más eficaz y poderoso que la Providencia nos ha dejado para borrar la culpa; y, al propio tiempo, el preservativo más seguro y más excelente para libertarnos de las recaidas del pecado. De estas verdades podreis deducir cuanto nos importa recurrir frecuentemente al sacramento de la penitencia. Pidamos antes los auxilios de la gracia: A. M.

1. La ley de la confesion, aunque parece ley de justicia, es ley de misericordia. —Dios ha querido que la remision de la culpa estuviese ligada á la confesion de ella; y la ley que de esto ha hecho, aunque á primera vista parece una ley de justicia, es de tal modo ley de misericordia, que no ha podido tener otro orígen que la misericordia misma. Porque ¿no es un exceso y prodigio de bondad, que para quedar absuelto de una culpa, que me tenia justamente condenado á un suplicio eterno, sea bastante que yo me acuse, y que Dios se contente con esta declaracion tal, y que me baste confesar lo que soy para llegar á ser lo que no soy? ¡Ah! hermanos mios, este es un juicio muy extraordinario y nuevo. Si el delincuente se excusa, se condena; y si se reconoce culpable, se justifica. En el tribunal de los hombres se procede muy de otro modo: ellos no castigan sino lo que se descubre y manifiesta; pero la justicia divina no castiga sino lo que se oculta. Esta conducta de Dios se funda sobre dos de sus divinos atributos; su grandeza y su bondad. Su grandeza; porque en esto dá entender lo que es y lo que puede, perdonando la culpa como soberano, sin observar con nosotros todas las formalidades de una justicia rigurosa. Su bondad; porque nos ama, no quiere que perezcamos; pero quiere justifiar su causa, y esto lo consigue por medio de nuestra confesion, la cual da á su justicia un entero derecho para podernos castigar; y da tambien á su misericordia toda la gloria de perdonarnos.

Por esto decia á Dios el real Profeta, Psalm. L, 6: Yo, Dios mio, he pecado; y lo confieso así, para que glorificado en mi persona, y para que por el perdon que me concederás, se conozca que tu misericordia es superior á toda la malicia de mi corazon, y que ha triunfado de ella.

No nos admiremos de que Dios nos perdone por la confesion de la culpa. Pues no nos perdona sin fundamento; porque la confesion del pecado tiene por sí misma todo lo que puede ganar el corazon de Dios, y todo lo que es necesario para poner al hombre en estado de

una penitencia perfecta. Porque ¿qué es lo que hace la confesion del pecado? Tres cosas: humilla al pecador á vista de su culpa; le inspira dolor y arrepentimiento de ella; y se reputa por una satisfaccion actual y presente de su pecado. Pues, por este medio, destruye absolutamente en él la culpa. Os pido pongais en esto atencion. Humillando al pecador, le arranca de raíz la culpa, que es el orgullo. Inspirándole el arrepentimiento y contricion, borra la mancha del pecado, que es lo que los teólogos llaman *culpa*. Y sirviendo como de satisfaccion, expia tambien, ó, á lo ménos, empieza á expiar lo que trae consigo el pecado, que es la pena; de suerte, que nada hay en él que no ceda á su influjo y poder. Todo esto merece una reflexion particular.

La confesion del pecado humilla al pecador. Este es su primer efecto. Y con esto, no solamente pone al pecador en el estado de penitencia, sino que hace en él la principal y más esencial funcion de ella. Porque ¿qué es la penitencia? Es como un arte ó ciencia de que Dios se sirve para humillar al hombre.

Lo que te ha perdido, hermano mio, dice san Juan Crisóstomo, y lo que ha sido el orígen de tu desgracia, es que no has tenido bastante rubor. Pues es menester que sea ahora la vergüenza la que empiece tu conversion, y que para volver á Dios vuelvas á tomar la vergüenza del pecado, que habias perdido, la que nunca hallarás mejor que en la confesion de la misma culpa.

Además de esto he dicho, que la confesion tiene como propio suyo excitar en nosotros el dolor y la contricion del pecado. La razon es muy natural; porque la contricion se forma en nuestras almas por la aprension viva y actual consideracion de la gravedad de la culpa y su malicia. Es, pues, cierto, que nunca comprendemos con más viveza la malicia del pecado, que cuando la declaramos en el tribunal de la penitencia; pues entónces es cuando el pecado se manifiesta á nosotros con toda su deformidad. Entónces es cuando nuestro espíritu siente la impresion de él; cuando nuestro corazon se conmueve; y cuando podemos decir con el real Profeta: *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum*, Psalm. XXXVII, 4. Fuera de aquel lance, no pensamos en él sino á medias; y aunque el pecado sea un peso que nos agobie, las ideas que de él tenemos son tan ligeras, que apenas nos dejan sentimiento, ni impresion alguna. Pero cuando nos acercamos al ministro que debe juzgarnos, y á los piés de aquel á quien vamos á acusarnos, aquellas ideas, que antes tenian tan poca fuerza, de repente renacen, se fortifican, llegan á ser sensibles, mueven lo interior de nuestras pasiones, nos ablandan y enternecen para con Dios, nos infunden un santo horror de nosotros mismos, y nos ar-

rancan algunas veces lágrimas de nuestros ojos. Estas lágrimas, pues, segun San Agustin, estos sentimientos tiernos, y estos movimientos de horror contra el pecado, son las disposiciones más eficaces, y las gracias inmediatas á la contricion.

Pero paso más adelante, y, finalmente, intento convenceros, de que solo depende de nosotros que la confesion no empiece ya á expiar la pena del pecado y que nos sirva de satisfaccion. Porque supuesto que la confesion del pecado nos es penosa, que en ella experimentamos una repugnancia que nos cuesta dificultad vencer, y que la miramos como uno de los ejercicios más laboriosos del Cristianismo, ¿por qué no haremos de ella un mérito para con Dios?

Concluyamos, pues, con el Profeta, ó, por mejor decir, con San Agustin, interpretando las palabras del Profeta, y aplicándolas al mismo asunto: *Confessio, et pulchritudo in conspectu ejus*. PSALM. XCV, 6. Poned cuidado, dice S. Agustin, en que estas dos cosas no se separan delante de Dios: la confesion del pecado, y la hermosura del alma. Y en estas palabras es, hermano mio, en las que aprendeis de una vez á quien puedes agradar, y el medio por donde puedes conseguirlo. A quien puedes agradar es á tu Dios; y el medio por donde puedes ejecutarlo es la confesion de tu pecado. Por consecuencia, si amas tu alma, y si quieres hacerla pura y agradable á los ojos de Dios, procura que te sea la confesion un ejercicio frecuente y ordinario. Hemos ya visto como respecto de lo pasado borra la confesion el pecado cometido; vamos ahora á ver como respecto de lo porvenir nos preserva de las recaidas.

2. Un cristiano olvida el cuidado de su alma cuando descuida y abandona el uso de la confesion. — Aunque en la doctrina de los Padres sea la justificacion de un pecador la más grande de todas las obras de Dios, y que esta obra le cueste más á Dios que la resurreccion de los muertos y la creacion de todo un mundo, se puede, no obstante, decir, y es verdad, que seria poco para un pecador quedar justificado por la gracia de la penitencia, si no tuviese con que mantenerse en esta gracia, y careciese de los medios necesarios para evitar las recaidas en la culpa. Porque, como dice S. Jerónimo, quedar curado para recaer en una enfermedad más grave, y resucitar para morir de una muerte aún más funesta, es más bien castigo y desventura, que no beneficio y gracia. Por esto juzgo, y debeis vosotros juzgar conmigo, cuanta es la excelencia de la confesion, y cuales son las ventajas que sacamos de ella; pues al mismo tiempo que nos reconcilia con Dios, nos fija, en cuanto es posible, y nuestra flaqueza lo permite, en aquel venturoso estado de reconciliacion; quedándosenos

en lugar del preservativo más poderoso que la religion nos suministra contra el pecado. Hé aquí la prueba. Yo considero el sacramento de la penitencia, segun tres respetos que tiene, y que le son esenciales. El primero es respeto á Jesucristo, que es su autor; el segundo respeto al sacerdote, que es el ministro; y el tercero respeto á nosotros mismos, que somos los sugetos: bajo cualquiera de estos respetos que se considere, es evidente, que un cristiano olvida todo el cuidado de su alma cuando se descuida y abandona el uso de este sacramento.

Porque ¿qué es la confesion, segun el primer respeto que tiene con Jesucristo? Es uno de aquellos divinos manantiales de que habla el Profeta, que manaron de su sagrado costado, y de donde los fieles pueden á toda hora sacar las aguas de su gracia; esto es, ciertos socorros particulares que cada uno de aquellos manantiales les comunica con abundancia, cuando se ponen en estado y disposicion de recibirlos. Pero ¿qué diferencia hay entre las gracias de la confesion sacramental y las de los demás sacramentos? La diferencia está, en que las gracias de la confesion sacramental son especialmente gracias de defensa, gracias de proteccion y amparo, gracias que Dios nos da para combatir la culpa, para mantenernos firmes contra la tentacion, para no rendirnos al peso de la fragilidad humana; en una palabra, para perseverar en las resoluciones que la penitencia nos ha inspirado. Este es el fin principal de este sacramento. Pues vosotros bien sabeis, que las gracias de un sacramento tienen subordinacion y enlace necesario con su fin. Segun esto, cualquiera que llegue al santo tribunal de la penitencia, y lleve á él las disposiciones convenientes, ¿tiene derecho á este género de gracias? Sí; y este derecho está fundado sobre el pacto que el Hijo de Dios hizo con su Padre. Esto es lo que toda la teología nos enseña. De tal modo, que un pecador, despues de haber confesado su culpa, puede sin presuncion exigir á Dios, no solo las gracias comunes y generales para no cometerlas más, sino las gracias de reserva y de eleccion que son propias del sacramento. De lo dicho se sigue, que un cristiano que deja el uso de la penitencia, renuncia las gracias más esenciales de salvacion, que son las gracias de precaucion contra el pecado; y que cuando despues se deja arrastrar del torrente del siglo, de los deseos de la carne, y de los desórdenes de una vida licenciosa y desordenada, es doblemente culpable delante de Dios; porque Dios puede hacerle esta doble reprension: Tú has cometido todo esto, y por un aumento de tu delito é infidelidad, no has querido usar del medio que te ofrecia

para preservarte de todo ello, que era el de purificar tu alma por la frecuente confesion.

Consideremos ahora la confesion con relacion al sacerdote, que es el ministro. Me atrevo á decir, que nada hay, y ¡ojalá quisiera Dios, que pudiese hoy haceros comprender bien esta máxima! que nada hay tan eficaz, ni que tanto influye para mantenernos en el estado y obligacion de una vida arreglada, como la sujecion voluntaria de nuestras conciencias y de nosotros mismos á un hombre revestido del poder de Dios, y establecido por Dios para gobernarnos. Con efecto, amados oyentes; ¿qué no puede hacer un director prudente y celoso para santificar nuestras almas, cuando están éstas resueltas una vez á confiarse en él, y á escuchar sus instrucciones? Si son almas mundanas, ¿qué tratos y comercios no les hace romper? ¿Qué no les obliga á dejar? ¿Y de cuántos empeños y obligaciones no las desprende y libra por la sola razon de aquel respeto santo que le han ofrecido? Si son almas apasionadas ¿cuántos odios y rencores no les arranca del corazon? ¿Cuántas injurias no les hace olvidar? ¿A cuántas reconciliaciones no las obliga, á las cuales no las hubiera podido determinar cualquiera otro que lo hubiera intentado? ¿No es su celo, ó por mejor decir, la confianza que en su celo tienen, por lo que las almas interesadas reparan la injusticia, abandonan sus tráficos usurarios, y consienten en las restituciones á que se habian negado por muchos años con una obstinacion casi invencible? ¿Quién hace todo ésto, hermanos mios? La gracia de direccion que Dios ha dado á sus ministros para conducir los fieles. Porque el mismo carácter que les constituye jueces nuestros en el tribunal de la penitencia para sentenciar sobre lo pasado, los constituye nuestros pastores, nuestros guias, y nuestros médicos para lo futuro. Digo nuestros médicos, para darnos reglas y delinearnos un régimen de vida santa; nuestros guias, para manifestarnos el camino por donde debemos ir; y nuestros pastores, para iluminarnos en nuestras dudas, para dirigirnos en nuestros extravíos, y para darnos un pasto en un todo celestial que nos mantenga. Como en virtud de su ministerio tienen todos estos encargos, se les concede una gracia para ello: y esta gracia, que es gratuita para ellos, y santificante para nosotros, es justamente la que obra en nosotros cuando nos sujetamos á ellos con toda la docilidad conveniente.

En fin, considerando la confesion respecto de nosotros mismos, la experiencia nos lo enseña, y no podemos negarlo, que es un freno maravilloso para contener nuestro corazon y para reprimir sus pecaminosos deseos. Este solo pensamiento: Yo debo declarar este peca-

do, tiene un no sé qué, que convence más y es más fuerte que los discursos más sólidos y que las exhortaciones más eficaces. Por una regla contraria en un todo, si hemos de una vez sacudido el yugo de la confesion que Jesucristo nos ha impuesto, nada hay que nos detenga; y entregados á nosotros mismos, ¿á qué abismos no vamos á arrojarnos?

Queda pues demostrado que la confesion, por sí misma y en su esencia, es para el pecador un medio de conversion y de perseverancia en ella; y para el justo, un medio de santificacion y de perfeccion; de lo que se infiere, que es para nosotros de la mayor importancia el frecuentar este sacramento. ¡Gracias inmortales os sean dadas, Señor Dios de toda consolacion, y Padre de misericordias! Vos podiais abandonarnos despues de nuestro pecado, y con una pena pronta castigar nuestra ingratitud, y reparar así vuestra gloria: vuestra justicia pedia que fuese de este modo; pero vuestra bondad se opuso á ello, y os ha inspirado sentimientos más favorables. Ella nos ha abierto un camino seguro, corto y fácil para volver á vos. Por éste es por el que nos volveis á llamar, y por éste por el que vos mismo nos buscais. Dichosos si escuchamos vuestra voz, si la seguimos y si volvemos á entrar como la oveja descarriada en vuestro rebaño, para entrar algun dia en vuestro reino, que deseo á todos.

CONFESION.

EXÁMEN DE CONCIENCIA.

PLÁTICA.

III.

Scrutemur vias nostras, et quæramus, et revertamur ad Dominum.

Examinemos y escudriñemos nuestros pasos, y convirtámonos al Señor.

(*Thren.* III, 40.)

Os hablé ya, carísimos hermanos, del sacramento de la penitencia en general, y traté de haceros apreciar su importancia y su feliz influencia. Voy á entrar ahora en el pormenor de las distintas partes que le componen.

Hay en el sacramento de la penitencia dos partes muy distintas, á saber: *los actos del penitente*, es decir, lo que el penitente debe hacer, y la *absolucion del sacerdote*. Los actos del penitente son tres, la contricion, la confesion y la satisfaccion. Otro dia hablaré de la contricion. Pero, para tener contricion de los pecados, es necesario conocerlos; y para conocerlos, hay que buscar, es necesario examinarse. Luego, la primera condicion para recibir dignamente el sacramento de la penitencia, es el *exámen de conciencia*, de que me propongo tratar hoy. Os enseñaré su importancia, sus cualidades, y la manera de hacerlo bien.

1. Siendo, hermanos mios, el sacramento de la penitencia un verdadero tribunal, en que el pecador debe instruir por sí mismo su

proceso y acusar sus faltas al ministro de la misericordia, es indispensable que antes de presentarse al sacerdote, sepa lo que debe decirle; es preciso que conozca sus pecados, y, por lo tanto, que haya hecho de ellos una investigacion minuciosa, exacta. Esto es el exámen de conciencia. Si por falta de exámen, ó por no haber dedicado á este acto toda la atencion debida, llega el penitente á olvidar en su confesion una falta grave, un pecado mortal; su confesion es nula y sacrílega: no solamente no obtiene la remision de ninguno de los pecados de que se acusa, sino que añade á sus faltas pasadas una nueva falta mucho más grave, la profanacion del sacramento de la penitencia. Segun esto, ya comprendereis toda la importancia, toda la necesidad del exámen de conciencia. Veamos ahora lo que debe ser este exámen.

El exámen de conciencia no es otra cosa que la investigacion diligente de las faltas que se han cometido desde la última buena confesion. Es preciso, pues, ante todo, examinar si la última confesion que se ha hecho, ha sido verdaderamente buena, es decir, precedida de un exámen suficiente, acompañada de la sinceridad en el deseo; así como de la contricion indispensable, seguida, en fin, de la enmienda, es decir, de un verdadero cambio en la vida del penitente. Cuando se está completamente seguro sobre la última confesion, deben buscarse entónces las faltas que se han cometido desde aquella época, examinándose sucesivamente y con órden por los mandamientos de Dios y los de la Iglesia; por los pecados capitales y los deberes del propio estado; es preciso recordar los diferentes lugares en que se estuvo, las personas que se han frecuentado, los negocios en que se ha intervenido ó realizado, y las pasiones y los hábitos contra los que estamos más obligados á luchar.

2. Este exámen debe tener dos cualidades: debe ser exacto, y debe ser imparcial. La exactitud consiste en investigar minuciosamente, sin exageracion ni diminucion alguna, todo lo de que se puede ser culpable. Deben examinarse, no solo las faltas que se han cometido exteriormente, los pecados de hecho, sino tambien lo que muchas veces se desprecia; deben examinarse atentamente todas las infracciones que se han podido cometer contra la ley de Dios, ya por pensamiento, ya por palabra, ya por deseo culpable, y hasta por omision, cuando se ha dejado de hacer lo que debia hacerse, y de llenar deberes que se debian cumplir.

Me preguntareis acaso: para obtener en el exámen de conciencia una exactitud tan apetecible, ¿cuánto tiempo debe dedicarse á él? Esto no puede fijarse de una manera invariable. Solo deben evitarse

dos extremos: la excesiva brevedad y la excesiva duracion. Hay personas que apenas se examinan, y que contentándose con una mirada superficial sobre su conciencia, van inmediatamente á arrodillarse ante el confesonario. Esto es tratar las cosas santas con una ligereza culpable, y exponerse, por otra parte, al crímen de sacrilegio de que hablaba poco há. Otros, por el contrario, dedican un tiempo indefinido al estudio de sus faltas. Estos jamás han concluido de escudriñar los rincones, hasta los más íntimos rincones de su conciencia; y pasan horas enteras en traer á la memoria las cosas más insignificantes; sucediendo, que despues de haberse fatigado y atormentado extraordinariamente, no han adelantado nada, y solo confusamente se conocen á sí mismos. Es un tiempo muy mal empleado, y que hubiera sido mejor utilizar de otra suerte. Cuando se tiene hábito de confesarse frecuentemente, se puede uno atener á la regla trazada por S. Francisco de Sales y otros maestros de la vida espiritual, que exigen solamente una preparacion de un cuarto de hora para acercarse al sacramento de la penitencia. Este tiempo será siempre bastante, no solamente para examinar la conciencia, sino tambien para excitarse á la contricion, cuando se haya contraido la loable costumbre de examinarse por la noche, recordando las acciones del dia. Pero si se trata de un alma ménos fiel, si se trata de una persona que se confiese dos, tres veces al año, ó acaso una sola vez por la Pascua, claro está que debe emplear más tiempo para su preparacion, porque sus pecados no le vendrán tan fácilmente á la memoria como á quien tiene el hábito de confesarse con frecuencia, y que, además, hace cada noche el exámen de su conciencia. El tiempo de la preparacion debe, pues, variar segun la distinta clase de los penitentes y la naturaleza de sus faltas. Puede siempre establecerse una regla uniforme, y es: que todos los que se confiesen á menudo, como los que lo hacen rara vez, deben llevar al exámen de conciencia la misma atencion y la misma exactitud que dedicarian á un negocio temporal de importancia.

La segunda condicion del exámen de conciencia es una absoluta imparcialidad. Hay que juzgarse á sí mismo como si se tratase de otro; hay que juzgarse con equidad y no como defensor apasionado en propia causa; hay que buscar las faltas sin ficcion ni disfraz, sin guardar miramiento alguno con el amor propio, sin tratar de engañarse ni seducirse á sí mismo. Muchísimos son los que en el exámen de conciencia no tratan sino de encontrarse inocentes, y que, á su placer, se hacen ilusion acerca del estado de su alma, y temen ver la luz de la conciencia. Se forman en su mente un mundo de ilusiones, en medio de las cuales se duermen, dando un colorido á sus pasiones con los más bellos pretextos: la avaricia para ellos se convierte en prevision; la prodigalidad en grandeza de alma; y las más exageradas afecciones en debilidades muy perdonables y extravíos muy legítimos de un corazon ardiente y sensible. Pensemos en ello, cristianos: podemos muy bien engañarnos á nosotros mismos; pero no engañaremos jamás la penetrante mirada de Dios.

Expliquemos ahora lo que debe ser materia de exámen de conciencia. He dicho que lo son las infracciones á las leyes de Dios y de la Iglesia; pero aún estas mismas infracciones tienen sus grados. Los pecados veniales no son materia necesaria del exámen de conciencia: bueno es confesarlos, pero no hay necesidad de hacerlo; y lo digo principalmente para tranquilizar á las conciencias timoratas, á esas almas delicadas hasta el exceso de que hablaba poco há, y que jamás han concluido de examinar sus faltas.

Solo, pues, los pecados mortales son materia obligatoria del exámen de conciencia; y relativamente á los pecados mortales hay que atender al número y á las circunstancias. No basta, dice el Concilio de Trento, acusarse en general de haber ofendido á Dios, ó de haber cometido tales y cuales pecados; sino que es necesario indicar su naturaleza, y próximamente el número de veces que se ha cometido el pecado. Si se trata de pecados de costumbre, hay que examinar cuántas veces se ha caido en ellos por semana, por mes, por año.

3. En cuanto á las circunstancias, las hay que cambian la especie del pecado, y es absolutamente indispensable confesarse de ellas. Hay otras que, sin cambiar la especie, agravan considerablemente la falta, y es utilísimo confesarlas tambien; y seria hasta necesario hacerlo, si la circunstancia hubiese de aumentar el pecado hasta el punto de hacer mortal una falta ordinariamente venial. Cambia una circunstancia la especie del pecado cuando comunica á un mismo pecado la malicia de muchos pecados diferentes; lo que acontece siempre que una falta se opone á un mismo tiempo á muchos mandamientos de Dios, ó de la Iglesia. Así que, el robo de una cosa sagrada comprende un doble grado de malicia; en primer lugar, es un robo prohibido por el séptimo mandamiento; es, además, un sacrilegio prohibido por el primer mandamiento. No basta, pues, en este caso, decir que se ha robado, sino que es preciso acusarse tambien de la circunstancia que cambia, en este caso, la especie del pecado, y que hace dos pecados de uno solo. Las circunstancias agravan el pecado cuando le atribuyen un grado mayor de malicia. Así que,

tomar algunos cuartos á un pobre, ó á un rico, siempre es un robo; pero es más grave la falta en el primer caso que en el segundo; y si por consecuencia de este robo ha experimentado el pobre un gran perjuicio, como si, por ejemplo, no ha podido adquirirse el instrumento de su oficio, que le hubiera puesto en posicion de ganar la vida, la falta de simplemente venial que puede llegar á ser cuando se trata de una persona rica, se convierte en mortal cuando se trata del pobre; y es obligacion de conciencia explicar esta circunstancia en el tribunal de la penitencia.

Concluyo, hermanos mios, por el modo como debeis prepararos al exámen de conciencia. Lo primero, para examinaros bien, es el recogimiento. Es preciso retiraros al interior de vuestro propio corazon: hay que cerrar hácia vuestro lado todas las puertas del mundo; formaros una soledad interior á donde no puedan alcanzar los mil recuerdos de la vida; y allí, á la vista de Dios, debeis entrar sériamente en vosotros mismos y discutir con vuestra propia conciencia, estudiando todo lo que ella os eche en cara.

Más como el corazon del hombre es un abismo insondable, las más veces al hombre mismo, porque la conciencia humana es una especie de tenebrosa caverna, cuyos íntimos rincones estamos imposibilitados de sondear por nuestras solas investigaciones; necesitamos, en segundo lugar, dirigirnos al Espíritu Santo y reclamar sus luces, para que nos ayude á penetrar en estas tinieblas y haga que nos conozcamos bien á nosotros mismos. En fin, el espíritu de fe no debe abandonarnos ni un momento en la diligente investigacion de nuestras faltas. Recordemos que aquí se trata para nosotros de un negocio de la mayor importancia; que se trata del cielo ó del infierno. Si nuestro exámen es mal hecho, tambien lo será nuestra confesion; y en vez de venir á buscar al sagrado tribunal la paz y la salvacion, no encontraremos en él sino una nueva fuente de inquietudes y remordimientos; pero si, por el contrario, nos examinamos con cuidado, Dios nos bendecirá y perdonará. ¡Ojalá, hermanos mios, que nos bendiga y nos perdone para siempre! Así sea.

CONFESION.

DE LA CONTRICION.

PLÁTICA.

IV.

Scindite corda vestra, et non vestimenta vestra.

Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos.

(*Joel.* II, 13.)

He acompañado al penitente en el exámen de su conciencia, es decir, en el estudio exacto y diligente de sus faltas. Terminado este acto preliminar del sacramento de la penitencia, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Cuál será su primer sentimiento, la primera expresion de sus labios? Un sentimiento muy sencillo, una expresion muy natural. A vista del peso de iniquidades, acaso de crímenes, que gravitan sobre su conciencia como una carga insoportable, se sentirá excitado á pedir perdon á Dios y decirle: ¡Dios mio! ¡en qué estado me encuentro! Yo, criado para reinar, para llevar muy alto el cetro que domina, me he constituido esclavo, esclavo de mis sentidos, esclavo de mi orgullo y de mi ambicion, esclavo de una pasion desgraciada; he aceptado con bajeza el yugo del demonio y del infierno. Me he separado de tí, ¡oh Padre mio, que eres el Dios de mi vida! ¡Ah! ¡cuánto me arrepiento! mira mis lágrimas, Señor, y acepta mi dolor! Así que; el dolor, el arrepentimiento, las lágrimas, lo que la teología llama contricion; ved ahí el primer acto del penitente despues del exámen de conciencia; y de esto es de lo que voy á ocuparme en este breve rato. Os hablaré de la necesidad, de

las condiciones, y de la doble especie de la contricion. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Y en primer lugar, hermanos mios, ¿qué es la contricion? Es, dice el catecismo, el dolor y ódio á los pecados que se han cometido, acompañado de la firme resolucion de no volver á cometerlos. La contricion se compone, pues, de dos elementos muy distintos; es como una figura de dos caras, la una que mira á lo pasado, la otra que mira al porvenir. Con respecto á lo pasado, ¿qué se necesita? El dolor y el ódio hácia el mal que se ha obrado: es preciso unir el ódio al dolor, porque no es bastante experimentar el dolor de las faltas; si este dolor nos complace, si lo soportamos voluntariamente porque amamos las faltas que le motivan, no hay contricion, no hay ódio al pecado cometido. ¿Qué se necesita en la contricion con respecto al porvenir? El firme propósito, la resolucion generosa de no volver á caer.

La contricion es de absoluta necesidad en el sacramento de la penitencia. Es la única parte que no puede ser reemplazada. No sucede lo mismo con los demás actos del penitente. Así es, que se está dispensado de confesarse si se ha perdido el uso de la palabra, ó si no puede encontrarse confesor. Cuando falta tiempo en la vida, se puede concluir la satisfaccion en la eternidad. Pero en cuanto al dolor, al llanto, al quebrantamiento del corazon, nada puede dispensar de ello. Habiéndose perdido el corazon por haber abandonado á Dios y haberse unido á la criatura, está en el órden que para volver á Dios, se separe de la criatura y llore sus extravíos. Luego, sin arrepentimiento no hay que esperar salvacion. Dios, que es la santidad misma y cuya justicia es infinita, no concede la gracia del perdon, ni devuelve su amistad sino al corazon contrito y humillado, sinceramente resuelto á emprender una vida nueva. Solo cuando hay una verdadera contricion en el pecador, es cuando su alma y Dios se encuentran bastante aproximados para poderse dar el santo ósculo de paz y de reconciliacion.

2. Hermanos mios; la contricion que es tan necesaria como veis, debe hallarse adornada de cuatro condiciones; debe ser interior, sobrenatural, soberana, y universal.

Interior, en primer lugar; es decir, que debe partir del corazon y no consistir solamente en las palabras que murmuran los lábios. Porque el corazon es el primero que ha sido culpable; el corazon el que domina al cuerpo. El cuerpo no es más que un esclavo, y no hace sino seguir los movimientos del alma y obedecer á los impulsos de la

voluntad. Por consiguiente, cuando el hombre quiere volver de sus extravíos, arrepentirse de las faltas de su vida, es preciso, en primer lugar que sea el corazon el que llore y se duela de haber obrado mal, y que se resuelva á cambiar de vida.

En segundo lugar, la contricion debe ser sobrenatural. ¿Qué quiere decir ésto, cristianos? Que debe ser efecto de la gracia, y fundada sobre los motivos que la fe nos propone. Así que, un dolor que no proviniese de la gracia ó del amor sobrenatural de Dios, sino solamente de la naturaleza; un dolor que no consistiéra en el sentimiento de haber ofendido á ese tierno Padre, á ese Señor tan grande y tan generoso, sino solamente en el disgusto por los desastrosos efectos que hubiera podido ocasionar el pecado en nosotros, bajo el punto de vista puramente temporal; este dolor, no seria sobrenatural, no podria constituir una verdadera contricion. El dolor de un hombre que lamentára sus faltas, porque le hicieron perder su crédito y su reputacion, ó porque le han arrojado á las cárceles, ó conducido acaso al cadalso; el dolor de una jóven, que lamentase sus desórdenes únicamente por la deshonra que la ha resultado de ellos, ó á su familia, ó bien porque los escándalos de su vida han arruinado su fortuna, desfigurado su belleza, alterado y comprometido su salud; seria un dolor enteramente humano, y no una contricion sobrenatural. Para que sea tal, debe la contricion tener siempre á la fe por principio y por motivo.

En tercer lugar, la contricion debe de ser soberana, es decir, que es preciso que el sentimiento de haber ofendido á Dios esté sobre todo, que sea superior á todos los demás sentimientos, más grande que todas las demás penalidades, más amargo que todas las otras amarguras que podamos experimentar en este mundo: de tal manera, que ni la pérdida de nuestra fortuna, ni la de nuestro honor, ni la de nuestra salud, ni la muerte de nuestros parientes y amigos, no puedan igualarse jamás en nuestro corazon al dolor de haber pecado. En una palabra, debemos tener más sentimiento de haber ofendido á Dios que lo tendríamos de cualquier otro mal; y debemos estar dispuestos á perderlo todo, á sufrirlo todo antes que ofenderle de nuevo. Más ¡ay de mí! permitidme que lo pregunte, hermanos mios, ¿es así como obramos, nosotros que atribuimos tan poca gravedad al pecado, que le cometemos con una ligereza tan deplorable, con una facilidad tan funesta, que no sabemos ni aún resistir una mirada, un deseo, una súplica? Sepamos, pues, que nuestra contricion debe de ser soberana, esto es, que debemos hallarnos dispuestos á

sacrificarlo todo, hasta nuestra vida, antes que volver á caer en nuestras antiguas faltas.

La cuarta circunstancia de la contricion es el ser universal, es decir, que debe extenderse á todos los pecados mortales que se hayan cometido. En cuanto á las faltas veniales de que se acusa uno en la confesion, debe la contricion comprenderlas tambien, si se quiere obtener el perdon en el sacramento de la penitencia; pero ya he dicho, que no es absolutamente necesario confesar los pecados veniales, y que para ellos hay otros medios de remision. Es necesario, por consiguiente, que la contricion se extienda, al ménos, á todos los pecados mortales cometidos. Así que, un penitente, que fuera culpable de diez pecados mortales, si tiene un verdadero arrepentimiento de los nueve primeros, pero no se arrepiente del décimo, es como si no tuviera contricion de ninguno; y no le seria perdonado ni siquiera uno de sus pecados. La razon de esto es sencilla, á saber: que en tanto se permanezca unido á un solo pecado, se está separado de Dios, y se incurre en su ira.

Debo hablaros ahora, hermanos mios, de dos clases de contricion que distinguen los teólogos. Hay contricion perfecta y contricion imperfecta. Tratemos de adquirir ideas exactas de una y otra. La contricion perfecta no es otra cosa que el profundo sentimiento y dolor de haber ofendido á Dios, principalmente por razon del mismo; porque le disgusta el pecado, y porque es contrario á sus infinitas perfecciones. La contricion imperfecta es, por el contrario, el dolor de haber ofendido á Dios, principalmente con relacion á nosotros; porque al pecar hemos perdido el cielo y merecido el infierno. Sin embargo, la contricion imperfecta exige tambien un cierto principio de amor de Dios como fuente de toda justicia. Se da tambien á esta última especie de contricion el nombre de atricion. La contricion perfecta borra los pecados por sí sola, aún fuera del sacramento de la penitencia, puesto que ella comprende su deseo. Así es, que cualquiera que se encuentre en la imposibilidad absoluta de confesarse, pero que tenga un vivo deseo de ello, si se arrepiente de todo corazon, si se lamenta de todos sus pecados á causa del disgusto que producen á Dios, y muere en el entretanto, se salvará é irá al cielo. No sucede lo mismo con la contricion imperfecta.

Es suficiente, á la verdad, en el sacramento de la penitencia, por la gracia de la absolucion; pero fuera del sacramento, aún supuesta la imposibilidad de confesarse, la contricion imperfecta no puede ser jamás suficiente, y no libertaria al hombre de la condenacion eterna. Hay, pues, hermanos mios, dos diferencias esenciales entre la contricion perfecta y la atricion: primera diferencia: que la contricion perfecta puede borrar los pecados fuera del sacramento de la penitencia; miéntras que la contricion imperfecta no puede hacerlo jamás: segunda diferencia: que la contricion perfecta borra completamente no solo el pecado, el cuerpo mismo del delito, sino tambien todas las consecuencias del pecado, todas las penas debidas al pecado; miéntras que la atricion unida al sacramento de la penitencia, bien puede borrar el pecado, pero no dispensa por esto de las penas temporales, consecuencia del pecado.

Lo que acabo de decir sobre la atricion comparada con la contricion perfecta debe penetraros, carísimos hermanos, de un nuevo y tierno reconocimiento hácia Dios. Era muy dueño, sin duda, al establecer el sacramento de la penitencia, de imponernos por condicion la necesidad de la contricion perfecta, la necesidad del amor puro de Dios, sin ninguna ventaja para nosotros mismos. Pero como tal contricion no es fácil siempre de obtener; porque una multitud de penitentes tibios é imperfectos no puede elevarse hasta ese punto; el sacramento de la reconciliacion no hubiera alcanzado sino en parte su objeto; y los más culpables, los que tienen precisamente más necesidad de él, hubieran quedado privados de sus felices efectos; más Dios no lo ha permitido. El que quiere la salvacion de todos los hombres, ha extendido tambien la facilidad de salvarse á todos los hombres; y para concedernos la gracia del perdon, ha llevado su condescendencia hasta los últimos límites. Se ha contentado con la contricion imperfecta unida al sacramento de la penitencia.

¡Oh misericordia de mi Dios! alabada seas en todos los siglos! ¡Oh caridad de nuestro médico celestial! ¡Ah! sí, ciertamente que solo el que ha formado la naturaleza humana es quien podia conocer sus misteriosas debilidades, y curarla con mano tan delicada y llena de abnegacion, como una tierna madre que enjuga con tanto amor, con cuidados tan previsores y tan atentos las llagas de su niño enfermo. Así sea.

CONFESION.

DEL PROPÓSITO.

PLÁTICA.

V.

Vade, et jam noli amplius peccare.
Anda, y no peques más en adelante.
(*Joan.* VIII, 11.)

La contricion es como una cabeza con dos caras, una de las cuales mira atrás y otra mira adelante. Para lo pasado, la contricion exige el dolor, el ódio á los pecados cometidos; para lo porvenir, reclama la firme resolucion, ó el propósito de no ofender á Dios. Ved aquí, pues, lo que voy á explicaros; el propósito de no ofender á Dios.

1. Pocas y concisas razones me bastarán, hermanos, para demostraros la importancia del buen propósito en el sacramento de la penitencia. ¿Qué se dijera de un niño que, despues de ofender gravísimamente á su madre, le dijese con aire, mitad contrito, mitad jugueton: yo os he ofendido, os he dado un gran disgusto, os pido perdon por ello; pero estoy dispuesto á volver á ofenderos mañana? Diriais que este niño se burla de su madre, y que merece un castigo severo; y tendriais razon. Pues bien, carísimos hermanos; tal seria precisamente la conducta del pecador, que quisiera limitar su contricion al ilusorio arrepentimiento del pasado, sin el firme propósito de no pecar más en adelante. Su contricion no seria verdadera; tambien el pecador se burlaria entónces de Dios, y vendria á insultarle hasta en su sacramento, sin conseguir el perdon de sus culpas. Para que el

pecador tenga una verdadera contricion, no basta que se arrepienta de sus faltas y que las deteste con toda su alma; es preciso tambien, que se halle firmemente resuelto á evitar, en adelante, todo lo que pueda precipitarle en el pecado y hacerle perder la gracia.

2. Este propósito debe tener tres caracteres. Debe ser *firme, sincero y eficaz*. El propósito de no ofender á Dios debe ser firme, es decir, que el pecador debe estar resuelto á perderlo y sufrirlo todo, hasta la misma muerte, antes que recaer de nuevo en el pecado. Así se explica, que los más atroces tormentos no mengüasen el valor de los mártires: preferian sacrificarlo todo á sacrificar su fe, á renunciar á su bautismo. Se les arrojaba á las fieras; se les llevaba á los potros y á los patíbulos; se les precipitaba á las hogueras; se ofrecian sus cabezas á la cuchilla de los verdugos; y ellos permanecian firmes en su propósito de no ofender á Dios, y de no volver á la idolatría de que se habian libertado por su tierna misericordia. Ved aquí una resolucion firme, que no retrocede ni aún en medio de los mayores tormentos, y que desprecia á la muerte cuando se trata de ponerla en parangon con el pecado mortal.

El segundo carácter del propósito es la sinceridad; es decir, que no debe consistir solamente en palabras, en una vana y efímera resolucion, que pase como el viento ó el relámpago; sino que debe ser duradero, perseverante, y proceder, ante todo, del corazon. En vano dirian los lábios: Dios mio, me arrepiento de haberos ofendido, si el corazon no se retrae del pecado, si suspira todavía por la iniquidad: si no se halla sinceramente resuelto á cambiar de vida, desmiente del modo más formal las protestas de la boca, no conoce ni siente la verdadera contricion, y Dios no podria ménos de rechazar su falsa penitencia. ¿Sabeis á quienes compara S. Juan Crisóstomo esos pecadores, que se mienten á sí propios? Los compara á los comediantes, cuyo papel es el de representar, por un momento, un gran pesar. «Lloran, dice, suspiran, se lamentan; y un instante despues, rien y se divierten como antes.»

Por último, el propósito debe ser eficaz; es decir, que debe mover al pecador á tomar todos los medios más convenientes para no volver á ofender á Dios en lo sucesivo, y para evitar todo lo que pudiera apartarle de sus deberes, y conducirle al camino de iniquidad y de perdicion. Entre los medios de evitar el pecado, el primero consiste en huir de las ocasiones.

La experiencia me ha convencido, que hubiéramos reducido nuestras faltas á una cuarta parte, si fuéramos fieles en huir la ocasion del pecado. El que ama el peligro, perecerá en él, dice el Sábio. Se

conservan fácilmente la inocencia y la piedad cuando andamos en la presencia de Dios, y huimos de las tentaciones del mal; pero si nos exponemos temerariamente, pagamos muy cara una imprudencia culpable.

Tal es, carísimos hermanos, el propósito firme, que nos aparta del pecado, que nos hace adoptar todos los medios para no caer en él, y que nos determina á no perdonar sacrificio para desarraigar nuestros malos hábitos. Si despues de una confesion, faltamos en seguida y sin ningun esfuerzo; si somos siempre tan débiles en el combate espiritual, que debemos sostener sin cesar contra nosotros mismos; es muy temible que nuestra resolucion no haya sido eficaz, y que nuestra contricion no haya sido sincera.

Sabed, sin embargo, que el propósito firme no es la seguridad de no pecar más. A pesar de todas nuestras buenas resoluciones, sucederá, acaso, tal es la debilidad humana, que tengamos la desgracia de incurrir en esas faltas que hemos deplorado, y de las que nos habíamos prometido corregirnos. La recaida, en este caso, no es siempre un indicio de que nuestra penitencia no haya sido buena. Se puede tener un buen propósito, con todos sus caracteres, firme, sincero, eficaz: se puede tener, y recaer, sin embargo. El buen propósito no es, por lo tanto, la impotencia de pecar en adelante; sino la resolucion, la voluntad deliberada de no ofender ya á Dios.

3. Antes de terminar, voy á indicaros un método fácil para alcanzar la contricion. Para esto habeis de pensar en el cielo; y llevados allá sobre las alas de la fe, contemplareis con piadoso éxtasis esa felicidad pura, esas alegrías sin tristeza, ese dia eterno de que gozan los elegidos; despues, en medio de todos esos tronos, de esos cetros y de esas coronas, vereis un trono vacío, un cetro roto, una corona marchitada; hé aquí las magníficas recompensas que Dios os tenia preparadas, y que el pecado os ha hecho perder por haceros indignos de ellas. Entónces, meditándolo atentamente, os lamentareis de vuestras faltas, y pedireis perdon de ellas á Dios. Luego, pensareis en el infierno; y allí, en medio del inmenso fuego, entre los gritos de rabia y dolor que se exhalan de tan horribles mansiones, asociados con los demonios y todo lo más vil que jamás produjo la tierra, os podreis acercar á una tumba de fuego entreabierta como si aguardára su presa, y sobre esta tumba leereis vuestro nombre escrito en caractéres de fuego. Mirad, pues, el destino eterno que os aguarda; mirad el abismo donde os precipitaron vuestras faltas. ¡Ah! en vista de esto, ¿podriais tener aún apego al pecado, y no tomar desde luego la resolucion de no cometerlo jamás?

Para confirmaros en esta generosa resolucion, pensareis en el Calvario; y vereis en él á un Hombre-Dios, espirando en los horrores del último suplicio. ¿Por quién muere el inocente, el justo, el santo por excelencia? muere por los culpables, por los ingratos; muere por vosotros en particular. No es él quien debiera estar clavado en la cruz; sois vosotros: no son sus sagrados miembros, sino los vuestros, instrumento de tantos pecados, en quienes debian haber penetrado los clavos. Humillaos, al ménos, á la vista de ese inmenso dolor, á la vista de esa muerte que hace chocar hasta las mismas peñas del Calvario: reconoced vuestros extravíos, llorad vuestros pecados, y prometed á Dios, que ya no volvereis jamás á renovar su pasion y muerte.

Si seguís fielmente este método fácil y piadoso, ireis siempre al sagrado tribunal con las disposiciones convenientes: con el arrepentimiento que justifica; y Dios, viendo en vosotros un corazon contrito y humillado, que no rechaza jamás, olvidará sus iras para no acordarse sino de sus misericordias. Amen.

CONFESION.

(CALIDADES DE LA)

PLÁTICA.

VI.

Ite, ostendite vos sacerdotibus.
Id, mostraos á los sacerdotes.
(*Luc.* XVII, 14.)

Hasta ahora, amados hermanos, hemos considerado principalmente la confesion como una de las grandes instituciones de la Iglesia católica: hemos demostrado su divinidad, sus tiernos caracteres,

sus felices efectos; y hemos contestado á las principales objeciones que se oponen á esta doctrina. Hoy, me propongo tratar la parte más delicada de este importante asunto. La confesion, para reconciliarnos con Dios y restituir la paz á nuestra alma, ha de ser buena, es decir, ha de reunir ciertas calidades ó condiciones que formarán el objeto de este breve y piadoso discurso.

La confesion ha de tener cinco requisitos: debe ser sencilla, humilde, sincera, prudente, y completa.

1.° En primer lugar, ha de ser sencilla, es decir, que el penitente debe revelar al confesor con exactitud, y al mismo tiempo con brevedad, el estado de su conciencia; diciendo precisamente lo necesario para dar á conocer este estado, ni más ni ménos. Por tanto, es menester suprimir todo detalle supérfluo, toda relacion inoportuna, y toda frase estudiada. De este defecto deben procurar corregirse todos aquellos que, cuando se acercan al confesonario, suelen mezclar con la acusacion de sus culpas una multitud de cosas inútiles y fuera del caso. Los que adolecen de semejante defecto, no saben explicarse nunca con aquella precision y aquella prudencia tan preciosas: *ne quid nimis:* ni poco, ni demasiado. Para oirles, se necesita tener la paciencia de un ángel; y aún á veces, á pesar de la mejor voluntad, se vé uno obligado á interrumpirles con alguna aspereza, para no perder el tiempo oyendo su piadosa habladuría. Llamo toda vuestra atencion, hermanos mios, y aún más particularmente la vuestra, hermanas mias, hácia el defecto que acabo de indicaros, y os ruego que tengais la caridad de evitarlo por consideracion á vuestros confesores; pues os digo, en verdad, que tales hijas de confesion son para ellos una de las mayores cruces.

2.° La confesion ha de ser humilde: en esto consiste su naturaleza y su verdadero carácter. En efecto; ¿para qué vá el cristiano al sagrado tribunal de la penitencia? ¿Acaso vá para hacer gala de sus supuestas virtudes, ó para referir enfáticamente sus buenas obras? ¿Querrá el penitente parecerse á aquel orgulloso fariseo que subia con altivez las gradas del templo, acercábase al Santo de los santos, y, cruzados los brazos sobre el pecho, con ademan soberbio, daba gracias á Dios porque no era avaro, envidioso, cruel ni voluptuoso como los demás hombres; porque pagaba el diezmo de sus bienes y ayunaba dos veces cada semana?

No, cristianos, no es este el objeto de la confesion. La confesion es una acusacion, es el reconocimiento de nuestras faltas, de nuestras debilidades, de nuestros errores y miserias: el penitente, abrumado con el peso de sus pecados, se presenta ante el confesor, que

está en lugar de Dios, á la manera que el reo se presenta ante sus jueces. Por lo tanto, ya veis que, en semejante caso, no hay motivo para engreirse, ni para envolverse majestuosamente con el manto del orgullo; sino que, por el contrario, los sentimientos más propios del verdadero penitente son entónces la humildad, la confusion y el arrepentimiento. Conviene, pues, que el penitente demuestre exteriormente su humillacion, postrándose con semblante modesto y con los ojos fijos en el suelo, á los piés del confesor. Es menester tambien, que manifieste su humillacion en las palabras, acusándose lleno de santo rubor y de noble arrepentimiento, sin atribuir sus faltas á otros; mas atribuyéndolas únicamente á su malicia, y humillándose por ellas delante de Dios.

3.° La confesion ha de ser sincera. La sinceridad, en el sagrado tribunal, consiste en presentar las culpas bajo su verdadero aspecto, es decir, tales como el penitente las ve, y como la conciencia se las acusa. Por consiguiente, se ha de evitar todo disfraz y toda exageracion; de manera, que no se presenten, por ejemplo, los pecados mortales como veniales, ni los veniales como mortales. Aunque, por punto general, hay más propension á disminuir la gravedad de las culpas que á aumentarla, sin embargo, las almas timoratas y escrupulosas suelen propender más al segundo de estos dos defectos, pues que de cualquier cosa se hacen un espantajo, y por todas partes ven horrendos mónstruos. Por lo tanto, si quieren librarse de las penosas perplejidades propias de tan infeliz estado, es menester que se confiesen con entera confianza, y que dejen al confesor el cuidado de apreciar la gravedad de sus culpas; sometiéndose respetuosamente á su dictámen, y renunciando á toda vana inquietud cuando les diga que sus escrúpulos son infundados. En cuanto al defecto contrario, ó sea, el que se comete disminuyendo la gravedad de las culpas, éste, por desgracia, es muy frecuente. No diré yo, que se llegue siempre hasta el punto de ocultar deliberadamente una culpa grave; pero sí diré que, generalmente hablando, hay mucha propension al disimulo en los casos de conciencia. Los que adolecen de semejante defecto, procuran persuadirse de que no son tan culpables como lo son en realidad; disfrazan el pecado de que quieren confesarse, envolviéndolo ingeniosamente con una capa nebulosa, mitad clara y mitad oscura, y lo confiesan de manera que parece que digan al confesor: Padre, entiéndame V. si quiere, ó si puede. No es esta, hermanos mios, la sinceridad que constituye una de las primeras calidades de la confesion. Es menester expresarse con toda franqueza, sin rodeos, ni ambigüedades, ni simulacion de ninguna especie: en una palabra,

es menester confesarse como si uno se confesára con Dios mismo, que lo ve todo, que penetra hasta el fondo de nuestros corazones, y á quien no pueden ocultarse ni los pensamientos más secretos, ni los más ocultos deseos.

4.° La confesion ha de ser prudente. Este es un asunto personal. Cada uno ha de llevar al tribunal de la penitencia la carga de sus pecados; y debemos guardarnos mucho de comprometer con nuestra indiscrecion la reputacion del prójimo. Ninguno de nosotros está encargado de confesarse por los otros; y, por lo tanto, solo debemos confesarnos de nuestros propios pecados. Si hemos tenido cómplices en nuestros pecados, podrá ser que la integridad de la confesion nos precise á manifestar las relaciones de amistad ó parentesco que con ellos tenemos; pero, en tal caso, debemos abstenernos de pronunciar ningun nombre propio, y acusarnos con tal reserva y discrecion, que el confesor no pueda venir en conocimiento de la persona ó personas que han tenido parte en nuestros errores y debilidades; pues del contrario, cometeríamos, no solo una imprudencia, sino una falta grave; y si por casualidad mediase una reunion de circunstancias tales, que no obstante la mayor reserva, nuestro confesor ordinario pudiese descubrir nuestros cómplices, entónces obraremos con cordura tomando, interinamente, por confesor otro sacerdote, que nos sea del todo desconocido.

5.° Finalmente, la confesion ha de ser íntegra. Esta integridad consiste en manifestar exactamente el número, la especie y la gravedad de los pecados. Ya sabeis, hermanos mios, que el que oculta en confesion un pecado mortal, comete un horrible sacrilegio, que es con harta frecuencia orígen de muchísimos otros. De este modo el pecador va despeñándose de uno en otro abismo; y algunas veces, en los postreros instantes de su vida, en los umbrales mismos de la eternidad, próximo ya á comparecer delante de Aquel á quien ningun artificio puede engañar, la falsa vergüenza detiene aún al desgraciado penitente, y lo precipita para siempre en aquel reino del que no se sale jamás, y donde las lágrimas y los dolores son eternos.

Evitaremos, amados hermanos mios, esta deplorable suerte, haciendo de manera que todas nuestras confesiones reunan las condiciones que acabo de explicaros. Formemos, pues, en presencia de Dios este firme propósito: hagamos toda confesion como si fuese la última de nuestra vida, y estad seguros de que las haremos todas buenas y santas. Amen.

CONFESION.

SATISFACCION.

PLÁTICA.

VII.

Facite dignos fructus pœnitentiæ.
Haced dignos frutos de penitencia.
(*Luc.* III, 8.)

El tercer acto, hermanos mios, del sacramento de la reconciliacion es la *satisfaccion*. Esta se define: la reparacion de la ofensa que se ha hecho á Dios con el pecado; y consiste principalmente en el cumplimiento de la penitencia impuesta por el confesor. ¿Es necesaria la satisfaccion? ¿De qué manera debe cumplirse la penitencia impuesta por el confesor, para que satisfaga verdaderamente á la justicia divina? ¿Cuáles son los principales medios de satisfaccion de que podemos disponer? Sobre estos tres puntos voy á llamar por algunos instantes vuestra piadosa atencion. Imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1.° En primer lugar, se pregunta: ¿Cuál es el objeto de la satisfaccion? Esta satisfaccion ¿es necesaria? La contestacion, hermanos mios, es muy fácil. Toda ofensa exige una reparacion; esto es una verdad incontestable, una máxima dictada por la sola luz natural. Ahora pues, el pecado es una ofensa, es la más cruel afrenta que podemos hacer á Dios: luego, es necesario reparar esta ofensa por medio de la penitencia ó de la satisfaccion. Los hombres borran sus injurias con sangre; pero Dios, más compasivo que los hombres, se contenta de borrar las suyas con nuestras lágrimas. Por esto el

sacramento de la penitencia se llama bautismo laborioso; porque así como en el primer bautismo, Dios nos perdona todas nuestras deudas, sin esfuerzo alguno de nuestra parte, en éste nos impone, como es muy justo, la obligacion de satisfacerlas.

Para comprender bien la necesidad de la satisfaccion, aún despues de la absolucion dada por el confesor, conviene saber, que los teólogos distinguen en el pecado dos cosas: la falta misma, ó el cuerpo del delito, que ellos llaman culpa, y la pena debida por el pecado. Cuando el pecado es mortal, esta pena es eterna; pero si el pecado es leve, la pena es meramente temporal. La gracia de la absolucion remite al pecador arrepentido la culpa de sus pecados y la pena eterna en que habia incurrido; pero, por lo comun, le queda todavía otra pena que pagar: la pena eterna, que habia merecido, queda convertida en una pena temporal, y ésta es la que se ha de expiar por medio de la satisfaccion. Tenemos de esto varios ejemplos en las santas Escrituras. Durante el viaje de los israelitas por el desierto, irrítase Dios de las murmuraciones de su pueblo. Moisés aplaca la cólera del Señor y obtiene el perdon del pueblo israelita; pero con la condicion, de que los murmuradores sean castigados con la muerte. Este castigo fué una verdadera satisfaccion, por cuanto, de conformidad con la doctrina arriba expuesta, el alma quedaba salvada; pero el cuerpo recibia el castigo merecido: habíase remitido la pena eterna; pero quedaba subsistente la temporal. David habia cometido un doble crímen, por el cual practicó tan ejemplar expiacion. Homicida y adúltero á la vez, reconoce su pecado, y humíllase, vistiéndose con el saco y cubriéndose de ceniza: sus gritos de dolor, aquellas sublimes lamentaciones, que debian transmitirse de siglo en siglo hasta la posteridad más remota, y servir de expresion al arrepentimiento de toda la humanidad, llegan hasta el cielo. Compadécese Dios del rey penitente; no obstante, David tiene que sufrir una pena temporal; y en satisfaccion de su pecado, verá perecer en las gradas de su trono al hijo á quien diera la vida por medio de su vergonzoso delito. En la necesidad de la satisfaccion, aún con respecto á los pecados ya remitidos, fundábanse tambien las penitencias públicas que se usaban en los primeros siglos de la Iglesia. Aquellas saludables reparaciones eran sumamente severas, y en comparacion de ellas nada son las satisfacciones que se practican en nuestros dias.

En vano se dirá, hermanos mios, que habiendo Jesucristo satisfecho superabundantemente por nuestros pecados, de nada pueden servir nuestras propias satisfacciones. Verdad es, que nuestro divino Redentor satisfizo por nosotros inmensamente más de lo necesario para salvarnos; pues si el menor de sus actos, el más mínimo de sus deseos, y el más leve suspiro de su corazon bastaba para rescatarnos, figuraos qué inmenso tesoro de satisfacciones nos ha de haber granjeado con todos sus méritos, sus trabajos, sus padecimientos y su muerte. Pero es necesario, hermanos carísimos, que nosotros mismos nos apliquemos los méritos del Salvador. Yo me represento la sangre del divino Reparador como un rio inmenso que corre á través de los siglos en la Iglesia católica, y en cuyas aguas podemos hallar nuestra salvacion; siendo, empero, necesario para esto, que nos acerquemos á él, y bebamos sus aguas saludables: pues esto es lo que venimos á hacer con nuestras propias expiaciones y con nuestras satisfacciones personales, por cuyo medio hacemos llegar hasta nuestras almas los méritos y las gracias de la redencion.

2.° ¿Y de qué manera, oyentes mios, debemos cumplir la penitencia impuesta por el confesor? Ante todo, es menester que la cumplamos fiel y piadosamente, es decir, en el tiempo y modo que el confesor nos la haya ordenado. Por lo tanto, debemos aceptarla con docilidad, y conservarla en la memoria y cumplirla pronto, á fin de no olvidarla, ó cambiar los términos con que se nos haya impuesto. La segunda disposicion con que debe hacerse la penitencia es la piedad, es decir, que se ha de hacer con fervor, con devocion y recogimiento, y, sobre todo, con un vivo sentimiento de arrepentimiento y dolor de los pecados.

Por lo demás, hermanos mios, cumpliremos siempre con las condiciones necesarias la penitencia que se nos imponga, si consideramos bien que no hay comparacion alguna entre nuestras culpas y aquella penitencia. Nunca la misericordia de Dios se presenta con más grandeza que en el sacramento de que estamos tratando. Nosotros, por nuestros pecados, habíamos merecido el infierno; estábamos condenados á llorar eternamente en las prisiones de la justicia divina, y toda una eternidad de tormentos bastaba apenas para expiar nuestros crímenes y vengar la gloria del Criador. Pero nos acercamos al sacramento de la penitencia, recibimos la absolucion; y en lugar de las penas eternas que habíamos merecido, Dios se contenta con que hagamos algunas obras satisfactorias, una penitencia insignificante; y con esta sola condicion, cierra para nosotros las puertas del infierno, y nos abre las del cielo. A vista, pues, de esta infinita bondad, ¿podremos dejar de aceptar con alegría y presteza la penitencia que nos imponga el confesor? A este propósito, voy á re-

feriros un hecho histórico, que aunque no es de fe, sin embargo, puedo deciros que lo leí mucho tiempo hace en un libro que me parece digno de crédito.

Un gran pecador acababa de confesarse, y el confesor le impuso una penitencia, oida la cual, el pecador se puso á llorar amargamente.

El confesor, creyendo que la causa de su dolor era la penitencia, quizás demasiado rigurosa que le habia impuesto, le exhorta á aceptarla con docilidad, haciéndosela considerar como justa expiacion de una larga vida pecaminosa y criminal. ¡ Ay de mí ! responde el penitente, deshecho en lágrimas, no lloro porque la penitencia me parezca demasiado severa, antes al contrario; me parece que no hay proporcion alguna entre ella y los innumerables pecados que he cometido; y, por lo tanto, os ruego, padre mio, que me impongais otra más grave. El confesor, admirado de tan excelentes disposiciones, y seguro de que Dios habia perdonado enteramente á aquel pobre pecador, retiró la penitencia que acababa de imponerle, y le despidió mandándole, que en lugar de ella rezase solamente un Padre nuestro y un Ave María. Más apenas acabó de hablar el confesor, el penitente cayó sobre el rostro al suelo para no volver á levantarse. La fuerza de su alegría al verse absuelto de sus pecados, y el dolor de haberlos cometido, le habian quitado la vida.

3.° Voy á concluir, hermanos mios, indicándoos los principales medios de satisfaccion de que podemos disponer. Por lo que acabo de manifestaros, ya comprendereis que no debemos darnos por satisfechos con las ligeras satisfacciones que se nos imponen en el sacramento de la penitencia. Para alcanzar la remision de las penas debidas por nuestros pecados, y poder comparecer sin temor ante el supremo Juez, debemos imponernos nosotros mismos algunas obras satisfactorias, y hacer, segun la expresion de la Escritura, frutos dignos de penitencia. Entre estas obras satisfactorias hay tres, que están al alcance de todos, y cuya práctica os recomiendo: el ayuno, la limosna, y la oracion.

Quizá extrañareis que os diga, hermanos mios, que el ayuno está al alcance de todos. Tal vez me direis, que la debilidad de vuestro temperamento y la delicadeza de vuestra complexion no os permiten observar la ley del ayuno; mas, á pesar de esto, insisto en mi proposicion; pues yo no entiendo solamente por ayuno la abstinencia y la mortificacion del cuerpo, que no forman, por decirlo así, más que la parte exterior ó la corteza del ayuno. El verdadero ayuno consiste principalmente en la mortificacion interior, en la abstinencia del alma. Se puede ayunar, refrenando nuestra lengua y el prurito de hablar que casi siempre nos aqueja; se puede ayunar, reprimiendo la curiosidad: se puede ayunar, moderando el amor al lujo y á las comodidades; se puede ayunar, sobre todo, vigilando cada uno su corazon para dirigir todos sus movimientos y desterrar de él todo afecto culpable ó meramente peligroso. Este es el verdadero ayuno, que no perjudica á la salud, y que todos pueden practicar; pero tambien es el más dificil, pues, por lo general, es más fácil hacer tres ó cuatro cuaresmas cada año, que arrancar con mano firme y resuelta del corazon un solo afecto desordenado.

Lo mismo digo de la limosna. Ricos y pobres, todos pueden hacerla, porque ésta no consiste únicamente en la moneda que se da al necesitado, pues ésta solo hay obligacion de darla cuando se puede; sino que consiste tambien, y principalmente, en las palabras blandas y consoladoras, en las obras de caridad para con el prójimo, y en esa multitud de pequeños servicios que no tienen nombre; y que los pobres, más que los ricos, saben prestarse mútuamente con afectuoso desinterés.

Por último, todos podemos orar, y orar incesantemente, como nos lo recomienda el Señor: *Sine intermissione orate.* ¡Cómo! direis, ¿acaso podemos orar contínuamente? Lo podemos, sí, hermanos mios; porque el trabajo es una oracion; el cumplimiento fiel de nuestros deberes es una oracion; y el sufrimiento de nuestras penas es una oracion, si hacemos todas estas cosas por amor de Dios. Hace oracion la doncella ocupada en sus labores, si de cuando en cuando eleva su corazon al cielo; hace oracion la madre de familia que, dedicada sin descanso á los quehaceres domésticos y á la educacion de sus hijos, ofrece á Dios sus desvelos y fatigas; hace oracion el pobre jornalero que, agobiado con el peso del trabajo, procura, en medio de sus tareas, traer á la memoria el recuerdo del artesano de Nazareth. Ya veis, oyentes mios, como todos podemos y debemos orar, hacer limosna y ayunar, que son los principales medios de penitencia.

Hagamos, pues, penitencia, oh cristianos, y de este modo pagaremos nuestras deudas á la justicia divina, y nos prepararemos santamente para suportar algun dia el peso de sus tremendos juicios. Dígnese el Señor concedernos á todos esta gracia. Amen.

ÍNDICE

DE LOS

SERMONES CONTINUADOS EN ESTE TOMO

Y DE LAS PRINCIPALES MATERIAS DE CADA UNO (*).

Pág.

Carnaval. I. 8
1. Pecados gravísimos que se cometen en los dias de Carnaval. . . . 8
2. Renuevan las escenas del Calvario. 10
Carnaval. II. 13
1. El Cristiano debe imitar á Jesucristo. 14
2. Criminales diversiones del Carnaval. 15
Carnaval. *(Desórdenes del)* **III.** 18
1. Las diversiones del Carnaval son culpables. 19
2. Conducta que debe observarse en el Carnaval. 21
Pasages de la Sagrada Escritura. 21
Autoridades de los Santos Padres. 23
Ejemplos. 24
Castidad. I. 25
1. La castidad es una virtud preciosísima. 26
2. La castidad es difícil de conservar. 30
Castidad. II. 34
1. Nuestro cuerpo es obra de Dios. 35
2. Es miembro de Jesucristo. 36
3. Es templo del Espíritu Santo. 36
Planes sobre el mismo asunto. 37
Divisiones. 38

(*) Cada epígrafe es un extracto de la materia que contienen los párrafos de cada uno de los Sermones, señalados con el número que lleva dicho epígrafe.

Pág.

Pasages de la Sagrada Escritura. 38
Figuras de la Sagrada Escritura. 40
Sentencias de los santos Padres. 41
Catecismo. 43
1. Importancia del Catecismo. 44
2. Su enseñanza moraliza y civiliza. 47
3. Enseñanza popular y liberal. 51
4. Enseñanza llena de autoridad. 53
5. Enseñanza universal y perpétua. 54
6. Como se han de enseñar las verdades de la religion. 57
Catolicismo. *(Su dignidad.)* **I.** 60
1. Es puro en su doctrina. 61
2. Es puro en su culto y su moral. 65
3. Abraza todos los tiempos. 70
Catolicismo. *(Sus beneficios respecto de los individuos.)* **II.** 75
1. Esfuerzos del Catolicismo para perfeccionar al individuo. 75
2. Los progresos que hace la corrupcion son obra de los calumniadores del Catolicismo. 79
Catolicismo. *(Su influencia en la familia.)* **III.** 81
1. Influencia del Catolicismo en la familia, considerada en su institucion. 82
2. Influencia del Catolicismo en la familia, considerada en su desarrollo. 90
Catolicismo. *(Su influencia en la sociedad humana.)* **IV.** 94
1. El Catolicismo es, de derecho, el único y verdadero bienhechor del linage humano. 96
2. El Catolicismo es, de hecho, el único y verdadero bienhechor del linage humano. 101
Caudal, ó Capital. 106
1. Necesidad de un caudal material, intelectual y moral. 108
2. Medios de adquirir, colocar y conservar este caudal. 111
Ceguedad espiritual. I. 115
1. Hay una ceguedad que, por sí misma, es pecado. 116
2. Hay una ceguedad que es causa del pecado. 119
3. Hay una ceguedad que es efecto del pecado. 121
Ceguedad espiritual. II. 124
1. La primera causa de la ceguedad espiritual es la ignorancia de la religion. 125
2. La segunda causa es el orgullo. 127
3. La tercera causa es el amor á los objetos sensibles. 128
Divisiones. 130
Pasages de la Sagrada Escritura. 131
Figuras de la Sagrada Escritura. 132
Sentencias de los santos Padres. 132
Celo. I. 134
1. Motivos que deben animar nuestro celo. 135
2. Calidades que deben sobresalir en el ejercicio del celo. 139
Celo por la salvacion del prójimo. II. 144

Pág.

1. El celo, sin una vida ajustada, es vano. 145
2. El celo, sin el estudio de sí mismo, es defectuoso y falso. . . . 147
3. El celo, sin refrenar los movimientos impetuosos, es aborrecible. . 150
Celo por el honor de la religion. III. 153
1. El celo por el honor de la religion se reduce: á honrarla por la profesion de nuestra fe. 154
2. A honrarla con la pureza de nuestras costumbres. 156
Celo por los templos del Señor. IV. 160
1. Los templos son la casa de Dios. 161
2. Son tambien nuestra propia casa. 165
Divisiones. 167
Pasages de la Sagrada Escritura. 168
Figuras de la Sagrada Escritura. 169
Sentencias de los santos Padres. 170
Cementerios. 172
1. Sentimiento religioso por los restos de los difuntos. 173
2. Origen de los sepulcros en los templos. 176
Divisiones. 180
Ceniza. I. 181
1. El pensamiento de la muerte es el remedio más soberano para amortiguar el fuego de las pasiones. 182
2. Es la regla más infalible para resolver en nuestras deliberaciones. 185
3. Es un medio eficaz para inspirarnos un santo fervor en nuestras acciones. 187
Ceniza. (*Sobre la ceremonia de la*) **II.** 190
1. Enseñanza de las cenizas. 191
2. Sentimientos que inspiran. 194
Planes sobre el mismo asunto. 197
Divisiones. 198
Centurion. 199
1. La fe del Centurion fué prenda y modelo de la nuestra. 200
2. La curacion del criado del Centurion figura la conversion de los gentiles. 205
Ciego de nacimiento. 208
1. La conducta de los fariseos nos enseña en que ceguedad puede precipitarnos el amor propio. 209
2. La conducta del Ciego de nacimiento nos enseña á disipar con las luces de la fe las tinieblas del error. 213
Ciegos voluntarios. (*Su infeliz estado.*) 218
1. Algunos se hacen ciegos por voluntad, ó por antojo. 219
2. Esta ceguedad voluntaria es la mayor de las miserias. 223
Cielo. (*Vision de Dios en el*). 227
1. Entrada del alma en la celestial Jerusalen. 228
2. Vision de Dios. 231
3. Viendo á Dios se conocen sin confusion ni sombra todas las verdades. 233
Cielo. (*Semejanza con Dios en el.*). 236
1. Semejanza de los bienaventurados con Dios. 237

Pág.

2. Efectos de esta semejanza. 240
Divisiones. 244
Pasages de la Sagrada Escritura. 245
Figuras de la Sagrada Escritura. 246
Sentencias de los santos Padres. 247
Ciencia. I. 249
1. Es natural en el hombre buscar la verdad. 250
2. La ciencia está reñida con el orgullo. 251
Ciencia de la Religion. II. 255
1. Nada más digno del hombre que el estudio de la Religion. . . . 256
2. Nada corresponde tanto á las necesidades del hombre como el estudio de la Religion. 260
Divisiones. 264
Pasages de la Sagrada Escritura. 266
Figuras de la Sagrada Escritura. 267
Sentencias de los santos Padres. 268
Cismas. 269
1. Los cismas que han despedazado la asociacion católica no deben imputarse á la Iglesia. 270
2. Consecuencias de los cismas. 276
Ciudadano. 279
1. Deberes del ciudadano con respecto al Estado. 280
2. Con respecto á la justicia. 282
3. Con respecto á la caridad. 283
Codicia: *véase:* **Avaricia.**
Cofradias. 285
1. Ventajas espirituales de las Cofradías. 285
2. Obligaciones de los cofrades. 289
Divisiones. 290
Cólera. I. 291
1. La cólera es una pasion vituperable. 292
2. Es la pasion más perniciosa. 295
Cólera. II. 299
1. Causa de la cólera. 300
2. Su remedio. 301
Planes sobre el mismo asunto. 304
Divisiones. 305
Pasages de la Sagrada Escritura. 305
Figuras de la Sagrada Escritura. 306
Sentencias de los santos Padres. 307
Combate espiritual. 309
1. Necesidad del combate espiritual. 309
2. Naturaleza del combate espiritual. 311
3. Orden del combate espiritual. 315
4. Sus virtudes. 316
Pasages de la Sagrada Escritura. 317
Sentencias de los santos Padres. 318
Compañías. 319

Pág.

1. Es necesario huir de las malas compañías para perseverar en la virtud. 319
2. Es necesario huir de las malas compañías para salir del estado de pecado. 323
Divisiones. 326
Compasion. 327
1. La naturaleza nos inspira la compasion. 328
2. La Religion nos la impone como un precepto. 330
Complacencia mundana. 334
1. Indignidad de la complacencia mundana.. 335
2. Sus desórdenes. 338
3. Su escándalo. 341
Divisiones. 342
Comunion. (*Disposiciones para la*) **I**. 343
1. Disposiciones de parte del alma. 345
2. Disposiciones de parte del cuerpo. 349
Comunion. (*Frecuencia de la*) **II**. 351
1. La pureza que se requiere para comulgar no nos dispensa de la comunion frecuente. 353
2. La comunion frecuente es uno de los medios más seguros para adquirir la pureza de vida. 355
Comunion (*Excusas para no comulgar*) **III**. 360
1. Excusas de los pecadores sinceros. 361
2. Excusas de los pecadores ciegos. 364
3. Excusas de los pecadores hipócritas. 366
Comunion indigna. IV. 367
1. Enormidad de los que comulgan indignamente.. 368
2. Muerte desgraciada del primer profanador de la Eucaristía. . . . 372
Comunion (*Exhortacion para la primera*) **V**. 374
Para antes de la Comunion.
1. El Salvador invita á los niños á celebrar con él la primera Pascua. 374
2. Disposiciones con que deben celebrarla. 377
Exhortacion para despues de la comunion. 380
Divisiones. 382
Pasages de la Sagrada Escritura. 383
Figuras de la Sagrada Escritura. 385
Sentencias de los santos Padres. 386
Comunion de los Santos.. 388
1. Los miembros de la Iglesia se prestan recíproco apoyo. 389
2. Tienen un tesoro comun. 390
3. Su Comunion es eterna.. 392
Pasages de la Sagrada Escritura. 395
Figuras de la Sagrada Escritura. 396
Sentencias de los santos Padres. 397
Comunismo: *véase* **Propiedad.**
Conciencia (*Rectitud de*) **I**. 399
1. Conciencia falsa. 400
2. Conciencia recta. 403

Pág.

Conciencia falsa. II. 406
1. Principios ordinarios de la conciencia falsa. 407
2. Correctivos contra la conciencia falsa.. 410
Conciencia. (*Remordimiento de la*) **III**. 413
1. El remordimiento es una gracia que Dios concede al pecador. . . 414
2. Desgracia y malicia del que se obstina contra esta gracia. . . . 417
Divisiones. 420
Pasages de la Sagrada Escritura.. 421
Figuras de la Sagrada Escritura. 422
Sentencias de los santos Padres. 423
Concordia de la religion con las ciencias y artes. I. 425
1. La Iglesia quiere el perfeccionamiento de las artes y de la industria. 426
2. La Iglesia quiere la verdadera instruccion. 428
3. La Iglesia es la salvaguardia de la verdadera libertad. 429
Concordia de las ciencias divinas y humanas. II. 433
1. Aprecio en que tiene la Iglesia las letras humanas. 433
2. Mision y grandeza de las ciencias humanas.. 435
Concordia de la Razon y de la Fe. III.. 437
1. Debemos convencernos de que la Religion viene de Dios. 438
2. Sujetándose la razon á la fe, se auxilian mútuamente la una á la otra. 442
Planes sobre el mismo asunto. 343
Concupiscencias. (*Las tres*). 445
1. Las tres concupiscencias. 446
2. Modo de combatirlas.. 449
Plan sobre el mismo asunto.. 453
Divisiones.. 454
Pasages de la Sagrada Escritura.. 454
Sentencias de los Santos Padres. 455
Condiciones. (*Desigualdad de las*). 456
1. Quien menosprecia al pobre menosprecia á Dios. 458
2. Condena su sabiduría, su justicia y su bondad. 460
Divisiones. 464
Conferencias de San Vicente de Paul. I. 465
1. Orígen de estas conferencias. 466
2. Su influjo en el mejoramiento social. 468
Conferencias de San Vicente de Paul. II.. 471
1. Las conferencias de San Vicente de Paul son obra de Dios.. . . . 472
2. Y como obra de Dios han sido reconocidas por la Iglesia. 475
Confesion. (*Institucion divina de la*) **I**. 477
1. La confesion ha sido establecida por Dios como instrumento de regeneracion. 478
2. Es el medio natural de regeneracion. 487
Confesion. (*Excelencia y virtud de la*) **II**. 495
1. La confesion es un medio eficaz para borrar la culpa. 496
2. Es el preservativo más seguro para libertarnos de las recaidas.. . 498
Confesion. (*Exámen de conciencia*) **III.—Plática**. 502

Pág.

1. Exámen de conciencia. 502
2. Sus calidades. 503
3. Circunstancias que deben confesarse. 505
Confesion. (*De la contricion*) **IV.—Plática.** 507
1. En que consiste la contricion.. 508
2. Sus calidades. 508
Confesion. (*Del propósito*) **V.—Plática.** 512
1. Importancia del propósito.. 512
2. Sus caracteres.. 513
3. Método fácil para prepararse á la contricion. 514
Confesion. (*Calidades de la*) **VI.—Plática.** 515
1. Ha de ser sencilla.. 516
2. Ha de ser humilde. 516
3. Ha de ser sincera.. 517
4. Ha de ser prudente. 518
5. Ha de ser íntegra. 518
Confesion. (*Satisfaccion.*) **VII. Plática.** 519
1. Necesidad de la satisfaccion. 519
2. Como se ha de cumplir la penitencia. 521
3. Principales medios de satisfaccion de que podemos disponer. . . . 522

FIN DEL ÍNDICE.

Errata. *Pág.* 419, *lin.* 18 *y siguientes;* donde dice:

«con el fin de renovaros y daros una vida del todo esa: esa misma conciencia contra la cual concebisteis el mismo ódio que declaró el rey del Acab tenia contra el profeta Miqueas, porque como ministro Señor,» etc.

Léase:

«con el fin de renovaros y daros una vida del todo divina: esa misma conciencia contra la cual concebisteis el mismo ódio que declaró el rey Acab tenia contra el profeta Miqueas, porque como ministro del Señor,» etc.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BV4217
T4
v.3
1871-93 45167

AUTOR